

DISCURSOS ACADÉMICOS

—
TOMO I

BIBLIOTECA DE LA CORTE SUPREMA	
Nº. DE ORDEN	4939
UBICACION	F 915
FICHA MATERIA	

FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES



DISCURSOS ACADÉMICOS

EDICIÓN OFICIAL DIRIGIDA Y PRECEDIDA DE UNA INTRODUCCIÓN

POR

JUAN AGUSTÍN GARCÍA

Catedrático titular de sociología; consejero y vicedecano
de la Facultad de derecho; catedrático titular de historia colonial y vicepresidente
de la Academia de la Facultad de filosofía y letras

TOMO PRIMERO

1880-1910



CONSEJO DIRECTIVO



Decano

D^e Eduardo L. Bidau.

Vicedecano

D^e Juan Agustín García.

Consejeros

D^e Bidau, Eduardo L.

» Bermejo, Antonio.

» Canale, Francisco.

» Dellepiane, Antonio.

» García, Juan Agustín.

» Ibarguren, Carlos.

» Lobos, Eleodoro.

» Melo, Leopoldo.

» Naón, Rómulo S.

» Orma, Adolfo F.

» Obarrio, Manuel.

» Pueyrredón, Honorio.

» Piñero, Osvaldo M.

» Quirno Costa, Norberto.

» Tezanos Pintos, David de.



INTRODUCCIÓN



Esta edición de *Discursos académicos* no es crítica, ni lleva comentarios y biografías. Todos los oradores, salvo alguno que no hace al caso, se recomiendan por la distinción de espíritu y alcanzaron brillantes posiciones políticas y sociales. En nuestro claustro escuchamos á presidentes, embajadores, ministros, senadores y diputados, profesores famosos, hombres representativos del momento político, y con acción inmediata y directa en la historia contemporánea, como Pellegrini, Avellaneda, Lucio V. López, Del Valle, Irigoyen, Alcorta... Las biografías y los comentarios críticos ó explicativos, requerían investigaciones y juicios sobre hechos y personalidades, que todavía no pueden ser apreciados en la forma serena, como corresponde á la verdad académica.

Así, con sana prudencia, se resolvió dejar esta tarea al editor del segundo volumen, que aparecerá en 1910. Para esa fecha, la historia que hemos visto fluir se habrá asentado: todos esos fermentos, pasiones, intereses, vanida-



des, locas ambiciones, amores y odios, debidamente sepultados, en paz y concordia eternas, tendrán la nueva vida que les preste el historiador : salvo unos cuantos que revolotearán en la atmósfera del futuro como luces fantásticas, influyendo en sus afanes ! Que sean fuerzas de amor, de paz y de justicia !

Me permitiré decirle á ese sucesor critico y erudito que sea indulgente. La tarea de consolidar una nación de argentinos, de habituarlos á vivir en paz, con cierta disciplina y un poco de espontáneo respeto á la ley, era de las más difíciles y complicadas : « que es raro el arte de poner en paz » decia Alberdi. Nuestro futuro editor será filósofo y convencido del eterno devenir de las cosas. Sabrá que el orden y la moralidad no bajan del cielo bien concluidos, ni son regalos de la Providencia. Desde los orígenes de la historia los hombres leyeron en las estrellas las sublimes máximas. Realizarlas con la perfección ideal es tan difícil como acercarse á los astros. Los pueblos deben elaborar penosamente su patrón de vida á fuerza de sacrificios, de sangre, de dolores crueles. Nuestra Argentina no fué más corrompida, en sus peores épocas, que la Francia de Luis XV y la regencia, la Inglaterra de los Estuardos, la España de muchos Austrias y Borbones. El culto de la verdad, de la justicia y de la belleza es un dón de la historia, que viene después de infinitos afanes y angustias.

Y ya que de indulgencia se trata, no olvide el futuro editor á los que consagraron su vida á las tareas oscuras de la cátedra y de las luchas académicas. Para implantar



el método histórico é iluminar con un poco de filosofía las enseñanzas jurídicas, fué necesario el transcurso de un cuarto de siglo. Y aun vive el viejo concepto de la Verdad, con V mayúscula, como dice W. James, la fe en las fórmulas y en los principios. La esencia evolutiva de las cosas no ha penetrado con la intensidad debida. Se obtienen las verdades jurídicas por deducción de los principios del código, se coloca al derecho encima de la vida, fuera de la corriente social : es la mejor manera de no entenderlo. Y como consecuencia de este método apologético del código y de su autor, desaparece la enseñanza crítica, y nuestra ciencia, como las religiones, se estanca en la admiración inconsciente de un jurisconsulto.

En 1940 apenas subsistirá el recuerdo de estas revoluciones pacíficas, pero muy transcendentales. Códigos muy sintéticos, con doscientos artículos, gobernarán á veinte millones de argentinos : la justicia sumaria y fácil, regida por treinta artículos de procedimientos : la pena muy relativa al temperamento del criminal, algo arbitraria y librada al criterio del juez, como ocurre entre el médico y el enfermo... Qué pensarán ese erudito editor y sus contemporáneos de los viejos métodos y teorías que predominaron en nuestra Facultad hasta el año de 1904... algo así como pensamos nosotros de la filosofía medieval ! Que sea benévolo con los modestos propagandistas ! Los impulsaba un ardiente amor á esa patria que él contempla, una patria con el culto de la verdad, de la justicia, una patria de belleza moral, rica y fecunda en todas las manifestaciones de la actividad humana.



La propaganda reformista iniciada á fines del siglo pasado, comienza á realizarse en 1908 con las nuevas ordenanzas sobre las tesis, que implican la adopción del método histórico y de un criterio esencialmente argentino para toda la enseñanza social y jurídica: con la división de los cursos en integrales é intensivos, con las reformas de los planes de estudios del derecho civil y de la filosofía del derecho. Durante muchos años se siguió el ejemplo de Moreno en el estudio del derecho civil: «á partir del año 1868, dice Malaver, el derecho civil se enseña por el código. El inolvidable doctor José Maria Moreno, que tenía entonces á su cargo esa cátedra, lo tomó como texto de sus lecciones, estudiando la ley en la ley misma, é investigando sus fundamentos y su alcance en las eruditas notas en que su ilustre autor explica su doctrina». Los profesores David de Tezanos Pinto, mi respetado maestro, y Juan Antonio Bibiloni renovaron acertadamente el método de enseñanza, trayendo á colación elementos científicos tan importantes como las sabias notas del doctor Vélez y del doctor Freitas.

En el primer número del *Anuario de la Facultad* que aparecerá en septiembre se publica un estudio prolijo de esta obra transcendental realizada por el consejo, de 1908 á 1910. Las monografías de profesores y alumnos, resultados de la nueva organización, permitirán que el público juzgue directamente la bondad de la reforma. Algunas tesis presentadas este año por distinguidos estudiantes, que terminan su carrera bajo el nuevo plan, nos garanten un éxito completo. Compárelas nuestro futuro editor con



las del antiguo régimen, y notará las diferencias de método, de criterio, de interés nacional...

Y ya que estoy en contacto con el lector lo acompañaré un momento en su excursión por los *discursos académicos*. ¿No le parecen algo así como una galería de retratos? Cada orador se presenta de cuerpo entero... Esos que están medio borrados, de un tinte gris muy uniforme, cuyas siluetas de líneas indecisas, alumbradas por una luz pálida, se distinguen apenas, fueron así en vida, y para comprobarlo contemplad sus retratos en el salón de grados. Sus fisonomías tranquilas, el tono de reposo, de serena confianza, de honesta y sana bondad, vienen de la escuela de las viejas y respetables universidades coloniales. Su ciencia era de una rigidez matemática, gracias á una lógica impecable, á la aparente docilidad de las cosas, y al prestigio del legislador que cortaba las discusiones irrespetuosas. Tienen á la Verdad, y este título perfecto les permitió desarrollar su enseñanza honestamente, tranquilos y seguros de sí mismos, admirando á este universo que cabe en la lógica de Balmes.

Con Lucio Vicente López y Aristóbulo del Valle entramos en una nueva escuela que es de transición entre el pasado y el presente, transición que sufre la crisis decisiva en 1904. Ambos profesores acentuaron la enseñanza histórica y nacional del derecho político, apartándose del tradicionalismo conservador y aristocrático de José Manuel Estrada; J. A. Terry la introduce en las finanzas... Pero las tentativas son empíricas, no obedecen á un sistema preconcebido. Los rumbos algo indecisos y flotantes



revelan que los hombres vacilan, y proceden por una clara intuición de las necesidades sociales, que se imponen con fuerza irresistible. En el momento en que el país va á empezar una carrera de vertiginoso progreso, libre de todos los peligros internacionales, reclama de la Universidad el conocimiento más completo de si mismo y de sus instituciones. Sin embargo, las nuevas ideás suscitaban serias resistencias, se extrañaba la exégesis, el ciego respeto de la fórmula, el principio de autoridad... toda la vieja y cómoda rutina.

La reforma del curso de Introducción al derecho completada por el distinguido escritor Carlos Octavio Bunge, la amplitud del estudio de la Filosofía del derecho, el nuevo programa del profesor Carlos Melo, más nacional y político, el curso de Sociología, incorporan buenos elementos para la mejor inteligencia y práctica del método histórico. Pero son insuficientes: ese método obedece al concepto evolutivo y requiere como base fundamental una sólida preparación filosófica. Así, en los nuevos planes de estudios secundarios el gobierno debe prestar mayor cuidado á ciertas materias reputadas *inútiles*.

Valdria la pena de precisar esos conceptos de *útil* é *inútil*. Son simples cualidades de relación con un sujeto. Pero en todo plan de estudios hay dos sujetos, el individuo y la sociedad que reclaman distintas especies de cosas útiles, y que á menudo resultan aparentemente contrarias. Que los abogados sepan idiomas, teneduría de libros, geografía económica, puede ser muy útil según los pleitos que defiendan, pero del punto de vista social es



más bien indiferente. En cambio que los mismos abogados eleven sus espíritus y comprendan la verdadera naturaleza de sus estudios y de los fenómenos sociales por la intensa cultura moral y filosófica, podrá ser inútil para aconsejar una operación financiera ó redactar un contrato, pero es muy útil del punto de vista social. Así, el estudio de las bellas artes es inútil para ejercer el comercio, defender pleitos y curar enfermos... pero suavizan los sentimientos, infunden el aprecio de la armonía, del orden, de las justas proporciones, suscitan emociones generosas é ideales altruistas, y la sociedad las considera muy útiles.

Este es el criterio que nos ha guiado en el nuevo plan de estudios. Para preparar profesionales bastan tres años de códigos, y el fin individual queda satisfecho. Armamos al abogado con el conocimiento de los derechos, acciones y procedimientos para realizarlas. Completaría este plan la contabilidad y el perfeccionamiento de los idiomas vivos. Excuso decir al lector que dadas las particularidades de nuestro país semejante política habría sido criminal. Nuestros abogados forman el principal núcleo de la clase dirigente, ocupan todos los poderes del Estado. Á pesar de las simplezas que al respecto dice Alberdi, para gobernar á un país no bastan el buen sentido, ni las buenas intenciones de los honestos padres de familia. Á medida que los intereses se extienden y complican requieren inteligencias muy hechas y bien disciplinadas, con los hábitos y las tendencias que da la gran cultura. Un magistrado que sólo sabe sus códigos tiene que practicar una justicia de calidad inferior y vulgar. La buena justicia no



es asunto tan fácil y de simple buena fe : implica la elevación moral, la inteligencia clara, la preparación general muy sólida, que permiten penetrar al través de las argucias forenses y comprender la verdad humana y real de un proceso. La mediocridad de los sentimientos incultos es muy mala consejera del juez. El rey bíblico fallaba en forma admirable porque era capaz de escribir los Proverbios y el Cántico de los cánticos ! Por todas estas razones nuestro plan tiene muchas materias inútiles y es vasto y difícil. Como lo observará el lector, todos nuestros oradores tienen idénticas tendencias, pero el más claro, preciso y enérgico es Lucio Vicente López. Así, somos reformadores inspirándonos en la tradición. Las ideas madres generadoras del movimiento fueron pensadas hace muchos años por ilustres profesores, López, Del Valle, Estrada, Goyena... y si vivieran aplaudirían la obra de sus discípulos.

Continuaremos cumpliendo modestamente nuestro deber, con la dulce ilusión de que preparamos la buena patria del futuro : la misma que animó á nuestros predecesores. Tal vez nos digan los ironistas y discípulos de Alberdi que soplamos ampollas de jabón. ¡ Si así fuera !... debemos poner en la grave tarea todo el tiempo y atención necesarias, para que al deshacerse den bonitas irisaciones... ¡ Siquiera dieran ese resultado otras ampollas que se soplan con gran fe y entusiasmo !

JUAN AGUSTÍN GARCÍA.

COLACIONES DE GRADOS







Una de las raíces más profundas de nuestras tiranías modernas en Sud América, es la noción greco-romana del patriotismo y de la patria, que debemos á la educación medio clásica que nuestras universidades han copiado á la Francia.

La patria tal como la entendían los griegos y los romanos, era esencial y radicalmente opuesta á lo que por tal entendemos en nuestros tiempos y sociedades modernos. Era una institución de origen y carácter religioso y santo; equivalente á lo que es hoy la iglesia, por no decir más santo que ella, pues era la asociación de las almas, de las personas y de los intereses de sus miembros.

Su poder era omnipotente y sin límites respecto de los individuos de que se componía.

La patria así entendida, era y tenía que ser, la negación de la *libertad individual*, en la que cifran la libertad todas las sociedades modernas que son realmente libres. El hombre individual se debía todo entero á la patria; le debía su alma, su persona, su voluntad, su fortuna, su vida, su familia, su honor.

Reservar á la patria algunas de esas cosas, era traicionarla; era como un acto de impiedad.

Según estas ideas, el patriotismo era no sólo conciliable, sino



idéntico y el mismo que el despotismo más absoluto y omnimodo en el orden social.

La gran revolución que trajo el cristianismo en las nociones del hombre, de Dios, de la familia, de la sociedad toda entera, cambió radical y diametralmente las bases del sistema social greco-romano.

Sin embargo, el renacimiento de la civilización antigua de entre las ruinas del imperio romano y la formación de los estados modernos, conservaron ó revivieron los cimientos de la civilización pasada y muerta, no ya en el interés de los estados mismos, todavía informes, sino en la majestad de sus gobernantes, en quienes se personificaban la majestad, la omnipotencia y autoridad de la patria.

De ahí el despotismo de los reyes absolutos que surgieron de la feudalidad de la Europa regenerada por el cristianismo.

El estado ó la patria continuó siendo omnipotente respecto de la persona de cada uno de sus miembros, pero la patria personificada en sus monarcas ó soberanos, no en sus pueblos.

La omnipotencia de los reyes, tomó el lugar de la omnipotencia del estado ó de la patria.

Sublevados contra los reyes, los pueblos los reemplazaron en el ejercicio del poder de la patria, que al fin era más legítimo en cuanto á su origen. La soberanía del pueblo tomó el lugar de la soberanía de los monarcas, aunque teóricamente.

La patria fué todo y el único poder de derecho, pero conservando la índole originaria de su poder absoluto y omnimodo sobre la persona de cada uno de sus miembros; la omnipotencia de la patria misma siguió siendo la negación de la libertad del individuo en la república, como lo había sido en la monarquía: y la sociedad cristiana y moderna, en que el hombre y sus derechos son teóricamente lo principal, siguió en realidad gobernándose por las reglas de las sociedades antiguas y paganas, en que la patria era la negación más absoluta de la libertad.



Divorciado con la libertad, el patriotismo se unió con la gloria, entendida como los griegos y los romanos la entendieron.

Esta es la condición presente de las sociedades de origen greco-romano en ambos mundos.

Sus individuos, más bien que libres, son los siervos de la patria.

La patria es libre, en cuanto no depende del extranjero; pero el individuo carece de libertad en cuanto depende del estado de un modo omnímodo y absoluto. La patria es libre en cuanto absorbe y monopoliza las libertades de todos sus individuos, pero sus individuos no lo son, porque el gobierno les tiene todas sus libertades.

Tal es el régimen social que ha producido la revolución francesa, y tal la sociedad política que en la América greco-latina de raza ha producido el ejemplo y repetición, que dura hasta el presente, de la revolución francesa.

El *Contrato social* de Rousseau, convertido en catecismo de nuestra revolución, por su ilustre corifeo el doctor Moreno, ha gobernado á nuestra sociedad, en que el ciudadano ha seguido siendo una pertenencia del estado ó de la patria, encarnada y personificada en sus gobiernos, como representantes naturales de la majestad del estado omnipotente.

La omnipotencia del estado ejercida según las reglas de las sociedades antiguas de Grecia y Roma, ha sido la razón de ser de sus representantes los gobiernos, llamados libres sólo porque dejaron de emanar del extranjero.

Otro fué el destino y la condición de la sociedad que puebla la América del Norte.

Esa sociedad, radicalmente diferente de la nuestra, debió al origen trasatlántico de sus habitantes sajones, la dirección y compleción de su régimen político de gobierno, en que la libertad



de la patria tuvo por límite la libertad sagrada del individuo. Los *derechos del hombre* equilibraron allí en su valor á los *derechos de la patria*, y si el estado fué libre del extranjero, los individuos no lo fueron menos respecto del estado. Eso fué en Europa la sociedad anglo-sajona y eso fué en Norte América la sociedad anglo-americana, caracterizadas ambas por el desarrollo soberano de la libertad individual, más que por la libertad exterior ó independencia del estado, debida mayormente á su geografía insular en Inglaterra, y á su aislamiento trasatlántico en Estados Unidos.

La libertad en ambos pueblos sajones, no consistió en ser independiente del extranjero, sino en ser cada ciudadano independiente de su gobierno patrio.

Los hombres fueron libres porque el estado, el poder de su gobierno no fué omnipotente, y el estado tuvo un poder limitado por la esfera de la libertad ó el poder de sus miembros, á causa de que su gobierno no tuvo por modelo el de las sociedades griega y romana.

Montesquieu ha dicho que la constitución inglesa salió de los bosques de la Germania, en lo que tal vez quizo decir que los destructores germanos del imperio romano fueron libres porque su gobierno no fué de origen ni tipo latinos.

Á la libertad del individuo, que es la libertad por excelencia, debieron los pueblos del norte la opulencia que los distingue.

Los pueblos del norte no han debido su opulencia y grandeza al poder de sus gobiernos, sino al poder de sus individuos. Son el producto del egoísmo más que del patriotismo. Haciendo su propia grandeza particular, cada individuo contribuyó á labrar la de su país (1).

Este aviso interesa altamente á la salvación de las repúblicas americanas de origen latino.

Sus destinos futuros deberán su salvación al individualismo; ó no los verán jamás salvados si esperan que alguien los salve por patriotismo.

El egoísmo bien entendido de los ciudadanos, sólo es un vicio para el egoísmo de los gobiernos, que personifican á los estados. En realidad, el afán del propio engrandecimiento, es el afán virtuoso de la propia grandeza del individuo, como factor fundamental que es del orden social, de la familia, de la propiedad, del hogar, del poder y bienestar de cada hombre.

Las sociedades que esperan su felicidad de la mano de sus gobiernos, esperan una cosa que es contraria á la naturaleza. Por la naturaleza de las cosas, cada hombre tiene el encargo providencial de su propio bienestar y progreso, porque nadie puede amar el engrandecimiento de otro, como el suyo propio; no hay medio más poderoso y eficaz de hacer la grandeza del cuerpo social, que dejar á cada uno de sus miembros individuales el cuidado y poder pleno de labrar su personal engrandecimiento.

Ese es el orden de la naturaleza, y por eso es el mejor y más fecundo en bienes reales. De ello es un testimonio la historia de las sociedades sajonas del norte en ambos mundos.

Los estados son ricos por la labor de sus individuos; y su labor es fecunda porque el hombre es libre, es decir, dueño y señor de su persona, de sus bienes, de su vida, de su hogar.

Cuando el pueblo de esas sociedades necesita alguna obra ó mejoramiento de público interés, sus hombres se miran unos á otros, se buscan, se reúnen, discuten, ponen de acuerdo sus voluntades y obran por sí mismos en la ejecución del trabajo que sus comunes intereses necesitan ver satisfecho.

En los pueblos latinos de origen, los individuos que necesitan un trabajo de mejoramiento general, alzan los ojos al gobierno,





suplican, lo esperan todo de su intervención y se quedan sin agua, sin luz, sin comercio, sin puentes, sin muelles, si el gobierno no se los da todo hecho.

Pero no debemos olvidar que no fué griego ni romano todo el origen de la omnipotencia del estado y de su gobierno entre nosotros sudamericanos. En todo caso, no sería ese sino el origen mediato, pues el inmediato origen de la omnipotencia en que se ahogan nuestras libertades individuales, fué el organismo que España dió á sus estados coloniales en el nuevo mundo, cuyo organismo no fué diferente en ese punto, del que España se dió á sí misma en el viejo mundo.

Así, la raíz y origen de nuestras tiranías modernas en Sud América es no solamente nuestro origen remoto ó greco-romano, sino también nuestro origen inmediato y moderno de carácter español.

La España nos dió la complexión que debía ella misma á su pasado de colonia romana que fué, antes de ser provincia romana.

La patria en sus nociones territoriales, absorbió siempre al individuo y se personificó en sus gobiernos el *derecho divino* y sagrado, que eclipsaron del todo los derechos del hombre.

La omnipotencia del estado ó el poder omnímodo é ilimitado de la patria respecto de los individuos que son sus miembros, tiene por consecuencia necesaria la omnipotencia del gobierno en que el estado se personifica, es decir, el despotismo puro y simple.

Y no hay más remedio de conseguir que el gobierno deje ó no llegue á ser omnipotente sobre los individuos de que el estado se compone, sino haciendo que el estado mismo deje de



ser ilimitado en su poder respecto del individuo, factor elemental de su pueblo. Un ejemplo de ésto : cuando el gobernador de Buenos Aires recibió en 1835 de los representantes del estado la suma de sus poderes públicos, no lo tuvo por la ley que aparentó discernírselo. La ley, lejos de ser causa y origen de ese poder, tuvo por razón de ser y causa á ese poder mismo que ya existía en manos del jefe del estado omnipotente por la *ordenanza de intendentes*, constitución española del *virreinato de Buenos Aires*, según cuyas palabras, debía continuar el *virrey gobernador y capitán general con el poder omnimodo y las facultades extraordinarias que le daban esa constitución y las leyes de Indias* de su referencia.

La contextura que el gobierno hispano-argentino recibió de esa legislación, es la que sus leyes ulteriores de la revolución no han reconstruido de hecho hasta hoy en ese punto; y la república, como el virreinato colonial, siguió entendiendo el poder de la patria sobre sus miembros, como lo entendieron las antiguas sociedades de Grecia y de Roma.

Á pesar de nuestras constituciones modernas, copiadas de las que gobiernan á los países libres de origen sajón, á ningún liberal le ocurriría entre nosotros, dudar de que el derecho del individuo debe inclinarse y ceder ante el derecho del estado, en ciertos casos.

La república, por tanto, continuó siendo en ese punto gobernada para provecho de los poderes públicos que han reemplazado al poder especial que le dió, siendo su colonia, la contextura y complexión que convenía á su real é imperial beneficio.

La corona de España, no fundó sus colonias de América para hacer la riqueza y poder de sus colonos, sino para hacer su negocio y poder propio de la corona misma. Pero, para que esta mira no degenerase en un sistema capaz de dar la riqueza y el poder á los colonos, en lugar de darlos al monarca,



la colonia recibió la constitución social y política que debía de hacer á su pueblo un mero instrumento del real patrimonio, un simple productor fiscal de cuenta de su gobierno y para su real beneficio.

Sin duda que las constituciones que regla después la conducta del gobierno de la república, calificaron de *crimen legislativo* el acto de dar poderes extraordinarios y omnímodos á sus gobernantes; pero esa magnífica disposición no impidió que la suma de todos los poderes y fuerzas económicas del país quedasen de hecho á la discreción del gobierno, que puede usar de él por mil medios indirectos.

¿Cómo así?

Si dejáis en manos de la patria, es decir, del estado, la suma del poder público, dejáis en manos del gobierno que representa y obra por el estado, esa suma entera del poder público.

Si lo hacéis por una constitución, esa constitución será una máquina productora de un despotismo tiránico que no dejará de aparecer á su tiempo, por la mera razón de existir la máquina, que le servirá de causa y ocasión suficiente.

Por constitución entiendo aquí, no la ley escrita á que damos este nombre, sino la complexión ó construcción real de la máquina del estado.

Si esta máquina es un hecho de la historia del país, en vano la constitución escrita pretenderá limitar los poderes del estado respecto del derecho de sus individuos; en el hecho esos poderes seguirán siendo omnipotentes.

Son testimonio confirmatorio de esa observación, los gobiernos republicanos que han reemplazado en la dirección del reciente y moderno estado, al que lo fundó, organizó y condujo por siglos como colonia perteneciente á un gobierno absoluto y omnímodo.

Mientras la máquina que hace omnipotente el poder del estado exista viva y palpitante de hecho, bien podría llamarse re-



pública libre y representativa por su constitución escrita: su constitución histórica y real guardada en sus entrañas, la hará ser siempre una colonia ó patrimonio del gobierno republicano, sucesor de su gobierno realista y pasado.

El primer deber de una gran revolución hecha con la pretensión de cambiar de régimen social de gobierno, es cambiar la contextura social que tuvo por objeto hacer del pueblo colonial una máquina fiscal productora de fuerza y de provecho en servicio de su dueño y fundador metropolitano. De otro modo, las rentas y productos de la tierra y del trabajo anual del pueblo, seguirían yendo, bajo la república nominal, adonde fuesen bajo la monarquía efectiva, ¿adónde, por ejemplo? á todas partes, menos á manos del pueblo.

Las viejas arcas que eran recipientes del real tesoro, se perderán como las aguas de un río que se derrama y resume en los campos ó se disipa en acequias que van á regar los vergeles de la clase ó porción del pueblo á quien ha cabido el privilegio de seguir ocupando la esfera del antiguo poder metropolitano, en lo que es el goce de los beneficios que la real máquina seguirá haciendo del suelo y trabajo del país.

En las manos de esa porción ó clase privilegiada del país oficial, seguirá extendiendo el poder y la libertad de que seguirán viéndose excluidos y privados los pueblos, sucesores nominales de los antiguos soberanos.

No será el estado sino su representante (que es el gobierno del estado) el que seguirá ejerciendo y gozando la omnipotencia de los medios y poderes entregados á la patria por la maquinaria del viejo edificio primitivo y colonial persistente.

Pero dejar en manos del gobierno de la patria todo el poder público adjudicado á la patria misma, es dejar á todos los ciudadanos que componen el pueblo de la patria sin el poder individual en que consiste la libertad individual; que es toda y la real libertad de los países que se gobiernan, que se educan, que



se enriquecen y engrandecen á sí mismos, por la mano de sus particulares, no de sus gobiernos.

« Los antiguos, dice Coulanges, habían dado tal poder al estado, que el día en que un tirano tomaba en sus manos esta omnipotencia, los hombres no tenían ya ninguna garantía contra él, y él era realmente el señor de su vida y de su fortuna. »

De las consideraciones que preceden, se deduce que el despotismo, la tiranía frecuente de los países de Sud América, no residen en el déspota y en el tirano, sino en la máquina ó construcción mecánica del estado, por la cual todo el poder de sus individuos refundido y condensado, cede en provecho de su gobierno y queda en manos de su institución. El déspota y el tirano, son el efecto y el resultado, no la causa de la omnipotencia de los medios y fuerzas económicas del país puestas en poder del establecimiento de su gobierno y del círculo personal que personifican al estado, por la maquinaria del estado mismo. Sumergida y ahogada la libertad de los individuos en ese caudal de poder público ilimitado y omnipotente, resulta de ello que la tiranía de la patria omnímota y omnipotente, es ejercida en nombre de un patriotismo tras del cual vive eclipsada la libertad del individuo, que es la libertad patriótica por excelencia.

Así se explica que las sociedades antiguas de la Grecia y de Italia en que ese orden de cosas era la ley fundamental, las libertades individuales de vida, de conducta, de pensamiento, de opinión, fueron del todo desconocidas. El patriotismo tenía entonces en esas sociedades el lugar que tiene el *liberalismo* en las sociedades actuales de tipo y de origen sajón. El despotismo recibía su sanción y excusa del patriotismo del gobierno omnipotente en que la patria estaba personificada.

La razón de esa omnipotencia de la patria entre los antiguos, es digna de tenerse siempre presente por los pueblos moder-



nos, que toman por modelo á esos organismos muertos, de índole, de principios y de propósitos radical y esencialmente opuestos.

¿Qué eran en efecto la patria y el patriotismo, en el sistema social y político de las antiguas sociedades de Grecia y de Roma? Insistamos en explicarlo.

La palabra patria, entre los antiguos, según de Coulanges, significaba la tierra de los padres, *tierra patria*. La patria de cada hombre, era la parte del suelo que su religión doméstica ó nacional había santificado, la tierra en que estaban depositadas las osamentas de sus antecesores y que estaban ocupadas por sus almas. *Tierra sagrada de la patria*, decían los griegos. Ese suelo era literalmente *sagrado* para el hombre de ese tiempo, porque estaba habitado por sus dioses. *Estado, patria, ciudad*, estas palabras no eran una mera abstracción, como en los modernos; representaban realmente todo un conjunto de divinidades locales, con un culto de todos los días, y creencias poderosas sobre el alma. Solo así se explica el patriotismo entre los antiguos: sentimiento enérgico que era para ellos la virtud suprema, en que todas las virtudes venían á refundirse.

Una patria semejante no era para el hombre un mero domicilio. La patria tenía ligado al hombre por un vínculo sagrado. Tenía que amarla como se ama á una religión, obedecerla como se obedece á Dios: darse á ella todo entero; cifrar todo en ella, consagrarle su sér. El griego y el romano, no morían por desprendimiento en obsequio de un hombre, ó por punto de honor: pero á su patria le debían su vida. Porque si la patria era atacada, es su religión la que se ataca, decían ellos. Combatían verdaderamente por sus altares, por sus hogares, *pro aris et focis*; porque si el enemigo se amparaba de la ciudad, sus altares eran derribados, sus fogones extinguidos, sus tumbas profanadas, sus dio-



ses destruídos, su culto despedazado. El amor á la patria era la piedad misma de los antiguos. Para ellos, Dios no estaba en todas partes. Los dioses de cada hombre eran aquellos que habitaban su casa, su ciudad, su cantón (1).

El desterrado dejando á su patria tras sí, dejaba también sus dioses. Pero como la religión era la fuente de que emanaban sus derechos civiles, el desterrado perdía todo esto perdiendo la religión de su país, por el hecho de su destierro: no tenía ya derecho de propiedad. Sus bienes eran todos confiscados en provecho de los dioses y del estado. No teniendo culto, no tenía ya familia: dejaba de ser marido y padre.

El destierro de la patria no parecía un suplicio más tolerable que la muerte. Los jurisconsultos romanos le llamaban *pena capital* (2).

¿De dónde nacen estas nociones sobre patria y el patriotismo?

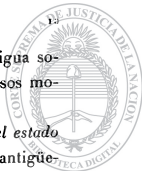
Era que la *ciudad* había sido fundada en una religión y constituía como una iglesia. De ahí la fuerza, la omnipotencia y absoluto imperio que la patria ejercía sobre sus miembros. Se concibe que en una sociedad establecida sobre tales principios, la *libertad individual* no pudiese existir. No había nada en el hombre que fuese independiente. Ni su vida privada escapaba á esta omnipotencia del estado.

Los antiguos no conocían, pues, ni la libertad de la vida privada, ni la libertad de educación, ni la libertad religiosa. La persona humana era contada por muy poca cosa delante de esa autoridad santa y casi divina que se llamaba la *patria* ó el *estado*.

No era extraño, según estos precedentes históricos, que, tergiversados en su sentido, indujesen á los revolucionarios france-

(1) DE COULANGES, *Cité antique*.

(2) DE COULANGES, *Cité antique*.



ses del siglo pasado, imitadores inconscientes de la antigua sociedad de Grecia y de Roma, imitasen con exaltación esos modelos muertos.

La funesta máxima revolucionaria de que la *salud del estado es la ley suprema de la sociedad*, fué formulada por la antigüedad griega y romana.

Se pensaba entonces que el derecho, la justicia, la moral, todo debía ceder ante el interés de la patria.

No ha habido, pues, un error más grande que el de creer que, en las ciudades antiguas, el hombre disfrutara de la libertad. Ni la idea siquiera tenían de ella. No creían que pudiese existir derecho alguno en oposición á la ciudad y sus dioses.

Es verdad que revoluciones ulteriores cambiaron esa forma de gobierno; pero la naturaleza del estado, quedó casi la misma. El gobierno se llamó sucesivamente *monarquía, aristocracia, democracia*; pero ninguna de esas revoluciones dió á los hombres la verdadera libertad, que es la libertad individual.

Tener derechos políticos, votar, nombrar ó elegir magistrados, poder ser uno de ellos, es todo lo que se llamaba libertad; pero el hombre no continuaba menos avasallado al estado, que antes lo estuvo.

Concibese que hablando de una antigüedad tan remota y desconocida, con esta seguridad, yo me apoye en autoridades que han hecho una especialidad de su estudio casi técnico. La que dejo explotada, por ejemplo, pertenece á una de las más grandes capacidades de la *Escuela normal* de Francia.

No es que la erudición alemana sea menos competente para interpretar á la antigüedad en materia de instituciones sociales, sino que la de un país latino, como Francia, es más comprensible para la América del mismo origen, que ha imitado en su revolución sus mismos errores y caído en sus mismos escollos, de



que la ciencia moderna de los franceses comienza á darse cuenta, por la pluma de pensadores como A. de Tocqueville, de Coulanges, de Taine, desde algunos años á esta parte.

Pero ahí no quedaron las cosas del naciente orden de las sociedades civilizadas de la Europa cristiana. Ya desde antes que la grande y definitiva religión produjese como su obra á la sociedad moderna, la misma sociedad antigua había empezado á cambiar, con la madurez y progreso natural de las ideas, sus instituciones y reglas de gobierno.

De esto, sin embargo, parecen no darse bastante cuenta los pueblos actuales, que han buscado en la restauración ó renacimiento de la antigüedad civilizada los elementos y base de organización de la sociedad moderna.

El estado había estado ligado estrechamente á la religión, procedía de ella y se confundía con ella.

Por eso es que en la ciudad primitiva, todas las instituciones políticas habían sido instituciones religiosas (1).

Las fiestas habían sido ceremonias del culto; las leyes habían sido fórmulas sagradas; los reyes y los magistrados habían sido sacerdotes. Es por eso mismo que la libertad individual había sido desconocida y que el hombre no había podido substraer su conciencia misma á la omnipotencia de la ciudad. Es por ello, en fin, que el estado había quedado limitado á las proporciones de una villa, sin poder salvar el recinto que sus dioses nacionales le habían trazado en su origen. Cada ciudad tenía no sólo su independencia, sino también su culto y su código. La religión, el derecho, el gobierno, todo era municipal. La ciudad era la única fuerza viva; nada otra cosa más arriba, nada más abajo, es decir, ni unidad nacional, ni libertad individual (*Cité antique*).

(1) *Cité antique*, página 415.



Pero este régimen desapareció con el desarrollo del espíritu humano. y el principio de la asociación de los hombres, una vez cambiado, tanto el gobierno como la religión y el derecho perdieron ese carácter municipal que habían tenido en la antigüedad.

Un nuevo principio, la filosofía de los estoicos, ensanchando las nociones de la humana asociación, emancipó al individuo. No quiso ya que la persona humana fuese sacrificada al estado. Este gran principio, que la antigua ciudad había desconocido, debía ser un día la más santa de las reglas de la política de todos tiempos.

Se comenzó entonces á comprender que había otros deberes hacia la patria ó el estado; otras virtudes que las virtudes cívicas. El alma se ligó á otros objetos que á la patria. La CIUDAD ANTIGUA había sido tan poderosa y tan tiránica, que de ella había hecho el hombre el fin de todo su trabajo y de todas sus virtudes; la patria había sido la regla de lo bello y de lo humano, y no había heroísmo sino para ella.

En medio de los cambios que se habían producido en las instituciones, en las costumbres, en las creencias, en el derecho, el patriotismo mismo había cambiado de naturaleza, y es una de las cosas que más contribuyeron á los grandes progresos de Roma.

No hay que olvidar lo que había sido el sentimiento del patriotismo en la primera edad de las ciudades griegas y romanas. Formaba parte de la religión de aquellos tiempos, se amaba á la patria porque se amaba á sus dioses protectores; porque en ella se hallaba su altar, un fuego divino, fiestas, himnos y porque fuera de la patria no había ni dioses ni culto. Tal patriótico sistema era una fe, un sentimiento piadoso. Pero cuando la casta sacerdotal perdió su dominación, esa clase de patriotismo des-



apareció de la ciudad con ella. El amor de la ciudad no pereció, pero tomó una forma nueva.

No se amó ya á la patria por su religión y sus dioses; se la amó solamente por sus leyes, por sus instituciones, por los derechos y la seguridad que ella acordaba á sus miembros.

Ese patriotismo nuevo, no tuvo los efectos que el de los viejos tiempos. Como el corazón no se apegaba ya al altar, á los dioses protectores, al suelo sagrado, sino únicamente á las instituciones y á las leyes, que en el estado de inestabilidad en que todas las ideas se encontraban entonces, cambiaban frecuentemente; el patriotismo se volvió un sentimiento variable é inconstante, que dependió de las circunstancias y que estuvo sujeto á iguales fluctuaciones que el gobierno mismo.

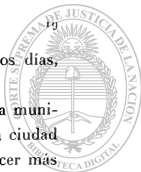
Ya no se amó la patria sino en tanto que se amaba el régimen político que prevalecía en ella á la razón. El que encontraba malas sus leyes, no tenía ya vínculo que lo apegase á ella.

El patriotismo municipal se debilitó de ese modo y pereció en las almas. La opinión de cada uno le fué más sagrada que su patria, y el triunfo de su partido le vino á ser más caro que la grandeza ó gloria de su ciudad. Cada uno vino á preferir sobre su ciudad natal, si allí no hallaba las instituciones que él amaba, á tal otra ciudad en que veía esas instituciones en vigor. Entonces se comenzó á emigrar más voluntariamente; se temió menos el destierro. Ya no se pensaba en los dioses protectores y se acostumbraban fácilmente á separarse de la patria.

Se buscó la alianza de una ciudad enemiga para hacer triunfar su partido en la propia.

Pocos griegos había que no estuviesen prontos á sacrificar la independencia municipal, para tener la constitución que ellos preferían.

En cuanto á los hombres honestos y escrupulosos, las disensiones perpetuas de que eran testigos, les daba el disgusto del régimen local ó municipal. No podían, en efecto, gustar de una



forma de sociedad en que era preciso batirse todos los días, en que el pobre y el rico estaban siempre en guerra.

Se empezaba á sentir la necesidad de salir del sistema municipal para llegar á otra forma de gobierno que el de la ciudad ó local. Muchos hombres pensaban al menos en establecer más arriba de las ciudades una especie de poder soberano, que velase en el mantenimiento del orden y que obligase á esas pequeñas ciudades turbulentas á vivir en paz.

En Italia no se pasaban las cosas de otro modo que en Roma.

Esa disposición centralista de los espíritus hicieron la fortuna de Roma, dice de Coulanges.

La moral de la historia de ese tiempo es que Roma no hubiese alcanzado la grandeza que la puso á la cabeza del mundo, si no hubiese salido del espíritu local ó municipal y si el patriotismo nacional no hubiese reemplazado al patriotismo local ó provincial (1).

Así se diseñaban dos cambios en el prospecto de la humanidad, que debían conducir á la concepción de una autoridad nacional y suprema, más alta que la del estado municipal, y que la libertad del hombre erigida en faz de la patria y del estado, como formando un contrafuerte de su edificio.

Así el patriotismo grande ni chico no marcó el último progreso de la humana sociedad.

Faltaba la aparición y el reinado del *individualismo*, es decir de la libertad del hombre, levantada y establecida á la faz de la patria y del patriotismo, coexistiendo con ellos armónicamente.

Fué el carácter y distintivo que las sociedades libres y modernas tomaron del espíritu y de la influencia del cristianismo,

(1) DE COULANGES, libro V, capítulo II.



fuerza y origen de la moderna libertad humana, que ha transformado al mundo.

Se puede decir con verdad, que la sociedad de nuestros días debe al *individualismo* así entendido, los progresos de su civilización. En este sentido, no es temerario establecer que el mundo civilizado y libre, es la obra del egoísmo individual, cristianamente entendido : *Ama á Dios sobre todo, enseñó él, y á tu prójimo como á ti mismo*, santificando de este modo el amor de sí á la par del amor del hombre.

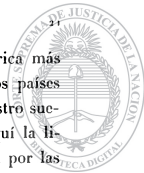
No son las libertades de la patria las que han engrandecido á las naciones modernas, sino las libertades individuales, con que el hombre ha creado y labrado su propia grandeza personal: factor elemental de la grandeza de las naciones, realmente grandes y libres, que son las del norte de ambos mundos.

« La iniciativa privada ha hecho mucho bien, dice Herbert Spencer.

« La iniciativa privada ha desmontado, desaguado, fertilizado nuestras campañas y edificado nuestras ciudades : ella ha descubierto y explotado minas, trazado rutas, abierto canales, construido caminos de hierro con sus trabajos de arte; ella ha inventado y llevado á su perfección el arado, el oficio de tejer, la máquina de vapor, la prensa, innumerables máquinas; ha construido nuestros bajeles, nuestras inmensas manufacturas, los recipientes de nuestros puertos; ella ha formado los bancos, las compañías de seguros, los periódicos, ha cubierto la mar de una red de líneas de vapor, y la tierra de una red eléctrica. La iniciativa privada ha conducido á la agricultura, la industria y el comercio á la prosperidad presente y actualmente la impele en la misma vía con rapidez, creciente. ¿ Por eso desconfiáis de la iniciativa privada ? » (1).

Todo eso ha sido hecho por el egoísmo, es decir por el indi-

(1) *Ensayos de moral, ciencia y estética*



vidualismo, tanto en Inglaterra como en nuestra América más ó menos. Todo al menos puede ser hecho en nuestros países por esos mismos egoístas de la Europa entrados en nuestro suelo como inmigrados, á condición de que les demos aquí la libertad individual, es decir, la seguridad que allá tienen por las leyes (porque esa libertad, allí significa seguridad, si Montesquieu no ha entendido mal las instituciones inglesas).

¿ Acaso en nuestro país mismo ha sucedido otra cosa que en Inglaterra ? ¿ Á quién sino á la iniciativa privada es debida la opulencia de nuestra industria rural, que es el manantial de la fortuna del estado y de los particulares ?

Han hecho más por ella nuestros mejores gobiernos, que la energía, perseverancia y buena conducta de nuestros estancieros afamados á justo título ?

Si hay estatuas que se echen de menos en nuestras plazas son las de esos modestos obreros de nuestra grandeza rural, sin la cual fuera estéril la gloria de nuestra independencia nacional.

Al contrario ha sucedido con frecuencia : toda la cooperación que el estado ha podido dar al progreso de nuestra riqueza debía consistir en la seguridad y en la defensa de las garantías protectoras de las vidas, personas, propiedades, industria y paz de sus habitantes : pero eso es cabalmente lo que han interrumpido las frecuentes guerras y revoluciones que no han sido obra de los particulares.

Las más de las veces en Sud América las revoluciones y asonadas, son oficiales, es decir, productos de la iniciativa del estado.

Después de leer al discípulo, leamos al maestro de Herbert Spencer — al autor de la *Riqueza de las naciones*, — Adam Smith, que la ve nacer toda entera en su formación natural de la iniciativa inteligente y libre de los individuos.

« Es á veces la prodigalidad y la mala conducta pública, ja-



más la de los particulares, dice Smith, las que empobrecen á una nación. Todo ó casi todo el rédito público es empleado en muchos países en el sostén de gentes no productoras. Tales son esas que componen una corte numerosa y brillante, un grande establecimiento eclesiástico, grandes escuadras y grandes ejércitos, que en tiempos de paz no producen nada; y que en tiempo de guerra no adquieren nada que pueda compensar solamente lo que cuesta su mantenimiento, mientras ella dura. Allí todas las gentes que no producen nada por sí mismas, son mantenidas por el producto del trabajo de los otros.

.

« El esfuerzo constante, uniforme y no interrumpido de cada particular, para mejorar su condición, principio de donde emana originariamente la opulencia pública y nacional, tanto como la opulencia particular, es á menudo bastante fuerte para hacer marchar las cosas de mejor en mejor, y para mantener en progreso natural, á pesar de la extravagancia del gobierno y de los más grandes errores de la administración.

« Semejante al principio desconocido de la vida animal, él restaura comunmente la salud y el vigor de la constitución, en despique no solamente de la enfermedad, sino de las absurdas recetas del médico (1).

.

« El producto anual de sus tierras y de su trabajo (de Inglaterra), es sin contradicción mucho más grande al presente, que no lo era en tiempo de la restauración ó de la revolución. El capital empleado en cultivar esas tierras y en hacer marchar ese trabajo, debe, pues, ser igualmente mucho más grande. En medio de todas las exacciones del gobierno, ese capital se ha acumulado en silencio y gradualmente, por la economía y buena conducta particular de los individuos, y por el esfuerzo univer-

(1) *Ensayos de moral, ciencia y estética*.



sal continuo y no interrumpido, que han hecho ellos para mejorar su condición.

« Este esfuerzo, protegido por las leyes y la libertad de emplear su energía de la manera más ventajosa, es lo que ha sostenido los progresos de la Inglaterra hacia la opulencia y á la mejora, en casi todas las épocas que han precedido, y lo que los sostendrá todavía, como es de esperar, en todos los tiempos que se sucederán. »

Resulta de las observaciones contenidas en este estudio, que lo que entendemos por patria y patriotismo habitualmente, son bases y puntos de partida muy peligrosos para la organización de un país libre, porque lejos de conducir á la libertad, puede llevarnos al polo opuesto, es decir, al despotismo, por poco que el camino se equivoque.

Es muy simple el camino por donde el extremo amor á la patria, puede alejar de la libertad del hombre y conducir al despotismo patrio del estado. El que ama á la patria sobre todas las cosas, no está lejos de darle todos los poderes y hacerla omnipotente. Pero, la omnipotencia de la patria ó del estado, es la exclusión y negación de la libertad individual, es decir de la libertad del hombre, que no es en sí misma sino un poder moderador del poder del estado.

La libertad individual es el límite sagrado en que termina la autoridad de la patria.

La omnipotencia de la *patria* ó del *estado*, es toda la causa y razón de ser de la omnipotencia del gobierno de la patria, que le sirve de personificación ó representación en la acción de su poder soberano.

Así es como se ha visto invocar el patriotismo y la patria á la *Convención* francesa de 1793 y á la *Dictadura* de Buenos Aires de 1840, en todas las violencias con que han sido holladas las



libertades individuales del hombre, para el uso y posesión de su vida, de su hogar, de su opinión, de su palabra, de su voto, de su conducta, de su domicilio y locomoción.

Todos los crímenes públicos contra la libertad del hombre, han podido ser cometidos, no sólo impune, sino legalmente en nombre de la patria omnipotente, invocada por su gobierno omnímodo.

La libertad del hombre puede ser no solamente incompatible con la libertad de la patria, sino que la primera puede ser desconocida y devorada por la otra. Son dos libertades diferentes, que á menudo están reñidas y en divorcio. La libertad de la patria es la independencia respecto de todo país extranjero. La libertad del hombre es la independencia del individuo respecto del gobierno de su país propio.

La libertad de la patria es compatible con la más grande tiranía, y pueden coexistir en el mismo país. La libertad del individuo deja de existir por el hecho mismo de asumir la patria la omnipotencia del país.

La libertad individual significa literalmente ausencia de todo poder omnipotente y omnímodo en el estado y en el gobierno del estado.

Las dos libertades no son igualmente fecundas en su poder fecundante de la civilización y del progreso de las naciones. La omnipotencia ó despotismo de la patria, para ser fecundos en bienes públicos, necesita dos cosas: 1ª ser ilustrado; 2ª ser honesto y justo. En estados nuevos, que ensayan recién la constitución de sus gobiernos libres, la omnipotencia de la patria es estéril, y la de su gobierno es destructora. La libertad del individuo en tales casos, es la madre y nodriza de todos los adelantos del país, porque su pueblo abunda en extranjeros inmigrados, que han traído al país la inteligencia y la buena voluntad de mejorar su condición individual, mediante la libertad individual que sus leyes le prometen y asegu-



ran. En países que han sido colonias de gobiernos omnímodos y absolutos, los gobiernos de nueva creación son débiles é ininteligentes para labrar el progreso de su civilización.

La omnipotencia de la patria, es exclusiva no sólo de toda libertad, sino de todo progreso público, porque el obrero favorito de este progreso es el individuo particular, que sabe usar de su energía y de su poder naturales, para conservar y mejorar su persona, su fortuna y su condición de hombre civilizado.

Ahora bien, como la masa ó conjunto de esos individuos particulares es lo que se denomina pueblo, en la acepción vulgar de esta palabra, se sigue que es el pueblo y no el gobierno á quien está entregado por las condiciones de la sociedad sudamericana, la obra gradual de su progreso y civilización. Y la máquina favorita del pueblo para llevar á cabo esa elaboración, es la libertad civil ó social distribuida por igual entre sus individuos nativos y extranjeros, que forman la asociación ó pueblo sudamericano.

Si esta ley natural y fatal de propio engrandecimiento individual se denomina *egoísmo*, forzoso es admitir que el *egoísmo* está llamado á preceder al *patriotismo* en la gerarquía de los obreros y servidores del progreso nacional.

Los adelantos del país deben marchar necesariamente en proporción directa del número de sus egoístas inteligentes, laboriosos y enérgicos, y de las facilidades y garantías que su egoísmo fecundo y civilizador encuentra para ejercerse y desenvolverse.

La sociedad sudamericana estaría salvada y asegurada en su porvenir de libertad y de progreso, desde que fuese el egoísmo inteligente y no el patriotismo egoísta el llamado á construir y edificar el edificio de las repúblicas de Sud América.

Y como no es natural que el egoísmo sano descuide el trabajo de su propio engrandecimiento individual, so pena de dañar á su interés cardinal, se puede decir con verdad perfecta, que el



progreso futuro de Sud América está garantido y asegurado por el hecho de quedar bajo el protectorado vigilante del egoísmo individual, que nunca duerme.

La omnipotencia de la patria, convertida fatalmente en omnipotencia del gobierno en que ella se personaliza, es no solamente la negación de la libertad, sino también la negación del progreso social, porque ella suprime la iniciativa privada en la obra de ese progreso. El estado absorbe toda la actividad de los individuos, cuando tiene absorbidos todos sus medios y trabajos de mejoramiento. Para llevar á cabo la absorción, el estado engancha en las filas de sus empleados á los individuos que serían más capaces entregados á sí mismos. En todo interviene el estado y todo se hace por su iniciativa en la gestión de los intereses públicos. El estado se hace fabricante, constructor, empresario, banquero, comerciante, editor y se distrae así de su mandato esencial y único, que es proteger á los individuos de que se compone, contra toda agresión interna y externa. En todas las funciones que no son de la esencia del gobierno, obra como un ignorante y como un concurrente dañino de los particulares, empeorando el servicio del país, lejos de servirlo mejor.

La materia ó servicio de la administración pública, se vuelve industria y oficio de vivir para la mitad de los individuos de que se compone la sociedad. El ejercicio de esa industria administrativa y política, que es mero oficio de vivir, toma el nombre de patriotismo, pues toma el aire de servicio á la patria el servicio que cada individuo se hace hacer por la patria para vivir. Naturalmente toma entonces el semblante de amor á la patria — gran sentimiento desinteresado por esencia — el amor á la mano que procura el pan de que se vive. ¿Cómo no amar á la patria como á su vida, cuando es la patria la que hace vivir?

Así el patriotismo no es religión como en los viejos tiempos griegos y romanos, ni es siquiera superstición ni fanatismo. Es muchas veces mera hipocrecía en sus pretensiones á la virtud y en realidad una simple industria de vivir.

Y como los mejores industriales, los más inteligentes y activos son los inmigrantes procedentes de los países civilizados de la Europa y esos no pueden ejercer la industria gobierno, por su calidad de extranjeros, el mal desempeño del industrialismo oficial viene á dañarlos á ellos, á contener su inmigración y perjudicar á los nacionales que no tienen trabajo en los talleres privilegiados de la administración política.

Si más de un joven en vez de disputarse el honor de recibir un salario como empleado ó agente ó sirviente asalariado del estado, prefiriese el de quedar señor de sí mismo en el gobierno de su granja ó propiedad rural, la patria quedaría desde entonces colocada en el camino de su grandeza, de su libertad y de su progreso verdadero.

Otro de los grandes inconvenientes de la noción romana de la patria y del patriotismo para el desarrollo de la libertad, es, que como la patria era un culto religioso en su origen, ella engendraba el entusiasmo y el fanatismo, es decir, el calor y la pasión que ciegan.

De ahí nuestros cantos á la patria entendida de un modo místico, que han excedido á los cánticos religiosos del patriotismo antiguo y pagano.

El entusiasmo, ha dicho la libre Inglaterra por la pluma de Adam Smith, es el mayor enemigo de la ciencia, fuente de toda civilización y progreso. El entusiasmo es un veneno que como el opio hace cerrar los ojos y ciega el entendimiento : contra él no hay más antidoto que la ciencia, dice el rey de los economistas.





En la América del Sud envenenada con ese tósigo, el entusiasmo es una calidad recomendable, lejos de ser enfermedad peligrosa (1).

La libertad es fría y paciente de temperamento; racional y reflexiva, no entusiasma como lo demuestra el ejemplo de los pueblos sajones, realmente libres. Los americanos del norte como los ingleses y los holandeses, tratan sus negocios políticos no con el calor que inspiran las cosas religiosas, sino como lo más prosaico de la vida, que son los intereses que la sustentan. Jamás su calor moderado llega al fanatismo.

El entusiasmo engendra la retórica, el lujo del lenguaje, el tono poético que va tan mal á los negocios, y todas las violencias de la frase, precursoras de las violencias y tiranías de la conducta.

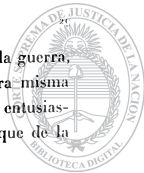
En esas pompas sonoras de la palabra escrita y hablada, que es peculiar del entusiasmo, desaparece la idea, que sólo vive de la reflexión y de la ciencia fría.

De ahí es que los americanos del norte, los ingleses y los holandeses no conocen esa poesía patriótica, esa literatura política, que se exhala en cantos de guerra, que intimidan y ahuyentan á la libertad en vez de atraerla. Los americanos del norte no cantan la libertad pero la practican en silencio.

La libertad para ellos no es una deidad; es una herramienta ordinaria, como la barreta y el martillo.

Todo lo que falta á Sud América para ser libre como los Estados Unidos, es tener el temperamento frío, pacífico, manso y paciente para tratar y resolver los negocios más complicados de la política, que lo es también de los ingleses y de los holandeses, el cual no excluye el calor á veces, pero no va jamás hasta el fanatismo, que enceguece y extravía. La Francia entra en la libertad á medida que contrae ese temple realmente viril, es decir frío.

(1) ADAM SMITH, *Riqueza de las naciones*, libro II, capítulo V.



El entusiasmo patrio es un sentimiento peculiar de la guerra, no de la libertad que se alimenta de la paz. La guerra misma se ha hecho más fecunda desde que ha cambiado el entusiasmo por la ciencia; pero es más hija del entusiasmo que de la ciencia.

Por qué vínculo misterioso se han visto hermanadas en la América del Sud las nociones de la patria, la libertad, el entusiasmo, la gloria, la guerra, la poesía, á que hoy se debe que se traten con tanta pasión las cuestiones públicas, que permanecen indecisas precisamente porque no son tratadas con la serenidad y templanza, que las haría tan expeditivas y fáciles?

No es difícil concebirlo. Vista la patria como fué considerada por las sociedades griegas y romanas, á cuyos ojos era una institución religiosa y santa, la patria y su culto llenaron los corazones de entusiasmo inexplicable de las cosas santas. Del entusiasmo al fanatismo la distancia no fué larga. La patria fué adorada como una especie de divinidad y su culto produjo un entusiasmo ferviente como el de la religión misma. En la independencia natural y esencial de la patria respecto del extranjero, se hizo consistir toda su libertad, y en su omnipotencia se vió la negación de toda libertad, individual capaz de limitar su autoridad divina. Así el guerrero fué el campeón de su libertad contra el extranjero, considerado como enemigo nato de la independencia patria, y la gloria humana consistió en los triunfos de la lucha sostenida en defender la libertad de la patria contra toda dominación de fuera.

La guerra tomó así su santidad de la santidad de su objeto favorito, que fué la libertad de la patria, la defensa de su suelo sagrado y de la santidad de los estandartes, que eran sus símbolos bendecidos de la patria, su suelo y sus altares entendidos como los griegos y romanos en un sentido religioso. Consideradas de ese punto de vista las cosas, la patria, fué inseparable de ellas, el entusiasmo que infundía las cosas santas y sagradas.



La patria omnipotente y absoluta absorbió la personalidad del individuo, y la libertad de la patria, eclipsando la libertad del hombre, no dejó otro objeto legítimo y sagrado á la guerra, que la defensa de la independencia ó libertad de la patria respecto del extranjero, y su omnipotencia respecto del individuo, que era miembro de ella.

Así fué como en el nacimiento de los nuevos estados de Sud América, San Martín, Bolívar, Sucre, O'Higgins, los Carrera, Belgrano, Alvear, Pueyrredón, que se habían educado en España y tomado allí sus nociones de patria y libertad, entendiendo la libertad americana á la española, la hicieron consistir toda entera en la independencia de los nuevos estados respecto de España, como España la había entendido respecto de Francia, cuando la guerra con Napoleón I.

Esos grandes hombres fueron sin duda campeones de la libertad de América, pero la libertad en el sentido de la independencia de la patria respecto de España; y si no defendieron también la omnipotencia de la patria respecto de sus miembros individuales, tampoco defendieron la libertad individual entendida como límite del poder de la patria ó del estado, porque no comprendieron ni conocieron la libertad en ese sentido, que es su sentido más precioso. ¿Dónde, de quién podían haberla aprendido? ¿De España, que jamás la conoció en el tiempo en que ellos se educaron allí?

Washington y sus contemporáneos no estuvieron en ese caso sino en el caso opuesto. Ellos conocían mejor la libertad individual, que la independencia de su país porque habían nacido, crecido y vivido desde su cuna, disfrutando de la libertad del hombre, bajo la misma dependencia de la libre Inglaterra.

Así fué que después de conquistar la independencia de su patria, los individuos que eran miembros de ella, se encontraron tan libres como habían sido desde la fundación de esos pueblos, y su constitución, de nación independiente, no hizo sino con-



firmar sus viejas libertades interiores, que ya conocían y mane-
nejaban como veteranos de la libertad.

La gloria de nuestros grandes hombres fué más deslumbrante,
porque nació del entusiasmo que produjeron la guerra y las vic-
torias de la independencia de la patria, que nació omnipotente
respecto de sus individuos, como lo había sido la madre patria,
bajo el régimen omnímodo del gobierno de sus reyes, en que la
patria se personificaba. La gloria omnipotente de nuestros gran-
des guerreros de la independencia, como nació del entusiasmo
por la patria, que había sido todo su objeto, porque la entendían
en el sentido casi divino que tuvo en la vieja Roma y en la vieja
España; la gloria de nuestras grandes personalidades históricas
de la guerra de la independencia de la patria, continuó eclip-
sando á la verdadera libertad del hombre, llegando el entusiasmo
por esos simbólicos hasta tomar á la libertad sus altares mismos.

Este es el terreno en que se han mantenido hasta aquí la di-
rección de nuestra política orgánica, y nuestra literatura polí-
tica y social, en que las libertades de la patria han eclipsado y
hecho olvidar las libertades del individuo, que es el factor y
unidad de que la patria está formada.

¿De dónde deriva su importancia la libertad individual? De
su acción en el progreso de las naciones.

Es una libertad múltiple ó multiforme, que se descompone
y ejerce bajo estas diversas formas :

Libertad de querer, optar y elegir;

Libertad de pensar, de hablar, de escribir: opinar y pu-
blicar;

Libertad de obrar y proceder;

Libertad de trabajar, de adquirir y disponer de lo suyo;

Libertad de estar ó de irse, de salir y entrar en su país, de
locomoción y de circulación;



Libertad de conciencia y de culto;

Libertad de emigrar y de no moverse de su país;

Libertad de testar, de contratar, de enajenar, de producir y adquirir.

Como ella encierra el círculo de la actividad humana, la libertad individual, que es la capital libertad del hombre, es la obrera principal é inmediata de todos sus progresos, de todas sus mejoras, de todas las conquistas de la civilización, en todas y cada una de las naciones.

Pero la rival más terrible de esa hada de los pueblos civilizados, es la patria omnipotente y omnimoda, que vive personificada fatalmente en gobiernos omnímodos y omnipotentes, que no la quieren porque es límite sagrado de su omnipotencia misma.

Conviene, sin embargo no olvidar, que así como la libertad individual es la nodriza de la patria, así la libertad de la patria es el paladium de las libertades del hombre, que es miembro esencial de esa patria. Pero, ¿cuál puede ser la patria más interesada en conservar nuestras personas y nuestros personales derechos, sino aquella de que nuestra persona es parte y unidad elemental?

Por decirlo todo en una palabra final, la libertad de la patria es una faz de la libertad del hombre civilizado, fundamento y término de todo el edificio social de la humana raza.



Interpelaba un indígena norte americano (según refiere Tocqueville) al *attorney* Spencer por los móviles que le alentaban á perseguir judicialmente á un criminal de sus tribus. « ¿ Es por ventura, tu enemigo ? ¿ Mató acaso á tu padre ó á tu amigo, que así procuras vengar ?... ¿ Los ancianos de tu pueblo te compensan ese oficio que llamas tu deber ?... ¿ Sí ?... ¡ Luego has vendido la sangre de tu hermano ! »... Un instinto natural mal corregido llevaba á este salvaje á coincidir en cierta manera con el concepto greco-romano del patrocinio forense. Función primitivamente aristocrática, más tarde investida en personajes eminentes por su saber y su elocuencia, fué en los períodos brillantes de Grecia y de Roma el camino de las más altas dignidades públicas, y lo que no obstante constituir en las sociedades modernas un servicio cambiable, nos complacemos de que sea hoy día: una función moral y honorífica, que así exalta á los que la profesan en cuanto son fieles á la nobleza de sus destinos... Además, el jurista es el intérprete del derecho en medio de la contradicción de los intereses ; tiene en su mano aquella espada, simbólica fuerza de la ley, ante la cual se abaten el egoísmo y la anarquía ; en sus labios vibran los oráculos de la justicia, que devuelve á cada cual lo suyo, establece cada cosa en su sitio si-



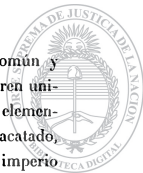
métrico y su medida de equilibrio, y enfrena las pasiones cuando desbordadas corrompen las relaciones externas de los hombres y dislocan la armonía de las sociedades humanas. Su huella está en la historia, desigual y tortuosa como la deja siempre el paso del mortal en las sendas escabrosas, profunda, empero, y que revela, por su propia hondura, la fuerza del agente que la estampó en los siglos...

Á tanta dignidad encumbra en este instante su investidura universitaria á los jóvenes, á quienes la Facultad me encarga de despedir en el umbral de nuestras aulas... Estoy habituado á su adhesión y vengo á darles el último consejo que recibirán de mis labios aunque paralice momentáneamente el entusiasmo juvenil que les embarga. Una misión austera les aguarda. Meditarla no gastará las emociones con que se aprestan en esta hora solemne á deponer sus lauros escolares en la mano de sus padres, alzada para bendecirles, y los menos felices, sobre una tumba amada...

Sobre las ruinas del mundo romano, los guerreros bárbaros fundaron señoríos; y apoyados en el dominio del suelo, vistieron girones del manto imperial de Carlo Magno. La feudalidad aniquiló la idea del Estado. El poder señorial reemplazó al poder soberano. El potente infanzón aragonés, como el barón normando y sus congéneres esparcidos por el continente y las islas de Europa, aislado en su castillo, su refugio en las fatigas del torneo, de la caza y de la guerra, invistió el más impopular, el más rígido y el más circunscripto derecho soberano que haya imperado jamás en el orden político de las naciones. Potestad inherente á la persona, de nadie delegada, con nadie compartida; potestad ejercitada sobre masas no vinculadas á su titular por los lazos de la sangre, como en las tribus de los Patriarcas, ni por la agnación ritual ó civil como en las *gens* indo-europa, la potestad

feudal actuaba sin moderador orgánico, refrenada tan sólo por la conciencia, informada tan sólo por la inspiración propia de los Grandes, ¡de los Grandes de la tierra, tan pequeños en medio de la prosperidad! Destruía, de esta suerte, á favor de los privilegiados, todos los resortes constitutivos y conservadores de la armonía en las instituciones políticas. Favor grande fué que la Iglesia predicara el reino de Dios en los cielos y la tierra: que las agrupaciones urbanas, libres del despotismo feudal, neutralizaran, por medios normales ó violentos, las fuerzas eversivas de la unidad nacional en todas las regiones; y por fin, que subsistieran los reyes, centro de reacción contra aquel pulverizamiento político, que hacía presagiar el cataclismo final de nuestro globo. Una idea á la cual no era accesible el espíritu grosero de las muchedumbres, repugnada por la arrogancia de los señores y la altanería de las ciudades, necesitaba, sin embargo, incrustarse en la sociabilidad feudal, fermentar en ella y ser esclarecida y desenvuelta, si las naciones habían de encontrar sólidas y pacíficas condiciones de existencia. Esta idea es: el principio de la Soberanía nacional, y su consecuencia: la autoridad suprema de la Ley. Sus propagandistas en la época feudal y en los primeros pasos de las monarquías modernas, fueron el clero, intérprete de la Moral cristiana, y los juristas consagrados á definir un orden legal que coordinara todos los elementos sociales y sometiera las pasiones perturbadoras. Fomentan la alianza del pueblo y la corona, en que la corona se fortalecía para desnudar á los señores su vestidura de hierro: robustecen la potestad reguladora, radicando los tribunales reales, órganos de la justicia nacional, sobre la escena de la justicia feudal desalojada; y no fué por deficiencia de sus afanes si durante siglos permaneció compartido el poder superior, informado en una sola doctrina, gestor de un interés universal y de un solo tesoro, agente de una sola ley, armado de una sola espada en representación de una sola bandera! Yuxtaponer hombres, clases, instituciones, comunida-





des, coincidentes por acaso en un teatro de acción común y disputado, no es constituir naciones. Las naciones requieren unidad; y la unidad resulta de la coordinación de todos los elementos libres en torno de un núcleo de soberanía regulador, acatado, y potente para plegar bajo su imperio cuanto contra su imperio se subleve. Ese núcleo, repítolo, es el Estado; y haber desprendido sus partes constitutivas del caos feudal, es gloria en latísima parte reivindicable por los juristas de la Europa continental.

Pero fuerza será admitir que tardaron poco en descarriarse constituyéndose en auxiliares de un legalismo opresor cuyos antecedentes y perfiles debo mostraros en brevísimas palabras.

Es lo propio de todo centro de poder prevalente, tras de luchas acerbadas, ultrapasarse su medida si no es reprimida su expansión. Su virtualidad y las pasiones de los hombres en que encarna le impulsan, después de vencer los rivales que le humillaban, á humillarlos á su turno; y cuando el terreno queda despejado bajo su acción, á absorber en un despotismo de nueva forma lo que él libertó de manos del despotismo suprimido. Esta ha sido la marcha del Estado europeo; y los juristas, sus cooperadores primitivos, han cooperado también á corromperlo. Cuando los reyes de Aragón, de rodillas ante el Justicia, juraban respetar las libertades sociales, el magistrado, representante del Derecho, idea viviente y forma orgánica de una nación libre, tenía en sus labios palabras altivas y fecundas, que los *hechos de justicia* acallaron en Francia y olvidaron los Parlamentos, adhiriendo un día al descrédito de las costumbres locales, mañana á la regalía, ya á la implantación del régimen sucesorio del Bajo Imperio, ya á la abolición de los gremios; por fin, á refundir la sociedad en el Estado, el Estado en el rey, mientras duró el absolutismo, y en las oligarquías políticas donde prevalecen formas de gobierno representativo. El incremento anómalo



del poder militar y el influjo de los economistas han completado esta evolución; y así el Estado ha adquirido el cuerpo y poderes del Estado antiguo, á vuelta de mudanzas, interrumpidas ó auxiliadas por trágicas peripecias, y que se prolongan siglos después de iniciadas. Analizadlo.

Masas inarticuladas y confusas despotizadas por el Estado, son ó tienden á ser todas las sociedades modernas. Esta centralización de la vida tiene su expresión científica en una faz enfermiza del derecho moderno, que entre el derecho público, regla del soberano, y el derecho privado, regla de las personas y del Estado en su capacidad meramente civil, ha superfetado el derecho administrativo, fórmula teórica del privilegio, substituyente de todos los privilegios, y del derecho y la actividad en que todas las actividades y derechos están absortos. El Estado podía y debía ser soberano; pero no podía ni debía acumular á la soberanía el privilegio jurídico-feudal. Lo ha acumulado y lo defiende. Os diré cómo y con qué consecuencias. Desde luego, rebajando el derecho de propiedad á la mezquina medida de un dominio vitalicio, con lo cual lo despoja de su carácter moral, que es el noble, deshace las fortunas, dispersa las familias; y bajo la inspiración de paradojas económicas, empobrece los hogares y aplasta toda resistencia á su privilegio absorbente y opresor; que no es otro el fruto de la legislación hereditaria supersticiosamente conservado en las naciones neo-latinas de ambos hemisferios. En segundo lugar, avasallando la patria potestad, convertida en una magistratura social, reglada por la ley, emanada de la ley, protegida en la extensión de tiempo y jurisdicción que ella le atribuye, y cercenada á porfía por estatutos civiles y costumbres políticas que arrancan intempestivamente á los hijos de la obediencia de sus padres. Legislación adecuada para formar tribus de aventureros, ella podía dar inmigrantes á los desiertos, pero nunca paz y prosperidad á las naciones sedentarias y arraigadas. Detuviérase ahí á lo menos! ¿Pero quién modera el trastorno

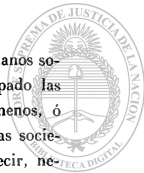


del orden natural perturbado por el orgullo?... Conmovida la patria potestad, principio formal de la sociedad doméstica, el tipo de la sociedad que ella forma tiene necesariamente que ser desfigurado; y por ser esto cierto, el Estado moderno disputa á la Iglesia el derecho de constituir la unión conyugal; por usurpaciones graduales, llega á la ley del *matrimonio civil*, y creciendo el imperio de las pasiones sensuales, á su lógico complemento: la ley del *divorcio*. No es maravilla que, degradando la paternidad y echando al mundo de lo precario, el centro de gobierno y educación de la infancia, se arrogue, como chinos y espartanos, el monopolio, ostentoso ó disimulado, de la enseñanza; ni que, agotando, por la abolición de vínculos, fideicomisos y bienes de mano muerta, las fuentes con que la piedad surtiera de pan y de consuelos á pobres y afligidos, pretenda monopolizarla también, creando la caricatura grotesca de la caridad administrativa. Esa filantropía legal tiene una hermana: se llama la libertad del trabajo. En odio al monopolio de los gremios, el Estado los abolió: en amor á la circulación de los valores, el Estado los despojó. Los excesos de ayer y las quimeras de hoy entregan la clase obrera á la libertad de tener hambre, y los capitalistas á la libertad de tener codicia. Los ilusos presumen que el pan del obrero sea calculado, bajo la ley de la oferta y la demanda, como el precio de una bestia ó de una máquina, en debates libres entre el pobre hambriento que se siente morir, y el rico avaro que no se cansa de atesorar. Mercado industrial, mercado de esclavos: he ahí la ecuación, hija de la libertad del trabajo y la circulación de los valores, de la beneficencia burocrática, de la igualdad en la opresión, del legalismo centralista y horrendo de los Estados modernos! Portalis, oráculo de los juristas franceses, llamado por ellos su Catón, lo ha dicho en una palabra: « el Estado es nada, cuando no es todo ! » He ahí el credo de los políticos modernos, compartido por los juristas, que han cooperado á su crédito, poniéndose al lado de Luis XIV y de Napo-



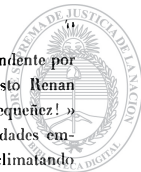
león, y de otros, como sus antecesores estuvieron al lado del emperador Justiniano.

El despotismo es esencialmente malo, porque una experiencia jamás desmentida, comprueba que las presiones morales y las presiones legales están en razón inversa. Para ser moral es necesario ser libre. La santidad es la suprema libertad. Y por natural consecuencia, á medida que bajan los sentimientos morales, acrece el imperio de las pasiones. Esta opinión explica la mitad de la historia, y es por la historia fácilmente explicable á su turno. Eliminados los fundamentos superiores del derecho, y constituida la ley positiva en su única fuente, bajo el concepto de la omnipotencia del Estado, todos los derechos se tornan efímeros, porque todos son convencionales, utilitarios y revocables. El escepticismo estalla, y las pasiones desatadas por él, campean en la esfera que se entrega á su influencia y á sus contradicciones. Las Constituciones modernas les reservan la arena política. Por eso, al exceso de legalidad en la vida privada, que gasta por su inacción todos los resortes morales, gobernantes de la familia, del patronazgo, de la caridad y de la educación en las sociedades libres, se une, en la vida pública, el anhelo del poder y el desdén por los principios austeros, que engendran las revoluciones. De esta suerte, la ley omnipotente en la vida privada, es una irrisión en la vida pública. Europa va arrastrada, de borrasca en borrasca, á la demolición total de las cosas en el orden político y civil, porque reposan sobre bases deleznales ó explosivas. ¿Oís anatematizar el socialismo?... El socialismo revolucionario es producto del socialismo legal. El partido que toma esa divisa es la muchedumbre fatigada de moderaciones oportunistas, y resuelta á llevar á sus consecuencias finales, en la teoría y la práctica del derecho, la máxima neo-pagana que suprime todas las libertades privadas, colectivas y locales en honor y provecho



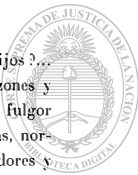
del omnipotente Estado que restaura con escombros romanos sobre la cristiandad descarrilada. El legalismo ha extirpado las libertades civiles, las más fuertes y nobles, por lo menos, ó lo que es igual, ha destruído la armonía orgánica de las sociedades. Nada les deja, sino individuos dispersos, es decir, necesidades clamorosas y pasiones indisciplinadas, intereses contradictorios y rivalidades irreductibles, mal sujetos bajo la acción de los gobiernos políticos. La tiranía política los comprime: la libertad política los conflagra. Han dicho revolucionarios sangrientos que ignoran donde van: nosotros lo sabemos: van al cataclismo. En los centros esclavos han reventado el fuego y las escorias aglomeradas por el socialismo legal, y llevarán el destrozo y el pavor á todas las regiones que gimen y detestan las fuentes de la resignación, del orden y la paz.

En América los peligros son remotos. Por eso nos fascinan las supersticiones trasladadas de Europa. El legalismo opresor y la contienda de egoísmos discordes no traen catástrofe mientras fluyen con abundancia las fuentes de subsistencias; pero la preparan para el día de la escasez, que es el día de la prosperidad industrial, de los densos agrupamientos humanos, es decir, la hora culminante de la civilización. Cuando me recojo dentro de mí mismo y contemplo los códigos civiles de América impregnados de socialismo pagano, y todas las fuerzas colectivas y todos los servicios procomunales subordinados á la potestad política, cambiante de gestores, y por consiguiente, de criterio, efímera sobre el suelo volcánico que las pasiones de partido minan bajo sus pies, augurios pavorosos me asaltan la mente, y antes que el frío de los años, me hielan el corazón. La legislación civil de América latina sólo engendrará lo que á la legislación francesa ideada para un hombre imaginario «que naciera expósito y muriera célibe», aventurero en la vida, satisfecho de



goces pasajeros, sin aspiración á lo perpetuo y transcendente por la autonomía y la solidez de la familia, acusa Ernesto Renan de haber producido en Francia : « la debilidad y la pequeñez ! » Nos ataríamos en dar entidad física á estas nacionalidades embrionarias, fomentando la población y la riqueza, aclimatando todas las maravillas de las ciencias y las artes útiles, dimidiendo con el extranjero la ufanía de una cultura creciente y los bienes de una prosperidad pasmosamente incrementada. Por el curso natural de las cosas, llegará un día, acaso no lejano, y seguramente próximo si renunciáramos á la libertad feudal y guerrera que arma caudillos y aguzan intrigantes, en que una masa robusta de población encarna el principio vital de estas naciones fundadas por heroica inspiración medio siglo atrás. ¿ Seremos capaces de soportar nuestra propia grandeza ?... He ahí el problema.

Veo sombras siniestras en el horizonte de América. Donde quiera la sociedad absorbida, y el Estado á menudo constituido en flagrante contradicción con la sociedad. Veo que la ley, como en Europa, pesa con enorme pesadumbre sobre la vida privada : y que por las mismas reacciones, menos visibles en razón de ser rudimentario el teatro y bastarda las pasiones políticas, está herida por un escepticismo universal... El poder familiar no es poder, porque la patria potestad nace del código civil. La familia no es entidad libre, porque no tiene ley propia, puesto que el testamento no es ley, sino que al revés, la ley civil hace la función de testamento, ó lo que es igual, la comunidad hace el papel de padre, el Estado las veces de familia, extinguiendo la entidad y atributos de la paternidad y de la familia. Substancialmente, rivalizamos con la Europa enfermiza que nos modela. Gremios, clases, órdenes sociales, bajo el mismo nivel de igualitarismo letal, están revueltos, como las moléculas del caos, en la masa informe que apellidamos *pueblo soberano* : señor universal de la universal servidumbre ! Pobre América ! ¿ Qué ilu-



sión disimula tanto abatimiento á los ojos de todos sus hijos?...
¿ Su riqueza?... El esplendor de la floresta y sus ramazones y
hojarascas gigantescas abrigan fieras y reptiles, como el fulgor
de la cultura y la riqueza abriga en las crisis económicas, nor-
males bajo el socialismo, regicidas y sacrílegos, demolidores y
comediantes, sofistas y verdugos. ¿ Sus libertades políticas, es
decir, la disputa de los partidos á caza del poder?... ¡ Los par-
tidos de América! Preguntad á cada cual: ¿ qué tienes en tu
mente?... Nada! ¿ Qué tienes en tu corazón?... Una concupis-
cencia y un odio! Oh! sí, señores, veo sombras siniestras en
el horizonte de América!

¡ Jóvenes graduados! Hará mañana setenta años que Buenos
Aires celebraba el primer aniversario de la emancipación argen-
tina, manumitiendo esclavos. Nos asociamos á sus conmemora-
ciones, sagradas para toda alma patriótica, confiriéndoos en es-
te día la investidura universitaria. Igualad el corazón de nuestros
padres, y sed, como ellos, redentores. Ya no hay esclavos que
emancipar; mas no sólo abate al hombre el látigo y la cadena...
Los juristas propugnaron el imperio de la justicia, base y co-
rona de la libertad, mientras lucharon por sobreponer la ley
al imperio de la fuerza y del capricho; pero lo minaron absor-
biendo en ella todos los resortes de la vida civil y la economía
moral de las sociedades cultas. Van errados los que advierten
los estragos del centralismo, y quisieran rectificarlo por un in-
dividualismo sin medida que destruiría todas las presiones regu-
ladoras, las buenas junto con las malas, y trasladaría al estado
social la tragedia darwiniana de la naturaleza. Deliran los que
ponen su esperanza en las libertades políticas, que á menudo
sólo cambian los agentes del despotismo, y por sí mismas nun-
ca fundan las libertades sociales. La legislación amengua y usur-
pa: la sociedad necesita, para recobrase, recibir sus reglas de



fuentes superiores abandonadas con desdén por una rutina en-
vanecida y supersticiosa. Se ha de reducir la autoridad del Es-
tado á sus límites naturales; se ha de consentir el desarrollo
libre y el juego espontáneo del organismo social; se ha de fun-
dar, en una palabra, el reino de la Justicia, al cual todas las cosas
son añadidas, subordinando á su imperio y al de su intérprete
cuanto el legalismo moderno le ha substraído para constituir el
suyo. América lo exige con el espectáculo de su angustiosa in-
fancia: Europa con el estruendo de las revoluciones! Y en esta
transformación jurídica y moral, ya comprendéis cuál es el pa-
pel que os incumbe, y cuánta energía os es menester contra una
tradicción tenaz que adormece en el error; contra ejercicios in-
telectuales que inoculan la perplejidad y el sofisma por la prác-
tica forense; y por fin, contra la disciplina de los partidos mili-
tantes que jamás perdonan á quien resiste servir sus intereses y
amoldarse á su táctica...

Todas las sendas parecen suaves, risueñas todas las perspec-
tivas, larga y segura la vida cuando la encaramos desde la ju-
ventud, henchidos de esperanzas. ¡Puro y vago espejismo!... La
vida es ruda como los riscos y fugaz como las sombras: ásperos
los deberes, corruptora la ambición, estéril la felicidad: nada
hay fecundo en la tierra, sino el dolor. Intérpretes de la justicia
y el derecho en una sociedad doliente, vuestra misión será es-
pinosa si le sois fieles sin cobardía ni capitulación. Acometedla
con ánimo entero! Evolución tan grandiosa como cimentar las
condiciones de la libertad civil, demanda hombres nuevos y de
extraordinaria potencia. Revestidla vosotros. Las grandes obras
exigen vivir, como pintan los libros santos á los Hebreos en la
reconstrucción del Templo: allegando con una mano las piedras
del edificio, y blandiendo con la otra la espada de los combates!



PEDRO GOYENA



Señor decano,

Señoras,

Señores:

Hace poco tiempo que ha sido restablecida la costumbre de celebrar el advenimiento al doctorado de nuestros jóvenes estudiantes de derecho. Estas fiestas de la casa donde gran parte de los presentes hemos pasado los más bellos y floridos años de la vida, suscitaron algún escrúpulo en la conciencia republicana de un rector de la universidad, cuyo nombre vive en el recuerdo de todos, y el cual propuso al gobierno suprimirlas, quedando el candidato transformado en doctor mediante el examen de tesis y la entrega privada del diploma en la secretaría general. Me gradué así en silencio y sin tener el gusto de confraternizar, en un acto como el presente, con mis amigos y condiscípulos, con los jóvenes distinguidos en cuya compañía me cupo el honor de hacer el aprendizaje del derecho.

Realmente fué un escrúpulo republicano del doctor Gutiérrez la supresión de estas demostraciones, cerrando el salón de grados á las familias y al público en los momentos en que se despedían los alumnos de jurisprudencia. El restablecimiento de



las antiguas prácticas nada tiene de peligroso. No es una fiesta de la vanidad la que nos reúne en este sitio; es una expansión de la simpatía, un espectáculo modesto y casi familiar. Respetando, pues, la sinceridad y la nobleza del sentimiento que inspiró la medida á que aludí, debemos felicitarnos de tener la ocasión, dos veces por año, de ver congregados en este lugar los alumnos graduados, sus familias, sus amigos y alguna parte distinguida del público que nos favorece con su presencia y demuestra su amor por las cosas del espíritu y los cultores de la ciencia, por estos jóvenes doctores llegados hoy á la arena de la lucha y en los cuales se vislumbran ya, con las luces de la esperanza, el magistrado, el estadista, el servidor de sus semejantes, la honra tal vez y la gloria de una generación.

Ellos acaban de recibir con modestia y emoción ese diploma anhelado, ese pergamino en cuyos ángulos se ve la imagen de cuatro hombres que vivieron para la ciencia y le debieron una celebridad que el tiempo abrillanta en vez de borrar. No son ya los alumnos de la casa. Acabo de saludarlos con un título que debe imponer respeto á quien lo recibe, porque le honra y le obliga: doctores serán llamados: capaces y dignos de enseñar, lo que importa decir hombres de doctrina y de moralidad. El maestro, en efecto, si no ha de ser, como dice el Evangelio, un ciego guía de otros ciegos, debe tener la mente iluminada y sano el corazón. Son ya doctores, bien está; pero deben continuar siendo estudiantes. El aforismo de Hipócrates puede parecer vulgar en fuerza de ser conocido, pero no es por eso menos cierto y digno de ser meditado. *Ars longa, vita brevis* quiere decir: la ciencia es inmensa y la vida rápida como un relámpago. Una vez que el deseo de saber se ha despertado, el afán de la ciencia queda como un distintivo de tan noble vocación, y no se puede ser después indiferente á ese curso incesante de la idea que marcha tomando nuevas formas: luminosa en la atmósfera pura, oscurecida á veces por el error, pero sin apagarse jamás del todo



en el cielo de la inteligencia. Los jóvenes doctores han recorrido la primera etapa de un viaje que sólo concluye con la vida: la visión plena, completa, sin sombras, es la promesa de la eternidad.

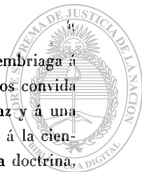
Fijando la consideración en estos momentos tan interesantes y auspiciosos, diversos sentimientos nos solicitan y dominan. Yo penetro en el alma de estos jóvenes en cuyo comercio intelectual he vivido diariamente, y siento, puedo decirlo así, las palpitaciones de su corazón. Estos rostros que les sonríen, estas miradas cariñosas, son para ellos un premio, un halago incomparable, porque viene de los seres amados que se vinculan por dulces lazos al porvenir de los nuevos doctores. ¡Cuánto júbilo y ternura deben conmover el corazón de la madre, del padre, de los hermanos, en esta hora en que la flor del hogar se ha convertido en un fruto lozano, en que la esperanza se ha hecho una realidad y el niño de ayer es un hombre revestido con las insignias severas de la ciencia y del magisterio! ¡Cuántas zozobras y cuántas vigiliass! Rico ó pobre, el que ha tomado á lo serio la vida de estudiante ha hecho una vida de sacrificio; ha encontrado en ella dulces compensaciones, sin duda, pero ha luchado: la verdad se conquista. Por eso es respetado quien se aventaja en los estudios y merece el título que estos jóvenes acaban de recibir. Todos los que han palidecido á la luz de una lámpara, todos los que han resistido á las solicitudes del placer, tan seductoras en los días de la primera juventud, para formarse en la doctrina y arrancar un secreto á la ciencia, son dignos de encomio. Y la madre, el padre, los hermanos que ayer los contemplaban cavi-losos ú absortos en la meditación; que sentían en sí mismos la angustia inevitable de las pruebas universitarias, se regocijan con justo motivo cuando los ven hoy, al término de su carrera, reposar en un día que no se olvida, porque da otra forma á la existencia y muestra los caminos del porvenir!

Pero, señores, permitidme que dirija especialmente la pala-



bra á aquel de entre estos jóvenes que se halle en una situación que alguna vez contemplé y conmovió mi corazón. Lo recuerdo todavía: he visto subir á esa cátedra un joven lleno de seriedad y melancolía, para decir la palabra que, según los reglamentos, el nuevo doctor debía pronunciar. Muchos había visto yo gozosos en semejante ocasión. Ah! señores, aquel estudiante había venido de una provincia lejana; era la esperanza y como la corona de una madre amorosa; la dicha de esta se cifraba en él, cuya vida seguía de lejos, anhelando la hora de estrecharlo en sus brazos, después de una larga y penosa lucha. Sus consejos y su amor le habían acompañado siempre... y el día en que la noble frente del joven brillaba en esa cátedra, la madre no estaba allí, la madre no estaba en el mundo. La muerte había andado más pronto que la victoria. Si alguno hubiera á quien semejante infortunio amargara en esta hora de imponente solemnidad para el hombre, prométase en lo íntimo de la conciencia honrar ese recuerdo doloroso con la pureza de su vida, con el amor de la verdad, con el culto de la justicia; porque esa prueba y ese infortunio son á veces una vocación del cielo y una señal de su predilección !

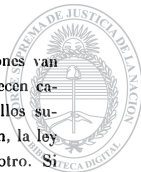
Señores: la vida del estudiante, he dicho, es una vida de lucha y de sacrificio; pero es también una época llena de goces y esperanzas; en ella se forma el hombre; se acentúa el carácter al mismo tiempo que se expande el corazón y aparece en él la florescencia de los sentimientos con todo el calor, con todo el brillo, con todo el perfume de los años juveniles. El ejercicio de las facultades intelectuales es suscitado por un noble placer que las mantiene activas para dirigirse incesantemente á sus objetos naturales. Sin ese confortativo providencial ¿ cómo perseverar en las árduas tareas de la escuela ? Hay otros placeres incompatibles con el estado de cultor de la ciencia: el mundo bullicioso es el enemigo del espíritu de investigación, que sólo actúa eficazmente en la soledad y en el silencio. Mientras el atractivo



engañoso de las fiestas seduce á una juventud que se embriaga á veces con placeres terribles; mientras la naturaleza nos convida en otras ocasiones con sus gracias ingenuas á un solaz y á una recreación inocentes, el joven que ha jurado fidelidad á la ciencia está con la mirada fija en el libro y la mente en la doctrina, recibiendo esas austeras iniciaciones que dejan pálido el rostro, fatigados los ojos, pero alto el corazón y sediento el espíritu de nuevas verdades. Tal es la existencia del joven, cualquiera que sea la ciencia que cultive, si la aborda seriamente y con amor: porque yo no hablo aquí del simple aficionado, eventualmente estudioso, especie de recluta universitario que ostenta las apariencias del estudiante, pero que no ha hecho jamás una campaña.

Vosotros habéis cultivado el derecho; ¿daría de él una definición? sería pedantesco y en cierta manera injurioso. Todos los presentes tienen una noción del derecho que la ciencia determina y fija, pero no crea: el hombre, señores, es un sér jurídico. Vivir en sociedad es vivir en la atmósfera y en el campo del derecho. Cada uno de nosotros es, por modesta que sea su condición, un centro de relaciones jurídicas. Vivimos sometidos en los primeros años á la patria potestad ó la tutela; subsistimos mediante los contratos: nos casamos religiosamente, á Dios gracias, pero el código determina los efectos civiles del matrimonio: llega la muerte, esa terrible cazadora que no pierde jamás el ave perseguida, y la sucesión continúa en la familia el imperio del derecho.

Se ha dicho que el derecho es la vida; la frase es exagerada, pero contiene, como acabamos de verlo, un innegable fondo de verdad. Sí; no hay vida civilizada, aunque sólo rudimentariamente lo sea, que no tenga el carácter de vida jurídica; pero el derecho no abarca y domina toda la existencia del hombre. De los tres preceptos que véis escritos en la techumbre de esta sala: *atribuir á cada uno lo suyo, no dañar á otro y vivir honesta-*



mente, el último es una máxima moral cuyas aplicaciones van más allá del radio puramente jurídico. Los que pertenecen característicamente al derecho son los dos primeros. Ellos suponen una situación pasiva: son más que la ley del bien, la ley que impide el mal: no tomar lo ajeno, no dañar á otro. Si cumpliendo esos dos preceptos, si permaneciendo en nuestra esfera de acción sin invadir la de nuestros semejantes, consultamos además las exigencias del decoro y nuestra vida es moderada y ejemplar, el derecho nos lo tiene en cuenta y confirma con sus sanciones las ventajas que la sociedad y el sentimiento común han reconocido ya. Pero, no lo olvidemos, caeríamos en un gran error si nos hiciéramos la ilusión de que los estudios que cultivamos en esta casa nos han constituido poseedores de una panacea social y que en el solo saber de las leyes se contiene el modo de mantener la sociedad en el orden y de impulsarla eficazmente en las vías del progreso. Lo esencial son las costumbres: donde ellas son puras, las instituciones jurídicas y la magistratura se hacen casi inútiles. Boullenois lo ha dicho y he tenido ocasión de repetirlo hace poco tiempo: dadme buenos ciudadanos y las leyes serán innecesarias.

Se ha pretendido á veces establecer algún antagonismo entre dos carreras, entre dos profesiones que no he podido jamás concebir sino íntimamente ligadas y cuya función fundamental ofrece para mí una analogía evidente. Hablo de la medicina y de la abogacía. A cada momento oímos hablar de la noble misión del médico, que vive entre los enfermos y los heridos; pues bien, lo mismo os acontecerá á vosotros, jóvenes abogados: tendréis que ver enfermos y heridos. No se os presentarán las lesiones del organismo, sus estados patológicos; pero, sí, los desórdenes morales, los enfermos y los heridos de la vida civil. Encontraréis al avaro, al doloso, á la víctima de la violencia insolente ó de la páfida astucia; y, no me ocurre dudar de ello, presenciareis espectáculos más dolorosos y á veces más repugnantes que los que

ofrece la clínica de los hospitales, en esa otra clínica del foro á la cual asistiréis mañana. Cuando se encaran las cosas desde este punto de mira, se expresa irresistiblemente un voto que parece absurdo: ¡Ojalá que no tengamos muchos médicos en el porvenir, ojalá que no tengamos muchos abogados! No, sin duda, porque yo piense, como nuestros gauchos, que el médico hace la enfermedad y el abogado hace el pleito; sino porque la necesidad del médico supone la existencia de la enfermedad y la necesidad del abogado la existencia del pleito, que es también una enfermedad, á veces mortal, á veces peor que mortal, porque mata la honra, el sentimiento de la dignidad, la raíz misma de la virtud, que vale más que la vida. Los romanos tenían muchas leyes y muchos juristas porque eran violentos y falaces. Por lo demás, y aun cuando ésto se presente bajo un aspecto paradójal, nosotros los abogados, y los médicos también, debemos propender lealmente á hacernos inútiles, á lo menos en la manera frecuente de ejercer la profesión: el médico previniendo, como higienista, las enfermedades; el letrado evitando los pleitos con sus consejos prudentes y conciliatorios. No faltarán jamás pleitos ni enfermedades; pero el deber de los que ejercen las profesiones á que aludo, es ciertamente disminuirlos. ¡Cuántas veces estos jóvenes doctores, aun los más amantes de la ciencia, aun los más afectos al estudio de las leyes, habrán sentido la fatiga y el cansancio entre las breñas y las arideces que el derecho, como el planeta, ofrece al que viaja por sus variadas regiones!

No quisiera hacer una broma de mal género, pero me ocurre preguntar: ¿quién ha salido ileso después de atravesar el famoso título de las averías en el código de comercio? Esos casos inacabables y esas aplicaciones que se traducen luego en una cuenta laboriosa y complicada, parecen destinados á vencer la paciencia y la memoria. Tales son algunas de las asperezas, de las fragosidades del estudio, pasos difíciles que el estudiante

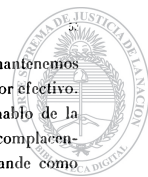




recorre desde el célebre *quis vel quid* de las primeras lecciones. Pero debajo de los artículos mortificantes del código está el comercio, está la navegación con todos sus accidentes y las inmensas ventajas que ha traído á la humanidad, está la fortuna privada que contribuye á formar la fortuna pública, está el bienestar de las familias, que el legislador toma en cuenta y resguarda minuciosamente.

Causa pena á veces el considerar cuántos pormenores exige en la legislación la malicia humana, y el pensar que, á pesar de todas las precauciones imaginadas, mientras no se supriman, como se ha dicho, los siete pecados capitales, resultan siempre ineficaces las leyes, por lo menos relativamente. Pero, si bien nos persuadimos de esa ineficacia relativa, estamos obligados á reconocer que hay en las leyes una virtud cooperativa al bien de la sociedad.

No bastan las luces, la ilustración, para llenar los grandes fines sociales. Naciones muy cultas hemos visto en situación deplorable. La felicidad pública estriba principalmente en los caracteres dignos, rectos y firmes. La figura de un *Ateius Capito* es tanto más repulsiva cuanto que su servilismo para el Emperador, *Capitonis obsequium*, andaba unido con un ingenio preclaro y un vasto saber. Un hombre prodigioso en la ciencia del derecho, Cujacio, inspira sin embargo un sentimiento de tristeza, cuando le oímos decir, en medio de una crisis terrible y de una controversia en que se debaten los más grandes intereses humanos: *¿ quid hoc ad edictum prætoris ?* con una indiferencia que era entonces todo lo contrario de la sabiduría. Así también Erasmo, el gran literato, se envolvía « en una frase elegante pero sin dignidad », cuando la Europa se desgarraba y todo hombre que tuviera una idea, una palabra, la debía á la causa de la verdad y del bien. Prestad á esta faz de la vida sumo interés; vigilad y estad atentos, jóvenes doctores, á este asunto sobremanera interesante, y acostumbraos á pensar siempre que todo



es vano mientras la conciencia no nos diga que nos mantenemos firmes en el terreno de la moral y le profesamos un amor efectivo.

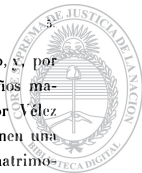
Nada es más contrario al espíritu de la ciencia, hablo de la ciencia fecunda y bien ordenada, que un espíritu de complacencia por la fuerza imperante; ningún peligro tan grande como aquél hallo para la juventud, si no es el espíritu de rebelión á todo trance, de antipatía profunda hacia las grandes leyes que dan unidad á las naciones y hacen solidaria la vida de todas sus partes. Ese espíritu es estrecho y estéril; puede albergarse inconscientemente hasta en las almas elevadas, pero torna infecundas las inteligencias de que se apodera. No contribuyamos jamás al gobierno de lo arbitrario; odiemos la violencia pero amemos la fortaleza. En presencia de los poderosos engreídos ó hinchados de vanidad, pensemos siempre que no podemos abdicar, sin ser infieles á la dignidad de la ciencia que tenemos el honor de investir y cuyos fueros debemos invariablemente resguardar. La fuerza, cuando no es justa, es efímera en el orden moral; su porvenir es el desprecio y la deshonra. La justicia no muere jamás; el olvido desdeñoso que envuelve á sus representantes en épocas desgraciadas, se transforma luego para ellos en aureola luminosa, inextinguible.

Un peligro muy serio para los jóvenes hay en el espíritu de orgullo y de suficiencia. Libreme Dios de pronunciar una palabra cualquiera que pueda matar en el alma de un joven los anhelos de una noble iniciativa. No me lo perdonaría jamás á mí mismo. Pero, señores, no hagamos infructuosas las iniciativas haciéndolas prematuras. El genio tiene, sin duda, el derecho de levantarse un día osado, y mirando á la humanidad de frente, decirle: Os traigo una nueva verdad; una estrella reciente brillará, desde hoy para siempre, en el cielo de la ciencia. Eso puede decir el genio, eso puede decir la inspiración, pero es tan raro el genio, señores, tan rara es la inspiración, que no hay por qué apresurarse á creer que estamos en el caso de invocar sus privi-



legios. No hay genios malogrados; no puede haberlos; son ellos los enviados de la providencia y la providencia es indefectible y omnipotente.

Mas viniendo á una esfera modesta relativamente á aquella donde brillan esos grandes luminare, concretándonos á empresas intelectuales de un orden inferior y con todo utilísimas, pensemos que si la humanidad no es infalible, hay en el consenso humano una respetable autoridad; que no debemos innovar rápidamente en lo que han establecido los maestros; y así, antes de lanzarnos á proponer cambios en las instituciones sociales, meditemos, consultemos, seamos exigentes con nosotros mismos. ¡Cuán poderosa era la inteligencia de Proudhon! Y bien, todos sabemos á cuán extrañas aberraciones le indujo su irrespetuoso desdén por las instituciones, bajo cuyo imperio la humanidad vive y prospera. No son esos los ejemplos que habéis recibido en esta casa de estudios, donde la doctrina, sin ser la tímida explicación del texto legal, se ha mantenido en la corriente de las grandes tradiciones. Se os han enseñado las disposiciones legales, ligándolas con los principios de que se derivan; más todavía, se os han mostrado las deficiencias y á veces las contradicciones contenidas en esos cuerpos de derecho que hacen honor á la inteligencia argentina, pero que adolecen de las imperfecciones inherentes á toda obra humana. Sin embargo, los que fueron vuestros profesores os han dado siempre el ejemplo de la consideración que debe tributarse á los maestros de la ciencia, á los que, dotados ventajosamente por el creador, han sabido desempeñar la tarea de perfeccionarse que Él impone á todos los hombres y especialmente á los favorecidos con dones excepcionales. Donde el doctor Vélez Sarsfield se ha detenido, la prudencia aconseja al joven detenerse también. Algún limite respetable habrá encontrado el eminente jurisconsulto, es la primera reflexión que ha debido ocurriros. Y para ir adelante, para internarse más allá, -- habéis debido pensar, -- se necesita desde lue-



go una vigorosa inteligencia, después un estudio profundo, y, por fin, la experiencia reposada que sólo pueden dar los años maduros. En una de las notas del código civil, el doctor Vélez ha reproducido algunas palabras de Savigny que contienen una gran lección y frecuentes aplicaciones. Se refieren al matrimonio. El sabio jurisconsulto alemán dice, como de paso y con finísima ironía, que los romanos, por una singular inadvertencia, no incluyeron el matrimonio entre los contratos. No atribuyamos fácilmente á olvido, á ignorancia, lo que no encontremos legislado á nuestro paladar.

Hay en nuestros días otro peligro para las inteligencias y para los caracteres: es la difusión y la boga de un materialismo enervante. El orgullo humano ha tomado esa forma. Ante las perspectivas inmensas del espiritualismo y sintiéndose humillado por los misterios que de todas partes nos rodean, ha adoptado el partido de no admitir como objeto científico otra cosa que los hechos y las condiciones de los hechos; ha negado lo inmaterial y lo sobrenatural. No pudiendo ser el señor de la ciencia, ha resuelto empuñecerla. Es este un recurso triste y pueril. Aquellas verdades superiores que el orgullo acepta desdeñar, son verdades eternas; existen con independencia de la afirmación ó negación del espíritu humano. Y para que resulte una vez más comprobado que no nos ensalzaremos sin sufrir humillación, vemos en nuestros días á los hombres más soberbios empeñados en exhibir como títulos de nobleza las circunstancias y las señales que, según ellos, demuestran el parentesco en línea recta de la criatura humana con no sé qué animal repugnante que ocupa, en su concepto, el lugar del bíblico Adán. Esta doctrina no ha hecho camino en nuestra casa de estudios, ni podría prevalecer en ella; si así sucediera, debería cerrarse la Facultad de derecho. El derecho, en efecto, y sus principios suponen seres libres. Dado que el hombre no fuera libre y que estuviera por su naturaleza en la necesidad de proceder de una manera de-



terminada, el precepto legal sería inútil ó insensato: inútil, cuando le mandara hacer lo que de todos modos haría; insensato, cuando le mandara realizar lo que no podría cumplir. No: se dan leyes á los hombres sabiendo que son libres. La pena, en caso de no cumplimiento de la ley, sería injusta si el sujeto del acto prohibido no hubiera podido evitarlo. Sólo los niños castigan los objetos materiales en que se estrellan; y el auriga que azota las bestias para hacerlas andar, no es sin duda un juez, un representante del derecho penal. Si no somos libres, ¿qué derecho se nos enseña? ¿qué códigos se dictan? ¿qué sanciones se establecen que no sean un contrasentido palpable y chocante? ¡No hay darwinismo en la jurisprudencia!

Las facultades de derecho son, en tal sentido, el baluarte de la libertad. Todo lo que se estudia en ellas reposa en el concepto de que el hombre es un sér libre. La libertad psicológica es el fundamento y la explicación de la libertad civil y de la libertad política. Los tiranos han perseguido siempre aquellas enseñanzas de la ciencia jurídica que, arrancando de la base de la libertad, deducen todas las consecuencias que el raciocinio debe sacar de ellas. Por humilde que sea una escuela de derecho, es una protesta contra el despotismo y contra las doctrinas materialistas: al primero le muestra insuprimible esa noción inicial de la libertad, cuya sola expresión es un reproche, más todavía, una sentencia contra el tirano: á las segundas les opone la misma noción como una valla insalvable: cuando el materialista se halla en presencia de la libertad humana y pretende sostener su teoría, comienza para él un trabajo imposible; *hoc opus, hic labor est*, puede decir como el poeta latino. La materia es inconciliable con la libertad; un abismo las separa y nadie lo salvará jamás.

Es alta misión la de representar unos principios tan elevados y obligarse á defenderlos. Grande y amplia es la profesión del jurisconsulto cuando así la consideramos; es también in-



interesante y abierta á extensos horizontes cuando la estudiamos bajo el aspecto de sus relaciones con las otras ciencias. No se puede ser un jurisconsulto digno de tal nombre sino se está iniciado en el conocimiento del hombre individual ó colectivo. En efecto: si no se conoce á fondo el hombre interior, ¿cómo se comprenderá el derecho penal? ¿cómo se comprenderá el mismo derecho civil y sus cuestiones, sino sabemos á fondo las condiciones del consentimiento, del error, del dolo, de la violencia moral? ¿cómo se comprenderá el derecho mercantil, si no se poseen nociones de economía política? Y luego ¿cómo darse cuenta de las deficiencias de la legislación y proceder con acierto en su reforma, sino se la estudia comparativamente en los diversos países del mundo? Agregad á ésto aquellos requisitos de expresión y de lenguaje preciso, claro, correcto, que tanto distinguieron á los jurisconsultos romanos, y recordad que se ha dicho con razón: la posteridad lee sólo las obras bien escritas.

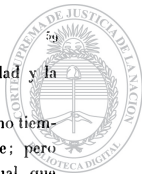
¡Cuántas calidades del orden intelectual y del orden moral para llegar á ser un jurisconsulto digno de tal nombre! Pero no os desalentéis. Cada uno es responsable en la medida de sus recursos. Es menester aspirar á la perfección, aun sabiendo que no hemos de realizarla, como se hace la puntería, calculando las modificaciones que en la dirección del proyectil han de causar las condiciones externas. Apuntad siempre muy alto, teniendo en cuenta que la flaqueza humana necesita hacerlo así para lograr en sus empresas una decente altura moral.

Pensad, por otra parte, que no nos faltan para guiarnos ejemplos de nuestro país, es decir, de nuestra familia. No hablemos de los vivos; no hablemos tampoco de los muertos de quienes nos separa un largo tiempo, por temor de incurrir en la injusticia de algún olvido. Digamos, señores, una palabra sobre los muertos recientes. Hemos perdido, con poco intervalo, al doctor don Sixto Villegas, que había merecido el honor de presidir



nuestra facultad, y al doctor don José María Moreno, que era el más antiguo de nuestros maestros, el más antiguo, señores, y el más querido. Á los muertos, la gloria, ha dicho el poeta. ¡Este es el voto supremo, lo demás parece vanidad; pero los muertos, cuando fueron dignos en vida, son ejemplo después de sus días pasajeros.

El doctor Villegas era una persona distinguida, un hombre de inteligencia clara y sólida honradez. Entró en la magistratura poco tiempo después de ejercer la abogacía, y ha fallecido sin dejar, no digo un enemigo, ni siquiera un adversario. Un rasgo de su carácter, que le hace mucho honor, era la facilidad para reconocer, sin embarazo, el mérito ajeno, el amor á todo lo que podía reflejar sobre el país, brillo y honor. Este sentimiento generoso, esta amplitud de criterio, le hacía sobremanera interesante en el trato social. No era el doctor Villegas uno de esos espíritus que se acantonan dentro de los límites estrictos de la profesión que han adoptado, y si Terencio ha dicho: *homo sum et nihil humani a me alienum puto*, él parafraseaba esa hermosa expresión, y se decía también: nada de lo que vale en el dominio de la inteligencia me es indiferente. Lo hemos visto así interesarse siempre por todos los trabajos que importaban un progreso intelectual en nuestro país. Recordaba los discursos notables de nuestras asambleas, leía con avidez las obras históricas que se han publicado entre nosotros y apreciaba todas esas producciones con el juicio seguro de un crítico, porque lo era y de buena ley. Esa penetración, esa sagacidad rápida y certera que se revelaba hasta en el abandono de la conversación particular, era una de las dotes que le hicieron un magistrado notable: veía pronto y bien el punto esencial de la dificultad. Las formas que revestía su pensamiento eran armónicas con esas cualidades de su ingenio: su estilo era claro, nervioso, incisivo; y algunos de sus trabajos en la magistratura conservarán siempre su interés por ese atractivo de la forma, que no



es inconciliable, como algunos pretenden, con la seriedad y la profundidad del pensamiento.

Era un magistrado que inspiraba respeto y era, al mismo tiempo, un hombre ingenioso, un talento festivo y punzante; pero si alguna vez en aquellos juegos de la gimnasia intelectual, que son un placer de la conversación entre la gente culta, hacía una herida ligera, la bondad de su carácter se apresuraba a cerrarla, como ha dicho muy bien el doctor Ocantos en su rápido y elegante perfil del amigo ausente para siempre. Consagrado desde muy joven á la magistratura, no militó en los partidos políticos ni se subordinó á las exigencias de su cambiabile ortodoxia. Cuando se trataba de las cosas de la patria, se preocupaba de lo que nos atrae y nos une y no de lo que divide y separa. La imagen del decano será pronto colocada en este recinto, y la Facultad habrá honrado así la memoria del que, antes de entrar en la eternidad y echando sobre el mundo su última mirada, decía con modestia y con verdad: « No he tenido otra aspiración que dejar, con el deber cumplido, un nombre estimado en el foro, en la sociedad y en la familia. »

El doctor don José María Moreno era ya conocido por unas cuantas generaciones universitarias, conocido y amado. Yo he asistido al primer curso de derecho civil dictado por él en esta Universidad. No había dejado aún el joven maestro su uniforme militar, ni recibido todavía el título de abogado: era soldado y doctor, pero soldado y doctor auténtico quien nos iniciaba en las verdades de la ciencia jurídica. Modesto y digno, se conquistó pronto, á pesar de la seriedad de su aspecto, la simpatía respetuosa de los alumnos. Acostumbraba decir que se preparaba día á día, como nosotros, para venir á la clase. El esmero escrupuloso para tratar de un modo completo las materias del programa, podía haberle sugerido la creencia de que eso era necesario, pero la verdad es que sus lecciones revelaban desde entonces un civilista perfectamente informado en las fuentes legales y



doctrinarias. La moderación en las opiniones, la sensatez, la claridad y la trabazón lógica de los razonamientos, eran — según mis recuerdos — los rasgos distintivos del que había de ser con el tiempo una celebridad de la cátedra y del foro.

Su disertación de egreso en la antigua Academia de jurisprudencia ó, mejor dicho, su libro sobre las quiebras, es un trabajo de alto mérito, citado con frecuencia y con provecho en las aulas y en los tribunales.

Al ejercicio de la profesión llevó el doctor Moreno los hábitos y los gustos del jurista concienzudo y laborioso. No se limitaba al estudio del caso; desarrollaba toda la doctrina que podía ligarse con él y ponía á contribución, para ilustrarlo, las legislaciones extranjeras, buscando siempre la última palabra de la ciencia en la materia que trataba. Razonaba con vigor pero se apoyaba también en la autoridad, y parecía, como ha dicho de sí un hombre eminente, que se avergonzaba de hablar sin que su opinión reposara en la de graves autores. Se interesaba en el estudio de las diversas ramas de la jurisprudencia, mostrándose versado no sólo en las cuestiones relativas al derecho mercantil, sino también en las de derecho administrativo y en las de finanzas, á las cuales se dedicó como consejero del gobierno y miembro del poder legislativo.

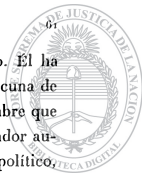
Su reputación era considerable: pesaba con la gravedad que dan la ciencia y el carácter. Más de una vez la conciencia de los magistrados ha debido sufrir las angustias de la vacilación al disentir de los pareceres emitidos por el doctor Moreno.

Ha actuado en la política y con especialidad en los últimos acontecimientos. No he participado de sus opiniones ni participaría de ellas, si, por una hipótesis irrealizable, los sucesos á que aludo, desgraciadamente se reprodujeran. Permitidme hablar de esta manera tan personal, porque lo hago así no sólo para aceptar públicamente la responsabilidad de mis ideas, sino para acentuar mejor la manifestación de mi respeto á la sin-

ceridad de la conducta observada por el doctor Moreno. El ha tenido el amor y como el culto de aquella Buenos Aires cuna de sus mayores y en la cual se ilustró gloriosamente el nombre que ha llevado con tanta dignidad. Ha sido el último gobernador autonomista. Yo reitero para él, para el maestro, para el político, el homenaje de mi consideración, porque lo merece siempre el proceder sincero y el amor ferviente á la causa que se juzga buena.

Hoy día la ciudad de Buenos Aires es la capital de la República. La casa en que nos hallamos es una casa nacional; pero en ella se levantará pronto la estatua del doctor Moreno. El político ha sido vencido, es un hecho irrevocable; pero era un argentino el doctor Moreno, noble y abnegado, un maestro en la ciencia jurídica, su nombre quedará en los anales patrios y es una gloria de nuestra universidad. Yo me honro en hacer su elogio después de haber llorado su muerte, su muerte digna de su vida, porque fué la muerte de un cristiano.

24 de mayo de 1882.







Jóvenes doctores:

Os encontrais en el templo de la ciencia, vuestra inteligencia y vuestro estudio os han dado ese derecho, y el señor decano de la facultad lo ha consagrado, entregándoos el título que lo comprueba.

La aspiración de vuestros afanes está satisfecha. Las agitaciones de la vida de estudiante se presentan á vuestro espíritu con los caracteres risueños de una época feliz, y el mundo soñado en que debía realizarse la gloria y la fortuna abre sus puertas y os deja librados á vuestros esfuerzos, en el batallar sin fin de las grandes ambiciones.

¿Cuál es el camino que seguiréis con paso firme y sereno?
¿Cuáles serán vuestras inclinaciones en los fines diversos que vuestros estudios y las exigencias de la vida presentan? ¿Cuál será vuestra conducta en la lucha incesante de las pasiones y de los intereses?

Tenéis un título que justifica, después de variadas pruebas, vuestra competencia científica. Sois profesores de derecho, y esto os impone el deber de aplicarlo, defenderlo y enseñarlo. Sois abogados y una carrera noble y generosa os presenta los medios de atender las exigencias de la vida.



Y bien, no habrá escapado á vuestra inteligencia y penetración que si el profesor de derecho ha permanecido el mismo á través de los tiempos, el abogado ha sufrido todas las influencias del medio social en que se ha agitado para llenar sus fines. El uno conserva su competencia y el apostolado de la enseñanza; el otro es la defensa del desvalido, ó es el medio de formar la fortuna explotando las pasiones y debilidades ajenas.

Así, cuando el defensor de la ley y de la justicia formaba una sola personalidad, cuando la ciencia y la profesión habían hermanado sus destinos é intereses, cuando el jurisconsulto y el abogado se formaban en una misma escuela y estaban comprobados por un mismo título, — una aureola de respeto y de estimación cubría todos sus actos. Cuando el jurisconsulto no es ó puede no ser el abogado, cuando la ciencia se detiene en el uno, y el tráfico, el negocio ó la industria, se apodera del otro, — se proyectan sombras siniestras, la desconfianza se apodera de todos los espíritus, y donde estaba antes el protector del derecho, el defensor abnegado del desvalido, se coloca el traficante sin conciencia, tratando sus defensas como una mercancía sujeta á la oferta y á la demanda y á todas las particiones de los comisionados diligentes. ¿ Por qué este resultado en medio al desarrollo asombroso de la civilización en todas las esferas de la actividad humana ?

Si vais á ejercer vuestra profesión, si buskais en ella el medio de llenar las necesidades de vuestra existencia, es indispensable que resolváis ese problema. Y acompañándoos en este trabajo, ya que os he precedido en los años y en el estudio, yo os digo con verdad y sin pasión, que aquella solución se ha operado por la acción de los mismos doctores y abogados, respondiendo á exigencias bastardas que no han sabido contener ni han tenido el valor suficiente para combatir.

La lucha por la existencia se hace cada día más activa y más exigente, á medida que los desenvolvimientos sociales au-



mentan los factores que actúan. Si la aristocracia de las familias desaparece y la igualdad se impone y domina, aquella lleva consigo sus buenos elementos y ésta establece una nivelación sin valla para las aspiraciones de todos los que se consideran con el mismo derecho y en las mismas condiciones sociales. Para vencer las resistencias, el esfuerzo se duplica y la inteligencia busca en sus creaciones lo que la realidad no le presenta en el momento mismo en que sus necesidades apremian. Para llegar á la igualdad, para proporcionarse los goces y comodidades del más encumbrado, en la posición y en la fortuna, la elección en los medios es poco escrupulosa, y las industrias y las profesiones liberales deben proporcionarlos salvando toda valla.

El joven que ha visto en su título la realización de los medios para alcanzar la satisfacción de las exigencias de la vida, piensa que su título basta y que la lucha por la existencia está resuelta para él apenas sus esfuerzos se manifiesten. Alcanzado su objeto entra con firmeza á la lucha, y adquiriendo á poco andar el convencimiento de las dificultades que se presentan, ó emplea nuevos esfuerzos y acepta con resignación los pequeños resultados, ó deja de su título la ciencia y mercantilizando su profesión, la ofrece al público en las condiciones de cualquier ramo de la industria comercial.

El profesor de derecho desaparece y queda el negociante, el que busca la realización de la fortuna; y se contrata el precio del consejo ó de la defensa, se explota al inocente ó al confiado, se dividen los honorarios con el agente, se llega tal vez hasta el prevaricato, y cuando todo esto no da los resultados que se esperan, cuando la fortuna no se forma en un momento, cuando es necesario asegurarse mejores elementos ó una influencia eficaz, la política abre nuevos horizontes y se escalan los puestos públicos sin miramientos ni recelos.

Todo se ha perdido entonces: los sentimientos nobles y generosos que brotan en todo corazón joven, el anhelo de saber y



de gloria científica, que soñara en la lucha ruda y austera del estudiante; y en el batallar por la fortuna, en la pasión del goce y de las comodidades de la vida, el libro ha quedado en el olvido, siendo reemplazado por el corroteaje público y privado, por el charlatanismo del vendedor de específicos, por el traficante vulgar de las miserias humanas.

El jurisconsulto ha conservado el título al salir de las aulas universitarias, y el abogado domina la escena con un egoísmo que hiela. Y esto se extiende y se impone, y lo que fué el resultado libre de la lucha, cunde en el estudiante que impaciente por encontrarse en posesión de un diploma que á sus ojos es el único objeto de la enseñanza, busca concluir pronto sus estudios, pasar en sus exámenes, fiando á una memoria casi siempre inconsciente, lo que la razón no ha adquirido ni sometido á sus meditaciones. Y si la sociedad quiere mantener el nivel de los estudios é impedir á tiempo tal invasión de traficantes, si quiere que el título científico no sea una burla, necesita que el profesor de derecho y el abogado no se equiparen y que la ciencia y la fortuna tengan su culto separado.

¿Cómo conseguir el respeto, cómo la consideración necesaria para el desempeño de tan austeras funciones? Si abogados, se encuentran ignorantes en la chicana de los medios, pequeños en la ambición ilimitada de alcanzar en un asunto lo que debe ser el fruto de una lenta economía. Si magistrados, no comprenden la altura de su misión y solicitando con fervor el puesto, no han visto en él el sacrificio que impone la administración de la justicia, sino el goce que da la remuneración recibida y la voluntad casi omnipotente del juez.

Pero cuando las defensas no dan el resultado esperado, es indispensable que el político preste su apoyo al abogado, y lo que no se ha podido sacar del litigante se consiga del Estado. Y aparece el caudillo de barrio, el orador popular del club y de las calles, el asistente constante á las antesalas de los que mandan,



y bajo el amparo del título universitario, con la constancia en manifestarse apasionado de la cosa pública y capaz de inventar el voto público en un momento dado, el poder legislativo lo cuenta entre sus miembros, y la moral del traficante se apodera del legislador para darnos muestras palpitantes que abochornan.

No, jóvenes doctores. Pasan las sociedades por unos de esos momentos difíciles en que es necesario marchar con cautela para no exagerar nuestras virtudes ni aumentar nuestras miserias. En la vida pública y en la vida privada, en el ejercicio de las industrias y en el de las profesiones liberales, hay algo que turba los espíritus y que oprime y sofoca, algo que nos arrastra en una pendiente desastrosa, y que es necesario prever y combatir. Vamos perdiendo la conciencia moral; y ofuscados por los goces pasajeros, halagados por las complacencias inconscientes, cubrimos con flores de un día el abismo en que caeremos nosotros y caerán inocentes las generaciones venideras.

Abogados, ponemos en subasta nuestra ciencia, buscamos la remuneración del trabajo sin valla y sin pudor; ciudadanos, abandonamos las urnas cuya custodia es nuestro deber, ó disponemos de ellas con fraudes descarados; magistrados, falseamos nuestro juramento, entregamos la fortuna pública al mas osado, ó no tenemos el coraje de impedirlo; hombres privados, mentimos una religión que no tenemos; rompemos los vínculos de la familia, traemos el ejemplo pernicioso al hogar y hacemos fuera de él alarde de una conducta que importa la violación de un juramento y la burla de la sinceridad y de la inocencia.

Y cuando ésto se produce, cuando éste es el ejemplo que nos presenta el mundo en los pueblos más adelantados, necesario es el provocar la alarma, necesario es el prepararse para combatir á los que con la máscara religiosa predicán la intolerancia y el odio irreconciliable, ó á los que con un liberalismo insensato pretenden romper los vínculos sagrados que nos ligan á Dios, á la patria y al hogar.



Y vosotros tenéis que ser soldados de esa falange del combate y del ejemplo. Habéis recibido la cultura intelectual y después de muchas horas de angustia y de fatiga encontráis vuestro título científico, vais á formar quizá una familia; vais á actuar en la patria y en la humanidad; y el título científico, la patria y la humanidad os imponen deberes sagrados.

La cultura moral no puede separarse de la cultura intelectual. No bastan los hombres ilustrados capaces de satisfacer las exigencias de las diversas profesiones, es necesario tambien el hombre de bien; y no hay honradez pública sin honradez privada, y no hay ésta cuando los vínculos del hogar están relajados y el honor de la familia se compromete por el ejemplo pernicioso de su jefe.

El carácter no se forma sino en el combate diario de la voluntad contra los obstáculos, de la conciencia contra los instintos; y si abandonáis la lucha, si por evitarla os lanzáis en los senderos fáciles pero extraviados, habréis llegado quizá á realizar vuestra fortuna, pero habréis perdido el honor del soldado y comprometido la dignidad del hombre. No: sois jóvenes y vuestro corazón está lleno de las dulces ilusiones, de las nobles y generosas esperanzas: dad el ejemplo de virtud en la profesión, en la patria y en el hogar. Si la fortuna os da goces y comodidades en la vida, la cultura del espíritu, mantiene vuestros vínculos morales y conserva la tranquilidad de las regiones superiores. Si el puesto público os halaga, si deseáis ensayar vuestras fuerzas en bien de la patria, buscad el camino de la ley y no el de la adulación servil; mostrad vuestros méritos y no vuestras debilidades, que más vale la obscuridad honrada que el brillo del cortesano.

Jóvenes doctores ! Cuando la facultad os reúne en este acto para dar por concluida vuestra vida de estudiantes, no llenaría su sagrada misión si no os diera los consejos que los años y la experiencia sugieren, para que tanto esfuerzo y tanta abnegación no se malogren, y si vosotros conserváis el respeto que habéis



practicado durante vuestros estudios, si ese respeto á la ley, á la autoridad y á los mayores llega á formar el culto de vuestra vida, podrá afirmarse desde ya, que la ciencia del derecho tendrá profesores constantes é incansables; la profesión del abogado, caracteres honrados é inflexibles; la patria, ciudadanos austeros así en los días de gloria como de infortunio, y la familia, ejemplos de moral y de sinceridad.

Ésto es lo que os pedimos; ésto es lo que os exigimos; y al pedirlo y al exigirlo os damos el ejemplo y os recordamos que ante vuestro país, vuestros maestros y vuestras familias contraeis el solemne compromiso de cumplirlo.

24 de mayo de 1884 (1).

(1) En la colación de grados del 24 de mayo de 1883, el ministro de Instrucción pública, doctor Eduardo Wilde, en representación del señor presidente de la república, presidió el acto y pronunció una breve alocución.



ANTONIO E. MALAVER



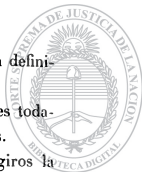
Señor decano,

Señoras,

Señores:

La Facultad de derecho y ciencias sociales celebra en este día, consagrado por los argentinos á los grandes recuerdos de la patria, una doble y simpática fiesta.

Despide á sus alumnos que han terminado sus estudios científicos y profesionales, — acordándoles el justo premio á que su asidua labor y su constancia los ha hecho acreedores: — y coloca solemnemente, en este mismo recinto, en que tal premio se acuerda, la imagen verdadera, tallada en mármol por la hábil mano del artista, del más sabio jurisconsulto argentino, del ilustre autor de nuestro código civil, del doctor don Dalmacio Vélez Sarsfield.



abogado, que os abre las puertas del foro y os consagra definitivamente al culto y á la defensa de la justicia.

Grande es el honor que recibís; pero son más grandes todavía los deberes que él os impone, y que vosotros aceptáis.

Permitidme que, habiendo sido designado para dirigirlos la palabra en esta ocasión, á nombre de la facultad, os hable de esos deberes, y que concluya presentándoos un modelo acabado del jurisconsulto, digno por cierto de ser imitado por vosotros si, como lo espero y lo deseo, anheláis por conquistar el aprecio y el respeto de vuestros conciudadanos, y para vuestra memoria el honor que tributamos á la del doctor Vélez Sarsfield.

Dícese con generalidad que un joven *ha terminado su carrera*, cuando le llega la ocasión de abandonar las aulas, con el diploma que acabáis de recibir. Pero es éste un grande error: lo exacto sería decir que *entonces la comienza*.

Y así es en efecto: vuestra acción, encerrada hasta hoy dentro de los muros de esta casa de estudios, va á ejercitarse desde mañana en público, y en un campo mucho más vasto que aquél en que habéis probado hasta ahora vuestras fuerzas intelectuales.

Sois doctores en derecho; sois abogados; y el pueblo entero va á pedirlos cuenta de la ciencia y de los conocimientos que habéis adquirido, y que deben justificar aquellos títulos. ¡Cuán difícil y embarazosa va á ser, desde luego, vuestra posición ante las exigencias de que seréis objeto!

Vuestra clientela os pedirá consejo y dirección en los negocios más arduos, complicados y variados á que diariamente dan origen las relaciones de familia y las obligaciones de diverso género que celebran los hombres.

Deberéis estar prontos para dar solución á todas las dificultades que presenta nuestro derecho, que carece todavía de una jurisprudencia completa, que fije con claridad su inteligencia; y deberéis responder también á los conflictos que os presenten



nuestras propias leyes con las de otros países con los que estamos en tan frecuente comunicación.

El pueblo os llevará bien pronto á las bancas de legislaturas y congreso, para que le dictéis sabias leyes, que, impulsando su progreso y su engrandecimiento moral y material, le procuren la mayor suma de felicidad y bienestar posibles.

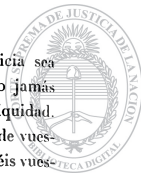
Y los gobernantes os llamarán también á compartir con ellos las serias tareas de la administración pública; ó á desempeñar las augustas funciones de la magistratura judicial.

Para todo ésto habéis de estar preparados; porque todo ello os será demandado en nombre y en bien de la patria, porque sois doctores, porque sois abogados, porque formais parte de la clase directiva de la sociedad, y debéis retribuirle en servicios los que de ella habéis recibido.

Una gran dificultad se os presentará, y es forzoso vencerla. La Facultad de derecho, durante los años que frecuentasteis sus aulas, sólo pudo iniciaros en los elementos de la ciencia; y, con tan escaso caudal no es posible, desde el momento, hacer frente á las exigencias de que acabo de hablaros. Son necesarios, indispensables para ello, estudios más fundamentales, la experiencia y la práctica de los negocios.

Que ésto no os arredre, sin embargo, ni os impida continuar, día á día, la tarea emprendida con éxito tan satisfactorio. Vuestra carrera queda ya irrevocablemente fijada: *el estudio del derecho de todos, y la defensa del derecho de cada uno*, según la expresion de M. Dupin, deben ser, desde hoy, el objeto y el fin de vuestros afanes en todo el resto de vuestra vida.

Y, si á la consagración al estudio que os pido, reunis, como no lo dudo, las otras condiciones indispensables en un abogado que estima en lo que vale el honor de su profesión, os aseguro, señores, que seréis verdaderos jurisconsultos y que adquiriréis gloria para vosotros, conquistándola igualmente para vuestra patria.



No debéis aceptar la defensa de causas cuya injusticia sea manifiesta; que los talentos y la instrucción del abogado jamás deben ponerse al servicio de la mentira, el fraude y la iniquidad. Procediendo así, obtendréis la consideración y el respeto de vuestros conciudadanos y de los magistrados ante quienes llevéis vuestras defensas; consiguiendo ser, por tal medio, sus verdaderos auxiliares en la administración de la justicia de que están encargados.

Defended siempre la justicia; y á los pobres, por el amor de Dios. Que una causa justa no deje de encontrar en vosotros un defensor celoso, aun cuando no os ofrezca provechos ni otras ventajas personales, y aun cuando pudiera acarrearos verdadero perjuicio.

« Discreción, fortaleza, desinterés, y sobre todo probidad y probidad acrisolada, dice un distinguido jurisconsulto, son esas dotes indispensables para el abogado, sin las que no le sería dado desempeñar su honrosa profesión decorosamente. Sin discreción, depositario de las interioridades y de los secretos más recónditos é interesantes, fácilmente podría defraudar la confianza de aquellos que se los hubieran comunicado en la seguridad que les inspiraba su mismo estado; sin firmeza de carácter y sin valor, difícilmente podría vencer los obstáculos que le ofrece su destino en la lucha constante que sostiene contra la injusticia y la maldad; y sin desinterés, y sin probidad, no sería otra cosa que un elemento tanto más pernicioso, cuanto sería mayor la abundancia de medios que tendría á la mano para alterar el sosiego de las familias y comprometer gravemente y á cada paso los intereses particulares de los individuos. »

Pero, podemos y debemos considerar los deberes del abogado de un punto de vista más vasto y transcendental todavía que el de la defensa de los derechos y de los intereses privados.

He dicho antes que, porque sois abogados y porque sois doctores en derecho, formáis parte de la clase directiva de la sociedad



política; y que, por tal razón, el pueblo os llevará, sin duda, á representarlo y á defender su causa en nuestros parlamentos, en la magistratura ó en el gobierno.

¡Qué bella misión, señores, la de un ciudadano amante de su patria, probo, instruído, llamado por sus conciudadanos á dictarles la ley y á preservarla de los avances del poder ó de las facciones políticas; á administrarles la justicia con acierto é imparcialidad; y á gobernarlos, manteniendo á los individuos y á los partidos en el ejercicio de sus derechos respectivos, acallando y ocultando quizás las propias y personales inclinaciones, para hacer prevalecer solamente la ley y el derecho sobre todas las pretensiones y sobre todas las voluntades!

¡Qué bella misión, repito, — sobre todo, en un país republicano como el nuestro; — pero también, cuán llena de dificultades; y cuántos deberes impone para cumplirla con honor!

Tenemos una constitución política que, basada sobre la forma representativa republicana y el sistema federal de gobierno, asegura á las provincias un gobierno propio y autonómico. Garantiza á todos los habitantes del país su seguridad individual, su propiedad y el ejercicio de todos los derechos civiles; y á los ciudadanos, de la manera más amplia, el goce de todas las libertades y de todos los derechos políticos. Ella no admite prerrogativas de sangre ni de nacimiento; ni reconoce fueros personales, ni títulos de nobleza.

Proclama que todos los habitantes son iguales ante la ley, y admisibles en los empleos, sin otra consideración que su idoneidad. Consagra la inviolabilidad de la defensa en juicio de la persona y de los derechos, del domicilio y de la correspondencia epistolar. Declara que ningún habitante de la nación puede ser obligado á hacer lo que no manda la ley, ni privado de lo que ella no prohíbe. Y finalmente, después de otros principios que establece y garantías que acuerda, admite, como su necesario complemento, la libertad de cultos.



No hay ni puede existir una constitución escrita que, apartando defectos de detalle, inseparables de toda obra humana, sea superior á nuestra ley fundamental.

Ocupando un asiento en nuestros parlamentos, vuestro primer deber será, pues, defender esa constitución, á cuya definitiva adopción hemos llegado después de haber corrido en la república ríos de sangre, y soportado por más de medio siglo la anarquía, y la más horrible tiranía de los tiempos modernos.

Pero no debéis olvidar que, dada nuestra referida forma representativa republicana de gobierno, todo el mecanismo ideado por la constitución para asegurar al pueblo sus derechos y garantías, reposa sobre el modo cómo se practiquen las elecciones populares, que sirven para constituir los poderes públicos de la nación y de las provincias. Si esas elecciones se verifican libre y ordenadamente: si su resultado corresponde al voto de la mayoría de los pueblos: si los fraudes que en ellas se cometen, quedan relegados á los individuos ó á las facciones políticas, sin que jamás penetren en el santuario de las leyes, podemos esperar con confianza que todos aquellos derechos y garantías de la constitución serán una realidad, y que la unión y la paz en la república se consolidarán cada vez más, y se harán más queridas del pueblo argentino las libres instituciones que se ha dado para su gobierno.

Si ocupáis un puesto en el gobierno, debéis ir á él animados de los mismos sentimientos, y del propósito sano y patriótico de concurrir eficazmente á que las leyes se cumplan siempre y en todo tiempo, y á que se formen en el pueblo los hábitos de orden y de subordinación á las autoridades legítimas, que arraigarán tanto más, cuanto más se persuade aquél de que éstas cumplen, con toda lealtad y con toda exactitud, el mandato que de él han recibido.

Si, por fin, es vuestro destino la augusta misión de administrar la justicia á los hombres que habitan nuestro suelo, no olvi-

déis que nuestras leyes la definen diciendo que es: *raygada virtud que dura siempre en las voluntades de los omes justos, e da, e comparte e cada uno su derecho igualmente*; y que todas las condiciones que antes indiqué debe reunir un abogado, y apenas bastarán á quien desempeña sobre la tierra uno de los más grandes atributos de la divinidad.

Nuestra misma ley fundamental, persuadida de la majestad y de la importancia de la magistratura judicial, la ha constituido sobre bases enteramente distintas de las que ha dado á los demás poderes públicos de la nación; y las constituciones provinciales han seguido su ejemplo.

Al paso que los poderes legislativo y ejecutivo están sujetos á frecuente renovación, consultando por este medio la opinión del país, para que llenen sus aspiraciones y sus necesidades en el presente, el poder judicial es inamovible, porque la justicia y el derecho son estables, y el frecuente cambio en el personal de la magistratura expondría su independencia que, ante todo, la constitución ha querido salvaguardar.

Y no es solamente con la inamovilidad que ha querido asegurar la independencia del poder judicial; sino estableciendo, además que, los jueces gocen de una compensación que no puede ser disminuída mientras permanecieren en sus funciones.

¡Justicia independiente y libre de la acción y de la influencia de los demás poderes del estado! Es esta una verdadera necesidad en todo país regularmente constituido; y nuestros constituyentes nos la han dado en las disposiciones que acabo de recordaros.

Los intereses transitorios que animan á los partidos políticos, — no siempre amparados por las prescripciones de la justicia y de la equidad, — se encarnan con frecuencia en los hombres que suben al gobierno, ó actúan eficazmente en los parlamentos: pero ellos jamás deben estar representados en la magistratura judicial, para bien del país, y para bien de los mismos partidos políticos cuya dominación es, con frecuencia, de corta duración.





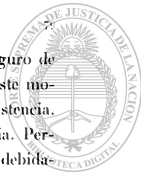
Todos los hombres, cualquiera que sea su posición social o su color político, necesitan una justicia recta, ilustrada, imparcial sobre todo, *que dé a cada uno su derecho igualmente*; y, para ello, es forzoso substraer á los que deben dispensarla á sus conciudadanos, de las agitaciones, de las luchas y de los intereses políticos, para que puedan conservar siempre aquella *raygada virtud* que los constituye *hombres justos*.

Mañana, algunos de vosotros vais á separaros de esta capital, pasando á fijar vuestra residencia en las respectivas provincias que os vieron nacer. En ellas os aguardan, con ansia, después de larga ausencia, vuestras familias, vuestros amigos y vuestros comprovincianos; y, para no defraudar una sola de las justas esperanzas que vuestra presencia hará concebir á todos, os bastará, señores, no olvidar por un momento que sois, ante todo, los hombres de la ley y del derecho; y que debéis, en cualquier circunstancia de vuestra vida, y en cualquier posición á que os lleve el destino, conduciros como quienes sois.

Señoras, señores:

La Facultad de derecho tributa, en este mismo acto, el homenaje de honor y de respeto que le merece, como al país entero, la digna memoria del doctor Vélez Sarsfield. Colocando su busto en su salón de grados, en el que ya figuran los retratos de otros hombres distinguidos en la magistratura, en las ciencias y en las letras: perpetúa el recuerdo del ilustre jurisconsulto argentino, y lo presenta á las nuevas generaciones que se forman en el estudio del derecho, para significarles á cuánta gloria pueden aspirar, si lo toman por modelo de su carrera científica.

Yo no tengo, señores, la erudición necesaria para medir y apreciar toda la ciencia que asimiló el doctor Vélez á su espíritu investigador y profundo, y que abarcó en su poderosa mente:

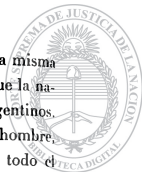


y, completamente destituido de dotes literarias, estoy seguro de que me faltará la palabra con que debiera trazaros en este momento, el cuadro sintético, pero completo, de su larga existencia, tan activa y tan fecunda para la ciencia y para la patria. Perdonad, pues, señores, mi insuficiencia, si no correspondo debidamente al honor de que me ha hecho objeto el señor decano de nuestra facultad.

El doctor don Dalmacio Vélez Sarsfield fué uno de aquellos raros hombres que se destacan entre todos los de su generación, y que señalan su paso por el mundo permanentemente, haciendo inolvidable su nombre entre sus conciudadanos, y lanzándolo, con sus obras, fuera de los límites de la patria.

Nacido en la ciudad de Córdoba en los albores del presente siglo, y fallecido en esta capital en 1875, alcanzó los últimos momentos del gobierno español en América; asistió, desde su principio, á la gran revolución que transformó la colonia en república libre é independiente; fué actor en la guerra civil que paralizó la vida fecunda de la joven nación; sufrió, como todos los patriotas distinguidos de su tiempo, las persecuciones de la tiranía, en los veinte años de sangre y horrores que fueron el necesario complemento de la anarquía; y, en la nueva época que abrió al país la batalla de Caseros, en 1852, intervino, desde el primer momento hasta el fin de sus días, sin darse uno solo de reposo, en todos los acontecimientos políticos que se sucedieron, cabiéndole la gran satisfacción de ver á las *Provincias Unidas del Río de la Plata* formando una sola nación regida por la constitución reformada de 1860, á cuya adopción tanto contribuyó con su patriotismo, con su experiencia y con sus luces.

Después de este grande acontecimiento, que colmaba los votos del doctor Vélez Sarsfield, y cuando su edad era ya avanzada, se nos muestra más activo aún; y en los consejos del gobierno, como el parlamento, no cesa de concurrir á la discusión de las más importantes leyes, y á promover el desenvolvimiento de la



riqueza y del progreso material del país. Por fin, en esta misma época de su larga y fructuosa vida, nos da los códigos que la nación adopta, y que son hoy la ley común de todos los argentinos.

¡Qué existencia tan gloriosa! ¡Qué memoria la de tal hombre, tan digna de ser recordada por sus compatriotas, con todo el amor y con todo el respeto que merecen los grandes y útiles servidores del país!

Pero penetremos un momento, señores, con la brevedad que la ocasión exige, en un detalle de la vida pública de tan distinguido hombre de estado, y podremos juzgar de la intensidad de su patriotismo.

Era el doctor Vélez diputado al congreso de 1826: representaba en él á la provincia de San Luis, y era el más joven de los distinguidos patriotas que formaron aquella memorable asamblea. Fué dictada la constitución que, según la ley fundamental de 1825, debía ser sometida á la aprobación de las provincias, ante de su promulgación; y tocóle, en unión con el deán Zavaleta, presentarla á las provincias de Cuyo que, por entonces, estaban dominadas por los Aldao y por Quiroga.

La constitución era la muerte del caudillaje; y la constitución fué, por consiguiente, desechada por él. Y el congreso constituyente vió retirarse sus diputados; y la misma provincia de Buenos Aires removi6 los suyos por su ley de 18 de agosto de 1827.

El congreso, con el voto del doctor Vélez, pronunció entonces la disolución de la república; y este deplorable suceso entregó nuevamente el país á la anarquía, y, por fin, al despotismo de Rosas.

En 1860, el doctor Vélez era diputado á la convención de Buenos Aires que debía examinar la constitución, previamente á la reincorporación de esa provincia á la Unión Nacional. Y ved aquí, señores, cómo se expresaba en esa ocasión el patriota recordando los hechos que acabo de mencionar, temeroso de que



el país pudiera volver una vez más á la desunión y la guerra civil:

«Debo al pueblo de Buenos Aires, decía, el haberme elegido entre los individuos que deben fijar sus futuros destinos; debo á la convención el honor de contarme en el número de los que deben proponerle el camino que ha de seguir, y debo finalmente á mi antigua patria la reparación de un error á que concurri en esta misma sala, votando la disolución de la nación ahora treinta y tres años...

«Yo no he propuesto, señores, reforma alguna á la constitución de la confederación, exceptuando una en el poder judicial á que me obliga mi profesión de abogado, que no sería de consecuencia alguna, desde que ese poder aun no funciona. Temía que, entrando en esta vía, ó destruiríamos toda la constitución que iba á examinarse, ó que naciera algún obstáculo á la unión de los pueblos.

«Sobre todo, señores, soy dominado por el recuerdo de un hecho de fatales consecuencias, pasado en esta misma sala, y por la historia de uno de los estados más felices de la república de Norte América.

«Á mediados de 1827, la República Argentina se hallaba reunida en un congreso general que tenía sus sesiones en este mismo lugar, y lo formaban los primeros hombres de nuestro país. Las circunstancias en que se hallaba la república eran críticas, pero no desesperantes. El combate del Juncal, la batalla de Ituzaingó nos aseguraban el triunfo sobre el imperio del Brasil, pero las provincias no daban ya contingentes de hombres para la guerra. El congreso había dado una constitución que sometía al examen de las legislaturas provinciales, la cual había sido desechada por seis ó siete provincias. Pero, todo estaba en paz... El congreso entonces desesperó de la patria: no imitó al congreso de los Estados Unidos en iguales circunstancias: no convocó á los pueblos á un nuevo congreso, ó á una convención, sino



que, en el fatal día del 18 de agosto de 1827, declaró disuelta la nación. Esto se hizo por una votación unánime. Entonces los diputados de Buenos Aires, el pueblo de Buenos Aires preveían mil resultados felices de tal resolución. Buenos Aires, decían, puede vivir solo: tiene suficientes rentas y suficiente población; no necesita de ningún otro pueblo para ser feliz... Los diputados de los pueblos creían también que sus provincias seguirían adelantando bajo los gobiernos que los habían mandado.

« ¿Qué fué de Buenos Aires y de los hombres que votaron la disolución de la nación ? ¿ Qué fué de la esperada felicidad de este pueblo, en su aislamiento ?

« Vosotros lo sabéis, señores. Después de una espantosa guerra civil, vino el más sangriento despotismo; y Rosas durante veinte años agotó las persecuciones, las confiscaciones; agotó el cadalso mismo, y Buenos Aires presentaba el aspecto y la realidad del pueblo más desgraciado del Universo. No, señores: yo no volveré á votar la disolución de la nación; ni pondré jamás el menor obstáculo á la unión de los pueblos, cualesquiera que sean las dificultades que se presenten. »

No he podido, señores, resistir al deseo de haceros oír tan bellas palabras. Ellas revelan al mismo tiempo que al patriota sincero, al profundo estadista que, trayendo al recuerdo presente los luctuosos acontecimientos del pasado, busca y encuentra en ellos enseñanza provechosa y fecunda para dirigir á los pueblos por el sendero de su prosperidad y de su gloria.

Pero, no es, señores, con el elogio, bien merecido por cierto, de las altas calidades del político, del hombre de estado, del administrador y del orador parlamentario, con lo que, hablando del doctor Vélez Sarsfield en este recinto, debo ocupar principalmente vuestra atención. Es con preferencia, del maestro de derecho, del jurisconsulto y del legislador, de quien debo hablaros; pues es, por estos títulos, que la Facultad de derecho le tributa hoy este justo homenaje.



El doctor Vélez Sarsfield aparece, señores, en la universidad de Buenos Aires en 1826 como catedrático de economía política: siendo de observar que, desde aquella remota fecha — puedo decirlo con toda propiedad, — ha sido, es y continuará siendo un maestro permanente en nuestra facultad.

El estudio del derecho civil empezó á hacerse en Buenos Aires, bajo la dirección del doctor don Pedro Somellera, en 1822; siguiendo dicho profesor la doctrina utilitaria de Bentham, tan en voga entonces, tan desacreditada después. El doctor Somellera publicó sus *lecciones* en 1824; y debieron servir ellas de texto hasta 1830, en que hizo renuncia de su empleo de catedrático.

Poco tiempo después, en 1834, el doctor Vélez reimprime en esta ciudad las *Instituciones del derecho real de España* del doctor don José María Álvarez, complementándolas con párrafos y notas, y agregándoles varios apéndices, en que trata materias omitidas en aquella obra, como la *restitución in integrum*, los *derechos diversos de los menores*, las *obligaciones dividuas é individuas*, los *dotes y bienes parafernales*, etc.

Esta obra, muy superior, sin duda, á la del doctor Somellera y á las demás escritas en español hasta entonces, se convirtió en texto indispensable para la enseñanza, hasta la aparición del *Proyecto de Código Civil* redactado por el mismo doctor Vélez Sarsfield desde 1865 á 1868. Á partir de esta época, el derecho civil se enseña por el código. El inolvidable doctor don José María Moreno, que tenía entonces á su cargo esa cátedra, lo tomó como texto de sus lecciones, estudiando la ley en la ley misma, é investigando sus fundamentos y su alcance en las eruditas *notas* en que su ilustre autor explica su doctrina.

En ese código civil y en esas *notas*, que sirven para indicar las fuentes en que el legislador tomó sus disposiciones, se resumen la más paciente y constante labor y los más concienzudos estudios de derecho, practicados por el codificador durante más de cuarenta años.



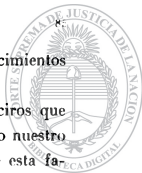
El código civil es, pues, y continuará siendo el libro que estudian y estudiarán los alumnos de jurisprudencia, los abogados y los jueces; y su sabio autor será siempre nuestro maestro, y el maestro de nuestras futuras generaciones.

Y no es, y no será solamente el doctor Vélez el maestro de derecho civil. Lo es también en el derecho comercial y en el derecho público eclesiástico.

Los negocios y transacciones mercantiles se hallaban sujetos á las disposiciones de las antiguas *Ordenanzas de Bilbao*. Pero, no hallándose legisladas en este código, materias que el uso había hecho frecuentes, y no correspondiendo, por otra parte, muchas de sus disposiciones al progreso de esta rama de la ciencia jurídica, el gobierno de Buenos Aires encomendó á los doctores don Dalmacio Vélez Sarsfield y don Eduardo Acevedo la redacción del código de comercio, vigente hoy en la república. Un año solamente pusieron dichos señores en el desempeño de la ardua tarea que se les confió, lo que prueba cuánta era su anterior preparación: y, en 1857, presentaron al gobierno su *Proyecto de Código*, que la legislatura de Buenos Aires sancionó como ley en octubre de 1859.

Desde entonces, es este el libro por el que, estudiantes y abogados, ayudados por los tratadistas, estudiamos el derecho mercantil.

Las Relaciones del estado con la iglesia en la antigua América española, es también otro importante libro de enseñanza que debemos al caudal inagotable de conocimientos jurídicos del doctor Vélez Sarsfield. «Mirada esta obra, — ha dicho nuestro prelado metropolitano, — como un monumento histórico de la legislación canónica hispano-americana, es de un mérito singular. La obra del doctor Vélez, agrega, en la parte del derecho canónico que abraza, contiene todo eso (la legislación canónica americana) desde su origen hasta la actualidad, y lo contiene reunido como no se halla en ninguna parte. Ha sido necesario



para esto un trabajo impropio, y un caudal de conocimientos poco común ».

Ved, pues, señores, cómo he tenido razón para decirlos que el doctor Vélez Sarsfield ha sido, es y continuará siendo nuestro maestro en el derecho; y cómo es justo entonces que esta facultad, — que tiene por principal misión dirigir y fomentar los estudios jurídicos, — y los que se relacionan con las ciencias sociales, lo presente á la juventud que se educa en esa carrera, como modelo digno de ser imitado.

Pero, la gran obra del doctor Vélez, la que le asegura para siempre su renombre de jurisconsulto, es el código civil; que, al mismo tiempo, es también un verdadero y completo estudio de legislación comparada, en todas las numerosas y variadas materias que comprende.

Ningún juicio más competente, ni más imparcial tampoco, podría presentarse acerca de esta obra, que el que contienen las siguientes palabras del señor Rollin Jacquemins, en carta que dirigió al doctor Vélez:

« Esta obra de todo punto notable, dice, ó para decir mejor, este *monumento legislativo*, de que sois autor, merece ciertamente fijar la atención de los jurisconsultos y hombres de estado de todos los países. »

Señores: el doctor Vélez Sarsfield era, además, orador: pero, grande y poderoso orador. De él ha dicho el ex presidente de la República, actual rector de nuestra Universidad, en la oración fúnebre que pronunció en la inhumación de sus restos:

« Tenía en su voz aquellos acentos que se gravan en la memoria de las asambleas ó de los pueblos, y que ponen en presencia del orador la posteridad lejana. Cuando algunos años hayan pasado: cuando los que estamos aquí presentes hayamos entrado en esas horas crepusculares en las que « los últimos murmullos del día se confunden con los primeros silencios de la noche »: cuando nuestro pensamiento se vuelva ya con predilec-



ción hacia el pasado, para reanimar sus espectáculos por el recuerdo, todos diremos entonces : — ¡Oh, qué orador... el molde quedó roto! Nosotros le hemos oído en las sesiones de junio, cuando pronunció aquellas palabras que han sido el estandarte durante cuarenta años, imponiéndonos la obligación de todas las conquistas: *Los pueblos no son á medias, ni libres, ni esclavos*. ¡Oh, qué orador! Nosotros le hemos oído en aquella sesión de la convención de Buenos Aires, cuando propuso la adopción de la constitución que hoy rige la república, contando con doloroso acento las disoluciones de los antiguos congresos.

« Así los que oyeron jóvenes ó niños al primero de los Chattam en su último discurso sobre el *bill* de América, entregaban su recuerdo cincuenta ó sesenta años después á las nuevas generaciones, que nos lo han transmitido á su vez, enternecimientos ó deslumbramientos póstumos de la memoria, que se suceden como una vibración armónica, repitiendo y perpetuando los efectos mágicos de la palabra hablada ».

Señoras, señores:

Debo ya terminar.

Hemos cumplido un deber de gratitud y de justicia para con la memoria del doctor Vélez Sarsfield. Queda aquí su imagen presente al recuerdo de la actual y de las futuras generaciones.

Y la dejamos en buena y en digna compañía, juntamente con las de otros distinguidos maestros en las ciencias y en las letras: al lado de las del brigadier general don Juan Martín Pueyrredón, primer iniciador en el gobierno patrio de la fundación de nuestra universidad; de sus primeros rectores y cancelarios doctores don Antonio Sáenz y don Valentín Gómez; de los maestros y escritores de derecho doctores don Manuel Antonio Castro y don Pedro Somellera; de los catedráticos de ciencias físico-matemá-



... ticas doctor don Manuel Moreno, don Avelino Díaz y don Octavio Fabricio Mossotti; de los filósofos y moralistas doctores don Diego Alcorta, don Luis José de la Peña y don Estéban Echeverría; y, por fin, de la del doctor don Juan María Gutiérrez, uno de los últimos rectores y el fundador en la universidad de la Facultad de ciencias exactas.

Yo habría deseado poder agregaros, señores, que dejábamos también la imagen del doctor Vélez al lado de la de otro jurisconsulto y maestro distinguido como él, que nos arrebató la muerte á la mitad de su carrera, y cuando la patria y la ciencia debían esperar tanto todavía de su clarísimo talento y de su vasta instrucción. Ya sabéis, señores, que os hablo de José María Moreno, de ese patriota esclarecido á quien este pueblo honró tanto en su vida y en su muerte, y á quien sus discípulos tributaron en todo tiempo las demostraciones de un cariño casi filial. Pero, si aun no podemos contemplar, en este recinto, la imagen de su figura material, conservemos siempre indelebles los recuerdos de su elevada personalidad moral, hasta que llegue el día en que, cumpliéndose nuestros votos, podamos consagrarle el mismo homenaje que acabamos de rendir á la memoria del doctor Vélez Sarsfield.

24 de mayo de 1885.



BERNARDO DE IRIGOYEN



Señoras,
Señores:

La Facultad de derecho y ciencias sociales me ha honrado con el encargo de saludar, en su nombre, á los alumnos que concluyen sus estudios profesionales.

Torno á mis funciones en esta corporación después de una ausencia justificada, y cúpleme dirigiros la palabra en estos clásicos aniversarios, en los que, bajo la influencia de recuerdos y sentimientos nobles, la imaginación exalta los rasgos de nuestro desenvolvimiento social y los hechos que ilustran la historia de la Nación.

Os tocan tiempos más propicios de los que atravesaron aquellos de nuestros antepasados, que se dedicaron á la ciencia del derecho. No tendréis que luchar, como ellos, con las desigualdades civiles y políticas que deprimieron la personalidad humana, ni que pugnar en el desempeño de vuestra profesión, con la intolerancia, los privilegios y monopolios, que abatieron á los hombres y á los pueblos. Están ya suprimidos esos obstáculos del progreso, y despejados, en beneficio de la generación presente y de las generaciones venideras, los horizontes de la verdad y de la justicia.



Cada individuo tiene su misión en el orden de la sociedad á que pertenece, y en el anhelo de desempeñar dignamente la que os incumbe, habéis concurrido á esta universidad, erigida en medio de grandes agitaciones populares, como si sus fundadores hubieran querido demostrar que las turbulencias de la democracia no apagan los destellos de la ciencia. Aquellos trastornos no impidieron que se levantaran cátedras de jurisprudencia, matemáticas, medicina y ciencias sagradas. Y la universidad, establecida sobre esas bases limitadas, propias de tiempos embrionarios, regenteada por los beneméritos ciudadanos, cuyos perfiles aumentan la claridad de este recinto, sigue desde entonces las vicisitudes del país. Progresa ó se estaciona, declina ó se levanta con él: pero aun en las épocas más sombrías, forma jurisconsultos, historiadores, médicos, literatos y legisladores, revelándose así, las tendencias progresistas y el genio de la Nación.

En las horas serenas, aquellos estudios se extienden y perfeccionan, y entre los adelantos de los últimos años, inauguráse la cátedra de derecho constitucional, destinada á exponer las garantías y las instituciones conquistadas en medio siglo de afanes abnegados.

La instalación de aquella enseñanza no indicó solamente un progreso de nuestra sociabilidad; fué la grata comprobación de que habían terminado las disputas filosóficas de las diversas formas de gobierno, convertidas en luchas apasionadas y ardientes. Entrábamos en una era enteramente nueva. Teníamos ya una ley escrita, y era discreto comentarla á la luz de nuestros antecedentes, interpretarla con las prácticas de naciones libres y poderosas y dejar en evidencia que nuestra forma de gobierno, aunque complicada y laboriosa, es la más perfecta que conoce hasta el presente la humanidad.

Los estudios constitucionales despiertan preferente interés en las preocupaciones de esta época, porque las tradiciones de los pueblos se reflejan generalmente en sus leyes fundamentales.

La constitución de la Inglaterra revela el camino seguido por aquella nación, esencialmente orgánica, conservadora y serena. aun en medio de las innovaciones que conmovieron la Europa contemporánea.

La Francia puede estudiarse en su legislación. Sobreexcitada bajo los excesos populares; resignada ante el esplendor de la gloria militar que sirvió de pedestal al Imperio; dispuesta, más tarde, á la monarquía y á la república; las instituciones de aquel pueblo revelan sus intermitencias políticas y no han alcanzado hasta el presente las refrendaciones consistentes del tiempo.

Y en los estatutos norteamericanos se exhibe la elaboración tranquila de aquella federación, que ha influido favorablemente en la suerte de los estados modernos, mostrando que es posible cambiar sabiamente la soberanía nacional con el mantenimiento de los intereses y de las autonomías locales.

Emancipadas las colonias españolas de la monarquía que durante tres siglos dominara sus destinos, y levantadas por movimientos esencialmente democráticos, vacilaron en la primera época de su soberanía, entre las contradicciones de su presente y de su historia. Carecían de antecedentes espontáneos y de los elementos de una organización propia, y, lo que podemos llamar la fuerza de la tierra natal, consistía en el sentimiento de la Independencia, en la preponderancia militar y en las veleidades nacidas en esas llanuras y en esos bosques, que inducen al aislamiento ó á una libertad confusa.

Grandes fueron las dificultades y desacuerdos que precedieron á la sanción de nuestra carta fundamental: parecidas á las que experimentaron las demás repúblicas de este continente. Pero en medio de esas perturbaciones y sacudimientos, que derribaron privilegios seculares y distinciones odiosas, surgieron los principios del derecho internacional y del derecho político de la América meridional.

Convertidas las colonias en estados soberanos, proclamaron





uniformemente su respectiva independencia. Reconocieron la integridad del territorio que ocupaban, en la fecha histórica de la emancipación. Saludaron las nuevas nacionalidades, levantadas por la voluntad del pueblo Argentino, sobre ricos desprendimientos de su suelo. Y condenaron las anexiones y las conquistas, como transtornadoras del equilibrio y de la paz continental.

Esas declaraciones fueron el vínculo indisoluble de la solidaridad americana; derivaron de intereses idénticos, fortificáronse al calor de sacrificios comunes, y quedaron incorporadas á las relaciones diplomáticas de las repúblicas independientes.

El olvido de esas reglas de justicia ha producido en Europa transformaciones continuas y guerras desastrosas. Estados populosos se encontraron divididos, ó anexados á otros, bajo la influencia de lo que allí se llama el interés, el sentimiento europeo. Y sin embargo, después del congreso de Viena, de aquel acto internacional que pareció refrendado con el sello de la sociedad universal, las demarcaciones se corrigieron y alteraron, legando incertidumbres á la actualidad, rivalidades y enigmas al porvenir.

Más felices á ese respecto los americanos, hemos consolidado la fórmula: cada nación en los límites de la tradición y del derecho; y ella ha resistido á las veleidades internas, á las cautelosas sugerencias de la diplomacia extranjera, y á influencias levantadas en alas de una popularidad gloriosa.

El libertador de Colombia concibe el soberbio proyecto de una gran confederación que seguramente anhela presidir. Consigna en su circular á los gobiernos el fantástico vuelo de sus planes, asegurando que « si el mundo hubiese de elegir su capital: el istmo de Panamá sería señalado para ese augusto destino ». Pero la opinión pública se levanta en el Plata, Chile y Perú, para contrarrestar aquel pensamiento absorbente; y Bolívar contristado por acontecimientos que su imaginación ardiente no al-



canzó á vislumbrar, presencia el fracaso de sus ilusiones audaces y la infausta dislocación de su patria.

La república es también el principio que aceptamos, anhelando desde aquel tiempo el gobierno del pensamiento nacional, representado por las discusiones públicas y por la libertad electoral. Fue en los días más difíciles de la emancipación y bajo el fuego de los cañones enemigos, que el Congreso de Tucumán declaró la independencia de estas provincias; y esa resolución valerosa, propia de hombres fieles á la conciencia de su época, y de pueblos que tenían la visión de sus destinos, quedó sellada por aquella serie de victorias que constituyen la página más brillante de la historia.

El sentimiento republicano levántase desde los primeros días, fuerte y poderoso, sin que influencia alguna se decidiera á resistirlo; y si entre las nieblas que precedieron al sol de la Independencia, algunos espíritus rectos se ofuscaron, creyendo en la posibilidad de ensayos monárquicos, abandonaron pronto ese pensamiento y acataron la voluntad inquebrantable de los pueblos.

San Martín sin desconocer los azares y peligros de las transformaciones iniciadas, destempla con palabras juiciosas y severas, á los que en la capital del Perú y en las horas más propicias para el héroe de los Andes, hablan de la fantástica corona de los Incas.

Bolívar, fascinado por la gloria que le circunda, intenta desvirtuar con presidencias vitalicias y proyectos ingeniosos, el espíritu republicano que todo lo abarca y domina. Pero aquel pensamiento debilita el prestigio que lo acompaña: reduce su figura política, en el principal escenario de su grandeza, y, silencioso más tarde en las áridas playas de Santa Marta, condena seguramente las prolongaciones del mando, que ofuscaron las luces de su genio.

Y la Europa que, convocada en el congreso de Verona incidentalmente discute el proyecto de monarquías constitucionales



en este continente, se reconoce impotente para dirigirlo, y cuando tiene la infausta idea de renovarlo, Méjico devuelve trágicamente á la Francia, los restos mortales del personaje que ella pretendiera imponer en las alturas artificiales del trono.

La emancipación es ya irrevocable y las potencias extranjeras lo comprenden. La Gran Bretaña y los Estados Unidos manifiestan la necesidad y justicia de reconocer aquel hecho, afirma por la opinión y la victoria. Forbes y Parish, son los primeros representantes de gobiernos extranjeros que llegan á nuestras playas; y la república queda incorporada al movimiento internacional.

La imprenta libre y el individuo garantido, la conciencia inviolable, la esclavitud, los fueros y las vinculaciones suprimidas: la religión de nuestros antepasados venerada, el extranjero favorecido por leyes liberales, la tierra distribuída con sujeción á los principios de la ciencia económica, son, entre otros, los actos administrativos con que los jurisconsultos y pensadores argentinos, solemnizan los triunfos de Salta y de Montevideo, de Maipú y de Ayacucho. Son los actos políticos con que enseñan á las potencias Europeas, que las felices jornadas de nuestras armas, son también adhesiones calorosas, al progreso de la humanidad.

Los nuevos Estados han jurado ya su independencia de toda dominación extranjera, proclamando su derecho público sobre la base del equilibrio continental, que significa la seguridad de los Estados débiles, la condenación de la fuerza, la preponderancia del derecho. Han sancionado la república, como principio fundamental de su política. Y aplazando la reforma de sus códigos civiles para días claros y serenos, que faciliten el estudio de las legislaciones modernas y las reflexiones filosóficas, entran en los trabajos que deben cimentar las ventajas adquiridas y ennoblecer los triunfos conquistados.

Laboriosa fué la solución de los problemas que sobrevinieron; y difícil aplicar la ciencia abstracta á sociedades substraídas por

el estrépito de una guerra á un antiguo tutelaje é imbuidas en las teorías de la Francia revolucionaria.

Imitaciones sumisas; utopías caprichosas y ensayos audaces, disputáronse la fórmula definitiva; mezcláronse á esas controversias, las instabilidades de la anarquía y las violencias de las dictaduras; y Chile, Bolivia, Perú y Ecuador, adoptan el gobierno central. Colombia, Méjico y Venezuela se deciden por el sistema federal, desechando todos, la fusión de instituciones monárquicas y democráticas que *inventara la persistencia del libertador*.

Arduas se presentan también entre nosotros las contiendas precursoras de la organización; los grandes debates se inauguran en medio de solemnes expectativas, y Rivadavia, deslumbrado por el centralismo de la Francia, se pone al frente de los sostenedores de la unidad de régimen, llevando los respetos que conquistara, en las peripecias de la emancipación, en las reformas administrativas y ensayos constitucionales que dieron celebridad á su nombre. Moreno y Dorrego, altas figuras de la independencia, sostienen el sistema federativo, acreditando, el primero, la vasta erudición que la distingue y su conocimiento de las libertades inglesas: el segundo su vigorosa inteligencia y el entusiasmo que despierta en su alma el sistema norteamericano, que ha contemplado de cerca en los días de su ostracismo. Escúchase también, la voz autorizada de Agüero y de Gorriti: de Gómez y de Funes. García no reserva sus ilustrados consejos, ni López sus inspiraciones elevadas. Pero, á pesar de tantas luces, la constitución unitaria es el resultado de aquellas discusiones memorables, y ella no alcanza el *voto de la nación*.

La chispa de la federación, salida de las excentricidades del Paraguay, encendió el sentimiento de las autonomías, y, fortalecido éste por la geografía y el desconcierto general, llegó á convertirse en preocupación acentuada de los pueblos.

La voluntad nacional pone término, en 1853, á los prolongados debates de la opinión; y la forma representativa republicana





federal queda sancionada y es el vínculo permanente de reconciliación y de fraternidad. La constitución es el desenlace del movimiento de Mayo: la ejecución de su grandioso programa; y en esta obra de inteligencias y prestigios poco comunes, estuvieron representadas, la generación presente, por los esfuerzos que terminaron en la altura de Caseros, y la generación pasada por las reminiscencias gloriosas de sus estadistas y de sus héroes.

Préstase á observaciones, gratas en este acto, la parte activa y dirigente que tuvieron en los acontecimientos recordados, los hombres dedicados á la ciencia del derecho, y es digna de estudio la benéfica influencia que ejercieron, en el desenvolvimiento de nuestra sociabilidad. Educados, muchos de ellos, en las Universidades de la Colonia, rodeados de una atmósfera estrecha, sin aire sin ejemplos ni estímulos, leían sin embargo, en el reconocimiento de los claustros, los libros y las teorías que la Europa del siglo 18 legaba á la posteridad. Interrumpen sus meditaciones para observar la trasformación de las colonias inglesas en los Estados Unidos del norte, y contemplando aquel acontecimiento, divisan en el horizonte la soberanía sudamericana. Anhelan el momento de dar expansión á las ideas que brotan en su mente, y cuando se aproxima el llamamiento de los libres, jurisconsultos, escritores y canonistas, unidos á guerreros y á caudillos populares, suben con paso firme el escenario que les descubre el destino. No aspiran únicamente á romper las antiguas vinculaciones del trono: no quieren dejar sociedades conmovidas: anhelan dignificar el movimiento á que se incorporan, legando naciones organizadas y aceptan el rol que los acontecimientos les deparan.

Belgrano recibe el diploma de abogado en España y torna á la tierra natal para generalizar las ideas que disipan las preocupaciones reinantes. Vocal de la Junta de Mayo, lleva al gobierno los proyectos económicos que, á principios del siglo, sostuvo en notabilísimas memorias. La libertad del comercio y de



la industria, las escuelas gratuitas y la agricultura; el estímulo á las ciencias y á las artes, todas estas ideas que se reputan signos del progreso contemporáneo, se sustentan con solidez y brillo en aquellos escritos. Y cuando los peligros se dibujan en diversas direcciones, Belgrano retempla la educación y el arrojo militar y se desprende de las insignias del jurista, para empuñar la espada con que contribuye á cortar las cadenas de los pueblos.

Paso y Castelli, jurisconsultos notables, encargados de rebatir en la agitada junta del 22 de mayo las exposiciones monárquicas del obispo Lue y de Villota, resuelven las vacilaciones de aquellos momentos tumultuosos, dictando la fórmula de la revolución. El uno brilla en las asambleas y redacta el solemne manifiesto que acompaña la declaración de la Independencia. El otro ejecuta las severas sentencias de la revolución, y marcha al interior como representante del gobierno, investido con todas las atribuciones de aquella junta, en aquellos momentos omnipotentes.

Castro y Monteagudo suben en años distintos á la prensa periódica y á las asambleas: el uno, precedido de su reputación forense, vigoriza el sentimiento de la organización; el otro, recoge la pluma ardiente de Moreno, esparce desde el Plata hasta el Ecuador el fuego en que se templan las resoluciones populares, y cede el puesto que le asigna el patriotismo, al caer exánime en las calles de Lima.

Y Moreno, educado en las academias de Charcas, combate en medio de las iras de los monopolistas, las restricciones del comercio; y con el presentimiento de su alta personalidad, se vincula al movimiento de la democracia. Vocal de la junta gubernativa, impulsa las expediciones militares, sugiere en las horas críticas resoluciones decisivas; escribe en un arranque injusto pero sublime, aquella sentencia en que declara, « que un ciudadano ni dormido debe tener impresiones contra la libertad de su



patria. » Y pasa y brilla como relámpago, legándonos las líneas de su genio.

Y al favor de ese conjunto de prestigios militares, de inteligencias, de virtudes y caracteres, se dibuja con tintes que llamaré indígenas, aquel cuadro en que se destacan las escuelas y las bibliotecas, los puertos y las academias, los progresos científicos y las amplitudes sociales, prósperos y florecientes entre los fuegos de una revolución triunfante.

No necesito recordar en este acto las verdades que la experiencia y el patriotismo consignaron en la ley fundamental. Habéis hecho ese estudio bajo la dirección de profesores ilustrados y sabéis que aquellas páginas contienen esa preciosa compilación de principios, de formas y de reglas que labra la felicidad de las naciones modernas.

Pero nada habríamos adelantado si los hechos esterilizaran las instituciones y las libertades conquistadas. Mantenerlas íntegras y preponderantes, contra todo propósito irreflexivo de suprimirlas, contra toda tendencia á desvirtuarlas, es la misión que nos incumbe, y especialmente á los que, en el ejercicio de nuestra profesión, estamos llamados á proteger los intereses sociales, á defender las garantías individuales, á resguardar en el templo de la magistratura, las influencias legítimas, el derecho de la nación, y las atribuciones, el derecho de las provincias, esa sabia combinación de poderes y facultades que constituye la base, el sistema de nuestra organización.

MANUEL OBARRIO



I

Señoras,
Señores :

Una circunstancia imprevista me coloca en el deber de dirigiros la palabra en momentos en que la Facultad de derecho y ciencias sociales confiere el grado de doctor á los alumnos que han terminado sus estudios, conquistando justamente el honroso título que ha sido el objeto de sus aspiraciones y de sus desvelos.

Mi discurso será breve, ya porque no he podido disponer del tiempo necesario para preparar algo digno de la solemnidad del acto y de la ilustrada y distinguida concurrencia que me escucha, ya porque creo que en los momentos de expansión en que los corazones hablan, la palabra debe ser siempre sobria.

II

Jóvenes doctores :

Habéis llegado á la cumbre. La jornada ha sido larga y penosa; pero está alcanzado el premio de la fatigante tarea. Luchas, vacilaciones, esperanzas y dudas, representa el título con



que acabáis de ser investidos, pudiendo ellas ser sólo apreciadas en toda su magnitud por el que ha pasado el período de la vida que dejáis cerrado en este instante.

La época de la tarea universitaria concluye, para dar principio á la época de la lucha en teatro y en esferas distintas. Al libro como elemento teórico de acción, va á suceder el hombre como elemento práctico; á la vigilia para conocer el derecho, el combate para defenderlo; á la perseverancia para la adquisición de la ciencia, la firmeza para hacerla triunfar; en una palabra, al estudiante de ayer va á reemplazar el abogado de hoy, el magistrado de mañana.

Es noble y hermosa la profesión que habéis elegido, pero no es menos delicada y difícil. Los deberes que impone son arduos y sagrados. El abogado no se pertenece á sí mismo. En medio de su independencia y de su libertad, tiene que consagrar á sus semejantes sus talentos y sus luces, cualquiera que sea el momento en que se soliciten sus servicios, sin que deba tener en cuenta la posición social de las personas, sus condiciones de fortuna ó su importancia política, porque el abogado se debe á todas las clases y á todos los hombres, al rico como al pobre, al encumbrado en los altos puestos públicos como al que vaga oculto y perdido entre las grandes masas populares.

Nada debe detener al que se dedica á tan noble carrera, sino lo indigno y lo injusto. Ni lo improbo de la labor, ni las dificultades de la lucha, ni los sinsabores que la amargan, ni las heridas que produce, ni las decepciones que origina, pueden hacer desviar del recto sendero al abogado que comprende que en el templo de la justicia es el sacerdote encargado de velar por el triunfo glorioso de la verdad y el derecho.

Estos son, á grandes rasgos, los lineamientos del programa que tenéis que seguir en el ejercicio de la profesión.

Pero muchos de vosotros, por inclinación ó por causas diversas, llegaréis á ocupar la silla de los magistrados. Allí vuestra



misión será más tranquila, pero también más difícil y escabrosa. El abogado, en la defensa del interés extraño, puede llegar tal vez á sentir en su espíritu la influencia de la pasión calorosa que agita el ánimo del cliente. El hombre es débil, y la compasión á que da lugar la desgracia, no es difícil que nuble en ciertos casos la claridad de su inteligencia, aun cuando se encuentre robustecida por la meditación y el estudio. Mas lo que en el abogado puede llegar á disculparse, en el juez sería siempre una gravísima falta. Encargado de administrar justicia, debe darla completa á quien la tenga, sin esperanzas ni temores, sin afectos ni odios. Ni los halagos del poderoso ni las lágrimas del infortunio pueden alcanzar hasta el que ejerce el ministerio sagrado de atribuir á cada uno lo que es suyo, haciendo respetar el derecho y cumplir el deber. El juez debe tener constantemente sobre sus ojos la venda de la efigie antigua que simboliza su misión, porque en sus deliberaciones sólo debe atender á los dictados de la conciencia y al mandato imperioso de las leyes.

El diploma que acabáis de recibir os habilita asimismo para entrar con ventaja en las luchas políticas, más ó menos ardientes, más ó menos fecundas, pero que tanto seducen á los espíritus jóvenes. Estáis preparados para esas luchas. Conocéis en su conjunto y en sus detalles, en su letra y en sus propósitos, ese libro pequeño en cuanto á su forma, grande, muy grande por su significado y por su importancia : el libro que contiene la ley fundamental de la república. Allí, señores, está trazada de una manera precisa la línea de conducta de los gobernantes y de los gobernados; allí están consignados prolijamente los derechos y las garantías de todos los hombres que habitan el territorio nacional; allí se establece el límite de las atribuciones del poder y el límite de las prerrogativas del ciudadano; allí se encuentran todas las soluciones que los miembros de la colectividad social reclaman para el desenvolvimiento de su actividad y para la realización de sus legítimas aspiraciones. Le-



vantad en alto ese libro en todos los momentos de vuestra vida pública. Recordad que, desde los albores de la revolución de Mayo, él fué el ensueño constante de los hombres ilustres que sacrificaron su bienestar y su reposo en aras de los destinos futuros de la patria; recordad todas las tentativas infructuosas realizadas en diversas épocas de nuestra historia para alcanzar la organización política del país; recordad todos los desastres de nuestras guerras civiles, todos los dolores y todas las lágrimas que han brotado á raudales como corolario fatal de esas mismas discordias; recordad todo esto, porque lo que tanto ha costado, debe amarse mucho y respetarse más.

Ha sido, pues, grande vuestra conquista. Los horizontes que se abren delante de vuestros ojos son ciertamente vastos: el foro, con sus sinsabores, pero con sus glorias; la magistratura, con sus espinas, pero con su misión augusta y respetada; la política, con sus decepciones, pero con sus grandes propósitos, porque ellos deben encaminarse siempre al bien y á la felicidad de la nación.

Es necesario, sin embargo, tener siempre en cuenta que para ser buen abogado, buen juez y buen ciudadano, debe conservarse la conciencia sin sombras, la dignidad sin mengua, la independencia sin flaquezas.

Cuando os veo en la elevada posición á que habéis llegado, vuelve á mi memoria la idea de la labor y de la constancia de que habéis dado pruebas durante un largo período de vuestra vida. Pero pienso también que no habéis estado solos en esa labor y que esa constancia no ha sido exclusivamente vuestra. En los triunfos de los hijos hay que ver siempre el esfuerzo y la cooperación fecunda de los padres. Cuando el espíritu del hijo vacila en la ruda tarea, el espíritu de los padres lo alienta: cuando el libro pesa demasiado en sus manos, los padres le ayudan para sostenerlo.

No creo aminorar el mérito que os pertenece cuando reclamo



también para los vuestros la parte que les corresponde en el éxito que habéis alcanzado.

Ciertamente la acción de la familia en la suerte de sus miembros más queridos, es una verdad que se impone con la elocuencia imperiosa de los hechos indiscutibles.

Permitidme, señores, que consagre á este tópico algunas breves consideraciones. Juzgo que ellas no estarán fuera de lugar en el acto solemne á que asistimos.

III

Es consolador, señores, el estado de la familia en los tiempos modernos. Las leyes de la naturaleza han sido incorporadas á las leyes civiles. El padre, la madre, pueden llenar ampliamente la misión que han recibido de Dios sobre el destino de sus hijos. Desde los primeros pasos que éstos dan en el camino de la vida, la acción conjunta de aquéllos se ejerce combinada para alcanzar los grandes propósitos á que responde la primera de las instituciones, porque es la base sobre la que descansan todas las instituciones sociales.

La madre ha sido colocada en la civilización de nuestros días en el lugar que le corresponde en la organización de la familia, y el padre, jefe natural y necesario de esta asociación íntima, comparte con aquélla los deberes que le impone la educación moral é intelectual de los hijos.

«El hombre es la cabeza, ha dicho un eminente escritor contemporáneo: pero la mujer es el corazón de la humanidad: él es el criterio, ella el sentimiento; él es la fuerza, ella la gracia, el adorno y el consuelo. Hasta la mejor inteligencia de la mujer parece no obrar sino por medio de sus afectos: y así, pues, si bien el hombre dirige la inteligencia, es la mujer la que cultiva



los sentimientos, y son los sentimientos los que principalmente determinan el carácter. Mientras que él llena la memoria, ella ocupa el corazón. Ella nos hace amar aquello en que él sólo puede hacernos creer, y es ella sobre todo la que nos hace capaces de llegar hasta la virtud. »

Y otro escritor igualmente distinguido, ha dicho á su vez :

« Es muy cierto que las mujeres no han producido obras maestras. Ellas no han escrito ni la *Iliada*, ni la *Jerusalén libertada*, ni *Hamlet*, ni *Phedra*, ni el *Paraíso perdido*, ni el *Tartufo*. Ellas no han construido la Basilica de San Pedro; ellas no han compuesto la *Mesíada*, ni esculpido al Apolo de Belvedere, ni pintado el Juicio Final; ellas no han inventado el álgebra, ni los telescopios, ni las máquinas á vapor; pero ellas han hecho cosas más grandes y más bellas que todo eso, porque sobre sus rodillas han criado á seres rectos y virtuosos, hombres y mujeres, y esas son las más bellas producciones en el mundo. »

Pienso, señores, que no hay una exactitud perfecta en el juicio del autor cuyas palabras primeramente he recordado. No es posible hacer en absoluto la separación de la misión de los padres. El corazón y la inteligencia de los hijos, en cuanto á su educación, corresponde á uno y á otro. El padre no se limita á cultivar la inteligencia y la memoria, y la madre á despertar sentimientos honrados y nobles en el corazón de los hijos. No; su acción se combina, como lo he dicho poco antes, y del concierto de esa acción resulta el hijo digno, el hijo ilustrado como el hijo virtuoso.

En presencia del rol actual de la madre en las delicadas funciones del hogar, no es posible poner en duda la marcha progresiva de la humanidad y el carácter distintivo de la civilización moderna.

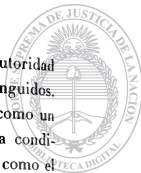
En los orígenes, en la época primitiva del mundo, ó sea en los tiempos heroicos, como se ha convenido llamar á esa época, impera el caos en las relaciones de familia. La familia no está



organizada. El estado no está constituido. La vida nómada hace del hombre el viajero de todos los días sin vinculación al suelo sobre el cual pone su pie para abandonarlo al día siguiente. No hay estabilidad, porque no hay propiedad; no hay hogar, porque las relaciones sociales no tienen otra regla que el acaso y el capricho.

La familia empieza con la vida sedentaria. El hombre hace intervenir la divinidad en todos los actos de la vida. Cada casa tiene un dios simbolizado en los manes de sus antepasados que velan desde la tumba por el hogar en que habitaran. El matrimonio aparece entonces como una inspiración religiosa y obedeciendo á los propósitos del culto privado. La condición de la mujer se modifica. Desaparece en mucho el envilecimiento en que había vivido hasta entonces, conquista cierto rango social y doméstico, pero se halla, sin embargo, sometida á la sujeción absoluta del jefe de la familia. Es considerada como una cosa, porque el marido la adquiere por medio de la compra, recibiendo su precio el padre de la desposada. La mujer era, pues, una propiedad del marido que podía transmitirla á un extraño por el mismo título con la que había adquirido, esto es, por medio de la venta. Figuraba entre sus bienes como una parte del patrimonio y quedaba después de su muerte sometida al poder de sus herederos. Imperaba entonces el principio de que la mujer debe estar siempre sometida al poder de otro : primero al de sus padres, luego al del marido, y más tarde al de sus hijos.

Tal era el régimen de la familia en la infancia de las sociedades. Pero un vuelco completo sufre este régimen cuando los estados empiezan á formarse, especialmente en el Oriente. Allí la familia pierde su autonomía. El estado reemplaza al padre en sus facultades omnímodas. Las leyes procuran suavizar la condición de la mujer protegiéndola en su persona y acordándole ciertos derechos con relación á los bienes. Pero, á pesar de ésto,



no adquiere capacidad legal, ni influencia moral, ni autoridad alguna. Por el contrario, en la opinión de autores distinguidos, se ve sufrir una decadencia profunda. Es considerada como un sér de naturaleza inferior, que participa á la vez de la condición del niño y del esclavo, débil como el primero, vil como el segundo, objeto á la vez de piedad y de desprecio.

En la Grecia antigua, cuya civilización admiramos todavía, contando para su eterna gloria con filósofos como Sócrates y Platón, con historiadores como Heródoto y Tucídides, con poetas como Homero y Píndaro, con oradores como Isócrates y Demóstenes: en la Grecia antigua, decía, el estado sigue absorbiendo la familia, y la condición de la mujer no sufre alteración sensible en su personalidad jurídica.

La legislación de las dos grandes ciudades de su historia : Esparta y Atenas, comprueban la exactitud de este aserto.

« En cuanto á Esparta ¿qué podríamos decir? se pregunta uno de los más eminentes jurisconsultos de nuestros días. Esparta es el tipo de esas experiencias hechas sobre el hombre por el genio audaz de ciertos legisladores; de esas invenciones extraordinarias y tiránicas cuya aceptación por naciones ilustradas causa el asombro de todos. Esparta es la práctica de la tiranía bajo una forma republicana. » « Pero, pasaré sobre Esparta, agrega, con sus ideas subversivas del pudor en la educación de las mujeres, con sus jóvenes que luchan en la arena y se entregan á ejercicios casi desnudas en presencia de los hombres, con sus leyes infames ó absurdas que abandonan el matrimonio al azar, encerrando en un lugar obscuro á las jóvenes aptas para celebrarlo, y ordenan á cada hombre ir allí y tomar á la ventura aquella que debe ser su esposa. » En Esparta no hay familia, porque Licurgo no quería hogares sino campamentos. El hombre y la mujer se educan para las batallas. Á la madre se le arranca el hijo desde el momento de nacer, porque su amor puede enervar en él el sentimiento de la patria. Los espartanos.



según la expresión de Platón, menos que ciudadanos, parecían soldados acampados bajo una tienda.

En Atenas domina un orden de cosas diverso, en cuanto al régimen de la familia; pero la mujer se encuentra desde la cuna hasta el sepulcro sometida á una perpetua tutela; tutela que es ejercida por los padres, por los abuelos, por los hermanos, y que no termina aún por el hecho de su matrimonio.

La autoridad del marido sobre su persona puede decirse que comienza recién en toda su amplitud, cuando la muerte ha hecho desaparecer á sus tutores legales. Una excepción tenía esta regla: la hija única que recibía en herencia todos los bienes de sus padres, debía casarse con el pariente más próximo, quedando entonces sometida á la tutela del marido, no por el carácter de éste en sus relaciones de familia, sino por su parentesco con la desposada.

Llegamos, señores, á Roma, la señora del mundo; á Roma, que conquista á Grecia y recoge como uno de los frutos más preciosos de esa conquista, su ciencia, sus leyes, su literatura, su teatro; á Roma, que no conoce los medios sino los extremos, grande en su civilización y grande en su barbarie; que legisla para su tiempo y para los tiempos que debían sucederle hasta la consumación de los siglos, y que á la vez arroja á los hombres al circo, alegre y bulliciosa, para ser devorados por las fieras; llegamos á Roma; pero aquí tenemos también que distinguir á la Roma pagana y á la Roma del cristianismo.

En los primeros tiempos la familia romana se hallaba bajo el poder omnímodo del padre, que era su jefe absoluto, sin que su autoridad sobre la mujer y los hijos reconociera limitación alguna. La sociedad doméstica estaba absorbida en su persona. Tenía sobre la mujer el poder marital que no se detenía ni aun en los límites de la crueldad; sobre los hijos, la *patria potestas*, que alcanzaba hasta el derecho de disponer de su vida, de venderlos, donarlos y darlos en prenda, y que no se extinguía ni



por la edad ni por el matrimonio, alcanzando en su exagerada extensión hasta los hijos y demás descendientes de los hijos; sobre los esclavos, el poder dominical, idéntico en un todo al dominio que ejercían sobre las cosas.

El derecho pretoriano va restringiendo lentamente este poder. La legislación adelanta y se espiritualiza poco á poco; pero la corrupción de las costumbres avanza hasta revestir proporciones monstruosas. La mujer se independiza y se envilece á la vez, llegando á ser vulgar la frase de que las matronas romanas, olvidadas de su dignidad, contaban el número de sus maridos por el de los cónsules. En esta situación de depravación inconcebible, aparecen las famosas leyes de Augusto, conocidas bajo el nombre de leyes sobre el pudor, y que, como se ha observado justamente, no hicieron otra cosa que alentar y legalizar el lujo, el adulterio, el deshonor.

La familia se encontraba, si puedo emplear esta frase, en los bordes del abismo. Pero una luz esplendente había partido desde un rincón de Galilea, para iluminar las tinieblas, que parecían iban á envolver á la humanidad en sombras de ruína y de muerte.

El cristianismo, que empieza dominando los espíritus, continúa impregnando sus grandes y fecundas doctrinas en las instituciones sociales; y en un período más ó menos largo, levanta á la mujer de su degradación, llamándola á desempeñar el rol á que está destinada en el orden doméstico y civil. La mujer no es la sierva sino la compañera del hombre. La autoridad paternal se reduce á los límites que la naturaleza le traza. El hijo tiene derechos y el padre tiene deberes sagrados que cumplir. El matrimonio no es ya la unión pasajera que termina con la fogosidad de las pasiones. La personalidad de la madre se levanta con la dignidad de la esposa, y la esclava de otros tiempos se convierte en el ángel tutelar del hogar. La poligamia simultánea y aun la poligamia sucesiva á que daba causa el di-



vorcio, se condena como una lepra social, y los lazos de la familia se dulcifican en todas las relaciones, que esa sociedad íntima crea entre sus diversos miembros.

Grandes fueron las conquistas del cristianismo en el derecho civil de los romanos. Pero el paganismo había echado hondas raíces, para que su alta misión en la organización de la familia, pudiera alcanzar un triunfo definitivo y completo en las leyes, en las costumbres y en el sentimiento público y privado.

El imperio cae bajo el poder germánico. Otros hábitos y otras ideas suceden á los hábitos y á las ideas de la sociedad romana. Jamás dos sociedades contemporáneas y vecinas han presentado contraste tan hiriente, dice un escritor de nuestros días. Hay entre ellas la distancia que separa la primera infancia de los pueblos, del último término de su decrepitud. Parece que ocuparan los dos puntos extremos en la larga sucesión de las edades, y sin embargo, ellas se tocan y confunden bien pronto en una sola.

Las costumbres de los invasores, por una rara coincidencia, se aproximaban á los principios del cristianismo en cuanto á la estimación de las mujeres y de las madres, en cuanto á la monogamia como base fundamental del matrimonio, en cuanto al respeto por la fidelidad conyugal.

En medio de aquel gran acontecimiento que sepulta una edad de la historia para dar nacimiento á otra; en que la nación dominadora y soberbia, que había hecho de la conquista la fuente inagotable de su esplendor y de su riqueza, cae en el abatimiento y en la humillación que antes impusiera á las demás; en medio de un acontecimiento que todavía al través de los siglos impone y asombra, se ve brillar en los horizontes del porvenir el triunfo definitivo de los grandes principios que debían servir de pedestal y de objetivo á la organización de la familia.

La obra, como fácilmente se alcanza, no podía realizarse en un día. La unidad de la legislación se rompe con la caída del

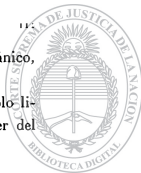


imperio de occidente. Diversos pueblos se presentan en el escenario del mundo, con antecedentes, caracteres y costumbres distintos. Desaparece la cohesión y la armonía del derecho para dejar su puesto á la confusión y la incoherencia. Dos elementos vendrán á la lucha, que no será la lucha de las batallas ni de la conquista, sino la lucha pacífica de la organización social bajo el imperio de las leyes.

El derecho romano con su sabiduría y su prestigio, se pondrá frente á frente de las costumbres germanas y escandinavas que son completamente antagónicas y de índole y de tendencias propias; y aparecerá luego el derecho canónico como un término de conciliación y de paz para buscar el concierto y la armonía entre las dos tendencias opuestas. Estos elementos, si no se confunden, se combinan al fin en proporciones diversas, según las tradiciones de los pueblos, el suelo en que habitan y las aspiraciones que los animan.

En la legislación visigoda de España, por ejemplo, predomina el elemento canónico, sin dejar de reflejar en sus preceptos las leyes y costumbres romanas y los usos y costumbres de los pueblos germanos. En Italia el derecho romano prevalece sobre el derecho lombardo, porque es posible conquistar á los pueblos pero no avasallar sus tradiciones, y el derecho canónico favorece eficazmente la consumación de la obra. En Inglaterra el derecho romano será abandonado y proscripto para dar la preeminencia absoluta al derecho feudal.

La Inglaterra, como la Roma antigua, tendrá su derecho exclusivo y estricto y como ella también, fundará lentamente ese derecho de equidad que mitiga el rigorismo de la legislación positiva. La Alemania será asimismo incoherente en su legislación, pero después de encontrados esfuerzos dominarán principalmente en ella el elemento romano y el elemento germánico. La Francia presentará en sus costumbres el espectáculo de las mismas luchas, pero triunfará al cabo su admirable eclecticismo y concu-



rrirán á su legislación el derecho romano, el derecho germánico, el derecho feudal y el derecho canónico.

No hago, señores, historia, sino lineamientos, porque sólo lineamientos permite la índole de este discurso y el carácter del acto á que asistimos.

IV

Los tiempos se han sucedido. La familia se ha ido asentando sobre sus bases naturales, aunque los adelantos de la legislación no hayan marchado de una manera paralela y armónica. La índole, la raza, las creencias, los hábitos, las aspiraciones, hasta la situación geográfica, han hecho que el sentimiento moral y la ley del progreso no hayan ejercido idéntica influencia sobre las diversas agrupaciones humanas.

Pero el día de la ambicionada conquista ha llegado felizmente para la mayor parte de los pueblos, cuyo derrotero ilumina la luz fecunda de la civilización moderna. La familia en su constitución jurídica ha venido á realizar la aspiración soñadora de los poetas antiguos, á encarnar en las leyes los grandes ideales que conmovieron las instituciones romanas y que impulsan y alientan el desenvolvimiento de la humanidad en el sentido de sus altos destinos.

La familia, considerada en su tipo general, responde actualmente á su verdadera misión. El afecto es su base; el bienestar de los esposos y de los hijos, su propósito; la tolerancia mutua, el auxilio recíproco, el esfuerzo concurrente, los medios de alcanzarlo. La mujer no es la esclava sino la señora del hogar. La autoridad del marido es sólo autoridad de protección y de amparo. Más allá de lo que reclaman el orden, la paz y la armonía



que debe existir en la más íntima de las asociaciones humanas, esa autoridad no existe.

Las leyes han dulcificado y honrado la condición de la mujer. Han determinado sus deberes, pero han señalado al mismo tiempo sus prerrogativas y sus derechos. La superioridad física del marido ha sido nivelada, auxiliando eficazmente la debilidad de la mujer. La autoridad paternal se ejerce dentro de la órbita de acción necesaria para la recta dirección de los hijos en su educación física, intelectual y moral.

Las legislaciones modernas han consultado con sabiduría y prudencia, todos los derechos y todos los deberes que crea ó afecta la unión conyugal; los del marido, los de la mujer, los de los hijos; porque del equilibrio de todos esos derechos y de todos esos deberes, nace la felicidad doméstica, que es la base del orden y de la prosperidad social.

Y ya, señores, que os he hablado de la familia; que he puesto someramente delante de vuestros ojos á la familia antigua y á la familia de nuestros tiempos; á la familia absorbida por el jefe y á la familia que hace de ese jefe sólo el esposo y el padre; á la que tiene por base el poder tiránico y absoluto, y á la que descansa en el cariño y se mantiene y alienta al favor de sentimientos expansivos y dulces; ya que os he hablado de todo ésto, permitidme, jóvenes doctores, avivar vuestros recuerdos por los seres queridos.

Id, pues, á estrechar sobre vuestros corazones á los autores de vuestros días, que grande es vuestra deuda y grande debe ser vuestro cariño y vuestro agradecimiento.

Y vosotros los que habéis pasado por la honda tristeza de haber visto desaparecer al padre cariñoso ó á la madre idolatrada que velaron vuestro sueño en la infancia, que separaron de vuestro camino los escollos que podían hacerle difícil y las espinas que podían dañaros, que os fortificaron con sus consejos y os levantaron con su ejemplo, que vivieron en vosotros y para vos-

otros, experimentando vuestras alegrías y vuestros dolores — acordaos que ellos asisten también á vuestro triunfo desde la mansión tranquila y silenciosa en donde, como dijo el poeta, la lira de los Homeros no tiene ya cuerdas y el canto de los Ossianes ha perdido para siempre su eco.

Ahora, el adiós, afectuoso del maestro al discípulo y el saludo de bienvenida al abogado en el día de su recepción.

He dicho.

24 de mayo de 1887.







Señoras,

Señores:

Honrado por la Facultad de derecho con el encargo de decir algunas palabras en este acto solemne, debo confesar que es con verdadero placer que he aceptado tan grata misión.

Como muchos de los que se encuentran reunidos en esta sala, me hallo ligado por los vínculos más estrechos á los jóvenes que acaban de recibir el título de doctores en jurisprudencia, mis discípulos de ayer, mis compañeros del presente; y justo es que participe también de la inmensa satisfacción que éstos experimentan al concluir su carrera universitaria.

Asistimos á una fiesta simpática, que ha de quedar grabada para siempre en nuestra memoria, porque representa el coronamiento de una obra á que todos hemos concurrido: los unos, con el estudio perseverante, la contracción inteligente y el entusiasmo de los años juveniles; y los otros, con sus lecciones, el consejo y la palabra tierna, cariñosa.

Nuestra tarea no ha concluído, sin embargo. Procuremos todos, señoras y señores, que no se pierda el fruto de tantos afanes, y roguemos á la divina providencia que derrame sus dones sobre



los que hoy se inician en la carrera del foro, y que son carne de nuestra carne, para que cumplan dignamente su destino en la tierra.

Jóvenes doctores:

Cinco años han pasado ya, y paréceme no obstante que fué ayer, que os veía sentados por primera vez en las aulas de esta casa, casi niños entonces, que abandonabais las clases de los colegios nacionales para dedicaros al estudio de la jurisprudencia.

La tarea era ardua. Entrabais á un mundo que os era totalmente desconocido, y era yo quien estaba llamado á guiar vuestros primeros pasos, á enseñaros los rudimentos de la ciencia, á hacérosla conocer en sus generalidades, para que de un golpe de vista pudieseis abrazar la inmensa extensión del territorio que debíais recorrer.

Por la naturaleza de la asignatura á mi cargo, fui yo el primero en explicaros esos grandes principios proclamados por Ulpiano, que han pasado de generación en generación, constituyen la base fundamental de todas las legislaciones, y están destinados á una vida imperecedera. Alzad los ojos y los veréis inscritos sobre vuestras cabezas, para recordaros siempre que á nadie puede ofenderse, que á cada uno ha de darse lo que es suyo y que es menester vivir honestamente.

Vuestros esfuerzos se han colmado con brillo. Año por año os he seguido con solicitud paternal, gozando con vuestros triunfos, que eran también los míos, porque siempre os he considerado como hijos predilectos de mi corazón; y aprovecho esta oportunidad para decir bien alto: que habéis sido modelos de estudiante: que habéis dejado en vuestro paso una huella luminosa, que merece servir de ejemplo á los que vienen; y que me honro en



pertenecer á una facultad que tan distinguidos discípulos cuenta.

No pretendáis, empero, dormir sobre vuestros laureles. Apenas os halláis en el principio del fin, y muy largo es el camino que aun os queda por delante. Si vuestra vida de estudiantes ha concluído, empezáis en este momento una vida más amplia, con otros horizontes, llena quizás de sinsabores y de grandes sacrificios. Habéis dejado de ser alumnos para pasar á ser maestros.

Hermosa es sin duda vuestra misión, pero también son muy serias las responsabilidades que os impone!

Os habéis consagrado *al estudio del derecho de todos y á la defensa del derecho de cada uno*; habéis ingresado á una orden que, según la expresión de D'Aguesseau, es tan antigua como la magistratura, tan noble como la virtud, tan necesaria como la justicia; y ésto os obliga á colocaros á la altura de los deberes que tal hecho engendra, y á no defraudar las esperanzas de los que han confiado en vuestra inteligencia y dedicación.

La historia nos enseña que si en la infancia de las sociedades fueron los parientes y los amigos los que se encargaron de defender en juicio los derechos lesionados, se hizo indispensable más tarde ocurrir al ministerio de hombres especiales que ofreciesen garantías de probidad y de ciencia; y que, desde las épocas memorables de la antigua Grecia y de la famosa Roma, reina otra del universo, la carrera del foro ha sido una de las más brillantes, más honradas y más buscadas. Por más que espíritus pequeños hayan pretendido alguna vez arrojar sombras sobre ella, no podrá negarse que, merced á su importancia y prestigio, ha sido siempre un escalón para los cargos más elevados; que del foro han salido muchos de los grandes hombres que han ilustrado el mundo con sus obras; y que es imposible concebir un orden social bien constituido, sin el concurso de esos sectarios de la justicia de que nos hablaban los romanos.

No podéis contentaros entonces con las pruebas que habéis dado.



La ciencia del derecho abraza á todas nuestras relaciones más importantes, más universales y más necesarias; es la primera de las ciencias, y por eso se ha dicho de ella que es el conocimiento de las cosas divinas y humanas. Para alcanzarla en toda su profundidad, se requiere por lo tanto un esfuerzo constante; una contracción de cada día, sin que jamás pueda decirse que se ha aprendido lo bastante.

Conocéis apenas los elementos que han de servir de guía para estudios más fundamentales, y si queréis ser verdaderos jurisconsultos, recurrid nuevamente á los libros, ensanchad el círculo de vuestros conocimientos é inspiraos en el ejemplo de los grandes maestros.

Los abogados están destinados á intervenir en multitud de cuestiones que exigen una preparación especial, y para resolverlas con acierto les son indispensables las luces que proporcionan las distintas ramas del saber humano, porque sólo así responderán á las necesidades de la época y al desarrollo creciente de la civilización.

Trabajad, pues, con abnegación, con perseverancia, con emulación, y encontraréis el faro que os guíe en medio de las tinieblas, como se encuentran los veneros de riqueza que encierran las entrañas de la tierra, cuando ésta ha sido empapada con el sudor de los rostros.

¿ Los Vélez Sarsfield y los Moreno han sido hechos, acaso, de una masa distinta que la vuestra ? ¿ Por qué no habréis de adquirir un nombre que sea vuestra gloria y la de vuestra patria ?

En el ejercicio de la profesión, tened presente el antiguo juramento de los romanos, según el cual no debéis prestar vuestro ministerio sino á las causas justas, desempeñándoos con entera fidelidad y diligencia y desechando todos aquellos medios ó subterfugios que sirvan para obscurecer la verdad de los hechos y alejar el momento de la sentencia.

Recordad que estáis obligados á tomar la defensa de todo de-



recho herido; á evitar con consejos, sanos y prudentes, esas contiendas judiciales que trastornan la paz y la armonía de las familias; á procurar, en fin, que se mantenga incólume el imperio de la ley, para que la justicia no sea una palabra vana y destituida de sentido.

El abogado es el *vir bonus dicendi peritus* de quien decían los emperadores León y Anthemius que, munido de la fuerza de la elocuencia, protege á los que sufren, alienta sus esperanzas y defiende su vida y la de sus hijos.

Si sois requeridos para la defensa de aquellos derechos, que son primordiales en el hombre, — la libertad, el honor ó la vida, — no os detengáis ante los peligros que vuestra conducta pueda ofrecer, ni os excuséis por aversión al delito. Faltaríais á los preceptos más claros de la caridad, si por un temor más ó menos fundado ó por odio á los hechos criminosos, negaseis vuestro concurso al que os solicita, como faltaría á ellos el médico que no quisiese prestar sus auxilios profesionales á uno de nuestros semejantes, y faltaría también el sacerdote que rehusase asistirlo y consolarlo, cualquiera que fuese el crimen que hubiese cometido. *Res est sacra miser*. La miseria es sagrada.

Para fortaleceros en estas ideas, pensad con el ilustre D'Aguesseau que si hay héroes de todos los tiempos y de todas las profesiones, si la paz tiene los suyos como los tiene la guerra, aquellos que consagra la justicia tienen al menos la gloria de ser más útiles al género humano.

No se obtienen estos fines, sin embargo, si sólo se busca con la profesión el medio de llegar rápidamente á la fortuna y los honores. Es menester que la elevación de espíritu, la rectitud de conducta, la independencia de carácter, el desinterés y la abnegación constituyan el patrimonio moral de los que ejercen el apostolado de la justicia, si no quieren que se les considere como verdaderos mercaderes, indignos de penetrar al templo augusto de la ley. Todos sabemos, jóvenes doctores, cuáles son los



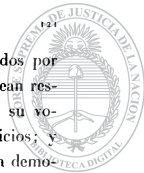
caminos que conducen á la riqueza y á posiciones encumbradas, pero también sabemos que no son siempre los que debemos seguir con arreglo á los dictados de una conciencia recta y á los sentimientos de la honradez.

Si llegáis á la magistratura judicial, no podéis olvidar que la justicia es una divinidad tutelar, y que vosotros seréis sus ministros; que ni el amor ni el odio han de intervenir en vuestras decisiones; que debéis á cada uno lo que es suyo; que no se puede juzgar sin oír, porque la defensa es de derecho natural; que en materia penal especialmente, *negar la defensa es un crimen y concederla sin libertad una tiranía*; y que es al juez á quien con más propiedad puede decirse: *hiere, pero escucha*. No podéis olvidar que el mismo Dios, que todo lo sabe, quiso oír á Cain cuando le preguntó por su hermano Abel, y que aun resuena en nuestros oídos el fundado reproche que se hizo á los jueces del mariscal Ney: «La condenación no ha sido justa, porque la defensa no ha sido libre.»

Procediendo con toda imparcialidad, con verdadera rectitud y al mismo tiempo con dulzura en el ejercicio de vuestra elevado ministerio, conseguiréis las alabanzas de todos y que sea aplaudida y benéfica la administración de la justicia.

Como ciudadanos y en el desempeño de los puestos políticos á que probablemente seréis llamados, no tengáis más norte que el fiel y estricto cumplimiento del deber. Despojándoos de ambiciones bastardas y de aspiraciones ilegítimas, haced esfuerzos porque sean una verdad los nobles fines que se ha propuesto nuestra ley fundamental, y procurad en consecuencia que se afiance la justicia, que se promueva el bienestar general y que se aseguren los beneficios de la libertad para todos los que quieran habitar en el suelo argentino.

Tened siempre en la memoria que los cargos públicos no son una propiedad de los que han sido nombrados para desempeñarlos, sino que han sido creados para la mayor felicidad de



los gobernados; que en países como los nuestros, regidos por instituciones libres, es de todo punto indispensable que sean respetados los derechos sacrosantos del pueblo, y acatada su voluntad soberana, solemnemente manifestada en los comicios; y que se faltaría á las nociones más elementales del sistema democrático si se perdiesen de vista esos propósitos.

¿Qué importaría nuestra forma representativa republicana de gobierno, si el pueblo se hallase coartado en el ejercicio de sus augustas funciones, ó su voluntad fuese suplantada por la de los gobernantes?

Dad al César lo que es del César, y al pueblo lo que es del pueblo. Si éste no delibera ni gobierna como en las antiguas repúblicas, tiene el derecho perfecto de elegir sus representantes, y es un verdadero crimen de lesa patria todo lo que tienda á restringir ó á impedir el uso de esa prerrogativa en su más extensa manifestación.

¿De qué nos servirá el esfuerzo de nuestros padres para cimentar una república grande, libre é independiente, si hubiésemos de vivir como ilotas, sin otros derechos ni garantías que los que quisiesen acordarnos nuestros mandatarios? Pensad que el estado no puede absorber las individualidades humanas, ni tiene más facultades que las que son indispensables para mantener un justo equilibrio entre todas; pensad que hay ciertos derechos anteriores á la legislación, que se fundan en la propia naturaleza del hombre y sin los cuales no se concibe su existencia como ser racional é inteligente.

Si esos derechos desaparecen, si una reglamentación arbitraria los altera en su esencia, nos encontraremos reducidos á la condición de los esclavos, sin más ley ni más regla que la voluntad caprichosa de los gobiernos; y eso no lo podéis querer vosotros, porque ningún argentino, *ni ebrio ni dormido debe tener impresiones contra la libertad de su país.*

En el ejercicio de las funciones políticas de que me estoy ocu-



pando, trabajad también porque se radiquen en esta tierra que rida y sean respetadas por todos, mandantes y mandatarios, las instituciones comunales, porque es el municipio la base de la organización social y la escuela donde debemos aprender el ejercicio regular de los derechos cívicos.

Recordad, por último, que todos los poderes son limitados: que en nuestro régimen de gobierno la nación y la provincia giran dentro de órbitas perfectamente determinadas, y que sería atentatorio todo lo que sirviese para destruir la armonía de esas dos entidades, la nación y la provincia, como lo sería lo que sirviese á destruir el equilibrio que debe existir entre la sociedad y el individuo.

Si esto hacéis, si ponéis vuestro talento y vuestras luces al servicio de tan buena causa, si procuráis un gobierno justo y paternal, de todos y para todos, y conserváis intacto para vuestros hijos el depósito de honradez que habéis recibido de vuestros padres, habréis merecido bien de la patria y la consideración y el respeto de vuestros conciudadanos.

Es posible que la lucha sea difícil, y que os tengáis que poner en pugna con los poderosos, pero no temáis que se os corte la lengua, como lo quería Napoleón respecto de los abogados que se servían de ella contra los gobiernos. Temed más bien que el deseo de llegar á las alturas os haga olvidar las lecciones recibidas, y que habéis nacido en la patria de Moreno y de Belgrano.

Jóvenes doctores, salud !



Señoras y señores:

Invitado por el señor decano de la Facultad á presidir este acto y dirigiros la palabra, no he podido rehusar este ofrecimiento, que viene á ponerme en comunicación con vosotros, jóvenes graduados.

Pocos momentos he de ocupar vuestra atención, porque deseo respetar el natural anhelo que debe animaros de presentar á vuestras madres los diplomas que os acabo de entregar, de recibir de ellas la primera felicitación, tierna, sincera y afectuosa como ese cariño que sólo un corazón sabe sentir: el corazón de la madre.

Bien merecida tienen la preferencia esos seres privilegiados, que fueron los compañeros de nuestras vigiliass, de nuestros dolores y que vienen ahora á ser partícipes de nuestras alegrías, de nuestros triunfos.

Cambiais hoy la vida de estudiantes por la de maestros: sois abogados, sois doctores.

La misión de la Universidad ha concluído para vosotros: os recibió en la edad más peligrosa, en la edad en que germinan las pasiones con el vigor y la fuerza propia de la primavera de la vida.

Os devuelve hombres ya, con una profesión noble, con un título honroso: os devuelve con amor á la ciencia, con amor á la verdad, con nociones exactas acerca del sentimiento moral, de la



virtud. que los dignos profesores de esta facultad os han inculcado con la palabra y el ejemplo.

Podéis estar tranquilas, madres de familia que habéis confiado ó confiáis aún vuestros hijos á la Universidad de Buenos Aires: en este recinto no se siente otra pasión que la del amor á la patria y á la ciencia; no se oye otro lenguaje que el de la verdad, porque éste es el de la ley, que aquí se enseña á conocer y respetar.

Podéis estar seguras que vuestros hijos han sido educados en los preceptos de la más sana moral y que serán siempre dignos de vuestro aprecio; que sabrán llenar vuestras aspiraciones más legítimas si no olvidan las palabras de sus maestros, si no se apartan de los ejemplos que han recibido.

Empieza ahora vuestra misión de madres, á ayudarlos con vuestros consejos, darles aliento para que conserven el sentimiento moral, sin el que la ciencia es un arma que solamente puede ser destinada al mal.

Ese sentimiento es la virtud, es el honor, es la dignidad en el ejercicio de la profesión, es la abnegación y el sacrificio antes que el crimen.

Se conserva con el respeto de él mismo, con el respeto de la ley, que condena todos los actos inmorales negándoles su protección. La moral y el derecho marchan de perfecto acuerdo, están estrechamente unidos, y vosotras, madres, si no conocéis el derecho, conocéis la moral y sabéis inspirarla.

Con ese sentimiento, vuestros hijos tendrán un alma afirmada en los principios de la justicia y del derecho, un corazón exento de todo vicio, un carácter templado por el honor.

Y éste sería, jóvenes doctores, el homenaje más grato que podríais ofrecer á vuestros padres, á la sociedad en que vivís, á la nación que costea la instrucción en todos sus grados para tener ciudadanos dignos de su renombre, dignos de aquellos varones fuertes que nos dieron independencia y libertad.



Grandes peligros vais á correr; la profesión que habéis abrazado puede haceros acreedores al respeto y consideración de los demás; puede también traerlos el menosprecio y la ignominia. No necesito recordaros vuestros deberes, que ya debéis conocer: pero quiero prevenirlos contra el mayor de los peligros, verdadero escollo en que encallan los que quieren andar demasiado á prisa, arrastrados por prematuras ambiciones.

Ese mayor peligro es el ansia de enriquecer, de adquirir una rápida fortuna, olvidando que jamás el abogado debe ser estimulado á la defensa de una causa por la sola esperanza del lucro.

El hogar modesto, pero honrado, tiene más atractivo que el fausto adquirido por el deshonor. La fortuna puede daros momentáneos goces deseados, puede daros una posición en apariencia ventajosa, pero la que no se adquiere por medios honrados trae el abandono del sentimiento moral, y el sentimiento moral una vez perdido, deja al hombre como la mano de lady Macbeth, que todos los perfumes de la Arabia no podían purificar.

Sabe también el sentimiento moral perdido tener sus apariciones, y ¡ay! de aquel que puede conocer su valor, su grandeza cuando ya no le es dado recobrarlo.

Prevenid el mal, que una vez caídos no podréis levantaros sin dejar girones de vuestra honra, que jamás vuelven á recobrase.

Conocéis el bien, sabéis distinguir lo honesto de lo deshonesto, lo justo de lo injusto; mayor será vuestra responsabilidad por las desviaciones.

Es un error creer que la sociedad se contenta con la sombra de la virtud más que con la virtud misma; el oropel puede alguna vez confundirse con el oro, pero su brillo no es estable y tarde ó temprano la verdad se abre camino para confundir al engañador.

Vais á incorporaros al movimiento social, vais á ser otras tantas fuerzas que le darán impulso; esforzaos porque este sea dirigido hacia el bien, procurad que la sociedad pueda contaros entre sus miembros más benéficos; que la nación no se arre-



pienta jamás de haberos dado una profesión y un título que hagáis servir solamente para el mal.

Devolved á la nación el beneficio que de ella habéis recibido mostrándoos ciudadanos dignos, abogados intachables y rectos magistrados, si alguna vez fuerais llamados á serlo.

Muchos de vosotros iréis probablemente á otros lugares de la república: llevadles con vuestra ciencia el ejemplo de vuestras virtudes, para llenar una doble misión: la de sostener la justicia y propender al desarrollo moral.

¡Cuánto bien podréis hacer si os conserváis dignos de la profesión que habéis abrazado, si no la hacéis servir para satisfacer las ambiciones del poderoso y oprimir al desvalido; si no la empleáis como medio de enriqueceros con los despojos de los que os confiasen su fortuna, su honra, su libertad!

Vuestra profesión es grande y generosa; no la minoreis ni la hagais venal; que jamás pueda azotar vuestro rostro la sátira de Séneca.

Contad, jóvenes doctores, el compromiso con la Universidad de Buenos Aires, que os ha conferido el grado, que os ha investido de esa profesión, de cumplir siempre con esos deberes, y puesto que estamos en la víspera de nuestra grande revolución, permitidme que ponga por testigos de este compromiso á los varones ilustres que la iniciaron y prosiguieron hasta dejarnos constituidos en nación libre é independiente; permitidme que invoque su recuerdo para que si alguna vez os sintiereis desfallecer, si se apoderase de vosotros el desaliento, este recuerdo, unido al del presente día, os dé fuerzas y enérgica virilidad para resistir á toda tentación; que vuestro lema sea la abnegación y el sacrificio antes que el crimen.

He dicho.



Señores doctores:

Termináis vuestra vida de estudiantes al cabo de un buen número de años con noble empeño consagrados al estudio; y en este momento solemne, en que se os inviste con el grado de doctores en jurisprudencia, la Facultad de derecho y ciencias sociales os debe una palabra efusiva de congratulación y otra más grave, aunque no menos cariñosa, de despedida, que tengo encargo de dirigiros en su nombre.

Después de haber salvado barreras y allanado resistencias, llegáis á la meta que en edad temprana os propusistéis alcanzar, lo que demuestra que vuestras aspiraciones no fueron superiores á vuestros esfuerzos; y en medio del júbilo, de las expansiones y de las esperanzas de los vuestros, os despedis de esta Universidad, á la que quedáis, sin embargo, ligados por los vínculos de la afección, y en la cual, hasta en la edad madura, en que llegan de cuando en cuando las notas simpáticas de los primeros años de la vida, creeréis ver, embellecidas quizá por el recuerdo, las figuras de vuestros maestros, sonriéndoo como compañeros de la adolescencia.

No trataré de halagaros diciéndoo que poseéis por completo la



ciencia del derecho; pero habéis adquirido la disciplina de espíritu necesaria para abarcarla en su conjunto y dominarla en sus detalles. Os recomendaré sí, que la améis siempre, si la habéis amado mucho, y que la améis más si no la amáis lo suficiente. ¿Qué puede haber de más hermoso que el convencimiento de lo justo y de lo bueno, *quod semper equum ac bonum est*, según la expresión del jurisconsulto?

Si los hechos no corresponden alguna vez á vuestras esperanzas, la fe en la justicia y en el derecho os confortará y os ayudará á mantener con halagos la sencilla y austera dignidad de la vida. La ciencia es madre cariñosa también, y ofrece refugios, un poco desnudos tal vez, pero no por eso privados de encantos.

No quiero con esto decir que os abandonéis á una pasividad contemplativa. Sé que el hombre vive de acción, pero debe vivir también de convicción, y rectos y justos deben ser los móviles que soliciten su actividad. Por otra parte, realizan el derecho los que lo quieren, y lo quieren los que lo conocen y comprenden.

No os ocultaré, sin embargo, que, si sin salir del círculo de los sentimientos individuales y sin la debida apreciación del espíritu del elemento práctico, os abandonais con confianza y sin reserva á la acción de los principios abstractos, para marchar fácilmente de solución en solución, la inconsistencia de algunas de ellas, demostrada por los hechos, puede haceros flaquear en vuestras convicciones y dar por perdida esta parte de vuestra vida tan dignamente empleada.

Pero, como sabéis, el derecho tiene su elemento progresivo, y si abrazáis toda la esfera del desenvolvimiento humano y llegáis á la completa inteligencia de los problemas sociales, encontraréis la fórmula y la ley que debe regirlos dentro de los límites de la justicia y del derecho; y si no la encontráis, buscadla y esperadla porque debe existir.

No exageréis la visión de un mundo ideal, pero no perdáis



vuestra antigua fe ante las dificultades momentáneas y las contradicciones aparentes, recibiendo como verdad lo que no sea sino convencionalismo embustero, ni aceptando como derecho lo que no sea sino abuso y violación de la ley.

Salud, jóvenes doctores; y paso á vosotros que os proponéis seguir adelante.

Conozco, comprendo vuestras ilusiones y vuestras esperanzas, y acabo de escuchar los propósitos con que os inicias en vuestra carrera y las promesas que habéis hecho. Os aprestáis para nobles empresas, y al asociarme á vuestras alegrías y á vuestros anhelos, siento que pasa por mi frente algo como el soplo de las brisas primaverales.

Que vuestro coraje no desfallezca en presencia de los obstáculos del camino, ni la altivez de vuestro carácter se doblegue ante los falaces mirajes que os soliciten y atraigan con sus perspectivas halagadoras.

Desde aquí os contemplamos todos en el momento de la partida y os señalamos con vuestros nombres.

24 de mayo de 1889.





Señores,

Señoras:

Nuestra carrera decae. El derecho no es ya una ciencia, es un arte: el arte de ganar pleitos; nuestros abogados, salvo raras excepciones, como nuestros médicos, no escriben libros, hacen casos; la patología de la vida los proporciona diariamente; raros, monstruosos, violentos como en los dramas de Shakespeare; nos contentamos con asistirlos, no hacemos de ellos ni un estudio científico, no creamos una escuela, no formulamos una teoría, no hacemos ni siquiera una novela. Lo que nos interesa es curar la enfermedad ó ganar el proceso, ó transarlo, cuando el fallo de los jueces es adverso. Y bien, señores, yo os digo que es triste, tristísimo para esta casa, que persigue grandes propósitos, no producir sino abogados militantes. Antes de poco, nuestra profesión habrá dejado de ser una aspiración, no valdrá la pena de crear y sostener escuelas de derecho, para formar expertos en los procedimientos judiciales, ni habrá para qué exigir pruebas de idoneidad al que pretenda ocuparse solamente de cuestionar los intereses civiles de los hombres. Pongo los dedos sobre la llaga y provocho la ingrata cuestión, porque es tiempo aún de reaccionar, y debemos procurarlo todos, maestros y discípulos.



Tenemos descuidados, abandonados los estudios clásicos, sabemos mal la historia contemporánea, cultivamos escasamente las lenguas jurídicas y se mira en menos á los hombres de letras. En una democracia como la nuestra, á la que no emigran atenienses, donde la marmolería reemplaza la estatuaria y el ladrillo y la alfarería al granito; donde la industria teatral pasa por arte escénico y la declamación por el dón de bien decir y de conversar; donde el mal gusto que elimina la Europa encuentra, falto de crítica, amplio refugio, y cunde el amaneramiento, esta postración de las ciencias, ese barroquismo de las artes plásticas é intelectuales, esa frivolidad que imprime su tiranía en nuestro país, producirá, no tengáis duda, hombres inferiores, mediocres, hábiles para acopiar fortunas cuantiosas, pero absolutamente ineptos para hacernos estimar como pueblo culto, inteligente y civilizado. Me diréis, y con algún motivo, que este es un país de inmigración, que tiene cuatro millones de almas y con capacidad para tener cincuenta. ¿Cómo pretender formar, en una sociedad nueva, estanque inmenso en que se derraman todas las corrientes del mundo, una raza pura, selecta y letrada?... Lo sé: nosotros los contemporáneos, vemos la ola invasora que nos anuncia la inundación por todas partes. Esos grupos de hombres, mujeres y niños, que pululan en las riberas de nuestras ciudades, llevando todavía sus trajes nacionales, hablando mil dialectos y ninguna lengua, vástagos de germanos y de italiotas, de galos y de godos, inmensa polenta humana, constituirán sin duda las familias patricias del porvenir; pero si sus hijos se han de educar y desarrollar en el medio ambiente de la mediocridad que comenzamos á respirar, si hemos de consentir que la elocuencia enmudezca en el foro, substituida por el alto informe de los expedientes coloniales, si la oratoria política, la grande oratoria, ha de desvanecerse en las sombras de un eclipse parlamentario, si la lengua forense y la lengua administrativa han de ser la misma para todos, difusa, gerundiana, incolora y sobre todo fas-



tidiosa; si la política doctrinaria ha de ser un juego de destreza y las carreras profesionales un simple medio de hacer clientela, no podemos esperar, señores, sino días opacos, porque un pueblo que no cultiva lo bello no tiene ideales, y un pueblo sin ideales carece de ese signo característico de la fuerza que imprime la originalidad.

Se ha declamado y se declama, en parte con razón, contra los Estados Unidos; se dice que allí se ha revuelto y corrompido la Europa; que el ideal, el aticismo y la gracia se han marchitado en la patria de Franklin; las aldeas irlandesas, vaciadas casi totalmente en sus campañas con sus alcaldes, sus sacerdotes y hasta con sus sacristanes, se han desmoralizado por completo y en su contacto con las otras familias europeas, han concluido por constituir un bajo fondo de población común, mísera é ignorante. Los alemanes, los ingleses, los franceses mismos, hijos de familias oscuras, sin tradiciones abolengas, han formado una sucesión híbrida, vacilante en el sentimiento de la nacionalidad, fluctuando entre las dos patrias, calculando siempre cuál es la más ventajosa, cuál la más útil. Las letras no han surgido en aquel inmenso asilo de hombres expatriados y las obras empíricas de Poe y de Mark Twain, por no citar á otros, no han hecho escuela literaria.

El genio artístico de la América del Norte se ha vulgarizado en las múltiples manifestaciones de su industria manufacturera y fabril; los americanos, que son los gigantes de la imprenta, no han llegado todavía á hacer un diario que pueda penetrar por su forma en la república de las letras; la industria los reconoce como hábiles grabadores, pero sus grabados no salvan los dominios del arte; sus obras colosales admiran al mundo por su costo y por su osadía, pero sus planos no son el esfuerzo de los maestros de la arquitectura empeñados en rimar las leyes de la gravedad en el molde de la estética, sino la obra de los mecánicos y el producto de sus usinas.



Pero ese pueblo, á pesar de todo esto, es un gran pueblo, porque además de alzarse triunfante en todos los rasgos del progreso material y económico, es inventor de un sistema político que ha salvado incólume de todas las tormentas de este siglo y que tiende á perpetuarse en la humanidad para gloria de las naciones libres y del gobierno representativo.

Y si es cierto que el cosmopolitismo pervertido de Nueva York, y el espíritu aventurero de los nuevos estados y de sus ciudades improvisadas, nos presenta de una manera brutal todo lo que puede tener de plebeyo una democracia fuerte, pero advenediza y ensoberbecida, no es menos cierto que allá, en el corazón de los viejos estados británicos, en Boston y Filadelfia, por ejemplo, se conserva el palladium de la aristocracia washingtoniana; allá todavía hay una escuela de griego y de latinidad, y de buenas maneras, allí todavía la fisonomía física y moral de los hombres parece vaciada en el molde de los patricios que escribieron *El Federalista*, y cuyo elogio oyó azorado el parlamento inglés de los mismos labios de Chatham, en medio de la guerra de insurrección en que la madre patria debía perder para siempre sus colonias.

Nuestras democracias sudamericanas corren el peligro de hacerse plebeyas é ignorantes; y los esfuerzos de los hombres de pensamiento, deben dirigirse á prevenir los estragos de este género de democratización. Protestarán contra mis palabras los creyentes incondicionales de la igualdad, de la libertad y del falso liberalismo, pero para detener la protesta en sus mismos labios, me bastará recordar que la democracia no es un ruido de frases, ni un conjunto de declaraciones pomposas; la democracia, como todo gobierno bien entendido, es el respeto á todos los derechos por todos los poderes; el gobierno de las clases intelectuales, de los varones justos y capaces de la república.

¿ Puede haber nada más plebeyo y nada más contrario á la virtud republicana que la familia bastarda de los enriquecidos.

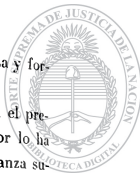


anteponiéndose al elemento pensador de la nación? La primera cualidad que pierde uno de estos hogares en su transfiguración suntuaria, es la modestia; las pretensiones desopilantes de la ignorancia y de la falta de cultura intelectual brotan con una rapidez alarmante; y es curioso estudiar la marcha ascendente y triunfadora que hace en las corrientes sociales uno de esos recién llegados de la fortuna y de la casualidad.

Y bien, señores, los abogados, consejeros de sus intereses, los médicos, guardianes de su salud, los arquitectos, constructores de sus pagodas extravagantes, si no defienden la independencia de su profesión y transan con sus caprichos, serán los cómplices de esos bárbaros de la civilización, porque los obligarán á discutir con ellos todas las cuestiones jurídicas, todos los conocimientos médicos, todas las ornamentaciones de sus palacios; y si la onda pérfida ó irónica de la fortuna los lleva á formar parte en la dirección de los destinos de un pueblo, si no son feroces y tiranos, si son simplemente mediocres, concurrirán, faltos de malicia, á desarrollar la escuela del mal gusto, esa especie de gongorismo social y político que ya comienza á dar fisonomía propia al materialismo burgués de las ciudades sudamericanas.

¡Oh, señores, para nosotros, para esta casa, para todos los centros intelectuales de la república, la tendencia que representa este descenso, es el enemigo, enemigo terrible, inorgánico, inconsciente, que avanza como una irrupción persa, sin encontrar un pueblo aguerrido y artero que se le oponga, como el pueblo de Temístocles; por el contrario, goloso de goces materiales, ávido de la noción falsa y bárbara de la población numérica, cree candorosamente que la cifra es la fuerza, que el montón de hombres es el progreso, que basta que en una nación trabajen y se muevan los brazos, aunque duerman inertes los cerebros!

La pedagogía seria, esa seudociencia bien intencionada pero pedante, nos ofrece la salvación con la panacea de la educación primaria. No seré yo, ciertamente quien niegue la santa y bené-



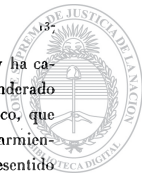
fica misión del maestro; pero educar el pueblo es una cosa y formar clases intelectuales y dirigentes es otra.

Un filósofo humanitario de nuestros días ha dicho en el prefacio de uno de sus libros, que « la instrucción superior lo ha preocupado siempre y muy particularmente ». La enseñanza superior es la fuente de la instrucción primaria. Sacrificar la primera á la segunda es cometer un grande error, es equivocar el objetivo que nos proponemos.

Un millón economizado en la alta cultura intelectual puede detener pronto el movimiento intelectual del país; y ese millón empleado en la instrucción popular será de poco efecto. La instrucción primaria no será sólida en un país, sino cuando la parte ilustrada de la nación la exige, la comprende, apreciando su utilidad y su justicia; trabajemos por producir clases superiores animadas de un espíritu liberal; sin eso, trabajaremos sobre arenas; el espíritu de una cámara malevolente arrastrará nuestros cimientos.

Para formar un bosque no basta plantar árboles, es menester cuidar que las plantas no se arranquen. La fuerza de la instrucción popular en la Alemania, viene de la fuerza de la enseñanza superior en ese país. Es la universidad la que engendra la escuela. Se ha dicho que el vencedor de Sadowa fué el preceptor primario. No: el vencedor de Sadowa fué la ciencia germánica, la virtud germánica, el protestantismo, la filosofía, Lutero, Kant, Fichte, Hegel. La instrucción del pueblo es el resultado de la alta cultura intelectual de ciertas clases. Los países que, como los Estados Unidos, han creado una considerable enseñanza popular, sin instrucción superior seria, expiarán todavía por largo tiempo su falta, por los vicios de la mediocridad intelectual, por la grosería de los hábitos y de las costumbres y por su espíritu superficial.

No pretendo, señores, dar entrada á los poetas en la república. La musa de estos últimos tiempos, salvo excepciones marcadas.



que la muerte ó el hastío han helado, ha sido mediocre y ha carecido de intención. En las tentativas de algunos ha preponderado la métrica pulcrísima de Bello, erudito pero frío retórico, que reverencian las vestales de la lengua estacionaria y que Sarmiento trataba con modales de Atila. La de los otros se ha resentido de ciertos resabios de esproncedismo, adquiridos en la mala escuela de otros tiempos, en que el lujo de los cascabeles alejandrinos no dejaba en el oído sino un rumor de sílabas.

Pero, seguramente, para dirigir la campaña contra el mal gusto reinante, contra la burguesía materialista, contra las uniformidades intelectuales, contra las oligarquías iletradas, contra el escepticismo, la presunción, la frivolidad, la afectación, la ausencia de espíritu artístico y científico, la grosera ignorancia, contra la indisciplina que cunde y nos amenaza por todas partes, no bastaremos, señores, los abogados, forzados á esperar el cliente que nos trae el proceso, no bastará tal vez ni un agitador de la talla de O'Connell, ni un iluminado como Bossuet; quién sabe si, para detener la barbarie intelectual y salvar los penates de la vieja sociabilidad argentina, ya que ha caído el viejo luchador del Facundo, no será necesario esperar el advenimiento de un poeta menos despechado que Juvenal, más viril que Ovidio, menos hombre de mundo que Horacio, uno de esos seres privilegiados que hacen siempre grande la historia de todas las decadencias, como Luciano, por ejemplo, ese gran cooperador del cristianismo, que alzó su látigo hasta el Olimpo y rió la risa vengadora de la sátira en el rostro mismo de Júpiter tonante.

Hace pocas noches, en un banquete de amigos, un letradísimo médico español, que disimula una rara cultura intelectual al través de un exterior varonil, me llamaba la atención sobre el inmenso éxito que ha hecho entre nosotros esta frase de moda, *el elemento nuevo*, lanzada al acaso en todos los rumbos de nuestra vida pública y social. ¡El elemento nuevo!... El elemento nuevo, entre nosotros, no significa, no, señores, la juventud que



avanza coronada la sien con las palmas de las victorias universitarias; no es una escuela política seria que, en nombre de altos principios, traiga inscriptas en su bandera las proposiciones de una reforma constitucional ó de una regeneración social; no es una pléyade de filólogos ó de arqueólogos que, inspirándose en el pasado prehistórico é histórico de la América, despierte en Europa la curiosidad por estudiar las lenguas indígenas y los vestigios de nuestras civilizaciones desaparecidas, la geografía del continente y sus remotos orígenes; no es un cenáculo de historiadores versados en la historia de la dominación española ó de nuestra independencia, capaz de producir un vuelco en la manera de concebir el fondo y la forma del arte esencialmente aristocrático de Macaulay; no es un Parnaso de poetas llamado á crear y desarrollar la leyenda argentina y á reconstruir y embellecer la obra trunca é imperfecta de Echeverría; no es un grupo de periodistas siquiera, dueños de un estilo propio, capaces de educar lectores en el gusto exquisito de las polémicas impersonales; no sois vosotros, señores doctores, que en once años de labor constante, día por día y hora por hora, en las mañanas crudas del invierno, sofocando todos los ideales juveniles, sacudiendo la dulce voluptuosidad de la holganza, habéis labrado el camino de la vida, tramo por tramo y piedra por piedra, para conseguir un título y comprar con moneda legítima vuestro sitio en la vida. No es tampoco la nueva generación que entra al templo del trabajo con un programa, con una creencia fundada ó errónea, pero sincera. No, señores, el elemento nuevo son los improvisados, es esa borra de las democracias, familia arisca, que mira al libro con uraña é indómita desconfianza, que aparece en las cimas, llovida por los constipados de la atmósfera social, no por haber trepado la montaña por la senda pública y conocida de la lucha. El elemento nuevo, no os dejéis engañar, señores, no es elemento ni es nuevo, no es la juventud, no es la vida que amanece, grande y gloriosa como una aurora boreal: no



es nuevo, porque lleva en su organismo el microbio que determina la caducidad; no es elemento, porque mañana, andando los años, ni un solo miembro de esa milicia irregular ha de llamar á las puertas de la posteridad.

Reposad tranquilos, ¡oh nobles maestros desaparecidos, que asomáis vuestros rostros en esos marcos modestos! Alcorta, guía dulce y paternal de la gloriosa generación que dispersó Rosas; Vélez, maestro de la malicia, esa rienda firme del criterio, y tú, Juan María Gutiérrez, artífice de la lengua, espíritu abierto á todas las luces, cultor de Pascal y de Voltaire, no temáis que la fama busque acomodo á vuestro lado para esos semidioses: el elemento nuevo no ganará las elecciones de la gloria.

Jóvenes: un pueblo sin arte, sin fuerza, sin creencias, no será nunca un pueblo en la noción civilizada de la palabra. Renan, en el prefacio magistral de su historia de Israel, señala los tres grandes pueblos que han creado la civilización. El los llama providenciales, vacilando en llamarlos milagrosos, creyendo, sin embargo, que si hay historias en que el milagro haya intervenido, esas historias son la de Grecia, la de Judea y la de Roma. Grecia creó nuestra ciencia y nuestro arte, nuestra literatura, nuestra filosofía, creó la política, la estrategia, la diplomacia, nuestro derecho marítimo é internacional. El genio ardiente, dice, de una pequeña tribu establecida en un rincón perdido de la Siria, ideó la forma de una religión universal. Sus sabios experimentaban accesos de cólera. Los profetas israelitas, á partir del siglo ix antes de Cristo, son publicistas fogosos del género de los socialistas y anarquistas del día, fanáticos de justicia social, que proclaman altivamente la destrucción del mundo, si el mundo no ha de ser justo ó si es incapaz de serlo. Pero la cultura humana, creada por la Grecia, y el sentimiento de los precursores del cristianismo, habrían naufragado en la tierra, si la fuerza humanitaria de Roma no hubiera surgido en el mundo. Ella abatió los obstáculos que oponían los patriotismos locales á la



propaganda idealista de la Grecia y de Judea. Roma realizó esta misión extraordinaria, y por medio de prodigios de virtud cívica creó la fuerza que propagó la obra griega y la obra judía, es decir, la civilización.

Pero nosotros, pueblo nuevo, organismo tierno, expuesto á todas las epidemias del mundo, ¿qué escuela de cultura formaremos? Han desaparecido nuestras clases intelectuales, ó los pocos representantes que quedan de ellas son ya, según la expresión del poeta latino, raros nadadores en el piélago inmenso ¿Qué creencias tenemos? ¿Este pueblo no cree en nada, ó por lo menos ha dejado de creer? ¿Qué fuerza, que barrera poderosa opondremos para dar prueba de nuestra virilidad? No somos ni artistas ni poetas, somos escépticos y hay quien ya dice que hemos dejado de ser belicosos.

Entonces yo digo, señores, que es gran deber, gran virtud, gran imperio, volver al pasado, inspirarnos en la influencia clásica de la revolución argentina, defender á la América del materialismo que la amenaza, ser dignos para ser fuertes, ser fuertes para ser grandes. Volver al pasado quiere decir releer nuestra historia, respetar el talento, combatir la mediocridad, demoler el cosmopolitismo y trazar de una vez con rasgos firmes el perfil definitivo de la patria.

Para esto, oh jóvenes amigos que me escucháis, es menester que respetéis á los varones ilustres honrando sus últimos años, honrándolos en vida, no contentándoos con honrarlos en muerte. Mientras vivan nuestros mayores, y esos mayores tengan un nombre nacional ó una reputación sudamericana, no abriguéis dentro del pecho ambiciones insensatas. Sólo en un medio social muy descompuesto germina y se despierta la gula insolente de los insignificantes.

Nuestra tradición á este respecto, la de esta casa que os consagra doctores en jurisprudencia, ha sido de una dignidad conservadora inalterable. Los retratos de esos hombres que nos rodean,

nos recuerdan el inmenso respeto que el saber y la virtud despertaron entre ellos en todas las faces de la vida, en la enseñanza, en las letras y en la política. Vos, doctor Anchorena, heredero de un hombre ilustre, caro á los míos en el pasado, vosotros, discípulos queridos que me habéis dado tantas pruebas de bondadosa consideración, cumplid el solemne juramento que acaba de hacer vuestro compañero, defended esa constitución que hemos estudiado juntos, en medio de las zozobras y de los profundos desfallecimientos escolares, y si llegáis á ser algún día sus intérpretes, nada será más grato para vuestros viejos maestros que el haber formado almas templadas en el honor y en la virtud cívica, capaces de comprender y de practicar, sabia y virilmente, las leyes fundamentales de la república.

He dicho.

24 de mayo de 1890.







Señor ministro de Instrucción pública,
Señores académicos,
Señoras y señores :

Cábeme el honor de dirigiros la palabra en nombre de la Facultad, asociándome á vuestras congratulaciones en este día inolvidable para todos, porque señala el término ansiado de las labores prolongadas del estudiante y es aurora sonriente de la nueva vida del hombre que inviste la armadura de la ciencia para incorporarse á la lucha social.

Dulce es recordar el escabroso camino recorrido cuando se ha llegado á la cumbre de la montaña y, libre ya de fatiga, se goza con la belleza del paisaje que se ostenta completo á nuestros pies. Gocemos, pues, con el recuerdo de los quince años de constante dedicación en que esta distinguida pléyade ha debido substraer á las disipaciones del placer, las horas lentas del estudio indispensable para alcanzar la meta.

Recibís, jóvenes doctores, el premio de vuestros afanes; pero

(1) El ministro de instrucción pública, doctor Juan Carballido, que presidia el acto, hizo una brillante improvisación al entregar los premios.

À esta colación concurrió el teniente general don Bartolomé Mitre, ocupando por primera vez su sitial de académico honorario.



él os impone nuevos deberes en la nueva vida que vais á iniciar bajo vuestra más completa responsabilidad.

El diploma acredita vuestra competencia en el derecho; pero al mismo tiempo es una condensación de esfuerzos de la familia y la sociedad que han debido unirse á los vuestros para alcanzarlo.

Luego debéis colmar los altos fines de la cooperación recibida.

El estado costea la instrucción superior con los fondos de la comunidad, porque confía en que ésta ha de recibir mayores beneficios de sus clases ilustradas.

Así es y debe ser. Constituir la ilustración en monopolio de la fortuna, sería renunciar á los frutos del talento cuando aparece como celeste dón en un pobre hogar.

Los hombres inteligentes que el estado ilustra, devuelven á la comunidad con altísimo interés compuesto, lo que recibieron.

El grosero materialismo sólo saca la cuenta de lo gastado, porque la reproducción no se presenta en forma pecunaria.

Pero si no hemos de ser una simple factoría ó masa informe de aventureros que se extrujan mostrándose los puños en el camino de la fortuna; si por encima de las especulaciones comerciales y las explotaciones políticas, la sociedad ha de tener ideales, sentimientos y actividades más elevados, si el arte no es una fruslería despreciable, si la ciencia y la moralidad son el alma de los pueblos y la fuente de la dignidad y la verdadera felicidad humanas, es indispensable que les elevemos templos y altares adonde se conserve su culto y desde donde se difundan sus dones.

Así el título de perito en el derecho no constituye exclusivamente un medio de ganar dinero defendiendo pleitos justos ó injustos.

Para tan pobre fin no se habría requerido estudiar quince años, pues se encuentran mil otras ocupaciones lucrativas que no exigen preparación especial.

El abogado debe ser un sacerdote del derecho mismo, dire-
rodiando á Kant.

Lo ha de defender adondequiera que lo reclame y sean cua-
les fueren los obstáculos que se opongan á su triunfo.

En el marco de la pobreza pareciera más luminosa la jus-
ticia.

Adonde los abogados cumplen su alta misión, puede el desva-
lido encararse con el poder ó la riqueza y vencerlos con las ar-
mas del derecho.

Pero no debe olvidarse que el derecho no puede ser jamás
parricida con la moral, que es su fuente.

Así, aun para una causa justa los medios ilícitos están pros-
criptos, y si hay que hacerla triunfar sobre los malos funciona-
rios, no hay que aceptar por ello las corruptelas de dádivas ó in-
fluencias ilegítimas que á veces inficionan á la administración.

El abogado ha de empezar entonces por ser juez de su propio
cliente para no exponerse á defender la injusticia.

Guiarse por un exclusivo criterio de lucro en el ejercicio de
la profesión es desacreditarla y profanarla.

Los economistas consideran estéril á la abogacía en el sentido
de que no crea riqueza, sino que sólo remueve obstáculos que
sería mejor no existieran para su producción.

Pero esta observación no tiene fuerza contra los verdaderos
sacerdotes del derecho que producen para las sociedades bienes
inmateriales más valiosos que la fortuna.

La elevación de la conciencia social, la seguridad de la jus-
ticia y la libertad, el criterio científico y elevado aplicado al go-
bierno, deben tener sus propulsores naturales en los doctores
en ciencias sociales.

Porque en efecto, nuestra Facultad no es una simple escuela
de abogados y limitada á enseñar el arte de interpretar y aplicar
los códigos.

Contra los que así piensan nos bastaría para confundirles mos-





trarles nuestros programas de derecho constitucional, economía política, finanzas y filosofía del derecho.

Y si el sofisma de la ignorancia ó el de una falsificada erudición se alza para negarles á esos ramos del saber sus títulos científicos, que responda por ellos la experiencia universal señalando los fecundos frutos de la observancia de sus principios y los desastres acarreados por sus violaciones.

Que respondan los predestinados para la guía de los pueblos que á la cabeza de la columna levantan á las ciencias sociales como la única antorcha para iluminar la senda del progreso.

La preparación especial que el estado suministra por medio de esta Facultad comprende pues los altos fines de esas ciencias y tiende á formar ciudadanos y estadistas que por su ilustración sean los primeros colaboradores en los elevados propósitos de la organización político-social.

Mas si esta ilustración no va acompañada de la más severa moralidad política, será más perjudicial por su poder mal aplicado, por la ignorancia inerme y desvalida.

Nada más repugnante que el espectáculo de la ciencia puesta al servicio de la adulación á pueblos ó gobiernos, con miras egoístas de elevación ó de fortuna.

La separación de la moral privada y la política negando su solidaridad, es el interesado sofisma de los que piensan que se puede ser un hombre honrado al mismo tiempo que se violan las leyes ó se prostituye la inteligencia para elevarse al poder ó conservarlo.

Vosotros sabéis que el estado no es una asociación de aventureros para explotar el gobierno, sino la sociedad ejerciendo su augusta soberanía para declarar el derecho y hacerlo respetar.

¿Y cómo podrían constituir buen gobierno los que empezaran por sostener y practicar que no hay derecho que deba prevalecer contra los intereses de su círculo?

¿Cómo podrían ser buenos ciudadanos los que ejercieran sus



funciones, no con el fin de perfeccionar al gobierno por el control y la elección de los más honorables y competentes, sino con el fin de conquistarlo como un botín de triunfadores ?

Las libertades de reunión y petición, de imprenta y de sufragio no se confieren por las constituciones para beneficio personal de los ciudadanos, sino como el mejor medio de controlar y elegir á los gobernantes á fin de que ejerzan cumplidamente su mandato de dar seguridad á los derechos de todos y promover el bienestar general.

No hay interés de círculo, ni pretendida consecuencia política que obligue á un ciudadano á dar su voto por un candidato que considere sin la honorabilidad y competencia necesarias.

No hay interés político que pueda obligar á un diarista á atacar los buenos actos del adversario ó aplaudir los errores ó culpas del correligionario. El reptil de la prensa es siempre el mismo, sea que se arrastre á los pies del poder ó á los del populacho.

Pero tales faltas en un simple ciudadano no son tan graves y perjudiciales como las del funcionario que habiendo recibido mandato con fuerzas morales y materiales para hacer prevalecer la justicia, los emplea á beneficio exclusivo de un círculo, violando y atropellando los derechos de los demás, y que estando encargado de promover el bienestar general, lo sacrifica á los intereses ilegítimos propios y de sus amigos.

Un gobernante como tal no debe tener amigos más influyentes que la justicia y la libertad ni considerar más intereses que los de la patria.

Y para ello no hay móvil adecuado fuera del deber, ni fuerza legítima fuera del carácter puesto á su servicio, ni guías más seguros que la ciencia relativa á la función de que se trata y la ley que determina el círculo de los procedimientos gubernativos.

Para la mejor consecución de los fines del gobierno, las funciones de éste se han dividido en tres poderes, cuyas atribuciones



determina la carta fundamental, que es el instrumento sagrado del mandato y la ley suprema que todos han de respetar.

Una constitución no se dicta para un partido, ni menos para los intereses exclusivos de los que lo forman.

El transcendente preámbulo de la nuestra al enumerar sus elevados propósitos, se refiere á los derechos y á la libertad y al bienestar de todos los habitantes del suelo argentino.

Luego el gobernante que desvíe su conducta de tan nobles propósitos en nombre de un mal entendido partidismo, traiciona su mandato burlando los fines de su elección.

Y es por cierto muy singular que á los que cumplen sus deberes de justicia é imparcialidad observando fielmente las leyes se les moteje á veces con el epíteto de traidores por sus correligionarios defraudados en sus ilegítimas esperanzas.

Tal absurdo proviene de la confusión entre los nobles propósitos de los partidos de principios y los intereses personales de los círculos meramente electorales.

Cuando una sociedad está dividida por creencias ó principios diferentes sobre su organización ó su gobierno, entonces la elección de un funcionario implica el mandato imperativo de observar los principios del partido que lo elige.

La consecuencia política debe consistir en la fiel observancia de su mandato.

Pero ello jamás ha de importar ni el derecho ni el deber de violar las leyes ni los fines del gobierno en provecho de los correligionarios.

Nadie puede recibir ni aceptar poderes ó compromisos para delinquir, ni menos excusar con ellos su delito.

Cuando no existen partidos de principios sino agrupaciones meramente electorales, el funcionario elegido no debe tener más norma que la ley levantada sobre todas las cabezas y la fiel práctica de los medios y los fines con que el gobierno se constituye.

Si está llamado á elegir debe buscar al más competente para



el puesto, sea amigo ó adversario, desoyendo las sugerencias contrarias del círculo que lo elevó.

Pasemos por alto las exigencias de los partidos que han llegado á veces hasta el recinto sagrado del poder judicial haciendo presión con su deletérea influencia en la elección de los magistrados.

Con respecto al poder legislativo, hemos pasado por períodos de verdadera perversión en los hechos y en las ideas, contra cuya repetición debemos precavernos como de la mayor vergüenza política de un pueblo libre.

En tales períodos se sostiene que el representante no debe ser un legislador que vote con arreglo á su ciencia y conciencia, sino máquina de sancionar lo que ordene el poder ejecutivo por más depravado ó erróneo que lo considere.

Si se considera una cuestión electoral es necesario que apruebe las elecciones de sus correligionarios por malas que sean, y que anule las de sus adversarios por más perfectas que hayan sido.

¿Se trata de un caso constitucional? No hay que leer ni interpretar la carta fundamental, sino averiguar primero cuál es la solución que favorece á los amigos ó complace á los amos, y en seguida, después de adoptada, aplicarle la constitución como el oro sobre una estatua de barro.

No es la ley la que rige el caso sino el caso el que rige la ley.

Y por tales procedimientos el extravío ha llegado hasta el punto de resolver las cuestiones técnicas rechazando deliberadamente los datos y los principios de la ciencia que la rigen como despreciables obstáculos al mal propósito preconcebido.

Es necesario violarlo todo, hasta burlar la ciencia y escarnecer la justicia, para servir á la opinión del correligionario que ejerce el poder supremo.

Nada importa que la constitución haya erigido al poder legislativo en guía y control del ejecutivo; porque el compañerismo político ó la disciplina de partido, como que se trata de soldados,



exige que el poder legislativo se convierta en servil instrumento del ejecutivo.

No es mi propósito considerar aquí los vulgares delitos de los funcionarios que prevarican vendiendo su voto ó su firma por una ventaja personal cualquiera; pero tamaños crímenes son la última consecuencia del sistema del servilismo ó del exclusivismo político.

Por cierto que para entender y practicar así las funciones de los poderes públicos, no se necesita estudiar ni economía política, ni derecho constitucional, ni ningún derecho.

Por el contrario, mejor es no conocer esas ciencias que profanarlas : mejor es no disponer de su fuerza y de su prestigio que emplearlas para el mal.

La prostitución intelectual arroja en el fango la corona de la dignidad humana, colocando al servil abajo del nivel de los brutos que no descienden de su puesto en la escala natural de los seres.

El esclavo negro debe al amo la fuerza física de su trabajo rudo; pero es dueño de sus actividades morales, y piensa, siente y quiere libremente con ellas sin que el señor ose invadir ese santuario.

Pero el esclavo blanco disfrazado de legislador, aunque ostente altivo los frívolos esplendores del lujo con que le pagan, tiene amarrada su inteligencia y su voluntad bajo el látigo del poderoso, como los corceles que arrastran el carruaje fruto de su ignominia.

Porque á pesar de que esa bajeza se disfrace de consecuencia política ó de desprendimiento y sacrificio por los amigos, no hay nada más egoísta en el fondo.

Sin duda que el público espectador no siempre se apercibe de los hilos secretos que mueven la escena.

Ese generoso partidario no regala su ayección : pide secretamente al amo concesiones ó liberalidades inconfesables, ó exige



por lo menos que le dejen comerciar libremente con su puesto, en cuanto no sea incompatible con el interés de su señor.

Abominad, jóvenes amigos, tan execrable espectáculo, y perdonad que os hable de él en este día, de justísima alegría, porque os debemos toda la franca verdad de nuestro pensamiento sobre la nueva escena de vuestra actividad.

Debéis huir también del otro extremo de la demagogia, porque las exaltaciones injustas suelen ser una forma del egoísmo herido por una ambición no satisfecha ó la adulación interesada de las pasiones enfermizas de la muchedumbre.

Sed justos en todas las esferas de vuestra actividad pública y privada, como cumple á miembros distinguidos de la familia y de la sociedad, y así habréis realizado el lema supremo de la ciencia jurídica : *suum cuique tribuere*.

Jamás llevamos á la cátedra el eco de las pasiones políticas que no alcanzaron á turbar la serenidad de la enseñanza; pero alguna vez y en época pasada vuestros maestros veíamos con mal contenida y profunda pena malogrados todos los afanes en algunos jóvenes que se apresuraban á recibir el diploma para arrojarlo á los pies de los poderosos, como prueba de servilismo y en cambio de posiciones prematuras ó de favores deprimen-

¡Ah! Todo se estaba perdiendo cuando la más noble y generosa parte de la familia nacional, cuando la juventud, foco del entusiasmo y los sentimientos abnegados, sacerdotisa del ideal, sangre y carne de la patria futura, empezaba á contagiarse con los egoísmos de la decrepitud, haciéndonos perder hasta la esperanza.

Loado sea Dios, que ella reivindicó después el puesto abandonado, aunque dejara algunos rezagados en su extravío, arrastrados por la vorágine de una época de vergüenza que felizmente no volverá.

Y no creáis, no, con los escépticos, que la más pura virtud



cívica que la observancia sincera y estricta de los deberes políticos, sea tan sólo un ideal que no alcance una práctica realización.

No nos han faltado gobernantes fieles á su mandato que han depositado en el surco el germen fecundo de la libertad y el derecho, contrariando las exigencias de sus partidarios, y que al descender de su elevado puesto, han podido responder á sus reproches, que allí no tenían gracia ni favores que dispensar, sino deberes que cumplir con la serena imparcialidad de la justicia.

Tampoco nos han faltado dignos representantes del pueblo que despreciando todos los halagos de la fortuna y el poder y desafiando todas las iras y venciendo todos los obstáculos, hayan hecho sobresalir la voz de la justicia y la verdad sobre el clamoreo de los desvariantes coros de la adulación y las orgías del sibarismo político.

Ya parecía esterilizada la escarnecida virtud de nuestros patricios, que eran mirados con el insolente menosprecio del vicio entronizado, mientras la silenciosa conciencia de la sociedad hacia pensar en la ligera ingratitud atribuida á las repúblicas.

Pero la providencia ha sacado una vez más triunfante á la verdad y á la virtud, hundiendo á sus falsos apóstoles y levantando en los brazos de la gloria á sus abnegados servidores.

Ensayad, jóvenes doctores, las fuerzas adquiridas luchando por cuenta propia con las armas del trabajo inteligente y honrado bajo vuestra responsabilidad, que debe ser tanto más grande cuanto mayor es vuestra ilustración.

Si el modesto obrero no necesita rebajar su dignidad para vivir y llenar noblemente su misión en la familia y en la sociedad, ¿por qué habría de sacrificarla el hombre ilustrado, provisto con los recursos y prestigios excepcionales de una elevadísima carrera?

Fortificad el carácter que es la potencia activa al servicio del bien de que tanto necesita la práctica de las instituciones libres.



y manteniendo el calor del alma en los generosos sentimientos, alcanzaréis ese goce supremo, ese paraíso íntimo é inefable que da la satisfacción del deber cumplido y de los abnegados servicios de la patria.

No os dejéis ofuscar por los triunfos que á veces alcanzan los malos medios, porque son transitorios y terminan indefectiblemente en la vergüenza.

Macaulay ha dicho profundamente que no hay prestigio sin desinterés.

Recorred en vuestra memoria las grandes figuras de nuestra historia, que evocan estos gloriosos días, y las encontraréis á todas fundidas en el bronce de un carácter puesto con sacrificio al servicio de la patria, sin claudicaciones humillantes, ni servilismos odiosos.

Así seréis el legítimo orgullo de la familia y la gloria de vuestra sociedad, y os sentiréis cada vez más dignos y ennoblecidos ante vosotros mismos.

Y ahora, antes de que lleguéis á los brazos de los vuestros, permitidme envidiaros este momento precioso de vuestra vida, y acompañaros en la despedida con las congratulaciones y los anhelos de la Facultad por veros, después de obtenido el presente lauro universitario, alcanzar en vuestra vida pública la corona inmarcesible de los beneméritos de la patria.

He dicho.

24 de mayo de 1891.





Señor rector de la Universidad,
Señoras, Señores:

En nombre del gobierno de la Nación, saludo á los laureados que representan la gloria de nuestra universidad en este año: felicito al personal docente de las facultades que ha formado esa pléyade de jóvenes sabios, y me asocio con todas las intimidades del corazon á los regocijos profundos de esta fiesta, en la que, alrededor del lauro científico, tejen una guirnalda de esperanzas las efusiones de la amistad y los anhelos patrióticos que entreven el porvenir del país en estos triunfos de la ciencia.

Señores doctores:

Conozco estas impresiones: son de las que jamás se olvidan! Varias veces he asistido como espectador, y hace siete años, formaba parte también de una fiesta análoga.

Al volver hoy á esta casa, en cumplimiento de funciones oficiales, no puedo, no, apartar de mi ánimo aquellos hermosos re-

(1) El 6 de diciembre de 1891 tuvo lugar la distribución de premios á los ya graduados, y con tal motivo el ministro de Instrucción pública, doctor Juan Balestra, que presidia el acto, pronunció el presente discurso.



cuerdos. Veo aún á mi alrededor los mismos maestros que entonces: allí abajo están las bancas en que nos sentábamos como alumnos; esa es la misma tribuna á donde subíamos agitados por todas las conmociones del alma á decir nuestro adiós á la vida de estudiantes; pero siempre observé que había algo más bello que el esplendor del acto, más sincero que las zozobras que el espíritu siente en presencia de su primer triunfo, más noble, más grande que la gloria personal, porque era la gloria abnegada: la representaba una madre anciana que escondía sus lágrimas de júbilo al recoger la recompensa de su abnegación y de sus virtudes en los austeros triunfos de sus hijos.

Doctores laureados:

Permitidme ser vuestro intérprete y disponer públicamente, según los votos de vuestros corazones enternecidos, de esas medallas y diplomas de honor que acabáis de recibir. Los ofrezco á vuestras familias; de su puro ambiente sacasteis la perseverancia para el trabajo, la moralidad que da esperanzas y eleva las ambiciones, el calor de los afectos que reconforta en las horas desconsoladas: justo es que hoy, al ilustrar vuestros apellidos, depositéis la señal del triunfo de la inteligencia en el hogar donde fué formado vuestro corazón.

Rendido tributo al sentimiento, hablemos del saber.

Representáis, señores doctores, la más completa expresión de nuestros altos estudios, y fuerza es que nos demos cuenta del papel que estáis llamados á desempeñar en la república, de la hora en que entráis á la acción, de lo que debéis de obrar como hombres superiores por vuestro saber y vuestros talentos.

Habréis oído decir, con una frecuencia que no corresponde ciertamente á su demostración, que el país tiene exceso de diplomados universitarios: que es necesario torcer los rumbos de la



juventud hacia ideales más prácticos: que necesitamos menos universidades y más talleres. Permitidme encarar estas cuestiones desde su verdadero punto de vista. Es completamente inexacto que haya superabundancia de diplomados en la república: la estadística, como he de demostrarlo en breve oficialmente, nos asigna un número proporcional de estudiantes de cada una de las ciencias facultativas, menor que el que corresponde á la nación europea menos favorecida.

Es exacto, sí, que en medio de nuestros esfuerzos por esparcir las luces de la instrucción en el país, hemos descuidado, si no olvidado, la educación que en Europa se llama técnica, de donde ha resultado la anomalía de nuestra instrucción, lanzada en un solo cauce sin más desembocadura que el doctorado, en el que buscan empleo á su actividad ó satisfacción á sus aspiraciones, muchos hombres que habrían podido servirse con más éxito de sus brazos que de sus cabezas. ¿Podrá deducirse, entretanto, de tal contraste, más aparente que real, la necesidad de quitar á los altos estudios lo que haya de darse á las aplicaciones prácticas de las industrias, de las ciencias y las artes?

Paréceme que planteando el problema en esos justos términos, equivaldría á preguntar si para que la semilla puesta en el surco diera frondosa planta, sería necesario cuidar la tierra y suprimir ó amenguar la luz solar que preside las asimilaciones vegetales!

Yo sé, señores, que estos altos estudios pueden ser rebatidos hasta con éxito, por cualquier espíritu que apele al argumento menguado de las ventajas directas. El criterio del hijo de Albino en Horacio, preparado para dividir el as y combinar sus porciones, ha de ganar siempre, por ley natural, las votaciones de la muchedumbre!

Pero no podríais acaso, vosotros, victoriosos de la ciencia, pedir á los que tal piensan que os dejaran acogeros á los beneficios de la sentencia del tío Toby, cuando espantaba al insecto



que le zahería, diciéndole: vete: si en el mundo hay lugar para los dos!

Y bien; el lugar que corresponde á los altos estudios universitarios es en las sociedades el que ocupa la luz solar en la vida planetaria. Sus predilectos no están destinados á producir las mieses manejando el arado, á forjar el hierro en el yunque, ni acomodar la mampostería del edificio: es mucho más transcendental su misión: están destinados á gobernar á las sociedades.

Gobernar es organizar; y en lo político, en lo moral, en lo material, el que descubre ó enseña la ley y sus medios de aplicación, ese es el que verdaderamente gobierna. Conoceréis sin duda la respuesta que se atribuye á Spencer el sociólogo, cuando fué invitado á formar parte de la cámara de los lores: Yo, dijo con ingenuidad, no hago leyes para el pueblo inglés; las hago para los legisladores de todos los pueblos.

¿Qué político europeo creéis que pudiera repetir tal frase; cuál de ellos gobierna con sus ejércitos tantas cabezas altivas como ese modesto sabio desde su gabinete de estudio? ¿Qué consejo de higiene de cualquier nación ejerce las atribuciones de Pasteur, el médico de la humanidad? ¿Qué departamento de ingenieros concibe é impone al mundo nuevas distribuciones de mares y tierras, como Lesseps, á quien Sarmiento llamaba con su gran verba el ministro de obras públicas del creador? ¿Qué príncipe, rey ó conquistador ha conseguido gobernar mil años después de su vida, encontrando congresos, jueces y magistrados sumisos á sus ordenamientos, como los sabios romanos, que escribieron la razón perdurable del derecho aplicado desde entonces por todas las naciones civilizadas?

Y bien; ese poder gobernante, la capacidad para organizar la sociedad y los mismos gobiernos, no se adquiere sino por medio de esos altos estudios á que habéis dedicado las horas más risueñas de la vida, señores doctores. Esos conocimientos que ya os valen un lauro, no se conquistan, salvo las excepciones ge-



niales, sino en estas venerables instituciones llamadas universidades, faros colocados en la cumbre del intelecto nacional.

Y ya que nos encontramos en una de las primeras fiestas verdaderamente universitarias, por la reunión de todas sus facultades evoquemos el pasado y marquemos la aspiración del porvenir para la universidad de Buenos Aires, nuestra madre intelectual. La imagen de don Bernardino Rivadavia se destaca de su cuadro de luz. Mirémosla de cerca, con sus defectos humanos, para explicarnos verídicamente su prestigio, cada vez en mayores creces ante los pensadores argentinos.

Era don Bernardino un hombre poseído de cierta confianza dogmática en su superioridad: un castellano aristócrata, solemne y grandilocuente, de los mejores días de la colonia. Sus modales rayaban en la infatuación: su ciencia era difusa, compleja, con frecuencia teatral. De las instituciones libres que había visto practicar en Inglaterra y en las que pretendía informar la índole de sus ideas de gobierno, había tomado más la forma que la realidad. El fondo de su carácter era sincero hasta la ingenuidad; emprendedor, con esa tenacidad de apóstol poseído de su misión; inaccesible á las vacilaciones de la duda. Y para completar estas condiciones tan contradictorias con la popularidad vulgarmente ganada ante la multitud, tenía una figura física de molde extraño, en cuya vestimenta se transparentaba la resolución de decorar pomposamente su persona de acuerdo con su rango, aunque fuera en riña con su aspecto. Leed la última obra del autor de la *Historia de la revolución argentina* y os será devuelta en toda su integridad y vida esa noble personalidad.

¿Cómo explicar entonces la acción de Rivadavia y su triunfo ante las generaciones sucesivas que lo proclaman el primer hombre civil sudamericano? Todos vosotros conocéis sus errores políticos, su unitarismo, algo más, su centralismo sincero pero dañoso en el mayor grado: la desaparición de su obra política y el triunfo final del federalismo. ¡Ah! señores, es que

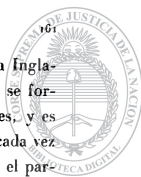


Rivadavia ha sido el argentino que con más vehemencia, pasión, casi diría obcecación, persiguió la tarea de organizar esta república; y cuando toda su obra de ocasión haya desaparecido, aun ha de quedar vibrante aquella concepción de salvar al país por medio de sus clases conservadoras, por medio de instituciones orgánicas que desde el sistema representativo para lo político, hasta la Sociedad de beneficencia destinada á convertir en misión pública la caridad nativa de la mujer argentina, tendían á ubicar cada elemento social en su sitio; y no se ha de olvidar, no, mientras tenga un culto el pensamiento en esta tierra, que al otro día del año 20, cuando aun se veía clara la señal del casco de los corceles de Atilas y Alaricos criollos que habían venido á atar el potro de la barbarie en la pirámide de Mayo, Rivadavia inauguraba la universidad de Buenos Aires en fôrma amplia y libre, salvando así las aspiraciones del porvenir argentino.

Setenta años han trascurrido, y si se averigua quién venció la barbarie, quién mató el caudillaje, cuál fué el punto de apoyo de las teorías de Alberdi que organizaron el país, y de las genialidades de Sarmiento, que empezaron á darle conciencia de su grandeza, bien sabéis que hay que buscar á los autores de la magna obra nacional, casi en su totalidad, entre los hombres salidos de las universidades.

Y á esta institución madre que tantos beneficios ha producido, ¿qué ha hecho el estado por engrandecerla? Yo no quiero que seamos ingratos con nosotros mismos, defecto de que suele sufrir la memoria de los pueblos jóvenes; pero me parece que nuestra gran universidad ha dado más al país de lo que le hemos devuelto.

Sabéis vosotros lo que son las universidades en los países más cultos de la Europa: son repúblicas dentro del estado, formadas por los que se han educado en ellas, por los que enseñan y estudian; con bienes propios, autonomía completa y jurisdic-



ción extensa. La base del gran partido conservador de la Inglaterra son las universidades de Oxford y Cambridge. Allí se forman sus hombres de gobierno, estudiando humanidades, y es tal el poder gobernante de esos viejos y ricos institutos, cada vez más engrandecidos por donaciones de la aristocracia, que el partido whig para contrarrestarlo, apeló á la fundación de la universidad de Londres en 1837.

¿Sabéis lo que son las universidades alemanas? Leed al padre Didon. El buen dominico francés no olvida de su estupor viendo la inauguración de la estatua de un maestro, á la que concurrieron formados militarmente cuatro mil estudiantes universitarios, divididos en las asociaciones en que viven; los que después de la ceremonia iban á cantar un himno patriótico al pie de la columna conmemorativa de las victorias del 70!

Ese espectáculo, dice, me cerraba el corazón con una angustia indecible. En mi patriotismo entristecido, pensaba en la juventud de mi país y me preguntaba por qué ella no se mostraría también alineada en batalla bajo la bandera de la verdadera ciencia, alrededor de los monumentos de nuestras glorias ó al pie de alguna estatua enlutada de nuestras provincias perdidas!

Costumbres teutónicas, exclusivas, intransplantables, decia Ernesto Lavisse, por toda réplica; pero yo preguntaría si mientras tuvo su forma autonómica la vieja universidad de París, que florecía desde el siglo XIII « respetada por los reyes y honrada por la iglesia », pudo escribirse con razón esa página amarga del sacerdote francés!

Y encuentro la respuesta en un libro viejo, en el que leo estas afirmaciones: Privada de su libertad en 1790 y reorganizada por Napoleón en 1808 con carácter oficial, la universidad forma aún abogados elocuentes, sacerdotes ortodoxos, médicos excelentes; pero parece haber perdido el secreto de formar grandes caracteres! Sólo las tradiciones han quedado vivas en las escuelas de París: porque en momentos solemnes se



ve á la juventud rodear á los que combaten por el libre pensamiento ó por las libertades políticas.

Y bien, volviendo á nuestro país: ¿ no estáis viendo cuál debe ser la divisa ? Nuestra universidad es una universidad oficial: su pobre presupuesto es una asignación del estado: una votación de las cámaras puede borrar una cátedra. Las resoluciones de sus cuerpos técnicos pueden ser anuladas por un decreto. Figuraos á una madre de hijos ilustres y poderosos mediante sus esfuerzos, teniendo que mendigar de ellos los dineros indispensables para su subsistencia ! Esa es nuestra universidad.

Levantemos la bandera de su autonomía, dotémosla de cuantiosos bienes: la acción de la sociedad no se ha de hacer esperar y, entregada á sus propias fuerzas, la hemos de ver cada vez más grande, próspera y fructífera. Reclamo, señor rector, señores académicos, jóvenes laureados, vuestra ayuda para esta tarea difícil, larga, benéfica y grande. Yo os ofrezco toda la decisión de que es capaz mi voluntad, agitada por un profundo convencimiento de que no ha de surgir el porvenir del país de las querellas estrechas sobre si un bando es mejor que otro, sino de la organización meditada de la sociedad, en forma de instituciones que no sólo proclamen la libertad, sino que la garanticen arraigándola en la conciencia ilustrada de los ciudadanos y en cuerpos autónomos capaces de resistir todo avance.

Doctores laureados:

Entráis en la campaña de la vida en momentos bien duros. Todos los viejos ideales están quebrantados y un frío positivismo ha invadido muchas almas. Las mismas carreras liberales están sufriendo la influencia del mercantilismo que hace degenerar el saber en rutina y la idea en instrumento de lucro.

Sois vosotros, los que no estudiasteis tan sólo para poder ven-



der escritos, recetas y planos, sino para saber y merecer gloria; sois vosotros la esperanza más noble de la patria. Estáis iniciados en la ciencia; proseguid la vía. Pensad en cuán pocos reemplazantes de nuestros viejos maestros se diseñan entre las nuevas generaciones, y como el arquero antiguo, señalad el blanco de vuestras aspiraciones bien alto, seguros de que la curva de la vida, como la elipse de la flecha, os ha de dejar más cerca del ideal lejano cuanto más elevada haya sido la aspiración.

Pensad seriamente que vuestro país ha de necesitaros para las tareas públicas y tanto más pronto cuanto menos lo busquéis: que vosotros, doctores en derecho, tendréis que formular y discutir sus leyes: vosotros, médicos laureados, tendréis que cuidar la salud pública y privada: y vosotros, ingenieros y doctores en ciencias físicas y matemáticas, aplicadores del álgebra, esa retórica de los números, habréis de concebir obras, estudiar la tierra, las montañas y los cielos de la república. En vuestras cabezas está depositado el porvenir de la nación y á los que tanto han prometido en sus estudios bien se les puede decir con el poeta: *Mediocribus esse vobis, non homines, non Di non concessere columnæ*. Habéis renunciado á los derechos fáciles de la mediocridad.

Amad los estudios teóricos por sobre las prácticas: las exigencias de las profesiones y las necesidades de la vida os enseñarán de sobra el uso positivo de vuestros conocimientos: pero solo la teoría os iluminará los hechos. La práctica aislada conduce á las rutinas: las buenas prácticas tienen su origen todas, en el pensamiento teórico. Amad la ciencia por sí misma, que ella es la fuerza, el poder y la gloria de las naciones. Fouillée lo decía hace poco. « No son únicamente los generales alemanes los que han triunfado de los ejércitos franceses: son también los genios especulativos de la Alemania, aquellos que desde un siglo atrás habían dado impulso á la literatura, á la filosofía, á la ciencia alemana y, por tanto, al espíritu público alemán: hemos



sido batidos por los Kant y los Fichte, por los Goethe y los Schiller, por los Humboldt, por los Gauss y los Helmholtz, como por los Bismarck y los Moltke. »

Vosotros lo sabéis: una ley bien concebida, una sentencia austera, un argumento jurídico concluyente, pueden salvar un país ó una situación difícil; una precaución de higiene, un descubrimiento sencillo pueden impedir una peste: un fulminato de nueva aplicación, un cañón de acero de tal forma convertido en rifle, pueden dar la victoria á una nación contra sus injustos ofensores. ¿ Sabéis quien salvó á principios del siglo á la Inglaterra de la deuda de cuatro mil doscientos millones de pesos fuertes, la más enorme que haya tenido pueblo moderno alguno, y que la habría arruinado indefectiblemente ? No fué un banquero, un general, ni un político: fué un sabio, fué Wat, perfeccionando la máquina de vapor.

Pero á esos resultados sólo se llega con el espíritu estudioso la ambición noble del saber y el ejercicio libre de las facultades intelectuales dedicadas á juzgar por sí mismas y á producir ideas propias. Por eso al despediros, os repito para enseña de vuestra vida intelectual las palabras que los decanos de las facultades alemanas pronuncian al alcanzar á los graduados el bonete doctoral: Quedáis libertados del yugo de la autoridad de otros: sois libres. No consideraréis más como verdadero, sino lo que hayáis sacado de las fuentes mismas de la verdad. No juraréis más sobre la palabra de un maestro. Consultaréis detenidamente los libros para saber lo que se ha pensado antes de nosotros, pero los cerraréis luego para pensar por vosotros mismos.

He dicho.



Señor rector,
Señores académicos,
Señores doctores,
Señoras y señores :

En otros países y otras universidades los estudiantes visten un uniforme propio, ó al menos usan una prenda de uniforme que les es característica. El día que su carrera termina, el traje cambia. Esta costumbre tiene su simbolismo : el cambio de traje importa decir que el estudiante ha llegado ya á su pubertad intelectual. Sabéis ya emplear y esgrimir las armas del saber y entráis á ocupar vuestro puesto de soldados del pensamiento y de la verdad. Los que os precedimos en la tarea sin fin, abrimos con placer las filas para daros vuestro puesto, hasta tanto suene para nosotros la hora del descanso y os lo entreguemos por completo.

Termináis vuestra carrera de estudiante y vais á entrar, jóvenes doctores, en la vida activa del hombre en la última decena de este siglo que vió á nuestra patria aparecer, constituirse y organizarse. Ha sido la tarea difícil, cruenta y ruda á veces, de varias generaciones. Ha sido siglo de lucha y de vida embrio-

(*) Presidió el acto y en su carácter de Presidente de la República, pronunció el discurso que publicamos



naria. Entráis á ocupar vuestro puesto de labor cuando ella ya ha adquirido sus formas externas definitivas; pero queda aún inmensa obra que realizar, para trabajar su masa, depurarla, hacerla homogénea y adaptarla en su conjunto y en sus detalles al soberbio modelo que hemos adoptado. Es esa la tarea del siglo próximo y es esa vuestra misión. Seréis entonces los encargados de regir los destinos de vuestro país, y será vuestra obra, obra de paciente labor, tranquila y constante. Seréis los encargados de fijar en vuestra patria los rasgos definitivos de su fisonomía nacional.

Hace más de veinte años que un joven, como vosotros, en toda la plenitud de la esperanza y de la ilusión, se despedía de estas aulas para emprender el camino de la montaña.

La universidad, nuestra madre intelectual, había provisto el bagaje del estudiante, y con cariñoso cuidado puesto en él todo lo que la lección y el consejo pueden dar de útil para fortalecer el espíritu y salvar las asperezas del camino. Ella lo condujo hasta la puerta de este hogar común, y allí, besándole la frente y estrechándole la mano, le indicó la senda — y el estudiante partió. Lleva andado largo camino, ha subido y ha bajado las cuestas de la montaña, ha atravesado valles risueños, sendas ásperas y pasos difíciles, días de luz y horas de tinieblas, ha visto pueblos y gentes diversas, sintió crecer su experiencia, disminuir sus entusiasmos, acumularse surcos sobre su frente y disiparse muchas ilusiones.

Han pasado los años, y hoy vuelve por vez primera al punto de partida; recuerda los días lejanos, las aulas donde nutrió su espíritu, el maestro y el condiscípulo desaparecido, y mezcla extraña de gratos recuerdos y profundas tristezas emocionan su espíritu.

Permitidle, ya que lo habéis invitado á acompañaros en este acto, que se siente un momento en el viejo y querido hogar, que limpie de su frente el sudor y polvo de la jornada, y rodeado

por los jóvenes doctores que se preparan á emprender idéntico camino, evoque sus recuerdos, y en íntima y amistosa conversación les cuente lo que vió y aprendió, su bagaje : una parte de su experiencia!

Es necesario, jóvenes amigos, en el camino que vais á recorrer, tener un ideal, un propósito y adoptarlo desde ya, aprovechando toda la pureza de vuestras almas. Una vida pública que se desenvuelve, si no quiere ser juguete de los acontecimientos, de las pasiones, de los intereses encontrados, debe tener su estrella polar.

Para saber qué camino se ha de seguir, es necesario saber dónde se quiere llegar. El secreto de la energía y el nervio de todas nuestras acciones consiste en eso, pues esa fijeza de objetivo hace imposible las vacilaciones en los momentos decisivos en que van á fijarse rumbos transcendentales.

Esta persistencia en el propósito, no exige, por el contrario excluye, la intransigencia en los medios. Todos son buenos cuando son eficientes y pueden ser honradamente empleados, cuando pueden ser públicamente confesados; pues sólo la deslealtad, la cobardía ó el delito necesitan esconderse. Los obstáculos hay que vencerlos ó desviarlos; sólo los ciegos se estrellan contra ellos.

He visto hombres y partidos luchar con apasionamiento, agotar las violencias del lenguaje, apelar á todos los medios para alcanzar el triunfo, y por último chocarse en lucha armada; y creí que estos hechos abrirían entre hermanos hondos abismos. Pero en día próximo ví á los adversarios unidos en acción común, los que antes se habían herido, se apoyan, y el elogio reemplazaba al vituperio. Y este espectáculo, que he visto repetirse, me enseñó que en las luchas políticas, si bien debemos llevar todo el entusiasmo, toda la energía y todo el poder de acción de que seamos capaces, no deben salvarse jamás las vallas del respeto recíproco, ni lanzarse palabras irreparables, ni suscitarse odios





insensatos. El respeto al adversario y á su intención, lo exige el respeto propio, pues nadie posee el secreto exclusivo de la verdad y del patriotismo, y hasta el error mismo, cuando es sincero, debe ser respetado por los hombres, porque es humano.

He visto muchos éxitos rápidos defraudar las esperanzas que hicieron nacer, y he visto llegar con paso seguro á los que trabajaron con constancia y sin impaciencia. Esto prueba que no hay obra útil ni grande, si no la fecunda el trabajo y el tiempo.

He visto disiparse muchos entusiasmos, revocarse muchos juicios, y he asistido á la apoteosis de los que fueron vencidos: lo que me demostró que no es el juicio más exacto, el juicio del momento; y que tiene razón, el que la tiene al día siguiente. La popularidad en las masas tiene halagos de sirena, y atrae á escollos donde he visto naufragar más de un mérito verdadero. Nuestra propia historia nos dice que para los más grandes hombres de nuestra patria la justicia fué póstuma, y generaciones que no los vieron tuvieron que reparar amargas injusticias contemporáneas. Es que la multitud obra sólo por pasión, aplaude lo que la halaga y ataca lo que la contraría ó no comprende. Tienen más acción sobre ella los agitadores que los pensadores, y se deja fácilmente engañar. Hay en el fondo de sus agitaciones un instinto justo, pero fácilmente se extravía y se excede casi siempre.

No toméis nunca el aplauso por objetivo ni por guía: él vendrá á su hora si lo merecéis en verdad. Hay otro guía más seguro dentro de vosotros mismos: vuestra conciencia sana: seguidla siempre y, si es necesario, sufrid por ella.

En los momentos supremos ó difíciles, concentraos dentro de vosotros mismos, procuraos una idea exacta de vuestro deber, y cumplidlo, sin vacilar ante ninguna otra consideración. Procediendo así, vencedores ó vencidos, seréis siempre respetados.

La energía y el carácter no consisten en la violencia de la palabra ó de la acción. La verdadera energía y el verdadero ca-

rácter, son como el valor, tranquilo y moderado, siempre á la altura de las exigencias, sin alardes y sin vacilaciones.

Seréis mañana los legisladores y los constituyentes, y vuestro más grande anhelo será corregir los vicios que hoy afean vuestra vida política, y que han sido y serán orígenes de males continuos. No incurráis en el error de buscar en la ley escrita el remedio á un mal que está en los hábitos, porque vuestro trabajo sería estéril.

Hace veinte años se reunió en esta ciudad una convención. Erais muy niños y no la recordáis; os diré su historia, porque es un ejemplo y una lección. Una gran inspiración patriótica había impuesto silencio á todas las pasiones, tregua á la lucha; había borrado todos los antagonismos y convocado á una célebre convención á cuantos tenían un nombre en los anales del saber y de la inteligencia. Había allí viejos patricios llenos de ciencia y de experiencia, y jóvenes de brillante porvenir, orgullo de las aulas que recién abandonaban.

Fué aquello un torrente del saber y de la elocuencia, y se trabajó para la primera provincia argentina, una constitución modelo: sus autores creyeron sinceramente haber establecido la piedra angular del monumento institucional de la república.

Se vió más tarde, no sin cierto asombro, que no se había adelantado un paso en materia de prácticas políticas, y si algún cambio se había operado, era tal vez un retroceso. Es que habían olvidado que en cuestiones institucionales vale más una costumbre mediana que cien constituciones buenas, y que la conducta de un pueblo obedece más á sus hábitos y tradiciones, que á sus leyes escritas.

No quiero decir con ésto que debamos renunciar á nuestro progreso legislativo é institucional; importa sólo demostrar que hemos procedido en orden inverso al natural y lógico. Olvidan al copiar á nuestro gran modelo que la obra de los grandes constitucionalistas americanos fué muy diversa de la nuestra. Por





la manera como se había creado y formado, ese pueblo nuevo era sólo un retoño del viejo pueblo inglés, con sus usos, costumbres, leyes y creencias : en una palabra, con su experiencia de siglos.

El día que se desvincularon de su rey, la república estaba hecha: restábase sólo traducir en fórmulas escritas sus usos políticos, sus derechos reconocidos y respetados, amoldándolos en la forma republicana. Esos grandes hombres crearon un mecanismo perfecto que ha resistido la prueba de un siglo, pero sus elementos vitales estaban ya encarnados en su pueblo.

Cuán distinta la tarea de nuestros constituyentes, que han tenido, no sólo que organizar, sino que civilizar, tarea que dura aún.

La instrucción cívica de las masas, con la palabra hablada y escrita, con el ejemplo constante y elevado, en todos los campos y en todos los momentos, esa es la gran misión digna de los que entran á la acción con todo el empuje y el entusiasmo de las primeras ilusiones; esa es vuestra gran tarea y por ese camino llegará nuestra patria á ser moral y políticamente tan grande, como lo es y lo será por la extensión de su territorio y sus riquezas materiales.

Voy á terminar; pero antes pertidme un último consejo. La amistad nacida en la vida común de las aulas, entre niños que compartieron los primeros afanes y las primeras ilusiones, que juntos velaron en las horas dedicadas al estudio y que unidos se lanzaron en las primeras aventuras juveniles, es el vínculo más grande que une á los hombres, es el sentimiento más resistente á las vicisitudes de la vida. Á medida que los años avanzan ese sentimiento fraternal os servirá para salvar muchos abismos, suavizar muchas asperezas, y os ofrecerá aliento y apoyo en esas horas difíciles en que el ánimo más firme se siente desfallecer. No permitáis jamás que las pasiones de vuestra vida pública destruyan esas amistades, que no serán jamás reempla-



zadas; conservadlas como tesoro de vuestra vida íntima y defendedlo contra la acción destructora de la lucha de ideas, aspiraciones y propósitos antagónicos, que es condición de la vida democrática.

He terminado. Lo que os dejo dicho no tiene otro mérito que la sinceridad de mi deseo de que veáis colmadas todas las nobles y altas ambiciones que hoy agitan vuestra alma; vuestro porvenir es el gran anhelo del patriotismo, porque lleváis en vuestro corazón y en vuestro cerebro el secreto del porvenir de nuestra patria.

En este día, uno de los más honrosos en la hermosa primavera de vuestra vida, vais á despediros de las aulas y emprender á vuestro turno el camino de la montaña. Lleváis la palabra de estímulo y de aprobación de vuestros maestros; sobre vuestra frente, como bendición divina, el beso de la madre que ve colmados sus afanes; y vuestra mirada se cruza tal vez con otra mirada que os penetra y acaricia el alma y os habla en secreto el lenguaje misterioso del corazón.

Entonad el himno de todas las alegrías. Adelante y sed felices. La sociedad y la patria os esperan.

24 de mayo de 1892.





Señoras y señores :

La Facultad de derecho y ciencias sociales me ha conferido el honor de dirigir la palabra de despedida á los jóvenes graduados que abandonan hoy esta casa.

Es con la más íntima satisfacción que uno mi humilde voz al coro de aplausos que saluda á tan brillante falange incorporada al movimiento del foro y al servicio activo de su país después de tantos años de labor asidua, en que han sabido aprovechar, para conquistar los lauros que ciñen hoy sus frentes, los imprevisores días de aquella edad en que el estudio es una fatiga y el porvenir un sueño dorado.

Jóvenes alumnos :

Desde la cumbre á que habéis llegado por vuestro propio y perseverante esfuerzo, podéis contemplar satisfechos la aurora de una nueva vida, las perspectivas del porvenir, embellecido con los tintes risueños de la esperanza.

No seré yo quien venga á interrumpir vuestras alegres ex-



pansiones con pensamientos austeros ó palabras de desaliento.

Aunque bajando ya la falda opuesta á cuyo pie se divisa el valle mustio y la ribera helada, conservo todavía la intuición juvenil del mundo invisible, de aquel mundo que, para morada de los seres que hemos amado, construye nuestra mente y exorna el corazón atribulado con los goces más inefables, vislumbrándolo tras el cielo azul en el misterio insondable del infinito.

Vais recién á empeñar la lucha de la vida con vuestras solas fuerzas. Á vuestros padres, que han sostenido hasta ahora el libro en vuestras manos, tócales el honor de esta jornada. Ceñida la toga viril, empieza la milicia: la del foro, con su incesante lucha por la libertad, la vida y la propiedad, envueltas en la gran complejidad de los intereses sociales; la de la política, con sus grandes propósitos y sus inevitables decepciones.

No se me oculta que, para muchas gentes, que á sí mismas se llaman prácticas, la carrera que habéis abrazado y el título que la Facultad acaba de otorgaros, no gozan de gran favor.

He ahí, pues, el problema incesantemente renovado :

¿ Qué significa el título que la Facultad os ha discernido ?

¿ Qué campo ofrece á vuestra afanosa actividad ?

¿ Qué responsabilidad os impone la carrera que habéis adoptado ?

Sea dicho, señores, para nuestro propio consuelo: no estamos solos bajo la amenaza de ese estigma de la inutilidad, ni serían las profesiones liberales las únicas que en las vicisitudes de los tiempos hubieran incurrido en los honores de tal excomunión.

Los poetas mismos, esos inspirados oráculos del porvenir, que todo el mundo consulta y en los que nadie cree, fueron desconsideradamente desterrados de la república ideal de Platón.

Si alguno llegaba á penetrar en ella, colmábasele de honores, colocábasele en la frente una corona de mirto, y en seguida muy poéticamente lo plantaban fuera de las fronteras del estado, con la prohibición absoluta de volver á entrar en él.



Algo así como el anatema del filósofo griego surge hoy de la masa social contra nuestros colegas de profesión, fenómeno atávico en que resucitan preocupaciones que parecían definitivamente extinguidas por la acción de las nuevas ideas en el mundo moral.

En la antigüedad el abogado era el creador del derecho, y el emperador Justiniano reunía en el Digesto los tesoros de su saber; las sociedades agradecidas les contaban en el número de sus benefactores; estaban exentos de todas las cargas públicas en Roma y eran elevados en España á la categoría de nobles y caballeros, porque, como enseñaba la ley de Partida : « por su consejo se mantienen y se enderezan muchas vegadas los regnos y los grandes señoríos, y así como dijeron los sabios antiguos, la sabiduría de los derechos es otra manera de caballería en que se quebrantan los atrevimientos y se enderezan los tuerfos ».

D'Aguesseau podía, pues, aseverar que la orden de los abogados era tan antigua como la magistratura, tan noble como la virtud, tan necesaria como la justicia.

Entretanto, nuestros antecedentes coloniales separáronse de aquella tradición. Genuina expresión de aquel sistema educacional, gubernativo y comercial, era la aversión con que el colono miraba al hombre de ley, considerándolo un azote de la sociedad.

Algo de sedimento de aquellas preocupaciones que la ola del tiempo no ha podido borrar, subsiste todavía en la sociabilidad actual.

Dejemos á los hechos la palabra.

Corría el año de 1613 y una grande agitación reinaba en esta por lo regular pacífica y tranquila población de la ciudad de la Santísima Trinidad y puerto de Santa María de Buenos Aires. El temor y la zozobra se revelaban en todos los semblantes.

El peligro debía ser grave y más de cuatro afirmaban, como de cosa sabida, que los corsarios de la Gran Bretaña, en guerra con la madre patria, amenazaban con un inmediato desem-



barco, en que debían arrasar la colonia y sus tranquilos moradores, sin distinción de sexo ni edades, á usanza de aquellos tiempos.

¿Qué era lo que en realidad ocurría?

Uno de los regidores del ilustre ayuntamiento lo decía, con la emoción consiguiente á la gravedad del suceso : era público y notorio que desde la gobernación del Tucumán, tres abogados habían emprendido viaje hacia esta ciudad de Buenos Aires.

Entretanto el cabildo delibera y previo los votos motivados de sus miembros « quedó acordado que se dé aviso á los dichos tres letrados, dondequiera que se les alcanzare, que no vengán á esta ciudad ».

Los fundamentos del acuerdo, explícitamente aceptados por la mayoría y que ningún cabildante puso siquiera en duda, consistían en que la experiencia había demostrado el daño que de haber letrados en este puerto habría sucedido, porque con su asistencia, siempre que los hay, no faltan pleitos, trampas y marañas y otras disensiones, de lo que resultaban á los pobres vecinos y moradores, desinquietudes, gastos y pérdidas de hacienda.

Á pesar de tan terminantes prohibiciones, es indudable que algunos abogados consiguieron colarse en esta capital, en tiempos de la colonia, como lo pone de manifiesto lo ocurrido algunos años antes de la creación de este virreinato.

Como siglo y medio después de la resolución dictada por este ilustrísimo cabildo, esto es, en 1752, no ya supuestas invasiones de enemigos extranjeros sino desgracias reales, accidentes lamentables, vinieron á conmover la población; la catedral construída á fines del siglo anterior, derrúmbese entonces con estrépito, al mismo tiempo que un buque naufragaba en nuestro río, sepultando en el líquido abismo, pasajeros, capitán y tripulación.

Su excelencia el gobernador don José Ardonagui, estadista tan



ilustrado como muchos de los que hemos tenido aun en épocas recientes, explicaba, con el asentimiento general, esos desgraciados accidentes, asignándoles como causa indubitante los pleitos y enredos promovidos por los abogados.

Eran temidos, como se ve, nuestros colegas, por las autoridades coloniales españolas. Y, preciso es decirlo, también un poco calumniados.

No los culpéis, señores, por ello. En eso mostraban una vez más su exquisita prudencia y previsión porque fueron los abogados los que iniciaron el apostolado de la idea redentora, proclamando la emancipación en todo el continente.

Jóvenes doctores :

Quince años de trabajo, lo que llamaba Tácito una larga parte de la vida del hombre, habéis empleado para llegar hasta este día en que tomáis vuestras posiciones definitivas para la batalla decisiva de la existencia que, según la expresión de Job, es verdadera milicia y como días de jornalero son los días del hombre sobre la tierra.

¿Estáis, amigos míos, preparados para la ardua jornada?
¿Cuáles son vuestras armas y bagajes para la campaña que, desde mañana mismo vais á emprender?

Mientras se reciban doctores como los que tengo el honor de presentar á nuestro país, en esta solemnidad; mientras reunan al conocimiento del derecho y demás ciencias sociales, la conciencia de sus grandes deberes y el carácter necesario para seguir invariablemente la línea recta que ellos demarcan, bien venidos sean.

Representarán la ciencia jurídica en toda su amplitud; serán, por lo menos, otros tantos ciudadanos que tienen la conciencia de sus derechos y que conocen los medios legales de defenderlos.



Dicen que en los tiempos actuales no se ven milagros, pero se convendrá conmigo que pueden suponerse.

Supongamos, pues, que las ciencias que se enseñan en esta casa se obtuvieran de otra manera que con muchos años de labor y de fatigas; que la sabiduría bajase, algo así como en lenguas de fuego, y se inoculase, de la noche á la mañana, en todos los habitantes de la república.

Y entiéndase bien que no habría exclusiones odiosas en esta transfiguración, de modo que, vosotras también, respetables señoritas, os encontraríais convertidas, por arte de encantamiento, en dignas cultoras de la ciencia de Ulpiano, la de Grocio, la de Adam Smith, y aun la del comercio con sus letras de cambio, seguros marítimos, averías y quiebras, que con tanto éxito enseña en estas aulas nuestro querido maestro y decano de esta facultad.

¿Qué mal habría en todo ello? pregunto yo, y me anticipo á la dificultad recogiendo de la voz callejera la magna objeción:

¿De dónde se sacarían pleitos suficientes para esos miles de abogadas y abogados?

He ahí, señores, el error.

Consiste en confundir, ó mejor dicho identificar la profesión del foro, la defensa del derecho ajeno, la industria, en una palabra, con la ciencia misma, y lo que es más, con las aptitudes intelectuales y morales que esa profesión presupone.

Comprendo el límite á la difusión de las carreras liberales, consideradas como una industria.

Sin incurrir en el error económico del criterio fisiocrático, pues como decía Michelet, el hombre hace la tierra, y la productividad de ésta deriva del esfuerzo humano que la fecunda, debe reconocerse que el trabajo aplicado á la agricultura es constantemente productivo, porque una simple palada en la tierra ó un solo surco que abra el arado dan origen á un producto, siempre é ilimitadamente útil al hombre.

Entretanto, las carreras liberales, industrialmente consideradas, sólo son indirectamente productivas, y por lo mismo deben mantenerse en equilibrio con las demás ocupaciones humanas.

Además, la evolución económica de nuestro país, puede decirse, ha llegado ya y se encuentra estacionada en el período agricultor.

Ha pasado la época pastoril, reclamando un trabajo más intensivo: pero no ha alcanzado aún, ni alcanzará tan pronto, la que atraviesan las sociedades del viejo mundo, al período de la industria fabril.

Todos los caminos que conducen hoy á nuestras fértiles campiñas, pueden considerarse como otros tantos caminos por los que se llega á la fortuna.

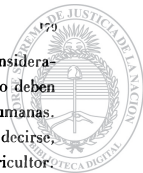
Es, pues, el momento de indicar á las jóvenes generaciones, la vía de la venturosa vejez de que hablaba el poeta, repitiéndoles las palabras que él dirigía á los legionarios que volvían al seno de su patria :

Pascite ut ante boves, pueri ; submitte tauros.

Y bien, jóvenes alumnos; hemos tratado de la industria de la abogacía y demás carreras liberales, llegando á esta conclusión: que ellas no seducen por los provechos que prometen, esto es, bajo su faz lucrativa.

Tratemos ahora de su ciencia, de lo que ella representa y significa en nuestra sociabilidad.

Operado el milagro de que os hablaba hace un momento: discernido á todos nuestros conciudadanos y también á todas nuestras conciudadanas, como antes lo prometimos, el título que vosotros habéis merecido y, se sobreentiende, juntamente con el saber que vosotros habéis adquirido á costa de tantos afanes, resultaría simplemente esto: que ese título habría dejado de patentar una industria, para ser la expresión de la ciencia del ciudadano de un país libre, en que cada uno conoce sus derechos y sus deberes, á la vez de los medios eficaces de defender los primeros y cumplir fielmente los segundos.





No consintamos, pues, que una preocupación sea reemplazada por otra preocupación; que al desdén que las sociedades de otros tiempos profesaban al trabajo manual, venga á substituir el desdén por el trabajo intelectual, por las profesiones liberales, sometidas al criterio económico de su productividad y de los provechos que su ejercicio proporciona.

Para la ciencia económica es hoy una verdad demostrada que el trabajo intelectual es tan productivo como el trabajo manual.

Si es productor y elemento útil á la sociedad el albañil que coloca ladrillo sobre ladrillo para levantar el edificio, ¿no lo será también y con mejor título, el arquitecto, que trazó el plano y dirigió la construcción?

Si es productor el tipógrafo que imprime las leyes, ¿no lo será el jurisconsulto ó bien el legislador, que las concibió y dió forma como precepto social?

Una lección de profesor, decía Leroy-Beaulieu, puede tener más duración en el espíritu del discípulo y cambiar más su existencia que la taza de café que él bebe.

El eminente economista ha hecho resaltar la extraordinaria productividad de dos clases de trabajos intelectuales: el trabajo de descubrimiento ó de invención y el trabajo de administración ó dirección; notando que el trabajo puramente material participa de los defectos de la materia; no puede sino cambiar las partes que las constituyen y está, por fin, limitado en el tiempo y en el espacio; mientras que el trabajo intelectual participa de las propiedades del espíritu; puede esparcirse por el mundo entero y repercutir indefinidamente á través de las generaciones.

Estudiando Buckle en su celebrada *Historia de la civilización*, la influencia relativa de las leyes intelectuales y morales sobre el progreso de las sociedades, atribuía prelación á las primeras, porque los descubrimientos científicos están destinados á todos los siglos, á todos los tiempos difundiéndose como una co-



rriente perpetua é inagotable que arrastra en su caudal fecundo la semilla de la vida.

Preocupación vulgarísima es, sin duda, la que considera el diploma que acabáis de recibir como un simple billete de introducción á los estrados de los tribunales de justicia.

El campo que os permite recorrer con brillo es inmensamente vasto, aun prescindiendo de la augusta misión que el foro mismo os llama á desempeñar.

La economía política y las finanzas os han dado la clave del desarrollo y conservación de la riqueza en los individuos y en los estados. Pleito más valioso que aquél que compromete la fortuna privada, proporcionará grave motivo de estudio á vuestra preparación universitaria : es aquel pleito en que está comprometida la fortuna pública. Vasto campo para investigar contra las preocupaciones del contribuyente que clama de despojo su cooperación al mantenimiento del orden social; contra la prodigalidad y el despilfarro, vicios tan comunes en aquellos que administran la hacienda del estado; contra los traficantes sin conciencia que consideran el tesoro público como bien mostrenco ó sin dueño, abandonado á su rapacidad.

Las ciencias políticas que habéis estudiado, reclaman vuestra activa propaganda, para difundir en la masa del pueblo los principios en que descansa nuestro sistema de gobierno.

El sufragio popular en que reposa, es una arma de dos filos, que debe aprenderse á manejar, inoculando en las cabezas dirigentes los sanos principios del buen gobierno y el propósito sincero de realizarlo, para que desde allí irradien y se difundan hasta las últimas capas sociales. Vuestro título os habilita para ese santo apostolado.

Trabajemos, pues, día á día, sin tregua ni reposo por radicar en la práctica de nuestras instituciones, la sinceridad, la rectitud, la moralidad, sin la cual no hay principios que no sean palabras vanas



Será entonces, amigos míos, cuando nuestras prácticas políticas se armonicen con nuestra carta fundamental, que, al contemplar con amor el sol de la bandera argentina, podremos exclamar como Franklin, al firmar la gran constitución americana :

¡ Loado sea el Señor ! No es ese un sol que se pone, sino un sol que se levanta anunciando el día perdurable de la libertad en la república !

En cuanto á la ciencia del derecho internacional, ofrece también campo fértil á vuestra preparación universitaria, pues en ella se debaten las grandes cuestiones de que depende la prosperidad, la gloria y la existencia misma de los estados.

Hablo, señores, en una fiesta cosmopolita. Jóvenes distinguidos, venidos de distintas naciones en que están llamados á actuar eficazmente por su preparación y su carácter, fraternizan con nosotros los argentinos, poniendo de manifiesto la solidaridad internacional que nos une.

Hijos de la república del Uruguay, de Venezuela, del Paraguay, de los Estados Unidos americanos, de la madre patria, España, confiados á la enseñanza de nuestra universidad que les otorga el premio de sus afanes, demuestran, señores, que el derecho no tiene patria, y que la verdad, como el astro del día, irradia sus divinos resplandores sobre todas las latitudes del planeta.

Creo que conocéis el derecho internacional lo bastante para saber que, aunque constituido en la época moderna, junto con las grandes nacionalidades que surgieron de la descomposición del régimen feudal, ha podido, no obstante, como el derecho privado, creado desde la época antigua, tomar á la filosofía griega sus más altos ideales, á la escuela romana sus doctrinas estoicas, al cristianismo sus consoladoras esperanzas, á la reforma el espíritu crítico y á la filosofía actual sus anhelos por el mantenimiento de la paz y el predominio del derecho entre todos los pueblos.

El publicista Martens ha dividido la historia de las relaciones



internacionales en cuatro periodos que caracterizaba por la idea dominante que inspiraba la política de los estados.

En el primer período, comprendido desde los tiempos más remotos hasta la paz de Westphalia, en 1648, las relaciones de los estados eran determinadas por el principio del más completo aislamiento de las naciones y por el reinado de la fuerza física: en el segundo período, que se extiende hasta el congreso de Viena en 1815, un principio nuevo, el del equilibrio político, reemplaza á los anteriores; el tercer período, que llega hasta nuestros días, ha visto prevalecer el principio de las nacionalidades, el período futuro está reservado al predominio de la idea del derecho.

Pero la idea del derecho llamada á reinar, es la idea de la paz, de la igualdad, de la fraternidad entre los pueblos.

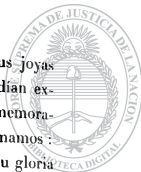
La paz armada es el cáncer que actualmente devora las grandes potencias europeas, labrando incesantemente su despoblación y su ruína, y esa situación insostenible y sin otra salida que un desarme general, difícil sino imposible de realizar, es el resultado y consecuencia necesaria del derecho de conquista, mantenido en los hechos aunque repudiado en la doctrina.

El intenso malestar que aflige esas antiguas civilizaciones, no es más que el fruto amargo de esa política internacional basada en el egoísmo, la desconfianza y la guerra, porque el odio es siempre estéril para el bien. En el mundo moral como en el mundo físico, sólo el amor es fecundo.

No hay ciencia sin ideal, jóvenes alumnos: y en la que rige las relaciones internacionales, más que en cualquiera otra, por la magnitud de la causa comprometida, cuidaos de no sacrificar jamás á intereses transitorios, las exigencias permanentes de la razón y la justicia.

Vosotros sabéis también que la nación argentina tiene su historia diplomática que constituye su tradición y su gloria.

Su pasado prueba que tiene aptitudes para la guerra, que ha sabido dignamente sostener, y no le ha faltado el valeroso con-



curso de las damas de Buenos Aires, que cambiaban sus joyas por armas para los soldados de la independencia y podían exclamar con verdad y con derecho, después de aquellas memorables victorias que nos dieron esta patria que tanto amamos :

« Yo armé el brazo de esos valientes que aseguraron su gloria y nuestra libertad. »

Pero aunque dotado para la guerra, nuestro país, desde los albores de su vida independiente, ha patrocinado con la propaganda y con los hechos, la adopción del arbitraje como medio de dirimir los conflictos internacionales, y la abolición absoluta del derecho de conquista.

La nación Argentina jamás fijó su vista en el mapa del nuevo mundo con el propósito de ensanchar sus fronteras legales. Si alguna vez las ha pasado, ahí está la historia para glorificarla ; ella enseña que se la vió en el Paraguay, en el Alto Perú, en la república Oriental, en Chile, en Lima y en el Ecuador, donde ha dejado girones de su bandera, no para conquistar territorios, sino para redimir pueblos hermanos.

No abandonemos jamás esa honrosa tradición nacional, y fieles á su enseñanza, subordinemos todos los conflictos al criterio de la justicia, único soberano de derecho divino que puede reclamar la precedencia entre todos los soberanos de la tierra.

Jóvenes alumnos :

El mago del cuento árabe poseía el secreto de la lámpara maravillosa que proporcionaba á quien la llevaba en sus manos, todo cuanto la voluntad humana pudiera ambicionar.

Y bien, señores, vosotros poséis también el codicioso talismán : la lámpara de Aladino es el trabajo.

Cuidaos de no arrumbarla como trasto viejo ó cambiarla por dijes más ó menos brillantes y vistosos, pero desprovistos de la



virtud mágica de vuestra lámpara; de lo contrario no faltarán rivales afortunados y astutos que os escamoteen honores, reposo, bienes, y aun la compañera encantadora de vuestra dicha.

Tiempos difíciles, y no lejanos aun, habéis pasado sin duda: épocas de prueba para la conciencia moral, en que la ambición prematura, el apetito del lucro, el descreimiento por la ciencia, por la virtud y sus grandes ideales, amenazaban inficionar como un contagio deletéreo todos los caracteres. La naturaleza humana desconocida en su elevada esencia parecía no conservar sino dos resortes propulsores: la codicia y el miedo.

Sé que el bienestar material es una condición del progreso social; pero el fin asignado á la vida humana — y vosotros podéis mejor que nadie entreverlo, desde la altura á que os han elevado vuestros estudios — no consiste en hacer fortuna, sino en perfeccionar las facultades intelectuales y morales, ennoblecerse, dignificarse, á fin de que pueda creerse, como decía nuestro gran pensador, que el sér humano fué realmente creado á imagen y semejanza de Dios.

No es un abogado, un doctor de la ley, ideal, irrealizable, el que os presento, señores, como modelo. No. Ayer no más desaparecía de entre nosotros su excelsa personificación con el nombre de Pedro Goyena, el querido maestro de los maestros. Las hadas parecían haber rivalizado en torno de su cuna para prodigarle todos sus dones, como uno de aquellos hijos predilectos de la leyenda. Pero, sea dicho en honor de esta casa : Goyena es ante todo una gloria universitaria.

Señores :

No sólo de pan vive el hombre, y la investigación especulativa, la ciencia, la cultura intelectual, la filosofía, en una palabra, recibirá culto perenne de las generaciones humanas, porque,



más tarde ó más temprano, se yergue ante nuestro paso la esfinge de la duda reclamando imperiosamente á la mente pensadora del hombre, la solución del problema de la vida y de cuanto le rodea.

La vista humana azorada puede apenas seguir el rápido desarrollo de las ciencias y sus portentosas aplicaciones; aun en las de carácter sociológico es tal el número de datos positivos, que una sola bastaría para llenar la vida del hombre más laborioso : *ars longa, vita brevis*.

Explicase de ese modo que el título que habéis merecido, no deriva alto significado, tanto del caudal de saber que representa, como de la aptitud que supone para responder á los grandes deberes y exigencias de la cultura social.

Los años consagrados al estudio del derecho en estas aulas, son como los ejercicios del recluta: indispensables para formar el verdadero soldado. Ellos crean la disciplina mental que forma el criterio jurídico. La existencia misma, la acción, hará lo demás, pues la experiencia es intransferible, y cada uno se labra su propio destino entre las virtudes y los desaciertos que constituyen la trama de la vida.

Jóvenes doctores :

Habéis velado vuestras armas como el paladín de los tiempos heroicos : quedáis, pues, armados caballeros. La liza está abierta. Entrad á ella con decisión. Que la justicia sea vuestro anhelo, el desinterés vuestro móvil, el honor vuestro guía, Dios y la patria el culto imperecedero de vuestro amor.



Jóvenes doctores:

Habéis colmado vuestras legítimas aspiraciones. Después de larga fatiga, llegáis al término de la jornada con la palma apetecida del triunfo. Os felicito, cordialmente, por éxito tan merecido.

La consagración al estudio, la lucha, el sacrificio, que en grado más ó menos intenso representa siempre el aprendizaje de las ciencias; las incertidumbres y las congojas que perturban frecuentemente el espíritu de los que se dedican á adquirirlas, proyectando sombras en el horizonte del porvenir, tienen sus amplias compensaciones cuando vencidos los obstáculos y adelantándose paso á paso por el escabroso sendero, se alcanza la íntima satisfacción de ver realizados los placenteros ensueños de la edad juvenil.

Ha sido sin duda grande la tarea, paciente la labor. Pero tal es la ley inflexible de las conquistas intelectuales. ¿Podrían ellas obtenerse acaso de la noche á la mañana, diré empleando la expresión de un literato contemporáneo, como esas flores que brotan espontáneamente de la tierra? ¿La Universidad habría podido discerniros los diplomas que acabáis de recibir, si no hubierais probado al cruzar lentamente por sus aulas, no sólo las



dotes de vuestra inteligencia, que son obra de Dios, sino el estudio, la meditación, la perseverancia, la vigilia, que son obra vuestra ?

Felices, señores, los que, como vosotros, pueden guardar ese timbre de honor en los recuerdos de su vida. Es una victoria en la que no hay vencidos, y que por el mismo hecho produce en el ánimo una expansión serena.

Felices, sobre todo, porque respondéis dignamente á la tierna y afectuosa expectativa de vuestros padres, que os han fortalecido con sus consejos en la hora amarga de las vacilaciones y que han tenido en todos los momentos para vosotros una palabra de consuelo, de aliento y de esperanza.

Pero cúpleme manifestaros en este acto que el título que acabáis de recibir tiene para vosotros una doble significación, porque si bien importa un honor del que podéis enorgulleceros justamente, os impone asimismo el deber de aumentar vuestros conocimientos, continuando con mayor empeño el derrotero que habéis trazado á vuestra vida y que os conducirá, si no vacila vuestra fe, ni flaquean vuestras fuerzas, á conquistar en las luchas del foro y en las tareas fecundas del hombre de ciencia, una reputación merecida.

Los laureles que en este momento recogéis requieren fecundos é intensos riegos, si es que queréis conservar siempre fresco el verdor de sus hojas y vigorizar eficazmente su savia.

No olvidéis jamás, que sólo por la continuidad en el esfuerzo, es posible alcanzar la cima á que deben encaminar sus pasos los que, como vosotros, tienen en su inteligencia un rayo de luz para iluminar la ruta, en su corazón el sentimiento de nobles ideales y elevados propósitos y en su voluntad el firme y constante anhelo de realizarlos rectamente, para bien propio y del cuerpo social á que se pertenece.

Os felicito, pues, y os despido al mismo tiempo, esperando que quedará grabado en vuestra memoria el recuerdo de una



casa en que se os dió la enseñanza de las ciencias jurídicas y sociales, donde cultivasteis afectos que no se borran por la acción del tiempo y donde recibís los honrosos diplomas que acabo de poner en vuestras manos.

En cuanto á vos, doctor Aguilar, que recibís el premio de la Facultad por vuestra brillante tesis sobre el tema señalado por ella, y por la nota de sobresaliente con que ha sido clasificada su defensa oral, aceptad las sinceras congratulaciones del maestro que participa efusivamente de la grata satisfacción que experimentáis al ver coronados vuestros afanes obteniendo la alta distinción que sólo pueden alcanzar las inteligencias sólidamente nutridas por la meditación y el estudio.

24 de mayo de 1893.





Jóvenes doctores:

Habéis tomado posesión de los estrados y hemos escuchado con placer el discurso que en vuestro nombre acaba de pronunciar el doctor Matienzo, con la precisión y elocuencia que manifestó desde estudiante.

Por mi parte, lamento sinceramente que la excusación de los señores académicos habilitados para despediros en este acto, me coloque en el caso de dirigiros apenas brevísimas palabras, en cumplimiento de las disposiciones reglamentarias.

Pruebas satisfactorias de competencia habéis dado en los numerosos exámenes rendidos y no podría encontrarse en vuestra conducta, como alumnos, la más mínima desviación del respeto debido á las autoridades y profesores y de la corrección que caracteriza una educación esmerada.

Pero debo recordaros que abandonáis esta casa en momentos en que, con motivo de las doctrinas sobre el socialismo, colectivismo y anarquismo que agitan los pueblos más civilizados de la Europa, se discute nuevamente la cuestión promovida por Bastiat en 1850, á raíz de las doctrinas socialistas de la revolución de 1848, sobre la influencia ó parte directa que pueden



tener en ella los diplomados universitarios, y en que en los centros de enseñanza se generalizan apreciaciones equivocadas sobre el gobierno y dirección de la instrucción, que agitan los espíritus y provocan manifestaciones que están en pugna con una correcta disciplina y con la conducta de que dieron siempre pruebas evidentes, siguiendo la vieja divisa del colegio Winchester, cuyos alumnos derramaron más de una vez su sangre en defensa de sus derechos: *Manner make the man*, las buenas maneras forman al hombre.

Tenéis, pues, una misión que llenar: es necesario comprobar lo primero y reaccionar contra lo último, procurando que los elementos conservadores comiencen á actuar y hagan sentir su influencia en las corrientes cuya desviación nos llevaría á la anarquía de la sociedad y de la enseñanza, como nos llevaron á la anarquía política la ignorancia y la confusión de los unos y la explotación de las pasiones malsanas de los otros.

El laborioso proceso de vuestros estudios universitarios ha terminado y espero que no incurriréis jamás en el camino de vuestra vida profesional en faltas que importen una infidencia á las sanas doctrinas jurídicas y morales que escuchasteis en las aulas y la cultura de que fueron saludable ejemplo vuestras relaciones con las autoridades y profesores de la facultad.

8 de julio de 1894



Señoras,
Señoritas,
Señores:

Esta casa es ordinariamente triste. Los alumnos llegan en las primeras horas de la mañana y rodean al profesor que sube á la cátedra con la preocupación de su enseñanza; el patio estrecho no se anima sino momentáneamente durante el intervalo de una clase á otra; terminada la última conferencia, maestros y discípulos se retiran y las salas desiertas se clausuran para no reabrirse hasta el día siguiente. Una sola vez el año cambia el aspecto de la casa, de los profesores y de los estudiantes, porque la facultad abre sus puertas para consagrar los nuevos doctores en presencia del señor rector de la universidad. La costumbre es tradicional y viene de lejos. Al principio, la ceremonia tenía lugar en el templo con la pomposa solemnidad de los actos oficiales. El rector vestía túnica con encajes y esclavina blanca, dos maceros con capa de color de grana, llevaban las insignias universitarias, como los lictores romanos llevaban las faces de los cónsules, y el nuevo doctor recibía gravemente el bonete simbólico, los guantes inmaculados y el anillo, que era signo del honor



adquirido en la cultura de las ciencias y en la profesión de la sabiduría: desde ese momento podía sentarse en la cátedra y enseñar.

El tiempo, ese gran maestro, como le llamaban los antiguos, ha transformado aquella ceremonia, que todavía conservan las universidades de Oxford y Cambridge, en una fiesta que nuestros predecesores habrían tomado por mundana. Los maceros han desaparecido; el señor rector no lleva túnica, ni buceta; los jóvenes graduados no se pondrán el bonete doctoral en nuestra presencia; la familia ha penetrado en el claustro, nuestra sala se llena anualmente con flores más sensibles que la mimosa, la divina armonía canta esperanzas y los maestros levantan la cabeza cargada de fatigas para saludar con una sonrisa el éxito de la juventud. Sin embargo, no hay motivo para que se alarmen los cultores del pasado; la ceremonia no perderá sus caracteres peculiares. La mujer está bien en todas partes, y los siglos no separarán jamás al elocuente doctor del siglo xii de la figura dolorida que ha incorporado los gritos de la pasión á las letras clásicas; las señoritas de Boston representan las tragedias de Sófoeles y seguramente fué una mujer, una madre la que condujo el primer niño á la primera escuela. La música entraba en el *quadri vienu* de las universidades de la edad media, al lado de la aritmética, de la geometría y de la astrología; y he leído, hace poco, que un santo del siglo xvi dejó prescripto como regla de su oratorio, que los padres se unieran á los fieles para excitarse á contemplar las cosas celestes con las armonías musicales. La juventud es hermosa como la mañana y ninguna alma buena se defiende del regocijo de sus triunfos; ¿por qué no celebráramos este año fecundo? el labrador sonríe cuando reverdece el campo trabajado.

Para que la ceremonia no pierda sus rasgos primitivos al través de la mudanza de los tiempos, basta que repitamos la plegaria del poeta, en la vieja lengua del Lacio que la humanidad civilizada



no quiere olvidar, porque ninguna otra, excepto el griego, ha dicho las bellas cosas de la vida con acentos tan puros.

Di, probos mores docili juventuti.

Di, senectuti placide quietem,

Romulique genti date remque, prolemque,

Et decus omne !

¡Dioses, dad costumbres puras á la dócil juventud. Dioses, dad plácida quietud á los ancianos y á la raza de Rómulo dadle riquezas, posteridad y todas las glorias!

Señores: Pidámosle al Dios de nuestros padres, fortaleza y virtud para la raza argentina...

Y ahora, recordemos lo que cuenta Luciano de Samosata. Fatigado Júpiter de las querellas de los hombres, envió á la justicia superior para que decidiera los pleitos que las ciencias y las artes habían promovido contra algunos mortales. (Como el asunto es profesional, debe interesar á los nuevos doctores.)

La Retórica acusó á un Sirio porque la había abandonado después de conquistar fortuna y gloria con sus dones. El Sirio contestó que la Retórica había cambiado de vida, que se acicalaba el rostro, se pintaba los ojos y el cabello y sacrificaba á esos artificios la reserva modesta, la ingenuidad y el noble desinterés que había amado tanto en ella el orador de Peanea. El Sirio fué absuelto y desde entonces no goza de buena fama.

Dejémosla, pues, de lado y volvamos el pensamiento con simplicidad, á las ideas más graves que sugiere esta ceremonia.

La estadística de la Facultad de derecho es una revelación. De los 187 alumnos que han ingresado este año en nuestras aulas, 95 han llegado de las provincias de Cuyo, del norte, del litoral y de las selvas del Chaco. Que sean bienvenidos! Serán los mejores obreros de nuestra nacionalidad, porque borran los últimos vestigios de las fronteras interprovinciales trazadas en un año de



demencia política. Más tarde vendrán los hijos de los colonos del Chubut, de sangre sajona, fecunda en todas partes para la libertad, y en pos de ellos, los niños de todas las razas que hayan nacido bajo la bandera argentina en la inmensa Patagonia, protegidos de las tempestades del occidente por las más altas cumbres de la cordillera de los Andes. Ahora la universidad de Buenos Aires ha conquistado, definitivamente, el carácter nacional de las instituciones que deben durar lo que dure la vida de nuestra república, y si no temiera caer en la exageración, agregaría que dentro de cincuenta años será el foco luminoso de cuatro repúblicas, que en la dignidad de la vida independiente no olvidan la fraternidad del pasado y nos envían sus hijos mejores para que honren nuestra casa con sus talentos.

Pero la universidad no es una universidad tal que pueda abrazar todos los intereses nacionales, y creo que es llegado el momento de que ella misma lo declare en términos explícitos. Estoy persuadido de que si todas las madres argentinas asistieran á esta fiesta, no habría una sola que no ambicionara el título doctoral para el hijo amado de sus entrañas; y sin embargo, si el cielo escuchara la plegaria materna, decretaría la desgracia de los hijos y la ruina de la república.

Si la juventud se aglomera en los claustros universitarios, no tardará en llegar para ella la vida difícil y precaria. Hace diez años, en 1885, ingresaron en esta facultad 29 alumnos; en 1895 han ingresado 187. Hace diez años todos los matriculados eran 142, hoy día llegan á 794. Siguiendo la misma proporción, en diez años más serán 4000! Es difícil imaginar lo que llegaría á ser una nación de 6.000.000 de habitantes con 4000 abogados. En la ciudad de Buenos Aires, donde el foro argentino tiene su sede, son 500 los que en la actualidad practican y parecen muchadumbre, ¿qué sucederá el día en que lleguen á 2000? La cifra es aterradora. ¿Faltará acaso, destino más útil ó más digna aplicación á la actividad intelectual del país?



Setenta años atrás se discutía en un congreso argentino cuál era el sistema de gobierno más adecuado para reconstituir la unidad nacional y el orador elocuente del federalismo describía el territorio de una provincia que produce los frutos más preciados del orbe, el añil de flores rojizas, de cuyo tallo macerado se extraen todos los matices del azul, la grana de Guatemala, la caña de azúcar, maderas selectas, el algodón, el salitre, y como si ésto no bastara abría los senos de la tierra para mostrar el fierro descompuesto por los fuegos subterráneos como se encuentra en la Siberia y en la isla de Elba: hablaba de Santiago del Estero. Si al fin del siglo volvemos los ojos hacia aquella infortunada provincia, la encontramos extenuada por la miseria, entre las portentosas riquezas que le otorgó el Creador.

Dorrego denunciaba los tesoros de La Rioja y de Catamarca que explotados debían hacer bajar el precio de la plata en el mundo, y el cerro de Famatina, equiparado al de Potosí, se conserva todavía intacto; San Luis acaba de encontrar en sus montañas los mármoles transparentes que los Césares buscaban para decorar sus palacios y en las provincias de Cuyo se cultiva la viña como en Corinto; hay lagos de petróleo y minas de oro en nuestras montañas y desde la cordillera hasta el Atlántico se dilatan planicies feraces, donde se pueden sembrar granos y apacentar ganados para abastecer la Europa. La raza argentina es sobria, inteligente y fuerte, debe pesar en los destinos del mundo, cuando la América sea el centro de una nueva civilización, y con las perspectivas de tan altos destinos, no es posible consentir que las generaciones selectas de nuestro tiempo extravíen su camino para llegar oprimidas por la necesidad, á las sórdidas contiendas de la curia, que depravan el carácter, ó á enredarse en la enmarañada madeja de la política de aldea, sin horizontes y sin ideales, dejando de lado las artes, la industria, el comercio, la verdadera ciencia y las verdaderas letras. Cada generación de hombres tiene la responsabilidad de esa época, sin otra excusa



que la fatalidad de las leyes históricas que pesan sobre su destino y ha llegado el momento de averiguar si haríamos obra buena llamando á nosotros la juventud argentina para alimentarnos con los jugos de su vitalidad, ó si es que nuestro deber es señalar nuevo rumbo para que busque su bienestar por camino más seguro. La verdad suele dejar en los labios un sabor amargo, porque suele ser amarga la semilla que después de germinar produce las flores más hermosas y los frutos más dulces.

La vieja y querida universidad debe subsistir y subsistirá para alumbrar la vida nacional con los destellos de los altos estudios. Ya ha servido con demasía las exigencias actuales del foro, y ahora le corresponde levantar la enseñanza del derecho á las regiones de la verdadera ciencia, restablecer la facultad de humanidades sobre la base sólida de la filología, de las letras clásicas y de la crítica histórica y reclamar con su poderosa autoridad moral la creación de las *universidades del trabajo*, que podrían comenzar con una escuela de artes y oficios, ó con una escuela de las bellas artes, que no por ser bellas dejan de ser útiles.

Savigny no habría fundado la escuela histórica del derecho si no hubiera enriquecido su espíritu con el estudio profundo de las costumbres y de las antigüedades romanas, pidiendo ayuda á las medallas, á las inscripciones, á los monumentos, para interpretar los textos ambiguos ó mutilados. Que las raíces vayan hondo para que el tronco sea más vigoroso y más verde el follaje, así crece la encina que vive siglos, así crece el ombú que los pobladores de Buenos Aires trajeron de las lagunas del Iberá. Una facultad de ciencias sociales no es siempre escuela de abogados, sino también escuela de estadistas, y si bien es cierto que Rivadavia no cursó aulas universitarias y que Sarmiento aprendió la ciencia del hombre argentino en el anfiteatro mismo de la vida nacional, donde los partidos embravecidos y los caudillos desaforados dilaceraban la república, sin dejarla de amar, también es cierto que los pueblos no pueden confiar su porvenir al

acaso afortunado de que aparezca un hombre excepcional en edad, para que tome la dirección del espíritu público y los salve de la barbarie.

Pero no debemos olvidar que en los pueblos modernos el comercio gana consideración sobre la toga, y no sería aventurado afirmar que durante todo el siglo xix no se ha reimpresso uno solo de los infolios que decoraban la biblioteca de los graves doctores y respetables camaristas que fundaron esta universidad, sin que sea posible lamentarlo, porque ahora se sabe que la civilización humana debe más á las aventuras lucrativas de los mercaderes fenicios que á las sutilezas de los sofistas griegos.

La industria, después de trabajar el pan del hombre bajo todos los climas, embellece la existencia con la cooperación de las artes del dibujo que le prestan ayuda como para fructificar su buen derecho á la resistencia en este siglo positivista, después de haber servido, en su hora, al sentimiento religioso y propagado la fe cristiana con las visiones místicas del renacimiento. Las ciencias físico-naturales prosperan en el mundo por sus aplicaciones útiles y se puede asegurar que, si la humanidad no camina para atrás, no volverán los tiempos del ergotismo escolástico, ni se le preguntará de nuevo á los astros el destino de los imperios.

Por otra parte, la labor intelectual no se ha limitado nunca al cultivo de las ciencias y de las letras. Los artífices de Tanagra modelaban en barro su pensamiento en líneas graciosas; el pintor remueve ideas como el poeta y canta las bellezas de lo creado en estrofas compuestas con los rayos de luz. Miguel Angel no fué inferior al Dante, y hoy día, un artista de genio esculpe en bronce una puerta que será más grandiosa que la de Ghiberti, porque ya se la anuncia como *libro de alta metafísica y de profunda psicología*, donde aparecen todos los desfallecimientos de la vida, las pasiones voraces, la embriaguez de la pasión, la eterna duda, todas las angustias y todos los sollozos del alma.





El temor de que un equivocado concepto de las conveniencias privadas engendre males para la república, me ha inducido a señalar peligros futuros que pueden evitarse con prudencia; pero no interpretaría bien mi pensamiento quien creyera que estimo en poco la carrera que profeso. En frente del abogado que flageló Juvenal pintándole con la espuma de la mentira sobre la boca, aparece la figura serena de Chauveau-Lagarde, el defensor de María Antonieta y de Carlota Corday, á quien recuerdo entre todos, como homenaje de gratitud, porque también defendió, con igual elocuencia y con éxito más afortunado, al general Miranda, el precursor de la independencia sudamericana, cuyo nombre figura en la lista gloriosa del arco de la estrella. Daniel Webster en el norte de este continente, y Mariano Moreno en nuestra propia historia, dicen los beneficios de esta profesión cuando se desempeña noblemente, con desinterés, con probidad y con talento.

Volvamos á nuestra fiesta, para terminar. Todos los que nos encontramos reunidos en esta sala nos sentimos atraídos recíprocamente — parece que voces amigas nos dijeran al oído que son comunes nuestras alegrías — juntémonos en un voto supremo por la felicidad de este núcleo brillante de juventud, que según el bello concepto de uno de los espíritus literarios más finos de nuestro tiempo, *ama y admira, como se debe amar y admirar: con exceso.*

8 de julio de 1895.



Señoras,

Señores:

Es vieja ya la costumbre universitaria de conferir los grados de derecho en la víspera de alguno de los grandes aniversarios nacionales. Alabo esta excelente práctica. Los maestros que la iniciaron hicieron una cosa buena y bella, á la vez. Se propusieron seguramente realzar y animar la fiesta de la inteligencia, dedicada á consagrar á un grupo de hombres de ley, con el recuerdo de un día glorioso; y se propusieron también solemnizar este día por medio de aquella fiesta.

Atribuyo á esta costumbre un altísimo significado y un efecto transcendental. Las conmemoraciones nacionales, las festividades, populares ó no populares, realizadas en un aniversario, producen algo más que algunos instantes de esparcimiento: ensanchan la imagen de la patria, vigorizan el sentimiento de la solidaridad, despiertan entusiasmos y suscitan emulaciones en una buena parte de la población, perpetúan las tradiciones, hacen más intensa una de las manifestaciones del altruismo, y moralizan así, indirecta, pero realmente, á la masa social. Mantener y extender el culto de la patria en el pueblo entero, es hoy más necesario que nunca, pues, como lo afirma un sabio eminente y como



todo induce á creerlo, se aproxima « la era de las muchedumbres », y el instante en que « el derecho divino de éstas reemplazará al derecho divino de los reyes ».

La República Argentina precisa, más que cualquiera otra nación, para fundir y amalgamar los numerosos é incoherentes elementos que concurren á su desarrollo, para atenuar ó suprimir muchas de las contradicciones hirientes que en ella existen, unificar á los hombres en el sentimiento de la nacionalidad y ofrecerles siempre el ideal de una patria grande y poderosa.

El día en que esta solemnidad se realiza, su significación y las circunstancias que rodean al acto se unen para fijar en la memoria de quienes son objeto de ella el recuerdo imborrable de la hora que pasa.

Jóvenes doctores:

Permitidme distraer algunos momentos vuestra atención, ocupada, sin duda, íntegramente, en escuchar la música de vuestras alegrías. Vuestro diploma es un instrumento de lucha, acredita la instrucción que habéis adquirido, destinada á emplearse utilitariamente, y os habilita para proseguir desde luego el camino de la vida con rumbo definido. Podéis con él aspirar á la fortuna, al renombre, á las posiciones brillantes y expectables, á señalar vuestra acción en la historia, á la gloria aun.

El anhelo de la riqueza, la acumulación de valores para conseguir los goces que es susceptible de proporcionar, nada tiene de condenable. La pobreza en sí, por ser tal, no es un mérito ni es deseable por nadie, ni para nadie, á pesar de ciertas afirmaciones contrarias y contradictorias.

No comparto la opinión verbal de los que la elogian y la presentan como una condición propia para el desarrollo de los sentimientos morales.

No conozco ricos que quieran dejar de serlo, ni pobres que no aspiren cada día á dar un eterno adiós á la pobreza.

Se comprende que no me refiero aquí al pequeño número de los escogidos, de los abnegados, enamorados perennemente de la caridad y del bien, siempre dispuestos á sacrificarse por sus semejantes, para quienes basta lo indispensable y quienes se consagran en silencio, con solicitud y con pasión, á aliviar dolores ó á enjugar lágrimas, á llevar la tranquilidad y la esperanza á los humildes y á todos aquellos para los que la suerte ha sido ruda y la vida sólo tiene asperezas. Empero, estos mismos amantes desinteresados de la virtud, que practican el bien sin esperar recompensa, que desdeñan la fortuna para sí, querrían poseerla en las mayores proporciones, para derramarla entre los menesterosos.

Señores:

Se interpretaría muy mal mi pensamiento si se creyese que insinúo, siquiera, á los nuevos doctores, la conveniencia de convertirse en «luchadores por la vida», en calculadores fríos é implacables del tanto por ciento. No, la fortuna es un medio y sólo como tal, porque agranda la personalidad, le ofrece recursos para mejorar sus aptitudes y le brinda satisfacciones legítimas, puede ser buscada. Cuando se la transforma en un fin, en una preocupación absorbente y dominante, rebaja el carácter, fomenta las inclinaciones inferiores, da pábulo á la avaricia, exalta el egoísmo despiadado y hace desgraciado al hombre, porque nada le basta entonces para saciar su sed de oro, que pide siempre más!

La riqueza con todas sus seducciones, con todo su poder deslumbrador, adquirida, no diré con mengua de la dignidad ó por medios netamente inmorales, sino por procedimientos más ó me-





nos tortuosos y turbios, aunque respeten el código penal, no vale lo que una pobreza altiva, sin ruido y sin tacha. Una conciencia recta y pura y una probidad inalterable, he ahí una de las realidades más dignas de ser ampliamente gozadas.

Los hombres que han recibido una educación detenida y esmerada, especial ó profesional, no pueden permanecer extraños é impasibles ante los graves é imponentes problemas que diariamente se suscitan en la sociedad; tienen un elevado papel que desempeñar. En las naciones en pleno y rápido crecimiento, como la Argentina, que reciben constantemente del exterior múltiples y variados elementos, surgen cada día arduas cuestiones sobre población, régimen educativo, industrias, condición de las clases inferiores, gobierno, policia de las costumbres, moralidad y moralización, y sobre mil tópicos sociales. Además, las graves disidencias que tantas inquietudes y tan hondas perturbaciones engendran en los pueblos viejos, repercuten ó se reproducen, á veces artificiosamente, en los países nuevos. Los hombres de cultura superior están obligados á preocuparse de todos esos problemas, á allegar elementos para despejarlos y á influir, en la medida en que es posible pesar sobre los acontecimientos, para que desaparezcan ó disminuyan las antinomias y las disconformidades y tienda á prevalecer la armonía entre las fuerzas de la nación.

Jóvenes doctores:

Os halláis en el caso á que aludo. Las ciencias jurídicas y sociales, en que habéis sido iniciados, son justamente las llamadas á ocuparse del hombre en las varias fases de su existencia, á indagar los fenómenos que se producen en el seno de la sociedad, á esclarecer los problemas que plantean, y á determinar las leyes que rigen esos mismos fenómenos. Entre aquellos problemas el



primero quizá, que deberá interesaros, es el de la influencia de los diplomados en el país, al cual se refería, el año último, desde este sitio, con su palabra inspirada, el hombre ilustre, el maestro elocuentísimo, Aristóbulo del Valle, cuya repentina desaparición lloramos.

Pero vuestros conocimientos constituyen una iniciación. Para colaborar proficuamente en la tarea común, cualesquiera que sean las direcciones que sigáis, es menester acrecentarlos sin cesar. La investigación científica no se detiene, ni retrocede. Precisáis, pues, continuar el estudio metódico y regular. La ciencia está en todos los órdenes de la actividad; nada le es extraño. Un procedimiento industrial ó un procedimiento de gobierno, la defensa en juicio de un derecho ó el cultivo del suelo, un invento útil ó la evolución de un cuerpo de ejército... todo, todo se funda en una verdad ó en un principio establecido por la ciencia.

Por otra parte, la ciencia es una de las aplicaciones más nobles y elevadas de la mente y es también una gran fuerza, un gran medio de vencer dificultades y de predominar. No sin razón los pueblos más poderosos y más prósperos han sido y son, al propio tiempo, los pueblos más sabios y más civilizados.

Doctores:

No os aseguraré que el estudio y el trabajo serán suficientes para apartar todos los obstáculos que se presenten en vuestro camino y obtener el triunfo, ni que el esfuerzo hecho y las penurias sufridas os serán recompensadas por la fama, por las distinciones ó por los honores. Sé bien que esta clase de éxito no siempre se alcanza. Empero, afirmo, sin vacilar, que la labor intelectual y la adquisición científica tienen en sí sus altas compensaciones, que el estudio es un consuelo en las horas amargas



y que la ciencia, cultivada con desinterés, por amor á la verdad, ennoblece, depura y « preserva á los espíritus de muchas brutalidades de la vida real », según la palabra de un fino escritor contemporáneo.

Cultivad la ciencia por lo que ella importa; no os dejéis devorar por la impaciencia de adquirir en veinticuatro horas lo que deberá ser obra de un esfuerzo persistente durante años; no olvidéis nunca la palabra empeñada; sed tenaces en la práctica de la justicia, de la verdad y del bien, como lo habéis sido para conquistar el diploma; tened siempre un ideal y un poco de optimismo; y pensad constantemente que « unir en sí la realidad del bien y la belleza del ideal, es el doble fin de la vida ». Así embelleceréis y fortaleceréis vuestro carácter.

El carácter más bello, ¿ no es, acaso, el menos doble, el más leal, el más fuerte, el más hidalgo, el más justo y el más veraz? Quien ame la verdad, la virtud y la justicia, odiará la bajeza, la intriga, la cobardía, la envidia, todas las bajas pasiones; y jamás permitirá que la mentira, en alguna de sus mil formas, empañe la parte más substancial de su sér.

Dejadme ahora expresar un deseo íntimo, para concluir. Cuenta Renan que « una de las leyendas más esparcidas en Bretaña es la de una pretendida ciudad de Ys, que, en una época desconocida, habría sido tragada por el mar... Los pescadores aseguran, dice, que en los días de tempestad, se vé, en los huecos de las olas, la punta de las flechas de sus iglesias; y que, en los días de calma, se oye subir del abismo el sonido de sus campanas, modulando el himno de la luz ».

Luego añade: « Me parece á menudo que tengo en el fondo del corazón una ciudad de Ys, que toca todavía campanas obstinadas en convocar á los oficios sagrados á fieles que ya no oyen. Á veces me detengo para prestar oído á esas temblorosas vibraciones, que me parecen venir de profundidades infinitas, como voces de otro mundo. En las aproximaciones de la vejez,



sobre todo, he sentido placer en recoger esos ruidos lejanos de una Atlántida desaparecida. »

Bien, jóvenes doctores, si el paso por esta casa de estudios os ha sido grato, ojalá que en el siglo próximo, al acercarnos a la vejez, cuando observéis al país transformado, fuerte, floreciente, lleno de luz, con su población triplicada, con su carácter definido y acentuándose rápida y vigorosamente el tipo superior de su raza, sin dejar de ser hombres de vuestro tiempo, sin desviar el pensamiento del futuro, os sintáis complacidos al escuchar los ecos lejanos de vuestra vida universitaria, al oír los ruidos, los rumores casi imperceptibles de esta fiesta, y creáis que es obra buena y grande fomentar el progreso de la vieja universidad.

He dicho.

8 de julio de 1896.





Señoras,

Señores:

Nuestra casa está de fiesta. La Facultad despide á los alumnos que han terminado sus estudios, rodeados de parientes, maestros, compañeros. El diploma que entrega es el testimonio de esfuerzos continuados por largos años, en que la voluntad ha perseverado para dominar todas las pruebas. Acredita el triunfo del carácter.

Pero me parece que, aun en esta atmósfera tibia del afecto que les circunda, apercibo en el rostro sonriente de nuestros nuevos compañeros, una sombra. ¡La juventud ha terminado! Por lo menos, ha pasado esa parte en que la existencia se desarrolla serena, sin las preocupaciones que angustian, siempre protegida por el apoyo de la familia. La vida plena del hombre ha empezado. ¡La hora de los deberes ha llegado!

El porvenir que veían en lontananza, está ahí, delante de ellos, invitándolos á resolverlo, no por la esperanza de alcanzar los favores con que la suerte obsequia á los felices, sino por el esfuerzo propio, porque hasta la adversidad cede cuando se siente violentada por fuertes brazos, y los espíritus viriles buscan en



sí mismos, en el estudio, en el trabajo, en la enérgica decisión de llegar, la solución del problema de la vida.

Y al hablar de deberes, no me refiero á los del abogado. No tiene la profesión, en un sentido elevado, ninguno que sea particular de ella: la verdad, la lealtad, el valor, son los deberes comunes de todo hombre de bien. Aludo á los que determinan las responsabilidades humanas, y también, á los del universitario del que ha recibido los beneficios de la instrucción científica.

La Facultad, dirigiéndola, desempeña una función social, y la parte más subalterna de su misión es la de formar profesionales: su tendencia superior es, ó debe ser, la de formar hombres de ciencia.

Al devolver á la masa social los alumnos que solicitaron su enseñanza, no es el aumento de algunos miembros más habilitados para la magistratura, ó la defensa de los derechos privados, lo que importa. Es la incorporación de nuevos elementos vivos, formados en la disciplina de los métodos científicos, acostumbrados á pensar sobre las graves cuestiones que interesan á los pueblos, trayendo, si no soluciones, ideas, dirección que influyan en la formación de la opinión nacional.

Es esa la misión de las universidades. Y deben desempeñarla con la plena conciencia de su papel, porque el siglo se va dejando una inmensa vacilación en el espíritu de los estudiosos. Las ideas experimentan una profunda transformación en materia de derecho privado, sin acertar á traducirse en formas definitivas, porque como sucede en el primer período de toda evolución, existe la conciencia del movimiento y no el de la dirección.

La preocupación dominante en este siglo en los pueblos de nuestro grupo de civilización, ha sido el derecho público. Se despertaron buscando la fórmula nueva que resolvería todas las cuestiones sociales. La libertad fué el ideal que persiguieron con la pasión de las grandes esperanzas, ignorantes é ilustrados, estadistas y mártires. Muchas naciones surgieron á la vida inde-



pendiente; otras consiguieron su unidad; todas establecieron el sistema del gobierno propio.

El régimen de la libertad ha sido fundado y, sin embargo, aun en aquellos países en que funciona en la forma más regular, una profunda decepción amarga los espíritus. Las condiciones políticas han sido modificadas, pero la humanidad sigue afligida por las mismas injusticias, y las grandes cuestiones sociales, si han cambiado de forma, han conservado su alarmante gravedad.

Es que se pidió á la reforma del derecho público, lo que no podía dar, porque no gobierna las relaciones individuales, y se cometió el error de dejar inmóviles las instituciones de derecho privado, corrigiéndolas en algunos detalles, pero conservando las líneas fundamentales de su sistema secular.

La nación más libre de la tierra, no ha acertado á resolver su dificultad fundamental, que consiste en una cuestión de derecho privado, y un pueblo entero se muere de miseria, de ignorancia, de consunción, dentro un mal régimen de arrendamiento, porque no hay la osadía necesaria para aplicarle el remedio ¡tan favorosos son los términos del problema!

La tendencia bien acentuada de nuestra época es buscar en la reforma de las instituciones del derecho civil la solución de las cuestiones que preocupan á pueblos y gobiernos. Quizá se persiga otra vez una ilusión, desde que sólo en parte dependen de la legislación. Pero el hecho constante es, que en todas partes se dictan leyes especiales, se discuten reglas nuevas, se estudian como problemas jurídicos los que antes no se consideraban sino como problemas económicos.

Las ideas cambian, aun las fundamentales, en legislación. Recojo de una obra de derecho civil, escrita por universitarios y para universitarios, esta afirmación que caracteriza bien la actual evolución: « La legitimidad de la propiedad no consiste, á despecho de todos los esfuerzos tentados para encontrarle otra



base, sino en la superioridad económica de la propiedad privada sobre la propiedad colectiva. »

¡Cuánta distancia ha recorrido el pensamiento humano! La propiedad, fundamento de las sociedades, perpetua, inamovible, para los escritores de derecho natural, no descansa ya en principios absolutos, conexos con la naturaleza del sér. ¡Es solamente un régimen económico, que se mantiene por ser el mejor en el estado actual de la civilización!

Al lado de esa corriente de ideas, existe otra que empuja hacia las reformas, no ya en el terreno ardiente de las cuestiones sociales, sino en el más tranquilo de las jurídico-económicas.

Ya hace medio siglo había indicado Rossi, que los códigos no se ajustaban bien á las necesidades contemporáneas, por no haber tomado en consideración el inmenso acrecimiento de los valores muebles que constituyen la parte principal de los patrimonios modernos. Los inmuebles, regidos por principios diversos, eran sometidos, en cambio, á una minuciosa reglamentación, llenos de trabas calculadas con el objeto de conservarlos en poder de las familias, sujetos á interminables acciones reipersecutorias.

Algo se ha adelantado respecto de los primeros por medio de leyes que muestran la timidez que se experimenta para encuadrar sus reglas dentro del sistema general.

En cambio, los principios que rigen los inmuebles sufren hondas transformaciones. El contrato abstracto de enajenación del código alemán, inicia la reforma llevando á sus últimas consecuencias la teoría de la transcripción, y les desembaraza de las trabas que tanto perjudican el establecimiento de un buen sistema de crédito real. Hasta de una colonia situada en el otro extremo del mundo nos llega, rejuvenecido, un concepto destinado á prevalecer. Los viejos cánones son abandonados, y tal vez no está lejano el día en que los inmuebles sean considerados como simples valores de circulación y la máxima « en materia de in-

muebles, la transcripción equivale á título si emana del propietario aparente » sea uno de los principios fundamentales del derecho.

No me detendré en otros puntos, porque no es mi ánimo señalar cuáles partes del sistema general de derecho privado están en vías de transformación, sino mostrar que una evolución ha empezado. Sí. Todo lo indica: así como el derecho público ha sido la principal preocupación de nuestro siglo, la del futuro será el derecho privado, porque es el que organiza las instituciones que gobiernan las relaciones comprometidas en las graves cuestiones contemporáneas.

Pero advierto que si por todas partes se habla de reformas, nadie puede afirmar á ciencia cierta en qué consistirán, y que las ideas permanecen vagas, sin concretarse en fórmulas definidas.

Y lo atribuyo á que el movimiento es principalmente dirigido por sectarios de un lado, y del otro, por los políticos y los economistas. Los jurisconsultos están, hasta cierto punto, alejados de él.

Pienso que esta abstención es peligrosa, y que la tendencia de los estudios en que se han formado los hombres de ley, la ha determinado.

Hubo una época en que la acción de los jurisconsultos influyó de manera poderosa en el movimiento social. En las fronteras de la edad media y la moderna, sirvieron la causa de la civilización transformando el derecho feudal, y con él, la propiedad, las sucesiones, el régimen personal; contribuyeron eficazmente al desarrollo de los privilegios municipales, y desembarazaron al estado de las invasiones de jurisdicción con que se menoscababa su independencia. Fueron el instrumento más inteligente y activo que el poder central empleó para fundar las nacionalidades modernas.

Muchas causas influyeron para que el espíritu que les animaba





decayera, y la principal, tal vez, fué el estudio del derecho romano, que les había dado el arma más eficaz con que lucharon. Una tendencia natural les condujo á buscar el dominio de un cuerpo completo y cerrado de legislación. Se hicieron eruditos; buscaron la regla y sus aplicaciones. Conocidas, la investigación había terminado. En vez de jurisconsultos, se convirtieron en legistas.

Echados en esa vía, y con ellos las universidades, el desarrollo del derecho privado, en épocas en que la economía política ó no había nacido ó daba sus primeros pasos, en que no existía la crítica histórica, y el derecho público y la filosofía iban por caminos tan distantes de los actuales, debía necesariamente detenerse. El mayor resultado á que podía llegarse era á fundir unos cuantos principios germánicos en el cuerpo de las leyes romanas.

Los códigos actuales son, en su mayor parte, el resultado de esa ciencia de eruditos. El viejo Pothier es, de una manera más próxima ó más remota, su oráculo. Un rescripto imperial constituye la única razón que se expone para explicar muchas disposiciones, cuando no existe una piedra de los palacios en que fué dictado, y cuando todas las condiciones de vida de las sociedades, ideas, hombres, cosas, han cambiado esencialmente.

La literatura científica continúa por la antigua vía. Aun las obras más recientes de derecho civil son escritas como si su único objeto fuese la exposición de las reglas y su explicación, y no debiera comprender el estudio fundamental de todas las razones que hubiesen influido en su establecimiento. Uno de los escritores más estimados, llega hasta afirmar que este estudio es ajeno á la ciencia jurídica, y corresponde á la de la legislación, que nadie expone y nadie enseña.

El estado actual de las cosas impone otro criterio. En los momentos en que tantas reglas del derecho privado son objeto de controversias, el jurisconsulto no puede permanecer ajeno á ellas, porque ni los políticos, ni los economistas están habilitados



para dominarlas. Sería cometer un error de la misma naturaleza que el padecido por los escritores de derecho natural que buscaban principios abstractos y absolutos para regir las relaciones humanas, y pretendían fundar una ciencia separada del derecho positivo. El derecho no es ciencia especulativa; es ciencia experimental, ciencia de gobierno.

El jurisconsulto es el único que puede ocuparse con fruto de las cuestiones de legislación, porque es el que está preparado por sus estudios para saber si la transformación de un principio es posible dentro del sistema general, y en qué medida altera las reglas conexas. Es, además, el único que puede traducirle en formas vivas, dándole su desarrollo lógico y haciéndole eficaz por la adaptación de las demás instituciones enlazadas con él.

Es ese su papel, y la dirección de los estudios universitarios debe tender á dar á la sociedad hombres capaces de desempeñarlo. El derecho positivo no puede ser ya enseñado sino pidiendo á las ciencias auxiliares todos sus elementos, y sometiendo á un análisis fundamental tanto las instituciones. como su reglamentación; la ley, como las razones que la informan. Hay que seguir, para decir todo mi pensamiento, los mismos métodos con que Comte y Spencer dieron nuevos horizontes á otra rama del saber humano.

Y así desaparecerán la vaguedad y la incertidumbre de ideas con que ahora se marcha, y las universidades, en vez de permanecer substraídas al movimiento, pondrán al servicio de la sociedad una masa de hombres sólidamente preparados en todas las cuestiones que la afectan, animados por ese espíritu de unidad que es el rasgo característico de la acción de aquellas corporaciones.

Los sorprendentes descubrimientos de las ciencias biológicas prueban cuánto puede obtenerse por el empleo de métodos severos de investigación, y por la suma de muchos esfuerzos concentrados en una dirección común. Las inteligencias más po-



derosas son estériles cuando no poseen á fondo los conocimientos necesarios. ¿Quién dudará de que la influencia de Bentham hubiera sido otra, si hubiese tenido la ciencia de Savigny?

Esa tarea colectiva de las universidades, es también la particular de los hombres que han dedicado su vida á las profesiones científicas. ¡Es la vuestra, jóvenes! Abandonarla, es desertar, porque todos debemos á la sociedad la contribución de nuestras fuerzas, por modesta que sea, para ayudarla á alcanzar el bienestar común, corregir las injusticias, dar paz á los humildes.

¿Y qué destino más elevado puede darse á la vida, que el de servir á su país persiguiendo la causa de la verdad?

He dicho.

8 de julio de 1897.



Señor rector,
Señores académicos,
Señoras y señores:

Más de una vez hemos escuchado complacidos, en este mismo recinto, la palabra elocuente de nuestros primeros oradores.

Retraído por este recuerdo y por una predisposición especial de mi ánimo, me siento con poca fuerza para cumplir el honroso encargo de la Facultad de derecho y ciencias sociales para despedir en su nombre, de esta casa, esa falange de jóvenes que, volviendo triunfantes al hogar de donde salieron para luchar hasta adquirir la luz del saber que los ha de guiar en el camino de la vida práctica, van á entrar á desempeñar en la sociedad el rol que les depare el destino.

Cumpliré, no obstante, mi cometido, sino con la lucidez que otros, con la sinceridad del maestro que despide á sus alumnos, con el cariño del padre que da consejos á sus hijos.

Jóvenes doctores:

El diploma que acabáis de recibir testifica el bagaje científico que en esta casa se os ha preparado para emprender el camino de la vida activa del hombre.



Si procuráis aumentarlo llenaréis al fin el destino que os señala vuestra carrera en aquellas palabras del rescripto imperial del gran Justiniano: « El camino por nos descubierto es para que se formen óptimos ministros de la justicia y de la república, y nos acompañe la mayor gloria en todos los siglos. »

Pero si en vez de aumentar el caudal de conocimientos con que la universidad os devuelve á la sociedad; si os conformáis con ostentar el honroso título de doctor; si vuestras aspiraciones se reducen á *quedar sabiendo sin aprender*, como dijo un ilustre profesor (1), habréis faltado á deberes que vuestro título os impone y que la sociedad tenía derecho á exigir.

Libreme Dios de marchitar vuestras ilusiones en el momento más deseado de la vida de estudiante, en que á vuestras encantadoras ilusiones se entretejen coronas de laurel y festivas guirnaldas formando arcos triunfales al entrar á la vida real, y en que colmáis las más legítimas aspiraciones de vuestras familias, recibiendo un título en el cual podéis y debéis cifrar el más grato porvenir.

Pero faltaría á mi deber sí, al felicitaros por el término de vuestra carrera, si al deciros adiós en nombre de la facultad y al recibirlos con los brazos abiertos en el mío propio como soldado de la misma arma, no os advirtiera, en el lenguaje sencillo de la verdad, la importancia transcendental que tiene el título que acabáis de recibir, los deberes que tenéis que cumplir, los escollos con que tropezaréis en vuestro camino y los medios con que podéis allanarlos.

Ante todo, se me ocurre preguntar, ¿qué es vuestra carrera. ó más bien, qué son y qué papel desempeñan en la sociedad los altos estudios universitarios?

(1) Bulhoas Carvalho, de la Facultad libre de Rio de Janeiro.



Para unos representan la esterilidad; para otros el progreso. Yo acepto lo uno y lo otro; pero creo que la sociedad puede hacer que sólo sean lo segundo.

Los altos estudios universitarios han sido y deben ser la base fundamental del engrandecimiento económico, social y político de una nación; y también pueden, pero no deben ser, la causa de su decrepitud económica, social y política.

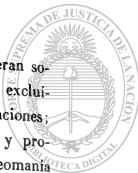
Con esto quiero decir que la atracción que ejerce la universidad sobre la juventud que viene á sus aulas, no puede ser una causa de alarma por temor de que se recienta el progreso material del país por un centenar de jóvenes que se gradúan en derecho, medicina, ingeniería y ciencias exactas, creyendo que son brazos que se distraen á la agricultura, al comercio, etc., etc.

El mal no está en que las puertas de la universidad se abran á todos los que quieran entrar en ella; el mal está en que las puertas de la sociedad no se cierren á las nulidades patentadas, que pretenden saberlo todo; á los malvados que no creen deshonrar despreciar la ley y burlarse de la moral y la justicia; sicofantas que profanan la ciencia en servicio de los déspotas disfrazados de gobiernos republicanos, y de las multitudes inconscientes.

La ciencia del derecho no debe juzgarse por los crímenes que se cometen en su nombre, ni por el desprecio que merecen sus profanadores, sino por el bien que hacen á la patria los que cumplen con sus altos deberes.

Cada individuo desempeña un rol en la sociedad; y los altos estudios universitarios, que producen sabios y mediocridades, nunca pueden ser un obstáculo para que cada uno de los jóvenes que dejan las aulas cumpla con el destino que le señalen sus aptitudes. Cualquiera que sea el rumbo que den á su actividad, siempre llevarán consigo un caudal de conocimientos útiles.

El mal está en que esas mediocridades, que de todas las uni-



versidades del mundo salen, ó inteligencias que no quieran someterse á la disciplina del estudio, se crean por su título excluidas de concurrir al trabajo en cualquiera de sus manifestaciones; así se convierten en verdaderos parias de la sociedad, y producen el proletariado intelectual, que recurre á la empleomanía como única salvación.

De ésto no puede culparse á las universidades. Una misma planta produce buenos y malos frutos, pero no por ésto se debe arrancar el árbol.

Es un problema social que hay que resolverlo en otra forma y en otro lugar. El resultado práctico de los altos estudios universitarios es muy distinto.

En toda sociedad bien organizada debe haber un grupo de hombres, no importa el número, que substrayéndose á los trabajos materiales, á la actividad comercial y á las agitaciones políticas del momento, se dediquen al estudio de la ciencia en todas sus manifestaciones, que reunan conocimientos, que hagan experimentos, que saquen de la historia todo el provecho que su enseñanza puede dar.

De esos obreros, así preparados en las universidades, y dedicados á llenar su misión, saldrá el legislador, el economista, el higienista, el historiador, el estadista, el publicista, en fin, el progreso en todas sus manifestaciones, y la felicidad en todo su esplendor.

El materialismo corruptor seguirá creyendo que los altos estudios universitarios, aun bien aprovechados, representan la esterilidad, porque no ven ni oyen sonar el oro que entre las arcas como efecto inmediato; pero es que no ven que una producción más segura y menos expuesta á pérdidas, es la que alcanzan los pueblos que tienen la dicha de contar con grandes ilustraciones que rijan sus destinos.

Ignoran que la ciencia en buenas manos es como la lámpara maravillosa de Aladino, que produce todo lo que ellos desearían.



Es que no comprenden que los hombres ilustrados son los co-productores de la riqueza, verdad demostrada por los grandes economistas como un descubrimiento experimental, probando que la riqueza es obra de tres elementos: los sabios, los capitales y los obreros.

Es que no saben que no hay hábiles obreros, buenos labradores, ni comerciantes honrados donde no hay leyes sabias que garantan sus derechos y jueces ilustrados y rectos que hagan cumplir esas leyes.

No saben que las contribuciones con que el individuo concurre al sostenimiento de los gastos del estado es un sacrificio estéril y odioso, si no hay economistas honrados que intervengan en su distribución, en su empleo y que estudien científicamente los medios de aumentar la riqueza pública.

Es porque creen candorosamente, como decía desde este mismo sitio el malogrado doctor López, que la cifra es la fuerza, que el montón de hombres es el progreso, que para el engrandecimiento de una nación basta que se muevan los brazos aunque duerman inertes los cerebros !

¡Craso y fatal error que más de un pueblo ha tenido que lamentar! La poderosa nave que no tiene guía experto se sumerge al primer vendaval.

Tenemos plétora de abogados que defiendan pleitos; pero tenemos crisis de grandes ilustraciones que dirijan esta poderosa Arca de Noé, que se llama República Argentina.

Si del punto de vista económico pasamos á estudiar el problema desde el punto de vista político y social, peores son las consecuencias de la falta de altos estudios universitarios, agregada á la tolerancia, ó más bien dicho, indiferencia pública, con que se ve desempeñar los puestos públicos en que debieran estar las eminencias, á mediocridades, y aun nulidades, que la sola



aspiración á ocuparlos debía mirarse como una insolencia lanzada á la sociedad.

El poder de las ilustraciones, noble y santo en su objeto, persuasivo, suave, pero enérgico y sin vacilaciones en sus medios, es de alta transcendencia en sus efectos políticos y sociales.

El poder del charlatanismo, de las oligarquías iletradas, de los Cresos ignorantes, de los especuladores políticos, innoble en su objeto, violento unas veces y otras humilde y siempre bajo en sus medios, es desastroso, fatal y necesariamente en sus efectos, cualquiera que sea la esfera en que actúe.

Un filósofo profundo ha dicho: Los cuerpos políticos necesitan almas y las almas de estos cuerpos deben ser los sabios. El patriotismo ilustrado avanza la causa de la patria dirigiéndose por el camino de la verdad; el que no lo es la atrasa y entorpece.

El alma de los cuerpos políticos, llámesele estado ó nación, es la manifestación exterior que se refleja, diré así, en el espíritu público; faltando el espíritu público sabiamente dirigido, no habrá riqueza estable, no habrá libertad consolidada; nadie le respetará como pueblo culto y civilizado; en la paz será un pueblo materialista, sin religión, sin arte, sin administración, y el lujo burgués y la ostentación de mal gusto serán sus únicos ideales.

En la guerra será débil, inepto para defender sus propios intereses, porque para vencer, más que cañones se necesita orden y administración. La historia antigua y moderna da testimonio de esto.

Y es imposible que exista espíritu público, ó por lo menos que dé resultados prácticos, por más que los pueblos sean desinteresados, laboriosos y patrióticos, donde no hay ilustraciones que lo formen y sostengan debidamente, puesto que esas masas, como decía hace poco un publicista, obran por sugestión de los hombres culminantes, cuya influencia prepondera.



Un estanciero ó un comerciante honrado y laborioso, será un elemento utilísimo á la sociedad, y administrará bien sus propios intereses; pero será una verdadera calamidad como hombre público sino posee la ciencia del financista, del economista, y la que es aun más difícil, la ciencia del gobierno, que tuvieron Washington y el modesto obrero Franklin, para aplicarla á la administración pública si en ella quieren tomar parte.

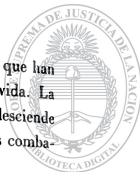
Faltando esas grandes ilustraciones, que son el centro de atracción de los elementos sanos y el escollo en que se quiebran las aspiraciones de círculo, viene el caudillaje irresponsable, que ha sido y será siempre fatal á la prosperidad del país.

Esos caudillos, aun los mejor intencionados, viéndose impotentes para resolver los grandes problemas sociales ó políticos, sólo atienden los intereses de su círculo; y es sabido que estos intereses de círculo siempre son antagónicos.

Pero el espíritu público levantado por los estadistas de principio, por las grandes ilustraciones que hacen ver á los pueblos el caos de la anarquía y las bellezas del orden, es fecundo porque produce la libertad, es seguro porque camina iluminado por la claridad inextinguible del saber, y es duradero porque se funda en los principios inmutables de justicia, que es el más fuerte baluarte de la libertad humana.

Esas ilustraciones salen de estas casas (salvo rarísima y muy honrosas excepciones); de esa juventud iniciada en los altos estudios sociales salieron Paso y Castelli, que con las luces del saber iluminaron la junta del año 10; Moreno y Belgrano, que enseñaron á los pueblos el camino de la libertad; Monteagudo, Serrano, Oro, Varela, Mármol, Gutiérrez, Vélez Sarsfield, Rawson, Avellaneda y mil otros que con sólo el poder de su saber contribuyeron á darnos una organización política estable.

Todos los que han marcado el camino del engrandecimiento argentino, han sido, si no doctores, doctos formados á la luz de la lámpara solitaria del modesto gabinete de estudio.



De esas ilustraciones necesitamos para reemplazar las que han desaparecido, ó que se encuentran en el ocaso de la vida. La universidad las dará si la intelectualidad argentina no desciende de su nivel atraída por la frivolidad, que todos debemos combatir sin miramiento alguno.

No debemos fiarnos demasiado en nuestro adelanto material, y para no dar razón á las reflexiones de un compatriota nuestro, que desde este mismo sitio decía que ya se afirmaba que éramos un pueblo escéptico, que hasta había dejado de ser fuerte y belicoso, sigamos su consejo: « volver al pasado, inspirarnos en la influencia clásica de la revolución argentina, defender la América del materialismo que amenaza; ser dignos para ser fuertes; ser fuertes para ser grandes ».

Los pueblos no sólo necesitan de soldados que los defiendan, sino también de ciudadanos que los ilustren, de estadistas que, á despecho del orgullo burgués materialista, les diga que la nación está en los surcos de los campos, en la cabaña del labrador, en el taller del artesano; y que el arado y la azada valen más que los dijes del lujo y la vanidad de los que sin ciencia, se creen señores del universo; que la sociedad debe tener sentimientos más elevados; que la honradez, la moralidad y la ciencia son la sabia que da vida lozana á los pueblos y que realzan la dignidad humana.

Tal es, señores, la misión del hombre de ciencia y que cada uno de vosotros debe procurar llenar en la esfera que le corresponda actuar.

Pero no basta ser ilustrado para llenar tan altos fines; si la ciencia no va acompañada de la más severa moralidad pública y privada, no solo es inútil, sino perjudicial en alto grado; nada más repugnante y pernicioso que la ilustración puesta al servicio de la inmoralidad. Para tan pobre fin no vale la pena que

existan universidades; una aldea de rústicos pero honrados labradores y artesanos, será más feliz y más fuerte que un gran pueblo gobernado por explotadores de la riqueza pública.

Es necesario que adoptéis como guía de vuestros actos aquellos tres preceptos que Justiniano adoptó como reglas de derecho, y que fueron dictadas desde la misteriosa cumbre del Gólgota: *Honestæ vivere, alterum non lædere, suum cuique tribuere*.

Esto significa que debéis dar alto ejemplo de moralidad pública y privada, de elevación de espíritu, de independencia de carácter, de desinterés, de respeto por lo justo, de abnegación y patriotismo. Significa que sólo en el seno de la templanza, en la tranquilidad de la virtud, es donde se forma el pensador profundo y el sabio grande y sublime. Sólo á este precio podréis ser sabios.

Si queréis placeres, la ciencia misma os ofrecerá una fuente inagotable donde podéis saciarlos. Hasta las amarguras de la suerte se dulcifican con el estudio, ha dicho D'Aguesseau.

Interrogad á los hombres ilustres de nuestro país hasta donde llegó su placer cuando, observando la sociedad, estudiando los problemas políticos, sociales y económicos, pudieron con legítimo orgullo ver la patria engrandecida porque el fruto de sus meditaciones se puso al servicio de su progreso.

Un ejemplo elocuente tenéis en las manifestaciones de simpatía que la república entera, pocos días ha, tributaba á un ilustre patricio con motivo de su cumpleaños (1). Su voz rejuvenecida demostraba cuán grande era su satisfacción por este acto de justicia nacida del prestigio que le han dado sus servicios á la patria y su consagración á las ciencias sociales.

Como abogados, debéis defender la justicia sin más remuneración que el placer de defenderla, cuando vuestro trabajo no pueda

(1) General Mitre





ser remunerado por el cliente sin disminuir el pan de sus hijos. Lo contrario sólo hacen los mercaderes de escritos.

Como juez, castigad con energía y expulsad de los estrados del tribunal á esa gente que son el baldón y la ignominia del foro, que sólo se ocupan de hacer pleitos inicuos para ganar honorarios.

Haced que la justicia sea pronta y barata; de lo contrario no tendrá legítimamente el nombre de tal la que administréis, porque costará más pedir justicia que ser víctima.

Que Dios os libre de dar el espectáculo repugnante de la balanza de la justicia inclinándose del lado de los poderosos, ó de las influencias malsanas, por sólo ser pobre y sin influencia el que demanda lo suyo.

Como legislador y como hombre público, si vuestro partido tiene una bandera de principios, seguidla con energía y sin vacilaciones: pero cuando sólo se trate de la conveniencia de vuestro partido ó de sus afiliados, acordaos que *justitia est constans et perpetua volunta jus suum cuique tribundi*, y no trepidéis, aunque os llamen tráfuga, en cumplir con voluntad firme y constante ese precepto de dar á cada uno lo que es suyo.

Esto es lo que constituye el verdadero carácter del hombre y el patriotismo bien entendido. Esas complacencias partidistas son las que pierden á los mismos partidos, porque principian por rebajar el propio decoro y dignidad de sus miembros, obligándoles á aceptar un mandato para faltar á su propia conciencia y escarnecer la justicia.

Sed pródigos y generosos con vuestros bienes de fortuna, pero sed exageradamente ordenados y económicos con los intereses del estado. No basta que vosotros no los dilapidéis, es necesario evitar que otros lo hagan, so pena de caer en la misma culpa.

Procurad conservar siempre en vuestra alma el sentimiento de lo justo; esto os hará grandes y dignos.

En la lucha perenne contra la inmoralidad, revestida muchas



veces con las galas del poder, y hasta del prestigio social, contra la presunción, contra la frivolidad, el escepticismo y las oligarquías malsanas, y, sobre todo contra el insolente menosprecio de la ley, de la virtud y del valor cívico, no desmayéis jamás. Desde la cátedra ó desde la prensa cumplid con vuestro deber, sin violencia de palabras, pero con energía y sin vacilaciones, con dignidad y altura. Vencidos ó vencedores seréis de este modo siempre respetados.

Veréis muchas veces la injusticia triunfante, veréis que el desorden no se reprime, porque así conviene á los gobernantes que trafican con el poder; veréis recompensados con todas las consideraciones á quienes, hablando siempre en nombre de la moral y del derecho, no han hecho otra cosa que escudarse en él para falsearlo en servicio de sus intereses. Ante este espectáculo, que la falta de tiempo no me permite mostraros con todos sus horrores, sabed que la idea del escepticismo llega á debilitar muchos espíritus fuertes.

Es que en presencia del desorden triunfante y adoptado como norma de conducta, las conciencias más rectas llegan á dudar si las leyes de la moral, del honor y de la justicia son meras reglas accidentales de hechos ó costumbres pasadas y que ya no tienen razón de ser. Y es tan contagioso ese mal que el mismo Pascal, ese espíritu fuerte y lleno de fe, llegó á dudar, si no de la justicia divina, por lo menos de la justicia humana, como se conoce en sus tristes *Pensamientos*. Estad preparados para esta descepción, que envenena la sabia del progreso cuando cunde.

Para evitar el contagio, fortaleced vuestro espíritu recordando el texto latino que habéis estudiado y que enseña que las leyes de la moral, como preceptos divinos, son firmes é inmutables. *Divina quadam providentia constituta semper firma atque immutabilia permanet.*

Tened seguridad que al fin triunfaréis en la defensa del derecho, que es inalterable, como decía el orador riograndés á que



aludí antes, porque las pasiones que parecen cambiarlo, son como las ondas que se levantan, se abaten, se confunden, sin alterar jamás el nivel del océano, siempre el mismo en su lecho inmutable y profundo, ora le pasen por encima las tempestades, ora se refleje en sus aguas límpidas la serenidad del firmamento.

Recorred entonces la historia y veréis que no os encontráis solos; que los preceptos de la moral y la dignidad humana, no son palabras inútiles; que hay pueblos que los respetan y castigan á los que los violan.

Esto despertará vuestro interés y os dará la fuerza necesaria para combatir la influencia corruptora del escepticismo, que desgraciadamente avanza infiltrándose como el veneno en el organismo social.

Os pido disculpa jóvenes, que en este día de purísimas y bellas ilusiones para vosotros y vuestras familias, y de recuerdos históricos que enaltecen la heroica patria argentina, os haya hablado de tormentas que amenazan cubrir el espléndido y claro horizonte de vuestras bellas esperanzas en el porvenir; pero era necesario deciros la verdad para que supiérais á que ateneros.

No os detengo más tiempo; id al seno de la familia á recibir las puras caricias, y pagar con un abrazo tierno la inmensa deuda de gratitud á los seres queridos que guiaron vuestros primeros pasos, hasta ponerlos en la senda de la vida del hombre.

Del cumplimiento de vuestro juramento Dios y la patria os pedirán cuenta.

He dicho.

8 de julio de 1898

JUAN AGUSTÍN GARCÍA



Señores decanos,

Señoras,

Señores:

Esta ceremonia, reunión de profesores, alumnos, familias y amigos, ha sido rodeada siempre por la academia de cierta pompa solemne: es ya una tradición. Desde los primeros pasos de las universidades en la vida moderna, el día de la colación de grados era fecha memorable para la escuela, para la iglesia y para la sociedad. Al acto concurrían las autoridades, las personas de alta figuración social y política, los prelados. El claustro se adornaba. Salían de la penumbra ordinaria los viejos sillones de cuero de Córdoba, las banderas, los estandartes, los tesoros artísticos. Antes, como ahora, con las diferencias que naturalmente impone el nuevo medio, el joven laureado sostenía su tesis *pro utroque parte*, equivalente de vuestro discurso, doctor Rodríguez Larreta, desde esa misma tribuna, gastada por lo años, con sus borlas simbólicas pendientes de esos cordones de seda medio raídos, las mismas que la adornaban entonces, con sus colores apagados que han perdido su lustre, confundiéndose en una nota suave y discreta. La conservamos, aunque desentone en esta de-



coración moderna, porque somos tradicionalistas. El estudio del derecho nos infunde el místico respeto de las cosas viejas, sentimiento estimable entre todos, porque implica la solidaridad de las diversas generaciones, el vínculo poderoso é indestructible que une al presente con el pasado en esa dolorosa y complicada trama de la historia, que nos unirá á nosotros con nuestros descendientes. Es un consuelo: nos asegura una pequeña parte de inmortalidad, la prolongación de nuestra vida en las generaciones futuras, la persistencia de nuestras ideas y aspiraciones de nuestras alegrías y dolores. Inconscientemente vivimos la existencia de los que nos precedieron en este suelo. Sus luchas y agitaciones, todo el conjunto de su vida mental no ha desaparecido bajo la tierra que transforma sus cuerpos. Flotan en el ambiente en que vivimos, penetrando nuestros pensamientos, imprimiendo rumbo á la vida individual y colectiva, dirigiendo nuestras acciones. Por eso animamos hoy estos muros con los retratos de los que fueron maestros en la casa, Estrada, López, Goyena, Gutiérrez, Avellaneda, Del Valle, Diego Alcorta, Lafinur, Moreno, Malaver: queremos que, presencien los resultados de tantos esfuerzos, que vean próspera y feliz la institución que contribuyeron á formar con su trabajo intelectual y moral. Esos obreros de la civilización argentina son objeto de nuestro culto: los veneramos porque pusieron todas las energías de sus espíritus en la santa empresa de formar el alma nacional, en el triunfo de la verdad científica ó práctica. Alguno sacrificó la vida en aras de un ideal de justicia claramente entrevisto, y aceptado con ese noble y sereno estoicismo que inspira á sus fieles la Idea.

Nuestra ciencia, señores, modela noblemente el alma humana. Es probable que alguna vez, enervados por las dificultades del estudio, los códigos os hayan hecho sonreír. ¡Quién sabe si no se ha insinuado un sentimiento fugaz de desprecio por la casuística y dialéctica inseparables del derecho práctico! ¡Qué extra-



ña ilusión de escepticismo os da vuestra inteligencia! Desconfiemos, señores. El derecho deja una huella tan profunda, que á pesar vuestro seguirá indeleble toda la vida. Se apodera con tanta energía de los principales resortes del juego mental, que á pesar vuestro, dominará irresistiblemente las tendencias intelectuales y morales. Nada más natural y lógico; es una síntesis de la vida humana. Considerad de un punto de vista elevado lo que significa un capítulo del código: esa institución, contrato, derecho real, que aparece tan bien ordenada, con su aspecto de teoría especulativa, dividida en artículos, clara, precisa, basada en ciertos principios fundamentales, sus premisas y consecuencias enlazadas con lógica y método; no es la obra de un jurisconsulto ó político, la simple votación de un congreso, la última deducción de una rigurosa dialéctica. Es el resultado de innumerables deseos, aspiraciones y sentimientos; de dolores profundos, vivamente sufridos por muchas generaciones de hombres, que lucharon y murieron para modificar lentamente las instituciones, resultado que toma su forma transitoria, fugitiva en la ley. Analizad, por ejemplo, la propiedad: nada más árido y monótono que esa sucesión de preceptos, relaciones con vecinos, condóminos, medianeros, reglamentación de muros, cercos, servidumbres; una casuística difícil, sin vida ni interés científico. salve para los pleitistas. Pero imaginemos un lote de tierra de ahora dos ó tres siglos; innumerables derechos, vinculaciones, impuestos, prerrogativas soberanas del propietario noble, limitaciones odiosas al dominio villano, una complicada serie de trabas regidas por lo arbitrario. Una vegetación de leyes y costumbres enfermiza y raquítica ha invadido el sitio; son arbustos parasitarios, llenos de espinas que se clavan dolorosamente en el cuerpo del labrador; apenas dejan un espacio libre de sombras, con plena luz, donde se respire con tranquilidad; sólo el irresistible deseo de vivir mantiene al hombre sobre ese suelo infernal. Recordáis la lúgubre descripción de La Bruyère, « se



ven ciertos animales huraños, negros, lívidos, quemados por el sol, atados á la tierra que trabajan y remueven con tenacidad invencible. Tienen como una voz articulada, y cuando se paran sobre sus pies, muestran una faz humana »... De esa sucesión de injusticias surge poco á poco una aspiración general, una tendencia colectiva, una fuerza moral tan irresistible como las fuerzas materiales. Bajo su acción el terreno se limpia. Aquí cae un derecho, allá otro; el horizonte se despeja, se puede labrar, cosechar, moverse con libertad; el propietario, villano ó noble, es dueño de su cosa y de sus frutos. También las fórmulas del álgebra son áridas y sin vida, pero cuando se piensa que esos grupos de letras representan el cálculo de resistencia de un puente, la construcción de un viaducto, la posibilidad de perforar una montaña, la traza de un ferrocarril, se diría que se impregnan de la emoción, el trabajo, la belleza moral que significan esas obras.

Coincidencia curiosa, señores: en el instante crítico de un derecho, al iniciarse su decadencia, ese trabajo de desorganización interna que pasa desapercibido para el vulgo, aparece siempre el jurisconsulto ó filósofo que sintetiza todas esas aspiraciones sociales, todavía vagas, informes, inconscientes, penetra con profundo análisis hasta sus últimas raíces, y da la fórmula clara y precisa, la teoría oportuna, la palabra general que resume la interminable serie de fenómenos, y muestra de relieve el vínculo que los une, el rasgo común, predominante, que engloba en la misma familia á todos los deseos, sentimientos, alegrías y dolores de una época, señalándoles su rumbo, es decir, dándoles conciencia. Fué la obra de Lutero, Kant, Savigny, Hegel, Fichte, en Alemania; de Voltaire, Rousseau, los enciclopedistas en Francia; de Moreno en la Argentina. Esos hombres son la flor de los estudios superiores. Indispensables en una nación que no esté destinada á morir pronto, sólo se forman en universidades muy concurridas, para que la selección se opere con amplitud, aunque como en la naturaleza, se sacrifiquen innumerables

gérmenes para obtener la planta privilegiada, llena de vida y hermosura.

Por eso, señores, en todos los países civilizados, especialmente en Inglaterra, Estados Unidos y Alemania se satura á la juventud de latín, griego, filosofía, literatura, se trabaja la inteligencia con las disciplinas desinteresadas que la fortifican, educando al mismo tiempo el alma, inspirando preciosos sentimientos de solidaridad social, sin los cuales no puede prosperar una nación, no obstante la transitoria grandeza de su comercio, ganadería y agricultura. Por eso, señores, á raíz del desastre de Jena, en medio de la desolación y de la ruína, los estadistas prusianos discípulos de Kant, fundaron la universidad de Berlín, para que diera una cultura especialmente científica, reaccionando contra el sistema utilitario de Federico II. « Filósofos habituados á contemplar lo eterno é inmutable, no se desanimaron por el accidente de un desastre militar ». El gobierno la dotó con esplendidez, instalándola en un palacio real. Llamó á Savigny, Wolf y Reid para que organizaran los estudios de derecho, filosofía y medicina. Era ministro de instrucción pública un sabio de admirable talento, « colaborador de Kant, más bien que su discípulo: tuvo especial cuidado de rodearse de los mejores consejeros, convocó una delegación de sabios encargada de fijar los principios y máximas en que debía inspirarse la administración ». Ese ministro era Humboldt. ¡Y podría citar tantos ejemplos! En todas las naciones que han dejado huella en la historia, se encuentra ese grupo de hombres dirigentes, formados con las culturas desinteresadas, armónicamente desenvueltas « espíritus sanos — dice Macaulay, refiriéndose á la primer generación de estadistas ingleses, — no tenían facultades particulares especialmente desarrolladas, pero un vigor y salud viril reinaba en todo su sér. Eran humanistas. La naturaleza y el ejercicio habían formado sus espíritus para los trabajos especulativos. Y su política, se distinguió por su moderación y firmeza, por





su invención y espíritu de iniciativa ». Por sí solos, los estudios llamados vulgarmente prácticos son inútiles y perjudiciales, porque ocupan la mente debilitándola. Un jurisconsulto no es un diccionario de legislación y jurisprudencia que tiene catalogada en su memoria toda la casuística jurídica; ese es simplemente un desgraciado. Yo llamo jurisconsulto, sociólogo, al hombre de inteligencia bien ponderada, que sabe pensar y pensar bien, con energía, eficacia y poder sintético; que sabe atacar las dificultades de un problema con seguridad y exactitud de juicio, con un instrumento bien afilado, flexible, que penetre fácilmente por los más pequeños intersticios, que con su intuición lleve la luz hasta la misma esencia oculta de las cosas, que tenga la serenidad indispensable para sobreponerse á las propias y ajenas pasiones y considerar los problemas más arduos de un punto de vista elevado.

Nuestro país ha sido siempre demasiado utilitario. Durante la época colonial, su aspiración fué la libertad de comercio, su ideal único la riqueza. Buenos Aires se fundó para explotar los ganados que pululaban en sus pampas. Se diría que el vicio originario imprimió su sello característico á la evolución futura del país. Las universidades de Córdoba y Charcas, el colegio de San Carlos, tolerados de mala gana por los reyes, nos evitaron el triste destino de una factoría española, nos dieron la inteligencia indispensable para no morir. Si en 1810 se hubiera seguido la inspiración del comercio, ganadería y agricultura, todavía estaríamos bajo el dominio español. Con un poco de buena administración, regularidad en los impuestos, la reforma del sistema económico, quedaban ampliamente satisfechos sus deseos: sobre todo con el orden, la paz, que multiplican las riquezas y permiten gozar de las buenas y plácidas digestiones. Los que nos dieron patria, los que mirando por encima de esos intereses momentáneos, tuvieron la visión nítida del porvenir, fueron los universitarios, y los bachilleres en filosofía y los doctores en de-

recho nos ganaron las primeras victorias de la revolución. Creedme, señores, amad la universidad, no la sacrificuéis al aplauso efímero de las multitudes ininteligentes, es el *alma mater*, la noble esencia de la patria.

Las universidades nos darán la solución de todos nuestros problemas sociales, cuando se haya generalizado el estudio de las ciencias políticas del punto de vista argentino. Es la tarea que os corresponde, jóvenes premiados, servir á la república estudiándola. De la ciencia extranjera solo debéis tomar los métodos: son instrumentos de primer orden para descubrir la verdad. Penetrad con confianza en el campo nacional: nuestros fenómenos económicos, políticos y morales, son tan interesantes como los europeos. Solo falta que unos cuantos hombres de talento los describan y clasifiquen, metodizándolos, indicando sus leyes y tendencias. Hacedlo, señores: este trabajo original y fecundo os cubrirá de gloria. Habréis merecido bien de la patria, enseñándonos á comprenderla y servirla.

Voy á terminar. La responsabilidad que aceptáis al recibir el diploma es muy grande. No solo tenéis que mantener la república en la altura que la dejen vuestros padres, tenéis que llevarla allá. ¿Sabéis como? Llenándola, impregnándola, saturándola de ideal. Si al pensar en su porvenir la imaginara como una colosal estancia, cruzada de ferrocarriles y canales, llena de talleres, con populosas ciudades, abundante en riquezas de todo género, pero sin un sabio, un artista y un filósofo, preferiría pertenecer al más miserable rincón de la tierra donde todavía vibrara el sentimiento de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno.

8 de julio de 1899.







Señor decano,

Señoras,

Señores :

Hace ocho años que en una ceremonia como ésta, desde la misma tribuna de que desciende ahora el doctor Paz, me despedía yo también en nombre de mis condiscípulos, y recuerdo que entonces, en una expansión de profunda y sincera gratitud, decía que era injusto abandonar esta casa entre fiestas y alegrías.

Después, he aprendido alguna cosa del mundo y de la vida: me he mezclado un poco en la lucha de los intereses humanos: he visto, sobre todo, la suerte de mi generación en sus mejores años y aquella ingenua expresión de juventud se ha convertido en un pensamiento serio y doloroso, al comparar la serenidad de este ambiente con los rigores de la vida militante.

Cuando pienso que este grupo de juventud, alegre y lozano, lleno de justas ilusiones, preparado por el saber y el desarrollo de su espíritu para los mejores destinos, podrá perderse mañana en la obscuridad como tantos otros; que encontrará cerradas las altas puertas por donde se pasa con la cabeza erguida; que apenas logrará con esfuerzos dolorosos labrarse una posición inde-



pendiente, ya que por fortuna la ilustración y el talento se unen rara vez al servilismo; cuando pienso en eso, me parece que tantas banderas se pliegan con tristeza, que hay notas melancólicas en los acordes musicales, que esas flores pueden ser las flores que adornen las muertas esperanzas...

Estos jóvenes doctores han aprendido aquí las puras abstracciones de la ciencia — esos principios del derecho que son también las reglas de la moral civilizada — y no me parece que pueda corresponder mejor á la honra que me cabe de dirigirles la palabra, que diciéndoles con franqueza lo que van á encontrar allí afuera, al salir de esta casa respetable y querida.

Me perdonarán ellos mismos si al descubrir el cuadro de la realidad, borro por un momento de sus rostros la jovial sonrisa, y sobre todo, me perdonaréis vosotras, las madres que asistís á esta fiesta con el corazón henchido de justas alegrías, porque sois madres al fin y podéis saber mejor que nadie cómo se mezclan el placer y el dolor, cómo se truecan en la vida las dulces ilusiones por las ásperas verdades.

Esta juventud, al salir de aquí, pensará primero en el trabajo, para aliviar á sus padres de la carga sobrellevada durante el largo tiempo de su preparación intelectual y tentará, sin duda, y con confianza, las diversas vías de actividad que ofrece á sus hijos una nación rica y laboriosa. Sabrá pronto con sorpresa que el trabajo es difícil y que rinde poco, que se asegura apenas con dedicación y ahorro el bienestar de las familias, porque el estado necesita de la mejor parte de sus esfuerzos para costear las enormes sumas de su presupuesto y de la deuda pública. En vano buscará esa vida cómoda, esa vida fácil, el trabajo retribuido con largueza que proporciona todos los placeres y que es á menudo el triste consuelo de los pueblos que se desenvuelven sin ideales y sin luchas.

Tendrá que dedicarse con empeño infatigable al trabajo cotidiano y entonces alguien le dirá, tal vez, que no estudia, que



no escribe, que no piensa porque sólo persigue á las mariposas que llevan polvo de oro en sus alas. Será una grande injusticia, pero si llegáis, amigos míos, á escuchar ese reproche, contestad que habéis oído á un hombre joven que conoce á sus contemporáneos, expresar delante de vosotros esta expansión personal.

Pertenezco á una generación que ha pasado los treinta años.

Era inteligente y laboriosa y había recogido en las aulas el elogio de sus mejores catedráticos : los jóvenes que la formaban entraron en la vida con empuje y han bregado con tezon, pero ninguno de ellos ha podido labrarse con su propio esfuerzo una posición independiente, ninguno de ellos ha alcanzado todavía la fortuna ni se encuentra siquiera en el camino de lograrla. ¿ Sabéis por qué ? Porque somos una generación condenada á redimir en muchos años de trabajo obscuro y perseverante, los desórdenes ajenos.

Hay á menudo dignidad en la pobreza y más de un pueblo ha comprometido su bienestar económico pidiendo á la renta pública sumas considerables para fundar escuelas de más alta cultura, grandes museos, institutos científicos, academias donde el arte se cultive, alguna corporación donde se estudien profundamente la lengua y la historia nacional ; pero entre nosotros, perdida la esperanza del enriquecimiento material, esos refugios se buscarán sin encontrarlos. Los caudales han tomado otro camino.

Esta juventud inteligente tendrá también, señores, el justo anhelo de la vida pública y podrá ostentarlo sin cuidado, porque si es delito perseguir las posiciones como sitios de placer y cómodas prebendas, es noble ambición buscarlas como puestos de pensamiento y de trabajo. Dar á su país en la acción gubernativa, con honradez y dignidad, el fruto de los conocimientos adquiridos, es la más grande y la más noble aspiración de la vida republicana.

Por desgracia, encontrará cerrados los caminos anchos y hon-



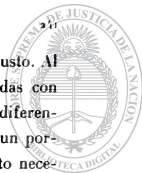
rosos, esos caminos constitucionales que ha aprendido en esta casa, donde se marcha con firmeza y se habla con altivez, y tendrá, entonces, que detenerse antes de agitar á la república con fuertes voces en la hora presente ó de agolparse sin esperanza en la senda tortuosa donde se recibe el premio mezquino en recompensa de abjuraciones demasiado duras.

Si esperáis algún tiempo, jóvenes doctores, os llamarán indiferentes; pero si os preguntan por qué no rompéis las barreras con violencia, decidles que la espera puede ser patriótica y más segura; que si es triste que una generación se forme sin libertad, es más triste todavía que se forme sin ejemplos; decidles que ellos mismos cuando fueron jóvenes, si levantaron la mirada á las alturas, buscando el ejemplo y la luz, vieron allá arriba la múltiple labor de Mitre, la fiebre civilizadora de Sarmiento, el fervor intelectual de Avellaneda... También se marchitan los trigales y se pierde, acaso, la cosecha del año cuando no cae de las alturas la lluvia que agita la savia de la tierra ni brilla á su tiempo en el cielo el rayo de sol que madura las mieses.

Otras generaciones argentinas han sufrido mucho. Aquella que vivió en los campamentos para conquistar la independencia nacional con sacrificios inmortales. Ésa, recibió la gloria en recompensa. La otra que se mezcló en los horrores de la guerra civil, agitada por pasiones terribles, con la ruda fibra de los tiempos inorgánicos: ésa, ha vivido también y es su gloria haberle dado á la república las formas definitivas de su constitución política. Aquélla que se fué de la patria, que Rosas dispersó y cuya odisea hemos cantado tantas veces. Aquélla misma fué combatida con varonil franqueza, templó su alma en la lucha y desenvolvió su ilustración y su talento en las vigiliass del destierro.

Ninguna generación argentina se ha visto esterilizada y abatida por esas seducciones que producen debilidad en los caracteres y laxitud en las conciencias.

No quisiera que se tomaran mis palabras como un desengaño



premature ó como el fruto amargo de un pesimismo injusto. Al contrario, conozco el país y sé que sus riquezas dirigidas con espíritu ilustrado y recto, cubrirían en pocos años las diferencias del presente. La nación que habita este suelo tiene un porvenir seguro mientras la carne y el pan sean el alimento necesario de los hombres.

Estos mismos jóvenes se confundirán mañana con la sociedad argentina y verán por todas partes, en la prensa, en los círculos sociales, en las calles, centenares de espíritus austeros y una juventud altiva que ya comienza á ser legión. Si recorren nuestras campañas, esos prados siempre fértiles con que la mano de Dios ha cubierto la tierra argentina, encontrarán también un pueblo honrado que trabaja con asombrosa resignación.

Cuando hablo con franqueza y alzo un poco la voz para trazar el cuadro de la vida actual, es porque tengo la esperanza, por la misma simpatía que me inspira la nueva generación, de que pueda ser ella la primera que levante la cabeza en la atmósfera pesada, derribe con mano varonil el castillo de las grandes mentiras y devuelva á la república su antigua austeridad.

Si levanta la vista y no encuentra ejemplos, que abra las páginas de nuestra historia. Allí está la vida de San Martín. El gran capitán que pudo imponer á la mitad de la América su predominio personal fué pobre, fué virtuoso y humilde, y era tan modesto su traje de soldado que los godos llamábanle « rotoso. » Ahí está la vida de Belgrano. Si una vez recibió de los poderes públicos una donación cuantiosa por sus servicios á la causa americana, la tomó para destinarla á la fundación de escuelas populares y él mismo escribió sus programas.

¿ Mas para qué recordar todas las grandes figuras de nuestra historia ? ¿ No sabe acaso la juventud, que está llena de virtudes y de grandes sacrificios ? Que medite, pues, sobre estos ejemplos ilustres y en seguida que elija con independencia su camino.

He terminado, jóvenes doctores.

Al partir, os digo en nombre de esta casa, que cualquiera que sea vuestra suerte podéis mirarla como la casa paterna, el templo siempre abierto donde vengáis á recoger de nuevo los principios de libertad y de justicia ó á refrescar en los días de incertidumbre vuestro espíritu fatigado con el plácido recuerdo de la vida juvenil. Si buscáis un consejo, encontraréis aquí, por muchos años rigiendo sus destinos, á un hombre virtuoso que da á la juventud el ejemplo de su vida y está rodeado por el amor filial de tres generaciones.

8 de julio de 1900.





Jóvenes doctores:

La Facultad ostenta sus mejores galas, asociándose al regocijo que embargan las almas de los que reciben el codiciado galardón de sus afanes, y se recrean anticipadamente con el espectáculo de las alegrías inefables del hogar, de las emociones relampagueantes en los ojos de los seres queridos.

Y en presencia de esta conmovedora ceremonia, no escapará de mis labios sino un frío y pálido reflejo de los sentimientos de quienes han ejercido la tutela científica que hoy termina, y durante la cual se han desarrollado afectos derivados del estudio común, afectos que hoy salen de su crisálida para volar en vuestro seguimiento acompañándoos en forma de votos propicios porque sea la experiencia de la vida refuerzo de vuestro criterio, tema de vuestras observaciones y punto de aplicación de vuestra voluntad.

Tenéis tres campos abiertos á la actividad de vuestras inteligencias, como acaba de expresarlo elocuentemente un ilustrado graduado : ú os dedicáis al cultivo de la ciencia jurídica que hoy funde el molde de las sociedades humanas; ó sentís la necesidad de hacer uso del diploma como un instrumento de lucha profe-



sional: ó bien aplicáis vuestras aptitudes y energías á la reforma del régimen político de la república.

Á la reflexión precede, según Méry, un rayo divino que es como una aurora intelectual: se llama el presentimiento. Pues bien, jóvenes colegas, no desdenéis esa ráfaga luminosa; en ella va envuelto el beso fúnebre del antepasado moribundo, y el ósculo tibio de los que constituyen el hogar presente ó futuro; en ella se condensa el voto sincero de académicos y maestros, que os han contemplado y animado en la arena del ensayo, y que desde ese sitio seguirán ansiosos vuestros pasos, deseando que, si es posible, todos lleguéis á la cumbre: unos, imponiendo el hábito del ejercicio virtuoso de las instituciones políticas; otros, contribuyendo á elevar nuestro foro al nivel del que se alza erigido en las viejas sociedades europeas, y los demás, efectuando el análisis de las reglas consagradas del derecho contemporáneo, para depurarlas de sus taras doctrinarias ó accidentales.

Os contemplo ansiosos de lucha, preparados á lanzaros al estudio, con vuestro ligero equipo de licenciados del aula; y juzgo de mi deber haceros algunas indicaciones de las que tal vez reservaréis algunos mendrugos, como los que, como recuerdo del hogar, son conservados en la mochila del conscripto. Sois el porvenir y no podréis substraeros á las miradas del presente que hace sus últimas jornadas, ni á las influencias del pasado que representan las efigies de los maestros del derecho, y que os invitan á deteneros respetuosamente para aspirar el espíritu de sinceridad y de justicia que se eleva de sus tumbas venerandas!...

No conocéis sino el lado fácil y seductor del mundo; sus sendas cubiertas de halagos, sus cielos teñidos de ilusiones, perspectivas estimulantes de la infancia y de la mocedad. Pero, desde hoy, habréis de internaros en los grandes caminos de la vida, con sus marañas abajo, con sus tormentas arriba. Sin otra brú-



jula y sin más lastre que lo adquirido en esta casa, vais á lanzaros en plena lucha por la existencia, como el inexperto Gil Blas, cuando salió de Oviedo, escapando del salteador mendigo, para caer en el lisonjero parásito del mesón de Peñafior.

No os alarméis, empero, ante las dificultades de las primeras jornadas, porque éstas van á decidir del temple de vuestra fortaleza: es el espaldarazo medioeval que sirve de piedra de toque en la caballería moderna, cuya armadura es la toga, y sus armas el libro del jurisconsulto y la oratoria del letrado.

Precaveos, sí, del medio ambiente, saturado de prejuicios, de preocupaciones, de modas importadas, que os desvalijarán como en las encrucijadas, volcando los principios de vuestras alforjas universitarias.

Jóvenes sanos y rebosando entusiasmo, tal vez os sentiréis atraídos por los encantos de la literatura y el arte, exponiéndolos á sumergiros en la onda que han enturbiado los trasuntos del naturalismo europeo. Y caeréis en el vulgarismo, caricatura estéril de la escuela realista, cuyo fenómeno reflejo es la sonrisa irónica con que se menta á los semidioses Shakespeare y Wagner.

¡No, amigos míos! El sentimiento estético no se encuentra, como las trufas, escarbando el *humus* de la inmensa llanura humana. Con ese materia se hará, á lo sumo, una obra gigantesca como la pirámide de Cheops; pero no se erigirá un monumento de belleza como el Júpiter de Fidias.

Los maestros del naturalismo francés podrán ser modelos admirables por el estilo y la estructura interna de sus producciones: pero sus personajes no han sido vaciados en el molde extraordinario de las eminencias históricas, de caracteres fantásticos pero inolvidables, ó de idiosincrasias más ó menos universales: como los Césares de Suetonio y los varones de Plutarco, como el Oteló, el Don Juan y el Quijote.

¡Habéis estudiado la historia, y sabéis que ella se hace con nombres y no con multitudes anónimas. ¿Cómo queréis, pues,



que un sedimento formado por el oleaje secular, oculte el tesoro que impregna el alma con las armonías de lo grande y de lo bello?...

Si os hablo del vulgarismo es porque juzgo que entraña tendencias perjudiciales á la orientación de la juventud. El naturalismo, como la estatua del sueño de Nabucodonosor, tiene la cabeza de oro y los pies de arcilla; los vulgaristas, como los antiestetas azotados por Gautier, no ven el inspirado pensamiento, ni admiran el esfuerzo prodigioso del artífice que ha condensado su alma en el soplo que anima la belleza del conjunto: enderezan al barro.

Las influencias literarias obran por inducción sobre los estudios científicos y jurídicos, de modo que el vulgarismo y sus variedades indescriptibles, han contribuido á formar una especialidad dominante entre los investigadores de la demología y del derecho: la que establece la escala de los tipos humanos, tomando por punto capital los pervertidos de Lombroso y los degenerados de Max Nordau. Tan raro pesimismo no examina los caracteres normales, pero ni siquiera los sobresalientes de un grupo social: forma su padrón con los residuos, con los excéntricos y los desequilibrados, con los monomaniáticos y los fronterizos, como si los hospicios y penitenciarías no fuesen sitios excepcionales, y como si se hubiera de estudiar el derecho de propiedad sobre el cráneo de Cartouche, ó las leyes penales sobre el cuerpo decapitado de un Troppmann.

Lo peor es que el criminalismo suele venir acompañado de ciertas preocupaciones pesimistas, contra las que juzgo patriótico preveniros, porque á tal corriente os veréis tal vez arrastrados, apenas hayáis sufrido los primeros é inevitables desencuentros de la vida. No de otro modo procede el niño arrojando furioso la rosa, al sentir la espina que penetra en su delicada epidermis.

La juventud sale de las aulas, ávida de emociones: afinada

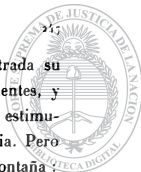
su cuerda sensible con los ejemplos del hogar, adiestrada su vida con el entusiasmo que suscitan las pasiones nacientes, y la mente predispuesta á los cuadros de una imaginación estimulada por las abstracciones puras y elevadas de la ciencia. Pero el recién armado caballero se detiene en la falda de la montaña : vislumbra que el éxito no es adjudicado á los sabios ni á los infatigables; admira la exactitud del verso de Virgilio, y repite melancólicamente el de Crébillon: *Le succès est souvent un enfant de l'audace*.

Y el escepticismo del novicio es robustecido por el que domina en las regiones elevadas de nuestra sociabilidad. Se llega arriba con el desfallecimiento en el alma y se choca con el espectáculo, contradictorio con las leyes de economía política que habéis estudiado, de que los provechos son extraordinarios con relación á los esfuerzos desplegados por el trabajo y el estudio.

Y os soplarán en el oído aquellos consejos del siniestro personaje del *Roberto el Diablo* «arrancad el gajo simbólico de los efectos domésticos, y usadlo como talismán para conquistar la fortuna». Pero el moderno Beltrán no sólo incita al abandono de los sentimientos sociales y religiosos del hogar, sino que dice : «la clase pensadora es una casta destinada al predominio político, y para ello sobra el bagaje científico: se estudia demasiado! »

Señores :

No quiero haceros la ofensa de pensar que os consideréis satisfechos con lo aprendido : como acaba de indicarlo vuestro elocuente compañero, apenas si habréis obtenido un criterio científico, instrumento necesario para las interminables investigaciones jurídicas y sociales.





Escucharéis también otra forma de escepticismo reinante : la vida, según los filósofos pesimistas, es un vasto campo de batalla, siendo hábil apresurarse para dominar los puntos estratégicos de la lucha, ahorrando el menor número de sufrimientos humanos. ¡Y bien! semejante tesis concuerda con la precedente, pues se necesita tener horror al estudio y no haber leído á Schopenhauer, para atribuir al apostolado del desaliento y del suicidio al hombre que, entre sarcasmos dignos de Chamfort y de Voltaire, ha escrito estas palabras : « La vida no se presenta como un regalo que debemos disfrutar, sino como un deber que tenemos que cumplir á fuerza de trabajo : de aquí, en las grandes como en las pequeñas cosas, una miseria general, una labor sin descanso, una competencia sin tregua, un combate sin término... Todo está en movimiento : unos meditan y otros obran ».

Agregan finalmente nuestros escépticos, que es en vano luchar, porque la raza latina está condenada al avasallamiento, porque somos los descendientes de un pueblo en decadencia, y porque después de ensayos institucionales, no hemos conseguido formar sino una democracia epiléptica, acometida cada diez años por convulsiones anárquicas.

Pero vosotros que habéis estudiado la historia y el derecho podréis replicar que mal puede extinguirse una raza cuya cuna dió aliento á los conquistadores más grandes y audaces que recuerdan los anales humanos; raza que infundió vida social á los pueblos sometidos del orbe antiguo, legando al moderno el pedestal indestructible de sus instituciones jurídicas; raza que, aun después de caer ante el empuje de las masas germánicas, infiltra en el cuerpo robusto de la invasión, las ideas y los sentimientos que palpitaban el espíritu inmortal de la Roma antigua.

Tampoco debemos echarnos en cara nuestro abolengo ibérico, porque de su tradicionalismo nos libra nuestro prurito cosmopolita, y porque si nuestra madre patria ha sido conquistadora



por la bravura de sus hijos, simbolizada por el león de sus armas, en cambio, se ha perdido por la hidalguía castellana de su carácter nacional. Reconozcamos como argentinos ambas herencias, y con la humanidad, el impulso que la España reconquistada dió á las letras, á las artes y á las ciencias de tres siglos, siéndole además indisputable la gloria de haber ensanchado los horizontes de la civilización universal.

Y por lo que toca á nuestra patria, ¿os parece incierto su destino contando entre sus próceres á San Martín, el hombre de nervios de acero y de alma espartana, y á Belgrano, tan débil en los triunfos como fuerte en las adversidades y peligros? ¿podréis creer que puede tener gérmenes patológicos la herencia de un pueblo que se hizo admirar del mundo entero en 1807 y en 1810; de un pueblo, que nos dió á luz el genio administrativo de Rivadavia y las intuiciones políticas de Moreno?

Aristóteles ha demostrado, hace muchos siglos, que la simiente revolucionaria no germina sino cuando se produce desequilibrio entre las condiciones normales de una sociedad y la práctica de sus instituciones políticas. Á vosotros tocará en lote el restablecimiento futuro de ese equilibrio. Hacedlo, y habréis destruído el sofisma contemporáneo, en punto al destino de la sociabilidad argentina, para que cada uno pueda repetir la exclamación de un eminente pensador, cuyo retrato parece arengaros en esta sala: ¡Tengo orgullo de mi raza, de mi estirpe y de mi sangre!

Que vuestra obra no sea como la siembra en pedregal del labrador de la parábola. Que no lleguen á quebraros las contrariedades ó peligros, ni las seducciones interesadas de los poderosos. Nada hay tan triste como el espectáculo de una voluntad que no cuaja en carácter, como las flores estériles, ó como los árboles que mueren prematuramente, cubriendo el sepulcro de la savia con sus hojas marchitas.



Perdonad si he dejado caer, algunas gotas de melancolía en los entusiasmos que os han sido sugeridos por esta brillante solemnidad. Consolaos : la penumbra es el específico del deslumbramiento como de la ceguera. Si llegáis á obtener el hábito de la observación minuciosa de la lógica, y por la compulsa de los textos, todas las divergencias sociales, políticas y económicas, comprobaréis cuánto vale asentar el criterio sobre el pedestal en que se alternan las luces y las sombras.

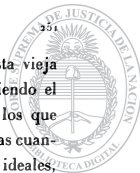
Éstas no os servirán, empero, sino para eludir el allanamiento de prejuicios y preocupaciones, que son las vallas del carácter humano. Desconfiad de lo fácil : es á menudo el disfraz de lo anómalo, que procura patente de tradición. Y lo fácil saldrá á vuestro encuentro en todos los caminos, para atraer las pasiones juveniles, substrayéndolas al poder de la reflexión, para enervar las voluntades, alejándolas de las vías que conducen al carácter.

Por otra parte, nos encontramos en el momento de una solemne despedida; y hay en todo adiós una sensación dolorosa que da encanto de los efectos de quienes se separan, tal vez para no volver á verse en la vida. El abrazo que la Facultad os da por mi intermedio, es tan tierno como transcendental. Nuestros ojos os seguirán en el ascenso de la vida, y tal vez lleguen á humedecerse ante alguna tumba prematura en la que llegue á posarse el epitafio de Hamilton: ¡Amó sobre todo á Dios, la patria y la libertad!

Y ahora, regresad á vuestros hogares, á consagrar vuestros diplomas con las aspersiones de cariño perdurables y purísimas; pero en medio de la expansión indefinible de vuestras almas, recordad que entre vuestros maestros quedan los encanecidos en la propaganda de los principios jurídicos, dedicados á su cultivo en los cerebros de varias generaciones de jóvenes, en cuyos sen-

timientos se han identificado, formando un hogar en esta vieja casa, decanos de la enseñanza que os ven partir, frunciendo el ceño para ocultar el turbio cristal de sus pupilas, y á los que mañana daréis la más sublime de las satisfacciones humanas cuando, al veros llegar serenos é ilesos á la cima de vuestros ideales, podáis repetir la frase del poeta: *Eregi monumentum aere perennius!* Más que el bronce duradero es vuestra obra, pues con ella hemos restaurado el pedestal de la patria sana, robusta y laboriosa que concibieron nuestros antepasados, que profetizaron los tribunos, y cuyos anales han sido rubricados con sangre de mártires y de bravos!

8 de julio de 1901.







Señoras,

Señores :

Después de algunos años de labor en esta casa, ilustrada por el saber y la elocuencia de tantos maestros inolvidables, como ciudadanos emigrados, que fueron á la vez intérpretes de la ley y guías de la juventud por los senderos de la vida, ha llegado para mí — el menos digno de cuantos han ocupado estas cátedras — la hora del superior estímulo, de la recompensa más alta que podía esperar mi ambición : el honor de contarme entre los miembros de esta benemérita academia, por elección suya, y el para mí carísimo obsequio de poder en esta ocasión excepcional, confundir los effluvios de mi alma con la de los queridos compañeros de las aulas, cual si todos juntos aspirásemos el aroma vivificante de esas grandes flores del trópico, que parecen condensar toda la hermosura y la fuerza de la tierra nativa.

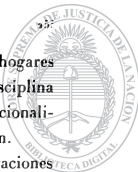
Los que han concurrido á mis lecciones — descoloridas y áridas en sí mismas — son testigo del afecto con el cual mantenía con ellos mis conversaciones cotidianas, diré más bien, mis confidencias íntimas, durante las cuales mil veces nos apartábamos de la obligada ruta dogmática para internarnos, acaso inconscien-



tes y distraídos, en los dominios del sentimiento y de la imaginación, como los viajeros de nuestras llanuras que, atraídos por las frondosidades y cariñosas sombras de los próximos paisajes, abandonan por instantes el carril cien veces recorrido, para escuchar los rumores, contar los latidos y sentir en toda su profunda intensidad la confesión eterna de la naturaleza al espíritu humano.

¡Cuántas veces, al referirnos á esas épocas en que la noción de la justicia privada apenas se destacaba del fondo turbio ó sangriento de las antiguas dictaduras imperiales, y en que la propiedad consagrada y el esfuerzo individual parecían ya confundirse en una servidumbre niveladora en aras del despotismo divinizador, hemos leído juntos la estrofa, tanto más amarga cuanto más armoniosa, del bardo latino, que ve desvanecerse para siempre el reino de las seculares virtudes republicanas, ó hemos percibido el último reflejo de divina melancolía en la sonrisa de las diosas de mármol, derribadas con estrépito de sus pedestales por el invasor sacrilego, ajeno á la tradición de amor y de cultura de que ellas fueron símbolos deslumbrantes!

Si he tenido la fortuna de dejar en el corazón de mis alumnos una reminiscencia de aquellas pláticas amistosas, ungidas por la gracia de ese amor supremo que anima á todos los hijos de una misma patria, estoy seguro de que hoy también serán benévolos conmigo, y escucharán esta nueva y última confidencia, — nueva, porque después de larga separación volvemos á reunirnos bajo el mismo techo, y última, porque es fuerza incontrastable esta de los años que pasan, de la adolescencia convertida en acción y en ensayos juveniles, del tributo de esfuerzo, libre y personal, por el bienestar y la civilización de nuestros semejantes y nuestros conciudadanos : es la ley ineludible de la separación como término de todo crecimiento, de toda evolución; que rige por igual al astro incubado en el silencio infinito del espacio, al vínculo filial calentado en el santo regazo materno, á la in-



teligencia, cultivada entre rigideces y ternuras, en estos hogares propios de ella, donde se prestan ayuda solícita la disciplina que encauza, la libertad que desborda y el ideal de la nacionalidad que ilumina con su reflejo distante el derrotero común.

La vida del universo es un poema interminable de renovaciones y desgarramientos siempre dolorosos. Toda existencia nueva se alza sobre las ruínas de otra antigua, y toda generación humana, al aparecer sobre la tierra, entona el canto secular de la aurora, mientras contempla á los lejos el sol poniente de la generación que se va. Sólo la inteligencia es inmortal; sólo ella sobrevive á la sucesión infinita de los mundos y de los organismos, sólo ella arranca vigor ó savia nueva de toda vida que se agota, de todo astro que se apaga, de todo átomo que se transmuta; como el perfume que la flor absorbe del seno ignoto de la tierra, ella se extingue y reaparece con cada individuo desde su fuente invisible y difusa, adquiere personalidad y se reviste de la forma humana, á la cual imprime el sello de la superioridad sobre todas las demás creaciones.

Encarnada así en el hombre, por misterio indescifrable, ha de comenzar también para ella la peregrinación fatal de las vidas terrenas : su nacimiento es un dolor, su cultivo una incertidumbre, su independencia una batalla, su reinado una lucha sin tregua ó una labor sin reposo.

Este día señala á los jóvenes graduados el principio de una era desconocida. Van á traspasar el umbral de la casa de estudios, acaso con la misma vacilación con que se marcha por una tupida selva en noche oscura. Libertada la inteligencia de sus tutelas y direcciones magistrales, va á ejercer por primera vez su pleno imperio sobre la conducta del hombre : las armas veladas en compañía de este retiro de la ciencia, van á ser esgrimidas en el combate de la vida real en aras de ideales hasta ahora indefinidos y contra adversarios hasta ahora ausentes. Comenzará el conflicto en el propio espíritu apenas se pongan en

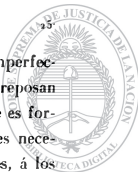


contacto las teorías y las abstracciones con las realidades de la vida; como el labrador experimentado poda y destronca el bosque sombrío para hacer llegar al suelo el sol generador y fecundante, comenzará á despojarse una por una de las habituales verdades de la cátedra, para dejar penetrar la luz y el calor de la experiencia, que es lucha y acción, y por eso, fuente inagotable de verdades y de principios positivos.

Van á ejercer su imperio sobre la propia conducta. He ahí la gravedad del problema, tanto más complicado cuanto más vario y superior es el destino del hombre culto en la sociedad contemporánea; y más todavía en la sociedad argentina, cuyas tradiciones, formas políticas y aptitudes para la civilización le comunican, á pesar de su corta existencia, el más hondo interés y atractivo para los observadores de los vastos fenómenos históricos.

Surgida de una revolución irresistible y sin rumbo cierto en la mañana de la victoria, se halla de pronto sola en el camino de las naciones libres, obligada á incorporarse y marchar sin demora en medio de ellas hacia destinos irrevelados, y sin atinar siquiera á elegir instituciones propias, desde que le eran extrañas las lecciones de la experiencia; cayendo hoy en la disolución anárquica, y alzándose al siguiente día en brazos del despotismo absoluto, resurge más tarde en plena libertad, como vuelta de una larga ausencia, para proseguir la jornada interrumpida. Todo ha debido crearlo en un día, Constitución, leyes comunes, costumbres públicas, sistemas económicos; é invirtiendo el proceso natural de toda formación política, impone á las generaciones futuras la misión de realizar en el porvenir lo que no fuera el resultado de la historia.

Bien claro expresan en su testamento político los nobles autores de nuestra Carta constitucional; ellos todo lo confiaron á la educación, á la cultura general del pueblo, ya viniesen de las escuelas y universidades propias, ya de la inmediata y directa influencia de otras sociedades más avanzadas, por el comercio continuo



de los intereses y de las ideas. Entretanto, todo será imperfecciones, deficiencias, convencionalismos y tolerancias, que reposan sobre la convicción patriótica de un destino colectivo que es forzoso cumplir, de una labor de perfeccionamiento que es necesario consumir, y cuyo deber corresponde á los mejores, á los más ilustrados, á los que hicieron del estudio de las instituciones la consagración de su vida.

Es esta seguramente la conducta que impone esa condición superior adquirida en los altos estudios, en las varias divisiones de la ciencia. Ésta le ha dotado de los instrumentos más eficaces para la acción; pero la vida común de las aulas, la continua convivencia de alumnos y maestros, la comunicación recíproca de pasiones, ideales y aun utopías juveniles, al formar el cálido ambiente de todas las germinaciones fecundas, han creado otra fuerza civilizadora, de maravilloso poder sobre las voluntades, y es la solidaridad amistosa, fraternal, como parentesco patriótico, que las aulas engendran, que se difunde y profundiza con la elevación de las armas en la investigación de los altos problemas científicos.

Si alguna razón explica la existencia de las universidades, como organismos combinados de ciencias diversas, es esa alta unidad moral que imprimen al carácter, al demostrarle que todas ellas tienen un mismo destino; allá arriba, en la esfera de las ideas, el conocimiento de la verdad, y aquí, en la vida, el descubrimiento de los caminos que desde la infancia la sociedad humana busca desatentada, hacia la felicidad, en el breve espacio que dure su tránsito por la tierra. La misión superior política se define cuando esa unidad se transmite, se difunde y graba su sello en toda una generación y en todo un pueblo. La solidaridad de la ciencia, de la cátedra, de la vida del aula, conviértese más tarde, como la madurez y difusión de la savia primitiva en toda una comarca, en una inmensa fuerza latente que da tinte homogéneo y robustez exuberante al conjunto social.



Imponderables son los beneficios de esta elevada cultura en las relaciones prácticas de la vida, allí donde imperan instituciones niveladoras, por cuya virtud la labor es colectiva y el esfuerzo se realiza entre todos. El estudio, al dejarnos ver cada vez más las propias imperfecciones, infunde la tolerancia recíproca que, erigida en virtud social, transciende perfume evangélico y dulzuras de hogar antiguo; ennoblece y dignifica la conducta privada y refleja sus resplandores serenos sobre la vida pública; suaviza, allana y destruye las asperezas y los antagonismos originarios, en esta perenne lucha de intereses y pasiones que riñen los hombres y las sociedades, y es la única vía cierta para llegar al reinado ideal de la justicia, como su objetivo final y su conquista suprema.

¡El reinado ideal de la justicia! Palabras como éstas han resonado por siglos y siglos sobre el mundo; escuelas, academias, doctrinas y sectas se han dividido el proselitismo de todos los tiempos, y la humanidad sigue todavía clamando con mayor ansiedad por ella. Unas veces se confunde y disuelve la sencilla noción de la justicia entre las nebulosas de la metafísica; otras se la oscurece por el afán de erigirla en ciencia superior y ocultarla á los ojos de la multitud, de los que más la necesitan, como si fuese un privilegio de sabios ó sacerdotes, como misterio religioso en el cual es fuerza ser iniciado para poder gozar de sus altas beatitudes; y cuando ella apareció por primera y única vez, con la revelación de un martirio, en la forma de una « magna luz », — según el anuncio del profeta — y con el encanto irresistible de una palabra de amor, de igualdad y alivio de los oprimidos, como una verdad tangible para todas las inteligencias y una promesa redentora para los corazones, no tarda en encerrarse de nuevo entre las herméticas y monumentales tapas de bronce del libro de la ley, trocado otra vez en misterio de sabiduría ó en ejecutoria de elegidos ó aristócratas.

No es extraño que la sociedad humana haya pedido y siga pi-

diendo con igual ansiedad justicia, y nada más que justicia. Porque ella no es una ciencia, ni un secreto, ni un presente divino, ni un privilegio político: es una virtud, un sentimiento, una inclinación natural del alma, que nace con el hombre, crece y se difunde con el núcleo primitivo, para ser cimiento y vínculo á la vez de la vida de familia y de las graduales formaciones sucesivas, cuya última etapa se diseña y se define en la nación y el estado. Si es verdad que hay una «ciencia de la justicia», que es el saber acumulado de todos los legisladores, nada nos induce á creerla inconciliable con ese anhelo íntimo de las conciencias, que sólo buscan realizar en las relaciones de la vida la armonía y la igualdad, que tienen su origen en la fuente común de todas las virtudes originarias, y que no requieren para su conquista del mundo ni abstrusos dogmatismos ni violencias revolucionarias; basta que una cálida corriente de afectos colectivos, nacida de elevados focos de cultura, descienda y se mantenga intensa en el alma de un pueblo, infundiéndole el amor y el hábito de la justicia en las relaciones privadas y públicas, para que la renovación anhelada se inicie y el alba de la nueva era comience á clarear en el horizonte del mundo contemporáneo.

Apliquemos el oído á su corazón; dirijamos la mirada hacia las viviendas hacinadas de los pobres de la tierra; auscultemos los pulmones de estos enormes monstruos,—las ciudades modernas,— donde se desarrolla su vida tumultuosa y convulsa: procuremos descubrir las causas de sus dolores, las sugestiones de sus miserias y los motivos de sus terribles inquietudes; sintamos por un momento con esa caridad inefable con que el cristianismo fué comunicado, y una revelación tan sencilla como ésa se realizará en nosotros mismos, dejándonos comprender que no es sólo ciencia y leyes lo que la sociedad reclama para mejorar su condición presente, y acallar el hondo rumor de pasiones colectivas que se apercibe á lo lejos como el de los ríos subterrá-





neos, y que parecen el anuncio de sucesos universales desconocidos: no sólo ciencias y leyes, porque acaso esa llama de amor encendida hace veinte siglos sobre el mundo ha perdido su calor y su luz, y ya no conmueve ni ilumina las almas con la intensidad de los primeros días; y porque acaso la multiplicación de las ciencias y la proliferación de las leyes han hecho perder de vista la unidad fraternal de las naciones, volviendo á la confusión y á la discordia en las instituciones y en las creencias, en que se sumerge como en el inmenso océano agitado el mundo antiguo con todos sus esplendores y magnificencias.

No creo aventurar una afirmación pesimista, ni complaciente con tendencias novísimas, si en esta hora que he llamado de íntima confidencia entre los maestros que se quedan y los alumnos que se van, comunico á los míos toda la verdad de mi impresión: yo siento en el fondo de mi espíritu repercusiones extrañas del ambiente y vibraciones intensas que parecen brotar de un vasto organismo, inquieto, sobresaltado: estudio con atención el escenario de las fuerzas activas de la civilización reinante, y veo que allí donde la tradición resiste victoriosa, las agitaciones son más violentas, y un principio de armonía aparece donde la ley procura seguir el desarrollo del fenómeno social, como su fórmula comprensiva y movable. Los antiguos moldes crujen pero no estallan, las desigualdades y las injusticias que se perpetúan al amparo de leyes cristalizadas é inflexibles ó de sistemas políticos anacrónicos, sublevan por todas partes las más airadas protestas, y un nuevo génesis de penalidad, — la del hecho colectivo, — empieza á conmover las inestables bases de la ciencia criminal del pasado. ¿Cómo no hemos de invitar á los nuevos paladines de la justicia, á los futuros conductores de pueblos, á los magistrados de mañana, á observar con atenta mirada los fenómenos de la vida moderna, tan hondamente vinculados con la noción y el destino de la justicia sobre la tierra?

La ruta está trazada: pueden internarse en la selva, seguros



de ver al fin las estrellas á través de las sombras y el polvo de los combates. El guía luminoso que ha de conducirlos vive en los propios corazones —el sentimiento generador de las grandes virtudes, — el amor de la humanidad concentrado en su porción más inmediata, en el núcleo originario del hogar, y extendido luego á la nación, que es el hogar de una familia inmensa. Son ellos quienes van á reemplazar á los que, exhaustos por la fatiga ó el tiempo, iremos deteniéndonos, uno á uno, sobre las rocas de la escarpada senda, y al verlos pasar erguidos de juventud, entusiasmos é ideales, los despedimos con votos íntimos de victorias sin número, como los guerreros que al caer sobre el camino, entregan al compañero, junto con la vida, las armas consagradas por el sacrificio.

Ellos van á guerrear por la justicia : es el mandato, el destino, el impulso con que salen de esta escuela, el voto con que sus maestros los ven alejarse; y como el alma contemporánea se queja de pesadumbres inexplicables, de enfermedades desconocidas, de ansias remotas, ellos van á estudiarlas en los conflictos de la vida y á buscar sus remedios, no, por cierto, en las represiones excesivas ni en los rigores inútiles de legislaciones retardadas, sino en los orígenes íntimos, en las causas positivas de los dolores y los extravíos humanos, porque la misión gloriosa del político de nuestros días es penetrar en el alma de su pueblo, y anticiparse á ofrecer los fáciles consuelos de la libertad y la justicia, si por ellos padece, y encender á su paso la eterna antorcha de la virtud y de la ciencia, para volverla al camino recto.

Pero antes de separarnos, quiero que hablemos un momento más, y con mayor confianza, de nosotros, de nuestra vida nacional. No son desconocidas de mis alumnos tales predilecciones de mi espíritu, y acaso vieran con sorpresa que cerrara estas páginas sin haberles invitado á departir, como otras veces, acerca de su misión en el seno de la patria. Y como ella misma es un afecto profundo, un lazo vigoroso que amarra al hombre al sue-



lo en que naciera, no les asombrará tampoco que al hablar de ella me ocupe otra vez de sentimientos, de virtudes é ideales.

El anhelo más vivo de nuestro patriotismo es, sin duda, el apartar de la tierra nativa los errores y los vicios que labraron las decadencias y los desastres ajenos, y ver levantarse y perpetuarse en la inmortalidad una sucesión de generaciones robustas y virtuosas, á cuyo paso por la historia el mundo se incline respetuoso y confiado, porque hayan derramado sobre él los beneficios de una vida laboriosa y honesta, y porque hayan dignificado el origen y el destino común del género humano por culto intenso de la verdad, que es religión eterna, del trabajo que es independencia, y de la justicia, que es el más firme cimiento de la libertad...

Los fundadores de la República no conocieron los esplendores de la riqueza, ni los halagos seductores de las artes de la vida. Casi todos nacieron en hogares humildes, aprendieron á leer en miserables escuelas, ó entre las faenas del fundo hereditario; muy pocos pudieron vislumbrar las conquistas de la ciencia, que en el siglo desbordaba, y los estudios superiores apenas pudieron descorrer el velo secular tendido entre la civilización moderna y las nacientes sociedades americanas. La República nació del movimiento espontáneo de una alma sencilla, educada en la noble religión de la verdad más que en la sabia religión de los santos libros : y aquella inspiración primitiva, como unción eucarística, se extiende y funde los tipos sucesivos de guerreros y legisladores. Al mismo tiempo que la moral ingénita del hogar centenario, formada en la tradición inmanente de los antepasados, imprime su alma á la naciente sociedad política, la moral dogmática de la universidad, unida en un solo concepto con la moral pública, completa la formación sedimentaria de la generación de la independencia, de la Junta de Mayo, de la Asamblea del año 1813. del congreso de Tucumán.

No ha variado el concepto de la moral republicana desde aquel



que Horacio diseñara con tristeza retrospectiva entre los fulgores de la era augusta, hasta el que trajeran desde sus viviendas solariegas los doctores y sacerdotes de la revolución argentina, aspirado en el ambiente regional y fortalecido en la lucha con la miseria y el desierto. Y es tanta su vitalidad y su pureza, que de todos los naufragios y excesos de la anarquía y la dictadura, salva inviolada la unción originaria para animar con su sopro de vida la letra de la nueva carta.

¿Cómo se realizará, en la vida de nuestras instituciones, ese milagro permanente? Ya he dicho que hablaría de virtudes, sentimientos é ideales, y son los hombres ilustrados los nobles misioneros de esta nueva conquista espiritual. Son ellos los que, al recibir en estos actos de la vida universitaria la consagración de la ciencia, se arman caballeros de la verdad, de la justicia, del decoro, y de todas las virtudes esenciales al principio republicano, pues sin ellas, podríamos decir que cometíamos una profanación y consagrábamos una mentira, como fundamento de nuestro régimen político; una profanación, porque la república es la forma con que el sentimiento y el anhelo de la igualdad humana se reviste para buscar su realización terrena; una mentira, porque si aquellas cualidades no residen en nosotros ó no las perseguimos con sincero ardor por la educación y el estudio, no seríamos iguales, no seríamos dueños de nosotros mismos, no mereceríamos la soberanía legada por nuestros mayores con el patrimonio de la tierra que la sustenta.

La verdad, como la justicia, no ha de ser tan sólo una ley, ni un precepto abstracto, sino también una virtud, una cualidad, un hábito, una convicción, que en las relaciones de la vida se traduzca por hechos constantes; que inspire al ciudadano en el comicio, al funcionario que administra el tesoro común de derechos ó de bienes materiales, al juez en cuyas manos se deposita la honra y la vida de un pueblo; al abogado, instituido por la ley y por su ciencia, en guardián, combatiente, censor y após-



tol del derecho, en todas las circunstancias en que las pasiones ó los intereses en conflicto amenacen la integridad de las instituciones fundamentales.

Ninguna recompensa superó jamás en íntimas satisfacciones a la de esas vidas honestas y consagradas á la práctica de las virtudes republicanas, ni goce alguno de cuantos inventara la vanidad de los hombres, igualó al del fruto del trabajo propio abundante ó exiguo; porque si el esfuerzo del hombre se dirigió á la conquista de las glorias de la inteligencia ó de la ambición política, ninguna tempestad le derribará de su altura, donde llegara conducido por el afecto ó la confianza de sus conciudadanos, y si sólo quiso fundar el patrimonio material de sus hijos, ningún encanto puede compararse con el del padre cuando, en visión luminosa del porvenir, contempla á sus descendientes al abrigo seguro y honrado de las duras asechanzas de la miseria.

Y luego la gloria, esa nobilísima, única é inefable recompensa de los luchadores del ideal, no tiene límite en la memoria de las edades, cuando un esfuerzo, una victoria, una creación del arte ó un destello original de virtudes supremas, han dado á la patria un día más de honor ó de grandeza. El nombre del autor feliz es entonces patrimonio universal, y nada importa que sus breves días de la tierra se hubiesen arrastrado entre las privaciones, las indiferencias y las fatigas. No quiero recordar esos ejemplos luminosos de tiempos distantes, pero sí el de un sincero republicano que es parte de la gloria de una gran nación de nuestros días. Hablo de Alejandro Hamilton, el príncipe de Talleyrand, como el del ejemplar más alto de superioridad de espíritu y grandeza de carácter. Cuenta de su viaje á América, cómo retirado Hamilton de la vida pública volvió en Nueva York al ejercicio de su profesión de abogado. Tuvo ocasión de pasar, á una hora muy avanzada de la noche, por frente de la humilde vivienda del ex secretario del tesoro, cuyas ventanas se hallaban aún iluminadas por su lámpara de estudio : « He visto,

escribe, una de las maravillas del mundo : un hombre que trabajaba la noche entera para proveer á las necesidades de su familia, y este hombre había creado la fortuna de una nación. »

Señores :

Entre las causas más profundas de perturbación de la justicia y el orden jurídico en la sociedad moderna, fuerza es señalar esta sed insaciable de placeres mundanos, á la cual las almas débiles entregan todo el caudal de sus múltiples energías ó las erigen en objetivo supremo, como anhelo oculto de todas sus empresas. Espíritus desorientados en este interminable desierto de la vida, no tienen jamás la inspiración de buscar en el firmamento la estrella simbólica del ideal, jamás extinguida, que ha marcado á las razas humanas el derrotero de la salvación en las grandes crisis de la historia, ó que mirada en el fondo de la conciencia, es guía en el mundo interior de las pasiones.

Los maestros que con tan mal contenida emoción ven alejarse de las aulas una nueva generación de doctores, esperan que ellos conserven en sus corazones la huella indeleble de sentimientos cultivados en común, al calor de intensos ideales científicos y aspiraciones patrióticas, y que la amistad germinada en este cálido ambiente, sea vínculo indisoluble de unión y simpatía, de abnegaciones y heroísmos recíprocos durante la incierta y larga jornada que hoy empieza. No olvidarán, por cierto, en las horas de lucha por contrarios principios, y cuando la pasión arrebate su cetro á la inteligencia, y revuelva el fondo de todos los resabios y tendencias disolventes, que aquí aprendieron á descubrir el secreto de la armonía, en la convicción de un destino superior de la ciencia : la paz de la sociedad fundada en la justicia, y el honor de la patria común por el esfuerzo, el amor y la solaridad de todos los espíritus que el estudio ha ennoblecido, y dotado de fuerza viva para la acción civilizadora.





Las vanidades que la fortuna colma, las seducciones y prestigios de la vida política, aun conquistados en legítimas luchas, no podrán igualar al brillo purísimo de las victorias del saber y de la virtud, que fundan instituciones, forjan caracteres y señalan á los pueblos rutas nuevas hacia destinos mejores. Si el hombre es átomo invisible en el vasto conjunto del universo, si es apenas una unidad separada de la grande alma y de la inteligencia infinita que anima y mueve las fuerzas de la vida; si nada es él por sí solo ni por sí mismo, sino en relación á sus semejantes y á la región de la tierra que le ha sido destinada por patria, el ideal de nuestros desvelos y ambiciones no está en los triunfos del egoísmo, ni en quebrantar las leyes naturales de la armonía social y política : el ejemplo constante de las vidas honradas, laboriosas y poseídas de la pasión de la cultura propia y extraña sobre las nuevas generaciones, es la misión superior que la república exige á los espíritus selectos, purificados en el crisol de la ciencia.

He ahí, jóvenes doctores, la ruta abierta á las nobles expansiones de vuestras almas y de vuestros más remotos anhelos. Cuando en día no lejano llegue á nosotros el eco vibrante del canto de victoria, de otras regiones más altas é inaccesibles descenderán sobre vuestras cabezas bendiciones infinitas; una intensa conmoción estremecerá estos muros que os fueron familiares, y el alma de los maestros se iluminará con el reflejo de oro de vuestra gloria, á cuyo resplandor la patria misma podrá contemplar la grandiosa visión de su inmortalidad.



Señoras,

Señores:

Asistimos á una fiesta de gratas emociones. Un grupo de estudiantes, que cruzaba ayer, por vez primera, los umbrales de la universidad, con los anhelos nobles de quien pide á la ciencia las armas para afrontar la lucha por la vida, llega al fin de la jornada, entre vítores y aplausos; laten sus corazones dominados por la satisfacción pura de todo triunfo sin vencidos y por el legítimo orgullo de alcanzar la meta merced á esfuerzos personales. Los jóvenes doctores palpan en este instante que poseen condiciones para sobreponerse á dificultades y asperezas, tienen la conciencia de haber dado cima á un trabajo de aliento, y están, con razón, complacidos de sí mismos. El diploma que acaba de ponerse en sus manos determina, además, un jalón de su existencia: atrás queda la impresión del aula, alegre, franca, dulce, pero impresión de adolescentes; adelante se dibuja un nuevo escenario, incierto, sombrío, ignorado, pero escenario de hombres; y en esta etapa de su desarrollo, los recuerdos del pasado y las esperanzas del porvenir, mezclados y confusos, les inspiran un halago íntimo, caldeado por sentimientos generosos.



A su lado, la mujer los acaricia con su sonrisa y realza la fiesta con el poder mágico de sus encantos. Ella ha compartido las penurias de la labor diaria y experimenta con tintes altruistas las fruiciones del éxito. Hay, por eso, en el ambiente de esta sala efluvios extraños á las miserias de la tierra; los esparce, quizás, la lágrima, — inefable poema de ternura, — que se desliza tranquila por las mejillas de una madre.

También se hallan presentes los maestros. Vienen á dar el adiós de despedida á sus antiguos discípulos, pues terminaron ya, en cuanto á ellos, las pláticas amistosas en que las inteligencias en contacto se comunicaban ideas sobre las cuestiones abstrusas de la jurisprudencia. Toda separación deja un sedimento de tristeza que conmueve las fibras más delicadas; pero, en este caso, los que se van tienen aptitudes para difundir la verdad inculcada por los que se quedan, y sus posibles lauros de mañana serán siempre lisonjeros para quienes dirigieron sus pasos iniciales en el estudio y les profesan afectos en cierto modo paternales.

La tradición de la Facultad de derecho quiere que en medio de estas plácidas emociones haya una nota fría: la palabra severa en nombre de la academia. Me considero sin títulos para pronunciarla, pero tengo tanto cariño á esta casa, estoy tan saturado de su atmósfera, que no habría podido esquivar mi contingente sin crearme reo de una falta de disciplina. Hasta ese extremo prima en mis actos el espíritu universitario, y si no conservo íntegra el alma de estudiante, es porque he dejado en el camino retazos de ilusiones y girones de esperanzas.

Permitidme, entonces, que rompiendo la armonía de apacibles sentimientos, hable una vez más á mis ex alumnos con ruda sinceridad.



Habéis recorrido, en raudo viaje, el campo de la legislación argentina, con la idea, tal vez, de que, después de adquirir las nociones de conjunto y de ser armados caballeros, saldríais á la defensa del derecho, en ejercicio de un noble sacerdocio. Os vais á encontrar, sin embargo, en un mundo donde la luz de la verdad pierde sus límpidos fulgores entre las nebulosidades del vicio y las brumas de la perversión humana. Los estrados del foro no están ocupados únicamente por los apóstoles de esas máximas, cuyos destellos envuelven este recinto con una aureola de justicia. La vorágine de la vida ha llevado allí, asimismo, á los traficantes de Cartago, sin más norte que la codicia, sin más fe que la púnica. En el afán del dinero, acechan con arteros procedimientos las causas judiciales, espían con avidez el hecho del opulento enfermo en agonía, ó amasan sus beneficios con el barro recogido en las celdas de la cárcel y con las migajas de los seres encadenados á sus infamias. Vuestras conciencias se rebelan contra estas prácticas menguadas y no necesitáis decirnos que habéis hecho voto solemne de honestidad. Pero vuestros predecesores también lo hicieron: la atmósfera envilecida es un agente temible de contagio, y os será indispensable seguir con cautela y perseverancia la senda del deber, — siempre escarpada, muchas veces escondida, — para no desplomaros en el abismo, moral, hacia donde nos atraen las imperiosas necesidades de la vida y los refulgentes atavíos de la pompa.

Al pasar por la Facultad, habéis adquirido un cúmulo de teorías, de conceptos propios y ajenos, difundidos por libros y maestros. Vais ahora á ponerlos en vigor, como intermediarios de pleitos en las mil encrucijadas de los procesos judiciales, y, — lo que es más noble, — en la sociedad argentina, en la patria don-



de se mecieron vuestras cunas y que reclama, con imperio sacrosanto, el concurso de vuestro esfuerzo.

En el nuevo rumbo abierto á vuestras actividades, caeran una á una las doctrinas ideológicas que, con colores romancescos, se graban en las lozanas imaginaciones juveniles, y sentiréis la fuerza incoercible de la vida real y el poder de la experiencia como normas directrices de los ordenamientos sociales. Tendréis que concentrar vuestras facultades á la observación de los hechos y pensar sobre su alcance, sin guías y sin báculos. Pensar; he ahí la tarea para las generaciones que se levantan; *hoc upus, hic labor est*, según la expresión del bardo.

Si se profundiza la causa de nuestros males, múltiples por desgracia, se descubre en el fondo la falta de un pensamiento sólido en la colectividad nacional. Hay la persuasión divulgada de que bastan la lectura y el plagio para solucionar los problemas todos que agitan á nuestra democracia, y ofuscados por tal obcecación acudimos, en demanda de códigos y de leyes, á las naciones de la vieja Europa ó á la gran República del Norte, mercados de producción de maquinarias y de manufacturas, de instituciones y de principios. Todo lo consumimos de la importación. La pereza intelectual, disfrazada con la erudición fácil del copista, se contenta con el artículo concluído por el artífice extraño: tiene el prestigio de la civilización y parece que no pudiera ser analizado, siquiera, por un pueblo que, reputándose siempre en la infancia, no quiere todavía sacudir el peso de la patria potestad ó la tutela.

Y luego esa neurosis de las reformas repentinas. Las plantas exóticas crecen raquíticas en nuestro suelo y se extenuan y decaen hasta que llega la hora de reemplazarlas. Para conseguirlo, no es posible esperar á abrir el surco y echar la semilla que florecería en la estación propicia con las modalidades impuestas por el clima y con los gérmenes de vigor adecuados para resistir las inclemencias peculiares de nuestra zona. Carecemos de par-



ciencia; la obra sería lenta y no armoniza con la vivaz ansiedad de la raza. Hay en otras latitudes árboles robustos, de espléndido follaje: sobra, entonces, para efectuar el reemplazo, con una sencilla operación de transporte. Las leyes inflexibles de la naturaleza, castigarán más tarde el extravío, pero ¿qué importa? La ilusión óptica de los primeros momentos, satisface las expectativas, y después, cuando se cumple el resultado fatal, se sostiene que la elección de la especie ha sido equivocada y se recuerda que las inagotables selvas extranjeras están desbordantes de nuevos ejemplares para los nuevos ensayos.

El desprecio por el estudio de nuestra propia idiosincrasia, la prescindencia irónica de la realidad de la vida, el concepto de que la historia es sólo una página de glorias militares, donde adquieren contornos legendarios los héroes de espada, pero que nada aporta al desenvolvimiento político, favorecen, además, el pleito homenaje rendido á los preceptos sacramentales y á las frases grandilocuentes que expresan los apotegmas emanados de la razón pura. Allá, en el recóndito archivo de la memoria, guardamos como una idea opaca y desvaída, que en las costumbres radica el origen científico de las normas legislativas. En el hecho, nos entregamos á especulaciones mentales, considerando al hombre como una unidad algebraica, regida por postulados y teoremas que los matemáticos de otros continentes han tenido el cuidado de catalogar en venerables mamotretos. Con el manejo de las fórmulas hemos llegado á deducciones de exterioridad irreprochable, pero huecas porque les falta medula, endebles porque les falta nervio. Así hemos procedido al inscribir en la carátula del derecho argentino palabras que condensan aspiraciones de la humanidad, y, entretanto, el edificio institucional, á pesar de ellas, cruje por todos sus costados y es aún un problema el ejercicio de las prerrogativas primarias del ciudadano, base ostensible del armazón político de la República.

La ley nacional, en la mayoría de los casos, es la obra altiva



de un estadista de biblioteca, que imbuido de pensamientos ajenos, les da la estructura de un precepto coercitivo. Apenas se la pone en vigor choca con los hábitos eslabonados por generaciones sucesivas. Del roce entre la regla abstracta y la tendencia arraigada surge un desconcierto que, agravado por el transcurso de los años, mata el prestigio, la autoridad moral y el vigor mismo de la norma jurídica. De este modo, se llega á resultados perniciosos: las cláusulas obligatorias no siempre se cumplen y el concepto de la justicia se relaja entre las masas populares.

La verdad *vivida* de las instituciones no aparece en los yerros códigos de derecho público y de derecho privado. Hay á veces una rara semejanza entre lo que debe ser ante la economía de la ley y lo que es en fuerza de las prácticas establecidas. Al recorrer los artículos de la carta fundamental y al compararlos con sus modelos inmediatos, habéis notado que los tribunales de justicia se hallan exornados con el ropaje de la judicatura norteamericana, y, en alas de vuestra fantasía, habréis creído posible, quizás, descubrir entre sus miembros la silueta de algún Marshall ó de algún Taney. Fuera un error. Bajo la caparazón sajona palpita en nuestras cortes el espíritu español de los tiempos coloniales; es más fácil que en lugar de un Chief Justice halléis en la magistratura nacional más de un grave y sesudo oidor de la vieja Audiencia de los Charcas, preocupado en descifrar una madeja de casuística procesal. La tradición ha burlado al artificio.

Estas falacias que la contradicción entre la costumbre y la regla autoritativa del legislador hace inevitables, aun en los detalles más nimios, han contribuido, unidas á los miasmas de un foro en parte corrompido, á crear la atmósfera desfavorable que rodea á la justicia. No lo dudeis, jóvenes doctores, el mal no radica tanto en los hombres como en las cosas. Existen, es verdad, funcionarios á quienes el rumor público acusa de manchar su

loga, pero también la visten caracteres robustos que destacan entre las conciencias pervertidas por el ambiente, como las moles de granito destacan entre los montones de roca deleznable que la acción de los elementos carcome y desmenuza.

La justicia sufre las consecuencias de una epidemia social; pero, como es la base del orden, concentra en mayor escala la atención general, aunque los dardos que se la asestan pecan comúnmente de ese prurito de ofensa que nace de las pasiones bastardas y de los intereses heridos. Con todo, ella no puede quedar retardataria en la marcha de la nación hacia su porvenir material, impelida por los miles de ganados que pacen en sus llanuras y por el trigo que la tierra devuelve al obrero en cambio del sudor que la fertiliza. Aplicad vuestros conocimientos á la reforma, sin dejaros impresionar por el cómodo recurso de concentrar en unos pocos el peso todo de la responsabilidad. Os alentará en la campaña el recuerdo de que es universal el anhelo por justicia en el amplio sentido de la palabra; la ansía el niño en el hogar, el adolescente en la escuela, el hombre en la sociedad; aspira á ella el salvaje entre el estallido de sus indómitas pasiones; la busca, en la intervención divina, quien, incapaz de dominar los peligros que lo rodean, se arroja, con fe mística, en brazos del Sér Omnipotente; clama por ella la civilización de nuestros días con el criterio del sociólogo.

Este mismo criterio os hará conocer que en todas las ramas del derecho, pero especialmente en el político, existe, en realidad, una crisis de pensamiento propio, que no han curado todavía los voceros de la intelectualidad argentina empeñados en extirparla. La constitución de un país debe ser la cristalización de las ideas y sentimientos dominantes; no es la obra de un artista que modela su concepción de lo bello, sino la obra de un pensador que estudia las peculiaridades del sujeto. El constituyente no puede tener preferencias ni prejuicios; no es aristócrata ni demócrata, federal ni unitario; es un esclavo de las ne-





cesidades sentidas, y su habilidad consiste en saberlas apreciar con nitidez, desentrañando de las confusas apariencias la tendencia efectiva de la colectividad. Será, así, monarquista en Inglaterra, donde la persona del soberano brilla ante la muchedumbre como la encarnación de la grandeza del imperio y con el ascendiente de una tradición de siglos; será republicano en la Argentina, donde jamás tuvieron eco los blasones de sangre ó de cuna y donde sólo se respetan desigualdades emanadas de la virtud y del talento.

Las instituciones argentinas no aparecen ni completas, ni con sus modalidades peculiares en el código que encierra las reglas fundamentales sobre el rodaje de los poderes; menos aun se las encuentra con su luz propia en las teorías sustentadas por las naciones que nos han precedido en la empresa de conciliar los dos grandes principios, el orden y la libertad. No se deciden intervenciones federales á las provincias con los *considerandos* de la sentencia dictada en el caso de Luther v. Borden, ni es dable dirigir los debates del congreso con el *Digesto* de Willson en la mano, ni rigen para las « declaraciones, derechos y garantías » los emblemas de la Francia revolucionaria.

El derecho nacional reclama un pensamiento nacional, un examen profundo de los fenómenos históricos, una consagración firme al análisis de la vida diaria, una aptitud de exégesis formada con paciente disciplina. Jamás se llegará á acentuarlo y darle colorido, por medio de las reformas y proyectos de hojarasca, adobados con el material de la revista traída por el último correo y escritos en los intervalos entre la reunión lípica y la tertulia del club. Esas son, sin embargo, las obras que satisfacen nuestro amor propio, halagado por el aplauso complaciente de los amigos, que se extasían ante ellas, como nuestras buenas matronas se extasían ante la fábula de Lafontaine recitada con voz chillona por el niño prodigio de la familia.

Voy á concluir. La República ha llevado hasta hoy una exis-

tencia azarosa, de privaciones y de abundancia, de agitaciones nerviosas y de quietismo musulmán. Su progreso es, empero, una verdad que acatan hasta los incrédulos y escépticos. Falta cimentarlo sobre bases sólidas, adecuadas para resistir los vaivenes de la fortuna, y falta también dar alientos al alma nacional. Toca á vosotros, jóvenes doctores, realizar la obra. Emprendedla con energía, sin dejaros detener por las infinitas zarzas que hallaréis al paso y donde tantos sucumben. Perseverad en el propósito: la fuerza del carácter es la condición más relevante del hombre y el maestro de los maestros os ha enseñado que la fe remueve las montañas.

He dicho.

12 de agosto de 1903.







Señor ministro de instrucción pública,

Señoras,

Señores:

Día de gala es éste para las aulas de la facultad y, á la vez, de júbilo intensísimo para quienes, tras largos y pacientes años al estudio dedicados, reciben la justa recompensa de sus afanes, saludados por el aplauso de sus maestros, el cariño de sus condiscípulos, y la profunda satisfacción de sus familias. Aquellos que, por la diversa orientación de su carrera, no han tenido que pasar por los claustros universitarios, no imaginan siquiera el hondo significado de esta ceremonia, que por completo separa la edad juvenil de la madura, lanzando á la existencia, práctica y positiva, una pléyade de hombres hasta entonces en absoluto consagrados á conquistar la indispensable preparación teórica y doctrinaria. Al verles partir de esta casa, explicable es, pues, que los maestros experimenten naturalísima emoción, porque han tenido verdadera cura de almas y la grave tarea de una enseñanza que tan sólo debidamente se valora cuando los años han encanecido los cabellos ó el cuidado de la educación de los propios hijos ha hecho aguzar, más y más, el sentimiento de aquella responsabilidad.

Y esa emoción es todavía más avasalladora, si cabe, para quien



ha recibido mandato de dirigiros la palabra, porque hace casi un cuarto de siglo que, en este mismo recinto, tocó también pronunciar el discurso de la colación de grados; pero entonces lo hacía desde la tribuna de los jóvenes, lleno de ilusiones y en nombre de sus compañeros de estudio, mientras que hoy, después de haber sido sacudido por la ruda experiencia de la vida, — sin perder la fe, por más que muchas ilusiones hayan quedado rezagadas á lo largo del áspero camino recorrido, — le corresponde dar parabienes á los nuevos doctores en nombre de la facultad y como académico de la misma. Un cuarto de siglo equivale á la duración media de la existencia: por la menos, deja el sedimento de una singular ecuanimidad, porque la pérdida sucesiva de las ilusiones juveniles y el amargo aprendizaje de la lucha por la vida, permiten apartar consecuencias que resultan lecciones provechosas. Sin duda, sugerente es el conocido fenómeno de ser la juventud poco propicia á prestar acatamiento á los consejos de la edad madura; pero también es ineludible deber de los hombres que se sientan en el sitial destinado á los ancianos decir á los jóvenes, que comienzan á vivir, lo que sinceramente piensan sobre las cuestiones que más de cerca á unos y otros atañen y que visiblemente á todos preocupan... El discurso que acabamos de oír — al exponernos, con leal franqueza, las impresiones estudiantiles acerca de la enseñanza recibida, sus métodos y resultados, — conduce, como de la mano, al examen de la cuestión universitaria, que afecta en estos instantes la vida misma de la institución.

Jóvenes doctores:

El título que recibís os convierte en compañeros de vuestros profesores y directores de ayer, sin que dejéis por ello de pertenecer á la comunidad universitaria; sólo que, antes, la conside-



rábais con criterio juvenil y de estudiantes, siendo así que, ahora, habréis variado totalmente el punto de vista— habréis de aquilatarla con el juicio reposado de maestros y doctores. Esta casa, casualmente, pareció desafiar á la disputa al convertirse en palestra abierta á las más acaloradas controversias relativas á la excelencia ó deficiencia del régimen universitario, momento llegó en que su marcha normal no fué posible, peligrando su existencia misma, y hubiérase dicho que se abría infranqueable abismo entre viejos y jóvenes, entre catedráticos y estudiantes. Pasó ya el terrible huracán; pocos rastros quedan de los destrozos causados por su violencia extraordinaria; todo ha vuelto á su funcionamiento regular; pero despréndese del lamentable episodio una lección transcendental, y los frutos de la inesperada sacudida son paulatina, pero resueltamente, aprovechados para remodelar la vieja y querida casa, augurándola un porvenir más y más brillante cada día.

Aquella crisis, para nosotros pasada, aun perdura en nuestra universidad, pero, esta vez, se ha repetido en otra rama de la misma: y, en estos momentos, una facultad clausurada demuestra que el problema es palpitante y que sería inútil subterfugio fingir no percibirlo. La experiencia de esta casa puede quizá servirnos para examinar la naturaleza de este persistente malestar y proporcionar el remedio á la dolencia. Vosotros, novísimos doctores, estáis en condiciones de volver atrás vuestras miradas, ahora que la terminación de la carrera os permite gustar cierta ecuánime tolerancia, que quizá no concedía con el carácter bullicioso de antes, y daros cuenta de que, en la evolución universitaria, estudiantes y doctores colaboran, á la vez, quiéranlo ó no; comparten fatalmente la responsabilidad y tienen recíprocos deberes que llenar: las deficiencias que nuestra escuela, como todo lo que es humano y por el solo hecho de serlo, á la fuerza debe presentar, únicamente podrán ser con éxito corregidas merced al esfuerzo mancomunado de maestros y discípulos, de jóvenes



y ancianos. *Alma mater* llamaron los antiguos á la institución universitaria: y como á madre es menester tratarla, amándola con ardoroso amor; disculpando sus posibles yerros, ya que generalmente tan sólo un acendrado cariño los inspira; y rodeándola del respeto con el cual se la debe siempre venerar, malgrado todos los reproches de que pudiera ser objeto, porque á los hijos jamás corresponde escarnecer á los padres ni vilipendiarlos: no por el rigor ni la violencia, sino por la suavidad y sumisión, cabe lograr que los padres modifiquen su conducta ó cambien su criterio. De ahí que sea deber nuestro defender á esta universidad en cualquier momento, para evitar que prejuicios inexplicables pretendan hasta borrar el recuerdo de su nombre, como si la tradición gloriosa de la institución donde se han educado tantas brillantes generaciones de argentinos, fuera menester que apareciera eclipsada para siempre... No; podrá acaso sufrir eclipses parciales, pero desaparecer, jamás, si sabemos cuidarla con pasión inteligente, tratando de que sea espejo de todas las perfecciones!

Esto quiere decir, pues, que no cabría resignarse á lo existente, cuando fuera malo: y dejarlo deslizarse por pendientes peligrosas, con daño evidente de la cultura patria y con innegable perjuicio de las generaciones sucesivas, que pasan por las aulas buscando ciencia y verdad, para hallar, á las vèces, lo que suele desgraciadamente estar muy distante de ese ideal. Jamás predicaría semejante abandono: cobardía sería de los maestros, prescindir así de la juventud que acude al pie de sus cátedras; y también mengua sería de esa misma juventud si callara con vileza, sujetándose á malograr su vida entera, al notar que en los claustros universitarios no encuentra lo que tenía derecho á encontrar!

Recíprocos son los derechos y deberes. En su aula el profesor ejerce un sacerdocio verdadero, y cada vez que sube á la cátedra y contempla las fisonomías, atentas y ansiosas, de los jó-



venes congregados para oírle, visiblemente solícitos por sentir alumbrárseles el entendimiento, la grave responsabilidad de su apostolado levanta á la fuerza su espíritu é involuntariamente le abraza el deseo de dar resplandores de sabiduría. Su deber es dedicar á la enseñanza el esfuerzo más concentrado y perseverante: investigar, á la vez, sin descanso, — porque los maestros se ven obligados á estudiar inmensamente más que los discípulos; — estar siempre al corriente de todo lo que, dentro y fuera del país, se produzca sobre la disciplina á su honradez intelectual confiada; y meditar, meditar sin cesar, utilizando la experiencia de los negocios de la vida y la observación de lo que en el mundo acontece, para mostrar á sus oyentes cómo se desenvuelve la rama especial de los conocimientos humanos que le ha tocado la misión de explicar, cómo evoluciona en la vida real, y cómo se aquilata en el gabinete del estudioso y en los libros de los pensadores. Si el profesor lleva á la cátedra la conciencia severa de ese deber y la consiguiente preparación técnica que implica, niego terminantemente, señores, que sea posible la menor insubordinación estudiantil, porque la juventud es generosa y de una extraordinaria amplitud de miras; en el acto aprecia el esfuerzo sincero y lo agradece, retribuyéndolo con el aplauso espontáneo y el respeto con que rodea á quien así sabe desempeñar su cargo. Más todavía; esa juventud jamás permanece indiferente, pues la contagia el amor á la ciencia cuando en la cátedra impera, encendiendo en ella la pasión del estudio y permitiéndola así colaborar en la enseñanza del profesor, de modo que, unidos ambos esfuerzos, sea cultivada con mayor brillo la respectiva asignatura. Y esa admirable armonía del ejemplo combinado de maestros y discípulos, enseña á los viejos reglas prudenciales de gobierno superior, en estos delicados asuntos universitarios.

Señores: Cuando se produce un hecho insólito en la vida, sea de la naturaleza ó de la humanidad, es porque existe una perturbación que lo origina: inútil será querer reprimir aquél, mien-



tras no se suprime ésta. Así también — honrado es reconocerlo — toda crisis universitaria tiene su causa, y no podría resolverse aquella, en tanto esta no desaparezca: los estudiantes no se alzan porque sí, contra sus maestros; no se resignan á perder años y años, por el simple capricho de ser llamados revoltosos; no se recurre, en una palabra, á la *ultima ratio* sino cuando se han agotado todos los medios de que puede echarse mano para evitarlo.

¿Qué busca la juventud en las aulas universitarias? Enseñanza. Si la encuentra, á la altura de la civilización coetánea, aplaude y estudia complacida; si no la encuentra, sino estancada ó vegetando con criterio errado, protesta y se alza airada. Si en la cátedra no halla nada que adelante al contenido de los libros corrientes, preferirá leer éstos en su casa, y deserta entonces deliberadamente del aula, por más trabas reglamentarias que se ingenien para hacer obligatoria su asistencia. Y cuando tal sucede, cuando realmente la enseñanza no responde á lo que hay el derecho de exigir, fuerza es reconocer — por doloroso que sea — que alguna razón asiste á la juventud para recurrir á esos extremos: y que es premiosísimo deber de aquellos á quienes está confiado el gobierno de la institución levantar en el acto el nivel de los estudios, pues únicamente la autoridad científica y moral del profesor puede normalizar cualquier sacudimiento estudiantil. Buscar el remedio en otros resortes, es no engolfarse en las profundidades del problema, porque todo, en la vida académica, está íntimamente entrelazado y gira alrededor de la cátedra: mantenerla como apostolado ó restablecerla como tal, es todo lo que se necesita y es lo único que, en síntesis, se exige.

Pero, jóvenes doctores, en breve la experiencia os demostrará que esa solución, sencilla y facilísima en teoría, en la práctica se torna complicada y difficilísima. El nivel de la enseñanza depende de la vocación del profesor, y tal cualidad es una condición



que no se adquiere, sino que se revela espontáneamente y como adherida al sér mismo: donde no existe, no es posible crearla ni menos fomentarla; ni está habilitado consejo académico alguno, en nuestro país, para siquiera comprobar su existencia antes de nombrar *ad vitam* á cualquier catedrático, desde que es menester improvisarlo eligiéndolo entre los aficionados, ya que no hay profesionales por faltar una verdadera carrera docente. Desgraciadamente, tampoco cabe cerciorarse de aquella sino en la prueba de fuego de las clases regulares: no pudiendo, á las veces, ni el interesado mismo saber á ciencia cierta si lo que supone ser vocación es simple y pasajero espejismo; por manera que, en casos semejantes, con la mejor voluntad de parte de directores y maestros, cabe admitir error en la designación, dando así origen á una situación en extremo delicada y que suele prolongarse, pues se requiere contemporizar con las justas susceptibilidades y con la reputación misma de personas, sin quererlo envueltas en tan desagradable emergencia. Y, sin embargo, cuántas veces una descalificación de ese género ha resultado infundada, sea porque se basaba en impresiones aisladas, ó por la ligereza de ciertos estudiantes, ó por tratarse de momento transitorio: de cansancio, en un competente profesor; ó de abandono, en otro poco diligente, pero capaz de reaccionar con brillo. Pues bien: los jóvenes suelen no gustar sustentarse de esperanzas y carecen de la necesaria paciencia para dejar que las cosas de por sí se equilibren; entonces luchan por imponerlo mediante violencia, cuando sólo á la prudencia correspondería intervenir, causando así involuntariamente injusto é irreparable agravio á determinadas reputaciones. Condenable es tal intemperancia, porque la presión de la pública opinión es suficiente para seleccionar á la larga el profesorado, depurarlo y dejar en él an sólo las verdaderas vocaciones. Y como la violencia de abajo imposibilita toda concesión de arriba, nace un conflicto donde sólo existía una dificultad pasajera, complicándose por instan-



tes, á merito de ser los cerebros estudiantiles, á las veces, demasiado ardorosos é impacientes; fácilmente se llega así al exceso, haciendo peligrar la vida misma de la institución.

No es otro el génesis de la actual crisis universitaria argentina; no fué otro su proceso en esta casa, y tal es el que se observa en las otras análogas. En nuestra facultad felizmente los ánimos se han serenado y la juventud estudiosa ha dado hermoso ejemplo de ser accesible á la reflexión: las cosas se han normalizado, no sin tener que lamentar ciertas pérdidas difíciles de reparar, pues determinados profesores — honra y prez de la casa — se creyeron arrollados por el alud y se separaron de la cátedra, que habían ilustrado con su ciencia, con su evidente vocación, con su ejemplar empeño en mantener lo más alto posible el ideal de la enseñanza. Pérdidas semejantes son, sin duda, uno de los más graves inconvenientes de esas violencias estudiantiles... Por fortuna, el espíritu reinante hoy en el consejo de la escuela, en su cuerpo de profesores, y en la generación universitaria que llena sus aulas, presagia un período de fecunda dedicación al examen intensivo de las ciencias sociales, llevando á la cátedra la lección palpitante de la vida para animar la letra de los códigos y el texto escueto de las leyes, á menudo dejadas atrás por la evolución social, casi á raíz de haber sido dictadas.

Porque la juventud estudiosa, señores, tiene perfecto derecho á encontrar en esta casa una enseñanza que, á la par de examinar hondamente los problemas científicos, la habilite para abrirse camino en la vida, evitándola esa tristísima desilusión experimentada por tantos y tantos, quienes, al salir de las aulas con su diploma en la mano, se hallan en plena existencia real desorientados, como extraños á la misma, y notando que todo cuanto han aprendido parece resultarles poco menos que inútil, porque ha sido ciencia en los libros exclusivamente bebida, no pocas veces reñida con la verdad de las cosas ó indiferente á las mismas, como si las leyes se estudiaran en textos sibilinos ó hieráticos.



ajenos á la realidad y que nada tuvieran que ver con lo que á diario en el mundo ocurre! Errado concepto sería ese, si así fuese, por parte de la cátedra; lamentable, por muchas razones, en cuanto esteriliza casi á la generación que por los bancos de las aulas pasa... Los anfiteatros universitarios tienen que ser laboratorios de vida; la ciencia en ellos cultivada debe ser real, positiva, vibrante, adherida á los fenómenos de la existencia diaria; los libros son, sin duda, indispensables, pero tan sólo como elemento coadyuvante, pues la observación directa y la personalísima meditación del maestro resultan imprescindibles para extender, virtualmente, los fenómenos sociales sobre la mesa de trabajo y disecarlos á la vista de los estudiantes, que siguen anhelosos el bisturí del catedrático, mostrándole la esencia de cada hecho jurídico, su modalidad en la ley, el por qué de su reglamentación codificada ó consuetudinaria, y si la legislación vigente responde á las necesidades actuales de la civilización ó si debe ser reformada en determinado sentido. Así, con criterio semejante, el profesor de derecho llena una misión augusta: familiariza al estudiante con la vida social y su legislación respectiva, pública y privada, en su diversas fases; lo connaturaliza con la realidad de las cosas y lo hace apto para desenvolverse entre ellas, sabiendo en qué medida corresponde aplicar é interpretar la letra de la ley, y cómo es menester influir para que se reforme, porque — no lo olvidéis, señores — la ley debe constantemente amoldarse á la realidad y por ésta ser modificada, en lugar de pretender que la realidad haya de anquilosarse en el lecho de Procusto de una legislación posiblemente anticuada ó de orientación errónea. Espíritu crítico, en grado máximo, es lo que la ciencia exige, en maestros y discípulos; horror le causa el respeto supersticioso por el texto *ne varietur* ó el dogmatismo de una cátedra que reemplaza el razonamiento convincente con la afirmación rotunda del *magister*. Por eso, estudiantes y profesores colaboradores son en la vida universitaria; y anémica será ésta si tal cola-



boración es tibia ó si no hay, de parte y otra, el sincero convencimiento de que ambos esfuerzos son solidariamente indispensables. Además — y esto debe siempre tenerse presente — la universidad no tiene por único objeto enseñar los conocimientos adquiridos, sino también ayudar á verificarlos, provocar investigaciones, favorecer el progreso de las ciencias y del saber, dedicar todos sus esfuerzos á fomentar los estudios y las indagaciones de quienes hayan atravesado por sus aulas: aquella colaboración, pues, no debe limitarse al período académico estricto, sino extenderse á la vida entera.

La existencia humana es demasiado corta para malgastar un día siquiera; y, en esta milicia de la vida, el estudio no es sino otra faz de la acción misma, porque durante los largos años del período escolar superior va derecha la intención á la obra, y es quizá ésta de capitalísima importancia desde que ordena y endereza la personalidad, forma su criterio, lleva al máximo posible el desarrollo de la personal energía, y permite adquirir los conocimientos requeridos para la lucha posterior; en una palabra, de la eficacia de las aulas depende, casi exclusivamente, la de toda la existencia, constituyendo imborrable sello la solidaridad que se establece con la institución donde se ha vivido la vida de la inteligencia.

Nada de extraño es, pues, que los jóvenes se den clara cuenta de esto, y precisamente porque tienen de ello agudísima intuición es que se muestran tan justamente susceptibles respecto de la enseñanza que reciben, exigiendo con razón que no se les malogran los mejores años, deformando su criterio y dándoles conocimientos huecos ó raquíticos. Tienen sed de verdad y de ciencia: eso sólo piden á la cátedra, y sobrada razón les asiste para reclamarlo. Los hombres que dirigen los institutos universitarios han recibido, á su vez, la sagrada misión de velar por que tal suceda, procurando que en la cátedra dominen sólo esa ciencia y esa verdad, dentro de la omnimoda libertad de en-



señar, dejada al profesor, y la correlativa de aprender, que al estudiante corresponde. Si así no se hace, si la dirección se torna indiferente á su misión, se desencadenan involuntariamente tempestades, cuyos efectos siempre son perniciosos, aun en el más favorable de los casos.

El problema universitario, por lo tanto, no es de ley ni de estatutos: es de hombres; y la cuestión académica significa, en definitiva, la crisis del profesorado en sus actuales condiciones. Encarar el asunto diversamente es equivocar la naturaleza del fenómeno: cuando éste se produce, causa debe tener, y ésta es simplemente el estado deficiente de la enseñanza, vale decir, la falta de vocación de muchos de los que, en la cátedra ó en la sala del consejo, están al frente de la vida académica. No son, pues, cambios en el régimen universitario ni mera substitución de hombres lo que se requiere; lo que se impone, lo único que se reclama, es que se levante el nivel de los estudios; todo lo demás es de secundaria importancia y de por sí solo á nada estable conducirá. No es la institución la deficiente, sino alguno de sus resortes, y esta verdad está en la conciencia de todos los universitarios...

Pero es, á la vez, necesario observar — por ser de equidad estricta — que no hay realmente derecho á exigir del profesorado argentino lo mismo que los países más adelantados del suyo exigen, á saber: dedicación exclusiva de la actividad del maestro al desempeño de su cátedra, porque aquí no se remunera al catedrático sino con una simple ayuda de costas, que no le permitiría vivir ni siquiera en condiciones bien modestas, muy inferiores á su posición social, si sólo con su sueldo viviese; y cuando el honorario es insuficiente, siendo proporcionado el esfuerzo, no cabe reproche alguno si éste resulta inadecuado, porque no puede pretenderse que nadie se sacrifique sólo por inclinación científica; no niego que algunos hay que prescinden del estímulo económico, tienen por riqueza la pobreza y, renunciando á las satis-



facciones materiales de la vida, no se acuerdan ni de su familia ni de sí mismos, y se absorben en el cultivo de la ciencia pura ó en el ejercicio de su cátedra: pero serán siempre los menos, y sobre tales excepciones no puede sensatamente basarse una organización universitaria. Por eso, el actual profesorado nacional merece un respeto profundo, porque — salvo contadas excepciones — está desempeñado por quienes en su cargo satisfacen una subyugadora vocación ó cumplen silenciosamente con imperioso deber, dedicándole los momentos libres que sus otras ocupaciones les dejan, pues se ven obligados á considerar la cátedra únicamente como tarea supletoria. Hay en esto un gravísimo mal: el profesorado debe constituir la ocupación exclusiva, para que pueda exigirse de quien lo desempeña el máximo de contracción en vez del mínimo esfuerzo, como en las actuales circunstancias. Esa es, pues, la llaga viva de nuestra enseñanza universitaria: el profesorado de aficionados, en lugar del de profesionales.

Pero no es eso sólo: enseña la experiencia que cuando el catedrático, único en ejercicio, dicta su curso sin temer á la comparación, al cierto tiempo la rutina insensiblemente se adueña de su espíritu, cesa de investigar y se contenta, sin parar mientes en ello, con volver á decir cada año lo mismo que expuso el anterior, casi en idénticos términos: de ahí el sistema del texto, á veces escrito por el profesor ó confeccionado con los apuntes de clase, y que se convierte á la larga en forma rígida, de la cual nadie se atreve á apartarse, implantándose así un dogmatismo que invita, sin quererlo, al elemental ejercicio mnemotécnico...

La prudencia indica que hay que impedir hasta la posibilidad de que tal cosa pueda alguna vez suceder. Abranse, pues, de par en par las puertas de acceso á las cátedras; permítase que profesores libres dicten cursos, metódicos y regulares, sobre las mismas materias confiadas á los propietarios; déjese á los estudiantes la elección entre unos y otros, libertándolos de la odiosa



tiranía del titular único y exclusivo: nadie objetará tal régimen, porque cualquier catedrático se avergonzaría de tener concurrencia á su aula simplemente gracias á la lista del bedel y no á la amplitud y elevación de su enseñanza. Ahora bien, el estímulo y la emulación que tal competencia entre profesores ocasiona es, precisamente, la gran palanca del progreso universitario germánico, desplegando cada catedrático su esfuerzo máximo, no sólo para conquistar su reputación, sino para conservarla: y nada obsta á que análogo procedimiento dé aquí idénticos resultados.

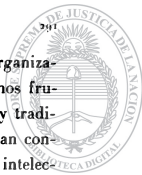
Esas medidas son de fácil implantación, desde que dependen sólo del presupuesto; y el aumento de la subvención universitaria, para permitir realizar esta reforma, es casi una gota de agua en el abundoso torrente de las finanzas nacionales. Así se eliminaría en el acto la verdadera causa que explica nuestra crisis universitaria; la ciencia ganaría con ello y los estudiantes podrían satisfacer ampliamente sus justos anhelos de saber, aquilataándose la idoneidad de cada profesor con la asistencia voluntaria al aula, porque se impondría siempre la cátedra mejor desempeñada.

Tales medidas, prácticas y eficaces, no requieren ruidosas tramitaciones: están dentro del régimen legislativo y universitario vigente: su realización no presenta dificultad insalvable y, en puridad de verdad, constituyen el único remedio eficaz para normalizar cualquier crisis de aquel género ó para impedir que se produzca. Esperar la solución de la dificultad de reformas doctrinarias ó de cambios en la ley ó de modificaciones de estatutos, mediante intervención parlamentaria ó gubernativa, es como correr tras una sombra: la universidad misma, tal cual hoy está organizada, tiene en sus manos la deseada panacea y lo único que necesita pedir á los poderes públicos son los recursos rentísticos para realizarla. Cada hora que pase sin afrontar el problema como corresponde, reagrava el conflicto, porque no cabe, ni se explica, ni se disculpa, la vacilación ó la dudosa política de



ganar tiempo, ó las soluciones á medias, como si pudiera prescindirse del desamparo en que se deja á toda una generación, que corre inminente peligro de abandonar para siempre los estudios.

Póngase, pues, manos á la obra, y colaboren en ella directores, maestros y estudiantes: transfórmese, ante todo, el profesorado para convertirlo en profesional, estableciendo, á la vez, la libre emulación de las cátedras; mantengan esos maestros sus cursos á la mayor altura posible; rodeen los estudiantes á tales catedráticos con el entusiasmo y la decisión de la juventud generosa, rivalizando con ellos en el trabajo y el estudio; y atiendan empeñosos los directores, no sólo á las necesidades normales sino á la introducción de todo adelanto y de toda nueva enseñanza que fuere conveniente... Así, cultivando la ciencia no exclusivamente por la ciencia sola, sino por la vida misma, los jóvenes se prepararán mejor para el ejercicio de sus profesiones y para gobernar mañana los destinos del país, cuando la natural evolución de la vida lleve á su generación á los altos puestos en las diversas esferas de la actividad nacional. Y así, sobre todo, la universidad presentará el aspecto hermoso de sus congéneres de las naciones viejas: el de una colmena en plena efervescencia, desbordando de estudiantes las grandes aulas, en las cuales los profesores den sus conferencias públicas, y llenas de trabajadores las mesas de las salas reducidas, donde aquellos guíen á la flor y nata de cada curso en la investigación de la verdad, inculcándole métodos, enseñándole criterios, fiscalizando su producción y habituándola así á estudiar intensivamente cada materia. El resultado será, sin duda, brillante: sólo de nosotros depende que se realice sin demora, porque es ya tiempo de incorporar nuestra vida universitaria á la corriente de progreso de las instituciones análogas, en vez de continuar manteniéndola en la rutina de otras épocas, como si los tiempos no cambiaran y no fueran otras las exigencias del presente.



No se trata, pues, de implantar en nuestro país una organización universitaria que en otras naciones haya dado opimos frutos, pero que pueda reposar sobre la base de costumbres y tradiciones nacionales de que nosotros carezcamos ó acaso sean contrarias á nuestros mismos hábitos y al ambiente social é intelectual de este país; ni se trata tampoco de reformas doctrinarias ó meramente teóricas, ajenas á las necesidades reales pero que suelen hacer creer á la generalidad que la solución debe estar ahí, precisamente porque no se la alcanza á columbrar; no, lo que se indica es no sólo factible sino que es imprescindible, porque no puede existir universidad alguna, cualquiera que sea su orientación, si no descansa sobre el granítico cimiento de un profesorado profesional, compuesto de un profesorado docente que no haga otra cosa sino enseñar. Ahí tenemos que llegar: ese es el comienzo verdadero de toda reforma; ese es el nudo gordiano de nuestra cuestión universitaria. Sin duda, además de ese aspecto del problema, hay otros también, pero es inoficioso ocuparse de ellos si no se resuelve antes aquél; y discutir sobre autonomía de facultades, sobre régimen universitario, etc., poco servirá si, ante todo, no se constituye el profesorado como profesión á la cual haya derecho de formular todas las exigencias del caso. Una vez resuelto ese punto, vendrá la oportunidad de pensar en reformas de otra índole y de adaptarlas á nuestro medio ambiente, haciendo de la universidad un mundo *sui generis*, donde la investigación personal y directa de estudiantes y docentes haga constantemente adelantar á la ciencia, sin perder de vista ni la vida real ni la característica nacional; entonces esta universidad, convertida en un organismo lleno de savia, ejercerá sobre el país la legítima influencia que le corresponde, contribuyendo á estudiar y resolver las múltiples cuestiones que presenta la complicada formación nacional.

Tal es, señores, mi personal manera de encarar la dificultad universitaria del momento. Abrigo la seguridad de que, malgrado



el atractivo que ejerce resolver en el papel una complicación, se preferirá, en nuestro caso, la solución definitiva y real a la transitoria y nominal: y, entonces, podremos saludar con aplauso esa nueva transformación de nuestra vieja universidad, pues se siente ya flotar en el ambiente el vivísimo é irresistible anhelo de fundamental reconstrucción, y millares de hogares están de ello pendientes, clamando las familias porque se regularice la vida estudiantil de una manera estable.

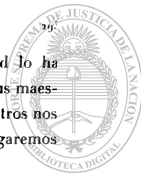
En cuanto á esta casa, directores y profesores se hallan ocupados en preparar y realizar reformas de transcendencia, porque la vida universitaria es una evolución constante y deber de los consejos de cada facultad es velar, con celo infatigable, por el perfeccionamiento de la enseñanza: reunir los materiales que ella reclama, ofrecer á los alumnos todas las facilidades que el estudio requiere, en forma de bibliotecas y de laboratorios, -- que también los hay en casas como ésta, si bien de género distinto de los que otras disciplinas, como las médicas, exigen, -- y buscar siempre repartir los ciclos de materias, correlacionándolas debidamente, de modo que cada estudiante aproveche todo su tiempo y pueda escoger con independencia la orientación que más le plazca, sin obligársele á cursar lo que no necesite ó quiera, pero si á profundizar lo que emprenda, puesto que, ante todo y sobre todo, debe proscribirse lo enciclopédico y superficial, substituyéndolo por lo concreto pero intensivo. La libertad de aprender, que corresponde al estudiante, debe convertirse en realidad; como igualmente la de enseñar, que es privilegio del profesor: organizar y reglamentar ambas libertades, es una necesidad que se impone. Y bien: el consejo de esta casa, convencido de que nada es más pernicioso para el éxito de la enseñanza que la separación de directores y maestros, ha asociado espontáneamente á sus tareas al cuerpo docente, y en asambleas periódicas de académicos y profesores se proponen y discuten las medidas que á la cátedra interesan, pero que es menester con prudencia elabo-

rar y con mayor prudencia aun aplicar... La juventud lo ha comprendido así en el acto, y hoy prestigia y anima á sus maestros y directores. Estudiantes de ayer y de hoy, unos y otros nos sentimos ligados á la obra común: en su honor despleguemos todos nuestros esfuerzos y todas nuestras actividades.

Compañeros:

He analizado ante vosotros un gravísimo problema, que á todos por igual preocupa en estos momentos. Fuertes sois, desde que vuestro diploma es prueba de que habéis pasado seis largos años sumidos en el estudio de los problemas sociales, de los cuales el universitario no es quizá el menos importante: medítad, pues, sobre él con criterio reposado y maduro, diciendo para siempre adiós á los prejuicios é impaciencias estudiantiles. Y, entretanto, acompañadme á formular este voto íntimo : que, mediante el común esfuerzo, la tradicional institución pueda paulatinamente transformarse, engrandecerse y, convertida en el foco de luz que fascina y atrae, enaltecer ante propios y extraños el renombre de la patria!

12 de agosto de 1906.







Señor Rector,
Señores Académicos,
Señoras, Señores:

Respondiendo á un deber que considero ineludible, no he podido excusarme de aceptar la honrosa, aunque inmerecida distinción que me ha acordado la Facultad de derecho y ciencias sociales, designándome para dirigiros la palabra, en este acto, en que se despliega gozosa y augusta la satisfacción de la tarea cumplida.

¡Realizar la aspiración! Llegar á la meta, tanto más deseada, cuanto más esfuerzo ha exigido, es sin duda uno de los mayores placeres, que puede ofrecernos la vida en sus manifestaciones de incesante lucha.

Nada más justificado, que este *hosanna* de alegría con que se festejan los lauros adquiridos en tan noble como pacífica contienda, librada dentro de cada combatiente, no para destruir, sino para crear, para libertarse por un esfuerzo victorioso de la ominosa esclavitud de la ignorancia y para arraigar las energías que permitiendo dominarse á sí mismo, aseguren las que se desplegarán mañana en beneficio de los demás.

Jóvenes doctores: Acabáis de escuchar el discurso sincero y elocuente del compañero de tareas, que al resumir sus impresiones de estudiante en la aurora de la nueva vida, retempla su ánimo, en este descanso de sus primeros afanes, confiado en las



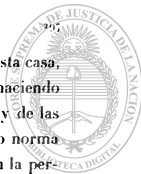
propias fuerzas que pronto usará y estimulado por una visión que al través de prudente reserva, se transparenta como el premio que justamente debéis esperar de vuestros futuros esfuerzos. Yo le deseo á él, como á todos vosotros, el logro de las sanas aspiraciones y en este voto se hallan inspiradas las palabras que os dirijo.

El título que recibís en este acto, como testimonio de vuestra suficiencia intelectual, os habilita para emplear en la vida real las armas del saber, esgrimidas hasta hoy en un simulacro, y que mañana deberéis usar en la batalla.

No debo ocultaros que el nuevo campo de acción, modificará muchos de los prejuicios engendrados en las aulas; probablemente no encontraréis el mundo coherente y bajo la arquitectura que lo habéis concebido; á cuya concepción, por fuerza, han concurrido los estudios regulares, las necesidades de la enseñanza: obligada á generalizar, á establecer límites y fronteras donde generalmente no existen, á buscar reglas y principios, que sólo se obtienen por la idealización, por la reducción á conceptos abstractos, de los fenómenos naturalmente complejos del mundo concreto.

Y aunque estais advertidos del contraste, aunque debéis estar igualmente convencidos de que la sociedad creada por la lógica no es la que se ha formado por la historia, aunque recordéis que existen más cosas en la naturaleza que en los conocimientos atesorados por los sabios, seguramente recibiréis más de una decepción al ver que, aplicando la fórmula ideada, no tenga la virtud de llegar al resultado previsto, por error propio ó por malicia ajena.

Pero estas ineludibles contrariedades que siendo justas, contribuirán á dar acierto y precisión á los conocimientos adquiridos y aun tendrán la virtud, en muchos casos, de ejercer una saludable acción sobre los excesos de natural vanidad; y siendo injustas, sublevarán el ánimo generoso, en ningún caso han de servir de



pretexto para destruir la concepción ideal que lleváis de esta casa, que si puede haber sacrificado la capacidad práctica, haciendo perder un tanto de vista, la noción viva de los hombres y de las cosas, en cambio ha robustecido el modelo moral, como norma y rumbo del escabroso camino, dando objeto á la vida en la persecución viril y obstinada de un elevado ideal.

No olvidéis que ante todo, el esfuerzo de esta madre intelectual ha sido de formar un carácter, que al atravesar vuestra inteligencia ha intentado llegar al corazón penetrando profundamente en la conciencia para formar al hombre interno que sepa mandarse á si mismo antes que á los demás, confiando en que la influencia moral surja como una necesaria consecuencia del comercio intelectual, de la ciencia incorruptible, que sólo vive y se desenvuelve á la luz de la verdad.

Cien veces habéis oído que la rectitud, la fuerza de los sentimientos y la iniciativa vigorosa contribuyen al valor del individuo con un porcentaje harto mayor que el simple acopio de conocimientos; á cada paso, buscando la fuente del precepto habréis encontrado la raíz moral que lo informa y explica: en todas las disciplinas en que se ha pedido vuestra directa colaboración ó en que se ha solicitado vuestra atención, los desarrollos especiales, la gimnástica intelectual, la investigación profunda, han tendido principalmente á dar fuerza y agilidad al espíritu, educando la mente en la exactitud del juicio y modelando el carácter en la firmeza del designio, y en la profunda moralidad de los actos.

Todo esto lo habéis experimentado día á día, no por efecto del pregón de fórmulas triviales, sino con el espíritu vivo de la acción y sobre todo con la lección más severa que pueda darse: ¡con el ejemplo!

Si el mundo real os ofrece desengaños, que es el patrimonio más seguro que puede recogerse, si la sabia duda se decide por estéril escepticismo, si en el afán de remontaros á las primeras



causas, sois justamente castigados, como los constructores de la Torre de Babel, si llegáis á exclamar como el filósofo decepcionado: « Nuestra ciencia consiste en beber la ignorancia en su más alta fuente », no permitáis nunca, que ese vicio propio del pensamiento aislado, pueda extenderse á vuestros sentimientos, á vuestro carácter, á ese santuario interno, resumen de todas las facultades psíquicas, que, como baluarte inexpugnable debe desafiar con firmeza los veleidosos rumbos de la mudable razón.

Habéis adquirido fuerzas necesarias, fijadas en sentimientos que sirven de causa á la conducta, y que deben dirigiros con la espontaneidad de los actos reflejos de hábitos morales contraídos, sin necesidad de someter á discusión las leyes del deber; habéis creado la propia individuabilidad consciente de sus responsabilidades y que como centro autónomo de acción, no se dejará absorber, por esas tendencias que degeneran en la atrofia de la voluntad.

Con la visión profunda del bien moral, con el sentimiento íntimo y siempre vivo de la justicia, los obstáculos del camino, se rán incentivos que al redoblar el esfuerzo dará mayor relieve al resultado. Encaminaos rectamente al sano propósito ideado y llegaréis, como habéis llegado en esta primera y fructuosa experiencia, en la que también divisabais en lontananza, un objetivo, obtenido por haberlo perseguido con fe inquebrantable y paciente constancia.

El título que se os ha otorgado, al investiros con la misión augusta de defender el derecho violado, no reduce la función del investido á un simple aplicador de la ley, porque la preparación y los conocimientos adquiridos, han ido más allá del precepto legal y de las reglas que permiten resolver concretamente los casos de la vida ordinaria: desde que, han creado aptitudes para juzgar esa misma ley, estudiando el grupo humano en todas las épocas y bajo todas las formas y fases ó esferas en que se ha desarrollado, para descubrir sus leyes evolutivas en su marcha en la



sucesión de los siglos, ó en su expansión á través del espacio.

Por ese estudio comparado de las instituciones y costumbres y en general de todos los hechos sociales, se llega en la escuela y por procedimientos científicos á la noción del estado, de la sociedad, de la familia y del hombre que, á todo espíritu dirigente, le es tan indispensable, que cuando no ha podido recogerla por ese medio positivo y científico, se ve obligado á buscarla en su imaginación, aplicando la fórmula, así creada, con todos los inconvenientes del empirismo.

Por esos conocimientos también resulta extendido el campo de acción del graduado y con facultades para actuar en las esferas dirigentes de la sociedad, por propia previsión del Estado, al crear en él, el órgano especialmente adaptable á las altas funciones judiciales, legislativas y administrativas.

La divisibilidad de las funciones sociales multiplicadas por el constante esfuerzo de adaptación, explica aún en su ulterior y progresivo desenvolvimiento, esta necesidad de crear órganos destinados á servirlos; determinando la existencia de una mutua-
lidad, al llamar á aplicar junto con los conocimientos, las aptitudes y energías creadas, que la investidura impone.

La alta misión que os será confiada y que obliga á servirla dignamente, como un deber inherente al título obtenido, es confirmada en su necesidad, con las voces de alarma, lanzadas contra estas falanges universitarias, por los *improvisados*, que por interés ó por convicción pregonan como más eficaz la *viveza* y la *habilidad* que la inteligencia y los procedimientos científicos: creen más en el curandero que en el médico é invocan la *práctica* como algo reñido con la ciencia; voces que encuentran eco en el vulgo, que no percibe claramente, no obstante aprovechar sus ventajas, la complejidad y solidaridad social de las funciones en los estados modernos y que por una especie de atavismo de ideas sociales, concibe como un ideal el estado de agrupación primaria, de tribu, cuyas pobres y rudimentarias funciones, solo exi-



gen el sencillez resorte del miedo á base de fuerza y astucia para permitir una vida nutrida por todas las miserias.

Es cierto que sin negarse como regla la mayor aptitud en los universitarios, el grito parece reducirse á protestar por la exagerada producción: pero aun considerado de este punto de vista es un error: error de principio: porque se trata de una corriente cuya necesidad surge de la espontaneidad misma con que se produce y que, oponerle diques, sería tan pueril como contraproducente: error histórico y social: porque á esa falange de universitarios debemos, independientemente de la acción benéfica ejercida en sus funciones directas, la integración nacional, que conservamos en su unidad de legislación, de antecedentes históricos, de tradición y de dominio político y que seguramente habrían sido reemplazadas por otras tendencias disolventes del vínculo tradicional que es una fuerza poderosa de cohesión, en nuestra calidad de país de inmigración. Producida la lucha entre elementos nivelados por la ignorancia, la mayoría hubiera hecho que en vez de asimilar al extranjero, éste nos hubiera asimilado, borrando todo aquello que pudiera significar el alma de una nación que se nos legó hecha y constituida.

No necesito recurrir á la historia patria, que sabéis tan bien como yo y que podría reducir el concepto al pasado, para señalaros esta acción presente, que ha resultado como ley social, no prevista ni impuesta, sino con todo el carácter de esos movimientos instintivos del ente colectivo que protegen la propia conservación, como la legítima defensa en el individuo ó como lo *vis medicatrix naturæ* en el organismo.

Los que creen que las leyes humanas son capaces de crear y de dar vida y buscan su génesis en las puras abstracciones de la mente, invocan la necesidad de hacer hombres prácticos, creyendo encontrarlos exclusivamente en otras actividades distintas á las universitarias.

En ninguna parte más que en esta casa se ha sostenido la

ventaja de la enseñanza práctica, ó sea de implantar métodos experimentales, que muestren los hechos, antes que la generalización que de ellos resultan, que lleguen por el estímulo que nace de la propia participación en el esfuerzo, por el desenvolvimiento de la vigorosa y particular iniciativa, á formar el carácter de hombres verdaderamente útiles á la sociedad en que deben actuar y á veces dirigir. Que la aplicación diaria á los fenómenos reales de la vida, no es solo un medio de coronar los esfuerzos, sino que particularmente en la ciencia experimental del derecho, constituye el más eficaz contralor con la experiencia propia de los conocimientos adquiridos por la ajena, son verdades que se han hecho comunes en nuestra enseñanza.

Pero al establecer métodos prácticos, no se entiende por ello formar mecánicos, prácticos del músculo, si se me permite la expresión, que sólo obedezcan al dinamismo automático de la tarea, sino que por la directa y personal experiencia se llegue á la noción precisa y justa de los fenómenos y de sus necesarias relaciones en las fuentes experimentales de la controversia, para que se tenga la entera y clara percepción del derecho y pueda significarse con propia convicción. Así, el atributo de hombre práctico es tan aplicable al abogado, al legislador ó al juez como al industrial ó al comerciante.

El abuso de las teorías, degenerando en vanas é insubstanciales especulaciones, no sólo puede constituir un atentado social en cuanto tiende á derrochar estérilmente, el tiempo, que es el mayor capital con que contamos, sino que puede en sus exageraciones engendrar todos los peligros de la fácil perfección de lo imaginario, para crear concepciones inadaptables que nos alejarían cada vez más del propósito positivo perseguido, como una necesidad real de convivencia.

Pero ese peligro no existe, exclusivamente en las universidades, ni surge necesariamente del hecho de desenvolver conceptos elevados en el campo abstracto de la mente, como cultivo indis-



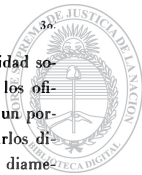


pensable del progresivo desarrollo del espíritu, porque reconoce como fuente, á una tendencia que se manifiesta, en todas las actividades de la vida intelectual nuestra, por modestas que sean; quizá como un tributo que se paga al momento metafísico que atravesamos, según el decir de algunos pensadores; lo vemos a veces, en el maestro de primeras letras que prescinde del método objetivo ó práctico para adoptar con preferencia la teoría, más fácil para él, pero no para el niño, en el que se traduce en un estéril ejercicio *mnemónico*, y finalmente, como he dicho alguna vez, no sería extraño que observando un programa de enseñanza manual nos encontráramos con preguntas como ésta: *génesis y evolución del cepillo de carpintero*.

Nuestra universidad ha demostrado en todos los actos de su vida intelectual, que no es un cuerpo cerrado y destinado á inmovilizarse en la conservación. Reflejando el movimiento general y la actividad que se despliega en todas las esferas de acción de nuestra vida nacional, ha sido accesible á todas las innovaciones susceptibles de acrecentar el caudal de actividad mental que pueda ofrecer, sin perder por ello, el tipo característico del alma nacional; ha aceptado todos los métodos que han podido dar mayor eficacia á su enseñanza preparando para la práctica de la vida y tendiendo á modelar caracteres capaces de actuar beneficiosamente en la sociedad; sus puertas están abiertas para todo emisario de luz. No ha intentado siquiera salvar la lógica si se imponía como precio del sacrificio de la libertad intelectual!

Sólo los grupos rudimentarios contienen en un solo órgano el conjunto de las funciones; las sociedades á semejanza de lo que pasa en el orden biológico cuando se compara la escala ascendente de los seres, manifiestan su progreso, por la diferenciación de sus funciones y la multiplicidad de los órganos destinados á servirlos.

Se concibe perfectamente la necesidad de proveer de órganos adecuados esas variadas funciones provocadas á cada paso, por



el esfuerzo de adaptación en todas las esferas de la actividad social. Las bellas artes, el comercio, la industria y hasta los oficios manuales mismos exigen, si no por el momento, en un porvenir muy próximo, no diré leyes que intenten fomentarlos directamente, porque la imposición da siempre resultados diametralmente opuestos á los perseguidos, pero sí, creando medios propicios para su espontáneo desarrollo que corresponderá á la dirección intelectual, estudiar y señalar aun en sus líneas positivas; apreciando y estimulando todos los factores concurrentes con el fruto de la propia y ajena experiencia, para que resulte ventajosa la lucha económica que seguramente deberá producirse directa ó indirectamente, de individuo á individuo, de región á región ó de país á país; y que hoy por hoy sostenemos con brazos y actividades que una provechosa mutualidad nos ha prestado.

Pero esos necesarios y progresivos desenvolvimientos, lejos de excluir, imponen una mayor extensión y perfeccionamiento de la más alta de las funciones, de la que contiene en sí los principios directores de esos movimientos futuros. Y si los medios que aseguran la preponderancia mental, á semejanza de lo que pasa en el orden político con los ejércitos, consiste en la organización, es necesario no olvidar que la universidad representa como el embrión y cultivo del órgano productor del pensamiento.

La esfera de acción, de la universidad, como fuente primera de la cultura del pensamiento, se ensancha necesariamente ante esos nuevos problemas; y las fuerzas morales que debe ejercitar esta casa, alma de las instituciones y de las leyes, será cada vez mayor á medida que nos independicemos de extrañas influencias, cesando de reflejarlas como planeta opaco y obligados á fabricar nuestra propia tela, bajo la acción constante é infatigable del tiempo.

No temáis, pues, que el título que acabáis de recibir, y con él las aptitudes creadas, estén destinadas á quedar sin aplicación. Creo, por el contrario, que se prepara el tiempo de ruda labor y



que en la acción misma tendréis ocasión de desenvolver los gérmenes sembrados en vuestro espíritu, fructificando al calor de vuestras cualidades propias é individuales, como efecto en parte de esa personalidad que se ha intentado forjar, creando fuerzas para que actúen como unidades independientes y persiguiendo fines particulares, poniendo al servicio de ellos todo el empeño y valor de que sois capaces. ¡Que cada uno cumpla con su deber dentro de su esfera de acción!

Se os ha armado para luchas pacíficas. La universidad no tiene por misión formar caudillos, ni os ha aconsejado disciplina alguna al servicio de un lema social cualquiera, ni os ha hecho concebir un mundo amoldable al propósito de mando y capaz de obedecer pasivamente á cualquier voluntad dirigente. Si poseéis cualidades para dirigir, es porque habéis empezado por aprender á ser dirigidos por propia convicción y sobre todo porque conocéis los límites á que se halla sometida esa dirección, en sus resultados útiles en el concierto de las actividades sociales surgidas de continuas mutualidades: habiendo podido observar que la armonía, el cumplimiento de la vida social en su complejo conjunto, no suele tener más dirección que la cooperación espontánea de los individuos librados al logro de sus fines particulares y que esa cooperación, aun inconsciente, determina el más elevado y mayor valor de la agrupación, cuanto mejor servidas sean las funciones particulares, cuanto más robustos los organismos individuales que las ejercen.

Estoy seguro que al elevaros no os mareará la altura, ni el immoderado afán de distinguíros os hará olvidar que la vida social debe considerarse como el producto de los esfuerzos acumulados por todos, como una obra común, en que es tan difícil establecer la parte que corresponde á cada uno, como fácil confundir la apariencia con la realidad, pero que, en definitiva, deben reconocerse las aptitudes y méritos particulares, como fuente de justicia y como ley de progreso.



Compañeros: La ceremonia que celebramos en este acto, no es sólo una despedida, principalmente significa una incorporación — se os despide como alumnos y se os recibe como maestros — vuestra independencia nace de un título que os liga á esta matriz — nos pertenecéis hoy más que ayer — vuestros éxitos y vuestras glorias al reflejarse un día en esta casa, aumentarán su caudal, porque los beneficios intelectuales que habéis adquirido en ella, tienen la virtud de enriquecer tanto al donante como al donatario.

Como lo habéis sido en el aula, continuaréis siendo colaboradores y ya sea que lleguéis á ser nuestros naturales reemplazantes ó que vuestras tendencias ó las vicisitudes de la vida os deparen otros centros en que debáis actuar, la colaboración por la acción colectiva ó aislada está asegurada con el ideal común: por la aspiración al perfeccionamiento intelectual y moral, que se mantendrá incólume cualquiera que sea el camino que se adopte para perseguirlo.

Permitidme ahora que me incline reverente ante otras manifestaciones que expresan la nota más tierna y sublime de esta fiesta: me refiero á las personas queridas al calor de cuyos afectos se ha mantenido la perseverancia de vuestros esfuerzos y que seguramente al recoger en este instante la justa compensación de sus anhelos y afanes, exteriorizan en un beso maternal, en un abrazo ó quizá en una sola mirada, todo un poema de puros y elevados sentimientos, cuyos vívidos destellos, fugaces como la dicha, pero intensos como la expresión de los momentos supremos de la vida, debéis tratar de fijarlos como recuerdo imperecedero de esta jornada y que, así como han bastado para borrar todas las angustias pasadas, Dios quiera puedan servirlos para iluminar como brillante antorcha el camino de felicidad que os deseo.

He dicho.

12 de octubre de 1907.





Señor rector de la universidad,
Señoras, Señores:

La ceremonia que en cada aniversario de la fundación de la universidad, se celebra en este salón de grados, sencillo y severo, poblado de los recuerdos que evocan los muertos, muchos ilustres, cuyos retratos decoran estas paredes y parecen asociarse al acto, para estímulo y ejemplo de los que quedamos y del grupo de jóvenes que se van, tiene, como cuadro de la vida, sus luces y sus sombras.

Es para los graduados término de una jornada larga, áspera á veces, á menudo amena, en campo cuyos obstáculos salva ágilmente la alegre juventud; y es comienzo de otra, más larga, tanto como la existencia misma, accidentada, difícil, en terreno donde las piedras abundan en cada recodo, no siempre á flor de tierra, porque la maleza suele esconderlas, y aun ocurre que mano ciega de la fatalidad ó diestra humana oculta, las precipita desde la altura sobre el caminante que, esforzadamente, asciende confiado hacia la cumbre.

Término de la vida de estudiante y comienzo de la vida del hombre profesional y público, emancipado de todas las tutelas, la de los padres y la de los maestros, es punto de conjunción, en



el cual se presentan á la vista caminos diversos entre los que es fuerza elegir por decisión de la propia voluntad.

Está alcanzada la meta perseguida, que alentaba en las horas de desfallecimiento, sostenia las energías y constituía el programa limitado de vuestra existencia, jóvenes doctores.

Gozáis en este momento la inmensa satisfacción de quien recoge el fruto de los nobles esfuerzos de la adolescencia y de los primeros años de la edad viril, y con vosotros, sienten la fruición inefable de la esperanza realizada vuestros padres y todos los que os aman.

Pero, dentro de algunos instantes, se mezclará á esa satisfacción, á esa fruición, la melancolía inevitable de las separaciones y de las despedidas, las incertidumbres y el vago temor que infunden el cambio de escenario y de acción, las tareas distintas, en una palabra, la nueva vida y los nuevos rumbos, que es lo desconocido y lo incierto.

Hace algunos años concurrió á la colación de grados de esta casa un presidente argentino y, desde el estrado, en un discurso inolvidable, contó, en íntima y amistosa conversación, según sus expresiones, « lo que vió y lo que aprendió, y les da así lo único que puede darles para aumentar su bagaje: una parte de su experiencia »!

Permitidme, señores, que, más modestamente, con igual propósito y de un punto de vista especial, os haga algunas indicaciones útiles para fijar las orientaciones de vuestros estudios y de vuestra conducta. Quizás la oportunidad en que las escucháis haga las veces de la elocuencia y contribuya á conservar su recuerdo en vuestras memorias.

Los abogados y los doctores en jurisprudencia son por la naturaleza, índole y fines de las ciencias que cultivan, más que miembros de un gremio profesional, encargados de la defensa de derechos é intereses privados, soldados militantes de la clase dirigente y gobernante de la república.



Abogados ú hombres versados en las ciencias sociales fueron, en buena parte, los impulsores y directores del movimiento revolucionario y emancipador, los campeones de la organización constitucional, los emigrados de la tiranía, los constituyentes de 1853 y de 1860, los que, en fin, á través de nuestra corta y accidentada historia, han constituido difinitivamente la unidad nacional, este poderoso y expansivo organismo de la nación argentina.

Las épocas cambian y con ellas, lógicamente, los deberes que cada una impone á los hombres de pensamiento. A la nuestra, opulenta heredera del siglo XIX, le toca resolver arduos problemas, propendiendo al bienestar moral y material de los contemporáneos y de los venideros. Entre nosotros, muchos de esos problemas requieren ser abordados por los jurisconsultos y especialistas en ciencias sociales, consultando previsoramente las peculiaridades de nuestro desenvolvimiento nacional.

La república es una obra en construcción y esta ciudad de Buenos Aires, su genuina representación, un « inmenso ladrillar cuadrículado », del que, como lo ha dicho Groussac, es tan imposible desprender una idiosincrasia colectiva como un estilo arquitectónico. Al trazado regular de la aldea colonial, de calles angostas, bordeadas por modestísimos edificios de una sola planta, el crecimiento de la población agregó, con el andar del tiempo, nuevas calles angostas y nuevos barrios, de igual pobrísima arquitectura. Después, la riqueza, la urbanización creciente, las ideas de estética, el buen gusto, el amor á las comodidades y al lujo, la imitación y muchos otros factores han traído un movimiento de transformación, cada vez más acelerado, que va substituyendo en todos los barrios de la gran capital las vetustas viviendas de antaño por palacios y casas de todos los estilos, incluso los de fantasía.

El pico demoledor abrevia la acción del tiempo, destruyendo para reconstruir, al acaso, mientras la población, en aumento



formidable, avanza en la conquista urbana de la tierra ó trepa á las alturas invadidas por las construcciones.

Al mismo tiempo, se impone — otra consecuencia del crecimiento — la necesidad imperiosa de dar á la población más aire, más luz, más espacio para el uso público y, por ello, de abrir amplias avenidas y calles anchas.

Estos problemas y todos los demás, simples los unos, complejos los más, que surgen de la existencia de grandes grupos humanos en el recinto de una ciudad moderna, escaparon á la previsión de nuestros mayores, que no tuvieron la noción siquiera de ellos, ni la concepción del porvenir de Buenos Aires. No lo vieron, ni lo entrevieron, salvo algún espíritu superior, como el de Rivadavia, que, desafiando burlas é ironías, se adelantó á su tiempo y tuvo la genial inspiración de trazar avenidas entre las tunas y las pitas de las quintas de los arrabales de entonces.

Y cuando la evidencia de los fenómenos impuso soluciones ineludibles se las afrontó, en general, con la ligereza propia de la raza y vimos substituir la total imprevisión por la completa improvisación, los trasplantes inconsultos, los exotismos adventicios y las adivinaciones, á veces felices.

Después, ahora sobre todo, se acudió y se acude al inventario de lo existente, al catálogo, al estado retrospectivo y al comparativo, á la formación del plan serio y meditado de las mejoras graduales y progresivas.

Cambiad el objetivo, trasladadlo de la ciudad — capital, liel imagen del país y exponente de su cultura, de su fuerza expansiva, de su riqueza, de sus tendencias — al campo de la legislación; y hallaréis las mismas improvisaciones, idénticas imprevisiones, la adivinaciones felices y los aciertos accidentales, las reformas caprichosas, las imitaciones y trasplantes inútiles, en una palabra, el cuadro de la obra ligera y repentista, sin la sólida y ancha base de investigaciones minuciosas y precisas, metódica y previsoramente realizadas.



Así, á veces, se ha destruído sin razón, para reconstruir, en lugar de modificar y corregir sobre la base excelente de la ley derogada; y otras se ha ensayado reforma sobre reforma, estérilmente, sin alcanzar el propósito perseguido por ninguno de los caminos elegidos, por no atinar con las causas de los sucesivos fracasos y no remover, en consecuencia, los grandes obstáculos que los obstruían y cerraban.

Y se trataba, señores, de cuestiones fundamentales de gobierno que afectaban en su raíz, el régimen institucional y el porvenir intelectual de las nuevas generaciones.

Abundan los ejemplos.

Se ha comprobado en estos últimos años, y se ha reconocido oficialmente, la decadencia y retroceso de la instrucción secundaria, hecho gravísimo en un país nuevo y de inmigración, en el que urge encauzar las corrientes adventicias, mezclándolas á la corriente principal para que, acelerando la acción del tiempo, se plasme definitivamente el alma nacional. Grave también, porque daña la capacidad, las aptitudes y rebaja el nivel de las clases dirigentes, comprometiendo la eficacia de la enseñanza superior, que reposa en la preparación general, en los hábitos de estudio y en el desarrollo mental de los bachilleres que acuden á la universidad.

Para remediar ó atenuar los males de situación semejante, -- cuestión, ante todo, de maestros, programas y disciplina. -- se han multiplicado las reformas á los planes de estudio, llegandose en el afán de las innovaciones hasta desnaturalizar alguna vez la idea fundamental de la enseñanza integral que presidiera á la fundación de los colegios nacionales.

Las soluciones de la compleja cuestión no se han encontrado todavía; pero, sin duda, interpretaba excelentemente el clamor público, el distinguido diputado que en 1905 solicitaba del congreso « en nombre de los altos intereses del país, en nombre de los intereses de la familia, que son los mismos, la sanción defini-



tiva de una ley que permanentemente sustrajera á la instrucción pública de todas estas variaciones infinitas que le hacen asemejar á médanos vivos de arena, eternamente removidos, donde no hay siembra fecunda posible ».

Se ha hablado, se ha discutido el problema universitario, la cuestión universitaria, se ha preconizado la extensión universitaria, la docencia libre, la investigación científica; y hubo momento en que no faltaron quienes creyeron llegaba la hora de derribar la universidad, aun no centenaria, y reemplazarla por otra, absolutamente nueva, á imagen y semejanza de las inglesas, alemanas ó norteamericanas, según los gustos.

Si alguien se hubiera propuesto entonces saber á ciencia cierta los rasgos principales de las anunciadas indispensables reformas habriase encontrado con tantas opiniones como interrogados, tal fué la anarquía de las ideas y la variedad de los medios propuestos.

Entretanto, las modificaciones aconsejadas por la experiencia propia y ajena, compatibles con nuestro estado, han empezado á implantarse, mediante simples adaptaciones de la ley Avellaneda de 1885, flexible y amplia, arraigada fuertemente en la tradición que arranca del día de la fundación, cruza las tormentas de las primeras décadas, resurge después de Caseros, se consolida en la constitución provincial de 1873 y perdura en la universidad nacional por la ley orgánica que en ella se inspiró.

Ha subsistido, desafiando la borrasca, precisamente porque es una constitución orgánica adecuada á sus fines, porque concilia los principios de unidad y de autonomía bajo un régimen federativo, y mantiene y extiende la vinculación de todas las fuerzas intelectuales en la armónica labor común. Con razón plena ha podido recomendar su mantenimiento el rector de la universidad, en un discurso reciente: « Respetar esa ley, para que sea una tradición, creo que es propio de argentinos y de hombres alentados por las promesas del estudio en sus formas más elevadas. »



Estos procedimientos reformistas que, contemplando efectos perniciosos, procuran remediarlos, sin reconocer ni atacar las causas, por medio de nuevos preceptos legales que nos hacen vivir en el régimen del ensayo perpetuo, se han aplicado para purificar las fuentes de los poderes del estado. Adoptado el dogma de la soberanía nacional, se admitió el corolario, al parecer indispensable, del sufragio universal; y para que se ejerciera con pureza y libertad hánse adoptado precauciones infinitas, penas severas, la elección por distritos, para volver al de las listas, la representación de las minorías en Buenos Aires, la lista incompleta en la capital; y, á pesar de tantas vallas y bien intencionados esfuerzos, el objetivo no está hoy más cerca que ayer.

Ni se avanzará un paso mientras no se ataquen las raíces del mal en las entrañas de nuestra sociabilidad.

La libertad y la pureza del sufragio son frutos que no se cosechan, con las manchas y taras de todo lo humano, sino por la instrucción general y cívica de las masas, por la lenta formación de usos y costumbres, por las sanciones morales de la sociedad, condenando severamente á los escamoteadores del voto y corruptores del sufragio; y en los países de inmigración, disminuyendo sabia y prudentemente el número de los excluidos de los derechos políticos.

Desde este punto de vista, sería el caso de examinar si la incorporación de los extranjeros radicados definitivamente en el país, vinculados á él por los poderosos lazos de la familia, de los intereses, de sus más caras afecciones, no sería más útil para nuestro mejoramiento político que el descubrimiento y aplicación de precauciones para suprimir la falsificación de libretas y disminuir los votos venales.

El examen demostraría la conexión de estas cuestiones, su estrecha relación y llevaría, siguiendo los hilos invisibles que las ligan, á mostrar la incongruencia del analfabeto elector y el potentado simple espectador, la anomalía de la plenitud de los de-



rechos civiles y comunales y la negación de los políticos, cuando los intereses más considerables del país se encontrarían mejor servidos, limitando los primeros ó, más bien, subordinándolos en parte á la adquisición de la ciudadanía, según el modelo norteamericano.

Pero, no es mi ánimo ni la oportunidad de desarrollar temas doctrinarios. Los indico, por vía de ejemplos, tomados al azar, y llego á la orientación prometida.

Urge, señores, emprender con ahinco y perseverancia, en todos sentidos y en todos los órdenes, la investigación y descripción de los hechos sociales argentinos, desde su origen hasta nuestros días, económicos y financieros, jurídicos, políticos, diplomáticos y administrativos, científicos, artísticos, religiosos y morales.

La idea flota en el ambiente de nuestras universidades y viene realizándose, aunque fragmentaria y tímidamente, en la enseñanza de las aulas, en los trabajos prácticos de los estudiantes, en las tesis inaugurales, en los temas para premios y, últimamente, en el concurso con que esta Facultad se asocia á la celebración del centenario de la revolución de mayo.

La colosal empresa reclama imperiosamente más, mucho más; la concentración de los esfuerzos de la intelectualidad argentina y la adopción de un programa permanente, á ejecutarse paulatina y sucesivamente, por la aplicación de métodos experimentales y positivos.

Por iniciativa de su decano, la facultad acaba de votarlo.

La ardua y transcendental tarea se propone reunir los materiales que habrán de servir mañana de ancha y sólida base á la legislación nacional. Es la gran encuesta, destinada á curarnos del flagelo de la improvisación, como que constituye el procedimiento más eficaz para preparar el conocimiento de los antecedentes, de las tendencias nacionales, de las necesidades presentes y las del futuro, medir y pesar los recursos, autorizar las comparaciones, recoger las enseñanzas de la experiencia ajena, reunir.

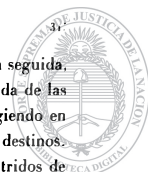
en fin. los elementos todos de juicio para emprender en seguida, abiertos los ojos y envueltos en luz, la solución adecuada de las cuestiones legislativas y administrativas que vayan surgiendo en el avance de la colectividad argentina hacia sus grandes destinos.

Si hemos de crear organismos jurídicos robustos, nutridos de savia propia; si hemos de reformar acertadamente la frondosa obra legislativa acumulada en el primer siglo de la vida independiente; si estamos definitivamente apercebidos del craso error de las importaciones irreflexivas y persuadidos de que en estas materias, decidir por impresión es la peor de las determinaciones, demos por fenecido el reinado, ya anacrónico, del medio saber, de la fácil y servil imitación, de la despreocupada ligereza y vamos resueltamente á inventariar el pasado y el presente, á cernirlos en la crítica y en la observación, á buscar las conexiones y analogías secretas ó aparentes y á dar, en fin, frutos sazonados y maduros.

Al marcaros la orientación, os pido vuestro concurso. Podréis prestarlo, cualesquiera que sean los objetos de vuestras actividades; por la cooperación directa, investigando experimentalmente puntos especiales del programa ó, con menor esfuerzo y más modestamente, aplicando el método en los estudios á que os obligue el ejercicio profesional ó las funciones políticas, judiciales, docentes ó administrativas, que en todos los campos de la labor intelectual brotarán á diario la oportunidad y el motivo.

Señores:

Los títulos académicos y profesionales que otorga la universidad imponen pesadas cargas correlativas al honor y dignidad que reflejan sobre sus poseedores. Ser dirigentes implica el deber de dirigir que empieza por el de dirigirse á sí mismo, en forma correspondiente á la responsabilidad tácita, pero conscien-





temente asumida, de guiar á los más débiles por el buen sendero.

La sociedad es exigente. En las crisis supremas pide panaceas, quiere que lo sepamos todo, cuando apenas si no lo ignoramos todo. Exagerada pretensión, sin duda; pero, que plantea prácticamente el dilema de herrar ó quitar el banco. Y herrar, para los doctores, se traduce en sostener el trabajo mental día á día, sin tregua, hasta que, agotadas las energías, se cede el puesto y se abre paso á los nuevos combatientes en la batalla eterna. Duro destino: pero destino de soldado, que es función varonil.

Hay que cumplirlo, bajo pena de deserción, en el puesto que la suerte depare y en la medida de la capacidad individual.

Malos vientos soplan.

Pululan en el ambiente social gérmenes deletéreos de dos enfermedades contagiosas: la fiebre de la riqueza y la fiebre de la figuración, variedades morbosas de la legítima ambición de conquistar el bienestar de la familia, la tranquilidad de la vejez y el porvenir de los hijos, y del noble anhelo de servir á la patria y á la humanidad é ilustrar el propio nombre.

Se conocen sus síntomas característicos: la impaciencia aguda é inquieta, que la demora excita y exacerba el obstáculo.

La espera postra á sus víctimas, les agría el ánimo, les deprime el espíritu y concluye, si el mal no es detenido, por inutilizar factores útiles que se esfuman y pierden entre la anónima multitud.

Incapaces de perseverancia para remover pacientemente el obstáculo ó derribarlo, optan por el salto peligroso; y, á veces, triunfan en la prueba, porque son livianos.

Son intolerantes: el éxito de los demás les hace olvidar las calidades positivas, los méritos reales y les estimula la crítica maligna y despiadada. Si la ocasión se presenta propicia, atizan el fuego de los odios y de las envidias ó soplan el *venticello* de la calumnia...

En grupo — condición de muchedumbre — hacen gala de irrespetsuosidad. Declaran incapaces á los mayores y decretan su ca-



ducidad. No siempre reconocen siquiera el derecho á honroso retiro, acompañado de agradecimiento por los servicios positivamente prestados. Únicos depositarios de la ciencia, de la verdad y de las aptitudes superiores, suyos deben ser los puestos directivos, los honores y las dignidades. Aguijoneados por su enfermiza impaciencia, protestan contra la usurpación de los detentadores, los caducos, sin detenerse á pensar que muchos de éstos apenas alcanzan la edad en que el cabello de la sien blanquea...

Observando los caracteres de su siglo, La Bruyère ha conseguido, en máxima lapidaria, un excelente preservativo contra el mal de la impaciencia y sus derivados: « No hay camino demasiado largo para el que marcha lentamente y sin apresurarse; no hay ventajas demasiado lejanas para quien se prepara á ellas con la paciencia. »

Meditadla y tened presente, al mismo tiempo, que la muerte ha tronchado prematuramente cabezas de columna, los cuadros no están completos y sobran claros para los hombres de buena voluntad.

Es hora de unir fuerzas y estrechar filas, que somos pocos y es grande y múltiple la tarea.

No os preocupéis de los éxitos inmerecidos ni los envidiéis. La terapéutica social ha encontrado el remedio en las sanciones del juicio público que administra justicia distributiva, dando á cada uno lo suyo, según sus méritos. Se podrá equivocar, pero no confunde el *arrivismo*, á costa de girones de dignidad y prenda de la independencia, con el triunfo en buena lid, de los que, impulsados por sus méritos y sacrificios, se yerguen en las cumbres...

Por lo demás, ilumina mejor un nombre la corrección de la conducta en la llanura que la maculada notoriedad en las alturas de las vanas grandezas de la tierra!

17 de agosto de 1908.





Señor Rector,
Señor Decano,
Señoras y señores :

Nuestra vida moderna, cada vez más ansiosa de realidad, más refractaria á lo convencional y artificioso, ha despojado el acto á que asistimos del profuso simbolismo de otras épocas. Para realizarse, la ceremonia no busca ya, como en tiempos de Rivadavia, el místico recinto de los templos. Del aparatoso decorado con que se teatralizaba, diré así, la « función de grados », como se la llamó en el lenguaje de entonces, la facultad sólo conserva — documento arqueológico sugerente, curiosa supervivencia de una edad apegada á las fórmulas — esa arcaica tribuna, toda cubierta de emblemas, incomprensibles casi en una sociedad que no cultiva la heráldica, desde la cual el doctor Alsina, en nombre de los nuevos doctores, ha dicho su adiós á la vida de estudiante. Confieso que, por mi parte, no he echado nunca de menos la supresión del complicado ritual que alguna vez he oído describir en mi hogar, recordando la forma en que se doctoró uno de mis abuelos. La entrega al candidato del bonete con borlas, que le acordaba el derecho para disertar *ex cathedra*, la colocación de los guantes y el anillo, en prueba de sapiencia doctoral, pero, sobre todo, esa sucesión, ese verdadero chaparrón de abrazos con que era de rigor obsequiarle por todos los co-



legas de claustro presentes, *in signis fraternitatis et amicitiae*, parécenme anacrónicos, faltos de sinceridad, infantiles casi, propios de edades y de pueblos que necesitan materializar las ideas para hacerlas penetrar en los espíritus. Por lo demás, ese diploma, que el señor decano acaba de entregar á cada graduado, ¿no es, en sí mismo, el más simple y á la vez el más elocuente de los símbolos? ¿No representa, en su pequeñez y laconismo, las largas vigiliass del estudiante, sus afanes, desvelos y fatigas en la ardua conquista de la verdad? ¿No constituye, á la vez, el merecido galardón acordado á la madre, que ve cuajar en fruto sazonado la flor de sus santas abnegaciones? ¿No es, al propio tiempo, la justa, esperada recompensa á los esfuerzos y sacrificios del padre, que triunfa y se doctora en el hijo?

No lloremos, pues, la muerte del simbolismo. No la deploramos, siquiera, en cuanto ella significa el síntoma, ya que no la causa, de la abjuración de los métodos escolásticos que divorciaban la universidad y la vida; que interponían, entre el observador y la realidad, el velo espeso de hipótesis inconsistentes, la densa niebla de entidades metafísicas, cuyo efecto, necesario y obligado, era obstruir ó enturbiar sin remedio la nítida visión de las cosas. En un pasaje de sus *Diálogos*, y de manera insuperable, describe Galileo este modo de razonar, estudiándolo en los físicos de su tiempo. « Con sólo dos palabras, simpatía y antipatía, — dice el sabio entre irónico y desdeñoso — consiguen nuestros físicos dar cuenta de gran número de accidentes y de fenómenos que vemos á diario producirse en la naturaleza. Tal modo de filosofar, tiene, en mi concepto, gran analogía con el modo de pintar de uno de mis amigos. Con un pedazo de tiza escribe sobre la tela : « aquí quiero una fuente en que aparezca Diana, rodeada de sus ninfas y de varios lebreles; más allá un cazador con cabeza de ciervo; más lejos todavía un paisaje, un bosquecillo, una colina. Escrito lo cual, quédase muy satisfecho, firmemente convencido de haber pintado la metamórfosis de Acteón.



cuando sólo ha puesto nombres en la tela ». Así caricatura finalmente el forzador de la naturaleza y de sus leyes á las ciencias universitarias de su siglo, cuyas tesis para el doctorado en medicina solían aplicarse gravemente, y con todo el rigor silogístico, á examinar, á la pálida luz del cantil hipocrático, si debía sanarse á una joven loca de amor ó si había que tener en cuenta las fases de la luna al cortarse el cabello. Ciencia vacua, ciencia libresca, ciencia irreal, pedante y charlatanesca en que debía inspirarse bien pronto la musa cáustica y regocijada de Molière, para dar á la escena universal tipos tan brillantes como el de aquel impagable galeno, con tal fuerza adherido al intangible principio de autoridad científica, que llega á desear al enfermo antes bien una muerte en estricta conformidad á los preceptos de Hipócrates, que una cura completa en la cual se contradijera la infalibilidad de la doctrina del Maestro.

Es difícil no reconocer que este empolvado concepto de la ciencia y de sus métodos, ha sido ya barrido por el soplo del espíritu moderno y que el estéril divorcio entre la universidad y la vida pertenece á una época que pasó. Todo acusa y certifica la mudanza. El anhelo de actualizar los estudios, de orientarlos hacia el presente, hacia « la vida que vive », como dice Lavissee; el prurito de embeberlos, de bañarlos en la onda pura de la realidad; el propósito de formar hombres completos, que sepan empinarse por sobre los tabiques de su profesión, para abarcar horizontes espaciosos y para interesarse en las cosas de su tiempo: la íntima persuasión de la complejidad de nuestra vida, de la exigencia cada día mayor, de extremar la tecnicidad, para vencer en la competencia mundial, á cuyo fin se torna indispensable especializar é intensificar los estudios, haciendo lugar, al lado de las clásicas, á nuevas y honoríficas carreras: todo acusa y certifica la mudanza. Creed, así, que ha sido un verdadero concepto de estadista el que ha movido á Guillermo II á conceder, á las escuelas técnicas superiores de Alemania, el derecho, antes reser-



vado á la universidad, de conferir títulos de doctor. Merced á esta disposición de sabia política educacional, carreras hasta ayer entregadas á la práctica rutinaria y al empirismo, cobran el rango y la preeminencia de profesiones elevadas y científicas, y el título aristocrático de doctor, promulgando el hecho á todos los vientos, les garantiza en la sociedad la alta consideración de las profesiones liberales. ¡Apresurémonos, señores, á expedir en nuestra universidad, estos nuevos títulos nobiliarios, estas ejecutorias del talento y del saber! Y, anticipándonos á lo que sin duda vendrá, ¡saludemos, desde aquí, á los futuros doctores en ciencias agronómicas, manufactureras y comerciales de la universidad de Buenos Aires! ¡Paso á los modernos diplomados, á los próximos generales llamados á integrar nuestro estado mayor dirigente! Ellos sabrán ganarnos las victorias del porvenir en las luchas incruentas del trabajo. Gracias á su dirección, técnicamente conducida, la república podrá elevar al máximo el índice de su potencialidad económica, conquistar nuevos mercados, extraer de los flancos de nuestra tierra fecunda las ingentes riquezas que esconde; rimar, en consonancia armoniosa, la producción y el consumo, consolidar, en fin, nuestra prosperidad material, para que el pensamiento argentino pueda entonces volar, sin ligaduras ni estorbos, á más altas y más nobles y más puras esferas!

No sería justo decir que nuestra Facultad ha quedado indiferente á este soplo purificador que ha renovado en las naciones pensantes la atmósfera del claustro universitario. Después de la crisis de los últimos años, que tomó á los laureados al comenzar sus estudios, los diversos departamentos de nuestra universidad, han encontrado su equilibrio definitivo, debiéndose, no poco, del auspicioso resultado, á la feliz reforma del estatuto que adoptó en el gobierno universitario los principios del régimen democrático. Quebrado el despotismo, despotismo ilustrado, si se quiere, pero despotismo siempre, de las antiguas academias inamovibles, establecido que todo cargo directivo, de rector abajo, debe

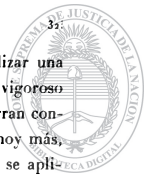
emanar, ya directa, ya indirectamente, del personal enseñante, cuya elección, si bien hecha por los consejos, necesita ser ratificada, en cierto modo, por la masa popular, por los alumnos, jueces últimos de la capacidad, la suficiencia y la elevación moral del profesor, resulta para siempre disipado el espíritu latente de crítica y rebelión que socavaba los cimientos del gobierno de las facultades y empañaba el prestigio y autoridad de sus resoluciones. ¿Cómo podría el gobernado, cuando en él radica la soberanía, protestar contra la ineptitud del que lo rige, si él debe empezar por atribuirse á sí mismo el desacierto ó el error en la elección? Huelga decir que la conciencia de un mandato ejercido por delegación, realmente democrática, para el mejor bien de gobernantes y gobernados, solidarizados en una obra de interés común, constituye una fuerza poderosa, un estimulante irremplazable para la acción. Y este resorte, antes desconocido, es ya, y será más aún en adelante, un eficaz instrumento de progreso. ¿Será menester, que diga, aprovechando la ocasión que nos congrega, que el consejo directivo de la facultad abriga la conciencia de su delicada misión y el sentimiento de su grave responsabilidad en la tarea social? ¿Me será permitido afirmar su decidido y deliberado propósito de no rebajar el alto nivel de sus estudios, de no aflojar los resortes de su disciplina, por la vana complacencia de atraer á sus aulas una clientela numerosa de alumnos, muchos de los cuales irían á engrosar más tarde, en daño de la república, la triste falange del proletario de levita, el oneroso ejército de los diplomados sin trabajo? ¿Habré de confirmar su legítima ambición no sólo de conservar á esta histórica casa de estudios el renombre glorioso que supieron darle sus maestros ilustres del pasado, los tres López, Vélez Sarsfield, Avellaneda, Quintana, Moreno, Cortés, Pinedo, Alcorta, Tejedor. Obarrio, Estrada, Goyena, Del Valle y tantos otros, sino también de empeñar toda su energía, su contracción y su constancia para hacer de ella el primer instituto de estudios jurídicos y sociales





entre los pueblos de lengua hispánica, á fin de que sea honra y orgullo de la gran ciudad que la hospeda y le presta el brillante prestigio de su nombre ?

Seáme licito, señores, comentar desde esta alta tribuna, en la cual suele hablarse para la historia, tan sólo uno de los actos del consejo. ¿ Sabéis cuál es el gran acontecimiento del año que transcurre ? No lo busquéis entre los hechos políticos, por más que éstos cuenten en su haber dos sucesos de interés evidente, uno en la esfera internacional, el otro de orden interno. Ese hecho culminante no está constituido por el fallo definitivo de un litigio entre hermanos y por sus lamentables incidencias, que nunca pudieron afectarnos, en cuanto el respeto á los pactos celebrados, el culto de la palabra empeñada, en aquellas relaciones humanas sin sanción jurídica y sin fuerza legal compulsoria, no son, en definitiva, sino el necesario respeto de sí mismo, el culto de la propia dignidad y del propio decoro, el sentimiento de la rectitud, la conciencia del honor del caballero. No está constituida, tampoco, por el proceso de la lucha presidencial, que ha condensado las fuerzas electorales alrededor de dos candidatos, de personalidad tan prestigiosa, que suscita á todo ciudadano guiado por móviles desinteresados y honestos y no por bajos apetitos concupiscentes, el incómodo conflicto del embarazo en la elección. Creedme, señores, el verdadero, el gran acontecimiento del año por sus consecuencias permanentes y fecundas, es un hecho de orden universitario : es el voto unánime, dado por el consejo directivo, al proyecto que transforma esta facultad en un alto centro de investigaciones científicas, en un instituto superior de estudios jurídicos y sociales, el primero, en prioridad, entre los establecimientos hispanoamericanos que cultivan estas disciplinas. Esta medida importa la liberación del profesor de la facultad, amarrado, hasta el presente, al duro banco de la galera universitaria, condenado á trabajos forzados á perpetuidad, obligado á reducir, todos los años, las mismas generalidades, á abor-



cetar groseramente el cuadro de una asignatura, á realizar una obra rutinaria, sin horizontes, sin ambiciones, sin ese vigoroso acicate de la libertad de iniciativa, que es la primera y gran condición del trabajo humano y de la labor científica. De hoy más, la enseñanza magistral implantada en nuestra Facultad se aplicará á encontrar fórmulas concretas de solución para todos nuestros problemas sociales. Dejaremos, así, de estar agitando estérilmente las mismas cuestiones, de pagarnos de frases sonoras pero huecas, de verbalismos sin substancia. Será nuestra tarea de orientación social. Buscaremos que desaparezca esta babelica confusión de ideas reinante sobre ciertas cuestiones. Nuestras mismas disidencias políticas podrán adoptar entonces formas cultas y evolucionadas. Los partidos argentinos inscribirán en sus plataformas verdaderos principios de partido, cuidando antes de pasar la esponja á esos programas, que nadie discute, del « respeto á la constitución y á la ley ». La lucha será un choque de doctrinas, un pugilato de razones; y no ese trueque de invectivas denigrantes, no ese disparo del mote injurioso que se clava en el espíritu como saeta envenenada para dejar sangrando la herida del rencor. Dejaremos, en fin, de seguir atizando el fuego de pasiones disolventes, para cultivar la tolerancia, el respeto recíproco, la armonía, la solaridad social, el amor, la aproximación, el abrazo, que hacen factible la obra de la mayor civilización para el mayor bien de todos.

No he de abandonar el tema sin mostrar algunas de sus proyecciones cuando se le contempla del punto de vista de la posición de la Argentina en el continente sudamericano y de la misión humanitaria y civilizadora que le ha tocado asumir desde sus primeros años de vida. Nosotros lo presentimos desde entonces y el mundo entero empieza á formarse conciencia de ello. Hay algo que puede enorgullecernos y halagar nuestra vanidad nacional más que la belleza de nuestro cielo y la dulce caricia de nuestro clima, más que la fertilidad de nuestros campos y que sus próvi-



das cosechas, más que los innúmeros ganados que pacen en nuestras pampas fecundas. Ese algo es nuestra tradición, es, para decirlo con frase de Renan, nuestro rico legado de recuerdos; es nuestra historia, breve, pero sin manchas, que la desluzcan, sin acciones desdorosas que empañen su brillo, sin remordimientos, sin asomos siquiera de esos egoísmos colectivos que mueven á veces á los pueblos á desenvainar el acero para arrancar un fragmento á la heredad del hermano, para despedazar patrias ajenas. La espada argentina es instrumento trozador de cadenas, es arma de redención! Mil veces habremos sido motejados de ilusos, de románticos, de idealistas; nunca de arteros, de calculadores ó de piratas. Á expensas de desmembramientos sucesivos y dolorosos hemos dejado consagrado con hechos, y aun antes que se formulara en Europa, el verdadero principio de la nacionalidad, la doctrina de que la voluntad, sólo la voluntad de los pueblos puede y debe ser consultada para resolver sobre sus destinos de nación. Fiel á esta política, jamás turbada por sueños imperialistas, y que ha cooperado á fundar naciones libres, el humanitarismo argentino ha elevado varias veces su voz en los congresos mundiales y á orientado soluciones generosas en las asambleas de las naciones. ¿Cómo dudar entonces que la Argentina es una elegida, una nación con misión histórica, una verdadera predestinada? Y si estos antecedentes gloriosos la hacen digna de todas las ambiciones ¿cómo suponer quimérico y absurdo el sueño de una hegemonia continental civilizadora? ¿Cómo declarar irrealizable el propósito de convertir á la segunda metrópoli latina del orbe en el gran centro artístico y científico de la América del Sud, lugar obligado, en día no lejano, de peregrinación intelectual, de perfeccionamiento técnico para la juventud uruguayaya, chilena, paraguayaya, boliviana, peruana, brasileña, que acudirá á los cursos de la universidad de Buenos Aires, atraída por el renombre de sus cátedras, en las que encontrará ciencia seria, de buena ley, la misma en calidad y profundidad que en

los grandes centros de cultura europeos y norteamericanos, pero vista á través del prisma continental, con el sentido americano de sus intereses, y también de sus ideales, que á menudo superan en grandeza, en justicia, en humanidad, á los mismos ideales del viejo mundo ?

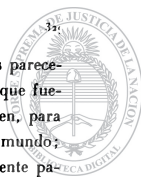
¿ Por qué habríamos de renunciar á esta vocación, á la cual nos llama hasta nuestra misma envidiable fortuna, en cuanto es fuerza también reconocer que la riqueza impone deberes, que *richesse oblige* ? ¿ Qué nos falta para intentar la noble empresa de ponernos al frente del movimiento civilizador de la América latina, como antes nos colocamos á la vanguardia de la cruzada emancipadora ? ¿ Recursos pecunarios ? Sobran, en nuestros presupuestos holgados y en nuestras rentas elásticas. ¿ Aptitudes mentales ? La inteligencia argentina, viva, alerta, ágil, robusta, poderosa, ha dado muestras sobradas de ser capaz de subir, en vuelo majestuoso de cóndor, á las más empinadas alturas. Para realizar el hermoso programa sólo nos falta quererlo. Démonos prisa, señores, á ejecutarlo; démonos prisa en erigir el edificio de las ciencias sociales argentinas, con lo cual habremos ya hecho, en gran parte, obra de ciencia americana, pues la comunidad fraterna de origen, de intereses, de necesidades, de anhelos, de destinos, entre todos los miembros de la progenie española de América, entre los hijos de la gentil matrona, fecunda engendradora de naciones, plantea, en todos ellos, los mismos idénticos problemas. Démonos prisa, sobre todo, en la exploración de las cuestiones sociales, porque la solución, en este caso, es más urgente que en otro alguno. No olvidemos que el error en ciencia social, es mil veces más dañoso que en cualquiera otra materia, porque no representa únicamente la cantidad de signo negativo, la cantidad por debajo del cero, la fuerza que es necesario neutralizar y vencer con una fuerza igual y contraria, la falsa noción que se hace indispensable destruir para poner en su lugar la noción verdadera. El error, en sociología, en el orden econó-





mico, especialmente, es por demás peligroso y funesto, porque al introducirse en los hechos, genera instituciones, determina estados de sociedad, crea intereses que pugnan después por conservarse y crecer, que resisten tenazmente toda modificación; y que llegan á provocar en el organismo social dolencias insidiosas de carácter crónico muy difíciles de extirpar, cuando no del todo incurables.

Entre estas cuestiones, eminentemente americanas, pocas tan importantes, tan generales y permanentes, como la que deriva de la privilegiada condición de los extensos y feraces territorios de América, inmenso reservorio de las fuerzas del futuro, depósito incalculable de energías destinado á restaurar el vigor de las razas superiores de Europa, debilitadas en la lucha sin tregua por el ascenso hacia la luz. Esta continua succión de elementos extraños promueve, en nuestras jóvenes naciones, un problema de carácter inquietante : el de la rápida y total asimilación del extranjero. No nos disimulemos su transcendencia. No lo magnifiquemos tampoco, hasta elevarlo á la categoría de « pavoroso ». No adoptemos, sobre todo, el gesto de profética desesperación, llorando desde ya sobre las ruinas del alma de nuestro pueblo. ¿ Quién osaría decir que nuestra situación á este respecto sea inferior á la de Estados Unidos con sus quince millones de extranjeros y trece de razas de color sobre noventa millones de habitantes ? « En ésta, sin duda, escribe un distinguido profesor y publicista yanqui, una masa enorme por digerir y asimilar, y cabe reconocer se presentan, de tiempo en tiempo, algunos síntomas de dispepsia. Pero no es posible menos de afirmar con seguridad, que la inmigración extranjera del pasado ha sido debidamente transformada en substancia americana, y que la inmigración del presente está en camino de sufrir igual transformación sin retardo alarmante ni detención anormal. Yo querría, agrega á renglón seguido, yo querría llevar algunos franceses á que visitaran conmigo un barrio de Nueva York : creeríanse en un



ghetto ruso; ó á ciertas regiones de la Pensilvania : les parecería hallarse en alguna ciudad minera de Hungría. Pero que fueran en seguida á las escuelas primarias donde se reúnen, para recibir educación, los hijos de esos hombres del viejo mundo; verían allí jóvenes americanos, inteligente é instintivamente patriotas. Esos muchachos saludarán con entusiasmo al pabellón nacional. Cantarán el *Columbia* y la *Bandera estrellada* con mayor ardor quizá que armonía. Declamarán el apóstrofe de Webster á la Unión, ó gritarán con Patrick Henry : « La libertad ó la muerte ». Y, lo que mejor es, sentirán en realidad y comprenderán de una manera obscura, más no por eso menos viva, los ideales que representan esos símbolos ».

¿ Hay que sorprenderse de esos hechos que describe Van Dyke, si pensamos que mil fuerzas ocultas, invisibles, subconscientes trabajan de continuo la fusión de las almas ? La solaridad de intereses, la comunidad de vida social, las emociones experimentadas en común, la lucha contra el medio rebelde, la conciencia del peligro colectivo, son otros tantos agentes subterráneos que operan poco á poco la comunión de los espíritus y forman la conciencia de la unidad nacional. Alguna vez he pensado que hasta los elementos materiales, hasta la tierra que pisamos y la atmósfera en que nos movemos y existimos son aliados officiosos y seguros que colaboran en el complicado proceso. ¿ No nos enseña la biología que un organismo vivo renueva constantemente sus elementos, reemplazándolos por otros tomados al medio en que se nutre y agita ? Llevamos así, con nosotros, dentro de nosotros, y sin que ésto sea una figura retórica, fragmentos del suelo que habitamos, partículas del aire que orea nuestros pulmones y alimenta la combustión que nos mantiene la vida. El hombre es, realmente, un producto de la tierra, como lo afirma la escuela Ratzeliana, renovando y modernizando el viejo concepto bíblico : *pulvis eris* ; y el cuerpo del extranjero que habita nuestra tierra hospitalaria, meses después de fijado entre



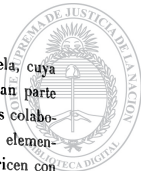
nosotros, ni un átomo conserva del suelo natal que abandonó; todas las células que lo forman son ya genuinamente argentinas. Y este proceso material, que pasa inapercibido, va acompañado de otro moral conmitante, y en parte correlativo, sin duda, de duración más larga, pero tan seguro y fatal como el anterior. Me refiero al proceso psíquico y sociológico que transforma lentamente, calladamente, por grados insensibles, al europeo inmigrado en argentino por arraigo, por necesidad, por adhesión, aunque el requisito de la naturalización, la carta de ciudadanía argentina no venga a poner el sello legal y á regularizar el hecho consumado.

Estudiad, seguid de cerca el fenómeno, tomando para la observación los casos más comunes. Multitud de factores, entre los que cuentan principalmente el espíritu de empresa, el legítimo deseo de mejorar de condición pidiendo al trabajo honrado y al esfuerzo individual la conquista de una posición desahogada, mueven al europeo á dejar los dulces halagos del hogar nativo, lanzándolo á un país remoto, para él casi, ó en un todo, desconocido. Cortando vínculos, desgarrando afectos, parte á la tierra lejana, *animo redeundi*, prometiéndose el regreso en día más ó menos próximo, para reanudar su vida antigua en el seno de los suyos y al calor del viejo hogar. Una vez llegado á su destino, y ante las primeras impresiones, como de choques, que sin duda recibe, es casi seguro que renueva el voto formulado al partir. Poco á poco, sin embargo, y á medida que toma contacto y se va familiarizando con el nuevo medio, al principio indiferente, quizás huraño y hostil, poco á poco, los lazos que lo ataban á la patria ausente van relajándose, aflojándose y desatando sus nudos. Los recuerdos, las imágenes risueñas del pasado, van siendo desvanecidas y desalojadas por otras en el renovar incesante de la vida. Nuevas y sólidas simpatías, cálidas afecciones van surgiendo y anidando en el alma y depositando en ellas su sedimento emotivo. Y ocurre un día que el europeo, sin dejar de

conservar su culto sagrado y respetuoso por la patria antigua, descubre él mismo, tal vez en alguna defensa entusiasta, tal vez en sus críticas y censuras cariñosas, que una patria nueva, que una segunda patria se ha hecho un sitio al lado de la otra en su corazón. Suponed aún que otro hecho natural y frecuente venga á sumarse á los anteriores. Suponed que al viejo tronco europeo trasplantado en tierra argentina le hayan brotado al pie unos retoños, y entonces podéis estar seguros de que el trasplante es definitivo, porque el arraigo es profundo, completo, irrevocable.

Sé todo lo que se puede decir acerca del peligro que entraña para una joven nación el continuo acrecimiento de masas inorgánicas, ignorantes, rústicas, ávidas para el lucro, saturadas de prejuicios de raza y nacionalidad, embrutecidas por la acción secular de la servidumbre de la gleba y del industrialismo contemporáneo. Para engrosar más todavía las líneas, para ennegrecer los tonos y las sombras del cuadro, hasta podría, á mi vez, traer á colación la docta autoridad de algún hombre de ciencia indiscutible y extremar el « peligro inmigratorio », recordando de qué manera, en su monumental historia romana, ha demostrado Mommsen que el derrumbe del coloso imperial se debió menos al choque instantáneo de una invasión conquistadora que se hubiera descargado súbitamente sobre él — al modo de las aguas de un dique que rompe sus compuertas y se precipita con la rapidez y la fuerza incontrastable del torrente — que á la lenta infiltración de los bárbaros, á una especie de endósmosis, en virtud de la cual poco á poco, con paso lento pero seguro. Los germanos fueron introduciéndose en las filas del ejército romano, como auxiliares primero, después como oficiales y funcionarios, más tarde como jefes, hasta llegar, por último, á conquistar la investidura imperial con el godo Maximino. Ésto y mucho más podría decirse, y es bueno, sin duda, repetirlo de vez en cuando. Se convendrá, no obstante, conmigo, en que el mal no es tan desesperante cuando se conocen los medios de





conjurarlos. Uno de ellos es, como se ha visto, la escuela, cuya función primordial en pueblos como el nuestro, en gran parte formados por yuxtaposición de elementos adventicios, es colaborar en la obra múltiple y delicada de homogeneizar esos elementos, de fijarlos al país, de crear intereses que los solidaricen con la tarea común, de inocularles la simpatía y el respeto por el país del domicilio, de hacer que el alma del extranjero palpite y vibre al unísono con el alma nacional. Y porque éste, como muchos otros problemas argentinos, es, en el fondo, un problema pedagógico, Sarmiento y Avellaneda, que á más de presidentes fueron estadistas, Sarmiento y Avellaneda hicieron de la instrucción pública la gran preocupación de su vida, y el segundo, como lo ha notado Groussac con acierto, consiguió convertir el sentimiento personal en una pasión colectiva.

Henos aquí de nuevo, señores, después de una serie de consideraciones que parecían llevarnos lejos de nuestro asunto, henos aquí de nuevo afirmando y corroborando el necesario consorcio entre la universidad y la vida. ¿Cómo poner en duda, en efecto, que en esta tarea de plasmar, con ayuda de la escuela, el alma argentina, de modelar el carácter nacional, de elaborar la miel de una civilización original y superior con néctares y sustancias libadas en casi todas las flores, cómo poner en duda que á la universidad le incumbe el primer papel por su innegable acción sobre la cultura pública, por su función social como órgano más noble de educación nacional? ¿Y qué decir de la misión que tiene con relación al orden político? Establecer que es la opinión del pueblo la que debe gobernar el país, ¿no implica dar por sentado que ella debe ser puesta en condiciones de hacerlo, que ella debe adquirir la capacidad necesaria, que ella debe ser ilustrada, justa, moderada, reflexiva, desinteresada, patriota? Y el modo de que lo sea, ¿no consiste en formarla, en contribuir á hacerla por medio de la prensa, del libro, de la cátedra universitaria, de la propaganda en todas las formas? Hacer la educa-



ción política de la república, enseñar á las masas el aprendizaje de la libertad, he ahí la gran misión de las falanges universitarias. La principal, la irrenunciable tarea de los elementos dirigentes, de los miembros de la « élite » social, de los conductores de hombres, es inculcar prácticas democráticas, es enseñar honestos hábitos políticos, es encarnar en la conciencia pública, que el gobierno del pueblo es el más difícil de todos, porque supone y requiere una vigilancia constante; que en las democracias representativas cada ciudadano es, al mismo tiempo, soberano y súbdito; que es poseedor de un fragmento de autoridad, y que sumando muchos de estos fragmentos, mediante una previa coordinación de intereses, de sentimientos y de ideales, se unifican las voluntades, se constituyen agrupaciones partidistas y con ellas se hace posible ejercer una acción eficaz, poderosa, irresistible, contra la cual no hay despotismos, ni ligas, ni unicatos, ni presiones oficiales, ni oligarquías, ni nepotismos, ni ninguna otra combinación ó forma de corrupción política con fuerza bastante para incautarse por mucho tiempo del poder y explotarlo en su provecho exclusivo.

Señores doctores :

Habéis hecho vuestro crucero de descubierta al mundo de los fenómenos sociales; habéis ocupado largos años de vuestra vida en la contemplación de las verdades jurídicas; habéis nutrido vuestra inteligencia y fortalecido vuestro corazón con el sano alimento de los principios del derecho. Nueva vida y horizontes nuevos se despliegan ahora delante de vuestros ojos. Vais á descender al terreno de la lucha, vais á penetrar al campo de la acción, vais á mezclaros en lo más recio de la batalla y á recibir el áspero choque de los intereses y las pasiones humanas. Posible es que el polvo levantado en la refriega os impida ver claro



en más de una ocasión. Consultad, en tal caso, vuestra brújula moral, las firmes y seguras orientaciones adquiridas en esta casa de estudios. Que no os ofusquen jamás y os hagan perder el rumbo los triunfos de la audacia, la claudicación ó el tartufismo. Para ello, sofocad juveniles impacencias. No apresuréis el paso. Recordad que la carrera ó la carga no son el andar natural del soldado, y que en la vida, como en las marchas largas, se debe tomar el paso de camino. Ni os quiten tampoco el sueño los éxitos prematuros, que, por serlo, con frecuencia se malogran, á la manera del broto temprano que agosta el rigor de las heladas tardías. Sin duda se emplea así mayor tiempo en alcanzar el término codiciado, pero se llega al fin, alta la frente y pura la conciencia, pues la fortuna, que en su calidad de mujer, suele complacerse en sonreír á los audaces, acaba siempre por rendirse y acariciar á los dignos, constantes y valerosos.

La patria no exigirá probablemente de vosotros el costoso tributo de la sangre. Más felices que vuestros antecesores, no os veréis obligados á abandonar el hogar, para vivir á la intemperie en tiendas de campaña, la existencia ruda, incómoda, azarosa y llena de noble abnegación del soldado. Otra es vuestra tarea, otras deben ser también vuestras virtudes; menos heroicas y brillantes quizás, no por eso menos útiles ni difíciles. Es deber de nuestra generación y de la vuestra trabajar por la verdad de las instituciones, conseguir que ellas dejen de ser derecho escrito para convertirse en derecho vivido. Los cimientos del edificio constitucional fueron firmemente asentados por nuestros abuelos y la sangre generosa de nuestros padres se prodigó con exceso para consolidar la fundación, que reposa hoy sobre bases inmovibles. Alberdí, nuestro cartógrafo institucional, y los sabios constituyentes del 53, trazaron para siempre las líneas generales del monumento, la armónica trabazón de nuestro cuerpo político, sólida, bella, indestructible, pese á los que quisieran rectificar los planos. Nuestra misión es clara y patente. Hay que dar vida



al cuerpo inanimado; hay que hacer andar el mecanismo constitucional; hay que hacer de la sociedad argentina un ente moral, una persona; hay que darle un alma; hay que hacer surgir de esta masa informe, heteróclita, formada del elemento inmigratorio, que acrece, por aluvión, el núcleo nativo, un todo con unidad, con pensamiento propio, con sentimientos comunes y permanentes : hay que hacer, en breves palabras, el espíritu, el carácter, el genio argentino, la industria, la ciencia, el arte argentino. *Hic opus*. Ahí está la obra, obra inmensa, obra colectiva, que no podríais renunciar sin abdicar vuestra misión en la historia. Ensayadla, acometedla en seguida, con seriedad, con probidad, con fe, sin descanso, en la forma que condiga con vuestras aptitudes, ya que es dable abonar nuestra « deuda social », lo que la sociedad nos dió en préstamo para que seamos lo que somos, en cualquier clase de moneda. Y si el desaliento se acerca alguna vez á vuestra mesa de trabajo é intenta persuadiros de la pequeñez é inutilidad de vuestra labor poniéndoos por delante la magnitud y la dificultad de la obra por construir, ahuyentadle y confortaos repitiendo las palabras del maestro : « esas construcciones colosales, ó por mejor decir, esas colinas edificadas que cubren las llanuras de Babilonia, están hechas con ladrillos de pocos centímetros de longitud. Corta es una vida científica, pero inmenso es un capital en que nada se pierde ».

Dejad que os retenga un instante todavía antes de daros la afectuosa despedida en nombre de la Facultad, que os considera hijos suyos, y desea y espera muy en breve asociaros á su obra cultural. La política, que tiene halagos y encantos de sirena, buscará de seguro vuestra cooperación. Prestádsela sin titubear; prestádsela, á despecho de la mala fama que goza: prestádsela, no obstante que aquí, como en otras partes, ella no signifique á menudo el noble anhelo de servir á la patria, sino el arte de la intriga y del chisme, el manejo ocasional del incensario ó la palmeta, el triunfo de los hábiles. Prestádsela, porque si la abs-



tención electoral puede ser un expediente ó una táctica partidista y como el primer paso hacia la protesta en armas, contra inicuas situaciones sin salida, la abstención política, la total y deliberada indiferencia por las contiendas cívicas, es sólo una falta grave, casi diría un delito de lesa democracia. Vuestra recta conciencia sabrá siempre deslindar con exactitud la línea divisoria que, en uno y otro campo, en la montaña como en el llano, separa el terreno firme del infecto lodazal. ¡Ni viles aduladores de César, ni hipócritas cortesanos de Demos! Hacedos convicciones definidas, ideas propias, opiniones personales, acerca de todo; formaos doctrinas políticas, sociales, filosóficas y defendedlas con el calor y el entusiasmo que inspiran los sentimientos sinceros y profundos. Huid, como de peste maligna, de las actitudes escépticas, pirrónicas, propias de los estados sociales decadentes y que conducen sin remedio á la impotencia y al quietismo. Ni abuséis de la ironía, que es arma de agriados y de vencidos. Respetad las creencias necesarias. Creed en el deber, en la amistad, en el desinterés, en la lealtad, en el amor. ¿Cómo podrían existir los nombres sin las cosas, no obstante sea forzoso reconocer que ellas tienen la rareza de los objetos de inestimable valía? No apaguéis el espíritu, según la hermosa expresión evangélica. Sembrad, haced fructificar vuestra heredad, en mira de las necesidades materiales, que son, por desgracia, las primordiales. Hacedla producir los frutos de la riqueza; pero no olvidéis, por favor, las exigencias superiores. Que una parte del huerto, la mayor si queréis, esté destinada á la mies que sustenta y á la fruta exquisita que regala los ojos y deleita gratamente el paladar; pero que en un rincón, al menos, se yergan las rosas del arte y de la ciencia, que refrescan el alma y perfuman y hermosean y embellecen la vida!

Señores doctores : ¡Sed felices, y hasta pronto!

ADOLFO F. ORMA



Señor rector,
Señor decano,
Señores doctores,

Acabamos de oír, jóvenes doctores, la profesión de fe de vuestra promoción. Como siempre, abunda en promesas expuestas con la sinceridad, que es la virtud más fácil de los hombres de vuestra edad. Y, aun cuando la repetición de esas promesas, año tras año, en estas ceremonias, pudiera parecer banal, debemos celebrarla, porque es la consecuencia natural de la tradición de labor y honestidad, característica de esta casa; tradición mantenida á pesar de todas las variaciones del ambiente general, á pesar de las mismas divergencias internas que, si alguna vez conmovieron su vida, dieron al mismo tiempo relieve á las cualidades morales de maestros y alumnos.

Esta tradición ha sido la fuerza de esta facultad y su mejor concurso á la obra común. En algún momento, sus métodos docentes habrán sido deficientes y su influencia científica discutible. Pero nadie ha dudado jamás de su elevación de propósitos ni de la gentileza de sus procedimientos, y ésta es la primera enseñanza que vosotros habéis recibido y la que más debéis agradecer.

No quiero decir con ésto que nuestra facultad sea sólo una



escuela de conducta. Si en la permanencia en ella, habéis mejorado la vuestra, habéis aprendido por lo menos las nociones claras y fundamentales del derecho, tan bien como en cualquier otro centro de estudios.

No afirmo que hayáis estudiado más que lo que antes se estudiaba, pero habéis estudiado mejor. La facultad tiene hoy mayores cuidados por sus alumnos que en épocas pasadas. Consigue con los métodos nuevos, llegar á los mismos resultados, con menor tarea. El esfuerzo economizado se reserva para nuevas pruebas, facilitadas por la experiencia adquirida.

Hijos suyos, pues, morales é intelectuales, representantes en la sociedad de su cultura y su ciencia, la facultad os despide con cariño y con orgullo. Os tiene fe, como la ha tenido en vuestros predecesores, que pocas veces han fallado. Y no seréis vosotros los que cambiaréis la tradición de los abogados argentinos, siempre honrada, muchas veces gloriosa.

Vuestra promoción tiene, como todas, variados elementos. Los grupos de nuevos doctores aumentan en número, pero la proporción de aquéllos es sensiblemente la misma. Están formados por representantes de todas las regiones, de todos los orígenes étnicos, con todos los temperamentos, con las más diversas tendencias.

Figurarán seguramente en la vuestra los estudiantes pobres, desamparados, sin vínculos sociales, para quienes los seis años de estudios han sido un amargo período de privaciones y hasta de miseria. Han sido atraídos á la facultad por un noble anhelo, por la justísima aspiración de alcanzar una posición mejor, sostenidos por una energía que se tonifica con las dificultades, alentados por ejemplos históricos. Han debido estudiar y trabajar; de la mezquina remuneración obtenida por obliterar estampillas en el correo ó por ser notificadores en los tribunales.



han debido ahorrar para comprar libros, pagar inscripciones, y hasta para presentarse, modestos pero decentes, en nuestra casa. Hoy han triunfado, y esta compensación definitiva está intensificada por el cariño respetuoso de sus compañeros.

Ha de haber también entre vosotros estudiantes de posición holgada, que no han sufrido amarguras, pero que han sido lo suficientemente viriles para no dejarse tentar por las influencias circundantes; jóvenes que han podido dejarse llevar mansamente por la corriente de una vida cómoda, á la espera de la hijuela tranquilizadora ó de la heredera millonaria; que han podido ser héroes de cotillón, elegantísimas inutilidades, — y que han preferido someterse á disciplinas, á trabajos, y aun á privaciones; felicitémonos, señores, de que haya estudiantes de esta clase; son los más obligados á mantener la tradición profesional.

Vienen después los estudiantes irregulares, que desean saber, pero no mucho: los que piensan que la verdad más clara de la ciencia contemporánea es la referente al *surmenage*, que malogra las inteligencias más bien dispuestas. Por eso, trabajan reposadamente; suplen á fuerza de ingenio la falta de labor y, con equilibrios maravillosos, llegan á los finales de curso con un minimum de conocimientos que la ingestión desordenada del mes de noviembre aumenta sólo por pocos días. Con un criterio reglamentario, esos no son buenos estudiantes: sin embargo, si me fuera permitido hacer algo como un aparte de teatro: si supiera que ni el rector, ni el decano, ni el consejo severo, ni la academia solemne pudieran oírme, os diría que muchos, muchísimos de esos estudiantes tienen asegurado el éxito en la vida, porque su actitud en las aulas no es producida por limitación mental, ni por indolencia orgánica, sino por defectos ligeros, de los que desaparecen con la acción de los años, al emerger los contrastes y las reponsabilidades.

Para todos vosotros, señores doctores, de nuevo, el saludo afectuoso y los votos más sentidos porque mantengáis bien en alto



la tradición de la facultad, el prestigio de la profesión y vuestro honor personal.

Es probable, señores doctores, que hayáis pensado con anterioridad en vuestra orientación en la vida, fuera del ejercicio profesional. La presente ceremonia es, en los estudios, como la constancia de la mayor edad, — lo que no impide una capacidad moral anterior, — consagrada por una fecha ó un acto, dentro de los convencionalismos insubstituíbles.

Es probable también que, consultando vuestra situación personal, hayáis pensado en una actuación pública, sintiéndoos capaces de aportar un esfuerzo á la obra común y cooperar al engrandecimiento de la patria.

Si es así, felicitémonos por el nuevo contingente de ciudadanos preparados que tratará de influir en los negocios públicos hoy, cuando nuestro país necesita cada vez más de elementos de esta clase.

Encontráis á la República en pleno triunfo. El centenario de su emancipación ha sido una fiesta universal, superior á nuestras esperanzas. Está próspera; empieza á ser bien conocida; es respetada.

Pero su riqueza, su progreso, que han violentado los programas y anulado las normas clásicas, han creado la más difícil de las situaciones de gobierno. Todos los problemas políticos y administrativos están planteados, aun muchos de los que se piensa haber resuelto definitivamente, olvidándose que, en la eterna progresión de la vida pública, el consecuente de hoy es el forzoso antecedente de mañana.

Pero nuestros problemas tienen otra gravedad peculiar: su simultaneidad. Y así como en un mismo día, nuestro país nos presenta diferencias de temperatura de cuarenta grados, en un mismo momento coexisten, como cuestiones de gobierno, la ta-

rea primaria de la apropiación de la selva virgen y las graves y delicadas consecuencias de la civilización más adelantada y compleja.

En tal situación, es forzoso que la política argentina esté á la altura de sus responsabilidades ante las generaciones futuras, prontas á vilipendiar ó á venerar á los conductores de pueblos, según sus méritos.

Es evidente que, si hablo de política, no aludo á lo militante. No es este el lugar ni el momento. Prescindo de gobiernos y oposiciones, de casos electorales é intervenciones, de conservadores y reaccionarios, de ligas, uniones y coaliciones, prescindo también por respeto á la enseñanza, de lo que llamaré la doctrina de la política, estando como todos, lleno de escepticismo al oír hablar de lo que, en cada caso, dice la constitución, dejó de decir tal sentencia ó se le hace decir á cualquier tratadista norteamericano.

Me refiero á la política, como ciencia de gobierno.

Á la que impone á los que la profesan, ante todo, el conocimiento de un país en todas sus manifestaciones pasadas y actuales; la que siente las necesidades y tendencias populares y las contiene, las regulariza ó las impulsa, según conviene; la que forma la legislación, metódica, con ensayos prudentes y sin improvisaciones fulminantes; la que aprovecha las fuerzas colectivas; la que prevé los resultados lógicos, pero se pone en el caso de la sorpresa posible; la que es alternativamente brillante ó modesta, rápida ó lenta, suave ó enérgica, pero siempre honesta, eficaz, engrandecedora de pueblos.

¡Hemos conocido esa política. La han desarrollado en nuestra vida independiente los revolucionarios de 1810, iniciadores de un movimiento de trascendencia humana; la venerable asamblea de 1813, cuyo centenario deberemos celebrar en esta casa, como un homenaje á su extraordinaria labor civil; el congreso glorioso de Tucumán, ejemplo nobilísimo de decisión y civismo;





los gobiernos dirigidos por Rivadavia, el gran civilizador. Y más hacia nosotros, los gobiernos posteriores á Caseros, en plena lucha con la anarquía vencida sin estar dominada y con las dificultades de aplicación de un instrumento de gobierno, nuevo y delicado.

El instinto popular ha comprendido lo que el país debe á esos hombres y los ha glorificado. Vuestros estudios os han permitido analizar su obra y, á los sentimientos comunes á todo argentino, habéis podido añadir el respeto que imponen el pensamiento y la ciencia afianzados por el más puro patriotismo.

¿ Existe hoy esa política ? Repito que, cualquiera que sea mi propia opinión, formulo esta pregunta en la forma más impersonal posible, y, en la misma forma, contesto que, á mi entender, no existe.

Lo demuestro con la falta de plan y de rumbo en los partidos, cuyos programas, cuando se hacen, repiten las ideas generales de los adversarios, á pesar de declarar que los de éstos son vacíos ó inconstitucionales; con la disolución de esos partidos después de cada lucha, para rehacerse, multicolores y cada vez más heterogéneos en la aproximación de una lucha nueva; con las deficiencias de un sistema electoral que se quiere substituir por otro, discutiendo sus excelencias respectivas, como si fueran los únicos, como si ambos no fueran los peores, sin pensar en que mal tan intenso como la abstención ó la derrota permanente de una misma fuerza política bien vale la pena de una solución radical; con la ligereza inverosímil con que se trata el asunto más grave, habiendo estado expuesto el país á que se le crearan jueces y tribunales con los mismos procedimientos con que se aumenta un guarda en una receptoría subalterna ó sucediendo

— caso único de legislación, — que una ley mande aplicar terminantemente disposiciones de otra que jamás ha existido, ni ha sido proyectada; con la subordinación de las leyes fundamentales á los intereses individuales; con la tendencia al éxito personal, cueste lo que cueste al país, — y el deseo de disminuir la

acción ajena para que resulte la propia; con la falta de estudios de conjunto, de tal modo que actos de gobierno, emanados del mismo origen legal, se contradicen ó se destruyen.

Ya sé que los políticos prácticos sonreirán al conocer estas ideas. Ya sé que dirán que la política es acción y no cátedra y que el hombre público que no resuelve un asunto sin detenido estudio se expone á no resolverlo, como el higienista excesivo corre el peligro de morir de sed por no beber agua que sospecha impura.

Pero es que esos políticos prácticos confunden la rapidez de la resolución, siempre necesaria, con la preparación previa que la hace posible, y que, si en un momento anormal puede concebirse una decisión sin mayores precauciones, en la vida pública ordinaria, los actos de gobierno tienen una eficacia proporcional á la meditación serena que los prepara.

Señores doctores, si hacéis política, hacedla con seriedad.

Sobre todo, huid del éxito personal cuando él no valga sino para vosotros mismos. Entre las condiciones del hombre público, una de las primeras es la abnegación, el pensar principalmente en el interés colectivo, cumpliendo los deberes de la propia función.

Hace poco, he leído la narración de un siniestro en la escuadra japonesa.

Estalló un aparato interior en un submarino y, al dejarlo sin gobierno, empezó á despedir gases deletéreos incontenibles. La muerte por asfixia lenta fué segura. El comandante, aislado en su cámara, no se desesperó ante esta manera tan cruel de morir, ni quiso abreviarla. Y, como si diera cuenta de haber llegado á un puerto, redactó el parte del accidente, cumpliendo, como lo dice, su deber militar y detallando los progresos de la asfixia, para ser útil á la ciencia. Y no se crea que ese hombre





estaba automatizado por su profesión. Estaba lleno de afectos y, al lado de sus documentos oficiales, se ha encontrado la despedida cariñosa á su familia, á cada uno de sus camaradas y amigos. Alternaba las anotaciones del marino con las expansiones del hombre. Poco á poco, esas anotaciones se hacen más breves y la última, casi ilegible, es « no puedo más... »

Señores doctores: en el mundo político y en el mundo social hay situaciones muy parecidas al naufragio del submarino japonés.

Si tenéis que actuar en alguna de ellas, cumplid con vuestro deber, hasta no poder más.

12 de agosto de 1910.

CONFERENCIAS Y RECEPCIONES







Señor rector:

Señores académicos y profesores:

Jóvenes alumnos:

Una nueva ordenanza, dictada con muy buen acuerdo, prescribe que desde hoy en adelante las tareas anuales de esta casa se inauguren en acto solemne. Y la circunstancia de hallarme como vicedecano en ejercicio del decanato, impóneme el deber ineludible de dirigiros por breves instantes la palabra, cosa que no puedo menos de deplorar, por vosotros que habréis de escucharme, aunque sea mucha vuestra indulgencia y cuente con ella de antemano.

Si el progreso moral ha de primar sobre el material ó viceversa, es cuestión ociosa ante el hecho evidente de que ambos son ley de la humanidad y su consorcio armónico condición indispensable de la civilización. Puede darse el caso de pueblos que naden en la abundancia de todos los bienes sujetos á número, peso y medida y deslumbren con el brillo de su riqueza: no por eso serán menos míseros y desgraciados si al mismo tiempo no cultivan las nobles facultades del espíritu, y hacen caudal.

(1) Discurso pronunciado con motivo de la inauguración de los cursos del año 1906



y lo acrecientan, de ideas transcendentales, sentimientos elevados y anhelos generosos.

Los grandes ideales salvan á las naciones en los trances supremos, más que la simple fuerza material derivada de la opulencia; y no es insólito que una fe robusta é inquebrantable en ellos realice el portento de hacerlos renacer de sus cenizas, después de catástrofes al parecer irreparables. Pero si esto es cierto y lo acredita la historia, no lo es menos que la primera necesidad del hombre, como de los pueblos, es vivir, y que sin la riqueza la vida y su perpetuación son imposibles.

Consistiendo la verdadera civilización en el desarrollo armónico del progreso material y del moral, huelga decir que no puede haberlo allí donde falta esa armonía, donde el uno no existe ó va muy en zaga del otro. Cuando el desequilibrio es marcado y duradero; cuando, sobre todo, el materialismo ocupa exclusivamente la inteligencia, la voluntad y el corazón de un pueblo, téngase por cierto que ha llegado para él la hora fatal de la decadencia y la ruina, por más que las apariencias indiquen lo contrario.

Muy sabidas son estas cosas; pero conviene recordarlas porque los tiempos que alcanzamos no son los más propicios para los fueros y la soberanía del espíritu, porque van quedando en segundo plano sus más excelsas y nobles manifestaciones. La civilización que nos ha legado el siglo xix, grandiosa y todo, es una civilización esencialmente materialista, como quiera que radica en el conocimiento cada día mayor de los secretos de la naturaleza, y en la dilatación incesante del imperio del hombre sobre la materia. Orgullosa de sus grandes triunfos en los dominios del mundo físico, la humanidad contemporánea hase pagado en demasía de los progresos materiales y pospuesto, ó mirado en menos, los adelantos puramente morales; y escuelas hay que quisieran ver sentado al *animalis homo* en la cúspide del edificio social.



Débesse cuidar, entonces, de que no falte el contrapeso necesario en el otro platillo de la balanza, ofrendando siempre y con ardiente devoción en los altares de la ciencia, de las artes y de las letras. Deben estar muy atentas á ello, sobre todo, las naciones jóvenes como la nuestra, exuberantes de riquezas naturales y de savia productiva, abiertas al comercio universal y centros á donde afluyen sin cesar hombres y capitales ávidos de lucro; porque su rápido desenvolvimiento económico expónelas, más que á otras, á ser intoxicadas con el positivismo materialista en los albores mismo de su existencia.

He ahí la alta función social de los organismos docentes que tienen á su cargo el cultivo del espíritu mediante el desarrollo y perfeccionamiento de sus nobilísimas facultades. He ahí la tarea gloriosa de los obreros del progreso intelectual, si han de dirigirlo por los cauces de la verdadera civilización. He ahí nuestra misión, señores académicos y profesores, dentro de la órbita de los estudios de esta casa, hija primogénita de la Universidad bonaerense, de lustre y fama notorias.

La Facultad de derecho y ciencias sociales sólo es hoy una rama del árbol frondoso de la institución universitaria, que comparte con otras la grave responsabilidad de la enseñanza superior. Colaboradora en la preparación de la juventud para las fecundas especulaciones del espíritu y en la obra transcendental del adelanto científico, tiene ella un gran papel que desempeñar en los dominios que le están reservados; y debe ser anhelo común de académicos, profesores y alumnos, estar siempre á la altura de sus exigencias y merecer la confianza del país.

Del esfuerzo combinado de estos tres factores dependen el adelanto y eficacia de los estudios en nuestra escuela, siendo indispensable su triple acción para su marcha normal y progresiva. Si al cuerpo académico le incumbe imprimir rumbos á la enseñanza determinando su cantidad y calidad y trazándola normas generales, tócale al profesorado hacerla fecunda y lu-



minosa con su ciencia y experiencia, y á los alumnos asimilarla mediante una labor asidua y una atención esmerada.

No puede desconocerse, sin embargo, que el profesor, si no el único, es el principal y más importante factor de la enseñanza en todos sus grados. No lo desconocen ciertamente los que se hallan al frente del magisterio en este instituto, como no ignoren cuán grandes son los deberes y responsabilidades que comporta su ejercicio. Pero el profesorado científico tiene también una altísima prerrogativa, que es de su esencia y que nosotros debemos proclamar y mantener en toda su integridad como un principio fundamental: la libertad de la cátedra. Entra en lo posible que alguna vez se haga mal uso de ella; pero sobre ser remotísimo el peligro, el mejor correctivo del exceso sería el vituperio de la opinión y el vacío en que caería.

Aquí es oportuno decir que nuestro plan de estudios ha quedado atrás del movimiento científico moderno, no menos que de las necesidades que debe satisfacer en la hora presente, entre nosotros, la instrucción universitaria. Algo sobra y no poco falta en él, sin contar con que su estructura no permite realizar la aspiración muy legítima de que ella forme, además de meros profesionales, hombres de ciencia, que la cultiven sin miras de lucro y con el solo propósito de colaborar en su adelanto y perfeccionamiento. Si es útil lo primero, no lo es menos lo segundo, con la ventaja de que reflejaría mayor prestigio sobre nuestro nombre y nos pondría en camino de ser algo más que una factoría en el concierto de las naciones.

La Academia está penetrada de la necesidad de la reforma y es notorio que la tiene en el tapete. Antes de mucho, pues, en este mismo año seguramente, recibirá su sanción, y nuevos rumbos se abrirán con ella á la enseñanza de la Facultad. Mientras tanto los señores profesores continuarán dándola tan amplia é intensa como las circunstancias lo permitan. Vasto es, á pesar de todo el campo de cultivo, y la mies puede ser sana y copiosa selec-

cionando métodos, completando la experiencia propia con la ajena, huyendo de fetichismos, deponiendo prejuicios y pasiones de escuela y buscando la verdad por sobre todas las cosas, con sinceridad y buena fe.

La ciencia es eminentemente progresiva. Avanza y avanza siempre, develando misterios, descubriendo nuevos horizontes y dejando huella indeleble al través de las edades. Pero nada tan infundado como el orgullo jactancioso que suele embriagar á algunos de sus apóstoles, porque, como se ha observado, sus mayores conquistas, sus triunfos más ruidosos, apenas si disminuyen en dosis infinitesimales nuestra colosal ignorancia sobre los fenómenos innúmeros del mundo físico y del mundo moral. No es esto mirar en menos á la ciencia, ni desconocer el mérito de los que la consagran sus vigiliass. No: es sólo reducir á uno y á otra á sus justas proporciones para evitar falsos mirajes y peligrosos ensimismamientos.

Empero, aunque la meta se halle á distancia inconmensurable y sea inaccesible al flaco entendimiento, deber nuestro es seguirla y aproximarnos á ella sin cesar. Ningún esfuerzo queda perdido en esta brega constante de la humanidad en pos de la luz. Aun los que terminan en errores ó extravíos sirven á la ciencia, en cuanto enseñan los escollos que deben evitarse y permiten corregir la brújula de las investigaciones; aparte de que todas las construcciones del pensamiento algún material prestan á las nuevas que las reemplazan.

Esto debe hacernos reflexionar antes de fulminar con el sarcasmo ó el menosprecio á los obreros que nos han precedido. Basta, para que merezcan nuestra gratitud y respeto, que hayan dado en su hora todo lo que pudieron dar, que con algunos hilos siquiera hayan engrosado la corriente de oro del saber. Y como al desdén de lo pasado, en materia de ciencia, suele ir unida la exaltación frenética de lo presente, sirvanos para precavernos de ello la consideración de que á nuestra misma vista





las teorías sucedense á las teorías con vertiginosa rapidez, y que las que hoy presumen de haber descifrado grandes arcanos, caen al día siguiente en el olvido, como quimeras ó extravagancias.

Libreme Dios, señores profesores y jóvenes alumnos, de infundiros desaliento con estas mis palabras y de entibiar vuestro ardor por las especulaciones científicas! Nada más distante de mi intención. Pienso, por el contrario, que debéis seguir sacrificando con creciente entusiasmo en el templo de la ciencia, en vuestro propio bien y para honra de la patria.

Los estudios jurídicos y sociales son objeto de incesantes investigaciones en los pueblos que marchan á la vanguardia del progreso, y mucho de provecho podéis espigar en ellas é incorporarlo en vuestro haber. Es este un trabajo de selección y adaptación no exento de dificultades, porque en tales investigaciones suele andar mezclada con la buena la mala moneda, y porque, además, el prestigio de ciertos nombres ejerce un poder de seducción y ampara, como la bandera, toda clase de mercancías.

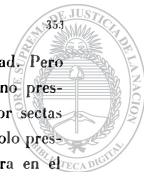
También de otro lado puede venir el peligro al poner á contribución, para nuestra enseñanza y nuestros adelantos, las doctrinas de los autores extranjeros. Padecemos un doble defecto de carácter: la improvisación y la imitación; explicable y aún disculpable en países nuevos, casi sin pasado y faltos de tradiciones, que marchan á saltos y tienen que edificar de prisa, así en el orden material como en el moral. La impaciencia de progreso, la escasez de material propio, la pereza para pensar, y permítaseme decirlo, el prurito de ostentar fácil erudición, nos hace tomar sin beneficio de inventario todo cuanto lleva cuño extraño y levantar con ello, de la noche á la mañana, verdaderas construcciones hongos, que si halagan nuestra vanidad no añaden un ápice á nuestra reputación.

Sigamos, enhorabuena, las huellas de los maestros del derecho y de las ciencias sociales, sin distinción de razas ni nacionalidades; aprovechemos sus conquistas, ya que la ciencia

no reconoce fronteras y es patrimonio de la humanidad. Pero al hacerlo no abdicuemos de nuestro propio criterio, no pres-temos asenso sino á la verdad, no tomemos partido por sectas ó escuelas determinadas, ni nos dejemos seducir por el solo prestigio de los nombres. El *magister dixit*, es una rémora en el campo de la especulación científica y no debe tener cabida en nuestra escuela.

Una en su esencia pero múltiple en sus manifestaciones, ofrece la ciencia variadísimos puntos de vista que permiten la colaboración, en mayor ó menor grado, de todas las inteligencias y de todos los pueblos. Los de América, nacidos poco ha á la vida, son un inmenso crisol en ebullición donde se entrechocan, mezclan y confunden elementos los más heterogéneos. Es difícil pronosticar lo que saldrá de él en definitiva; pero un ojo escrutador puede descubrir en este proceso de amalgamación no pocos fenómenos curiosos, económicos, políticos y sociales, que no se amoldan á las teorías corrientes. El estudio de esos fenómenos es de un valor inapreciable para la ciencia, y si nosotros contribuyéramos con él á su enriquecimiento, en la medida de nuestras fuerzas, habríamos pagado en la mejor moneda lo mucho que debemos al tesoro científico de la vieja Europa.

En otro sentido, señores profesores y jóvenes alumnos, vuestras tareas pueden ser de gran utilidad para el país. Nuestra condición de pueblo nuevo y en formación hace que á diario nos salgan al encuentro problemas apremiantes que deben ser resueltos sin demora. Tenemos ya una *cuestión obrera* que demanda pronta solución; los *trusts* han hecho su aparición en nuestro suelo, amenazando monopolizar la producción y encarecer desastrosamente las subsistencias; las sociedades anónimas, palancas poderosas antes de nuestro progreso económico, tienden á degenerar, al favor de una excesiva libertad, en arbitrios fraudulentos para arrebatar los ahorros de la clase trabajadora; el problema vital de la población de nuestros vastos desiertos exige





que se le resuelva de una vez por todas, consultando las necesidades del presente y del futuro; peligran nuestra raza y nuestro porvenir con la escoria humana que en fuertes dosis nos trae la inmigración, y urge poner diques al torrente; nuestro sistema tributario y nuestra política comercial, interna y externa, carecen de reglas y principios que les den estabilidad, de acuerdo con nuestras conveniencias; y finalmente, y para no fatigaros con una enumeración que podría ser larga, el monroísmo, su ampliación reciente por Roosevelt y la tesis Drago, interesan á la seguridad de las naciones de este continente y ocupan en la actualidad, á muy justo título, la atención de pueblos y cancellerías.

He ahí temas dignos de vuestras aptitudes, señores profesores. El estudio que les consagréis habituará á vuestros alumnos á poner su pensamiento en los asuntos que de un modo especial afectan los grandes intereses públicos, y servirá para preparar leyes acertadas á su respecto. El espíritu de imitación é improvisación, á que antes aludiera y que tanto nos perjudica, encontraría en ello un correctivo saludable, pues vuestras soluciones no serían exóticas, sino deducidas de la observación paciente de los hechos y aquilatadas con los principios de la ciencia.

Pienso que no es ésto todo lo que exige de vosotros, señores profesores, el apostolado didáctico que ejercéis en esta casa. Puesto que el derecho constitucional cae bajo su enseñanza y la verdad es vuestro único guía, podéis y debéis afirmar desde lo alto de la cátedra, en bien del país y con abstracción completa de personas: que es un delito de lesa civilización la violación constante y sistemática de los principios fundamentales del gobierno libre; que conspiran contra su existencia y merecen el desprecio del mundo los pueblos que viven indolentemente fuera de su régimen institucional; que la libertad es para ellos el bien por excelencia, y que poseyéndola todos los demás vienen por añadidura; y por último, que el alzamiento franco con la suma

del poder, en nombre de la fuerza, es menos funesto y deprimente que la representación perpetua de la *comedia de las instituciones*.

Pero no es sólo ciencia lo que nuestra Facultad debe á la juventud que en caravana perenne desfila por sus aulas. Hay algo más que también debe inculcarla y sin lo cual aquella sería inútil cuando no perjudicial: desinterés, abnegación, generosidad, nobleza de sentimientos, elevación de miras, integridad y altivez de carácter. En una palabra: todas las virtudes que realzan la personalidad humana, ennoblecen el saber y elevan á mayor potencia las energías individuales y las colectivas de la sociedad.

No debe olvidarse que la juventud que recibe enseñanza en esta escuela está llamada á dirigir los destinos de la patria y educar á la vez al pueblo con la ilustración y el buen ejemplo. Incompleta será entonces la obra si no se procura que á la ciencia vaya unida la virtud, y grande nuestra responsabilidad si nos desentendemos de ello.

Jóvenes estudiantes: no debéis esperarlo todo de la autoridad directiva y del personal docente de la Facultad. No ignoráis que enseñar y aprender son ideas correlativas, y por ende inseparables. Si á los profesores toca impartiros una enseñanza seria, abundante y nutrida, á vosotros corresponde aprovecharla debidamente, siguiendo con atención y respeto sus lecciones, dedicando al estudio el mayor tiempo posible, haciendo del libro vuestra compañía inseparable y viviendo en comunión intelectual con ellos mientras dure vuestro aprendizaje. Inútiles serán sus afanes, de nada servirán su consagración á la cátedra y toda su sapiencia, si la palabra de verdad salida de sus labios no ha de tener más eco que el del vacío del aula, ó ha de caer sobre un auditorio distraído é indolente, cuando no refractario á los nobles estímulos del saber.

Os interesa, jóvenes, tener un concepto exacto del actual pro-





fesor y de su augusta misión. No es el dómine rígido y adusto de otros tiempos, encerrado en el santuario de su mucha o poca ciencia y que sólo gustaba de presentarse á sus discípulos entre nimbos de majestad y con aire de olímpica suficiencia, avaro de fama y despreocupado de la utilidad de su enseñanza. El moderno profesor es nada más que un obrero caracterizado de la ciencia. Labora en campo abierto y á la luz del día, considera á los alumnos como su familia espiritual, cuida de ellos con amorosa solicitud, y su mayor placer consiste en infundirles la pasión del estudio, comunicarles lo que sabe, hacerlos colaboradores de sus investigaciones y nutrir sus cerebros con amplios y sólidos conocimientos. Lejos de sentirse mortificado, á gran honra tendría el que sus discípulos le aventajaran en potencia mental y dieran opimos frutos.

Más que un lazo de subordinación y dependencia, es un vínculo de solidaridad y compañerismo lo que existe entre él y los alumnos. Una doble fuerza basada en ese vínculo, de acción y reacción, interviene en el proceso de la enseñanza y decide de su suerte. El verbo docente del maestro abre el surco y derrama la semilla en el espíritu del discípulo, y éste la fecundiza y hace germinar con el poder de su voluntad y la luz y el calor de su inteligencia. El entusiasmo del primero comunicase al segundo, y el anhelo de saber de éste enciende nuevos bríos en aquél.

Como lo veis, jóvenes estudiantes, serios son vuestros deberes en la labor ardua y transcendental encomendada á nuestra escuela. El prestigio de su nombre, no menos que vuestras propias conveniencias y las de la nación, exigen que os penetréis bien de ellos y los cumpláis con religiosidad. Cumplirán también los suyos, como hasta aquí, académicos y profesores; y esta unión de voluntades impulsará más y más el adelanto de los estudios y hará que antes de mucho se coticen en los mercados del mundo no sólo los productos de la agricultura y ganadería, sí que también los del pensamiento argentino.

A ello debemos propender con empeño incontrastable los que tenemos la responsabilidad de la enseñanza en esta rama importantísima de la universidad. Y si nos arredra la tarea y sentimos flaquear nuestras fuerzas ante los obstáculos y dificultades que puedan salirnos al paso, confortémonos con el ejemplo de los que nos han precedido, y vengamos á pedir inspiración á las sombras venerandas que desde lo alto de estos muros velan por los destinos de la casa que ilustraron con su ciencia y enaltecieron con sus virtudes.

Señores: Quedan inaugurados los cursos de 1906 de la Facultad de derecho y ciencias sociales.







Señor rector,
Señores académicos y consejeros,
Jóvenes estudiantes :

Esta inauguración de los cursos anuales, que no obstante la tarea de los exámenes, hacemos en el tiempo de ordenanza, es un signo de la moralidad de nuestra marcha, felizmente restablecida por completo después de transitorias y superficiales vicisitudes. La fuerza conservadora de una honrosa y larga tradición tenía que sobreponerse en definitiva como base vital irremplazable para la subsistencia y la renovación progresiva del organismo. Nacido de las necesidades al principio limitadas de nuestro ambiente social, se extendió y desarrolló con el mismo, respondiendo siempre á sus exigencias, creando y perfeccionando sus enseñanzas, formando abogados, profesores, legisladores y hombres de estado, é incorporando á sus aulas á todos los que han poseído aptitudes y vocación para enseñar ó para aprender.

Y en este progreso no se ha notado otras deficiencias que la falta de estímulo social suficiente para las arduas tareas del profesorado, y la limitación de los recursos que el Estado no siempre ha suministrado en la medida necesaria.

(1) Conferencia pronunciada con motivo de la inauguración de los cursos del año 1907



Ni siquiera ha podido justamente acusarse de estacionaria á la Facultad, cuando desde muchos años antes de que se reclamara reformas superficiales, más ó menos vagas é inderteminadas, como que no eran exigidas por ninguna autoridad técnica, ya ella había iniciado y formulado proyectos de organización universitaria y propuesto notables perfeccionamientos en su plan de estudios, para responder á erróneos impulsos exteriores que pretendían rebajar el nivel de su instrucción. No ha sido, pues, por nuestra culpa, que no hayamos progresado demasiado. Pero la enseñanza ha sido suficiente y progresiva; ningún espíritu recto la puede repudiar, aunque haya obedecido á la ley humana de no crear aptitudes no dispensadas por la naturaleza : *quod natura non dat Salmántica non prestat*.

Hubiera sido, pues, una injusticia al par que un torpe error, derribar de un golpe el árbol en plena producción de estimables frutos, para ensayar nuevas semillas y esperar su incierta germinación y crecimiento.

Es verdad que nosotros mismos hemos notado á veces la falta de suficiente estudio y de mayor severidad; pero nadie ha reclamado contra ello, ni siquiera en los tiempos de agitación en que se pedía la reforma indeterminada de todo, como si la única preocupación de las fuerzas perturbadoras fuera la de destruir anárquicamente, sin mejorar ó edificar.

Felizmente aquél defecto, que ha sido una espontaneidad de nuestro modo de ser, puede fácilmente corregirse con mayores pruebas de suficiencia, y sobre todo con estímulos más eficaces para el estudio y la asistencia á clase. Preocupado el Consejo de esta deficiencia capital, ha arbitrado los medios más adecuados para remediarla; y seguramente serán coronados por el éxito con el concurso aunado de profesores, alumnos y padres de familia, ya que no debemos tener fuerzas extrañas que pretendan convertir á esta Casa en dispensadora de diplomas inmerecidos, que sólo sirvan de instrumento para engañar á la sociedad.



Afanémonos todos por obtener el mejor material de enseñanza y perfeccionar cada vez más el personal de ésta, estimulando y honrando sus distinguidos servicios, al par que la dedicación y el trabajo asiduo de los alumnos. Facitemos la selección espontánea de las carreras de la juventud, para que cada uno adopte la profesión de sus aptitudes y vocación, y no venga sin ellas á perder lastimosamente su tiempo, perjudicándose á sí mismo, á su familia y á la sociedad. Para todo ello debemos mantener abiertas de par en par las puertas de la cátedra y de las aulas, á todo talento de profesor ó de discípulo, por desválido que sea.

La exagerada benignidad en el juicio de las pruebas, sólo puede ser producto de un sentimentalismo erróneo, de la debilidad de carácter ó del egoísmo que sacrifica el porvenir del estudiante á la comodidad de complacerlo, amparando su ineptitud. Y si como jueces debemos ser benévolos, no exigiendo más que lo que se enseña, y se puede discretamente aprender, debemos también ser justos é iguales en nuestros juicios, y en una recta norma de criterio. Además de estas virtudes del carácter, el profesor ha de poseer la ciencia que enseña hasta dominarla y clasificarla en sus lecciones, y una afición intensa para seguir constantemente su desarrollo y progreso, asimilando la colaboración universal.

No pienso que si ha de conocerlo el profesor, deba enseñar lo nuevo que surge constantemente como ensayo y en estado de controversia, porque tal extensión sacrificaría el estudio de la contextura completa y elemental que constituye la organización clásica de cada ramo. La profundización de un punto sólo puede utilizarse por vía de ejemplo del modo de estudiar intensivamente los problemas que la vida profesional ó pública ha de plantear á los diplomados.

Enseñarles los elementos de cada ramo con la extensión que quepa dentro del tiempo disponible y hacerles adquirir la clave y métodos más exactos para profundizar y aplicar después lo



que sea requerido por la vida práctica, debe ser la norma de la enseñanza y por lo tanto de los programas y de los exámenes.

Y todo ello sin espíritu de secta ó de imposición de sistemas que no hayan llegado al estado positivo por demostraciones definitivas. Si la libertad de la cátedra es un medio de progreso intelectual, lo es también la del discípulo para adoptar su fe científica en el campo de lo controvertido. Pero ni uno ni otra libertad puede extenderse hasta cercenar los elementos clásicos de cada materia para emplear la mayor parte del tiempo en la exposición de sistemas más ó menos hipotéticos y transitorios. Por eso los programas van á ocupar especialmente nuestra atención, de modo que se coordinen entre sí sin duplicaciones perjudiciales y sin que se sacrifique la enseñanza de lo substancial á la de lo accesorio. Cada rama del plan de estudios tiene su índole y objeto propios que no es permitido ni conducente desnaturalizar, pues siendo limitado el tiempo de que disponen los profesores y los alumnos para exponer y estudiar todos los elementos, el que se emplee en divagaciones extrañas ó en ampliaciones excéntricas, perjudicará tanto á la integridad y á la armonía de la instrucción, como á la educación intelectual de los discípulos.

Para llenar mejor esta misión y en general para obtener los mejores frutos de la enseñanza, se requiere como primer factor un buen cuerpo de catedráticos, que felizmente poseemos en cuanto lo permiten los elementos y recursos de nuestro ambiente social. Para reclutarlos no tenemos otro campo que el de la Universidad, pues carecemos de otros centros de actividad estudiantil. Hasta ahora son los propios doctores de esta facultad los que nos han suministrado principalmente el personal docente necesario, y así nos hemos formado, aprendiendo como estudiantes y estudiando constantemente como profesores, más por amor á los ramos científicos de nuestra vocación, que por una compensación, siempre modesta y seguramente insuficiente para exi-



gir la dedicación exclusiva del maestro á las tareas de su cátedra. Y entretanto, ya que de los estudiantes de hoy han de salir los maestros de mañana, procuremos enseñarles lo mejor posible y abrir cauces más amplios por estímulos más poderosos á las aptitudes selectas. Á ello contribuirá, en primera línea, la institución de estudios superiores y más intensos para el doctorado, que los requeridos por la abogacía. La Facultad que tenía proyectadas y adoptadas desde hace siete años, las ampliaciones necesarias, ha sancionado últimamente un nuevo plan que ha querido juiciosamente dejar pasar por el crisol de mayor tiempo y estudio antes de ponerlo en ejercicio. Sancionó también en 1900 una cátedra sobre organización y funciones de la instrucción pública que, desgraciadamente, sólo permanece como una aspiración de los que deseamos un estudio especial de este importante órgano social.

De otro punto de vista, y para aumentar la fecundidad y calidad de las lecciones, nos preocupamos de mejorar los medios de reclutamiento de los catedráticos, buscando los mejor dotados á donde quiera que se encuentren. Para esto debe preceder á la elección la más minuciosa investigación de los antecedentes y trabajos de los candidatos posibles, sin compromisos previos, y prescindiendo hasta de las más respetables recomendaciones, que deben considerarse como una presunción contraria. Mantengamos completamente despejado el acceso á las cátedras para todo talento comprobado, y toda aptitud que se destaque, por más destituida que sea de influencias extrañas. La institución de los profesores libres, al lado de los titulares y substitutos, para todo el que se sienta con vocación para ocupar una cátedra y comprobar prácticamente su preparación, es la mejor liza que puede ofrecerse á la emulación intelectual.

Que la politiquería malsana, que tanto campo tiene para satisfacer sus apetitos, deje siquiera libre al modesto recinto intelectual.



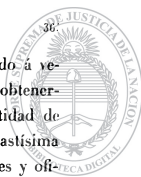
Ya que nuestra justicia social es tan deficiente para los hombres públicos; si todos son iguales ante el juicio vulgar de la masa y de sus voceros; los competentes y los ineptos, los que se equivocan y los que aciertan, los honorables y los que no lo son que dicha justicia se afirme y brille siquiera en los centros de la inteligencia á fin que lleguen fácilmente á la cátedra los que sean realmente más capaces de enseñar.

Además de la preparación es indispensable la honorabilidad intachable del profesor, no sólo para la rectitud de su juicio como examinador, sino para la fecundidad de su ejemplo, que tanto influye en el espíritu de la juventud. Las altas cualidades de inteligencia y de carácter establecen corrientes de estimación y simpatía entre el profesor y el discípulo, que debe ser considerado como un hijo intelectual, ayudándolo en sus dificultades de estudio, confortándolo con sus sanos consejos y cuidando su desarrollo, mientras el alumno debe corresponderle con el aprecio y el respeto filiales.

¡Y vosotros lo sabéis bien, jóvenes estudiantes! Aquí no hay más preocupación que la de vuestro perfeccionamiento, y la severidad, necesaria á veces, lejos de obedecer á sentimientos innobles, es por el contrario una imposición del cumplimiento austero del deber que sacrifica el placer de vuestra simpatía actual, al firme propósito de servir mejor á vuestro sólido adelanto.

Una conducta opuesta sería indigna de los directores de vuestra intelectualidad.

En cuanto á la disciplina de la enseñanza en el interior de las aulas, conviene señalar diferencias substanciales con la de otras naciones más antiguas y pobladas, para no incurrir en ciegas y perjudiciales imitaciones. Las universidades europeas están coordinadas con una escala de estudios anteriores más perfeccionados y constantes que los nuestros, que cambiamos de planes con una desastrosa frecuencia y no siempre nos preocupamos de adquirir las mayores aptitudes para la elección de los pro-



fesores. El acceso á los estudios superiores está limitado á veces por un número fijo de alumnos, cuyas plazas deben obtenerse por concurso, á que se presenta doble ó triple cantidad de aspirantes. Allá la universidad está ayudada por una vastísima colaboración de asociaciones científicas, de escuelas libres y oficiales, de autores eminentes, de libros, revistas, museos, laboratorios y campos de observación de todo género, de que más ó menos carecemos aquí. Al lado de cada profesor titular existen los agregados, los repetidores, los profesores libres que dedican á veces décadas de trabajo asiduo para alcanzar aquella alta posición intelectual, colmada de honores por la sociedad. Con tal masa seleccionada de estudiantes y colaboradores, el profesor debe limitarse á exponer su conferencia, sin ocuparse de preguntar á los alumnos, ni mucho menos de dirigirlos individualmente.

Tal sistema sería absurdo entre nosotros porque obedece á condiciones bien diversas. Si queremos que los estudiantes aprovechen de la enseñanza superior de las universidades, que es la única que poseemos, debemos preocuparnos no sólo de que traigan el minimum de preparación indispensable, sino de que sigan al profesor, adquieran ó perfeccionen sólidos hábitos de estudio y reciban estímulos poderosos que los hagan trabajar constantemente para alcanzar las mejores clasificaciones. De aquí la necesidad de la asistencia de los alumnos y de que el profesor les pregunte con frecuencia y esté siempre dispuesto á resolverles las dudas que tengan. Yo sé que en las clases muy numerosas esto es difícil, pero debe hacerse por lo menos con los estudiantes más asistentes, mientras la Facultad no posea los recursos necesarios para aumentar el número de cátedras, de manera que cada una no tenga mayor cantidad de alumnos que aquellos á quienes el profesor pueda dirigir individualmente.

¡Los recursos! Parece increíble que en un país tan rico como el nuestro, falten para que la enseñanza superior adquiriera el maximum de intensidad y eficacia.



No pretendo que para dotar debidamente á la Universidad se aumente las contribuciones ó se sancione un presupuesto en déficit; pero sí que en la confección de éste, haya algo más que el simple equilibrio aritmético y externo, pues lo substancial debe ser la distribución interna de los recursos en proporción armónica á la importancia de los diversos servicios públicos que debe atenderse con arreglo á un plan orgánico de gobierno. En la solución de este problema, que corresponde á los sociólogos y hombres de estado, con la cooperación de toda la inteligencia social, deberá considerarse también, en cuanto á la enseñanza superior, si es preferible aumentar el número de universidades incompletas y mal dotadas, manteniendo en un grado mediocre la instrucción, á contentarse con las pocas que puedan gozar de recursos suficientes para elevar su nivel y el de la intelectualidad del país. Y no me refiero sólo á los recursos pecuniarios disponibles, sino también á los científicos en cuanto al personal y los demás elementos que constituyan el ambiente indispensable para la vida lozana de tales instituciones. No hay poder gubernativo que sea capaz de improvisarlos, á donde la evolución social no los haya creado ó sugerido espontáneamente. Los amplios campos de observación, de experimentación y de estudios de todo orden, nacen, crecen y se acomodan lentamente en su propio ambiente. Están donde están, y no pueden ser transplantados. Con más vigor se desarrolla la semilla caída del árbol en suelo y clima adecuados, hasta ofrecer el mayor esplendor de sus frutos, que la sembrada y cultivada con esmero en un medio extraño. Más fácil y económico es traer el alumno al ambiente científico más favorable, que transportarle éste á su región; de modo que, no debe vacilarse en sacrificar la cantidad de institutos á la mejor calidad de la enseñanza.

No es el caso de la instrucción común, cuya primera necesidad es la multiplicación de las escuelas, para suprimir los analfabetos y que todos adquieran la capacidad de leer y observar, que

son los primeros instrumentos indispensables para llegar á la luz.

Pero en la instrucción superior es mucho más fecunda la emi-nencia de un sabio que la mediocridad de un centenar de cultos-res de la misma ciencia. Á la inteligencia mediana, como el ave pequeña, le es imposible ascender á las altas regiones, mientras que la idea superior, como el águila, si se cierne en las alturas puede, sin embargo, descender y difundirse por la publicidad y el ejemplo, fecundando á las otras inteligencias. Millones de luciérnagas dejarán siempre menos iluminado su bajo y pequeño radio, que el extenso de un poderoso fanal eléctrico colocado en la altura.

Mas todas las condiciones enumeradas serían insuficientes para la mayor elevación de la instrucción superior, sin un plan de estudios completo y bien organizado que se implante sobre el tronco de lo existente para perfeccionarlo sin destruirlo.

El plan debe ser progresivo, en el orden de su orientación é integral, de modo que todo lo clásico se enseñe y todo lo nuevo de cada ramo se conozca, aunque sea por un solo argentino que lo cultive, para que no nos falte ningún anillo de unión con la ciencia universal. Debe satisfacer, además, á las exigencias pecu-liares de nuestra propia civilización.

En el terreno de la ciencia pura, debemos afanarnos por asi-milarla sin pretender colaborar en ella, pues nuestra escasa po-blación no nos permite aún llevar la división de trabajo hasta ese grado. Nos bastará por ahora comprender en el cuadro de nuestros estudios, á todas las ciencias sociales y conocer y ejerci-tar todos los métodos de investigación.

La colaboración científica más practicable y fecunda que po-demos aportar, es la observación y descripción de nuestros pro-pios hechos y fenómenos colectivos.

Con ambas disciplinas estaremos habilitados para encaminar nuestros esfuerzos á satisfacer una suprema necesidad : la de un





rumbo y plan de sólido progreso en todos los órdenes de nuestra actividad nacional.

A primera vista, podría creerse que esta función corresponde exclusivamente al gobierno; pero el poder político no es necesariamente la sola garantía de acierto y de fuerza técnica. El orden intelectual, como los otros órdenes sociales, no se confunde con el gubernativo sino en las sociedades primitivas donde propiamente no existe diferenciación. Dicho problema, que es el más vasto y complicado que puede presentarse en la vida de una nación, pertenece á su intelecto más elevado, constituido por la más alta sabiduría y por las inteligencias disciplinadas en el culto de las ciencias superiores y en la observación profunda de los hechos sociales. Son las asociaciones científicas, oficiales y libres, las academias, todos los institutos de enseñanza superior, los grandes pensadores, los publicistas y autores eminentes, los que con aquellos elementos científicos y con la asimilación y depuración de las ideas, las aspiraciones y las necesidades de la masa social, están principalmente habilitados para la solución del trascendental problema. Los poderes políticos, en los países libres, están llamados sólo á aplicar y realizar aquellas soluciones, no por la razón de la fuerza sino por la fuerza de la verdad, paciente y sólidamente descubierta y comprobada. Lo contrario no sería más que una forma de tiranía, fallando sobre lo técnico por una simple mayoría de votos en gran parte extraños á las disciplinas indispensables para el acierto. Es mil veces preferible abstenerse de una reforma ó de la implantación improvisada de una institución, á imponerla sin que los antecedentes teóricos y concretos controlados por la alta inteligencia nacional, la hayan descubierto como una necesidad impuesta por la evolución colectiva y los mejores rumbos é ideales que ésta determina. Las funciones de gobierno son de organización y aplicación práctica, para la realización de lo que de antemano está elaborado por la selecta conciencia nacional; y las tareas políticas

y administrativas requieren otro género de preocupaciones y la atención á las exigencias de cada día, muy distintas de las requeridas por el planteamiento exacto, la preparación y la resolución de aquellos problemas.

Análogas son las funciones de la prensa diaria, obligada á im-
provisar noticias y opiniones transitorias sobre los hechos de cada día, pequeños y mal definidos, naturalmente, y destinados más bien á traducir las impresiones y aspiraciones públicas del momento. Grande instrumento de libertad, no basta seguramente como las reuniones populares, para ser órgano de la inteligencia superior, sino cuando ocasionalmente recoge sus producciones.

En la rapidez de nuestra improvisada y vertiginosa vida, no ha sido posible dividir en la forma ideal el trabajo intelectual, ni hacer un alto en nuestro progreso y preocupaciones materiales para reunir y revisar nuestros antecedentes sociales y prepararnos á resolver las cuestiones con el cultivo y la aplicación intensos de las ciencias objetivas. Solo en un momento de nuestra historia, en que estaba urgentemente planteado el problema de nuestra organización constitucional y económica, apareció como un astro en medio de las tinieblas, la eminente inteligencia de Alberdi, que nutrida desde su juventud en las ciencias sociales y en la observación de los hechos, dió en sus libros la solución que se impuso como la verdad, á la inteligencia y á la voluntad nacionales. Pero se trataba entonces de lineamientos generales relativos á aquellos dos órdenes sociales solamente, el constitucional y el económico, desde que los demás tenían tan poco desarrollo que, puede decirse que recién nacían. Después, en más de medio siglo transcurrido desde entonces, la rápida evolución social ha complicado ya de tal manera al país, en cada uno de todos sus órdenes levanta problemas técnicos de todo género, que los competentes están llamados á plantear, clasificar y trabajar concienzudamente para resolverlos.

Y ¿á quién corresponde principalmente abordarlos más que





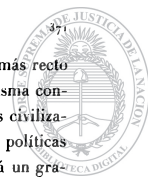
á nuestra Facultad y las otras de la misma clase, que precisamente tiene la misión de estudiar y enseñar las ciencias sociales, mucho más cuando no existen en nuestro país asociaciones e institutos particulares que de ellas se preocupen ?

Del estudio parcial de los problemas de cada orden, de la disciplina y conformación intelectual que ello produce, ha de surgir, por vía de síntesis provisoria, el rumbo general de la vida nacional y el mejor plan para realizar sus ideales, aunque tenga que corregirse y perfeccionarse en sus detalles con la experiencia de la vida, en su desenvolvimiento real.

Porque es indudable que si para la rapidez y eficacia de la más reducida acción ó empresa humanas se requiere un rumbo, consciente y deliberadamente elegido, con mayor razón es indispensable cuando se trata de la marcha armónica y vigorosa de todas las complicadas actividades de una nación, en la persecución de sus ideales de civilización y progreso. Caminar á tientas, sin el concepto claro de los fines que se persigue y de las rutas más rectas para alcanzarlos, es perder desastrosamente el tiempo y las fuerzas en continuos tanteos, en el eterno empezar sin concluir, en inextricables desviaciones y retrocesos que suelen caracterizar los movimientos de las sociedades nuevas, sugestionadas por las actividades absorbentes del desarrollo material.

Y ya que estamos en un terreno elevado é imparcial, ajenos á las preocupaciones utilitarias de la política militante y donde tenemos el deber de librar al juicio público nuestras opiniones con absoluta lealtad y franqueza, ¿ por qué no hemos de decir que aquella falta de plan y rumbo bien concebidos, disminuye visiblemente la gran velocidad de progreso á que nos dan derecho las excelentes dotes naturales de nuestro país ?

Y en esto me refiero no á un orden social ni á un tiempo determinados, sino á todas las facetas de nuestro desenvolvimiento. Progresamos, es cierto, con las fuerzas incontrastables de nuestra evolución; pero progresaríamos diez veces más si marcháramos



preocupados del programa más adecuado y del rumbo más recto para alcanzar la mayor suma de adelanto posible. La misma conclusión obtendríamos del estudio de las demás naciones civilizadas, comprobando que la inestabilidad de sus direcciones políticas y sociales, retarda su desarrollo, mientras que alcanzan á un grado maravilloso, aquellas que, como la Alemania y el Japón, persiguen planes estables, perfeccionan su técnica y agotan los recursos de ésta en todos los ramos para la mejor dirección de las diversas actividades de sus habitantes.

Pongámonos, pues, resueltamente en esa vía aunque no sea más que como orientación de las pocas fuerzas que poseemos, y habremos llenado nuestra tarea del mejor y más proficuo modo, aunque sus frutos no aparezcan perceptibles hasta que no pase el tiempo, más ó menos largo, siempre necesario para su elaboración. La organización de nuestros estudios debe responder, pues, también, á la naturaleza científica y á la peculiar de nuestro derecho, de nuestra economía y de nuestra política. Los hechos del derecho universal y la teoría filosófica del mismo, están en la historia ó en la sociología jurídica y en las teorías racionales que han presidido á la elaboración de aquellos hechos por un ideal de la justicia. Exactamente, lo mismo sucede con los fenómenos y las doctrinas económicas.

Será, pues, necesariamente incompleto todo plan que prescinda de esos dos grandes elementos de las ciencias sociales que enseñamos, y es indispensable complementarlo en sus deficiencias, dando un lugar más amplio á la historia y á la sociología jurídicas y económicas, sin olvidar al derecho racional que es en las deducciones de sus principios, arquetipo de la idea superior de lo justo.

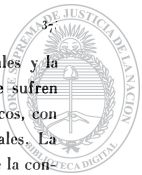
La disciplina sociológica lejos de excluir á la historia, la comprende y la extiende, preocupándose de todos los hechos colectivos y animándolos con un criterio superior que adiestra en la observación objetiva y corrige por ella las perturbaciones del



método puramente jurídico y del espíritu legista. Hasta ahora no hemos ensayado en la sociología jurídica más que el estudio rápido de los hechos del derecho antiguo hasta la Edad Media. Más, para que sea verdaderamente provechoso y se acerque á las posibles aplicaciones prácticas, es indispensable que fundemos cátedras que estudien especialmente la evolución de los hechos del derecho universal y comparado, por lo menos en sus grandes ramos de derecho público, derecho privado y organización y funciones procesales. Con este criterio deben también, estudiarse especialmente los hechos del derecho argentino, constituido por la tradición, las costumbres, las leyes y los códigos que nos rigen.

Bajo otro punto de vista y en cátedras diferentes, debemos aprender á interpretar y á aplicar nuestro derecho positivo actual, en las diversas profesiones prácticas que lo requieren. En este punto, hasta ahora, nos hemos preocupado solamente de la carrera del abogado. Las demás, como la del notariado, la diplomática y consular y la administrativa, no habían podido aún ser comprendidas en los planes porque carecíamos de los elementos necesarios; pero van á incorporarse ya á la Facultad, que extiende así las aplicaciones de su enseñanza.

Y volviendo á la necesidad de que nuestro plan corrija los inconvenientes propios del método jurídico, su formalismo *a priori* y sus normas inflexibles, por una detenida observación de los hechos concretos, de los factores que los determinan y de su evolución, recordemos que igual importancia tienen los fenómenos del orden económico. La economía política clásica, abstracta y general, tiene sus virtudes y produce los beneficios propios de su método; pero no basta, seguramente, para penetrar los secretos de la vida misma de las sociedades, que residen en el desarrollo de los hechos de producción, circulación y consumo. Fáltannos en este punto completamente las cátedras de historia ó de sociología económica. Sólo éstas pueden tener á su cargo la reu-



nión y clasificación de los hechos económicos universales y la clave de su filiación y de las acciones y reacciones que sufren en su coexistencia y coordinación con los hechos jurídicos, con los políticos y con los de todos los demás órdenes sociales. La posesión de estas dos claves, es decir, de la abstracta y de la concreta, de las doctrinas y los hechos, es una preparación indispensable para abordar el estudio especial de los fenómenos de nuestra riqueza pública y el de las principales industrias que los desarrollan.

La naturaleza de nuestro territorio fértil, extenso y poco poblado, ha impuesto á nuestra industria el carácter de ganadera y agrícola, á nuestro comercio la libertad y á nuestro interés supremo la población.

Así, los órganos de estos grandes intereses deben ser estudiados por las ciencias respectivas en su disposición y funciones más adecuadas para nuestro rápido progreso económico, que impulsará al científico, al político y en general á todos los demás. Por esto flota todavía como una ardiente aspiración la de fundar cátedras de economía aplicada á nuestras grandes industrias, la ganadera y agrícola, la comercial y bancaria y la manufacturera. Los mejores métodos de explotación y población de nuestro extenso territorio, en todos los factores y funciones correspondientes, comprendiendo los transportes, los seguros, la cooperación, las condiciones de vida y desarrollo comercial de sus órganos, de los bancos, la moneda y las sociedades y por último la posibilidad y selección de las industrias manufactureras más espontáneas y el mejor régimen práctico de comercio internacional, son apenas una parte del vasto campo de enseñanza apetecible de nuestra política económica.

No sólo, pues, hay que recoger y asimilar las teorías sino observar y catalogar nuestros hechos sociales, procurando descubrir su coordinación, su filiación y la línea de su desarrollo. Así adquiriremos mayor conciencia nacional de nosotros mismos



y prestaremos al mismo tiempo la más eficaz colaboración á la ciencia universal.

¡Los hechos! Ante la infinidad de los producidos por las sociedades de todos los tiempos y lugares, muchos lamentan cuando pocos relativamente son los bien determinados y definitivamente descriptos. La historia se rehace y rectifica constantemente, aun sobre lo que creíamos conocido, sin contar con el nuevo mundo para la ciencia social descubierto en las sociedades animales, los pueblos salvajes y el que empieza á reconstituirse con las ruinas de antiguas civilizaciones desaparecidas.

Por ésto algunos discuten la legitimidad de la sociología, sosteniendo que no puede edificarse mientras la historia como base esencial, no esté definitivamente constituida. Pero ninguna ciencia positiva ha necesitado para constituirse catalogar completamente los fenómenos de un orden natural cualquiera. La teoría va siempre al lado de la observación, por la índole del espíritu humano, y las leyes naturales están latentes dentro de cada uno como en la totalidad de los fenómenos producidos.

Sin embargo, en cualquier caso, es evidente para todos, la importancia transcendental de la observación y descripción completa de los hechos colectivos. Para constituir su historia ó su sociología, ellos son una base irremplazable de todas las ciencias sociales y de las artes de su aplicación.

¿Cómo poder interpretar una vida cuyos fenómenos no se observan? ¿Y podemos, sin conocerlos, llegar á dirigirlos?

En fin, señores, yo no sé si nuestra sociedad espera de sus universidades lo que por ahora sólo éstas pueden iniciar: la enseñanza de las disciplinas requeridas para el planteamiento y la solución teórica de nuestros problemas sociales de todo orden, que el pueblo y el gobierno están llamados á realizar.

Pero sé que nuestro deber es orientar nuestros estudios y trabajos en tal sentido, mientras llega la colaboración que las asociaciones científicas particulares, las revistas, los libros y los pu-



blicistas están llamados á prestar en un próximo porvenir con el aumento de la población y la mayor división de trabajo intelectual, como sucede en las naciones más viejas y civilizadas. Tenemos, sobre éstas, la ventaja de nuestra juventud, que nos permite aprovechar su experiencia y progresar con más velocidad.

Y entretanto, cumplamos nuestra tarea; la que nos impone nuestro ambiente y el progreso de nuestro país.

Y marchemos! asimilando la riqueza científica universal, estudiando y penetrando los fenómenos y las leyes de nuestra vida nacional, buscando las normas y líneas más rectas para acrecentar nuestra civilización, con fe, con entusiasmo, con altos ideales, con plan enérgico y constantemente perseguido, mientras los otros cuerpos del ejército del progreso, continúan acrecentando la riqueza económica.

La obra debe hervir en esta Casa, y académicos, profesores y alumnos, debemos afanarnos en adelantarla, con el estudio asiduo ya que nos ha tocado en suerte esta alta función social, de asimilar y aprender la ciencia que si impone vigiliias, es también fuente inagotable de los goces más delicados para sus cultores.

Con estos votos declaro inaugurados los cursos de 1907.

18 de marzo de 1907.





Seños rector,
Señores académicos y consejeros,
Jóvenes estudiantes :

Al inaugurar los cursos del presente año, dirijo naturalmente la vista al camino recorrido en el pasado y hallo que el programa es siempre el mismo, á punto que podría reproducir sin cambio, mi anterior discurso inaugural.

La Facultad ha llenado normalmente su misión, practicando su plan tradicional de enseñanza y absteniéndose de alteraciones fundamentales que no es posible improvisar sin la paciente preparación de todos los elementos indispensables para llevarlas á la práctica.

La ordenanza sobre asistencia se ha puesto en práctica con resultado satisfactorio, á pesar de las incomodidades materiales y de las oposiciones que suscitó su errónea inteligencia. Porque en efecto no se exige en realidad la asistencia, ni es obligatoria para rendir las pruebas de todos los años hasta terminar los estudios de derecho.

Lo único que deseamos es facilitar á los que quieren asistir, los medios de que lo hagan y de que se les reconozca.

(1) Conferencia pronunciada con motivo de la inauguración de los cursos del año 1908.



Partimos naturalmente de la base de que la concurrencia á clase es conveniente para el mayor aprovechamiento de los alumnos; si así no fuera no habría para qué costear cátedras, ni universidades y bastaría con organizar comisiones examinadoras encargadas de expedir diplomas.

La naturaleza íntima de todo ramo de los conocimientos humanos, el encadenamiento de sus ideas, su contextura armónica y su desarrollo gradual, exigen su estudio, sea ordenado por partes sucesivas, para poder alcanzar la posesión del todo hasta dominar el conjunto.

Este método está impuesto también por la limitada capacidad de la humana inteligencia : no poseemos la facultad de penetrar de un solo golpe las verdades de una ciencia cualquiera, ni la de aplicar la atención á la vez sobre todas ellas. Las unas imponen la previa inteligencia de las otras, sin las cuales las primeras resultan indescifrables.

Así no hay estudio posible, si no es por partes sucesivas conforme al orden y método de la materia que se aprende.

Tal condición se facilita evidentemente con la asistencia regular á las aulas : en éstas necesariamente se procede por partes y con un método adecuado. El alumno estudia cada día la porción proporcional á su capacidad media, y á su tiempo disponible, que constituye la lección del día siguiente. La asistencia lo estimula á no presentarse ante su maestro y sus compañeros sin haber llenado su tarea. Resiste las tentaciones de disipación, adquiere hábitos de orden y de estudio y toma verdadera afición á la ciencia.

Muy distinto es el caso del que no tiene el hábito de la asistencia : con frecuencia aplaza su estudio; no lo subdivide ni metodiza; ó lo hace muy precipitada y superficialmente, ó se impone tareas extraordinarias y abrumadoras para abreviar el tiempo que normalmente requiere la posesión real de los conocimientos como la digestión de los alimentos.

Parece increíble que haya que insistir en la enunciación de verdades tan evidentes y confirmadas por la experiencia : pero la sistemática oposición á la disciplina de los institutos de enseñanza, suele ponerlas en duda é invocar para ello una simpática palabra, la *libertad*.

Y bien! la libertad en lo que se refiere á instrucción consiste en que cada uno pueda estudiar espontáneamente dentro de la disciplina familiar y social, en que elija el género de estudios de su vocación y tenga acceso á todos ellos conforme á su organización y exigencias.

La libertad de aprender una ciencia sin orden, sin gradual proporción con la propia capacidad, se asemeja á la quimérica libertad de aprender sin estudiar.

La regla general, pues, conforme á la índole de las materias y de la inteligencia que ha de asimilarlas es la de la asistencia á clase.

Además, la guía del profesor es de un valor considerable para facilitar la inteligencia de lo que no siempre pueden penetrar los principiantes, para clasificarlo y ampliarlo y para contribuir á su visible asimilación por cada discípulo.

Y no hablo de la mayor ilustración que es natural posea el profesor y que lo habilita para enriquecer los medios de aprender, complementando los textos y dirigiendo las observaciones experimentales.

Porque basta que el profesor entienda y sepa elementalmente la materia que enseña, para que su dirección sea más útil al alumno, que el solo estudio individual de éste.

No pretendo que la adquisición de los conocimientos ó carrera que los requieren, sea vedada á los que no pueden asistir á las aulas; hay excepciones que conviene tenerse en cuenta para facilitar la mayor difusión de las ciencias. Mas para esto basta con que se admita á rendir pruebas de suficiencia á los que lo soliciten, aunque no hayan asistido á las aulas.





En ésto consiste la libertad bien entendida y así está reconocida y practicada en esta casa.

Naturalmente las pruebas deben ser proporcionadas á las circunstancias. El estudiante que ha asistido con regularidad y que ha expuesto conferencias, es conocido de su profesor y éste no necesita para juzgarlo acertadamente, las mismas pruebas que al tratarse de un joven á quien ve por primera vez cuando se le presenta á rendir examen. Iguales pruebas para los que asisten y lo que no han asistido sería una injusticia irritante y una desigualdad real, porque las pruebas de los asistentes serían mayores y dobles.

El interés de la sociedad y el bien entendido del alumno mismo consiste en que no sea aprobado si realmente no sabe.

Por todo ésto la Facultad debe procurar que los alumnos estudien y aprovechen, metódica y ordenadamente durante todo el año.

Entretanto el estudio es un trabajo y exige esfuerzos que deben ser estimulados constantemente. Hasta los sabios por vocación son alentados en su labor por las recompensas y honores sociales, sin los cuales muchas veces abandonarían la tarea.

Ahora bien; el estudiante no tiene entre nosotros más estímulo que el de la clasificación del examen de fin de año. Queda pues esta fuerza muy distante de la mayor parte del año en que debe actuar de manera que su eficacia se debilita proporcionalmente á la mayor distancia.

El alumno que empieza el curso cuenta con todo el tiempo que ha de transcurrir y generalmente se distrae hasta que aproximándose la época de los exámenes, vese obligado á improvisar una preparación superficial y de simple memoria sin profundizar ni asimilar realmente la materia.

No desconozco que hay alumnos que tienen hábitos de estudio y lo practican todo el año, pero debemos aspirar á que la mayoría sea de tal calidad.



Para lograrlo la Facultad creyó conveniente establecer exámenes escritos durante el año; pero desgraciadamente la falta de local y elementos adecuados, ha impedido ensayar esta reforma en el año transcurrido.

Hemos solicitado los recursos indispensables para compensar el pesado trabajo de los exámenes, teniendo en cuenta su considerable aumento.

También supone la nueva disciplina, que se dispone de locales adecuados, lo cual no es fácil en el actual edificio visiblemente estrecho é insuficiente. Mientras se remedia este inconveniente en lo posible, el Consejo se ha preocupado muy oportunamente de la adquisición de un terreno adecuado para levantar un amplio y cómodo edificio que satisfaga todas las exigencias de su desarrollo.

Inmediatamente se preocupará de hacer preparar los planos y demás elementos indispensables para empezar cuanto antes la construcción.

Entretanto debemos mejorar todo lo posible, preocupándonos constantemente de progresar.

El régimen de dirección individual de cada discípulo supone para su completa eficacia, que las clases tengan menor número de alumnos que en la actualidad y que por lo tanto se subdividan.

Para ésto se requiere dobles recursos que los disponibles por los presupuestos tradicionales, y se han solicitado ya de las autoridades correspondientes.

El progreso armónico de la Nación, está exigiendo mayor fomento á su instrucción superior.

Su poder económico se acrecienta rápidamente con el aumento de la agricultura y el comercio debido al de la inmigración que extiende las zonas de cultivo y la masa de producción que alimenta los cambios internos y externos.

En armonía con este adelanto material deben impulsarse el



progreso intelectual por el fomento de la instrucción en todos sus grados.

Las complicaciones de vida social en los diversos órdenes, tienen que ser previstas y resueltas por la alta cultura de las clases dirigentes so pena de arrostrar las más desastrosas consecuencias.

Conviene, pues, cuidar de la preparación necesaria para responder á esas exigencias.

En lo relativo á nuestra Facultad es tanto más justo suministrarle los recursos requeridos cuanto que las contribuciones que percibe de sus alumnos son bastante crecidas.

Los que reclaman adelantos y reformas no siempre tienen en cuenta los elementos pecuniarios y de personal que para ello se requiere. Pero ha llegado el momento de encarar con franqueza estas dificultades para que cada uno cargue con las responsabilidades que le corresponden.

Además de la subdivisión de las clases es indispensable que en cada una de éstas se cumpla realmente con el examen y la dirección individual de cada alumno y que cuando sean excesivamente numerosos se atienda siquiera á los más asistentes. Doy por esto mucha importancia á la práctica de preguntar á varios alumnos algunos puntos de la lección de cada día, sin designarlos de antemano, de modo que al entrar á clase sepan que hay posibilidad de que se les pregunte y que ésto los estimule á prepararse de antemano.

Son también útiles y concurrentes al mismo fin, los trabajos prácticos que algunos profesores han encomendado á los estudiantes.

Todo esto sería mucho más fácil y corriente, si la instrucción secundaria nos diera alumnos con disciplina, hábitos de trabajo y preparación suficiente para ingresar directamente á los estudios superiores.

Desgraciadamente no sucede así : las frecuentes variaciones del

plan de estudios de los colegios nacionales y especialmente su reducción de seis á cinco años, además de otras deficiencias de régimen y estímulo, hacen que la preparación de los bachilleres sea claramente insuficiente para abordar el estudio de las ciencias sociales.

Este hecho notorio y comprobado por la propia experiencia impuso en la nuestra, como en otras Facultades, la necesidad de complementar aquella deficiente preparación.

Dedicóse á esto el primer año en el que conforme al plan vigente hasta el año anterior, debía estudiarse, filosofía, revista de la historia é introducción al derecho.

Posteriormente y al sancionar en 1906 el nuevo plan de estudios se ha creído que el estudiante debe traer á la facultad, completa su preparación necesaria y acreditarla en un examen de ingreso sobre revista de la historia, filosofía general, literatura castellana y latín. En vez, pues, de enseñar como hasta ahora las dos primeras materias en nuestra propia casa, exigimos que se estudie antes de ingresar en ella.

Ahora bien, los colegios nacionales no tienen comprendidas en su enseñanza tres de las mencionadas materias, ni otras que son indispensables para el oportuno ingreso á las demás facultades universitarias. Para subsanar esta deficiencia, se proyecta poner bajo la jurisdicción de cada una de las universidades existentes un colegio nacional á fin de que pudiera agregarse á su plan de estudios un año más de preparación especial para las diversas carreras. En cuanto á nuestra Universidad no ha podido aún llevarse á la práctica estas reformas.

Así los estudiantes que quieran ingresar á nuestros cursos después de ser aprobados en los cinco años de los colegios nacionales, pueden estudiar los ramos complementarios en la Facultad de filosofía y letras, con la cual nuestro Consejo ha acordado lo necesario al efecto, conforme el artículo 56 de los Estatutos sobre correlación de estudios.





Si la proyectada ampliación ú otra reforma análoga en el plan de estudios de la enseñanza secundaria, contribuye á complementar la preparación, de los aspirantes á los estudios superiores, se habrá facilitado su acceso á todos los habitantes del país.

Vese por lo expuesto, cuán distantes estamos aun de haber dado soluciones definitivas á problemas fundamentales de instrucción pública aun después de medio siglo de experiencia.

La movilidad de la dirección superior por el frecuente cambio de personas y opiniones en los altos funcionarios y aun en el ambiente vulgar, es al parecer una de las causas principales de tales deficiencias. La administración requiere según estos órganos más permanentes de dirección que no estén expuestos á los cambios ministeriales, y que conserven la tradición como fuente preciosa de información y acierto. Elijanse con sumo cuidado á los directores de la instrucción; pero désele la estabilidad necesaria para que su acción tenga el tiempo de rendir sus frutos.

No nos limitamos á copiar instituciones exóticas no siempre aplicables á nuestro país y observemos mejor los fenómenos de nuestra propia vida social en sus diversas manifestaciones.

Incurrimos habitualmente en un defecto fundamental de método para nuestras reformas cuando despreciamos la observación paciente y minuciosa de nuestros propios hechos. La velocidad y preocupación dominante del progreso material nos arrastra y marea no permitiéndonos recapacitar sobre nuestra experiencia, para aprovechar sus irremplazables consejos.

Vuelvo por ésto á insistir en la necesidad de que en nuestra enseñanza se dé mayor importancia á la historia y observación de los hechos sociales de todo orden y especialmente á los jurídicos y económicos que pertenecen al campo científico de esta Facultad.

En este trabajo que preocupa al mundo sabio, tenemos su valiosa iniciativa y el capital de los cuantiosos datos acumulados y de la buena literatura que los aprovecha.



Tócanos asimilarlos y colaboran por nuestra parte, con la cuidadosa reseña y descripción de nuestros fenómenos sociológicos.

Nada sería más fecundo para festejar el próximo centenario de nuestra independencia, que la elaboración de monografías históricas prolijas y exactas de los diversos hechos colectivos de las diferentes regiones de nuestro país; de modo que su conjunto constituyera el gran tesoro de datos para la historia completa del pasado, coronada por el prolijo inventario del presente.

Los ensayos políticos en cada una de las provincias; la historia de sus diversas autoridades, generales y municipales, de su elección, de sus leyes y decretos, de su policía y su justicia oficial y social, de su instrucción y de su desarrollo financiero constituiría la faz gubernativa.

La otra faz sería la de la vida misma de la masa social bajo el punto de vista de su población, su higiene y su economía, viabilidad é industria; de su religión, instrucción, costumbres, artes y diversiones; su prensa periódica y su participación popular en la vida pública.

Esta obra debería determinar la orientación de nuestras presentes actividades y las universidades y especialmente nuestra Facultad iniciarla y cooperar en ella con el trabajo de sus profesores y alumnos.

Los primeros pueden enriquecer sus lecciones con el recuerdo de nuestros respectivos antecedentes históricos y los segundos en trabajos extraordinarios y en las tesis, ensayar monografías sobre una faz histórica de cada provincia, aunque no sea más que para indicar las fuentes de información que posea en sus archivos y otros elementos de estudio.

La determinación y clasificación de nuestros fenómenos sociales y de sus relaciones de coexistencia y sucesión, constituiría una mina inagotable de riquísimos recursos para nuestra mejor y más progresiva vida social.



Habríamos realizado, para nuestra nación, el consejo no menos profundo : *nosce te ipsum*.

Y así al estudiar una reforma legislativa, por ejemplo, procuraríamos inducir sus efectos prácticos, de la experiencia real de fenómenos análogos en nuestro propio organismo.

El frecuente fracaso de muchas disposiciones gubernativas, su constante oscilación entre los más opuestos extremos y la consiguiente paralización ó esterilidad de las respectivas funciones, tiene frecuentemente su causa en la falta de estudio y observación experimental del organismo á que deben aplicarse.

Esto supone también naturalmente la previa posesión de las respectivas ciencias sociales en su generalidad teórica.

Ellas son la preciosa luz indispensable para penetrar los secretos de la vida colectiva en su desarrollo normal y en sus desviaciones.

Al iniciar ó proseguir su estudio en el corriente año, tened presente, jóvenes alumnos, que él os ha de habilitar para las más nobles funciones de dirección social, si le prestáis la debida consagración para que sea fecundo.

Así vuestras tareas, como la de vuestros maestros, son á la vez que la práctica de vocaciones individuales, la realización de una obra de verdadero patriotismo.

Señores, quedan inaugurados los cursos de 1908.

RECEPCIÓN DEL PROFESOR ENRIQUE FERRI



De acuerdo con la resolución del Consejo Directivo, tuvo lugar el 24 de agosto de 1908, en el salón de actos públicos de la Facultad, la conferencia del distinguido profesor Enrique Ferri.

El decano doctor Wenceslao Escalante pronunció las siguientes palabras:

Señores :

El distinguido profesor y eminente sociólogo parlamentario doctor Ferri, no necesita presentación, pues lo conocéis por sus notables producciones desde hace un cuarto de siglo.

Faltábanos sólo escuchar al insuperable orador y gozar de la vida misma de los preciados effluvios de su vasta ilustración y arrebatadora elocuencia que nos ha brindado ya en sus inolvidables conferencias.

Ahora ha tenido la gentileza de visitarnos y ofrecernos su directa comunicación en una conferencia sobre « algunos puntos característicos de nuestra legislación penal ».

Lamentamos no poder ofrecerle reunidos, descriptos y ordenados, los datos experimentales de nuestras leyes represivas, la historia de sus causas, variaciones y efectos y la de los delincuentes en sus hechos, procesos, penas y resultados prácticos que darían bases preciosas para el estudio completo de la materia.

Pero esta deficiencia nos será disculpada como propia de nuestra juventud, si se considera además que la reconocemos y nos hemos puesto resueltamente en el camino de remediarla.

La Facultad de derecho y ciencias sociales, ha decidido iniciar la in-



vestigación y descripción de los hechos argentinos en todos los órdenes de su vida colectiva, y por lo tanto en todos los ramos de derecho, para que sirvan de base al acierto de las medidas de seguridad y progreso social fundados en las conclusiones de la ciencia experimental.

Os recibimos con esta noticia que os será seguramente grata al encontrarnos incorporados en nuestra enseñanza, á los métodos contemporáneos más adelantados, de que sois digno colaborador, como estoy seguro, vais á demostrarlo una vez más.

Sed, pues, bien venido y tomad posesión de esta casa, ratificándose así la confraternidad italo-argentina en el sentimiento de sus pueblos y el cultivo de las ciencias.

Al agradeceros nuevamente, vuestra valiosa colaboración, hago votos porque esta visita se repita en el porvenir y os deje el recuerdo de nuestra estimación y simpatía.

CONFERENCIA DEL PROFESOR FERRI

LEGISLACIÓN PENAL ARGENTINA (1)

Ho accettato di gran cuore l'onorifico invito, che l'illustre decano di questa facoltà ha voluto rivolgermi à nome del mio egregio collega, che insegna diritto penale, e sono lieto tanto maggiormente in quanto che, alla presenza dell'insigne rettore, dei colleghi, di voi studenti e di quanti sentono i palpiti delle affinità scientifiche mi è dato di esprimere col fatto la mia viva simpatia intellettuale verso l'Università di Buenos Aires, che nell'Argentina è il maggiore esponente della intellettualità di questo paese. Ed ho accettato di buon grado anche perchè io penso che nel mondo moderno bisogna lasciare il recinto dell'aula per cimen-

(1) Con el objeto de que no pierda la característica de su estilo hemos preferido publicar sin traducir la conferencia del profesor Ferri.

La versión nos ha sido facilitada por el distinguido director de *La Patria degli Italiani*, doctor Cittadini.

Las pruebas de esta conferencia no pudieron ser corregidas y ampliadas por el profesor Ferri, á pesar de su promesa, por haber tenido que ausentarse del país.



tarsi nell'atmosfera della vita sociale, dove gli uomini, anche se mezzanamente eruditi, trovano la pietra di paragone per spiegare i fatti scientifici che maggiormente preoccupano. Mentre gli eruditi arrischiano di perdere il senso della realtà, gli uomini di scienza cimentansi coll'ossigeno dell'atmosfera libera della vita sociale, dove al riverbero dei fatti le teorie scientifiche trovano il migliore controllo. Invece durante molti secoli la filosofia, assillata dalla speculazione astratta, si alzava beata verso il cielo, dimentica della terra, dove i destini umani si compiono.

Ho appreso con vivo interesse dalla viva voce dell'illustre decano, al quale rendo infinite grazie dei lusinghieri giudizi espressi testè a mio riguardo, come qui aliti uno spirito di sperimentalismo, che è l'aria vivificante di ogni insegnamento scientifico; ed io già avevo letto su per i giornali il piano di riforma per richiamare il pensiero degli studiosi argentini a quei metodi positivi che permettono di osservare con profitto cosa vi è di speciale nella vita argentina, per adattare a questa quel che vi è di utile e quel che vale alla vostra giovine terra argentina.

Indirizzo non nuovo questo in mezzo a voi, perchè io potrei qui ricordare molti sociologi e giureconsulti argentini i quali hanno dato l'esempio di rilevare dall'evoluzione della vita di questo popolo quello che vi è di più caratteristico; ma non farò nomi, perchè voi li amate e li stimate quanto me, e per non avere il dolore intellettuale che, dimenticandone qualcuno, mi si attribuisse a loro riguardo un giudizio di penombra, mentre io li stimo e li ammiro, perchè i loro studi sono frutto e sangue della mia dottrina e del mio cervello.

Sicchè invitato a dare una conferenza scientifica ho scelto un argomento all'apparenza modesto, invece di un tema dove si potrebbe fare sfoggio di oratoria magniloquente, mentre il rozio delle reboanti parole nulla resterebbe nel vostro cervello. Per questo ho fissato di occuparmi di alcuni punti caratteristici della legislazione penale argentina, volendo, per deferenza vostra, di-



scutere con franchezza di ciò che più vivamente interessa, per la ragione dei vostri studii, la vostra attenzione.

Fin da quando ero studente a Bologna, ov'ebbi per maestro l'illustre Pietro Ellero, sentii una predilezione per gli studii penali e per quanto mi sia dato a diversi studii scientifici, pur tuttavia sento una vera attrazione per lo studio di vostra giurisdizione.

L'Argentina offre un campo singolarissimo per lo studio della psicologia criminale, assai più caratteristico di quello della vecchia Europa, dove le razze sono soggette a trasformarsi assai più lentamente, mentre questo paese, nel continuo riversarsi delle masse immigratrici, compie un movimento di trasformazione accelerato.

Dalle statistiche io ho rilevato che qui la criminalità, specialmente quella che riflette i fatti di sangue, gli omicidi, è molto elevata. Da queste statistiche ho rilevato due caratteri fondamentali: gli omicidi, che sono il reato caratteristico, danno una percentuale rilevante; la proporzione dei reati di ferimento da una percentuale superiore a quella dell'Italia che pure, tra le nazioni civili, ne offre una elevata. È facile spiegare il perchè di questo fenomeno. L'Argentina col flusso immigratorio riceve una quantità di uomini normali che, col lavoro, provvedono ad accrescere la ricchezza del paese, ma assieme a questi arriva una quantità di spostati e di gente che sfugge dalle unghie della giustizia, di delinquenti, gente questa che forzosamente aumenta il fermento della criminalità, come accade anche nel Nord'America, dove i reati di sangue aumentano più di quanto si potrebbe prevedere. Ma qui attraversate un periodo fervido, febbrile di formazione sociale; voi non siete travagliati dalla forza d'inerzia della tradizione, che si manifesta nel fenomeno del misoneismo, cioè: dire con l'avversione del nuovo, ma invece vibrare incessantemente per tutto quello che vi è di più moderno, e tra questo equilibrio instabile, si forma un'atmosfera favorevole allo svi-



luppo sociale che acceleratamente compie quello che nei vecchi paesi europei ha bisogno di lunga elaborazione. Ora in mezzo a questo benessere sociale sviluppassi virulente il delitto contro le persone, mentre al suo paragone è infima la percentuale dei delitti contro la proprietà.

Io questo spirito di modernità l'ho inteso vibrare intorno a me nella Università della Plata, lo risento qui in mezzo a voi; anzi, per essere franco, debbo dire che, alle volte, questo amore per le cose nuove oltrepassa il segno, perchè vi spinge ad accettare riforme ed idee che mal si confanno alle condizioni del paese.

Ed io credo che se l'augurio rivoltomi dall'illustre decano dovesse avverarsi, ritornando a Buenos Aires, tra due, tre o cinque anni, troverei dei cambiamenti significativi che forse oggi non è possibile prevedere.

Ora vi è un solo rimedio, una sola condizione favorevole contro i microbi criminali: il benessere; ciò non per tanto sia per il fatto dell'immigrazione, sia per la piaga dell'alcoolismo che infetta tutti i grandi centri urbani, si produce una soprassaturazione di criminalità.

Questo il fatto; quali i rimedi?

Io in questa conferenza non sono disposto a fare la storia delle cause e a dare la formola dei rimedi, cose del resto che il vostro professore vi avrà indicato opportunamente. Mi limiterò ad analizzare i rimedi di legge penale più adatti all'ambiente argentino ed alla sua criminalità.

I PUNTI CARATTERISTICI DELLA LEGISLAZIONE ARGENTINA

M'è parso che in questa legislazione, di cui è inutile ritessere la storia, che voi già conoscete e che è sufficiente da parte mia dirvi che anch'io conosco, vi sono due progetti di riforma, che



noi in Europa abbiamo studiato ed ammirato ed in gran parte anche approvato.

So che nel vostro Parlamento un vostro deputato mi fece l'onore di citarmi, per sostenere l'idea delle riforme parziali nel campo della legislazione. È vero che io in Italia ho sostenuto questo sistema, perchè mi pare che la formazione dei codici richiede una somma di lavoro immane, per la qual cosa quando essi sono un fatto compiuto, risultano sproporzionati ai bisogni della vita sociale. Ma io non vorrei essere il gerente responsabile di un metodo che non so quanta pratica applicazione possa avere in questo paese.

In quanto a me ho avuto l'idea, l'impressione che la legislazione argentina, per quello che alla criminalità si riferisce, nel suo testo, sia inorganica, come sistema penale, la qual cosa da luogo a delle difficoltà, sicchè io auguro ardentemente che questa Repubblica abbia presto un nuovo codice ispirato alle vere e palpitanti condizioni del paese.

E allora, in previsione di questa riforma quali punti toccare?

Ho scelto quelli che sono i più palpitanti per il metodo scientifico: pena di morte; condanna condizionale, che nel codice argentino non esiste; delitto di calunnia, specialmente quello commesso per l'istrumento della stampa che esige dalla filosofia del diritto una interpretazione morale fondata sui dati psicologici.

Del resto l'ordinamento giudiziario penale è uno dei punti più interessanti da riformare nella legislazione argentina, un punto che nella pratica è di gran lunga più importante di quello che non sia la questione della pena di morte, la quale, da un secolo a questa parte, è servita a tutti come strumento facile di retorica.

Questo concetto io ho espresso in Italia allora quando formai parte della commissione incaricata della riforma del codice penale; ed essa ebbe tutta la apparenza del paradosso, mentre a poco a poco, come tutte le verità basate sui fatti, va ricevendo la sanzione generale. Io affermai che, nell'ordine della giustizia pe-



nale, per un paese è più importante il Codice di Procedura Penale, che il Codice Penale, verso il quale si concentrano tutti gli studi.

Di fatti il Codice Penale è circoscritto, è tassativo, cioè a dire che commesso il delitto non vi è che da scegliere la pena che al delinquente deve essere applicata, il Codice Penale è fatto per i delinquenti mentre il Codice di Procedura Penale è fatto per i galantuomini; cioè a dire, esso deve essere la garanzia della serietà del giudizio, per evitare gli errori giudiziari; perchè ognuno di noi può essere vittima di false apparenze, di false denunce, di lettere anonime, ecc., ed il Codice di Procedura Penale deve dare le garanzie atte a salvaguardare le libertà conquistate con le rivoluzioni d'America e di Francia.

Per dire le cose come le vedo, fermo nel lodare il buono e nel chiarire quel che di cattivo osservo tra voi, sono rimasto meravigliato che l'Argentina possieda un ordinamento giudiziario penale arretrato. La sua procedura è quasi inquisitoriale, pur non ignorando che, tra il giudizio sommario e quello plenario, v'è quello che voi chiamate « informe in voce » che darebbe oralità al giudizio, ma tutte le altre leggi tolgono questo principio di oralità al giudizio.

Ho avuto l'impressione che vi sieno troppo pochi giudici di prima istanza ed anche nelle sezioni di appello, per cui si ha un ritardo nella promulgazione delle sentenze che rappresenta un grave inconveniente.

Cesare Beccaria chiudeva il suo libro immortale sui delitti e le pene, affermando che il giudizio penale doveva avere tre requisiti: la pubblicità, la prontezza e la certezza.

Quando la impressione provocata da un delitto è forte, la sentenza che rende pronta giustizia fa opera utile e feconda. Ma se tra la perpretazione del delitto e la sentenza trascorre molto tempo, quando la famiglia della vittima e quella del vittimario hanno già subito le tristi conseguenze del fatto, quando la socie-



tà ha già dimenticato il fatto stesso, gli effetti della sentenza a nulla giovano. Ma non per nulla siamo al secolo xx; ci sembra lento il viaggiare coi treni espressi, ci sembra che il telegrafo ordinario impieghi molto tempo alla trasmissione del nostro pensiero ed invochiamo il telegrafo senza fili e poi ci accontentiamo che la giustizia penale continui col tran-tran della vecchia locomozione, e che invece del vapore adoperi la leggendaria « galera ». Ma i delinquenti sanno trarre profitto di tutti gli elementi che offre loro la civiltà, e quindi hanno un grande vantaggio sulla giustizia: la delinquenza sa approfittare della chimica per rendere meno infantili i delitti di avvelenamento: sa approfittare della fotografia per rendere migliori le falsificazioni, sa approfittare degli strumenti della scienza per deformarli a danno altrui e la giustizia resta immobile e circoscritta nei vecchi sistemi che non giovano alla società che essa è chiamata a salvaguardare, mentre facilita l'impunità dei criminali.

A me questa giustizia mi pare bene raffigurata in quella stampa francese nella quale si vede un ladro che ha rubato un sacchetto di oro e tiene vicino a sè una bicicletta, e che appena si vede scoperto da un gendarme monta in bicicletta e fila, mentre il povero poliziotto gli corre appresso inutilmente, giacchè il ladro sfrutta i mezzi moderni e quegli adopera ancora le gambe.

So che in parecchie provincie si vogliono aumentare i giudici di prima istanza, ma è inutile che io mi occupi di questo problema che già interessa la pubblica opinione argentina; voglio dire una sola parola per quello che si riferisce al giudice unico, almeno nel giudizio di prima istanza, che io ritengo cosa utilissima anche pel fatto della responsabilità, perchè quando vi è il collegio dei giudici non si arriva mai a sapere chi ha dettato la sentenza. Per esprimere intera la mia opinione dirò che io vorrei che il giudice, invece che nominato dalle autorità dello Stato, sia elettivo e rinnovabile; ma penso pure che ogni ideale scientifico deve essere bene vagliato circa la sua applicazione in un dato



paese. Debbo rilevare anche la mancanza dell'istituto dei giurati nella legislazione penale argentina, mentre l'articolo 142 della Costituzione accenna alla sua formazione. Ma a mio credere hanno fatto ottimamente a non stabilire giudizio per giurati: perchè se tutte le provincie fossero come Buenos Aires passi, ma ve ne sono di quelle che non offrirebbero le garanzie volute ed allora l'istituto dei giurati rischierebbe di riuscire favorevole ai criminali matricolati, mentre spesse volte, gli innocenti rimarrebbero impigliati nelle reti della legge.

Noi viviamo in una epoca in cui la divisione del lavoro in tutti i rami dell'attività umana è condizione imprescindibile di vita e di progresso; ebbene, mentre se vogliamo fare accomodare un orologio noi andiamo dall'orologiaio e non dal calzolaio, nel fatto della giustizia penale, con l'istituto dei giurati, ci affidiamo ad individui che possono essere buoni padri di famiglia, quando lo sono, onesti cittadini anche, ma che non conoscono assolutamente nulla di tutto quello che abbisogna all'amministrazione della giustizia.

Questo concetto volgare, che comunemente si ha, delle facoltà dell'uomo, richiama alla mia memoria un aneddoto che riguarda Newton.

Questo grande scienziato fu eletto deputato al parlamento inglese e tutti i colleghi aspettavano ansiosamente che egli parlasse, perchè erano convinti che avrebbe detto delle cose straordinarie. Ma Newton non si decideva a parlare, e tutti, meravigliati, dicevano: chi sa cosa dirà quando si deciderà a parlare. Ma Newton zittiva ostinatamente.

Un giorno, finalmente, Newton chiese la parola e tutti i colleghi si affrettarono a fare silenzio ed il Presidente della Camera, con grande premura, diede la parola all'onorevole Newton, il quale subito incominciò: era per dire, signor Presidente, che qui alle mie spalle vi è una finestra aperta che mi fastidia, e vorrei desse gli ordini perchè fosse chiusa.



Tutti i deputati che avevano aspettato, con grande impazienza, che Newton avesse parlato, restarono con la bocca aperta.

Una sola restrizione a questa teoria si impone; ed è che l'istituto dei giurati deve essere conservato pei reati politici, perchè in questi giudizi non vi è bisogno di cognizioni speciali e sono reati dove la pubblica opinione a la sua importanza diretta.

Osservo che nel progetto di riforma del Codice Penale argentino, si ha intenzione di togliere la pena dell'esilio per i reati politici, e penso che è uno sbaglio, in quanto, secondo il mio modo di vedere, penso che la pena dell'esilio sia l'unica pena applicabile ai reati politici, da non confondere con l'assassinio.

Supponiamo per un momento che qui dei monarchici cospirassero contro la Repubblica, quando voi li avrete esiliati, essi perdono il loro ambiente e diventano innocui. Il delinquente politico lavora per uno scopo che magari potrà essere sbagliato, ma che non nuoce individualmente, quindi io non approverei l'abolizione dell'esilio. Certamente tutto si può criticare a questo mondo, ed anche a favore dell'abolizione dell'esilio si possono portare degli argomenti, però bisogna farsi guidare dalla praticità per vedere quale delle due cose offre maggiore praticità.

Penso che l'ordinamento del personale giudiziario e l'aumento dei giudici potrà produrre dei grandi benefici pratici.

L'Inghilterra non ha codici, ma una foresta vergine di leggi che datano dalla « Magna Cartha », ma essa ha degli ottimi giudici, i migliori giudici del mondo, integerrimi, con una posizione politica ed economica indipendente, che sanno applicare la legge. L'Inghilterra ha pochi giudici, perchè la delinquenza ivi è limitata, ma nell'Argentina essendo grande il numero dei delitti vi abbisognano molti giudici, perchè non si produca ristagno nella pubblicazione delle sentenze.

Si comprende dunque che la questione del personale giudi-

ziario è importante, ma non è decisiva. Un giudice non deve essere un fonografo. *Lex loquens*, cioè a dire che il legislatore deve applicare la legge caso per caso, ed è il cuore del giudice, la sua umanità, che deve sapere scegliere nel codice ciò che l'atto pratico richiede. È vero che una legge cattiva interpretata da un giudice buono serve lo stesso, ma è sempre preferibile una legge buona.

Ora io trovo nella legislazione argentina prevalente la procedura scritta, ed essa nel plenario e nel sommario deve essere subito riformata, perchè nel giudizio orale vi è maggiore garanzia di quanto ne offre nella prova dei testimoni nel gabinetto del giudice spese volte solo dinanzi al segretario.

Beccaria disse che la giustizia deve essere pronta e certa per quanto si riferisce alla scoperta dei delitti, ma vi è anche la pubblicità. Ma questa non si deve intendere solo dell'ultimo atto del giudizio come vedo sui giornali argentini, perchè il fatto penale rappresenta un sillogismo, in cui la premessa maggiore è rappresentata dal delitto, il termine medio dell'istruttoria del processo e la conclusione della sentenza, ed al pubblico bisogna offrire intero lo svolgimento del processo per mostrargli come si sono prodotte tutte le fasi che danno ragione della sentenza.

Quindi io penso che l'Argentina dovrebbe in questo porsi al livello di tutti i paesi civili con la pubblicità e con la oralità del giudizio.

Il giudizio si divide in inquisitorio, nel quale prevale il segreto assoluto; in accusatorio, che si svolge interamente con la oralità, come nei paesi anglosassoni, e misto, come in Italia. L'inquisitorio che è in uso nell'Argentina, per la fretta, per la disattenzione del giudice, per i suoi preconcetti, può riuscire ad un possibile arbitrio. Ora l'atto finale, nel quale un cittadino deve essere privato dell'onore, della libertà e forse della vita, deve essere pubblico. Tutto ciò che si fa in segreto porta con se la possibilità dell'errore.





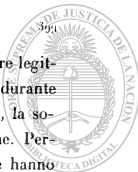
Bisogna dunque dare la maggiore pubblicità al dibattimento penale; e penso che questa condizione di cose verrà presto a trovare la debita pratica tra voi, perchè voi avete la fortuna di essere un popolo giovine, che ha dinanzi a sè un avvenire splendido e luminoso, immancabile. E per questo ho piacere di parlare in questo ambiente perchè qui, tra voi, seminando delle idee, esse fruttificano, e non capita come al seminatore del vangelo che seminava sulla sabbia ed il grano non fruttificava; qui vibra potente la vita ed il desiderio del sapere, perchè qui guardate più il sole che sorge, che quello che tramonta.

Dirò ora pochissime parole sugli altri argomenti.

Circa la pena di morte, l'influsso della civiltà nell'Argentina è tale, che poche sentenze di morte pronunziate dai giudici vengono eseguite. Questo per me è già un argomento forte; il fatto stesso della inapplicabilità della pena, dice che è inutile che essa sia registrata nel codice.

Non voglio ripetere qui tutte le discussioni che in pro e contro della pena di morte, da un secolo a questa parte si sono venute accumulando, perchè esse mi somigliano a quelle due schiere di soldatini di piombo che i bambini mettono di fronte, dichiarando vittoriosa una, piuttosto che un'altra, senza saperne dare la ragione.

In Italia, da Beccaria a Romagnosi, a Carrara, a Pessina l'abolizione della pena di morte ha trovato dei grandi fautori; ma nel nostro paese questa intensa propaganda ha la sua ragione di essere per cercare durante la dominazione straniera di salvare la vita dei patriotti che cospiravano per l'indipendenza della patria oppressa, e per questo i nostri grandi criminalisti diedero tutto il loro cervello e tutto il loro cuore a favore dell'abolizione della pena di morte, che dal nostro codice fu cancellata fin dal 1890.



Però io sono del parere che la pena di morte può essere legittima, e la prova, più che nella teoria, sta nel fatto che durante i grandi periodi di crisi, sia essa o no scritta nei codici, la società l'applica senza badare a nulla e senza commozione. Perciò molti sostenitori dell'abolizione, nell'esagerazione ne hanno indebolito l'argomento.

Noialtri positivisti, invece di stare a scervellarci per dimostrarne la inutilità, diciamo semplicemente ai sostenitori: dimostrate la utilità. Ma essi non possono farla questa dimostrazione.

Prima di partire per l'America, ho avuto il dolore intellettuale di leggere il libro col quale Lacassagne cerca di dimostrare la necessità dell'applicazione della pena di morte in Francia. Questi signori che si preoccupano della recrudescenza dei delitti di sangue che si verificano in Francia, giudicano come diceva lo scolastico del medioevo; *lumine nasi*, col naso. Perchè questo sussulto criminale ha destato la necessaria illusione che la ghigliottina sia indispensabile.

Essi dicono che i delinquenti prima di commettere il delitto, rifletteranno; però questo lo può affermare la persona onesta che sente l'orrore della legge ed è incapace di commettere il delitto. Questa riflessione la fa il galantuomo e non l'assassino, il quale si studia di sfuggire alla pena in uno od altro modo; e tutto sta a pigliare gli assassini.

Già il delitto, o è commesso nell'impeto della passione, ed in questo caso il delinquente non ha il tempo di pensare alle conseguenze del suo atto irriflessivo; e la pena di morte nessun salutare pensiero può suggerirgli. E se il delitto è premeditato, il delinquente pensa di farla franca. Ed anche da questo punto la psicologia del delinquente dice che la pena di morte è inutile.

Ma io domando ad ogni uomo onesto, che crede nella efficacia della pena di morte: avete voi visto ghigliottinare? Io, invece, l'ho vista la pena di morte nella sua applicazione, perchè da



buon seguace del metodo sperimentale ho voluto osservare tutto, e dichiaro che non avrei la forza di assistere ad un'altra esecuzione capitale, giacchè quello è stato per me il sacrificio più grande che io abbia fatto sull'altare dei miei studi scientifici.

Mi trovavo a Parigi nel 1899, in occasione del secondo congresso internazionale di antropologia criminale, allora quando doveva avere luogo una duplice esecuzione capitale. Ricordo che la sera innanzi dovevo essere presentato ad Edison, il grande genio dell'elettricità, che mi interessava conoscere per lo studio dell'uomo di genio, presentando egli, tra gli altri caratteri degenerativi, quello di una completa sordità; ed io stetti molto tempo in forse, sulla decisione da prendere, ma poi finii per decidermi ad assistere alla decapitazione dei due delinquenti.

In Francia le esecuzioni capitali si fanno in pubblico, mentre nella Repubblica Argentina si eseguiscono in segreto, e che concetto potete voi avere dello Stato che sanziona la pena di morte tra le sue leggi, mentre poi ha vergogna di farla eseguire in pubblico? A me pare che sia come un principio tacito di abolizione.

Mi levai di letto a mezzanotte ed un ispettore di polizia, posto a mia disposizione, venne a rilevarmi e ci mettemmo in cammino per la piazza della Roquette che adesso, con lo sventramento, è stata allargata.

Vi giungemmo verso un'ora del mattino e la esecuzione doveva avere luogo all'alba, come prescrive la legge. Già numerosi gruppi di persone accorrevano a prendere posto per assistere al lugubre spettacolo; erano *apaches* ed ogni sorta di malviventi, e bisogna sentire che razza di discorsi fanno quella gente; non si ascolta una parola di compassione o ribrezzo; si fanno delle previsioni sul coraggio dei condannati e si scommette per chi dei due si mostrerà più forte. Ma vi accorrono anche degli spettatori privilegiati, vi è un palco a proposito per essi, e le signore si erano private di assistere alla *soirée*, per accorrere al truce spettacolo che doveva servire loro di sforzata ai fiacchi nervi.



Deibler giunse dopo di noi, col convoglio funebre della ghigliottina, e con i suoi aiutanti si diede subito da fare per montare il terribile strumento; egli provò la mannaia sulla pelle del pollice, per accertarsi che fosse bene affilata, ed un'ora prima che i condannati fossero svegliati, la ghigliottina era bell'e pronta.

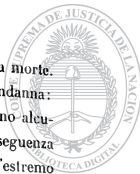
I due delinquenti erano stati condannati all'estremo supplizio per un efferrato delitto. Erano penetrati in una casa di Auteuil a scopo di furto, e dopo averla saccheggiata, si accorsero che il giardiniere si era nascosto sotto il letto per la paura di essere scoperto. Li per li non vi fecero caso e si allontanarono, ma dopo pochi passi, riflettendoci su, per la paura di una denuncia, tornarono sui loro passi, tirarono fuori il povero disgraziato e lo crivellarono di pugnate.

Allora quando andavano via con la roba rubata, incontrarono gli agenti di polizia e non avendo saputo dare conto degli oggetti che trasportavano furono arrestati e scopertosi quindi il delitto furono condannati all'estremo supplizio.

Entrammo nella prigione ed accompagnammo il direttore nella cella del primo di essi. Egli dormiva profondamente. Fu svegliato ed avendogli il direttore comunicato che la sua domanda di grazia era stata respinta, quell'uomo diventò improvvisamente verde del colore del cadavere, ed egli era moralmente morto, tanto che fu trasportato nella sala d'abbigliamento e dovette essere sorretto per essere condotto al supplizio, perchè non poteva più muoversi, ne capiva più niente.

Il compagno, invece si mostrò di un coraggio cinico a tutta prova. Accolse la notizia come la cosa più naturale di questo mondo. Non volle essere aiutato, dicendo: *je n'aurai le trac!* e quando vollero legargli le mani dietro alla schiena, essendo egli moncherino, disse scherzando: *la cosa non è tanto facile a fare.*

Quando giunse dinanzi alla ghigliottina gettò uno sguardo tutto all'intorno, come lanciando una sfida alla giustizia ed alla



società, e porse la testa alla mannaia col disprezzo della morte.

In questo modo i condannati a morte affrontano la condanna: essi vi arrivano o già moralmente cadaveri e non provano alcuna sensazione; o dando prova di un cinismo, che è conseguenza della psicologia del delinquente nato, il quale con quell'estremo coraggio lancia l'ultima sfida alla legge che non teme.

Quindi, la società non ha nulla da guadagnare con la pena di morte e mi sorprende che un uomo come Lacassagne se ne faccia sostenitore.

L'esperienza di un paese come l'Italia, dove la delinquenza omicida raggiungeva venti anni fa una cifra enorme, prova che l'abolizione della pena di morte invece di intensificare l'azione criminogena, l'ha attenuata perchè nei delitti bisogna ricercare le cause sociali ed il benessere che l'Italia ha raggiunto durante questi ultimi diciotto anni, specialmente dal punto di vista economico, il miglioramento ottenuto con le scuole, il progresso morale, parlano chiaramente in favore della diminuzione della criminalità omicida.

Sicchè penso che l'Argentina abolendo la pena di morte vorrà mettersi assieme alle altre nazioni all'avanguardia della civiltà, di modo che la pena non sia una vendetta, non sia un atto di violenza sanguinosa, ma di giustizia sociale che impone la segregazione del delinquente come si segrega il coleroso, il pazzo furioso, ecc.

Circa la condanna condizionale io penso che essa sia utile per i piccoli delitti e quindi risponde ad una riforma necessaria. Con la parola sapiente la Costituzione argentina nell'Art. 18 ha espresso la idea che le carceri non debbono servire come luogo di pena corporale, ecc. e quindi sorge la legittima conseguenza che meno uomini si mettono in carcere, tanto meno si espongono al pericolo della recidiva, ed alla scuola della immoralità.

Un'ultima considerazione circa la calunnia a mezzo della stampa. Secondo me il progetto di riforma, imponendo la prova della



verità all'accusato, non ha tenuto conto di tutti i progressi compiuti dalla scienza penale. La prova della verità non è tutto. Un individuo può fornire luminosa la prova della verità, e ciò non pertanto non cessa di essere un farabutto.

Vedete: io so che un tizio in tempi lontani, ha commesso un delitto e di questo ne possiedo la confessione scritta. Io fino a poco tempo fa ho conservato il segreto, ma dopo mi sono presentato all'individuo e gli ho detto: « O mi dai una somma di denaro o io ti accuso pubblicamente ». L'individuo rifiuta ed io pubblico l'accusa. L'individuo mi dà querela, ma io presento il documento scritto ed il giudice, avendo io raggiunta la prova della verità, mi assolve. Ah! no, quella prova della verità non mi dà il diritto all'assoluzione; io ho denunciato il fatto a scopo di ricatto, E non per rendere un servizio alla società, ed il giudice se vuole essere giusto e civile, deve tenere conto stretto di queste caratteristiche psicologiche e deve condannare me, malgrado la prova dei fatti.

Quindi non basta dire la verità, ma bisogna dirla per il pubblico bene, per uno scopo nobile e civile.

Si dice che i positivisti sono i materialisti della scienza, mentre ne siamo invece gli spiritualisti. Un uomo si vuole vendicare di un altro uomo; lo aspetta che si ritiri e gli spara un colpo di revolver, il quale per mera combinazione lo colpisce all'orologio invece che al cuore, e lo lascia illeso. Ebbene il giudice guarda che il delitto non è stato consumato, e senza badare al perchè, dice, riduciamo la pena del tanto per cento. Ah! no, bisogna guardare alla volontà che aveva il delinquente, non al fatto materiale, che contro la sua volontà ha avuto diverse conseguenze di quelle che egli si proponeva. Della delinquenza succede come la beneficenza che come principio è lodevole, ma se essa è fatta a scopo di « reclame », si propone fine egoista e deve essere riprovata.

Se la calunnia è stata lanciata a scopo immorale, anche se



provata la verità, l'individuo deve essere condannato, perchè egli è un farabutto ed un immorale. Viceversa si può non provare la verità, ed il giudice tenendo conto del fine nobile che si proponeva l'accusatore deve assolverlo.

A questo punto l'on. Ferri espone con grande semplicità il suo caso nella querela di Bettolo, nel modo più obbiettivo per provare la verità della sua teoria.

Quindi esclama: questo è il principio di psicologia penale che sostengo da 25 anni e che si va facendo largo nella pubblica opinione; non per nulla siamo nel secolo xx.

CONCLUSIONE

Vedere, sentire, studiare il palpito della vita come essa si produce nelle sue diverse manifestazioni per trarne i dovuti e pratici insegnamenti che mettono in accordo la vita degli individui con quelli della società, ecco lo scopo precipuo della psicologia criminale.

Il diritto civile poco si preoccupa del temperamento degli individui, ma il diritto penale deve sopra tutto decifrare la psiche per sapere se il delinquente sia degno di perdono, di condanna condizionata o di segregazione.

Son lieto di chiudere con questa parola serena in quest'aula dove palpita ancora il fresco ricordo della recente festa celebrata per i vostri compagni i quali, compiuti gli studi, si slanciano nella vita civile per lottare fecondamente per i destini di questo giovane popolo, e lieto di più lo sarò se le mie semplici parole troveranno nei vostri cuori e nelle vostre menti quella ripercussione serena per la quale la scienza addiventa civile strumento di solidarietà umana.



Señores académicos,
Señores profesores,
Jóvenes estudiantes :

Abrimos los cursos de la Facultad de derecho y ciencias sociales en un momento sugerente, que invita á las más profundas meditaciones. Porque será vana la instrucción abstracta de aquellas ciencias si no prepara para la precisa estimación de nuestro estado social y de los problemas que comporta.

Somos un pueblo en formación sobre un territorio que aun no hemos concluído de estudiar y conocer en sus elementos físicos y en las influencias que éstos ejercen sobre los diversos órdenes colectivos. Igual observación puede hacerse respecto á los demás factores de nuestra sociabilidad.

Y sin embargo, sólo con tal conocimiento podremos eficazmente aprovechar por completo las fuerzas favorables y contrarrestar las adversas.

La raza misma de nuestra población naciente es una cuestión compleja, y si nuestra primordial necesidad es la de aumentarla, no debemos desperdiciar la ocasión de seleccionarla en lo posible y prepararle por instituciones adecuadas un crisol que la funde bien y la constituya con homogeneidad.

¹⁾ Discurso pronunciado con motivo de la inauguración de los cursos del año 1909.



El espectáculo de los contratiempos y amargas dificultades de algunos pueblos con razas heterogéneas no refundidas, debe aleccionarnos para nuestra propia dirección.

La fertilidad de esta tierra y la benignidad de su clima, atraen grandes grupos inmigrantes que fortifican el medio económico produciendo una riqueza material que á veces nos marea.

Debemos refundirlos para que se forme un adecuado tipo nacional en el carácter y las costumbres. La organización vigorosa de la familia, del municipio y del estado; no solo con una dirección de progreso material, sino moral, científico y político, debe constituir un molde en el que al mismo tiempo que el cuerpo, se desenvuelva el alma nacional con tendencias elevadas.

Las oscilaciones que producen las avenidas inmigrantes, deben gobernarse de manera que en vez de perturbaciones desordenadas sólo produzcan un movimiento rítmico y armónico con la línea central de altos ideales nacionales.

Muy incompleto é ineficaz para el bienestar de nuestro país sería un progreso con el carácter dominante de una agrupación de simples agricultores reunidos accidentalmente desde los cuatro puntos cardinales, para producir carnes y cereales, sin vínculos entre sí, sin espíritu cívico, sin costumbres morales ni preocupaciones científicas y artísticas.

Nuestro estado político actual parecería indicar esa dirección extraviada, sino se percibiera ya aunque vaga y débilmente algunos gérmenes de reacción.

La primera condición para remediar el mal es conocerlo y no hay duda que por lo menos lo sospechamos y que por lo tanto nos hemos de colocar en la vía de su curación.

Aludo á este síncope de la vida cívica que se parece á la muerte de la república. Síntoma tan alarmante impone el estudio de sus causas y efectos, á todos los patriotas y especialmente á los cultores de las ciencias sociales.

Hace más de medio siglo que adaptamos y organizamos defi-



nitivamente la forma republicana de gobierno; para cuya eficacia es indispensable la constante acción cívica; la configuración de una democracia representada, exige la vida popular, sino ha de ser un mero fantasma imaginativo. Sin pueblo representado no cabe sino el caudillaje ó la oligarquía.

Los altos fines de un país libre han de ser llenados por la sociedad misma, garantizada en la seguridad de su espontáneo desenvolvimiento por los poderes públicos libremente elegidos y controlados.

Por ésto, además de las atribuciones políticas de los gobiernos se requiere el ejercicio de los derechos que ellos deben garantizar y que el pueblo debe practicar. Sin esta doble acción la normalidad y salud de la vida política es imposible.

Ante todo, pues, es indispensable que la sociedad ejerza sus derechos fundamentales de elegir sus representantes y que luche constantemente por vencer todos los obstáculos que se le opongan para ello.

Para ese ejercicio con la base de los derechos de reunión, de petición y de publicidad, se forman las agrupaciones políticas llamadas partidos, que discuten y estudian los problemas á resolver y seleccionan los candidatos que como representantes gubernativos han de procurar la más acertada solución.

¿Y cómo se ha de constituir esa representación si los que han de ser representados abandonan el foro de la vida pública?

Si echamos una mirada sobre los pueblos realmente libres, veremos que sin la acción de grandes partidos que recíprocamente se controlen, no es posible disfrutar de los beneficios de la libertad. Porque esta no debe ser esperada como una dádiva de los gobiernos, sino como una perfección elaborada por las propias manos de los pueblos.

Entretanto, parece que nos hubiéramos olvidado de esta ley de la vida social y relegáramos la acción cívica, como insignificante ó innecesaria para el progreso nacional.



Así estamos expuestos á encontrarnos de repente con grandes obstáculos para nuestra civilización, amontonados por nuestra indiferencia.

He aquí uno de los grandes problemas que se impone al estudio de los sociólogos y á la nación de los políticos de alto vuelo y de todos los ciudadanos patriotas. No es lugar éste de descender al nivel de los diversos círculos para criticar sus actitudes : pero con independencia de ellos y deseándoles por el contrario el acertado despliegue de sus actividades, tenemos el deber de no ser cómplices con el silencio de los problemas que impone nuestra situación.

Y si desde este punto de vista general y elevado, descendemos al examen de las actividades de las diversas partes de nuestro organismo colectivo, surgirán como por encanto los problemas sociales que se imponen al estudio.

¿ Cuáles son las causas de la imperfección de nuestra vida cívica ?

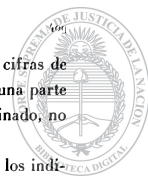
¿ Conviene acaso fortificar el cuerpo político incorporándole los elementos apartados de ella, aunque sean solidarios en la acción colectiva civil ?

¿ Nuestras instituciones han sido y son realmente eficaces ó deben acomodarse mejor y complementarse para producir mayores beneficios ?

Y en el orden científico : ¿ la instrucción pública en sus diversos grados está bien organizada ?

Y en el orden económico nacional é internacional ¿ está bien determinada nuestra orientación y bien resueltos los problemas de nuestra producción, distribución y consumo ; de nuestra circulación monetaria, de nuestras finanzas ?

La petulancia del charlatanismo populachero responderá que todo marcha como en el mejor de los mundos ; pero la observación tranquila del desvelo patriótico no se mostrará tan satisfecha.



El progreso material nos deslumbra con las elevadas cifras de nuestra producción; pero además de no ser él más que una parte de la civilización, falta saber si él mismo, mejor encaminado, no sería mucho mayor.

En todo caso no es la perfección en los pueblos ni en los individuos el mero desarrollo del organismo físico con la atrofia de los ideales y de los goces intelectuales y morales.

El cultivo de las ciencias sociales nos dará las ideas y normas de solución de nuestras deficiencias colectivas.

Mas para ello es indispensable que no se encierren en la abstracción de enseñanzas teóricas y convencionales, sino que disciplinen las inteligencias en la observación directa de los fenómenos concretos de la vida colectiva.

Tal es la aspiración de los más eminentes pensadores de las ciencias sociales, proclamando el método histórico como el instrumento más adecuado para renovarlas y desarrollarlas.

Más propiamente debe decirse método sociológico que comprende todos los órganos y funciones de la vida colectiva y no nos expone á las profundas deficiencias de la mera historia.

El estudio de todos los órganos de la sociedad, desde sus células elementales hasta los más complicados, el de las funciones respectivas en su coexistencia y sucesión coordinadas con las acciones y reacciones recíprocas y del medio físico, es el único que nos puede dar la clave para resolver los problemas que plantea.

Me refiero naturalmente á los hechos y fenómenos, no á la faz racional de los grandes principios y sus consecuencias cuyo papel transcendental queda íntegro y librado al campo deductivo de las respectivas ciencias.

Y bien: constatemos con satisfacción que nuestra Facultad no ha permanecido extraña á la novísima orientación y que desde 1900 proyectó un plan de estudios que la adoptaba y que fué sancionado rigiendo desde entonces para la carrera del abogado.



La parte relativa al doctorado quedó sin vigencia hasta que se volvió a proyectar en 1904.

Sancionóse en 1906 un nuevo plan, cuyos inconvenientes determinaron luego su suspensión no habiéndose puesto en práctica y continuando, en realidad, el de 1900 para la carrera de abogado.

Preocupado constantemente de tal problema, proyecté desde luego una reproducción de los primitivos planes de índole sociológica y la Facultad no ha dejado de mano el asunto hasta que á fines del año anterior, le dedicó largas y prolijas sesiones terminando con la sanción de un plan á desarrollar en siete años de los cuales los seis primeros se requieren para el diploma de abogado y el último para el de doctor.

El significado de este plan, como el de sus antecedentes, no ha sido dividir y separar completamente las materias requeridas para la abogacía, de las exigidas para el doctorado.

Por la naturaleza misma de ellas y por su estricta coordinación, aquella completa separación hubiera sido imposible sin grave perjuicio de los estudios y baja desastrosa del nivel intelectual de los abogados.

Por nuestros planes tradicionales, éstos han estudiado siempre no solamente los códigos de fondo y las leyes de procedimiento sino también el derecho internacional, el constitucional y administrativo, la economía política, las finanzas y la filosofía del derecho. Así su preparación les daba los elementos disponibles no sólo para las tareas del foro sino también para la vida pública.

Nuestra escasa población no ha permitido ni permite pensar en una división de trabajo estudiantil entre los abogados y los economistas y sociólogos, por ejemplo. Y esto mismo resulta más difícil si las materias complementarias para el doctorado no son obligatorias para la abogacía y quedan en realidad voluntarias para los que espontáneamente quieren aprenderlas.

La especialización de las funciones se deja librada á la evolución de cada uno, concluída su carrera, según sus aptitudes prácticas y las influencias del medio social.

Resulta así que aunque aparentemente dividido en dos partes el plan reciente para la abogacía y el doctorado, es uno en realidad, coordinado armónicamente desde el primero hasta el séptimo año el cual no comprende más que un complemento de lo que se enseña en los seis primeros.

¿Cómo podría integrarse el conocimiento del derecho como orden social y como ciencia, si el de sus fundamentos racionales y el de su evolución en los diversos tiempos y en los distintos pueblos ?

Y la economía política ¿podría ser fecunda como mera ciencia deductiva y abstracta sin el estudio del desarrollo de los hechos económicos ?

Nada diré de las finanzas como aplicación de aquélla y sobre todo como resultado de las experiencias de los pueblos en la práctica de los gastos y recursos públicos.

Y bien : la facultad al revisar su plan de estudios y complementarlo con los del doctorado, ha tomado definitivamente la orientación más transcendente y sobrepujado en su organización á la gran mayoría de las análogas de otros países.

Y lo ha hecho gradualmente y sin saltos bruscos, para que la transición sea suave y no perjudique en lo más mínimo, sino que por el contrario, beneficie á los estudiantes que han empezado en años anteriores.

Los seis años que se requieren para obtener el título de abogado son casi iguales en sus materias, á los que rigen desde 1900.

Naturalmente el nuevo espíritu ha impuesto ligeras modificaciones especialmente en el primer año que rige sólo para los que han comenzado bajo su imperio. Así, la enseñanza de la sociología se practica desde el año anterior.





La filosofía general que, encerrada dentro de los límites de un curso anual, resultaba tan elemental como la de los colegios nacionales, ha sido reemplazada por un curso especial de psicología normal, morbosa y criminal, base indispensable para abordar con provecho el estudio de las ciencias sociales.

Renunciamos, pues, á remediar las deficiencias de preparación que suelen traer los bachilleres, limitándonos á explorarla por medio de un examen de ingreso que siquiera obligue al repaso de algunos ramos.

Más de medio siglo de experiencia en la enseñanza preparatoria, no ha sido todavía aprovechada en la adaptación de un plan de estudios secundarios eficientes y firme siquiera en sus elementos substanciales.

El método de la imitación ó de las concepciones *a priori* no ha dado resultado y es urgente reemplazarlo sobre la base segura de la observación y prolija descripción de los ensayos realizados en sus causas, efectos y modalidades. Esto confirma la dirección que la facultad procura imprimir á la solución de los problemas sociales y entretanto ella confía en que sentida por todos, la necesidad de la reforma, ésta no ha tardar en producirse por los órganos correspondientes.

Tal vez pueda hacerse la objeción de que dedicamos demasiado tiempo al estudio exegético de los códigos; pero pensamos que no ha llegado aun la hora de la síntesis que debe ser precedida por el análisis que es su base indispensable.

Ella está próxima, sin embargo, porque una vez completado el estudio analítico de nuestro cuerpo de legislación, debe comenzar el ensayo de su sintética exposición, que permitirá tal vez en adelante reducir algo el tiempo que se le dedica, para aplicar el que se economice, á mayor desarrollo de las materias sociológicas.

Cuando por primera vez proyecté con los colegas que me hicieron el honor de acompañarme, un plan de estudios para el doctorado, tomé por base á la sociología como método y orienta-



ción para el estudio de los hechos jurídicos y económicos, dejando íntegro su campo al orden racional.

Dentro del organismo y funciones de la íntegra vida social, están el derecho y la economía, de modo que deben ser también considerados como parte de la sociología.

El estudio de la evolución jurídica estaba iniciado desde que en 1896 tuve el honor de fundar el curso respectivo como segunda parte de la filosofía del derecho.

Pero el tiempo disponible solo permitía exponerlo muy elementalmente hasta la Edad Media.

Para complementarlo y hacerlo más provechoso y aplicable, era pues necesario, estudiar especialmente la evolución comparada del derecho moderno público y privado, hasta llegar al estado actual de las legislaciones, comprendida naturalmente la nuestra.

Por eso figuraron en los primeros proyectos de 1900 y 1904 y figuran en el reciente plan las cátedras de « Historia comparada del derecho público moderno » y de « Evolución de las instituciones del derecho privado moderno ».

Hubiera deseado por mi parte que con el mismo criterio se denominara al segundo año del derecho procesal, reduciendo la exposición de la legislación nacional, al primer año; pero esto puede ser materia de los programas que se adopten y del criterio de los profesores.

Las cátedras de derecho administrativo comparado y de historia constitucional argentina, recientemente sancionadas, pueden considerarse como especializaciones de la de « Historia comparada del derecho público moderno ».

En cuanto al orden económico que tan creciente importancia toma como fuerza y como ciencia en el desarrollo de la civilización moderna, figuran también las cátedras más esenciales.

Enseñándose la economía clásica y las finanzas en los primeros años, era conveniente en primer término complementarlas.



aun para los abogados, con un estudio elemental de la « Política económica argentina » destinado á subdividirse y á especializarse en el porvenir con relación á los grandes grupos de las industrias comercial y de transportes, agrícola y manufacturera argentinas, examinando su evolución y sus problemas.

Pero la transformación y adelanto de la economía política contemporánea, exigen el examen de los fenómenos vitales de la riqueza pública en su coordinación y desarrollo sucesivo, como parte de la vida colectiva.

Á esto responde la cátedra de « Evolución económica general », que comprende no sólo la de las doctrinas sino principalmente la de los hechos económicos.

El orden científico y de instrucción pública esta representado también por una cátedra destinada á estudiarlo.

Resulta así que el plan de estudios de nuestra Facultad recientemente sancionado, no obstante ser gradual y no implicar cambios bruscos, está inspirado en los últimos adelantos de las ciencias sociales y puede figurar con honor entre los mejores de las universidades más notables, sin dejar por ello de ser perfectamente armónico con la índole y las necesidades de nuestro país.

Fácil le será al charlatanismo improvisador y superficial, formular críticas, pero no se fundarán ni en argumentos sólidos, ni en legítima autoridad. Y sobre todo la negación ó destrucción necesitaría para ser eficaz, la propuesta concreta de un plan mejor y más adecuado á nuestro progreso.

Entretanto hemos seguido paso á paso nuestra propia experiencia para fundar en ella la reforma, predicando con el ejemplo.

Pero la acción de la Facultad no se ha limitado á ésto para la práctica más resuelta de la nueva orientación.

Convencida de la imperiosa necesidad de iniciar nuestra historia con la exacta y prolija descripción del desarrollo de nuestras diversas actividades colectivas, principalmente en lo poli-



tico, lo jurídico, económico y científico, adoptó para ello el proyecto que tuve el honor de presentar para sacar á concurso las respectivas monografías con ocasión del centenario y subdivididas en su materia de manera que pudieran terminarse para la gran fiesta nacional.

Nada nos parecia más digno de ella, que presentarnos no solo materialmente ricos sino perfectamente conscientes de nuestro pasado, de las enseñanzas de las ciencias para aprovecharlo y con rumbos seguros para desarrollar nuestra libertad, nuestra riqueza y nuestra intelectualidad hacia los grandes destinos de civilización que debemos alcanzar con los abundantes recursos de que estamos dotados.

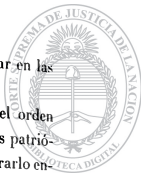
¿Qué base más segura, por ejemplo, para estimar los efectos de nuestras instituciones y sus posibles perfeccionamientos, que el estudio de su vida concreta en una experiencia secular?

Mas para la adjudicación de premios á los mejores trabajos, necesitamos recursos, de que ni la Facultad ni la Universidad disponen y por medio del digno rector de ésta, los solicitamos del poder ejecutivo presentándole todos los antecedentes para que á su vez los recabara del honorable congreso.

Desgraciadamente, el proyecto no le fué remitido á éste y me vi obligado á darle noticias de él á una de sus comisiones que tuvo la deferencia de consignar en la ley del centenario una cláusula, que sancionada, permite al poder ejecutivo ayudar á la Facultad, para iniciar aquellos trabajos, ya que el tiempo para concluirlos, aun imperfectamente, es cada día más insuficiente.

En todo caso la iniciativa no se perderá, porque responde á una imposición de nueva evolución social para abandonar el vicioso procedimiento de los eternos tanteos, de las imitaciones y copias serviles de instituciones exóticas y de las improvisaciones sobre falsas concepciones *a priori* que no tienen para nada en cuenta el organismo que pretenden curar ó perfeccionar.

Otra sanción de la facultad, inspirada en las mismas ideas ha



reglamentado y determinado los temas que se ha de tratar en las tesis para el doctorado.

Esperemos entretanto que no ha de quedar omitido el orden histórico y científico en los festejos del pasado y los votos patrióticos para el porvenir, cuando nos entreguemos á conjeturarlo entre los bellos colores de un gran pueblo feliz y enriquecido con los dones de la tierra, de la libertad, la moralidad, la ciencia y el arte.

La imperfección de nuestra vida cívica, á que me he referido antes con la falta de partidos tradicionales é intransigentes, ofrece en cambio una compensación de que el espíritu patriótico ha de aprovechar seguramente para presentar á nuestra querida patria en la más radiante luz de su horizonte.

Por lo mismo que carecemos de partidos definitivamente constituidos é intransigentes, es muy posible su confluencia en una conciliación que se proponga obtener la inscripción y sufragio de los ciudadanos y constituir un gobierno con los más competentes y experimentados, sin distinción de viejos colores partidistas, que dé garantías á todos y se mantenga elevado sobre los pequeños intereses y pasiones, seleccionando sus colaboradores y abriendo el amplio estadio de la vida cívica para que el pueblo la ejerza con la constancia y actividad propias del gobierno republicano.

Qué grandioso espectáculo ofrecería así la nación argentina entrando á la nueva centuria de independencia, como á la anhelada tierra de promisión, después del doloroso viaje.

Todos debemos aspirar á ello y trabajar cada uno en su esfera por su realización.

Estudiemos, pues, maestros y discípulos, penetremos con la paciente observación los fenómenos de nuestro propio cuerpo, conozcámonos á nosotros mismos, preparemos la organización de un cuadro siquiera para la disciplina empresa intelectual.

Que el centenario sea una ocasión para acentuar nuestra orienta-



ción transcendental y que vengan á colaborar en ella en libros, en conferencias ó cursos libres todos los que se sientan con alguna convicción útil para el adelanto de nuestra ciencia incipiente ó de nuestra civilización.

Y vosotros jóvenes estudiantes, representantes del próximo porvenir, aprovechad vuestra situación, libre de los enconos y las preocupaciones de la lucha social, para atesorar las ideas, la disciplina y los hábitos de observación y estudio, en la única época propicia, á fin de utilizarlos después como los instrumentos más preciosos para labrar vuestro bienestar y el de la patria.

Así realizaréis las esperanzas que siempre depositamos en vuestras nuevas fuerzas, los que consideramos insuficientes las propias para los grandes ideales que alimentamos, sin refugiarnos en la pereza y la inacción de un optimismo egoísta.

Que no os deslumbren los fugaces fulgores del exhibicionismo ó las artes que forjan las mistificaciones de las falsas personalidades. Sólo es duradero, digno y eficaz, el verdadero mérito como perfeccionamiento obtenido por la virtud y el trabajo de las propias manos.

Con tales anhelos tengo el honor de declarar abiertos los cursos de 1909.

18 de marzo de 1909.



RECEPCIÓN DEL PROFESOR ALTAMIRA



El profesor de Historia del derecho de la Universidad de Oviedo, señor Rafael Altamira, que vino con un propósito de intercambio de ideas entre España y los Estados Americanos fué invitado á dar algunas conferencias en la Facultad sobre los siguientes temas:

- 1° La enseñanza de la Historia del derecho en España;
- 2° Estado actual de los conocimientos en materia de Historia jurídica española;
- 3° El derecho consuetudinario en la historia y en la vida presente;
- 4° El derecho consuetudinario, el derecho racional y el popular;
- 5° Las supervivencias de la propiedad comunal;
- 6° Historia del Código de las Partidas;
- 7° La utilidad de la Historia del derecho para la educación profesional;
- 8° El sentido orgánico en la Historia del derecho;
- 9° La Historia general y las Historias nacionales del derecho;
- 10° El libro escolar de Historia del derecho.

Con tal motivo, el 21 de julio de 1909 tuvo lugar en el salón de colación de grados de la Facultad, la primera conferencia de la serie, á la que concurrieron el señor ministro de Instrucción pública, el señor rector de la Universidad, señores académicos, profesores titulares, suplentes, alumnos y un numeroso público.



El señor vicedecano en ejercicio, doctor Eduardo L. Bidau, hizo la siguiente presentación del profesor Altamira:

Señor ministro.

Señor rector.

Señores :

El intercambio intelectual que practican las universidades europeas y de los Estados Unidos, trata de extenderse, desde hace algunos años, á la América latina.

La madre patria no podía permanecer extraña é indiferente á ese movimiento, sin correr el riesgo cierto de ver amenguada su legítima influencia sobre pueblos que han heredado su sangre, su mentalidad y su lengua, que « no es sólo un conjunto de palabras, un léxico, sino una serie de ideas orientadas de un modo especial ».

Por el contrario, se aprestó á seguirlo, iniciándose por los mejores representantes de la España nueva, una activa propaganda. Entre los predicadores de estas cruzadas científicas y de beneficios recíprocos aparece en primera línea, siendo acaso el más tenaz y convencido, el autor de *España en América*, don Rafael Altamira, catedrático de historia del derecho en la universidad de Oviedo.

Á la propaganda por el libro, los artículos de revista y los discursos, el eminente profesor é historiador ha agregado la mejor de todas, preconizada por él mismo, la predicación por el ejemplo: y ha emprendido en representación de aquella universidad, su viaje á América: viniendo á nuestro país para dictar en la de La Plata un curso de metodología de la historia.

Su iniciativa, la de su país, ha sido, en el hecho, la primera realizada. Le han precedido conferencistas, varios ilustres, pero á él le cabe la suerte de ser el primer profesor de universidad extranjera, en gira de enseñanza, de enseñanza superior, por la República Argentina; y á nosotros, gracias al feliz acuerdo de la universidad platense, la mayor, de oír las primeras manifestaciones del saludable y fecundo movimiento de intercambio intelectual, que comienza de labios del señor Altamira, vale decir, de los labios sinceros de un hombre de alta inteligencia, nutrida en el estudio constante y la meditación tranquila; y en su hermosa lengua, que es la nuestra, por título hereditario, legítimo é indiscutible.



El Consejo directivo de esta Facultad, que abriga el convencimiento de la necesidad imperiosa y urgente de no omitir esfuerzo para dar á los dirigentes sociales, que cruzan sus aulas, la amplia preparación requerida por los complejos problemas que suscita el progreso nacional: que, en cumplimiento de una de sus ordenanzas recientes, acaba de obtener para 1910 las lecciones de Luzzatti y de Ferri: que reconoce tan convenientemente la introducción de capitales de ciencia, como la del metálico ó los brazos humanos, se ha apresurado á ofrecer su casa, á llamar, á incorporar, siquiera sea transitoriamente, á su cuerpo docente á su distinguido huésped, que se ha prestado á dictarnos diez lecciones sobre temas interesantes de historia de derecho.

Señor profesor Altamira: La Facultad de derecho de la Universidad de Buenos Aires se honra recibiendoos en su seno y en su nombre os pido que toméis posesión de la cátedra que os ofrece.

CONFERENCIA DEL PROFESOR ALTAMIRA

HISTORIA DEL DERECHO EN ESPAÑA (1).

Excelentísimo señor ministro,
Señor decano:

Excluyendo las palabras que se refieren á mi persona, todo lo que habéis dicho caracterizando mi misión aquí, el deseo de la Universidad de Oviedo que me envía, es tan exacto, tan preciso, se acomoda tan profundamente con lo más íntimo de nuestra preocupación, origen de este viaje, que no tendría más que repetirlo para decir lo que en este momento como introducción debo decir; pero aunque no hiciera más que repetirlo, al pasar por la expresión de mi oratoria perdería y por ésto me limitaré á referirme al recuerdo que vuestras palabras habrán dejado en el auditorio y repetir que así es efectivamente como nosotros hemos pensado que había de ser nuestra misión y como puede ser fruc-

(1) Versión taquigráfica corregida por el autor.



tífero el viaje de un profesor español á las facultades americanas.

Agradezco profundamente al Consejo de la Facultad de derecho de Buenos Aires que me haya ofrecido esta ocasión de hacer práctico uno de los motivos de mi viaje y que me haya honrado, al propio tiempo, con el derecho de ocupar durante diez días esta cátedra tan honrada por hombres eminentes.

El grupo de conferencias que voy á tener el honor de explicar forman un todo. Se refieren á la materia de historia jurídica y procuraré que cada una de ellas refleje un aspecto del problema de la enseñanza y de la manera de entenderlo, singularmente en aquello que se refiere á la posición que esa ciencia tiene en la doctrina de los profesores españoles y en la práctica de sus cátedras.

Claro es que al dar el dato de la manera cómo nosotros realizamos la enseñanza de la historia del derecho, habré de tocar necesariamente una porción de cuestiones que no son sólo nuestras, sino que son de vosotros también, que son de todo el mundo científico; y por lo tanto, lo que comenzará por una pura información llegará á adquirir, algunas veces, la categoría de cuestión científica de carácter general, de carácter abstracto.

Me ha parecido natural, puesto que ésta va á ser la orientación común de las diez conferencias, empezar por decir qué lugar ocupa la historia del derecho en nuestro plan de estudios y cómo enseñamos esa materia.

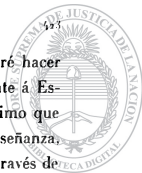
Yo bien sé que los datos que voy á ir aportando en esta conferencia tendrá un interés mucho mayor si yo pudiese ligarlos á los problemas especiales que agitan y que, muy singularmente en años que no hace mucho pasaron, han agitado á la Facultad de derecho de Buenos Aires, problemas de organización, problemas de programas, problemas sobre la manera de entender la enseñanza, en los cuales necesariamente la materia de historia jurídica y la relación de ella con otros asuntos de la misma Fa-

cultad han salido á cada paso. Sin embargo yo no podré hacer esta referencia, ni estas conexiones entre el dato referente á España y el dato referente á vuestra Facultad, porque estimo que las cosas que se refieren al concepto y al régimen de enseñanza, no se pueden aprender bien cuando sólo se han visto al través de los libros ó al través de las leyes.

La vida de una universidad es una cosa sumamente compleja en la que entran infinidad de factores que es preciso observar en vivo; y yo no he vivido todavía lo bastante, aunque lo deseo, dentro de vuestra Facultad, para poder ver todo esto con exactitud y poner en contacto, frente á frente y en referencias de realidad, las cosas españolas con las cosas argentinas. El juicio, pues, comparativo, la sugestión de aproximaciones ó diferencias, quedará más bien para vosotros; y cada uno las podrá hacer con propio conocimiento del asunto y con una exactitud mucho mayor que la que yo conseguiría. Claro es que ellas saldrán á cada paso en estas explicaciones; que realmente á vosotros os ocurrirán y quizás yo mismo las sugeriré con algunas indicaciones de pormenor que he de hacer en los momentos oportunos.

Los estudios históricos del derecho en España tienen un abo-
lengo muy antiguo. Si vosotros manejaís cualquiera de los libros que corren ordinariamente como modelo y que sirven para estudiar el derecho español, libros á los que de una manera especial y para dar orientación bibliográfica y crítica he de referirme en la conferencia inmediata, encontraréis esta afirmación repetida: los estudios de la historia del derecho en España son una creación del siglo XVIII. Eso es inexacto.

El estudio histórico, es decir, la estimación por los jurisconsultos de la necesidad de estudiar históricamente el fenómeno jurídico, es entre nosotros una cosa de la edad media. Nació como han nacido tantas disciplinas; ligado primeramente á otras que habían adquirido ya sustantividad, como un auxiliar de ellas, pero indudablemente el fondo del asunto, sobre todo el espíritu





que preside á la investigación histórica del derecho, estaba allí; y así, si registramos los tratados referentes á los derechos reales, á los derechos feudales, singularmente de los países en que había conflictos mayores de derecho como en Cataluña y Aragón, encontraremos en los autores del siglo xv frecuentes datos históricos é investigaciones sobre el desarrollo de instituciones varias. Cierto es que tales estudios no aparecen en esos libros de otro modo que como cosa puramente auxiliar, sin que se haya formado la conciencia exacta de que la historia de una institución pueda ser una cosa sustantiva é independiente (hasta cierto punto y con todas las reservas á que luego me referiré) del estudio de la institución misma tal como se nos da en el momento actual como derecho vigente, pero en esos libros es donde hemos de ir á buscar las primeras líneas y ensayos de la investigación histórica de nuestro derecho y en general, de la investigación histórica de todo derecho. Porque á la vez que nuestros jurisconsultos de derecho nacional, los castellanos, los aragoneses, etc., buscaban en antecedentes históricos la explicación, las raíces de las instituciones que debían y que tenían que aplicar como jueces y como abogados, nuestros romanistas y nuestros canonistas, por una exigencia fundamental de su misma materia, por la dirección que tomaron los estudios romanistas ligados á la historia del pueblo romano, hicieron constantes disquisiciones históricas. Así nuestros romanistas del siglo xvi y xvii y nuestros grandes canonistas que cooperaron de una manera tan intensa y extensa á la vez en la historia del derecho canónico general, todos hicieron estudios de instituciones y de fuentes.

No obstante todo ésto, la historia jurídica continuó siendo accesoria, es decir que sólo se ocuparon de ella desde el punto de vista práctico de los jurisconsultos, de las personas que tenían que aplicar el derecho y que únicamente en función de la aplicación y para aclarar en lo posible el valor de la regla jurídica, estudian sus antecedentes.



Fué preciso que llegase el siglo XVIII para que se desprendiese efectivamente de todas las demás ramas de la ciencia jurídica, la de su estudio histórico. Este desprendimiento se produjo no en el derecho romano, ni en el derecho canónico, sino en el que lógicamente había de producirse: en el derecho indígena, y se produjo merced á la reacción, tan genuinamente nacional en nuestro siglo XVIII, contra la moda romanista de nuestras universidades. contra la tradición romanista y canonista de nuestros programas, y pidiendo la entrada, con igual y aun mayor título que aquellas materias, en el programa universitario, de la legislación patria.

Estas aspiraciones como todas las que tienen un sentido nacionalista, necesaria, indefectiblemente tenían que ir á buscar sus raíces en la historia y á ello fueron llevados, incluso los que en principio no pensaron en ésto; porque fué absolutamente indispensable para la defensa del estudio del derecho indígena en nuestras universidades, que se fuese á buscar argumentos en la lucha entre la corriente genuinamente española que se había ido produciendo al compás de circunstancias muy variadas, con la corriente romanista, considerada extranjera en la mayor parte de nuestras regiones.

Así fué como nuestros jurisconsultos, á la vez que introducían en el programa de universidades el estudio del derecho indígena vigente, trataron de averiguar las transformaciones que había sufrido á través de los tiempos.

Por eso el siglo XVIII es el siglo de esplendor en lo que se refiere al estudio histórico del derecho en España, á tal punto que puede decirse, sin que haya en esto error fundamental, que la historia del derecho español, no obstante los progresos alcanzados en el siglo XIX, tiene su manifestación más pujante en el XVIII.

Sin embargo transcurre casi toda esa centuria sin que entrase en el programa de estudios universitarios la disciplina del estudio de la historia del derecho. Fué preciso que las reformas de



Godoy, hija de las doctrinales filantrópicas y educacionistas de aquel tiempo, con más ó menos influencia extranjera, se planteasen para que en los programas oficiales de comienzos del siglo xix entrase por primera vez en una universidad española y quizá también en Europa, una asignatura perfectamente definida, perfectamente sustantiva de historia del derecho.

Esta iniciativa de Godoy (naturalmente, de sus consejeros sobre todo), se perdió; su plan duró poco tiempo y la historia del derecho desaparece de nuestros programas y tardó muchísimos años en reaparecer con aquel carácter de sustantiva.

Sin embargo el camino se le iba á abrir con relativa facilidad, pero con una facilidad que al mismo tiempo iba á ser un impedimento.

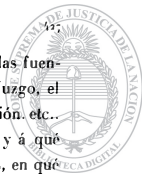
Consistió en esto : los civilistas, los que ya explicaban en nuestras universidades el derecho civil español, castellano, aragonés, catalán, valenciano, etc., se encontraron con la necesidad de dar á los alumnos un conocimiento previo de las fuentes que iban á manejar, ante la situación especial de nuestra legislación constituida, como todos sabéis, por un grupo grande de leyes muy diversas, derivadas de siglos muy distintos y á veces muy alejados de nuestra historia y en cuya composición, en cuyo engranaje y en cuyas relaciones estribaba todo el saber positivo de nuestro derecho y la posibilidad de victoria en las luchas del foro y la administración. Careciendo, pues, de un código general ó de varios códigos en que estuviesen unificadas las diversas materias jurídicas, se hacía necesaria para la educación misma de los estudiantes aclararles el camino y hacerles ver la relación entre la legislación de los visigodos, los códigos y leyes de la edad media y las más recientes pragmáticas de los siglos xvi á xviii, etc. Y así se estableció que en nuestra cátedra de derecho civil hubiese una especie de cursillo preliminar que abarcaba una parte del año primero y se llamaba historia de los códigos.

Este título caracteriza muy bien lo que aquélla era. Estudiaba

lo que ha llamado impropriamente « Historia externa de las fuentes ». Se hablaba de cómo se había formado el Fuero Juzgo, el Fuero Real, las Partidas, la Nueva y Novísima Recopilación, etc., en qué momento de nuestra historia habían aparecido y á qué necesidades respondía la publicación de aquellos códigos, en qué relación estaban unos con otros, pero no se pasaba de ahí. Se hablaba de ellos al alumno para que se penetrase de la jerarquía existente entre ellos y de la manera de manejarlos, aunque esto último fuera más teórico que real, porque lo cierto es que en la mayoría de las cátedras el alumno oía hablar de las Partidas, pero nunca tenía en las manos las Partidas.

Sin embargo de esta disminución de materia que había sufrido la historia del derecho, de esta situación subordinada al derecho civil que trae consigo otra limitación á saber : que todo lo que se decía de esas fuentes del derecho, se decía especialmente referido al derecho privado y abandonando la mayor parte de las veces el estudio de los datos relativo á las demás ramas jurídicas: no obstante esto, el período que va desde la aparición de la historia de los códigos en los primeros cursos del derecho civil hasta la creación de la cátedra actual sustantiva, es precisamente aquel en que se publican en España los manuales de historia del derecho, más leídos, conocidos y vulgarizados en el extranjero y que por algún tiempo han venido á representar nuestra única literatura en la materia; la *Historia del derecho español* de Semper y Guarinos, la célebre *Historia de la Legislación española* de Antequera, la de Marichalar, etc., etc.

Hasta el año 1883, no hubo historia del derecho diferenciada. Fué preciso que transcurriera todo ese tiempo para que nuestros legisladores volviesen al pensamiento de Godoy y continuando la tradición del siglo xviii pusiesen en práctica en muchas partes aquel programa. En 1883 se creó en las diez facultades de derecho que existen en España, las cátedras de historia general del derecho español.





Veamos con qué caracteres.

Por lo que se refiere al plan general, el legislador entendió que la creación de una asignatura que se llamase historia general del derecho representaba que los profesores de las demás asignaturas, los profesores de derecho político, de derecho administrativo, de derecho penal, de derecho procesal en sus diferentes ramas, del mismo derecho romano y de todas las materias que abraza la facultad, no tuviesen que preocuparse absolutamente para nada el proceso histórico de las instituciones y que se limitasen pura y sencillamente á explicar el derecho vigente (es decir el derecho legislativo), con objeto de que así se pudiese aprovechar mejor los cursos de que disponían y los estudiantes saliesen, dispuestos y capacitados sobre todo para la práctica profesional, con el conocimiento de la legislación positiva. Si se ahonda un poco en los motivos del decreto creador de esta materia en el año 1883, se encontrará que, bajo la apariencia de un reconocimiento científico de la historia del derecho, lo que hay sobre todo es una preocupación práctica : lo que se ha querido sobre todo es de desembarazar el terreno para que el estudiante se convierta en abogado profesional con mayor tiempo para estudiar la legislación, relegando todo lo que no tenga ese sentido á un solo curso ó asignatura.

Pero como afortunadamente los designios de los hombres no siempre se realizan á la manera como ellos lo entienden y muchas veces cuando se hace una cosa con cierta intención los resultados pueden ser completamente contrarios, el hecho real y efectivo es que la creación de una asignatura especial dedicada á estudiar las instituciones históricas del derecho español, sirvió para acrecer la importancia de esta materia, para producir la preocupación de ella en el ánimo de la juventud y para crear un movimiento en el sentido de renovación de los estudios históricos del derecho.

En punto á los límites de la materia, el legislador, al llamar al



curso, ó á la asignatura « Historia general del derecho español » entendió que había de ser una historia que abrazase todas las instituciones y todas las ramas de nuestro derecho; entendiendo por tal no sólo aquel que había nacido, cumplido y aplicado dentro del recinto geográfico de España, sino todo el derecho que en cualquier parte del mundo llevase la influencia del alma española ó respondiese á algún contacto ó dominación de España.

El campo como véis, era sumamente vasto; el profesor de la asignatura necesitaba explicar en un solo curso de ocho meses la historia de todas las ramas del derecho español, absolutamente todas y no sólo, repito, dentro de la península española, sino también en sus posesiones europeas, americanas y oceánicas.

En lo que se refiere al lugar que nuestra historia del derecho ocupa en el plan de estudios, es el segundo año de nuestra Facultad.

La cual, como la vuestra, tiene un año preparatorio, un año que se toma á la Facultad de filosofía y letras, quizá á guisa de repaso de materias que se han debido cursar en la segunda enseñanza, pero cuyo conocimiento se renueva con la supuesta amplitud que estas materias tienen en la Facultad; y digo supuesta amplitud, porque muchas veces las materias de segunda enseñanza que se repiten en la Facultad no suelen pasar de la extensión que en aquélla tuvieron.

El primer año, pues, de nuestra Facultad es un año completamente perdido en el sentido de la preparación especial del abogado y del jurisconsulto. No lo es, ó debiera serlo, por lo menos en cuanto sirve para que el alumno fortalezca sus conocimientos en cuestiones de literatura, de filosofía é historia que constituyen como el terreno ó la base sobre el cual podrá edificarse después el conocimiento estrictamente jurídico.

La educación jurídica comienza propiamente por el segundo año, en el cual se estudia el derecho romano, lo que en nuestros programas oficiales se llama « Derecho natural » y la economía



política ó economía simplemente. En el tercer año juntamente con el derecho político y con el derecho canónico, viene la historia del derecho.

Con solo esto comprenderéis que la colocación de la materia es completamente arbitraria y que exactamente lo mismo se ha podido colocar en el primero, en el tercero ó en el sexto año. Se ve que aquella colocación no ha obedecido á criterio absolutamente ninguno, porque ni está al comienzo (como hubiera podido hacer un positivista, considerando que el fenómeno jurídico es substancialmente un fenómeno histórico y variable y que debe comenzarse dando al alumno la impresión de que es así y que debe verlo en esta forma en la vida), ni aparece tampoco respondiendo á un criterio opuesto, sino que está colocado en un año completamente indiferente y que no dice nada en punto á la orientación de lo que el fenómeno histórico-jurídico puede representar para la enseñanza.

Por eso mismo tropieza con una porción de inconvenientes.

El alumno de historia del derecho en las universidades españolas carece del concepto general que ilumina la investigación de los hechos históricos, desconoce los conceptos de aquello cuya historia se le va á hacer y á cuyo conocimiento desde fuera del derecho no se le ha preparado en ningún sentido. Por lo tanto, la labor posible con un alumno de segundo año de facultad en nuestras universidades es, en la mayor parte de las veces, una labor mínima.

Aparte de la asignatura de la historia general del derecho español en la licenciatura, tenemos en el doctorado tres cátedras de asuntos propiamente históricos. Una anterior á la reforma de 1883, es la que se llama legislación comparada y su titular es, desde que se creó, uno de los hombres más ilustres en nuestra ciencia jurídica, uno de los hombres que mayor impresión han hecho en la inteligencia y en la moralidad del pueblo español, don Gumersindo de Azcárate. La materia se llama « Le-

gislación comparada »; pero se equivocaría aquel que fuese guiado por ese nombre para averiguar lo que la materia es. Cuando ella se creó, en la memoria que escribió el señor Azcárate para el concurso ú oposición á la cátedra, entendió la asignatura como de legislación comparada á la manera corriente entonces, y así para él la legislación comparada era principalmente la comparación de la historia jurídica, de la série de fenómenos según los cuales ha vivido jurídicamente la humanidad, con el ideal del derecho, entendiendo un poco este ideal á la manera de un derecho natural, es decir, dentro de la teoría dualista del derecho.

Pero hoy no es así ya la cátedra del señor Azcárate. Es una cátedra de historia del derecho con un programa sumamente variado, porque afortunadamente sus lecciones como muchas de las nuestras, son prácticamente monográficas. Cada año el profesor explica cosas distintas sin estar sujeto al grillete, que trae perjuicios para el profesor y perjuicios mayores para los alumnos, del programa uniforme, del programa constante.

Y así unas veces el señor Azcárate hace la historia general de todas las instituciones jurídicas desde los pueblos más antiguos hasta los tiempos actuales, ó toma una institución, por ejemplo, la familia, la propiedad, el gobierno, etc., y hace su historia al través de los siglos; ó bien escoge un asunto de palpitante actualidad, como, por ejemplo, el nuevo código civil de Alemania y hace un estudio comparado, propiamente comparado, entre el código civil alemán (comprendido el estudio de su génesis, de las discusiones promovidas entre las dos corrientes la romanista y la germanista, de aquel país, etc.), con las instituciones y el derecho legislado español.

Otra materia de carácter histórico que figura en nuestro doctorado es posterior á 1883 y viene á ser como un complemento de ella. Así como en la licenciatura hay una historia general del derecho que estudia las fuentes y las instituciones, en el doc-





torado hay una asignatura en que se estudia la literatura jurídica, especialmente la literatura jurídica española.

¿Qué quiere decir esto de literatura jurídica?

Si miramos al programa y á las explicaciones del profesor titular de ella el señor Ureña (á quien se deben prolijas investigaciones sobre algunos capítulos de nuestra historia jurídica, singularmente sobre la génesis y desarrollo del Fuero Juzgo), no parece más que una ampliación de la historia del derecho, porque en ella se estudian las mismas fuentes jurídicas que en la asignatura de tercer año y los mismos problemas de instituciones.

Este no es propiamente el sentido con que el legislador creó la asignatura; pero el señor Ureña no se concreta á lo indicado sino que respondiendo á la idea que expresa el título de la cátedra, estudia también en parte, la literatura jurídica científica, los autores de derecho, los jurisconsultos que han producido libros de doctrina en España en las diferentes épocas y en los diferentes pueblos que allí vivieron, por ejemplo los judíos y musulmanes y los tratadistas de los diferentes reinos cristianos de la edad media.

La tercera cátedra histórica, regentada por el señor Fernández Prida, se refiere al derecho internacional y unas veces ha sido dedicada á historia de su derecho y otras á historia de los tratados.

Con estos datos al frente, hagamos algunas consideraciones que puedan tener interés para vosotros.

En primer lugar notad que nuestra historia del derecho está absoluta y radicalmente separada de la filosofía del derecho. Son dos asignaturas independientes, son dos asignaturas perfectamente distintas.

¿Por qué? ¿Á qué obedece esto? ¿Qué es lo que esto revela?

En la mente del legislador nada más que la posición tradicional dualista del derecho natural y del derecho positivo; en la



mente y en la manera de considerar el problema muchos de los profesores modernos de filosofía del derecho, otra cosa distinta : un concepto de filosofía del derecho que considera esta posición de estudiar y de estimar el fenómeno jurídico como perfectamente sustantiva, á diferencia de la posición ó del punto de vista histórico, sin ligarse por eso, sino al contrario estar radicalmente separados, de la escuela dualista del derecho natural. Tal, por ejemplo, la manera de entender la filosofía jurídica y su relación con la historia, del señor Giner de los Ríos, profesor de filosofía del derecho en el doctorado. Por eso todos los profesores que tienen ese punto de vista, que estiman la historia del derecho como algo de valor sustantivo y distinto (aunque internamente ligado con ella) de su filosofía, no llaman á su materia, aunque la ley se empeñe en llamarla así, derecho natural; la llaman filosofía del derecho.

Segunda observación. La existencia de una historia del derecho español en nuestras universidades significa, como he dicho antes, la creación de una cátedra sustantiva, de una sola cátedra en la Facultad donde se estudia *históricamente* el derecho; y como ya advertí el legislador entendió, y lo expresó en los motivos de la ley, que los demás profesores no habían de hacer estudio histórico en su materia y que ésto quedaba reservado únicamente al catedrático de historia general del derecho.

Veamos los problemas que ésto levanta, y en primer lugar apreciemos las ventajas.

¿Qué ventaja pudiera haber en que se haga la historia del derecho separadamente del estudio especial de cada una de sus ramas ?

Á mi ver estas dos :

1.^o Llamar la atención especialmente sobre el asunto.

Puede ésto á veces no ser real, no obedecer á la situación efectiva que las cosas tienen en la actualidad, pero es siempre un recurso pedagógico de eficacia: cuando se quiere que la gente se



fijs en una cosa, es preciso realzarla, abultarla. El desprendimiento de la parte histórica que indisolublemente va unida á la parte que suele considerarse como no histórica (el derecho vigente), hace que la atención del alumno se fije de una manera especial en aquel punto y que estime el valor y la importancia que tiene la consideración histórica del fenómeno jurídico.

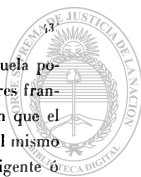
2º La otra ventaja es esta : una historia general del derecho español permite apreciar en conjunto y orgánicamente, la relación histórica de las diferentes instituciones, que no se apreciaría bien, que el alumno no podría estimar completamente, si fuese viendo la historia particular de cada una de las instituciones en la asignatura correspondiente. Es como una llamada de atención hacia el conjunto, hacia la relación interna que hay entre las diferentes instituciones.

Pero contra esta manera de entender la historia del derecho, arrancándola y haciendo de ella una materia completamente distinta de las demás y recluyendo las otras asignaturas en la explicación del derecho positivo vigente, hay otras, cada una de las cuales representa una posición nueva del problema.

Hay la posición completamente opuesta y la posición armónica. La posición opuesta á la consideración de la historia del derecho como una rama aparte, como asignatura independiente de las demás, hace que el estudio de todas las instituciones jurídicas se haga históricamente ; que se aprecie el fenómeno jurídico como una cosa que está siempre dentro de la historia y en perpetua historia y en el cual, por lo tanto, el momento actual no es estático, sino tan dinámico como el que llamamos *pasado*, no es más que un momento en un proceso de transformación.

Puede este punto de vista significar lo siguiente :

1º La substitución del estudio histórico aparte ; es decir, la negación que pueda existir real y científicamente una cátedra que se llame historia del derecho aparte y desligada de cada una de las ramas de la materia jurídica. Esta es la posición que toman



los savignianos, los jurisconsultos que derivan de la escuela positivista italiana, la que adoptan por ejemplo los profesores franceses, Saleilles, Apletan, etc., los cuales todos entienden que el momento apropiado del estudio histórico del derecho es el mismo en que se estudia su estado actual ó sea, el derecho vigente ó positivo, para no romper la interna unidad de la vida jurídica, desde su comienzo al instante actual;

2ª La otra posición es complementaria y así la estima, por ejemplo el profesor alemán Fischer, el cual afirma que la historia del derecho es y debe ser una cosa aparte de la dogmática jurídica que es lo importante para la formación de los profesionales en la Facultad de derecho; pero esto no excluye que en la educación de los juristas prácticos entre una preparación fundamental de historia del derecho, necesaria para la interpretación de la ley, como también para distinguir en el derecho vigente en cada país los elementos que proceden de tiempos antiguos (y que son en realidad ramas muertas en el árbol de la vida jurídica del derecho), para separarlos y dejar desligada de lo viejo y opuesto al progreso la orientación del derecho.

Tercera observación. Nuestra asignatura es una historia del derecho nacional y salvo la cátedra del señor Azcárate no tenemos ninguna asignatura que estudie la historia general del derecho. Lo mismo ocurre en la enseñanza francesa, en la italiana, en la forma alemana antigua.

Frente á esta posición está aquella que considera preferentemente la historia del derecho general; es decir, la historia del derecho humano en todos los países, en todos los tiempos y exclusivamente así lo estudia, dejando en segundo término ó no llegando á tocar el derecho nacional; ó la que alía las dos cosas y estudia lo que se llama la evolución general del derecho en la historia humana y juntamente la historia del derecho nacional.

Así, por ejemplo, vosotros en vuestra Facultad de derecho dirigis atención preferente á la historia general del derecho vista



como una segunda parte de la filosofía del derecho y descuidáis la historia del derecho nacional, de la que no existe cátedra, aunque en algunas que no llevan ese nombre la iniciativa personal del profesor introduzca el estudio histórico de vuestras instituciones y sus precedentes; mientras que en La Plata, v. gr., existe cátedra de historia del derecho argentino.

Alemania, con esa riqueza extraordinaria de formas que tiene sobre la base de la flexibilidad que le da no sólo la cualidad de su pensamiento científico, sino la forma monográfica de todos sus cursos, posee ambas cosas.

Gierke, el gran civilista representante del germanismo antiguo, explica historia del derecho germánico, como Brunner, al paso que Kohler y otros profesores explican historia general del derecho, ya en la forma que llaman prehistoria jurídica, ya en otra forma, pero abrazando el conjunto de las instituciones de todos los pueblos tomando monográficamente año tras año diversos puntos de estudio. Hay otra posición también que á veces se alía con ésta y es la de existir una asignatura en que se estudia en conjunto la historia del derecho general ó la historia del derecho nacional y cátedras especiales de historia de una rama del derecho, por ejemplo la historia del derecho público y la historia del derecho privado, que existen hoy en vuestro doctorado, y la historia constitucional argentina que aquí tenéis también en ese período y La Plata en el primer año. Esto existe igualmente en Inglaterra, en los Estados Unidos, pero con esta característica singular : ordinariamente las cátedras especiales de historia de una rama del derecho no están en la Facultad de derecho sino en la Facultad de filosofía y letras, las cuales con una tradición que debe empezar á hacernos sonrojar, han hecho más historia del derecho que los mismos jurisconsultos. No hay que decir que entre estas materias el derecho romano aparece ya en todas las partes donde la ciencia no está cristalizada, como una materia que se estudia históricamente, haciendo ver aquel

derecho no en la forma estática en que se presenta en los códigos de Justiniano, sino como una cosa viva en la evolución constante porque ha pasado.

Por último, existen también países en los cuales se estudian cursos de historia del derecho extranjero en forma monográfica y así se pueden encontrar en muchas universidades de Inglaterra y de Estados Unidos y en escuelas francesas de materia política y social.

No quiero sacar las consecuencias que de todo ésto salen; sólo quiero plantear los problemas para que de aquí resulte en vosotros el juicio de vuestra manera oficial de entender la historia del derecho y también el juicio de comparación entre vuestra manera de entender este asunto y la nuestra.

Vengamos á nuestro modo de enseñar.

¿Cómo enseñamos la historia del derecho español y cómo la estudiamos?

Claro es que á ningún profesor que esté medianamente enterado de la asignatura y de lo que significa el fenómeno jurídico puede pasársele inadvertido que sería imposible que sus alumnos entendieran la historia de las instituciones nacionales sin hacer referencias continuas á la historia de aquellas mismas instituciones en los demás pueblos, porque el hacerlo así sería contribuir á la idea errónea que supone que cada pueblo vive aislado y completamente independiente de los demás, en vez de ser, como es constantemente un producto de influencias que recibe de todas partes. El completo conocimiento de la mayor parte de las instituciones, y cuando se refiere á los orígenes históricos de cada una y á la significación que tiene en el concierto general de la civilización, suele venir del estudio de ellas en pueblos extraños y no del estudio exclusivo en uno solo.

Por eso, comprenderéis que los profesores españoles de historia general del derecho español que tienen conciencia de lo que significa su enseñanza, han de hacer referencias y compa-





raciones constantes con la historia del derecho general de la humanidad y por lo tanto tienen que llevar al paso de la historia especial del derecho patrio, estudios especiales de historia general del derecho.

Aparte de esto, ¿cómo entendemos nosotros la historia del derecho?

Ordinariamente se mantiene entre nosotros, en nuestras cátedras y en nuestra literatura jurídica, la distancia entre la historia interna y la historia externa y la mayor parte de las veces también en nuestros libros y en nuestras cátedras no se hace más que historia externa. Por lo que se refiere á la apreciación del fenómeno jurídico como un fenómeno de la vida humana, la posición clásica, tradicional entre nosotros, es considerarlo como una cosa abstractamente desligada del resto de la vida, que puede explicarse y se explica en sí misma y sin salir de ella: pero la corriente moderna, la representada por el elemento joven del profesorado, tiende por el contrario á darle un sentido sociológico al estudio de la historia del derecho, mirando este fenómeno como uno de tantos que se producen en la vida humana, que tiene sus raíces y su cauce y al mismo tiempo produce su influencia en todos los demás en que se va determinando la complejidad del espíritu social.

En cuanto á su intención pedagógica, hay un problema grave planteado en todas partes, y es este:

La historia del derecho lo mismo que cualquiera otra materia que se estudia en la Facultad de derecho, ¿para qué se estudia? ¿En cuanto sirve exclusivamente para el jurista, para la educación de su mentalidad y de su propósito la mayor parte de las veces puramente profesional, ó también, preferentemente, para formar verdaderos científicos, desinteresados cultivadores de ella?

Á mi juicio, para que produzca todas las utilidades de que hablaré otro día, á los abogados, legisladores, jurisconsultos, políticos, y también para procurar la formación de un grupo de

investigadores del derecho, para formar en una palabra, historiadores del derecho cuyo propio sitio de formación es la Facultad.

La cuestión, como comprenderéis, está completamente ligada con esta otra fundamental de lo que deben ser las facultades de derecho : si simples laboratorios para crear abogados con todas las salidas que el título puede tener, con todas las direcciones que en la vida puede tomar, ó centros de vida científica independientemente de la determinación práctica de la profesión.

Es claro que aquí no voy á discutir el problema en términos generales; pero todos saben que es un problema puesto en la vida en todas las naciones, en todas las universidades y respecto del cual la contestación suele ser muy diferente, según quien la da.

No hay para qué decir que el historiador del derecho, el hombre que estima que hace falta la investigación histórica del fenómeno jurídico y cree que, independientemente de la manera como se concibe la relación interna del punto de vista histórico con todos los demás que puede tener el fenómeno jurídico, hace falta que existan especialistas para su investigación, ha de tender á constituir la cátedra en un centro de investigadores para el día de mañana. Pero frente á éste surge la dificultad que ya Larnaud, profesor francés, expresaba hace años. Advierta usted, me decía, que no hay derecho á obligar á un alumno que está pensando en su título de licenciado para aplicarlo inmediatamente á una dirección profesional en la vida, á que dedique tiempo á estudiar una materia que inmediatamente no sirve para su formación profesional.

Aparte de si sirve ó no (lo que, repito, hemos de discutir otro día), lo cierto es que se encuentra una resistencia en la masa escolar para interesarse en un materia sobre la que tiene la preocupación de que no le sirve absolutamente para nada: y sin embargo la necesidad de que haya investigadores del derecho.





de que haya quien continúe científicamente la labor en ese sentido, es absolutamente indispensable.

¿Dónde se van á formar? ¿Hay lugar más propio que la cátedra de la historia del derecho?

La solución, afortunadamente, creo que es más fácil de lo que parece á primera vista. Sabido es, el ejemplo se repite continuamente, que muchas veces problemas que en la vida parecen difíciles de realizar, son algo como el huevo de Colón; y á mi entender, en lo que respecta á esta cuestión hay algo de eso.

No hay derecho á suprimir la posibilidad de que se produzca una corriente entre el elemento intelectual joven dirigida hacia el cultivo del estudio de la historia del derecho. Hay por el contrario, que abrirle el camino; hay que darle condiciones para que estas corrientes se manifiesten, para que puedan dentro de la Facultad, encontrar un sitio donde formarse y desarrollarse y ese sitio no puede ser sino la cátedra de historia del derecho.

La manera de no estorbar al resto de los alumnos que no piensan en ello es crear, no la libertad para cursar la historia del derecho (lo que haría que la mayor parte de los alumnos no cursasen esta materia y que los beneficios que ella puede producir se perdiesen para la formación científica de los futuros jurisconsultos), sino especializar con el grupo de jóvenes que se puedan interesar en ella, ó mediante la creación de los seminarios, de los grupos de investigadores que, apartándose de toda idea de aplicación práctica del dato científico, van de una manera perfectamente desinteresada en busca de la verdad...

Se enlaza ésto con el último punto de que quiero tratar esta tarde.

¿Qué procedimiento seguimos en la enseñanza de la historia jurídica?

Legalmente, nosotros estamos sujetos á la lección y al programa completo. La legislación nos pide expliquemos un programa de historia del derecho y que demos esta enseñanza en forma

de lección, en forma de conferencia ó sea sencillamente sentado en nuestra silla y pronunciando todos los días una conferencia; el que pueda saber que quepa y el que pueda entender que entienda, reduciendo al alumno á la tarea de un escuchador que no escucha y recibe cosas que más cómodamente puede estudiar en sus casas con un libro ó con varios libros.

Claro es, señores, que afortunadamente por encima de la ley está la libertad de los hombres; y como tendré ocasión de decir algún día, nuestra cátedra, contra todo lo que puede pensarse, es la más libre del mundo. No hay rey más rey dentro del dominio de su actividad que el profesor español, y así nosotros, á pesar de la ley, no explicamos el programa completo, sino que hacemos siempre que podemos cursos monográficos.

Al contrario de lo que exige la ley, la corriente que se inicia en nuestra enseñanza es ésta: dejar cada día más la formación de lo que diríamos el conocimiento general de la materia que puede abarcar la historia del derecho á la preparación particular del alumno, por medio de un manual que se puede encontrar en cualquier parte y se puede estudiar perfectamente en nuestras casas, y ahondar en materias especiales explicando cosas diferentes cada año, en la seguridad de que con el estudio monográfico de cada uno de los asuntos especiales se capacita mejor el alumno para el resto de la materia.

Chocamos nosotros con una dificultad grande y es que carecemos de libros de historia del derecho español, asunto que será el tema de la conferencia próxima. Hemos tratado de salvar esta dificultad; pero la mayor de todas en lo que se refiere al programa completo no está en la ley, sino en el público, en los padres de familia y en el alumno mismo, el cual acostumbrado en nuestro país (y creo que esto pasa también en todos los países latinos) á esperararlo todo de lo que recibe del maestro, del profesor, protesta de que no se le da la materia completa, sin pensar que él debe ser un colaborador activo, que ponga de su parte





algo más de lo que recibe del profesor. Al padre de familia que nos viene con esta embajada : «usted no ha explicado el programa completo », se le podría contestar : « ¿ Cree usted que en una hora de cátedra su hijo va á aprender lo que sólo se asimila á costa de mucho estudio ? ¿ Cree usted que es esa la función propia del estudiante ? ¿ Cree que pueden considerar logradas las consecuencias prácticas para su vida y para su patria en una dirección determinada, con sólo asistir á clase y escuchar ó hacer que escucha sin aplicar las mejores energías de su inteligencia á su propia educación científica ? De ese modo pasivo de concebir el trabajo del estudiante proceden todas las exigencias y no hay poder humano que logre meter en la cabeza de un padre (que es una de las cosas más resistentes á la convicción cuando se trata de sus hijos) que un joven no sabrá más historia porque estudie y sepa unas lecciones que, como aquellas monteras de Sancho, sólo sirven en su forma reducida para tapar los dedos.

Y nosotros hemos substituído todo ese andamiaje antiguo por trabajos prácticos los cuales pueden tener estas dos formas : el trabajo práctico fuera de las clases en los seminarios, ó laboratorios y el de las clases.

Yo he vacilado mucho tiempo antes de ser profesor entre esas dos formas, pero la experiencia de la cátedra me ha enseñado que el trabajo práctico se puede hacer tanto en las clases, como en los seminarios ó en los laboratorios, á condición, en cuanto á los primeros, que las cátedras universitarias tengan número reducido de alumnos, porque no se puede trabajar con un gran número, so pena de estar hablando delante de un rebaño absolutamente pasivo en el que no se podrá establecer jamás comunicación entre el profesor y los alumnos por más deseos que haya de parte de los dos. Me he convencido de que, en las condiciones apuntadas, el trabajo práctico se puede hacer dentro de la clase y que lo educativo y pedagógico es hacerlo así; pero hay que convenir todavía á las gentes de que no existe en buena pedagogía

una diferencia esencial entre la enseñanza y la investigación y de que no se enseña mejor cuando se expone la ciencia delante de un auditorio pasivo, que cuando el alumno la obtiene por propio esfuerzo, sino todo lo contrario.

Por eso nosotros ponemos en manos del alumno la fuente de la historia jurídica y les obligamos á estudiarla en nuestra presencia, y á que verifique investigaciones en colaboración con sus compañeros; y cuando notamos dedicación espontánea en un grupo de alumnos y vemos que ese grupo se interesa especialmente por la ciencia histórica hacemos una segunda clase aparte á la cual llamamos á la alemana, con un poco de inmodestia, seminario. Los resultados y trabajos del seminario de historia jurídica y economía de Oviedo, han sido publicados en los anales de la universidad.

Tal es, señores, lo que significa y la manera cómo entendemos nosotros la historia general del derecho. Repito que toda la serie de cuestiones que de aquí nacen y que se enlazan con vuestras preocupaciones pedagógicas y con la preocupación humana general del asunto, yo la libro á vuestra consideración.

Después de todo, aquello que puede pedir, á lo que puede aspirar más un profesor es á que cuando los oyentes salen de la cátedra no piensen inmediatamente que se han descargado de un peso terrible, no procuren olvidar lo que han oído, no sientan el afán de la diversión como un penado que recobra la libertad, sino que salgan discutiendo sobre el tema tratado, con la inquietud del problema visto, ya lo estimen como el profesor, ya de una manera contraria á éste.





RECEPCIÓN DEL D^r CARLOS H. SHERRILL

MINISTRO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMÉRICA



El 5 de octubre de 1909, tuvo lugar en el salón de grados de la Facultad y ante una numerosa concurrencia formada en su mayor parte por los universitarios, cuerpo diplomático y profesores de la Capital, la conferencia del excelentísimo señor ministro de los Estados Unidos de Norte América, doctor Carlos H. Sherrill.

El señor vicedecano en ejercicio, doctor Eduardo L. Bidau, hizo la siguiente presentación del señor Sherrill.

Señores ministros,

Señores .

Para satisfacción de los nobles anhelos de extender el movimiento de las ideas y de encaminar el pensamiento de los alumnos de esta casa, abriendo cada día horizontes más vastos, la Facultad de derecho tiene la suerte de agregar esta tarde á la palabra de los profesores europeos que han ocupado sus aulas en los últimos tiempos, la del señor C. Sherrill, abogado y publicista distinguido, que representa dignamente en nuestro país á la gran república del norte.

Su ilustración, la deferencia que su presencia aquí implica y el alto ejemplo que nos da de democrática llaneza y franca despreocupación por las formas solemnes y el ritual, constituyen para nosotros, con preeminencia del asunto y de su desarrollo, una interesante novedad.

Ha querido hacerla más agradable, eligiendo con singular acierto y oportunidad su tema.



Nos va á hablar, en vísperas del centenario de la Revolución de Mayo y de la reunión en Buenos Aires de la Cuarta conferencia americana del panamericanismo: pero no del panamericanismo como propósito de las cancillerías, como aspiración de los hombres del nuevo mundo o como doctrina internacional, sino de lo que él significó ó significa para tres personalidades: Mr. Clay, que en 1818 abogara casi sólo por el reconocimiento inmediato de la independencia de las colonias españolas; de Sarmiento, que acordaba á los Estados Unidos el derecho de «guardar el arca santa de un mundo nuevo y de proteger á los cristianos de occidente que ensayaban desprendidos de todo vínculo la organización de la república», como él lo decía: y, por último, de Mr. Root, cuya voz varonil y sincera resonara en Río de Janeiro y Buenos Aires haciendo resaltar los beneficios que de la unión y de la concordia recogerían las repúblicas americanas en su marcha solidaria.

En nombre del consejo directivo de esta Facultad, agradezco al señor Sherrill vivamente el concurso que presta á la obra educativa en que estamos empeñados, y le cedo con mucho placer el uso de la palabra.

CONFERENCIA DEL DOCTOR CARLOS H. SHERRILL

PANAMERICANISMO

DE HENRY CLAY, PRESIDENTE SARMIENTO Y ELIHU ROOT

Señores universitarios:

Aprecio en todo su alcance el honor que la Facultad me ha dispensado al invitarme á dar una conferencia ante la Universidad de Buenos Aires. Este honor entraña el deber de hablar teniendo en vista algún fin bien meditado y útil. Cuando un extranjero está á punto de dirigir la palabra á los estudiantes de una distinguida universidad que cuenta con cinco mil alumnos y que, además, es un factor tan importante en la vida nacional, le corresponde, al elegir el tema, darse cuenta de la gran oportunidad que se le brinda para decir algo que esté á la altura de la

ocasión. Por otra parte, creo que cuando se habla á la juventud de la nación, á los jóvenes que andando el tiempo, estarán llamados á regir los destinos del país, conviene más hablar con el corazón que con la cabeza. Tenéis en los estantes de vuestra espléndida biblioteca libros de hombres de mayor inteligencia que la mía, de hombres con quienes no me atrevo á rivalizar en cuanto á sus dotes del bien decir y á la profundidad de sus pensamientos; pero tengo sobre todos ellos la gran ventaja de poder hablarlos hoy con el corazón de un amigo. Por grande que sea la oportunidad que me brinda la invitación de vuestra Facultad, no abrigo, al aceptarla, el temor de que mis palabras ó el fin que con ellas persigo, sean por vuestra parte objeto de una crítica excesiva, porque mi presencia en la República Argentina, aunque breve, ha bastado para darme á conocer la cortesía afectuosa que dispensáis siempre á un extranjero que intenta dirigiros la palabra en vuestro hermoso idioma, y especialmente cuando es portador de un mensaje de amistad como el que deseo transmitir á la República con mis palabras y actos. Me permitiréis acaso acaso que os hable hoy como un ex universitario á universitarios. No sois de aquellos hombres que estudian sólo los conocimientos acumulados en los libros, sino que buscáis la ciencia más elevada, el arte de estudiar las causas y los efectos, la ciencia que nos enseña la forma que deben revestir las causas para que produzcan resultados mejores y más elevados que los existentes. Cuando los estudiantes se contentan con ser sólo críticos y se inclinan á evitar estudios que llevan á resultados positivos, las universidades de un país tienden á transformarse en centros de descontentos, de revolución y de retroceso en la vida del progreso. Si, en cambio, los jóvenes estudiosos fijan sus miradas en el sol que se levanta, decididos á llevar á cabo la parte que les corresponde en la labor del día naciente ávidos de estudiar las existentes condiciones económicas y políticas, no para criticarlas sino para perfeccionarlas, no con el proposito de derribar sino





con el de construir, no para poner trabas sino para cooperar y ayudar, entonces, y sólo entonces la universidad ocupará en la República la posición que, á mi juicio, le corresponde de derecho y que debe ser su timbre de gloria: será un campeón gallardo y valeroso del adelanto de la patria, la inteligencia joven y activa del país, que avanza al grito de guerra de « Adelanto y progreso ».

En el siglo actual, en el que el poder del pensamiento ejerce una influencia más poderosa que en ninguna otra época de la historia de la humanidad, en el que la inteligencia educada es la más grande de todas las fuerzas, sería, en efecto, vergonzoso si los jóvenes intelectuales, que gozan de las ventajas que deben á la educación universitaria, dejaran de darse cuenta de los deberes de patriotismo que les imponen esas ventajas y no utilizaran su mejor preparación para el bien de su país. Pues bien, ¿ existe acaso un medio más indicado para llegar á este fin que el esfuerzo para mejorar las relaciones entre su país y los que poseen similares instituciones de gobiernos y libertades políticas ? Sería realmente lamentable si no nos recordáramos de este deber sagrado en el año del Centenario, cuando pensamos más que nunca en los nombres de los grandes hombres como San Martín y Belgrano, lo mismo que en otros patriotas como Washington y Bolívar. Es este un acto en que todos los americanos, jóvenes, y ancianos, tanto en el sur como en el norte de este continente, deben inspirarse más que nunca en el ejemplo de nuestros antepasados amantes de la libertad y adoptar la firme resolución de trabajar por la amistad íntima entre los pueblos que son hoy día los descendientes de los esforzados guerreros que lucharon por una independencia común. Esta amistad íntima, esta lucha emprendida para extirpar la ignorancia de las mejores cualidades de nuestras naciones respectivas, es el símbolo exterior de la idea fecunda que llamamos « Panamericanismo ». El estudio, el estudio fructífero de esta idea, constituirá el tema de las pa-

labras que me propongo dirigir hoy á tan inteligente cuerpo de estudiantes.

La discusión de una idea abstracta es siempre difícil, y por esto he creído que sería más práctico llegar á nuestras conclusiones relacionadas con esa idea, estudiando sus efectos sobre la inteligencia y los actos de tres hombres eminentes, tres hombres que habían contribuido más que nadie á que los pueblos de todas las Américas se conociesen mutuamente: Henry Clay, Sarmiento y Elihu Root.

Este modo de estudiar la idea panamericana es más susceptible de producir resultados prácticos que la mera oratoria sobre esa idea. Más nos conviene ser estudiosos que oradores, porque nada entraña tantos peligros para una República como una oratoria que no tenga por base el estudio. Así, por ejemplo, convendría mucho que la mayor parte de los oradores que hablan de la doctrina de Monroe dedicaran el tiempo necesario al estudio de las palabras, en el que esa doctrina fué enunciada, porque evitarían así muchos errores y sabrían que ella no entraña ni más ni menos que lo que enuncia: que los Estados Unidos, en aquella época, una nación joven y relativamente débil, asumieron deliberadamente la responsabilidad de las consecuencias de la proclamación hecha al mundo entero, declarando que considerarían como acto no amistoso toda tentativa que hiciera alguna potencia europea para ocupar un territorio en el hemisferio occidental. No hay, ó á lo menos no debe haber, misterio alguno alrededor de esa declaración, y parece increíble que algún ciudadano de este continente suponga aún que la doctrina de Monroe, testimonio de amistad, hubiera cambiado de alcance en momento alguno desde la fecha de su promulgación, para llegar á ser algo diferente de una doctrina de armonía entre americanos y para americanos.

Henry Clay, al tomar una participación tan activa en los debates que dieron por resultado la promulgación del célebre men-





saje del presidente Monroe, obedeció sólo á los sentimientos de amistad altruista que profesaba por las provincias de la América del Sud, que en aquella época luchaban por su independencia, y esta circunstancia me indujo á hablaros hoy de él. Henry Clay era un gran hombre de Estado al mismo tiempo que un brillante orador. Nosotros, los ciudadanos de repúblicas, hemos siempre reclamado y poseído la libertad de palabra y de pensamiento, pero esta libertad no debe nunca degenerar en licencia. La libertad que corresponde á cada individuo no debe exceder de los límites fijados para salvaguardar la de los demás. Por otra parte, la palabra garantizada por esa libertad debe tener por base el firme fundamento de los hechos y de la preparación derivada del estudio. Pues bien, en ninguna parte se revela mejor ese fundamento firme y esa preparación sagaz y cuidadosa que en la notable serie de los cinco discursos que Henry Clay pronunció en la Cámara de representantes de los Estados Unidos entre el 3 de diciembre de 1817 y el 10 de mayo de 1820, abogando en todos ellos por el reconocimiento de la independencia de las provincias de la América del Sud. La mejor prueba del estudio laborioso que había hecho de la cuestión, la constituye la descripción tan instructiva que hizo en sus discursos del adelantado estado social y del caudal de ideas que en aquel momento existían en Sud América, descripción que no tiene igual en la literatura de ningún otro idioma. Habló especialmente, y parece con el más vivo interés, de la provincia de Buenos Aires. Los hechos que aducía los había obtenido de los tres comisionados enviados por mi país con el encargo de estudiar la situación de la América del Sur. Uno de estos comisionados llegó á ser mi predecesor más remoto en este país, pues fué el primer Ministro de los Estados Unidos en la República Argentina. Sus restos descansan en esta ciudad, y los honra una tumba erigida por vuestro gobierno, lo que constituye un acto conmovedor y gentil por vuestra parte y que no puede menos de encontrar un eco de gratitud en

el corazón de cada uno de sus sucesores. No es esta la única tumba en Buenos Aires que exterioriza la idea panamericana, porque las palabras « Lima », « Chacabuco » y « Maipú », que figuran sobre el espléndido monumento de San Martín en la Catedral, demuestran que el patriotismo de este gran campeón de la causa de la libertad se extendía más allá de las fronteras de su patria y que había ayudado á conquistar los beneficios de la libertad á los países vecinos de América lo mismo que al suyo propio.

Pasemos ahora á estudiar el objeto que Henry Clay tenía en vista al pronunciar esos discursos tan emocionantes como llenos de erudición y los motivos que lo habían inducido á emprender su memorable campaña en favor de la independencia de la América del Sud.

El 24 de marzo de 1818 presentó una moción, por la cual pidió que el Congreso votara los fondos necesarios para el envío de un ministro á Buenos Aires, y en el curso de los debates á que dió origen esa moción, pronunció los discursos que son otras tantas flores sobre el árbol de la diplomacia. La moción era de suma importancia y susceptible de entrañar graves consecuencias, pues significaba nada menos que el reconocimiento de la independencia de las colonias que en esa época luchaban por su libertad.

Cuando estudiamos los móviles de su actuación, llegamos á una conclusión que coloca á Henry Clay en una posición excepcional entre los hombres de su clase. Aun haciendo una investigación laboriosa de sus actos y de los móviles que lo determinaron, no se encuentra nada que permitiera poner en duda su amistad exclusivamente altruista, y esa amistad era, á su vez, de una índole tan excepcional y elevada que hace que Clay descuella aun entre los hombres generosos que habían cooperado eficazmente en la causa de la libertad de un pueblo extraño. No digo sólo cooperado, sino cooperado eficazmente, porque su entusiasmo y sus argumentos irrefutables contribuyeron á que se





enunciara la doctrina de Monroe, cuya proclamación dió el golpe de muerte al plan de las potencias europeas que formaban la Santa Alianza de convocar un congreso para discutir el modo de reprimir la revolución en Sud América, plan que tendía á dividir el territorio de este continente en esferas de influencia europea. El malogrado Emilio Mitre, en un discurso que pronunció el 4 de julio de 1906, describió de un modo brillante cómo los Estados Unidos se habían opuesto desde el fin del año 1817 á la realización de ese plan, discurso que valió á Mitre el cariño entrañable de mis compatriotas, los que lloraron al mismo tiempo que vosotros la pérdida que habéis sufrido por la desaparición de este gran patriota.

Al considerar esta combinación, única en su género, de amistad altruista por un pueblo extraño y los resultados prácticos que ella produjo, es justo establecer un paralelo entre Henry Clay y los hombres de su clase que hubo en otras naciones. El general Lafayette es con justicia objeto de cariño en mi país por los valiosos servicios que nos había prestado durante nuestra lucha por la libertad; pero no se puede negar que su país sostenía una guerra contra la misma potencia que nosotros, de modo que Lafayette, al tomar parte en nuestras batallas, luchaba indirectamente por Francia. Canning, el gran estadista inglés ejerció indudablemente su poderosa influencia en favor de vuestra causa; pero en 1826 admitió sin ambages que lo había hecho porque á su gobierno le convenía arrancar las Indias Occidentales al poder de España.

Henry Clay, solo en sus prototipos, parece haber obedecido exclusivamente á una amistad absolutamente no egoísta cuyos resultados no podían de ningún modo procurar ventajas algunas á su país. Al contrario los resultados obtenidos parecían hasta serle perjudiciales, pues tendían á hacer fracasar la proyectada compra de la Florida de España tan deseada por el pueblo norteamericano. Su móvil fué exclusiva y sencillamente una amistad ili-

mitada. Paréceme que estoy perfilando la idea del Panamericanismo y nosotros debemos fijar nuestra atención en el tono que vibraba en medio de sus clamamientos apasionados para que nuestros actos estén al diapason de esa amistad, porque si dejamos de hacerlo, provocaríamos una disonancia en la espléndida armonía que el Panamericanismo ha llegado á ser en nuestros días.

Al abandonar el estudio de Henry Clay, lo dejamos como una guía resplandeciente del primer gran principio del Panamericanismo, amistad sin egoísmo.

El toque de clarín lanzado por Henry Clay necesitaba ser ampliado y reforzado, y lo fué por otra nota que vino á completar el recuerdo y la armonía. Henry Clay, impulsado por móviles nobles y elevados, anhelaba un fin práctico y lo consiguió: por Sarmiento, guiado por móviles no menos nobles y elevados, le agregó otro propósito y consiguió resultados aun más prácticos. « Sarmiento, el presidente maestro de escuela ». Que título tan enérgico á la vez que dulce y expresivo conquistó Sarmiento entre las generaciones que le siguieron. Agregó al noble fundamento de amistad altruista la imponente superestructura del estudio personal, hecho con deliberación, de las mejores calidades de una nación hermana. Amistad y un conocimiento más perfecto. ¡Qué armonía! ¡Qué garantía de la conservación de la primera por medio del segundo! Sarmiento se dió cuenta de que la educación organizada de un pueblo era un factor necesario para el desarrollo seguro y, sobre todo, nacional, y que tal educación era de una importancia primordial para una nación, cuyo crecimiento comprendía forzosamente la rápida asimilación de la inmigración extranjera. Animado de un espíritu de amistad y del sincero deseo de conocer las mejores calidades de otras naciones, notó que nuestro sistema de educación había tenido igualmente por base el problema de la inmigración y fué á visitarnos personalmente, no con el espíritu del criterio, sino en calidad de





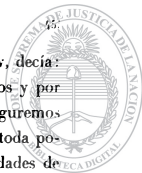
amigo, ávido de conocernos. Excusado es decir que fué recibido por nuestra parte con el mismo espíritu. Le abrimos nuestros corazones y dimos lo mejor de que disponíamos á este estadista argentino de vastas miras y de sentido práctico.

El hecho de haber ido á estudiar nuestros sistemas de educación es aún hoy día una de las más grandes manifestaciones de aprecio que hayamos recibido ó que nos sea dado recibir por parte de un extranjero eminente. Visitó la mayor parte de nuestras universidades y colegios: y los términos en que se expresó al hablar de la Universidad de Yale, de la cual el Presidente Taft es el ex alumno más distinguido, no las olvidarán nunca los que, como yo, son hijos de esa *alma mater*. Sarmiento fué á visitarnos, no sólo con él ánimo de un verdadero hombre de estudios, sino también animado del espíritu de amistad altruista que en tan alto grado había personificado Henry Clay; pero Sarmiento dió un paso más avanzado que su predecesor. Agregó al estudio laborioso y á la amistad sin egoísmo por un pueblo lejano, el elemento de una visita personal, hecha con el propósito manifiesto de conocer mejor sus calidades más elevadas. Las disputas internacionales tienen su origen en los malentendidos entre las naciones que hacen cesar las amistades existentes. La mejor manera y el modo más práctico de hacer desaparecer esos malentendidos ó de impedir que se produzcan, es el mejor conocimiento mutuo entre los pueblos. Dedicemos el tiempo que gastábamos inútilmente en criticarnos mutuamente al propósito de conocernos mejor y, sobre todo, á familiarizarnos con los rasgos más hermosos que cada nación posee. La ignorancia de esas calidades nobles nos induce á criticar los rasgos menos gratos de una nación extraña y á insistir en ellos. La amistad debe ser algo más que una idea noble y elevada, aun cuando esa idea haga producir resultados prácticos; debe tener por base el sólido fundamento del conocimiento, y por este motivo la obra de Sarmiento colocó el Panamericanismo de Henry Clay á un nivel

más elevado y más amplio. La actuación de Henry Clay, decía: « Demostremos el valor de la amistad por nuestros actos y por sus resultados »; pero la de Sarmiento agregó: « Aseguremos la estabilidad de esa amistad y apartemos de antemano toda posibilidad de malentendidos, estudiando las mejores calidades de nuestros amigos y conociéndolos mejor ».

Parecía acaso extraño á algunos que para completar la trilogía de los campeones del Panamericanismo agregue á los nombres de los hombres que vivieron en el siglo pasado el de un contemporáneo, que está aun en la plenitud de su vida útil; pero ningún sudamericano se asombrará al verme incluir el nombre de Elihu Root, porque desde mi llegada á esta tierra he experimentado la gran satisfacción de notar que, cualesquiera que fueran los malentendidos surgidos en el pasado á raíz de ciertos episodios de la historia internacional, todos los sudamericanos reconocen hoy día la sinceridad absoluta de los propósitos de Root y profesan por su persona la misma simpatía calurosa que Root, en cada uno de los discursos que pronunció después de su regreso á su patria, expresó hacia estos simpáticos pueblos, sus amigos de la América latina.

¿ Cómo debemos encarar el propósito que guiaba Mr. Elihu Root al hacer su visita á sus amigos de este continente, y de qué modo vino esa visita á completar el panamericanismo del triunvirato de corazón y de inteligencia que estudiamos hoy ? No es posible poner en duda la declaración que hizo cuando dijo: « He venido á tenderos la mano leal de la amistad en nombre de mi país y á afirmar del modo más positivo y más solemne la solidaridad de las instituciones republicanas en el nuevo mundo. la similitud de los resultados, la confianza mutua que existe entre mi país y los vuestros; á proclamar ante el mundo entero que el gran experimento del libre gobierno por sí mismo ha triunfado en el norte y en el sur, en toda la extensión del nuevo mundo. He venido así á deciros: cooperemos en la gran obra del ade-





lanto de la civilización, ayudémonos mutuamente á crecer en sabiduría y en espíritu, como hemos crecido en riqueza y prosperidad. » Si preguntamos quién es el hombre que prununció tales palabras de enérgica franqueza y en qué difiere de Henry Clay y de Sarmiento, la repuesta á esta pregunta nos explica como su actuación ha elevado el nivel del panamericanismo y ha ampliado su alcance. El honorable Elihu Root era en el momento de emprender su viaje de amistad ministro de relaciones exteriores de los Estados Unidos de América, y en la primera parte de su frase que acabo de citar dijo claramente que había venido en nombre de su país. ¿ Qué significa esto ? ¿ Qué puede significar sino que la amistad altruista de Henry Clay, ampliada y elevada por la visita personal llena de simpatía de Sarmiento, ha sido levantada por la actuación de un alto miembro del gabinete, á la categoría de los mejores actos de Gobierno ? Significa la sanción pública y solemne, por parte de una nación soberana, de una idea que tan admirablemente se destacaba en la vida y los actos de dos hombres que eran ciudadanos sin mandato oficial. Para nosotros, que estamos á punto de prepararnos para la cuarta conferencia panamericana, es alentador oír lo que Mr. Root dijo de esa idea, del propósito que había hecho surgir estas conferencias. Dijo: « La reunión de tantos hombres de todas las Repúblicas, hombres que guían la opinión pública en sus países respectivos; las amistades que se establecerán entre vosotros; la costumbre de discutir con espíritu moderado y benévolo cuestiones de interés común; la manifestación de comunes simpatías y anhelos; la desaparición de malentendidos; el hecho de demostrar á todos los pueblos americanos este método pacífico y lleno de consideraciones de conferenciar acerca de cuestiones internacionales; sólo esto, prescindiendo de las resoluciones que adoptéis y de las convenciones que lleguéis á firmar, señala un gran adelanto en el camino hacia una buena inteligencia internacional. » Oyendo vibrar en nuestros oídos estas palabras como-



vedoras ¿ qué podemos decir de los que sostienen que estas conferencias son demasiado frecuentes cuando se celebran cada cuatro años ? ¿ Y en qué términos se expresa este distinguido miembro del Gobierno de una potencia amiga al hablar á sus compatriotas de los amigos que había hecho en el hemisferio meridional ? ¿ Pronuncia serias palabras de alcance práctico ó sólo frases huecas de cumplimiento á sus conciudadanos, acostumbrados á acoger cada una de sus palabras con el más vivo interés, no sólo á causa de la alta posición que ocupa, sino también en vista del renombre de que goza como distinguido jurisconsulto y como hombre de grandes empresas ? Juzguemos tomando el azar algo de lo que dijo al hablar de la República Argentina: « Estoy en condiciones de declarar que es esta una playa hacia la cual pueden dirigirse los emigrantes del antiguo mundo con la seguridad de encontrar hogares, ocupación y oportunidades de prosperar: que es un país al que puede llegar el capital norteamericano con la certidumbre de que estará seguro, que será protegido, y que encontrará un empleo remunerador. Preveo el tiempo en el que el maravilloso progreso de que ese país es teatro — progreso no limitado á él mismo, pues que se dilata con una rapidez asombrosa — será para el mundo una maravilla tan grande como lo fué el adelanto de los Estados Unidos de Norte América, que de una débil agrupación de colonos á lo largo de las playas del Atlántico llegó á ser una gran nación de noventa millones de habitantes, que se extiende de un océano á otro. »

¿ No contienen estas palabras algo más que hueca oratoria ? ¿ No constituye una refutación completa del escepticismo que manifiestan á veces los que aseguran que el panamericanismo no producirá nunca resultados prácticos ?

Si algún momento, uno de nosotros llega á preguntarse si impulsados por un entusiasmo mal entendido, nos apartamos acaso de la bandera noble y elevada levantada por la idea panamericana, no tendríamos mejor sistema para apreciar el valor de



nuestros móviles ó de nuestros actos que el que consiste en detenernos y averiguar si nuestra labor está ó no en armonía con la de Henry Clay, Sarmiento y Root. ¿ Habrían procedido ellos como estamos procediendo ? ¿ Mantenemos aún su alto nivel ó lo hemos deprimido ?

Si algún calumniador surgiera y nos imputara móviles bastardos, pregonando que el panamericanismo es sólo una máscara destinada á cubrir los propósitos egoístas de algún país ó de algunos países, ¡qué fácil sería dejarlo confundido, señalándole el estandarte levantado por estos tres hombres, y preguntándole si ellos habrían sido capaces de tal baja! Siendo tal modo de proceder tan inconcebible por su parte, debemos de obrar siempre de tal manera que sea imposible acusarnos, y tampoco debemos tolerar que otros prostituyan esta noble idea...

No cabe la menor duda de que estos hombres han declarado por sus actos, que hablan aún más que sus palabras, que esta doctrina no tiende de ningún modo á menguar las amistades internacionales que existen con los pueblos europeos; pero que, como las naciones de todas las Américas no se conocen como deberían conocerse, conviene tomar medidas prácticas tendientes á aumentar su conocimiento mutuo; que esas medidas deben adoptarse con un espíritu de amistad sin egoísmo y tender á encontrar aquellos rasgos brillantes que el Dios de la libertad ha enseñado á todos los americanos. Enrolémonos todos bajo esa noble bandera, y especialmente vosotros, mi auditorio, porque si hombres como nosotros dejamos de tomar participación en esta gran obra, eludimos, á mi juicio, los deberes que nos incumben por la fuerza de las ventajas de que gozamos como hombres de educación universitaria.

Hablando en mi calidad de ciudadano de los Estados Unidos, á vosotros, ciudadanos de la Argentina; permitidme que os diga que soy uno de aquellos que creen que cada hombre debe tomar participación activa en la política de su país. Es éste un deber de



cada individuo y por el beneficio de la comunidad. Por mucho que los individuos puedan diferir en cuanto á las cuestiones de política interna (y en calidad de ministro de una nación extranjera no debo de hablar de este punto), os pregunto si una unanimidad de opiniones, acerca de las relaciones exteriores de una nación, no contribuye á darle más fuerza fuera de sus fronteras. Á ser cierto ésto, ¿no están los ciudadanos patriotas en el deber de obrar en unión en las cuestiones de política exterior, y especialmente en naciones como la Argentina y los Estados Unidos, que tiene de igual modo la suerte de poseer como jefes del poder ejecutivo á hombres de notable inteligencia, de gran sagacidad política y de espíritu previsor? Pero debemos también recordar que los jefes no pueden hacer nada si les falta apoyo. En mi país tenemos gran confianza en *the man behind the gun*, el hombre detrás del cañón, y esperamos mucho de su acción, y por ésto, permítaseme que os recuerde en la tarea de estrechar las amistades entre las naciones, es un deber de todo ciudadano patriota trabajar por el bien de su país, apoyando los propósitos amistosos de nuestros gobiernos respectivos. ¡Oh! colega mío en los estudios universitarios, la antigua sabiduría, enseñada por los clásicos, ha sido notablemente perfeccionada. El corazón moderno ha ampliado las enseñanzas de las inteligencias de la antigüedad. El sabio de Helas decía: «conócete á tí mismo»; pero los grandes hombres modernos que acabamos de contemplar, dicen hoy día: «Conoceos los unos á los otros». ¡Qué camino lógico, práctico y fácil, abre esta nueva doctrina hacia el milenio pregonado en Belén hace dos mil años por el coro de los ángeles: «Paz sobre la tierra y buena voluntad hacia los hombres!»



CONFERENCIA DEL D^r VÍCTOR M. MAURTÚA

MINISTRO AD HOC DEL PERÚ



En el salón de actos públicos de la Facultad, se realizó el 28 de octubre de 1909 la conferencia del ministro *ad hoc* del Perú, doctor Víctor M. Maurtúa sobre la diplomacia argentina. Se encontraron presente los ministros plenipotenciarios de Estados Unidos Mr. Sherril; de Alemania, J. von.Waldthausen; de Suecia, señor Gylden; secretario de la legación del Uruguay, señor P. Pérez Gomar; rector de la Universidad, doctor Uballes, y académicos, consejeros y profesores de la Facultad.

El decano, doctor Bidau, presentó al confereciente con las siguientes palabras:

Señores:

Por segunda vez en este año la Facultad tiene el honor de recibir el concurso muy apreciable para su obra educativa de representantes diplomáticos de repúblicas americanas.

Hace pocas semanas oímos á Mr. Sherrill, ministro de Estados Unidos, disertar en este salón de grados sobre el panamericanismo de Henry Clay, Sarmiento y Root; y hoy el doctor Victor M. Maurtúa, ministro del Perú, se presta con toda deferencia y gentileza á dar una conferencia sobre asunto de interés directo para nosotros.

El distinguido ministro de la república hermana es un universitario



y un profesor. Para venir á nuestro país á desempeñar la alta y delicada misión que confiara á su talento y competencia el gobierno del Perú, abandonó su cátedra en la universidad de Lima.

Próximo á dejar esta capital por algún tiempo, nos trae esta tarde el fruto de sus estudios en materia poco explorada aun : la historia diplomática argentina que no está escrita y de la cual sólo tenemos trabajos fragmentarios y documentaciones incompletas.

El doctor Maurtua nos ofrece lo que él llama modestamente *Contribución al estudio de la diplomacia argentina*.

En nombre del Consejo directivo le agradezco su concurso, prestado con tanta buena voluntad, y su delicadeza al elegir el tema, revelándonos en esta forma que ha encaminado también sus esfuerzos intelectuales á la investigación y conocimiento de cosas nuestras, durante su permanencia en la república.

CONFERENCIA DEL DOCTOR VÍCTOR M. MAURTÚA

CONTRIBUCIÓN

AL ESTUDIO DE LA DIPLOMACIA ARGENTINA (1)

El doctor Maurtua dijo que había aceptado con viva complacencia la invitación del Decano de la Facultad de derecho, porque le ofrecía la oportunidad de presentarse despojado de toda investidura oficial, ajeno á todo protocolo, sin más credenciales que su título de profesor de la universidad de Lima y sin otro propósito que el de convertir en realidad, siquiera por un instante, el anhelo de intercambio intelectual entre las instituciones universitarias argentinas y peruanas. Hizo una breve historia de la universidad de Lima, la más vieja de América y demostró la importancia práctica de la vinculación moral de las universidades americanas.

(1) Nos vemos obligados á publicar solamente un extracto de la conferencia del señor Maurtua por no haber recibido aún los originales de la misma.

Indicó las razones que había tenido para elegir el tema de su conferencia, relacionado con la complementación de los estudios de la universidad de Buenos Aires. Dijo que la historia diplomática argentina estaba por hacerse todavía y que le parecía interesante exponer el material que existía para construirla. Su conferencia debía ser, pues, la estructura anatómica de un nuevo curso.

Entró en materia enumerando los elementos contenidos en las obras de Mitre, de López, en la correspondencia diplomática de Rivadavia, de Belgrano, de García, del mismo Mitre, de Sarmiento y de otros para la historia de la antigua política externa de la República Argentina.

Manifestó que los documentos diplomáticos reservados, encastraban el pensamiento preciso y el propósito definido en materia internacional, y que, como el transcurso del tiempo y el cambio de las cosas hacen innecesario el secreto de ciertas negociaciones y de determinadas actuaciones de política exterior, hay en esos documentos depósitos aprovechables en la actualidad de informaciones preciosas, exponentes de ideas, de reglas de conducta, de moralidad, de intereses nacionales.

Trazó el cuadro de las costumbres diplomáticas americanas de la época de la revolución de la independencia, en oposición con los principios y los procedimientos del viejo régimen europeo. Y acentuó en este particular la sencillez é ingenuidad de la diplomacia revolucionaria americana, sus únicos defectos de lirismo exagerado y sus procedimientos normales y francos. Bosquejó el retrato moral de los tipos diplomáticos clásicos refinados y exquisitos, dotados de todos los escepticismos, fríos y calculadores, expertos en todas las artimañas, en oposición á la figura moral de los representantes diplomáticos: Franklin y Lee, de Norte América, y Rivadavia, Belgrano y García, de la República Argentina. Expuso la situación ventajosa que los primeros habían encontrado en Europa para obtener el reconocimien-





to de la independencia de los Estados Unidos y las dificultades con que los segundos tropezaron en el desempeño de su misión análoga.

Enumeró entre las comisiones diplomáticas más importantes, dignas de ser estudiadas en un curso de derecho diplomático argentino, las siguientes : la de Belgrano y Echeverría en el Paraguay en 1811; la de García en Río en 1814; la de Rivadavia, Belgrano y Sarratea en Inglaterra y España en el mismo año; las de Thompson, Aguirre y Gómez en los Estados Unidos en 1816 y 1817; la de don Valentín Gómez en Río en 1823; la de Alvear en Colombia y Estados Unidos en 1824; la de don Félix Álzaga en Chile, Perú y Colombia en el mismo año; la de Alvear y Díaz Vélez en el Alto Perú en 1825; la segunda de García en Río en 1827; y la de Balcarce y Guido en Río en 1828.

Determinó los problemas diplomáticos planteados por la revolución argentina, á saber: 1° el del reconocimiento y afirmación de la independencia de las Provincias Unidas y de las demás repúblicas americanas; y 2° el de la integridad territorial del nuevo estado cuyos marcos debieron ser los límites históricos del virreinato del Río de la Plata. Expuso las razones por las cuales el problema de la integridad virreínicia no pudo tener solución satisfactoria. Y declaró que la misión de Belgrano y Echeverría en la Asunción tuvo que limitarse á comprobar el hecho de una desmembración que la historia había producido de antemano. Y que la desarticulación étnica del Bajo Perú se había impuesto desde los primeros momentos.

Estudió la misión de Rivadavia, Belgrano y Sarratea en Inglaterra y España, haciendo el comentario de las instrucciones que llevaron estos comisionados y de la situación histórica americana y europea en esas circunstancias. Defendió la actitud de Rivadavia, á quien consideró como el genio civil de la revolución y como un carácter señorial análogo, á través de la diversidad de

sus actuaciones respectivas, al de San Martín. Declaró en definitiva que la conducta de Rivadavia en España estuvo conforme con sus instrucciones y fué determinada por acontecimientos irresistibles. Estudió en seguida la primera misión de García en Río de Janeiro, citando interesantes extractos de la correspondencia cambiada con el ministro Tagle, durante el directorio de Pueyrredón. Y declaró que el plan diplomático concebido y ejecutado por García y por Tagle, habría hecho el honor y la fama de cualquier estadista europeo.

Expuso las transcendencias que tuvo en el proceso de la independencia del Río de la Plata la ocupación portuguesa en la Banda Oriental, y terminó estableciendo que García y Tagle, al impedir la guerra con el Portugal en esa grave emergencia, salvaron positivamente la revolución.

Pasó después á estudiar la misión confiada á Aguirre, en los Estados Unidos para obtener el reconocimiento de la independencia. Manifestó al respecto como causa de la ineficacia de esa misión la circunstancia de que la política y la diplomacia de los Estados Unidos, estaban definidas desde el año 1810, sin que pudieran influir en ningún sentido, las solicitudes nerviosas é impacientes de los nuevos estados hispanoamericanos. Reconoció sin embargo que esa misión tenía el alto interés de haber determinado algunos de los movimientos parlamentarios de Henry Clay. Citó los documentos de esta misión relacionándolos con los norteamericanos de la misma época y llamó la atención sobre la importancia histórica de los informes expedidos por los comisionados de los Estados Unidos en el Río de la Plata.

Reconocida la independencia de las Provincias Unidas, se inició un período diplomático variado y brillante bajo la dirección de Rivadavia. El doctor Maurtua lo expuso en forma interesante y con un notable caudal de datos. Definió el programa eminentemente pacifista de Rivadavia en esa época, programa dominado por las ideas de terminar la guerra con España mediante una





negociación diplomática y de arreglar la cuestión de la Banda Oriental sin ir á una guerra con el Brasil. Enumeró las providencias de política exterior adoptadas por Rivadavia en ese período : las leyes que hizo votar para negociar la cesación de la guerra con el Perú; la solidaridad que declaró en favor de las repúblicas americanas respecto de España, subordinando todo tratado de paz, de neutralidad y de comercio al reconocimiento general de la independencia; la organización que concibió del sistema de alianzas defensivas destinadas á oponerse á la reacción de la santa alianza; la convención preliminar que suscribió con los comisionados de España, que envolvía el reconocimiento de la independencia de todas las repúblicas; la orientación que dió á las misiones de Álzaga, de Alvear, de don Valentín Gómez y de otros, todas destinadas á la ejecución de las ideas de negociar la paz con España, de impedir la ingerencia europea en el régimen político americano, de garantizar la herencia territorial colonial de cada una de las repúblicas y de llegar dentro de estos principios á una solución amigable con el Brasil.

Recomendó como documentos notables por la importancia de sus conceptos, por la honradez de sus propósitos, por su espíritu posibilista y práctico, la serie de instrucciones de la cancillería argentina, bajo la dirección de Rivadavia, á sus agentes diplomáticos en el extranjero. Y declaró que debían ser publicadas como verdaderos modelos de documentos de cancillería y como comprobantes luminosos de la tradición pacífica argentina.

Terminó el doctor Maurtúa la primera parte de su conferencia con el tratado de 1828 que consagró definitivamente la independencia de la Banda Oriental. Dijo que las desmembraciones argentinas de la época de la independencia obedecieron á un conjunto de hechos que arrancan de la discontinuidad de las provincias coloniales y culminan en el poder constituyente de la

revolución americana. Y agregó que los hechos á través de tres cuartos de siglo han demostrado que las soluciones históricas de la diplomacia argentina no eran incompatibles con la organización de un estado respetable y próspero, ni con el desarrollo de una política de convivencia leal y honesta y de armonía con todos los vecinos.

La segunda parte de la conferencia del doctor Maurtúa se refirió á la actitud argentina en presencia del panamericanismo que ha dominado, dijo, á lo menos como tendencia, durante largo tiempo, la diplomacia de estos países. Manifestó que trataría del panamericanismo desde un punto de vista diferente del que lo había contemplado su distinguido colega Mr. Sherrill, de los Estados Unidos.

Hizo la historia del panamericanismo desde la célebre oración que pronunció Henry Clay en Lexington, en 1821; rememoró las negociaciones del ministro Rush en Londres con el primer ministro inglés, Mr. Canning, las deliberaciones de Jefferson, de Madison, de Adams y de Monroe, y explicó el espíritu de la doctrina de Monroe en la última faz que adoptó con motivo del congreso de Panamá.

Agregó que el panamericanismo, aun después de sus correcciones, conservó latente una tendencia de separación de intereses políticos y morales respecto de Europa y conservó además cierto sentimiento más ó menos vago de solidaridad emanado de la creencia de que la continuidad geográfica de las naciones existentes en esta parte del mundo imponía deberes especiales. Esa tendencia y ese sentimiento quedaron en el ambiente de la «élite» intelectual de América y dieron lugar, junto con los peligros de la guerra de la independencia y con las amenazas de la santa alianza, al panamericanismo de Bolívar y de Monteagudo, que se extremó en términos verdaderamente estu-
pendos.

Para el doctor Maurtúa, el panamericanismo de Bolívar era





en Lima en esa oportunidad y se mostró complaciente no obstante sus instrucciones. Citó el doctor Maurtúa las comunicaciones dirigidas por el presidente Mitre que mantuvieron exactamente la línea de conducta trazada desde 1824.

La consecuencia que deduce el conferenciante, de esos hechos, es la de que los Estados Unidos y la República Argentina han ejercido una acción histórica de contralor respecto del antiguo panamericanismo, que en el fondo de las cosas, era una especie de degeneración del régimen de equilibrio internacional.

Pero en 1889 se inicia, según el conferenciante, un nuevo período, y aparece lo que él llama el panamericanismo de Blaine, que excluye toda idea de separación entre Europa y América, descarta todo intento de organización política americana y todo propósito de combinaciones diplomáticas, y se limita á procurar la paz por medio de la justicia arbitral y á fomentar el desarrollo de los intereses comerciales.

El doctor Maurtúa agrega que la República Argentina ingresó desde entonces francamente en esa tercera clase del panamericanismo histórico y que lo hizo conservando la uniformidad de su orientación tradicional. Demostró esta afirmación con un análisis de las actuaciones del doctor Quintana y del doctor Sáenz Peña en el congreso de Washington.

Estudió la evolución del panamericanismo científico de Blaine á través de las conferencias de Méjico y de Río de Janeiro. He aquí algunos párrafos literales de esta parte de la conferencia :

« El panamericanismo científico de Blaine ha continuado su evolución. En cada nueva conferencia se acentúa su carácter posibilista y su alejamiento de las luchas políticas continentales y de las combinaciones diplomáticas. En la segunda conferencia de Méjico hubo todavía cierta agitación doméstica que perturbó la tranquilidad de las deliberaciones. Yo tuve el honor de presenciar el funcionamiento de esa conferencia, que no obstante la circunstancia anotada, fué una reunión fecunda. Y quiero re-



vivir un recuerdo y traer una impresión. Los diplomáticos argentinos en Méjico continuaron la obra tradicional de la política de este país. Y la encarnaron con un relieve y una distinción personal que no he olvidado. En medio de los mejores tipos anglo-sajones é hispano-americanos representativos de la cultura y de la diplomacia del continente, recogí muchas veces en la suntuosa sala de sesiones del palacio de Cortés una impresión que os será grata : el argentino don Antonio Bermejo era reconocido allí el internacionalista más preparado, la mentalidad más honesta y el espíritu más equilibrado y más discreto de cuantos asistían al congreso. El Perú y Chile tuvieron también hombres de gran valer. El Brasil perdió allí uno de los juristas más hermosos que yo he conocido, un espíritu romano, de principios inquebrantables. Y los Estados Unidos tuvieron el venerable viejo Mr. Davis, que vivía dedicado al ferrocarril internacional, y á otros como Pepper y el malogrado Buchanan, que llevaron á los debates esa agilidad mental, ese sentimiento de buena amistad panamericana moderada por la realidad y esa movilidad alegre y eficaz que notamos en Mr. Sherrill, que hemos notado en Mr. Rowe y que es exponente de la buena salud psíquica de la nueva raza del norte.

« Vacilo un poco en referirme en seguida al tercer congreso reunido en Río de Janeiro, porque vuestro eminente decano estuvo allí é hizo lucir con sus compañeros de delegación la enseña científica argentina. Pero vuestro decano será el testimonio más autorizado de la actitud de la conferencia. Fué una reunión de trabajadores silenciosos, una conferencia dividida en comisiones técnicas. Las corrientes políticas fueron más débiles, ó por lo menos más tímidas y más subterráneas que en Méjico. Y las convenciones y resoluciones alcanzaron en muchas materias una transcendencia manifiesta. La primera conferencia de Washington había recomendado la celebración de un tratado americano de arbitraje obligatorio. La conferencia de Méjico

cumplió la recomendación dentro de lo factible, dando lugar á un tratado de arbitraje obligatorio subscripto por diez naciones y á un protocolo unánime americano de adhesión á las convenciones de La Haya. La conferencia de Río recomendó que los gobiernos americanos dieran instrucciones á sus delegados, para que procuraran en La Haya la celebración de una convención general de arbitraje por todos los gobiernos del mundo civilizado. Y en La Haya ya todos los delegados americanos favorecieron en realidad la tentativa de una convención general, y votaron por ella.

«Los espíritus impacientes y los espíritus escépticos deberían ver estos resultados concretos para no desesperar del progreso internacional y para no desprestigiar la marcha del nuevo pan-americanismo de Blaine. Los congresos de América no son, ni pueden ser, creadores de ningún derecho especial. Pero tienen tres misiones, que van cumpliendo lentamente: 1ª la de recoger y juntar los actos internacionales parciales para interpretar las orientaciones que ellos revelen y consagrarlas cuando estén maduras, no como una invención de hechos jurídicos externos; 2ª la de proclamar los ideales, no como propósitos de realizaciones inmediatas, sino como afirmaciones de las más nobles aspiraciones humanas; sabéis bien que el progreso moral, en definitiva, es la adaptación gradual del hombre á reglas de conducta producidas por la sugestión del ambiente y por las necesidades del bienestar; y 3ª la de utilizar la continuidad geográfica de nuestros países en una serie de estudios y de convenios que mejoren nuestra vida de relación intelectual, social, comercial, financiera y sanitaria.

«Todos estos objetivos figuran en el programa provisional que conozco de la cuarta conferencia, que se reunirá el año próximo en esta capital. Y por la evolución natural de las cosas, ella será más fecunda que las anteriores, á pesar de los escépticos y de los impacientes.»



Concluyó el doctor Maurtúa presentando la idea general que se desprende de la suscinta relación de hechos internacionales que ha rememorado. Y la idea general consiste, según él, en que la República Argentina, dentro de las relatividades de su vida — y salvo situaciones excepcionalísimas — ha suprimido durante tres cuartos de siglo, como Inglaterra y Estados Unidos, todo sistema de combinaciones diplomáticas, toda tendencia á regímenes de alianzas permanentes y de equilibrios artificiales.





Jóvenes estudiantes:

Tócanos inaugurar los cursos de este año de 1910 en el que se cumple una centuria desde que, habiendo ya pasado la niñez, nuestro país sintióse con fuerzas suficientes para manejarse por sí mismo.

Nos preparamos á festejarla, siguiendo humanas costumbres, con más ó menos precipitación y sin aquél plan reposado cuya falta es propia de nuestra juventud. Cuadra sin embargo á la inteligencia colectiva procurar que las expansiones del sentimiento patriótico, no obscurezcan el significado que para la serena razón, debe tener la magna fecha en cuanto cierra el primer siglo y abre el segundo de nuestra vida independiente.

En ellos han funcionado y funcionarán nuestra Universidad y esta Facultad de ciencias sociales, á la que por razón de su materia y por la composición de nuestro ambiente, le corresponde prestar su contingente, siquiera modesto, para investigar aquel significado.

Los individuos festejan el nacimiento de sus hijos y sus aniversarios y éstos por su parte, una vez adultos, los propios y

(1) Conferencia de apertura de los cursos de 1910.



los de su matrimonio; es la iniciación de una vida nueva que constituye la prolongación de la de los padres y es el triunfo en cada año de su duración, contra los factores de toda especie que nos acechan con la miseria, la enfermedad y la muerte. Y cuando el éxito atraviesa largos años felices, nuestros planes se refuerzan y celebramos las bodas de plata y más las de oro después del cuarto y del medio siglo de haber cumplido bien nuestra misión.

Natural es en tales situaciones pasear una mirada retrospectiva sobre el tiempo transcurrido, renovar por el recuerdo las alegrías de sus éxitos y satisfacciones y escuchar acaso la nota melancólica de algún dolor. Y estas reflexiones al juzgar los aciertos y los errores de la conducta, sirven también para hacer propósitos de perfeccionarla en el futuro y para transmitir la riqueza de su experiencia como una herencia preciosa para nuestros hijos.

Festejamos además los años nuevos como la síntesis del triunfo de la vida compleja en el pasado y del propósito de mejorarla en el que comienza. Así, las naciones suelen celebrar su nacimiento, sus victorias y en general los grandes acontecimientos felices de su vida que aun cuando sean á veces el resultado de una lenta evolución, se ubican en una fecha principal y se personifican en algunos hombres culminantes.

La revolución de Mayo si bien aparece como un hecho instantáneo, fué el resultado de un proceso anterior que se reveló por ella, para desarrollarse lentamente, al través de luchas y cruentos sacrificios, hasta ser coronado por el éxito de la independencia que nos hizo árbitros y únicos responsables de nuestros propios destinos.

Para hacer fecundo y consciente nuestro centenario, deberíamos pues ante todo conocer á fondo y haber elaborado ya la historia de la evolución completa de todas nuestras actividades sociales, no sólo en el orden gubernativo, militar y político, sino



también en el de las acciones económicas, morales, científicas y artísticas que son propias de una sociedad civilizada.

Porque hoy sabemos ya que no son sólo las actividades militares y políticas las que deciden del bienestar y del progreso de las naciones, desde que ellas mismas son muchas veces el resultado de otros factores más importantes aunque menos visibles y que por lo tanto no han atraído de una manera principal la atención de las multitudes y las preocupaciones de la historia; son también las fuerzas del trabajo material aplicado al medio físico para elaborar la riqueza pública y proporcionar la satisfacción de las necesidades; son las vigiliass del estudio para asimilar, perfeccionar y difundir las ciencias y elaborar el alto concepto de las direcciones sociales; son los desvelos de la familia y de los moralistas, religiosos ó seculares para formar el corazón y el carácter de las nuevas generaciones; y por último las actividades artísticas que cultivan las flores de la vida para levantarla y embellecerla.

En todo ello se revelarían los resultados del esfuerzo social y se describirían también las personalidades, exponentes del mayor bien obtenido por su consagración y á veces por sus sacrificios y que no son menos dignos de la admiración y de la gratitud de sus conciudadanos que los triunfadores de la guerra.

Natural es que ante ese tribunal deba coronarse con la gloria las actividades abnegadas de los grandes conquistadores de la civilización y de la virtud y castigar, con la reprobación ó cuando menos con el silencio, á los egoístas y viciosos que no han profesado más culto que el de su propio sibaritismo al que han sacrificado las conveniencias públicas. Porque vosotros sabéis que, á las veces, personalidades despreciables en el fondo, suelen representar la comedia de grandes patriotas y bienhechores de la sociedad, valiéndose de los artificios y de las complicidades de camarillas ó de la publicidad de heraldos comprados que alcanzan á perturbar ó fascinar el juicio de los contemporáneos. In-



teresa, pues, á la sociedad del doble punto de vista de la conciencia de sus satisfacciones y del estímulo para ennoblecerse, reparar siquiera en las grandes solemnidades, sus injusticias transitorias y no permitir jamás que sean vanas las apelaciones ante la historia.

Noble y hermosísimo espectáculo sería que cada institución, cada orden social, cada municipio, cada provincia, y la nación en su conjunto, se hubieran presentado á la gran fiesta con la relación exacta de sus propios esfuerzos y perfeccionamientos. Ello habria sido no sólo obra de justicia, sino también base inestimable de experiencia para el mejor desarrollo de la centuria que vamos á comenzar.

Claro es que todo ello debería terminar con el inventario de los bienes físicos y morales acumulados por el esfuerzo secular, para que sirviera de base á la contabilidad histórica del nuevo siglo á la vez que de documento confirmatorio del camino recorrido en el pasado.

No hemos olvidado este concepto. Y recordaré que al inaugurar los cursos de 1907 y 1908 manifesté estas mismas ideas que condensadas en un proyecto de resolución, tuvieron el honor de ser aceptadas por la Facultad y que elevado después al poder ejecutivo en procura de los medios indispensables para la formación de un gran concurso de trabajos históricos, no han tenido la fortuna de encontrar el ambiente intelectual requerido para germinar. Sea de ello lo que fuere, la iniciativa está sancionada y constituye desde ya un plan de trabajos de esta Facultad, destinado á realizarse con la cooperación de los intelectuales argentinos. Esperemos también que un cambio climático social nos ofrezca pronto las circunstancias favorables para la vegetación más rápida y lozana de la simiente.

Desde que en 1900 tuve el honor de presentar un plan de estudios para el doctorado, lo concebí con el método y orientación de la historia y de la sociología. Ya en 1884, al inaugurar



el curso de filosofía del derecho, manifesté que lo que había sido concebido hasta entonces como equivalente del derecho natural ó racional debería ser completado con la historia de la evolución de los hechos jurídicos, señalando los factores determinativos y las leyes naturales de su proceso y de sus acciones y reacciones recíprocas. Recién en 1896 pude iniciar esta enseñanza, que llamé parte histórica ó segunda parte de la filosofía del derecho y que se daba alternativamente con la primera en el quinto ó el sexto año de estudios.

Vése, pues, que nuestra Facultad ha tenido el honor de iniciar la práctica no sólo del método histórico, sino sobre todo del sociológico que lo completa y que ofrece la ventaja y la perfección de abarcar todas las fases de la vida social, todos los elementos que constituyen su organismo y su funcionamiento, desde las manifestaciones más simples hasta las más complicadas, aunque durante muchos siglos hayan pasado desapercibidas para los pueblos y hasta para los sabios.

Es cierto que hay todavía muchas lagunas en la construcción de la historia general y también en la de los hechos jurídicos. ¿Pero quién podrá dudar que los hechos ya constatados y escudriñados en sus múltiples causas y efectos son una base preciosa de experiencia para la ciencia y para la futura legislación?

El procedimiento meramente empírico es ciego y ocasionado á los desastres del tanteo, porque si las buenas leyes tanto contribuyen al acrecentamiento del bienestar social, las erróneas van siempre acompañadas de retroceso y constituyen obstáculos para el amplio desarrollo y perfeccionamiento de un pueblo. Podrán discutirse la extensión, el objeto y métodos de la sociología, pero quedará siempre triunfante como un gran progreso la nueva orientación que ha determinado el estudio de la tradición compleja y de la actualidad de las sociedades.

Por eso es que por el nuevo plan queremos que el punto de

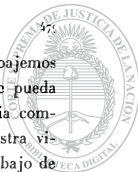


vista jurídico y económico que principalmente nos corresponde abordar, sean estudiados en todos sus factores de organización y de evolución, á fin de que puedan coordinarse con la integridad de la marcha social y dar lugar á la inducción de sus leyes, de sus buenos ó malos efectos y de los medios más adecuados para perfeccionarlos.

Para estudiar al ser colectivo que constituye una sociedad, sea que se considere ó no como un organismo, es evidentemente indispensable conocer todos los elementos que la forman y sus modos de funcionar, con resultado vario, en su vida anterior y en su vida presente.

Y sólo así podremos actuar con eficacia por medio de la ley ó en general por la acción social, de la manera más conveniente al progreso. Los otros procedimientos abstractos para concebir y construir mentalmente el derecho y la economía de un pueblo ó los empíricos para curar sus males actuales con los medios instantáneos que ocurren á la rutina y á la inteligencia miope, pueden herir la imaginación y consolarnos con la ilusión de una curación, pero no ofrecen seguramente las probabilidades del éxito. Á veces el miraje que nos producen ciertas inteligencias privilegiadas, con el acierto de las medidas que aconsejan, nos hace creer que no se necesita la vía experimental y científica para actuar sobre la sociedad. Pero esas inteligencias en realidad están nutridas por la ilustración de la experiencia de otros pueblos y por la facultad de observar con exactitud, las funciones vitales del propio, adquiriendo así una especie de intuición clarovidente que ofrece mayores probabilidades de acierto que el concepto puramente abstracto y que suplé aunque imperfectamente á la disciplina científica, mientras esta no haya sido elaborada.

Y no porque pase la fecha culminante del Centenario de la revolución de Mayo, debemos abandonar la tarea, tanto más urgente cuanto más se retarde. Prosigámosla, pues, con toda de-



cisión con los elementos de que podamos disponer. Trabajemos sobre todo en formarle el ambiente necesario para que pueda prosperar. Es ya tiempo de que tengamos la conciencia completa de la evolución argentina desde que empezó nuestra vida colonial continuada por la vida independiente: el trabajo de la conquista, la lucha y los sacrificios de los primeros pobladores, la vida militar y gubernativa, la domesticación progresiva del desierto salvaje, la constitución de la familia, los municipios, los primeros ensayos de enseñanza y de publicidad, la creciente complejidad y las oscilaciones del desarrollo social hasta llegar á la revolución de Mayo y después de ésta los dolores, éxitos y fracasos de las tentativas de organización y de equilibrio entre todos los intereses, tendencias y pasiones; todo ello debe ser cuidadosamente investigado, registrado y descripto para que constituya aquella experiencia propia tan indispensable en las naciones como en los individuos para la seguridad y adelanto de su bienestar.

La historia completa es para las sociedades lo que la memoria para los individuos; ellas son las encargadas de guardar y manifestar oportunamente los hechos de la experiencia para que puedan aprovecharse sus lecciones. Así que la memoria como la historia imperfectas, impiden en gran parte los buenos efectos de la experiencia, y aquellos datos son tanto más esenciales cuanto que ellos no alcanzan todavía á constituir una ciencia en estado positivo y sólo nos sirven para conjeturar con probabilidades de mayor acierto, los efectos de la acción legislativa sobre la sociedad.

Pero al mismo tiempo que para premio á los bienhechores del pueblo y escarmiento de los que le han sido funestos, aquel proceso serviría para que brillen ante la justicia histórica y esta sirva de estímulo á los presentes para ennoblecer con el esfuerzo generoso por el bienestar de sus conciudadanos, inspirado en el amor de la humanidad y en el cumplimiento de los deberes



sociales. Caerán así los ídolos de barro á los golpes de la sana crítica; desaparecerán las mistificaciones forjadas en las complicidades de la avaricia y la explotación del bien público; habrás revelado el secreto de las innobles camarillas; las alucinaciones de la masa social poco ilustradas se habrán apagado y surgirán á la plena luz los héroes ignorados de la virtud, del trabajo, del sacrificio y del patriotismo, héroes tanto más sublimes cuanto menos reconocidos hubieran sido por sus contemporáneos. Grandioso cuadro ofrecería pues á la contemplación de la sociedad y una de las escenas más sublimes de la vida humana colectiva, esa especie de juicio universal y definitivo en que se realiza el verdadero mérito y se apagan las luces fatuas de las personalidades de artificio.

Con ésto se habrá obtenido la satisfacción de los anhelos más íntimos del alma humana hacia los grandiosos ideales de la verdad, de la justicia y de la belleza absolutas.

Pero ese proceso ó juicio histórico no solamente mira al pasado sino que da la única segura base para el porvenir. Las sociedades civilizadas deben también marchar con las orientaciones transcendentales hacia grandes ideales del futuro porque ellos constituyen también el punto de atracción de las más nobles expansiones del sér humano levantándolo por encima de la mera vida material. Porque un pueblo que gobernara sus actividades sólo por el estímulo de sus necesidades materiales y que limitara su acción á la acumulación de bienes y recursos para satisfacerlas, sería semejante á una asociación de seres inferiores agrupados para facilitar el éxito de la lucha por la vida.

Regocijémonos, pues, de los bienes alcanzados, pero aspiremos á mejorarnos y á ennoblecer y perfeccionar por nuestro esfuerzo la humanidad, ayudando al aceleramiento de su evolución progresiva. Pero marchemos con plan y con conciencia y siempre guiados por la luz de grandes ideales que no nos deje extraviarnos en las tortuosidades y laberintos de los viles intereses y pa-

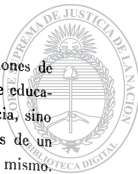


siones malsanas producidas á veces por la avidez de la riqueza y por el sibaritismo de la vida.

El ideal no es sólo una abstracción; es la futura escena de las nuevas generaciones constituidas por nuestros hijos y nuestros conciudadanos cobijados bajo el mismo cielo y albergados en el mismo hogar. Y si á falta de bases positivas completas hubiéramos de conjeturar sobre la fragmentaria de nuestra propia experiencia personal, yo me atrevería á formular aquí algunas aspiraciones é ideales del futuro congreso. Haría votos porque el gobierno fuera el exponente de la mayor inteligencia y patriotismo sociales en cada municipio, en cada provincia, en toda la nación; que las autoridades fueran siempre la genuina expresión de la voluntad del pueblo, manifestada por actos expresos y libres como resultado de un juicio recto y sano, fundado sobre el mérito real y positivo de los elegidos y no perturbado por las artes de las camarillas de mala ley; que el pueblo trabajador asociado á los mejores elementos étnicos que vengan á mezclar su sangre con la nuestra, obtenga de nuestra fértil tierra, generosas compensaciones de sus esfuerzos que le permitan la comodidad de los ocios destinados á las actividades superiores; que la moralidad sea estimulada y premiada y reprimidas indefectiblemente sus violaciones, por altos y poderosos que sean los delincuentes, ya por las penas de la ley ó por la reprobación de la recta conciencia social; que se eleven las almas por la influencia ennoblecedora de las bellas artes, ofreciendo su espectáculo á la contemplación del pueblo y al estudio y cultivo de los que llevan dentro de sí el fuego sagrado.

¿Y que diré del orden científico destinado á constituir la estrella guiadora de nuestro camino?

Es evidente que ante todo hay que proseguir en los trabajos de divulgación de los conocimientos humanos por los libros y las útiles publicaciones y por las escuelas de todos los grados bien organizadas y dirigidas por autoridades técnicas estables



que no estén sujetas á las eternas y desastrosas variaciones de dirección. Y no olvidemos que al hablar de escuelas y de educación no debemos tener sólo en cuenta la de la inteligencia, sino también la de la voluntad para constituir los caracteres de un pueblo joven y republicano que debe manejarse por sí mismo.

Aparte de esto lo que más nos tocaría de cerca en este momento, sería el programa de los trabajos más urgentes de la inteligencia argentina.

Sería demasiado pretencioso para nuestra juventud nacional el encaminar nuestros esfuerzos hacia perfeccionamientos científicos generales, de aquellos ramos que actualmente constituyen el objeto principal de la sabiduría europea. Podemos por ahora contentarnos con asimilarlos, conocerlos y aprovecharlos. Pero hay una tarea imprescindible, á la que no es lícito renunciar y que está impuesta por nuestra situación en el concierto de los trabajos de la humanidad civilizada : es la observación y la descripción de los fenómenos de todo género que nos conciernen : de nuestro medio físico en todas sus fases, de nuestra población, de sus caracteres étnicos y de los elementos con que la estamos constituyendo; de la acción propia de nuestra masa social, en todos los órdenes de la actividad colectiva, con las experiencias que ella ofrece, con sus errores como con sus aciertos.

He aquí, posiblemente, el mejor programa de nuestras tareas de orden científico. No hay duda que en lo concerniente á la escena física, poseemos ya trabajos especiales. Pero es indispensable continuarlos y completarlos. Debemos conocer profunda y minuciosamente la tierra que habitamos, en su geología y en su mineralogía, en su fauna como en su flora, en su clima, en su salubridad y en los elementos cooperativos de ésta que pueden ofrecer nuestras diferentes regiones, aguas minerales y sustancias aptas para la medicina y para la industria.

Debemos estudiar la historia completa de nuestras activida-



des para constituir y perfeccionar los gobiernos locales como los poderes nacionales : la instrucción, las finanzas, la moneda, el desenvolvimiento de nuestro comercio, la eficacia de la organización y el funcionamiento de nuestra justicia; la política internacional jurídica y económica más adecuada á nuestras relaciones con el exterior; la constitución de los elementos de defensa militar del país, la salud y la fuerza de los ciudadanos y, en fin todo lo argentino con su suelo, sus hombres y su cielo. De este modo figuraremos con dignidad en el concierto de las naciones y de la colaboración universal por el perfeccionamiento cada vez mayor de la humanidad.

Con estos nobles propósitos deben estar animadas todas las actividades, desde las más humildes del obrero que descubre los tesoros de la riqueza económica y los hace brotar con su esfuerzo, hasta los desvelos del hombre superior y del sabio que da la luz culminante que debe guiar directamente nuestro progreso colectivo.

Claro es que en esta marcha triunfal hacia la civilización, no le toca pequeña parte á nuestros altos institutos de enseñanza. Por no estar bastante avanzada aun la división del trabajo intelectual entre nosotros, á la Facultad de ciencias sociales le corresponde discutir, investigar y filtrar todos esos datos para llegar á obtener como resultado los teoremas de sus mejores direcciones.

Estudiantes y profesores somos afortunados en la colocación de primera línea que las circunstancias nos han dado. Y debemos pensar en nuestras vigiliass que al hacer obra de perfeccionamiento individual, cooperamos también al adelanto consciente de nuestro país. La estrella de los ideales de progreso, encenderá y alimentará el entusiasmo en nuestros corazones y despertará las nobilísimas emociones que constituyen también una fuerza positiva de perfeccionamiento superior. Aspiremos á señalar nuestra obra en la parte que nos toca de la nueva centuria



y aprendamos en las lecciones de la teoría y de la experiencia social que no sólo de pan vive el hombre y que está en la mano de cada uno llevar en su conciencia para atravesar las vicisitudes de la vida, ese paraíso íntimo y glorioso que producen las satisfacciones del deber cumplido y la visión de los ideales próximos á realizarse.

Con estos votos declaro abiertos los cursos del presente año.

1° de abril de 1910

DESPEDIDA DEL PROFESOR RAFAEL ALTAMIRA

SU ÚLTIMA CONFERENCIA



El 28 de septiembre de 1909, el profesor Rafael Altamira dió su última conferencia en el salón de actos públicos de la Facultad, ante el cuerpo académico, consejeros, profesores y alumnos.

El libro como instrumento de trabajo del alumno — dijo — ha sido una necesidad en los sistemas antiguos de la enseñanza y sigue siendo todavía un problema en los sistemas modernos.

Establece en seguida todos los inconvenientes emergentes del aprendizaje obligatorio del programa integral de una materia: las lecciones de memoria, la calidad de alumno pasivo á que quedaba este reducido y el concepto de que el libro era una necesidad ineludible, etc.

Alude á la frase conocida de los estudiantes «esto no está en mis libros», y relata una anécdota en que un profesor de historia, que además era católico militante, que negaba la existencia de un nuevo concilio del Vaticano que había constituido un problema internacional, grave, que había preocupado hondamente á todos, dando por razón que eso no estaba en su Cantú.

Se refiere luego á los inconvenientes económicos y morales que el libro entraña, en el que reparten responsabilidades autores y editores, pues, despertada la codicia de éstos, se daba caso de



libros hechos en ocho días, y cita el de un editor que le decía ufanado: aparecido un programa con una asignatura nueva, acudí á un estudiante inteligente que no sabía mucho del asunto, pero que podía hacer ventajosas consultas, y á los ocho días el libro estaba escrito y en venta en los escaparates.

Por último se llegaba á casos de explotación inauditos en que, por ejemplo, á dos hermanos que cursaban un mismo año, se les obligaba á comprar dos libros.

En seguida de extensas consideraciones sobre cómo debe escribirse un manual, haciendo presente que éste bien puede abarcar varios volúmenes, se refiere á algunos libros que en diversas naciones se acercan al ideal y agrega :

Ahora dejadme que sueñe con la posibilidad de llegar á escribir algún día un manual de historia del derecho español, y confieso que éste es uno de los motivos por los cuales no desearía morirme muy pronto. Pero el goce que yo acaricio para el mañana es ese libro ideal, que no se escribirá, si bien el esfuerzo que demanda es lo más hermoso de la vida del que se dedica á estos trabajos, y yo llevo ya doce años con este pensamiento íntimo y trato de hacer para mi patria junto con mis alumnos que me alientan y me ayudan, esa historia de la que podrá decirse que no es libro de un hombre, sino de una escuela.

Yo vengo soñando en que llegue el momento que pueda tener delante de mí las cuartillas de papel y exponer el estado á que entonces haya llegado la Historia del derecho español y pueda hablar con la sinceridad é imparcialidad que creo haber conseguido en el terreno científico, de cuáles cosas sabemos y cuáles no ignoramos, exponiendo también, de una manera clara y sencilla toda la biografía para que pueda servir de norma á los que vengan detrás de mí.

Y antes que yo pronuncie mis palabras de despedida quiero decirles que entregado á vosotros en una labor de diez lecciones demasiado concretas, técnicas, de labor intelectual, sólo habéis



conocido un aspecto de la vida mía y por eso, también, mis últimas palabras tendrán una parte sentimental de mi espíritu...

DISCURSO DEL SEÑOR CÉSAR DE TEZANOS PINTOS

Señor: Por especial y honroso encargo, permitidme eminente profesor, que detenga vuestra partida unos instantes, pues que los estudiantes de esta Facultad — en cuyo nombre os hablo — han querido dejar constancia de su saludo respetuoso, hacia vos, doctor, que los habéis entusiasmado al convertir esta sala, de cuyos muros penden las siluetas de sus varones más ilustres, en fuente luminosa de saber, adonde hemos acudido á fortalecer y acrecentar nuestras ideas, grandes y pequeñas, confundidos y solidarizados todos en una suprema aspiración de ciencia.

Esta admiración que os declaramos, no tiene por causa, como todos bien lo saben, ese reconocimiento forzado que impone el reclame en algunos petulantes, que á falta de verdaderos méritos buscan en el periódico ó en la revista la exaltación misma de sus mentidas cualidades; este reconocimiento, tenedlo á verdad sabida, es bien sincero, tiene toda la franqueza de la adolescencia desinteresada, toda la virtud de los que obran incontaminados.

Es que el gran hombre, jamás se ha impuesto por la limosna ajena; su autoridad y su prestigio han nacido y se han producido siempre por el esfuerzo independiente desarrollado por sí solo.

Os pido perdón si al comprobar el vuestro, adquirido de manera tan honrosa, haya quebrado la línea inflexible de vuestra modestía inalterable.

Nosotros hubiéramos deseado exteriorizar todas nuestras simpatías con la realización de un gran banquete, pues que es allí —



como dijera Tácito — donde las almas están más abiertas á las aspiraciones de la franqueza ó al entusiasmo de la gloria; pero después pensamos que sería mejor alentar otra idea que recién se dará á luz, cuando os encontréis pisando suelo nativo.

Vinisteis á estas tierras persiguiendo una idea grande y un sentimiento noble, á dejarnos ciencia y á traernos simpatías, simpatías, sí, de los jóvenes estudiantes españoles, que son nobles y son hidalgos, y que precisamente por hidalgos y por ser nobles debían ser los primeros en abrir sus brazos para confundirlos con los nuestros en un supremo abrazo de amistad.

Y al reconocer y al admirar en vos, al exponente más alto de la intelectualidad española, os pido les transmitáis nuestro más cordial saludo, y decidles que aquí también sabemos y estamos convencidos, que la soñada paz internacional futura, depende de la amistad, de la unión y de la vinculación más estrecha de los que componen la juventud en las naciones del presente. Hago votos, profesor, para que las personas que sirven de vínculo á esa unión tengan la autoridad de la vuestra, que al par que acredita una personalidad, honra el espíritu de un pueblo.

PALABRAS DEL PROFESOR ALTAMIRA

Señores : Aun siento la obligación en que me pone el saludo de los estudiantes. Yo, como he dicho hace un momento, deseaba deciros algunas palabras de despedida. Y como vosotros lo habéis de creer, sin que yo lo afirme demasiado, la serie de emociones que voy recibiendo en estos últimos días, tiene verdaderamente quebrantado mi espíritu y yo temería que en fuerza de la emoción no dijese los labios míos, las cosas con la precisión con que las piensa mi cerebro! Yo he redactado por primera vez en mi vida unas líneas para leerlas y espero que me

perdonaréis este quebrantamiento de mi sistema ordinario. Debo manifestaros que aun cuando he escrito estas líneas de antemano, no he pagado tributo absolutamente ninguno á la retórica. Ellas son la expresión escueta de lo que yo quiero decir esta tarde aquí.

Señores : El que me conozca ha de hacerme la justicia de pensar que la satisfacción honda que vengo experimentando y que tiene ahora uno de los momentos de suprema emoción, no se funda en nada personal.

Es toda ella objetiva y tiene estos dos aspectos : el patriótico y el universitario.

I. Como patriota consiste en considerar que todo eso que me atribuí — con sobrada benevolencia, pero todo lo que creemos es una fuerza en su afirmación — es atribuir « á un español » y envuelve la creencia, pues, de que España es capaz de producir algo útil para la obra general de la cultura.

Yo añadiré ahora — que soy lo que soy, poco ó mucho — principalmente por obra de educación española y de « españoles ».

No como yo, mejores que yo, España os puede ofrecer espíritus hermanos en la manera de concebir y desempeñar la enseñanza — espíritus amplios, que se pueden entender con los vuestros, abiertos de par en par á la verdad libre.

II. Como universitario, mi satisfacción está en el éxito de la obra que Oviedo me encomendó. Ese éxito no está en los aplausos á mí, sino en otra cosa más honda.

a) En la espontaneidad con que la Facultad se prestó á cumplir una parte de mi obra, entendiendo al ofrecerme esta cátedra, que así como la mejor manera de demostrar el movimiento consiste en andar — la mejor manera de predicar el intercambio no consiste en cantar sus excelencias, sino ser practicado desde luego.

En vez de predicar que necesito convencer, me he encontrado





con convencidos de antemano que me han dicho: Bueno, pues, empiece usted.

Y sin ceremonia, de un modo natural, yo he sido aquí durante tres meses, no un extranjero que viene á mostrar habilidades ó á decir lisonjas, sino, simplemente, un profesor de la casa.

b) Marcho con la esperanza de que la serie de visitas continuará y de que profesores argentinos vendrán á España. El espíritu práctico de vuestro actual decano, el doctor Bidau, ha sabido encontrar la fórmula.

Pero si estoy satisfecho de los resultados no estoy « completamente » satisfecho. Mi comunicación con los estudiantes no ha sido lo íntima que yo quisiera. Hemos tenido la plataforma de por medio... Hay que completar éso.

DISCURSO DEL DOCTOR JUAN AGUSTÍN GARCÍA

Señores, por encargo del señor decano y en representación del consejo voy á decir la palabra de despedida al profesor Altamira.

Cuenta la leyenda que un santo que era un gran sabio, San Gregorio, escribía cierta noche una buena historia, con mucho entusiasmo. De pronto se sintió angustiado. Una aparición que inspiraba mucho miedo, le sugería dudas muy graves y risueñas sobre su obra. Y el fantasma habló con su voz helada :

— ¿ Qué escribes Gregorio ?

— Escribo historias, dijo con ingenuidad el santo.

— ¿ Qué sabes tú de esas cosas ? ¿ cómo distingues lo falso y lo verdadero ? no serás el eco inocente de la calumnia y las malas pasiones de otros hombres ? deja en paz á los muertos y sus memorias !

San Gregorio quedó muy pensativo; invocaba á nuestro se-

ñor Jesucristo. Y entonces una luz muy suave se esparció por la habitación, luz apacible y tranquila, y la fea figura desapareció entre las sombras que huían... Poco á poco se calmaron las angustias del santo, y lleno de nueva y profunda fe en su obra se puso á trabajar con entusiasmo.

Nosotros, señores, estábamos así como aquel santo. El siniestro personaje había irruído en nuestros pacíficos senderos, dándonos esos gérmenes malos que desalientan y sofocan la actividad intelectual. Este personaje era el medio ambiente materialista. Y entonces tal vez sin quererlo habremos invocado á nuestro señor Jesucristo y el milagro ha sucedido. Oímos la palabra buena, el « fermento » que renueva la fe en las cosas intelectuales... esa fe que hizo á nuestro país en 1810 y en 1852, la confianza en las ideas !

En la Biblia se bendice á todos los hombres que siembran la buena semilla que eleva las almas. Nosotros debemos decir al profesor Altamira agradeciéndole sus servicios: vaya con la bendición de Dios para usted y los suyos.





RECEPCIÓN DEL H. FERDINANDO MARTINI

EMBAJADOR DE ITALIA



El 22 de junio de 1910, tuvo lugar en la sala de honor de la Facultad, la recepción del excelentísimo señor embajador de Italia, honorable Ferdinando Martini.

Concurrieron á este acto el ministro de Italia, conde Cellere; el ministro de Instrucción pública, doctor Rómulo S. Naón; el ministro de Hacienda, doctor M. de Iriondo; el rector de la Universidad doctor Eufemio Uballes; el profesor Posada; académicos, consejeros, profesores y alumnos.

El decano, doctor Eduardo L. Bidau, hizo la siguiente presentación del señor Martini.

Señor ministro,

Señor rector,

Señores:

La Facultad tenía concertada para este año del centenario la visita y las lecciones del honorable Luzzatti sobre materias de su especial competencia y de grande y actual interés para nosotros. Un accidente de gobierno parlamentario, al llevarlo á la presidencia del consejo de ministro de su patria, ha frustrado el interesante y útil programa. Pero, por fortuna nuestra, la celebración de la fecha gloriosa ha hecho venir á Buenos Aires, en calidad de embajador extraordinario de S. M. el rey



de Italia, á uno de nuestros huéspedes más distinguidos, el señor Martini, que nos trae el saludo amistoso y los buenos augurios del primer ministro.

Correspondiendo á la gentil deferencia, abrimos las puertas de nuestra casa y nos congregamos para recibir, con respeto y consideración, al ilustre visitante, de larga y fecunda existencia puesta al servicio de una nación ligada á la nuestra por sentimientos que arraigan hondo y por intereses solidarios indestructibles.

Hombre de estado, su mentalidad vigorosa y flexible le ha permitido llevar á cabo reformas transcendentales, desde el ministerio de instrucción pública, desempeñado en varias ocasiones, y dirigir en circunstancias difíciles, á raíz de los contrastes dolorosos de Abisinia, la reorganización de la Eritrea. El gobernante de clara visión, de prudente energía, de paciente constancia es, á la vez, el escritor que observa, analiza y pinta y maneja esa arma delicada de la ironía fina y sutil.

La feliz y rara reunión de estas cualidades en nuestro huésped nos brinda la oportunidad de escuchar observaciones y juicios, sobre las relaciones entre la instrucción superior y la secundaria, en que el alto pensamiento irá envuelto en bellísima forma.

Señor: La Facultad de derecho y ciencias sociales que, regocijada y complacida, os recibe esta tarde en su modesta casa, levantada hace treinta años por nuestros predecesores que la consideraron definitiva y nos preparamos á substituir por otra más en consonancia con las necesidades del presente y del inmediato porvenir, es una rama de la universidad de Buenos Aires que en los comienzos de su vida creó la enseñanza de la física experimental y la confió primero al sabio italiano doctor Pedro Casta y después á Octavio Fabricio Mossoti, que tan lejos de la tierra natal ensayaba las alas para emprender el alto vuelo y culminar en el mundo científico bajo el sol de su Italia.

Es una rama, señor, de la universidad que, cuando la dirigía Juan María Gutiérrez, fundó la Facultad de ciencias exactas y puso al frente de las nuevas cátedras á Bernardino Speluzzi y á Emilio Roseti, á quien solamente la muerte pudo impedirle cumplir su promesa de festejar el 25 de mayo de 1910 con nosotros, sus discípulos.

Invoco el nombre de estos servidores de la universidad para decirlos que, cosechados los frutos de su enseñanza, no hemos olvidado á los que echaron las simientes en el surco. Ellos y otros compatriotas suyos no

cuentan ya en el número de nuestros profesores; pero os rodean hoy docentes y estudiantes argentinos, que llevan dignamente el apellido de sus antepasados y otros, en porción mayor, en quienes el distinto origen no amengua la intensidad de la viva simpatía por vuestro país y por vuestra ciencia y vuestro arte que resurgen, después de la unión nacional, con vigor y brillo incomparables.

Señor: El consejo directivo, que tengo el honor de presidir, os ofrece, por mi intermedio, este diploma que contiene solamente una dedicatoria y nuestras firmas. Vale por el sentimiento que lo ha inspirado. Conservadlo como un testimonio duradero de vuestro paso fugaz por la universidad bonaerense.

CONFERENCIA DEL H. FERDINANDO MARTINI

LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN ITALIA (1)

Signor Ministro,
Signor Rettore,
Signor Decano,
Signori:

L'onore che volle fare a me il corpo accademico dell'Università di Buenos Aires è tale, che sorpassa certamente la mia persona: imperocchè poche sono le mie virtù se pure è grande in me l'amore agli studi.

Io venni, mandato qui dalla Maestà di Re Vittorio, a stringere ancora più i vincoli di affetto, che legano le due Nazioni latine, in questa ora per voi di legittimo giubilo; qui si è voluto, oggi, vedere in me anche il collega e si è voluto in me affermare anche la solidarietà degli studiosi. Grazie.

Si è ricordato che io ebbi l'onore altissimo di presiedere, in

(1) La versión taquigráfica nos ha sido facilitada por el doctor Cittadini, director de *La Patria degli Italiani*.



Patria, agli studi, Ministro della Pubblica Istruzione; e il ricordo giunse al mio cuore gradito e malinconico.

Gradito, perchè allora io ebbi occasione di studiare da vicino uno dei più importanti problemi che affaticano la Società moderna, e di lavorare con amore e con fede alla risoluzione di esso; malinconico perchè quel problema, malgrado gli sforzi di tanti studiosi, attende ancora una soluzione soddisfacente.

Io parlerò di questo problema, poichè Ella, signor decano, me ne rivolge l'invito cortese. Dirò certamente delle cose da tutti conosciute; ma delle quali fa mestieri riconoscerlo, non si sarà mai parlato abbastanza, da coloro cui stanno a cuore le sorti della scuola, appunto perchè i problemi che interessano così profondamente le nazioni, vanno agitati sempre, perchè tutti possano comprenderne la portata.

La materia si presta alle lusinghe dell'arte oratoria; ma io, tenendomi lontano da ogni allettamento e da ogni vana rettorica, parlerò dei problemi che hanno maggiore attinenza con la scuola media.

Dei tre gradi d'insegnamento, il medio è certamente quello che presenta maggiori lacune, maggiori difetti; il problema della scuola media è quello che si presenta più intricato, è quello che maggiormente affatica le menti degli studiosi.

La questione dell'insegnamento elementare è una questione prevalentemente finanziaria. Si tratta di avvicinare alla scuola le classi rurali, di costruire il maggior numero di edifici scolastici, disseminandoli in ogni più remoto angolo di campagna. Il Governo italiano ha stanziato per la scuola elementare 240 milioni di lire; ed è sperabile che con questa somma si possa percorrere molta strada.

Le scuole normali producono un'ottimo elemento insegnante. Lo stesso può dirsi per l'insegnamento superiore. I laboratori scientifici hanno fatto grandi passi. E il paese fornisce i docenti per tutti i rami della scienza; e quand'anco non li fornisce.



li si chiede ad altri paesi. La scienza non ha patria: Carta e Mossotti insegnano nell'Argentina, Moleschott insegna in Italia.

L'insegnamento medio non si è ancora proposto nulla di soddisfacente. La scuola italiana è, a questo riguardo, ancora quale la immaginava Ignazio di Lojola, nel secolo xvi; una scuola dove si insegna un po' di latino e un po' di greco; ma Ignazio di Lojola non doveva educare che sacerdoti e gentiluomini: e per questo la scuola, com'era voluta da lui, poteva bastare. Oggi non più. Oggi, mutati i tempi, sopravvenuti altri bisogni, altre genti, altre correnti di pensiero, la scuola media vuol essere trasformata, vuol essere posta in condizione di rispondere alle sopravvenute necessità.

Furono aumentate le materie di studio: si pose sullo stesso gradino la matematica e la storia; e si volle troppo: da una parte si proclamò la necessità degli studi classici, dall'altra si volle la priorità delle scienze esatte; ma è più facile allargare i programmi che le circonvoluzioni cerebrali dei fanciulli: e ne venne l'affaticamento, la farragine, ne venne il « surmenage » come dicono i francesi: e non si provvide nè alle sorti della coltura nè al bene degli studenti.

Io non oso affermar nulla; anche perchè, nella mia qualità di antico e tenace amatore delle lettere, potrebb'esser sospetto il mio giudizio. Le scienze esatte, è ben vero, sono di ausilio grande alla vita: la dirigono, la facilitano, la scortano: ma le lettere la sospingono e la innalzano, su, verso l'ideale: e l'idealità è quanto c'è di più importante nella vita.

La nostra rivoluzione politica, l'epopea del nostro risorgimento, prima che fosse azione sui campi di battaglia, fu concezione profetica, fu desiderio vivo, fu necessità prima, fu vaticinio nel canto dei nostri poeti: Foscolo, Manzoni, Giusti, Mameli, sentirono primi i bisogni di una patria.

Che cosa togliere adunque? quale materia bandire dall'insegnamento secondario? Il latino, no, evidentemente; per nessuna



ragione noi italiani sapremmo rinunciare alla lingua, con la quale Virgilio cantò, Cicerone perorò, Lucrezio Caro scrutò i segreti della natura. E allora? Se non il latino, toglieremo le matematiche? Ma le scienze esatte non solo sono utili oggi esse sono indispensabili.

La questione è posta male.

Codesto è un circolo vizioso dal quale non si riuscirebbe ad uscire mai.

Secondo me il concetto prevalente, specialmente in molti paesi d'Europa, d'infarcire le menti di troppe nozioni positive, è errato. Ciò che importa non tanto è il dare delle nozioni positive, quanto il fornire il metodo di acquisire le nozioni: bisogna imparare ad imparare. Resecato il troppo e il vano, la scuola darebbe frutti migliori.

Ho detto della necessità di coltivare lo studio del latino; del latino che trasporta nella età remota, ci mette a faccia con le sorgenti della nostra storia, ci ricorda le virtù dei nostri grandi padri. Ma oltre la necessità di conversare coi grandi morti, c'è anche la necessità di conversare coi vivi. La questione qui si complica. L'insegnamento delle lingue moderne nelle nostre scuole è quello che più da a pensare; è forse quello più estrinsecamente difficoltoso.

L'esperimento del professore di fisica vale per dieci come per cento allievi; la dimostrazione di matematica che fa il professore sulla lavagna è ugualmente efficace, qual si sia il numero degli uditori; una lezione di storia la si può impartire a venti o a duecento, senza incontrare difficoltà; ma la faccenda è diversa per l'insegnamento delle lingue straniere. Qui occorre che vi sia contatto immediato e continuo del professore coll'allievo: le difficoltà della varia pronunzia esigono il colloquio continuo: la differenza dei caratteri, tutte le altre peculiarità di questa disciplina esigono la quotidiana revisione, esigono le audizioni parziali... Tutto questo è impossibile quando il numero degli stu-



denti sia superiore ai quaranta o ai cinquanta. Oggi, in media, un professore deve insegnare a non meno di cento studenti; molte volte questo numero vien sorpassato. In queste condizioni l'insegnamento non dà frutti.

E c'è altro. C'è la mania di far presto. Si vuole imparare in fretta. La gioventù vuol percorrere rapidamente il corso degli studi: e si cerca di abbreviare la via. Ora, in Italia, la scuola classica non si può percorrere in meno di otto anni: togliete pure il latino e il greco; riuscirete, forse, a ridurre gli otto anni a sei.

Ma il rimedio non è qui. Occorre scindere i due rami, e sembra che ora si voglia seguire questo avviso, istituendo delle scuole moderne di umanità, le quali nel Belgio hanno fatto buona prova. Così, scindendo il lavoro, dando all'allievo il modo di seguire quell'indirizzo che più si confà colle sue attitudini e col programma che s'è tracciato per la sua vita avvenire, il problema può considerarsi in via di soluzione. Le due scuole, la classica e la moderna, condurrebbero l'allievo alla università, salvo, ben inteso, le indispensabili garanzie di una adeguata preparazione, garanzie ben più efficaci degli odierni esami. Questa degli esami è una grossa questione, non solo per l'Italia.

Nelle scuole d'Europa, colui che entra esce sempre istruito: si riesce sempre a strappare una laurea. È così che ogni anno escono dalle scuole a mille gli spostati, forniti di titoli ma privi di dottrina; e sono i vinti della vita, sono coloro che si troveranno disarmati nella ardua battaglia dell'esistenza, incapaci a fronteggiare le asprità della lotta, destinati ad essere fiaccati dai più validi: sono coloro che diverranno i più aspri nemici dello Stato, che diede loro un diploma, gli incontenibili detrattori della società, coloro che ascrivono ad altrui colpa le proprie manchevolezze.

La Germania ha provveduto efficacemente a questa jattura. Ivi, i Prèsi sono facoltati di espellere l'alunno non idoneo in qualun-



que punto si trovi nel suo tirocinio. Rimedio rude, ma atto a risparmiar tarde delusioni e a scongiurare danni avvenire, che passano inosservati ai più ma che gravano fortemente sulla vita delle Nazioni. Per noi, gente latina, rifuggente da ogni disciplina tutto ciò è inattuabile. Nessun ministro promulgherebbe una tale disposizione; nessuno la osserverebbe.

Se confrontate le statistiche tedesche con quelle latine, vi balzerà agli occhi la differenza intercorrente: le statistiche tedesche parlano il vero e dicono dei progressi incessanti degli studi e dell'incremento delle Scienze; le statistiche latine mettono a nudo la stanchezza dei professori, i quali sono costretti dalla disperazione a mandar via gli alunni. E li mandano via laureati.

Occorre cambiar. Gli esami di licenziamento non possono essere decisivi, ne lo debbono: bisogna che la scuola, nel ricevere un allievo, sappia se egli ha la idoneità degli studi che imprende. No la licenza deve conchiudere un corso di studi, ma l'esame per il corso superiore.

Così soltanto sarà rimediato in larga parte ai danni derivanti dagli attuali metodi.

Signori.

La breve dimora da me fatta in Buenos Aires e nella Repubblica non mi ha consentito di visitare le scuole vostre. Non posso quindi parlare con competenza di esse; e a mala pena potrei parlare delle scuole italiane. Non so se le poche cose che ho accennate possano interessare anche voi; ma lo penso e lo credo; perchè la risoluzione di quei problemi implica l'avviamento della presente gioventù sulla via della floridezza presente e della maggior floridezza e la potenza politica ed economica dell'avvenire.



DISCURSO DEL DOCTOR JUAN AGUSTÍN GARCÍA (1)

Señor embajador,

Señor decano,

Señores :

Todavía conservamos la impresión fresca y vibrante de las fiestas del centenario. Sin embargo, el febril entusiasmo de los días de mayo se ha calmado. Así, nos llega la hora tranquila de la reflexión. Razonemos, pues, sobre todas estas cosas bellas, que nos hicieron vivir una semana como en los cuentos de hadas.

La comparación es exacta, señor. Melusina vive en la atmósfera despejada de colores vivos y alegres. Así pensaban los especialistas medioevales en asuntos de demonios, y lo maliciaron los antiguos religiosos misioneros.

Dejaremos descansar tranquila á la buena hada que nos ha servido bien; sin perjuicio de llamarla á cuentas para que nos aclare ciertos puntos oscuros.

Algunos pensadores de esa misma época creían que el universo es un símbolo, y más de uno pagó con su vida el placer de disertar sobre estos temas confusos. Aceptemos por un tiempo esa hipótesis, que es muy bella, y digamos que todas nuestras revistas, exposiciones, músicas y entusiasmos, son simples signos; efímeros y pasajeros, si no implicaran algo transcendental que va envuelto en ellos. Una idea, por ejemplo, que nace con nuestro pueblo en 1580, y se realiza progresivamente en los hechos de la historia, alcanzando en este año 1910 la conciencia clara de sí misma y de sus destinos. Esta idea es el eje de todo el sistema mental colectivo; vincula y ordena con su

(1) En representación del Consejo directivo de la Facultad.



fuerza irresistible á las innumerables actividades que forman la trama de la vida nacional.

Para comprender las cosas, en la maravillosa realidad de su vida interior, hay que considerarlas como un conjunto armónico y sistemático; simples signos del proceso ideal que es lo interesante. Así, la riqueza nos da la noción de fuerza, tal vez la más eficaz que hayan imaginado los hombres, pero ciega como el torrente que bien puede arrasar caseríos y sementeras, ó ser la providencia del agricultor. Reclama el esfuerzo de la voluntad colectiva que nos coloca por encima de la fortuna, que nos eleva en la jerarquía de los valores sociales por el mérito moral, y nos permite someterla á la inteligencia. De lo contrario, puede llevar á un país, agrupación ó familia al desorden y al desastre. Por eso los antiguos la imaginaron muy bella, pero ciega.

Es probable, señor, que considerando nuestra riqueza os hayáis preguntado de dónde proviene : ¿ de la divina providencia, de nuestra señora de la Concepción, de San Martín, patrón de la ciudad ? como creían los antiguos religiosos, graves y discretos, que nos gobernaron durante dos siglos, ¿ ó del ahorro, de la disciplina de las pasiones y de la conducta ? ¿ del esfuerzo intelectual ?... ¿ Llamaremos á Melusina para que nos conteste ? Pero no, la disgustaríamos con nuestros reproches : debió crear esas circunstancias que obligan á desplegar energías y templar el alma. Conviene para el perfeccionamiento moral merecer las gracias de los dioses... Además, la buena hada es risueña y maliciosa, no respondería á nuestro llamado.

Sin embargo, señor, puedo asegurar que la he interrogado. Para hablar con ella se requieren mucha paciencia y estudio. No creo que resida en la atmósfera, ni en los naranjos y camelias, como pensaban los antiguos religiosos. Entre la polilla y la humedad de los viejos papeles viven las hadas, las sílfides los gnomos y muchos santos y diablos de feliz y trágica me-



memoria. En cierta ocasión, después de repetidas insistencias mías, una voz lejana, algo como la sombra de la palabra, me dijo tan al oído que parecía un murmurio interior: El alma del pueblo argentino fué fabricada con la más pura esencia de « optimismo ». Vuestra justicia, continuó diciendo, es benévola é indulgente, optimista, porque os he inspirado el sentimiento de la bondad del hombre. Notemos al pasar la influencia de esas tendencias que animaron los genios de Beccaria y de Lombroso, y que se expanden libremente bajo la protección de Mesulina. La historia de nuestros tribunales no registra un solo error judicial, si bien como compensación más de un reo eludió el castigo. Culpa de Melusina, señor, que envenena el aire con inagotables gracias y bondades. Y la hada continuó: Belgrano confundía en las mismas honras á los vencedores y vencidos de Tucumán y Salta. Sarmiento, una de las figuras más geniales y completas, proclamaba después de la guerra del Paraguay que la victoria no da derechos; y el ilustre Luis María Drago enseñaba desde el ministerio de relaciones exteriores su doctrina sobre el cobro coercitivo de deudas. En la política, en la justicia, economía y moral, estoy yo con mi « optimismo », dijo Melusina, y desapareció.

Esa es, señor, la idea argentina. Cada nación tiene la suya. La historia es la lucha de esas ideas encarnadas en los diversos países. Los poetas homéricos tenían el presentimiento de estas cosas, al hacer presidir por los dioses las batallas de los hombres. Los sentimientos é ideas de los seres divinos iluminaban todos los combates, sugiriendo el significado transcendental.

Los argentinos deberíamos poner en nuestro escudo el color verde, porque venimos al través de la historia con el alma cargada de esperanzas, persiguiendo la mayor cultura, la mayor justicia, la mayor belleza. Amamos la gloria y la prosperidad de la Italia, porque siempre ha significado el triunfo de la mayor cultura, de la mayor justicia de la suprema belleza.



DISCURSO DEL DOCTOR CARLOS IBARGUREN (1)

Señor : Nuestras costumbres universitarias son sencillas. No hemos encontrado formas más adecuada para manifestaros nuestra simpatía que la de traeros un momento al seno de nuestro ambiente recogido y familiar. Hubiéramos lamentado partiérais de la ciudad rumorosa y febril sin haber conocido este rincón apacible, donde se ama la ciencia y se enseña á la juventud. Y os será grato saber que en nuestra tarea diaria recibimos y admiramos al pensamiento italiano que esparce hoy por el mundo, como lo hiciera en otros siglos, ideas hondas y formas bellas.

No creemos, señor, violar el protocolo al deciros que vuestra obra política y literaria os ha conferido una representación no menos elevada que vuestra alta investidura diplomática : sois un exponente de la Italia moderna. Habéis gestionado intereses colectivos, resuelto problemas de gobierno y combatido ardorosamente en la vida pública, manteniendo siempre abierta en vuestro espíritu la flor misteriosa de la emoción y del ensueño.

Domináis con la misma elegancia la pluma que sugiere y la palabra que conmueve, y vuestro brazo que ha dirigido multitudes, sabe arrojar, también, con gracia sutil los dardos ligeros de la ironía. Reflejáis, pues, señor, en las múltiples facetas de vuestro talento el ingenio de vuestra raza y el alma de vuestro pueblo.

Esa alma italiana que refflorece ahora por tercera vez, lleva en su fondo un sedimento sagrado de cultura ancestral. Ella es como el viejo suelo itálico que nutre inagotable nuevos frutos, guardando ocultos bajo su tierra augusta los restos diseminados de la belleza antigua.

(1) En representación del cuerpo de profesores.



Vuestro pueblo nos ha traído su músculo, su sangre y su energía, contribuyendo así, primordialmente, á nuestro rápido desenvolvimiento social y económico. Se ha repetido con verdad que la inmigración europea, en su gran parte italiana, ha transformado la vida argentina.

Hay en nuestro país dos fuerzas sociales esencialmente distintas : la rural y la urbana.

Los que laborean las campañas producen nuestra riqueza fundamental; los que habitan en las ciudades, consumen, comercian, especulan. No tenemos, en realidad, manufactura propia ni grandes fábricas que agrupen á los hombres en densos centros industriales. La población espaciada en los campos obedece á su propia iniciativa, confía únicamente en su fuerza, se basta á sí misma sustentada por generosa fertilidad. Es individualista. Sólo anhela la copiosa germinación de la simiente tirada al surco y defendida con afán de las inclemencias naturales. Sólo pide lluvia para verdear los prados y calor para madurar las mieses. Ama el pródigo suelo que ha sembrado, el árbol que resguarda al hogar prolífico y bullicioso, el manso rebaño que auxilia en la faena.

En vuestra reciente gira desde las riberas litorales hasta las faldas andinas habéis visto á millares de vuestros compatriotas vivir felices entre sementeras y viñedos, y al saludarlos quizá hayáis recordado el canto de Horacio : Viriles hijos de labradores, sabéis como vuestros padres manejar el arado, roturar la gleba y liberar del yugo á los bueyes fatigados cuando el sol alarga las sombras en la hora del reposo vespertino...

Esta población sobria, ahorradora, pacífica, es también altiva, porque se siente fuerte, libre y holgada. No cree en propagandas revolucionarias, ni la atemorizan sugerencias amenazadoras. En ella se arraiga hondamente el sentimiento de la patria, porque se la sabe bondadosa y maternal como su tierra...

Los colonos italianos, fraternalmente acogidos, acrecientan en



nuestras campiñas, como las hormigas, el caudal de cereales proveedor del mundo. Ellos, si bien no olvidan su vieja Italia, se incorporan definitivamente á esta Argentina que les prodigo fortuna, le entregan sus hijos y confunden su alma con la nuestra.

La vida rural ha evolucionado en nuestras llanuras, modificando profundamente sus caracteres, en menos de medio siglo.

Unas pocas ciudades desparramadas en el vasto territorio constituían en el interior de la república, los núcleos sociales organizados. El desierto las envolvía, y en las zonas feraces que podían protegerse de la tribu salvaje, los ganados sin aprisco multiplicábanse con ubérrima fecundidad. La mensajería con pasajeros, el postillón con la correspondencia, el convoy de carretas con mercaderías, únicas comunicaciones y lazos entre ciudad y ciudad, recorrían periódicamente las largas sendas solitarias, alejándose hasta perderse en la planicie ilimitada... En aquel medio desenvolvíase esa población dispersa de pastores rudimentarios, que tuvo por peculiar representante al gaucho. El gaucho era nómade, ambulaba libremente como el ganado. No concebía la propiedad territorial, innecesaria para él, ni tenía el sentimiento de familia que, vinculado al de previsión, supone estabilidad doméstica y desarrolla las pequeñas industrias manuales que la abastecen. Abandonaba su albergue de barro, paja y cueros, con la misma facilidad con que construía otro. Semejante al tártaro de las estepas, sólo preocupábase de su caballo, complemento indispensable de su persona y de su fuerza. Su religión era una rapsodia de supersticiones indígenas y de confusas leyendas cristianas, y su poesía, como su música, manaban espontáneas, impregnadas de la melancolía que infunde la grandeza callada y monótona de las pampas. Como el indio, de cuya sangre participaba, el gaucho era fatalista; pero á diferencia de aquél, su espíritu sensible y bravío inflamábase por el pundonor. La lucha por nuestra independencia, en la que fué héroe, le había hecho amar la guerra y la patria, de modo que no ima-

ginaba á ésta sin aquélla. Y cuando esa población disgregada fué reunida por caudillos, convirtiéndose en una comunidad militar y vagabunda : la montonera, que azotó hasta hace cuarenta años las regiones que acabáis de recorrer.

El ferrocarril extinguió la montonera; la agricultura colonizadora desalojó de nuestros llanos al gaucho, y la difusión del extranjero le hizo huir para siempre. Y su tipo, ya perdido, es hoy idealizado como un emblema en la fábula nacional. Tal ha sido, señor, la evolución social en el agro argentino.

La ciudad, comercial y especuladora, cuya culminante expresión es Buenos Aires, presenta una fisonomía más compleja é inquieta que la agraria. Es la colmena que recibe á la vez la savia sazónada en nuestros campos y las masas humanas de otros pueblos desterradas por la miseria. Abierta á todos los hombres y á todas las ideas, siente ahora removidas sus entrañas por frutos que no ha engendrado. Su muchedumbre goza de bienestar, el proletario no es indigente; pero el lujo de los enriquecidos y la prédica de los agitadores le mueven á la lucha. El obrero siente su debilidad personal ante la magnitud de los intereses que bullen en esta metrópoli y busca, en la cooperación gremial, la fuerza que le falta. El individuo desaparece tras del gremio que lo absorbe y lo gobierna.

Pero, malgrado las teorizaciones de los que pretenden implantar en nuestra afortunada colectividad tendencias surgidas en otros ambientes, es indiscutible que entre nosotros el más humilde trabajador se convierte fácilmente en propietario. Y en las aldeas de la Europa innumerables familias son sustentadas con el giro amorosamente enviado desde aquí, por los hijos y los hermanos que no retornarán.

Señor: en nombre de los profesores de la Facultad de derecho y ciencias sociales, os presento nuestro homenaje, que resalta espontáneo en la simplicidad de esta demostración.





CONFERENCIA DEL D^r ALEJANDRO ÁLVAREZ

DELEGADO CHILENO AL CONGRESO PANAMERICANO



El 2 de julio de 1910 en el salón de actos públicos de la Facultad dió una conferencia el doctor Alejandro Álvarez, de la Universidad de Chile, sobre las sociedades internacionales europeas y americanas.

El doctor Eduardo L. Bidau, decano de la Facultad, presentó al conferencista, resumiendo los juicios que sobre él fueron emitidos en diversas ocasiones, no sólo en los países americanos, sino también en el viejo mundo, en cuyo círculos intelectuales era bien conocido.

Refiriéndose á la obra del doctor Alvarez, el doctor Bidau recordó el juicio emitido por una autoridad en derecho internacional, De Lapradelle, quien afirmó que rara vez la América nos ha dado obras de un alcance filosófico más profundo y de un método científico más riguroso.

Tales son los méritos que acompañan al conferencista, terminó el decano, que ocupa la cátedra de nuestra Facultad, realizando así, á la vez que una obra de alta enseñanza, la de amistad entre dos naciones de este continente que son hermanas por origen y por la comunidad de sus glorias.



CONFERENCIA DEL DOCTOR ALEJANDRO ÁLVAREZ

LA SOCIEDAD INTERNACIONAL EUROPEA Y LA SOCIEDAD
INTERNACIONAL AMERICANA

Me conmueve profundamente — comenzó diciendo — y llega hasta lo más íntimo de mi alma, la cariñosa acogida de que me hacéis objeto con vuestros aplausos.

Elas significan, con la presencia de un chileno ante vosotros, el recuerdo de manifestaciones recientes y grandiosas, que han repercutido hondamente al otro lado de los Andes, con las que habéis sellado, y para siempre, la amistad de dos pueblos hermanos. Todos anhelamos que esa amistad sea fecunda en benéficos resultados, especialmente para la paz y prosperidad de ambas naciones.

Debo manifestar mi público reconocimiento al eminente decano de esta Facultad, doctor Bidau, por los conceptos en extremo benévolos que le han merecido mis modestos trabajos. Sus palabras elogiosas son la mayor recompensa y el mejor estímulo que he podido recibir por mi buena voluntad para el estudio de los problemas internacionales que especialmente interesan á este continente.

Debo agradecerle además la amable invitación á exponer en las aulas de esta magna universidad alguna materia relacionada con el tema que es para mí objeto de constante preocupación: americanizar, imprimir carácter ó tendencia americana al estudio de las ciencias sociales, especialmente al derecho constitucional y al internacional.

Entrando de lleno en el tema de su conferencia, el doctor Álvarez dijo:

El derecho internacional ha sido, hasta este último tiempo,

considerado como una ciencia empírica, porque sus principios con frecuencia no concuerdan con las prácticas de las naciones sobre esas materias.

Es el rumbo que se ha impreso á la enseñanza de esta rama de las ciencias políticas la que ha causado el descrédito de esta ciencia, no su objeto mismo.

Para comprender lo que constituye en realidad el derecho internacional y penetrar en su verdadera índole es preciso conocer bien lo que ha sido la comunidad internacional, en el pasado y en el presente, ya que ese derecho está destinado á regir á esta comunidad.

Una doble modificación, y fundamental, ha experimentado la sociedad de las naciones, desde la época en que escribieron los primeros publicistas, cuyas doctrinas ejercen todavía una influencia tan considerable sobre nosotros: las transformaciones sufridas por ella en el curso del siglo xix, y la entrada, también en este siglo, de nuestro continente á formar parte de esa sociedad.

El conferencista estableció luego un paralelo entre la vida internacional en los comienzos del siglo xix y la de la época actual. Todo ha cambiado, dijo. La facilidad de los medios de comunicación, la vida más intensa en cada país, el progreso de las ideas, de la cultura, de la civilización, han multiplicado de tal manera las relaciones entre los estados, que no hay elemento de vida social que no tenga un carácter internacional. Jurídicamente hablando, los estados continúan siendo absolutamente independientes los unos de los otros; pero económica y socialmente están en una íntima relación de dependencia recíproca, de interdependencia, de solidaridad.

Varios hechos lo acreditan plenamente, y ellos han impreso una nueva orientación á las relaciones internacionales. Desde luego, los estados se reúnen constantemente, y para toda clase de materias, en conferencias internacionales, á fin de ponerse de





acuerdo ó reglamentar de manera uniforme las materias sobre objetos de esas conferencias.

Además, cada vez es mayor el número de relaciones de derecho privado ó administrativo que por convenciones universales ó casi universales tienen carácter francamente internacional, verbigracia, propiedad literaria, artística, industrial, servicios de correo, de telégrafo, y en general todas las materias que constituyen lo que se denomina « uniones internacionales ».

En fin, el que hay ahora además de los citados, otros organismos, de carácter internacional, resultado de la necesidad creciente que experimenta el hombre de vincularse á través del espacio ó de la frontera. Estos organismos internacionales, que antes no existían, son ó creaciones de los estados ó de individuos; por ejemplo, como creaciones de los estados: las oficinas internacionales establecidas para atender los servicios administrativos de que acabamos de hablar; el «bureau» internacional de las repúblicas americanas, la corte de arbitraje de La Haya. En cuanto á las asociaciones internacionales creadas por individuos, ellas son numerosísimas y se refieren á casi todos los órdenes de la actividad, verbigracia: asociación de americanistas, instituto de derecho internacional, etc.

Se puede decir hoy día que la antigua comunidad internacional se ha transformado en sociedad internacional y que de manera rápida se organiza sobre base jurídica esta sociedad.

Como consecuencia, el concepto de las relaciones internacionales y en especial el de justicia internacional, han cambiado.

Después el doctor Alvarez habló del origen de esas relaciones internacionales, y, recordando la solidaridad que los pueblos de la América española mostraron en la cruzada libertadora, consignó la ley trazada por Rivadavia y sancionada el 19 de junio de 1823, estableciendo que el gobierno no celebraría tratado de neutralidad, de paz ni de comercio con S. M. Católica, si no precedía la cesación de guerra en todos los nuevos estados

del continente americanó y el reconocimiento de su independencia.

En la convención entre el gobierno argentino, representado también por el señor Rivadavia, y los comisionados españoles, para el cese de las hostilidades existentes en esa época, se estipulaba en el artículo 80 que el gobierno de Buenos Aires negociaría, por medio de un plenipotenciario de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y conforme á la ley de 19 de junio, la celebración del tratado definitivo de paz y amistad, entre S. M. C. y los estados del continente americano.

El gobierno de Chile subscribió después acuerdos en que se consigna esta misma cláusula.

Al independizarse todos los estados hispano-americanos, también sin acuerdo previo de ninguna especie, pero bajo la influencia de las mismas causas, adoptaron un régimen político enteramente distinto al que tenían los países de Europa.

Por su origen común, por sus sentimientos fraternales, y por sus ideales también comunes, nació la América siendo una sociedad de naciones, muy diversas de la Europa de entonces que no era sino una comunidad compuesta de pueblos que no son del mismo origen y que aunque habitan el mismo continente, no tienen causas ni ideales comunes; sus intereses no son solidarios sino particulares y diversos.

En el año 1810, en Chile, don Juan Egaña proclamó, en su proyecto de una declaración de los derechos del pueblo de Chile, que el gobierno le encomendó elaborara estas ideas, que lo fueron después por los estadistas de otros países. En 1823 ellas fueron proclamadas solemnemente por el presidente Monroe.

Así, la doctrina que lleva el nombre de este ilustre presidente no es una política personal del gobierno de Estados Unidos como se la cree generalmente, sino que son principios que se hacían sentir con el nacimiento de América, ya que sin ellos ésta no habría podido mantener su independencia. Todo lo que hizo el





mensaje de 1823 fué condenar esas ideas, exponerlas con énfasis y por un pueblo que desde entonces se mostraba dispuesto á ser campeón y sostenedor de ella. Tiene así todos los caracteres de una ley internacional.

Á pesar de que Estados Unidos ha sido su más ardiente y constante defensor, los estados latinos de América la han defendido á su vez con no menos energía y eficacia, especialmente la Argentina y Chile.

En nota 23 de noviembre de 1861, declara la República Argentina que en caso de atacarse la libertad de un estado americano ella sería una vez más el primer soldado que se presente para sostener el honor y dignidad de la causa americana.

Una declaración análoga hizo Chile al gobierno de España con fecha 28 de mayo de 1864, cuando éste ocupó á título de reivindicación las islas Chinchas pertenecientes al Perú.

Más adelante el conferencista dijo:

Los estados latinos de este continente se consideraron una familia de naciones no sólo para sostener ante la Europa los tres principios á que acabo de referirme, derecho adquirido á la independencia, de no intervención y no colonización del Nuevo Mundo, sino también para fines más elevados.

No teniendo en su pasado histórico esas rivalidades que han creado abismos seculares entre los países del viejo continente, y habiendo nacido al calor de principios fraternales, desde los primeros años de emancipación creyeron que podían constituir una verdadera sociedad internacional jurídicamente organizada. Toda la América española constituiría una confederación en que los derechos y deberes recíprocos de los estados estarían claramente determinados; en que la paz reinara para siempre evitando los horrores de la guerra.

Las declaraciones de los diversos estadistas de aquella época, y los congresos internacionales que entonces se celebraron porven de manifiesto esa tendencia, idealista, es cierto, pero fe-

cunda en lecciones, sobre todo para mostrar las necesidades que entonces sentía este continente y los medios estimados más adecuados para satisfacerla.

Desde 1810, el estadista chileno Egaña, en el proyecto de una declaración de los derechos del pueblo de Chile á que antes me he referido, tuvo ideas hermosas sobre este punto, que merecen ser conocidas de los hombres de estudio.

En análogos conceptos abundó ese mismo año Alvarez Jonte, el primer delegado argentino ante la junta de gobierno de Chile; y el año siguiente, manifestó nuestro representante Prieto ante el gobierno de Buenos Aires, iguales sentimientos y propósitos.

Fuera de esta idea de confederación general, la hubo también de confederaciones parciales. Ninguna fué más acariciada por los hombres de estado de los comienzos de la emancipación, que la de Chile y la Argentina, países cuyos destinos los veían naturalmente unidos á pesar de la magnitud del obstáculo que la naturaleza había puesto entre ellos.

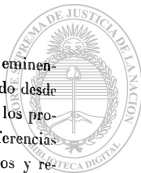
Al hablar de las relaciones recíprocas de los estados europeos, dijo que diferían sensiblemente de las mantenidas por los americanos, especialmente porque desde su emancipación éstos se hallaron en presencia de problemas internacionales netamente americanos. Habló del reconocimiento de la independencia de los pueblos de este continente por los estados europeos, haciendo interesantes observaciones al respecto, y terminó así:

Desde el último tercio de la pasada centuria, la vida internacional americana presenta una nueva fisonomía.

Los litigios de frontera tienden á desaparecer, resolviéndose pacíficamente; las complicaciones internacionales provenientes de las guerras civiles se hacen también más raras á causa de que son cada vez menos frecuentes estas guerras.

La facilidad de los medios de comunicación, el desarrollo económico de estos países, los progresos de la civilización, han hecho nacer nuevamente la idea de solidaridad continental, pero





no ya sobre una base utópica como antes, sino sobre una eminentemente positiva: la vinculación de esos países, sobre todo desde el punto de vista económico, y la solución uniforme de los problemas que especialmente les interesa. De ahí las conferencias panamericanas, cuya importancia, programa de trabajos y resultados, no es del caso indicar.

Durante este mismo período de tiempo, las relaciones de los países de América con los de Europa, son cada vez más frecuentes, y tiende á confundirse la vida y civilización de ambos hemisferios.

Han subscripto los países de América con los de Europa, numerosas convenciones, asisten á las principales conferencias internacionales y se han adherido además á la mayor parte de los acuerdos de caracter universal celebrados por los estados de Europa elevándolas así á la categoría de mundiales.

Á pesar de esto, dos factores, que son los más poderosos vínculos de unión entre ambos continentes, suscitan á su vez, problemas bien característicos: la inmigración y los capitales europeos.

La primera suscita una incompatibilidad de intereses y un choque de legislación, en lo que se refiere á la nacionalidad de los hijos de extranjeros que nacen en suelo americano, ya que la legislación de los países de uno y otro continente, lo consideran como su nacional.

Los capitales extranjeros han dado origen, á su vez, á que los países europeos sigan con respecto á algunos de los de América, en materia de reclamaciones diplomáticas, una política que no siguen ellos en sus relaciones recíprocas. Para evitar en ciertos casos, esa política que va hasta la vía compulsiva, ha formulado el ilustre doctor Drago, gloria de su país, una doctrina que es célebre y que es conocida en el derecho internacional por el nombre de su autor.

No hace al acaso insistir ahora sobre los diversos y complejos

problemas que suscitan la inmigración y los capitales europeos y que de tanta importancia son en las relaciones internacionales de los países de América.

Una doble conclusión se desprende de lo que he expuesto hasta aquí, en sus líneas generales, sobre las transformaciones que ha experimentado la sociedad internacional en el curso del siglo XIX, y sobre el nacimiento y desarrollo de la sociedad internacional americana.

La primera, es que el derecho internacional para que sea verdaderamente una ciencia, y consiga los objetivos que se propone, es menester que se modele sin cesar sobre la vida de los estados, es decir, que siga en su estudio la historia diplomática, las convenciones celebradas por los diversos países, los usos y costumbres la política que desarrolla las grandes potencias y los móviles á que obedece.

La segunda y principal, es que la sociedad internacional americana ha nacido y se ha desarrollado en forma diversa que la Europa, que ha presentado y presenta una serie de situaciones y de problemas que le son bien característicos y á los que hasta ahora los publicistas han dado ninguno ó muy poco valor.

Estimo que no sólo es útil sino necesario que se estudie con la debida detención la vida internacional de nuestro continente: que de su conjunto se haga un todo que podemos denominar derecho internacional americano, sin que, excusado es decirlo, esta expresión deba ser mirada como un acto de hostilidad ó siquiera como el deseo de singularizarnos de la Europa.

Este derecho debe ser objeto de una enseñanza detenida en las universidades del nuevo mundo para que conozcamos en todos los aspectos la vida internacional, sirva de orientación á los políticos de estos países, fortifique la conciencia de la solidaridad americana y todos aprendamos á amar, con sinceridad y orgullo, á nuestra querida América.





PRIMERA CONFERENCIA
DEL
PROFESOR ENRIQUE FERRI



De acuerdo con el programa de conferencias (1), convenido entre el profesor Ferri y el decano doctor Bidau, tuvo lugar el 3 de agosto de 1910 en el salón de actos públicos de la Facultad, la primera conferencia del profesor Enrique Ferri.

Estaban presentes los delegados al congreso panamericano, el señor Jorge Clemenceau, el profesor Posada, el ministro Ramos Mejías, el rector de la Universidad doctor Uballes, el académico doctor Benjamín Victorica, consejeros, profesores y alumnos.

El consejero doctor Antonio Dellepiane en nombre de la Facultad, pronunció un breve discurso, poniendo al profesor en posesión de la cátedra.

«Helo aquí de nuevo, dijo el orador; ocupa un puesto que ha dejado desierto Luzzatti, llamado á desempeñar el gobierno de su país; he aquí al maestro, al pensador, al ciudadano, al combatiente, al varón». El doctor Dellepiane trazó la silueta moral é intelectual de Ferri, haciendo resaltar la fe robusta en el ideal latino, en el *immancabile avvenire*, en el infalible por-

(1) He aquí el programa : Primera conferencia : *La justicia social*. Sábado 6, segunda conferencia : *Las energías sociales*. Miércoles 10, tercera : *Las enfermedades sociales*. Sábado 13, cuarta : *Justicia penal preventiva*. Miércoles 17, quinta : *Justicia penal represiva*. Sábado 20, sexta : *Organización obrera*. Miércoles 24, séptima : *Legislación social*. Sábado 27, octava y última : *Bases sociológicas de la legislación y la política moderna*.



venir de la raza que inspiró á aquél un tan vivo amor y tan hondo interés por nuestro suelo y nuestro pueblo. Á la breve presentación, que se excusa de hacer por conceptuarla innecesaria del sociólogo que va á iniciar el curso, hace seguir el doctor Dellepiane la de la ilustre asamblea que recogerá la palabra inicial. « Aquí los representantes de veinte repúblicas americanas, aquí el gran demócrata Jorge Clemenceau, profesor de democracia en la tribuna, verdadera extensión universitaria, del Odeón (1); aquí Adolfo Posada, el sabio catedrático de derecho político, cuyas lecciones recoge atenta y aprovecha noblemente la juventud que se forma en las aulas de la Universidad de La Plata. »

CONFERENCIA DEL PROFESOR ENRIQUE FERRI

LA JUSTICIA SOCIAL

Illustri colleghi,

L'onore fattomi da questa gloriosa se pur giovane Università, di ospitarmi in questo sacrario della Scienza, per un breve corso di lezioni intorno alla Scienza sociale, e il piacere intimo e vibrante che suscita nell'animo mio il ricordo che, in questo mio ritorno tra voi, dopo due anni si fa più vivo, della cortese ospitalità vostra; l'onore e il piacere oggi sono più acuti e raddoppiano in me la emozione, suscitata dalle lusinghiere parole dell'egregio collega dott. Dellepiane or ora rivoltemi; e rende più vivo e più delicato il mio compito, già arduo, di una prima lezione sulla giustizia sociale.

Io non vengo a voi come maestro a scolari, ma da pensatore

(1) El señor Clemenceau dió una serie de conferencias en el teatro Odeón de Buenos Aires.

a maestri degnissimi. E la accoglienza vostra di oggi inciderà nell'animo mio una data inoblíabile; e tra i fiori più brillanti della mia carriera di pensatore e di scienziato questo sarà il più bello, il più simpatico, il più umano.

La presenza qui di una così insigne accolta di illustri uomini europei ed americani e la presenza degli illustri colleghi insegnanti universitari, mi trascina a ricordare una frase napoleonica, applicata al nostro campo: lo parlo ad un « parterre » di sovrani dell'intelligenza.

E sento che questo onore altissimo lo debbo unicamente all'amore che porto nella ricerca della verità nel campo della scienza, a traverso tutte le gioie e tutti i dolori inerenti al mio apostolato.

E la presenza dei delegati al congresso pan-americano, che rappresentano qui le tre Americhe, ricorda al pensatore la storia della vita delle civiltà storiche: da una parte il vigore, le volontà presenza di questi illustri signori da campo a noi di osservare il formarsi delle civiltà nuove dalla fusione nell'immenso crogiolo della vita delle civiltà storiche: da una parte il vigore, le volontà giovanili, dall'altra la coscienza della nobiltà delle tradizioni. L'energia americana ha bisogno di esser temperata dalla sapienza latina; anzi, l'uomo dell'avvenire sarà appunto la integrazione dell'energia americana e della sapienza latina. Perchè l'America possa sviluppare e mettere in valore la sua possanza economica è necessario che accolga la tecnica latina: è necessario che gli americani si rammentino di essere i figli del rinascimento italiano e della rivoluzione francese.

LA GIUSTIZIA COL G MAIUSCOLO

Debbo parlare della giustizia sociale. La giustizia! parola grande, sonora, simbolica; come la libertà, come la verità! Grande parola che però ha significazioni e termini così vasti, così





elastici, che ogni uomo, a seconda del proprio cervello e del proprio interesse, può metterci dentro tutto quello che vuole.

La nozione empirica, individualistica del diritto romano, cristallizzò la giustizia nelle massime note; ma il significato delle massime è volubile come è volubile la compressa anima delle genti. «unicuique suum». Sì; ma come stabilire dove veramente cominci o finisca il mio e il tuo? Se è facile proclamare la massima, difficilissimo invece riesce applicarla.

«Onesto vivere». E anche qui bisogna stabilire che cosa vuol dire e che cosa voglia intendersi per vivere onesto. Chi oggi non crede di vivere onestamente? Io ho conosciuto, per le tristi necessità dei miei studi dei delinquenti, ciechi nati della morale, i quali erano convinti di vivere onestamente.

Potrei parlarvi della giustizia metafisica, assoluta, eterna; della giustizia col G. maiuscolo; ma essa rimarrebbe egualmente, malgrado le parole grosse e sonore, la giustizia che gli uomini di stato, i legislatori, i cittadini debbono sforzarsi di raggiungere il più che possono.

C'è e qual'è l'archetipo della giustizia? Chi lo ha annunciato? Platone, no.

E i filosofi continuano ad uccidere volta volta tutti i loro sistemi; perchè la giustizia assoluta, la giustizia ideale, rimane una nobile ed altissima concezione; ma non è di mondo umano, non è della realtà.

Soltanto la giustizia sociale è umana, perchè avulsa dalla concezione empirica e metafisica da Galileo; dal metodo di Galileo che Bacone innalzò a sistema di osservazione costante, viva e palpitante.

La giustizia è energia e condizione di interessi reali; interessi che variano da uomo ad uomo, da terra a terra, col variare dei paralleli geografici.

L'America ha dato negli ultimi anni il pragmatismo; e sembrò concetto nuovo dell'intelligenza umana. Ma questo pratici-

smo, seppure si è elevato di fronte alle concezioni empiriche, dimentica che la scienza piuttosto che indugiarsi nelle applicazioni delle verità particolari, insegue le verità di utile superiore; verità che preannunziano l'avvenire, sospingono e sforzano le forme superiori del Diritto e della giustizia.

Non posso in questa dissertazione preliminare che accennare al tema; nelle lezioni che seguiranno, potrò sceverarne la tecnica. Oggi mi limiterò a dire che cos'è la giustizia sociale.

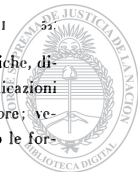
La giustizia sociale è la forza specifica che regola la società umana, come bene la definì il maestro venerato Roberto Ardigò; essa esce dalle viscere del popolo, cambia a seconda delle epoche e delle latitudini, ma balza dal cozzo delle realtà come da due sostanze chimiche messe insieme per affinità elettive esce una nuova combinazione, come per genesi naturale incoercibile esce la vita e la psiche degli individui e delle società.

Nè sapienza di filosofo, nè di legislatore può opporsi a questa giustizia sociale che sorge e sta, in ogni angolo ove un essere vive e palpita, opera e spera.

Dai due bisogni fondamentali della conservazione dell'individuo e della specie sorge l'interesse; dall'interesse sorge il diritto che è la formula legale dell'interesse. Quando il diritto tende a generare nel privilegio nasce la giustizia legale. La giustizia sociale nasce dal bisogno; quando degenera nel privilegio nasce l'urto, viene la giustizia, legale che diventa l'arteriosclerosi della giustizia sociale.

IL GIUDIZIO DI SALOMONE

La sapienza romana, quando pose a lato del diritto l'equità volle certamente ammonire che c'è sempre un largo spazio tra il diritto, che è assoluto, e la giustizia, che è relativa. Onde si presta a molte considerazioni il giudizio di Salomone, il quale decretò





che fosse tagliato in due il bimbo reclamato per proprio dalle due madri.

Quello non fu atto di giustizia: fu lo strattagemma di un Sherlock Holmes in anticipazione per scoprire qual fosse la vera madre. Ma non fu atto di giustizia. La giustizia è cosa assai più complicata che un bimbo tagliato in due. La giustizia è il riflesso del diritto sociale.

Il binomio eterno, cellula e ambiente, che diventa individuo e società, non sta e non vale per sè stesso; ma in quanto l'individuo è suscettibile di adattarsi alla vita sociale, a marciare alla conquista del pensiero sull'erta della civiltà; onde la possibilità di regolare, disciplinare, equilibrare; in una parola educare l'individuo e renderlo atto colle sue energie, coi suoi impeti, coi suoi istinti alla convivenza coi suoi simili.

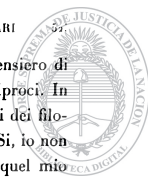
I fenomeni elettrici dell'atmosfera sgomentano colla loro minaccia distruggitrice l'umanità: viene Franklin, inventa il parafulmine, disciplina quelle energie paurose; viene l'opera dello scienziato e l'elettricità si piega ai bisogni dell'uomo, in energia motrice e in luce: elemento di spavento e di morte trasformato in elemento di vita e di civiltà.

Dall'alto monte scende precipita e disordinato il corso delle acque; si fa torrente, diventa fiumana, straripa, abbatte, distrugge; porta la morte, la desolazione dovunque. Il pensiero umano interviene: la scienza indica: si incanalano quelle acque ruinanti a valle, e allora esse scendono ordinate a umettare ovunque, a fecondare, a beneficiare.

questa d'erbe famiglia e d'animali

Così la volontà della folla, che può paragonarsi al fulmine se sbrigliata e disordinata, diventa, se incanalata nel sentiero della civiltà, energia feconda di lavoro e di idee.

E allora, se la giustizia è educazione e adattamento di individui e di ambiente, qual'è la sua formola di legge precisa?



Il collega dottor Dellepiane ha ricordato un mio pensiero di due anni or sono, sulla coincidenza degli interessi reciproci. In questo tempo io ho cercato studiando la vita e i trattati dei filosofi, per vedere se il mio pensiero fosse bene apposto. Sì, io non ho nulla da modificare, non ho nulla da cambiare a quel mio pensiero: la giustizia sociale è la coincidenza degli interessi reciproci.

E si può pensare come ad un riflesso lontano al quadrato delle forze dei matematici. L'oggetto che è in esso quadrato rimarrà nel giusto mezzo se i lati posseggono una forza eguale d'attrazione, si sposterà invece da un lato, se la forza d'attrazione di quel lato sarà soverchiante. E questa espressione di forze noi la possiamo scorgere ognora nel caleidoscopio della vita.

La giustizia sociale è la moderatrice della lotta per la vita.

La lotta per la vita la si combatte tanto da chi segue i criteri sociali quanto da chi la segue con le forme del delitto.

Qual'è la differenza?

Platone stabilisce in cielo la giustizia; ma noi non possiamo fotografare in tutti i suoi aspetti questa lotta e soltanto possiamo affermare che una azione è onesta e giusta a seconda che essa azione è o no in coincidenza cogli interessi della eguaglianza sociale.

Eguaglianza, non livellazione.

La eguaglianza assoluta non è che una figura rettorica, o una significazione nobilissima del nostro pensiero, che ci spinge a ricercare, ad inseguire forme più alte di vita. Ma vi saranno sempre i biondi e i bruni, i grassi e i magri, gli alti e i bassi, gli intelligenti e i meno intelligenti, i volitivi e gli abulici. L'eguaglianza assoluta è un mito: non vi sono due cose sole che siano eguali.

Il diritto non è che una proporzione da uomo ad uomo.

Se il mio pensiero scientifico fosse metafisico, io avrei potuto presentare la giustizia in forma solenne, rivestirla di parole gre-



che, adornarla di definizioni magniloquenti; ma io invece le cose le chiamo col loro semplice nome.

Lo spettacolo meraviglioso del secolo XIX fu l'alterna battaglia dell'anima popolare tra il bisogno e l'interesse, e della scienza che vede e segna la proporzione tra l'interesse e il diritto.

Ora basta guardarsi intorno per vedere come l'anelito di tutti sia rivolto a trovare e ad affermare questo contemperamento tra il bisogno e il diritto, il diritto e la giustizia.

Si suol dire che l'atomo sociale è l'individuo e la cellula è la famiglia; ma sarebbe più esatto il dire che l'atomo della società è l'individuo sociale.

Occorre che i bambini imparino sin dalla nascita le norme della sociabilità; occorre che ognuno si convinca come non vi sia nè vi possa essere un interesse individuale in contrasto col l'interesse sociale.

In questa Buenos Ayres, la seconda città latina per numero di abitanti, il cittadino deve adattarsi, per risparmio di tempo e a scanso di pericoli, a tenere la destra o la sinistra, per non incontrarsi colla gente che fa ressa e per sfuggire i trams e i veicoli. Qui non c'è posto nè per il superuomo di Nietzsche, nè per l'unico di Max Stirner. Qui, come dovunque, deve regnare e regna l'adattamento, che permette di camminare spediti e fa coincidere gli interessi dell'unico con quello del mite cittadino che va a diporto a godersi il sole portegno.

Nel commercio si aveva l'idea che l'utilità e l'interesse consistessero nell'ingannare il contraente. Non si riusciva a comprendere che la giustizia e l'interesse stavano appunto nel criterio che chi compra bene, deve pure vendere equamente.

Il venditore di un cavallo pensava di aver conchiuso un ottimo affare, facendosi pagare il cavallo ad un prezzo maggiore del valore reale.

E non pensava che l'acquirente non sarebbe più ritornato, quando si fosse accorto della frode commerciale subita.

Si credeva anche sapienza commerciale la frode fra nazione e nazione, oltre che fra singolo e singolo.

Ma il fatto ha dimostrato che solo le nazioni che hanno saputo conservarsi oneste negli scambi, rimangono le preferite nei mercati internazionali.

Così la legge sociale è entrata nell'istituto della famiglia. E il padre che secondo il diritto quiritario godeva del «jus vitae et necis», ora vede la società che varca la soglia di quello che era il suo dominio, perchè ha dei diritti e vuole affermarli e difenderli. Così il padre che volesse lasciare per sua volontà i figli nell'ignoranza si vede imporre dall'interesse sociale l'obbligo di istruirli; perchè c'è coincidenza d'interessi tra il diritto del padre e il diritto della società.

E l'Inghilterra, i cui cittadini affermarono di voler essere Re nella propria «home», ora ha visto sanzionata la legge dell'infanzia che viola quello che era ritenuto il sacrario dell'autorità individuale e vede gli agenti della società che vanno a controllare se dinanzi ad ogni stufa vi sia un ostacolo che impedisca ai bimbi di scottarsi; una legge che dà il diritto ai «policemen» di strappar la sigaretta dalle labbra pallide dei ragazzi che credono di spendere bene il proprio tempo asciugandosi i polmoni, piuttosto che oprando o studiando. Così anche il cittadino inglese, anche questo re deve cedere dinanzi agli interessi coincidenti dell'individuo e della collettività.

IL FEMMINISMO

E così potrebbe dirsi del femminismo: di questo movimento che si accentua fra le donne americane, e per lo più fra quelle dell'Europa settentrionale. Esse hanno ragione di affermare la loro personalità giuridica e politica. La giustizia non può esser metà norma e metà tenebra, e nessuna ragione avvi ad escludere da essa una metà del genere umano.





Ma le femministe non debbono dimenticare che oltre ai diritti che reclamano, esse debbono pensare a garantire l'augusta altissima funzione della maternità; e armonizzare essa funzione coll'uso di quei diritti.

Molti si sono spaventati e si spaventano delle esigenze del femminismo: non c'è di che; la maternità s'incaricherà essa medesima di porre un giusto limite agli eventuali eccessi.

Nella Ville lumière, a Parigi, abbiamo già donne avvocati e donne vetturini. Gli avvocati di genere mascolino, cercarono e trovarono un mondo di ragioni ideali, sociali, morali per scongiurare il pericolo che la donna potesse patrocinare; ma erano scuse. La verità vera era che i colleghi temevano che nessun giudice potesse resistere alla perorazione fatta da un avvocato con occhi stellanti.

Invece... non avvenne nulla. Quei colleghi non pensarono che, in date occasioni, le donne avvocate, almeno per nove mesi, non possono vestire la toga; come i vetturini che temevano la concorrenza, ignoravano che ci sono dei giorni in cui la rigidezza della temperatura non permette alla donna di far d'automedonte.

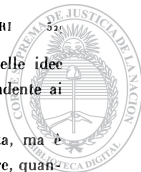
L'opera del legislatore è inutile. Le leggi della giustizia sociale non consentono nè spinte, nè arresti; esse si svolgono, divengono e si affermano per dinamismo libero e spontaneo.

Nel campo politico rimane ancora la vecchia lotta tra il principio d'autorità e il principio di libertà: gli uni vogliono lo stato padrone assoluto, gli altri vogliono l'individuo completamente padrone di sè.

La verità non è nè con gli uni nè cogli altri.

Invano Spencer nell'Inghilterra, in nome dell'individuo protesta che la libertà si volge alla schiavitù: lo statu e l'individuo si armonizzano; e creano insieme le provvidenze atte a sospingere la vita in una proporzionalità di atti e di desideri.

Una cosa sola rimane assoluta, eterna, in tutti i campi: l'idea. Nel mondo sociale non può esserci altra realtà assoluta che essa.



Vane le leggi, vana la violenza: soltanto dal cozzo delle idee contrapposte può sprigionarsi l'idea vera, l'idea rispondente ai bisogni di una epoca e di un popolo.

La repressione delle idee è quindi non solo ingiusta, ma è vana. Soltanto allora la società ha il diritto di intervenire, quando l'idea si tramuta in principio di azione o diventa azione: quando gli atti individuali si sovrappongono agli atti sociali.

GIUSTIZIA SOCIALE E GIUSTIZIA PENALE

E resta evidente la differenza che passa tra la giustizia penale e la giustizia sociale.

La giustizia penale è sempre, in tutti i casi, una violenza: la giustizia sociale è materata di tolleranza. Meno giustizia sociale, porta di conseguenza un aumento di giustizia penale: se non volete colpire non avete che un mezzo: aumentare la giustizia sociale.

La giustizia penale ha una strana somiglianza colla chirurgia: tronca l'albero che non seppe educare.

Per questo l'oratore, sociologo criminalista non credette mai nella pena di morte: egli che per ragioni dolorose professionali dovè assistere ad una esecuzione, ne riportò una impressione di orribilità indimenticabile.

Io parlo in presenza di Giorgio Clemenceau, di questo superbo uomo di stato e di civiltà; ed è con dolore che debbo notare come l'Italia che da un ventennio abolì la pena di morte vide diminuire appunto quei delitti che i fautori di quella pena temevano fossero aumentati; mentre la Francia che per una deformazione passeggera dell'anima popolare non potè quella pena abolire, vede crescere ogni giorno i crimini più spaventevoli: la pena di morte, come ogni forma di repressione violenta, non può che influire sinistramente sulla educazione di un popolo.



LA GIUSTIZIA SOCIALE NEL CAMPO ECONOMICO

Osservate adesso le due grandi classi: la classe che lavora e la classe che fa lavorare.

Il concetto antico elevava il diritto del padrone sino alla schiavitù di chi lavorava. Ma l'esperienza ha dimostrato che l'interesse del padrone sta nell'indipendenza dell'operaio.

I capitalisti credettero di giovare ai loro interessi pagando male e trattando peggio gli operai; ma ora vanno accorgendosi che l'operaio è redditizio in ragione diretta dalle sue condizioni e che l'operaio che è bene retribuito, che è ben nutrito, che è istruito, che ha un orario di lavoro limitato, rende molto più dell'operaio mal pagato e mal tenuto.

Anche qui la giustizia sociale sta nella coincidenza degli interessi tra padroni ed operai. Il diritto operaio è un diritto in formazione; è il grande dramma legislativo del lavoro, il problema che noi illustreremo, perchè si riconnette al grande problema della terra che è per voi, argentini, problema vitale.

Anche per l'emigrazione la giustizia sociale è il punto matematico che oscilla nel quadrilatero delle forze. È la coincidenza tra gli interessi del paese e quelli dell'emigrato. L'emigrazione, come la fiumana, segue la pendenza più favorevole.

È inutile ogni reclame, è inutile far magnificare la terra, se essa non risponde agli interessi dei lavoratori che debbono venire. Bisogna che all'emigrante siano fatte condizioni migliori di quelle del paese natio o di quelle d'altri paesi.

I contadini, gli operai, credono soltanto alle lettere di coloro che sono già sul posto; i quali scrivono: qui si sta bene o qui non si sta bene.

Vano è per l'Argentina sperare in una emigrazione stabile e permanente se non si avrà il coraggio e l'avvedutezza di dare la terra e le ampie garanzie a coloro che dovranno fecondar-

la. Finchè gli emigrati non si sentiranno padroni, l'Argentina non potrà fare assegnamento sul valore della sua terra.

Verranno ogni anno in ventimila ma ritorneranno via; alberi senza radice. Soltanto la proprietà della terra dà all'emigrante il senso di aver terminata la sua peregrinazione sulla terra.

Così, nel diritto internazionale, la giustizia sociale non istà nel prepotere di un popolo o di una razza.

I romani vincitori non approfittavano della vittoria, ma davano ai vinti il diritto di cittadinanza: cittadini di Roma, cittadini d'Italia, cittadini delle Colonie; ma tutti erano chiamati a partecipare della vita di tutti sotto la protezione di Roma. E rispettavano dei vinti gli dei e i costumi; e tutti gli iddii ebbero la loro nicchia al lato di Giove.

Così l'Inghilterra, pochi anni trascorsero d'allora, quando mosse guerra al generoso ed eroico popolo dei Boeri, la mosse perchè essa sapeva di poter mettere in valore l'oro e i diamanti che giacevano sotto la terra che i Boeri coltivavano a pascolo.

Ma quando l'Inghilterra vinse non dimenticò il diritto dei vinti, ed oggi i generali che condussero il popolo contro gli inglesi sono stati chiamati alla direzione della pubblica cosa.

E rimane a vostra gloria, o argentini, la proclamazione di giustizia sociale fatta nel 1870 dall'Argentina quando, vinto il Paraguay dalla triplice formata dal Brasile, dall'Uruguay e dall'Argentina, questa volle stabilito un altissimo assioma:

La vittoria non dà diritto!

CONCLUSIONE

L'oratore volge alla fine del suo discorso. E dice che, raccogliendo le vele vuol ricordare che la dottrina di Monroe: l'America agli americani, fu accolta come un postulato di libertà e di indipendenza da tutti gli uomini liberi d'Europa, e specie dagli italiani; perchè essa non era che la ripetizione del pensiero





che guidò Mazzini, Garibaldi, Cavour a fare l'Italia degli italiani.

Ma se il diritto dell'America dovesse anch'esso degenerare nel privilegio, esso rappresenterebbe pure l'arteriosclerosi della potenza americana.

Non si può nè si deve dimenticare che se l'America è più forte l'Europa è più nobile.

Si dice pan-americanismo, pan-slavismo, pan-germanismo: non si dice pan-inglesismo perchè... sarebbe inutile.

Pure nella mitologia era rappresentato con piedi di capra e fronte bella di azzurro; e voleva significare che l'uomo, attaccato alla terra dai bisogni, deve sempre erger lo sguardo al cielo azzurro.

Bisogna che la giustizia sociale sia soprattutto il rispetto dell'ideale, di ogni ideale.

Senza ideale la vita umana non sarebbe che una grande forza senza giustizia.

E noi appunto crediamo nell'ideale perchè, come la giustizia di oggi è migliore di quella di ieri, speriamo che quella di domani sia migliore di quella di oggi.

La giustizia sta più in alto dei libri e delle leggi. Essa è l'eterno Aasvedro che non può arrestarsi.

E l'on. Ferri chiude con una perorazione superba coronata dal ricordo carducciano:

...amate,

È bello il mondo e santo è l'avvenire.

PALABRAS DE M. CLEMENCEAU

Invitado á hablar, M. Clemenceau dijo: que su posición era difícil después de haber escuchado la alta elocuencia de ese gran espíritu y de ese gran corazón que se llama Enrique Ferri. Vosotros, agregó, sois jóvenes y, como tales, pasaréis muchas vicisitudes en la vida; pero jamás olvidéis, por eso, el alto ideal de vida que os ha presentado en su conferencia con una palabra tan hermosa, tan penetrante y tan sugerente, el elocuentísimo Ferri.

CONFERENCIA DEL S^r RAMOS PEDRUEZA

DELEGADO MEXICANO AL CONGRESO PANAMERICANO



Á invitación del decano de la facultad doctor Eduardo L. Bidau, tuvo lugar el 22 de agosto de 1910 la conferencia del licenciado señor Antonio Ramos Pedrueza, delegado de Méjico al congreso panamericano y profesor de la universidad de su país.

Presentó al conferencista el consejero doctor Leopoldo Melo, con el siguiente discurso :

I

Señor decano,
Señores :

Esta tribuna va á ser nuevamente honrada con la palabra de un ilustre profesor, el señor Antonio Ramos Pedrueza.

El se propone presentaros el concepto del delito de homicidio mirado, no al través de las clásicas fórmulas empíricas que los legisladores europeos durante la mayor parte del siglo anterior catalogaron en los códigos como remedios sociales, sino con el criterio nuevo de una democracia americana, del pueblo de la república de Méjico.

Os hablará también sobre la futura penalidad del delito de homicidio, tema que encarna palpitantes problemas de la ciencia penal enca-



minados á desentrañar el criterio que debe reemplazar á las teorías de la expiación y de la enmienda á término fijo, predominantes en las leyes en vigor.

« La muerte traerá aparejada la pena de muerte cuando haya precedido, acompañado ó seguido á un otro crimen. En los demás casos el culpable de muerte será castigado con trabajos forzados á perpetuidad », proclamó el legislador francés en los comienzos del siglo pasado, como artículo 304 del Código penal, y si se toma como punto de comparación esta vetusta regla y se la refiere á las conquistas de la ciencia penal, se notará cuán lentamente se viene realizando la evolución legislativa en esta rama de las instituciones sociales.

El nuevo concepto de la justicia social reclama urgentemente nuevas soluciones legislativas.

Dos escuelas se disputan actualmente la autoridad científica para señalarlas.

La positiva antropológica, cuyo jefe es hoy el ilustre profesor Ferri, y cuyas conclusiones son demasiado conocidas para que me detenga en indicarlas, y otra escuela, más moderna aun, que ve en la legislación criminal un procedimiento de política social, escuela que se designa en Alemania, país de su cuna, con el nombre de *Kriminal politik* y en Italia *Terza scuola*, teniendo como principales sostenedores en la primera nación al profesor de la universidad de Berlín, Franz Von Liszt, y en Italia á Bernardino Alimena, profesor de derecho criminal en la Real universidad de Módena.

Esta *Terza scuola* considera que existe en la positiva un grave vacío en lo que se refiere á los criminales pasionales y de ocasión, dado que imponiéndose la pena al delincuente, no al delito, la lógica tiene que conducir forzosamente dentro del criterio de la escuela positiva á liberar de toda pena á los autores de delitos por ocasión que no presentan las anormalidades del tipo criminal.

Ella reclama, según las enseñanzas de Liszt: la restricción de las penas privativas de la libertad para hacerlas más eficaces; la supresión en lo posible de las penas que priven de la libertad por corto tiempo como inútiles dentro del concepto moderno de la penalidad; la diferenciación del régimen de la pena según el carácter del agente; el pronunciamiento de sentencias que permitan la diferenciación del régimen de la pena y aun su acortamiento, según el carácter y conducta del detenido; y la reforma en el personal de funcionarios encargados de apli-

car las penas en el sentido de que sean aptos para aquilatar las condiciones del agente.

La observación diaria nos ha enseñado, expresa Liszt, que las causas sociales de la criminalidad no se modifican por los esfuerzos que se hagan para mejorar al individuo criminal; que la criminalidad como fenómeno de patología social no recibe ninguna modificación sensible de este hecho, de que docenas ó centenares de criminales salgan enmenados de las prisiones y que, por consiguiente, la pena no es más que uno de los medios de lucha contra el crimen y que está lejos de ser el más eficaz y que, por lo tanto, la política social constituye la parte más importante de la política criminal.

Yo no os hablaré aquí de las críticas del profesor Ferri á esta escuela nueva, de la defensa de ella en Italia por el profesor Alimena, ni de las severas réplicas á las doctrinas de la escuela positiva contenidas en los tratados alemanes de Bar, sobre *El delincuente*, y de Jager sobre *El problema del delito*, porque sería convertirme en disertante.

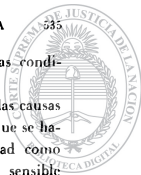
En presencia de esta apasionada controversia me limitaré simplemente á recordar el pensamiento de un ilustre sabio contemporáneo, de que: la alta placidez de la ciencia sólo es posible con una crítica imparcial que, libre de prejuicios, dirija sus investigaciones, sin ira y sin piedad.

II

Me ocuparé ahora brevemente de nuestro Instituto y del profesor á quien tengo el honor de presentar.

No han transcurrido aun muchos años desde la época en que un ministro de instrucción pública en Francia, sacando vanidosamente su reloj, en presencia de sus tertulianos, exclamaba con un cándido orgullo: «En esta hora se dicta un tema en latín en todos los liceos de Francia.»

Esta enseñanza uniforme y mecánica, exponente de un concepto de absolutismo pedagógico, dominó también en las universidades, y fué necesario que voces tan autorizadas como las de Saleilles y Esmein se levantaran en contra de planes de estudios que habían inmovilizado á las Facultades dentro de una enseñanza encadenada á los códigos y al comentario formulista de normas jurídicas, en muchos casos reflejos de situaciones pasadas ya, y que prescindían en sus investigaciones de la





observación de los fenómenos presentes por los que palpitaba y se manifestaba á diario la vida social.

Los altos centros universitarios de la América constituyen la piedra angular de sus instituciones democráticas y no vacilo en afirmar que el abandono en el pasado por las universidades, de sus funciones directrices y su inmovilización imitadora de antiguos modelos europeos, ha contribuido á prolongar el período de las violencias y retardo al advenimiento de la era superior en este continente.

Esta convicción se impone escudriñando el pasado de las naciones del otro continente y desentrañando las enseñanzas que nos ofrece la historia secular de su desenvolvimiento social, enseñanzas que debemos aprovechar para encauzar nuestra ascensión dentro de normas de justicia y de solidaridad que, aunando las energías individuales, excluyan toda lucha violenta de intereses ó de clases, preparando estadistas, legisladores y magistrados, capaces de comprender en sus distintos aspectos los fenómenos sociales.

Es por ello que esta casa recibe complacida el concurso de los que vienen á enriquecer su laboratorio con el resultado de la observación y experiencia en otras sociedades.

Y en este caso el maestro agrega á los prestigios del saber el de los afectos derivados de la patria y de la raza.

Se trata de un hijo de la antigua América española, de la parte denominada entonces Nueva España, hoy República de Méjico, y que representa á esta nación como delegado á la Cuarta conferencia panamericana.

Profesor durante diez años de filosofía del derecho en la universidad de Méjico, representante del ministerio público ante el jurado por espacio de ocho años, actualmente profesor de derecho penal y autor de varios estudios sobre esta rama del derecho y sobre filosofía, y diputado al congreso federal, con la sobria y sencilla elocuencia del estudioso, nos ilustrará sobre el resultado de las investigaciones enriquecidas con el caudal de datos recogidos en un largo período de funciones directrices, en la cátedra y en la vida pública.

Los genios superiores que en la jornada emancipadora con su pensamiento y sus energías formaron el mapa político de la América dejando á la posteridad — según una feliz expresión — como monumentos vivientes de esa era de lucha titánica las repúblicas que se extienden en esta parte del globo, no se detuvieron ante fronteras territoriales, sino que lucharon por una América democrática y libre.

El más alto y puro homenaje que puede, pues, tributarles esta casa, en este año de tan hondos recuerdos, es constituirse en tribuna del pensamiento científico de la democracia americana, fundidos sus ideales en anhelos comunes al calor de la inteligencia y de la verdad.

Doctor Ramos Pedrueza : en nombre de la casa, os dejo en posesión de la cátedra.

CONFERENCIA DEL S^r ANTONIO RAMOS PEDRUEZA

EL DELITO DE HOMICIDIO EN LA LEGISLACIÓN MEJICANA

SU FUTURA PENALIDAD

El doctor Ramos Pedrueza antes de tratar el tema objeto de su conferencia, pronunció algunas palabras agradeciendo la distinción de que era objeto al invitarle a ocupar esa cátedra, y la satisfacción que experimentaba al verse en presencia de los alumnos de la Facultad que venían á escuchar su disertación, pues ello se traducía en su espíritu en una cariñosa prolongación de su aula en la Universidad de Méjico, al mismo tiempo que era un motivo de grato recuerdo que venía á sumarse á los muchos que conservaba de este país durante su estadía en él.

El verdadero enunciado de su conferencia era « El delito de homicidio ante la ley penal mejicana. La penalidad futura de este delito », y comenzó por manifestar que la elección de este tema significaba el deseo de dar á conocer un detalle de una de las ramas más importantes de la legislación de Méjico. Habló en seguida de la crisis por la cual atravesó el derecho penal, describió la tarea que se impuso la escuela clásica y la importancia actual y perenne del estudio del delito como entidad abstracta, y para comprobar esta tesis el conferencista hizo un estudio minucioso del fenómeno social llamado delito, descomponiéndolo en sus tres aspectos fundamentales : el hecho criminal, el





perjuicio individual y colectivo y la naturaleza del delincuente.

Después de hacer rápida y sobriamente este análisis, entró á demostrar que si la escuela clásica había sido impotente para estudiar y precisar en términos exactos la naturaleza del delincuente, no lo había sido para el hecho criminal, siendo una obra perfecta su clasificación metafísica de las infracciones. Desarrolló el orador esta teoría con una argumentación sólida y convincente, y después entró á estudiar la definición de homicidio en el código penal mejicano, que clasificó de perfecta, pues ella concretaba el delito en sus términos más completos. De igual modo hizo resaltar las definiciones de alevosía, premeditación y ventaja, haciendo resaltar la minuciosa y concienzuda que había sido la tarea del legislador mejicano al contener en lindes precisas las características de cada una de esas causas, para terminar demostrando que pocos códigos, dentro de los cánones de la escuela clásica, habían llegado á la perfección del código de Méjico.

Permitidme ahora, señores, continuó el doctor Ramos Pedrueza, abandonar el terreno de las concepciones estrictamente jurídicas, para entrar á describir la fisonomía especial que presenta en Méjico el homicidio. Esta parte de la conferencia fué en extremo interesante, pues el orador describió con abundancia de datos y detalles los antecedentes sociológicos, económicos é históricos de Méjico, demostrando cómo el hombre del pueblo de ese país sentía el culto del valor robustecido por un atavismo que se perpetuaba á través de muchas generaciones y como resultado de las luchas por la independencia en que el ardor patriótico y la necesidad de improvisar soldados que defendieran la causa de la independencia, creaba hombres de valor, temerarios y de hondo coraje. Ese culto del valor transmitido á través de las edades dura aun hoy, pero del valor que se traduce en hechos inmediatos y sumarios, desaparecida casi por completo, la alevosía, la premeditación, si no en forma de crímenes inesperados, repentinos, sin

más antecedentes que una disputa violenta al salir de la taberna, excitados los nervios por el alcohol.

Llegó así el conferencista á dibujar con rasgos precisos la psicología del tipo hombre del pueblo en Méjico y presentar la explicación clara y sencilla de la clase especial de delincuencia en este país, de los delitos de sangre.

Tocó luego el punto de los homicidios pasionales, y después de explicar la pasión de los celos como el fruto de un egoísmo repugnante por lo que contiene de brutal y por ello mismo menos digna de disculpa de otras pasiones para las que las leyes tienen atenuantes por lo que significan como factores en la comisión de delitos, dijo que en Méjico todos los crímenes pasionales son cometidos por hombres, á diferencia de muchos otros medios en que la mujer es también criminal pasional. Con este motivo describió la psicología de la mujer mejicana como resultado sociológico de la educación femenina en la Nueva España, donde la influencia religiosa ha obrado de tal manera sobre su espíritu, que son ellas las que en proporciones casi absolutas han moldeado su carácter y la han hecho tal cual hoy es.

El doctor Ramos Pedrueza entró después á estudiar la penalidad futura y presentó, para sostener la tesis de que una penalidad adecuada disminuye la criminalidad; dos ejemplos dibujados con precisión y con gran vigor lógico: la ley mejicana contra el « plagio », nombre con el que en aquel país se designa el secuestro de personas, delito que tuvo su apogeo en 1871 y que alcanzó proporciones gravísimas, al extremo de que los malhechores secuestraban en plena calle á las mujeres, poniéndose entonces como pena la inmediata de muerte con sumarios brevísimos, lo que dió por resultado la extinción completa de ese delito, y la reciente campaña judicial contra el duelo, que ha terminado por extirparlo del todo en Méjico. En apoyo de esta tesis, describió la formación de las sociedades nuevas de los Estados Unidos y los procedimientos sumarios para reprimir el delito, como el caso de la





ley de Lynch en San Francisco de California. Estudió la diferente penalidad contra el duelo por las leyes de Luis XIII y de Luis XV, el primero con la pena de muerte para los duelistas y el segundo con un castigo más benigno y de resultados más eficaces, y concluyó por presentar el cuadro de las diferencias entre la penalidad excesiva é inadecuada y la penalidad lógicamente establecida de acuerdo con el medio y el carácter del delincuente.

Al finalizar, el orador se refirió á los enormes progresos de las instituciones políticas en la República Argentina, y con palabras elocuentes, dirigiéndose á los alumnos, auguró para este país, en un porvenir no lejano, el nacimiento de instituciones penales perfeccionadas y notables que servirían de fuente de estudio para los países del viejo continente, al mismo tiempo que serían un robustecimiento del genio latino que florece con toda su pujanza, que ha nutrido la historia en la América latina y de un modo más asombroso en Buenos Aires, la que pronto quizás ha de ser la ciudad-luz de América, como de Europa lo es hoy París.

CONFERENCIA

DEL

LINCENCIADO LUIS PÉREZ VERDÍA

DELEGADO MEXICANO AL CONGRESO PANAMERICANO



El 2 de septiembre de 1910, el delegado de Méjico al congreso panamericano y publicista licenciado Luis Pérez Verdía dió en la Facultad una conferencia sobre « La constitución de Méjico y el juicio de amparo ». El vicedecano doctor Eleodoro Lobos presentó al conferencista con oportunas y conceptuosas palabras.

CONFERENCIA DEL SEÑOR LUIS PÉREZ VERDÍA

LA CONSTITUCIÓN DE MÉJICO Y EL JUICIO DE AMPARO

El señor Pérez Verdía comenzó por agradecer las frases del anterior, en las que, dijo, veía una muestra de aliento y de cortesía. Dijo que llegaba de un país que ha alcanzado plausible cultura y que se honra en haber sido el primero del Nuevo Mundo que contó con una universidad desde 1553, la que alcanzó tal brillo que no sólo Torquemada, á quien citó el doctor Lobos, sino desde antes ya el poeta Bernardo de Valbuena había cantado su esplendor en *La grandeza mejicana*.



Timbre de gloria para España, continuó diciendo el conferencista, fué haber abierto aquel plantel que sirvió de centro luminoso en la obscura noche colonial. Agregó, que iba á hablar de la constitución política de su país y del recurso de amparo, porque ello podría dar una idea del adelanto de la legislación de Méjico, relatando las luchas intestinas que para constituirse todos los países americanos tuvieron que sufrir, y refiriéndose á su patria, dijo : El trono imperial levantado con un andamiaje democrático, rodó bien pronto por el suelo; pero dejó en nuestras contien- das un germen funesto, porque el partido español transformado en conservador no quedó aniquilado por la derrota, sino que se presentó audazmente reclamando la parte que le había cabido en la victoria. Además la idea monárquica aborrecida por el recuerdo colonial, se presentaba con otro ropaje, defendida por otros campeones partidarios de Iturbide, con tanta obstinación y empeño, que, para destruirla de raíz, fué preciso años más tarde levantar en Querétaro el patíbulo del desgraciado vástago de los Hapsburgo, á despecho de las protestas de los partidos, de las amenazas de Europa, y de las amistosas súplicas de los Estados Unidos. Fué éste, dijo el conferencista, el estruendoso acto de justicia nacional, terrible, implacable, pero meditado y legítimo, que sirvió para reivindicar los fueros del derecho hollado.

El cadáver ensangrentado de Maximiliano, vino á ser una terrible amenaza para las naciones europeas, que, en el porvenir, intentasen levantar un trono, no sólo en Méjico, sino en cualquiera de las naciones, afianzando así la independencia de toda la América.

Habló en seguida de los orígenes de la constitución, que, dijo, había bajado al pueblo de los escaños de los legisladores, entre el estruendo de las armas y el fragor del incendio, como las tablas de la ley habían bajado del flamígero Sinaí.

Expuso á continuación los preceptos de aquél código con su significado y alcance, manifestando que para resguardar los de-

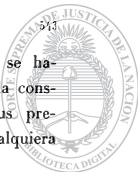
rechos individuales y evitar la colisión de poderes, se había instituido el recurso de amparo declarándose que la constitución era la suprema ley de la tierra y que sus preceptos debían resolverse contra las disposiciones de cualquiera autoridad que no se acomodaran á ella.

De esta suerte, continuó, los jueces mejicanos tienen como primera obligación antes que aplicar una ley, la de examinar su constitucionalidad. Para ese sólo efecto, deja en la jurisprudencia mejicana de aplicarse el viejo aforismo jurídico : « Tal juez no debe juzgar á la ley, sino de acuerdo con la ley. »

Mostró los antecedentes del juicio de amparo, encomiando su eficacia, porque, dijo, naturalmente contiene más eficaz protección una ley que un juez, y el ejemplo de don Juan de Lanuza, prefiriendo que se le cortara la cabeza antes que permitir al poderoso Felipe II transgredir sus fueros, vivirá en la historia como la más patente muestra del cumplimiento del deber y de la más noble abnegación.

Por último, el doctor Pérez Verdía, hizo presentes los procedimientos del juicio con su significación jurídica y terminó su conferencia expresando la satisfacción que había experimentado dando á conocer á sus oyentes una institución que, nacida en medio del pueblo inglés, tan celoso de su libertad individual, se ha desarrollado en Méjico echando raíces tan hondas, que es hoy la institución popular y querida en su país.

Agradeció á los presentes su presencia á escuchar su palabra y terminó poniendo de relieve, en frases que fueron calurosamente aplaudidas, su admiración por la República Argentina, de la que dijo que era honra de la raza.





CONMEMORACIÓN

DEL

CENTENARIO DE CHILE (1)



El Consejo directivo de la Facultad, en su sesión de fecha 5 de septiembre de 1910, resolvió, á indicación del consejero doctor Juan Agustín García, celebrar el Centenario de la Independencia de Chile, con una recepción en homenaje á la nación hermana y en honor á su digno representante en nuestro país, el excelentísimo señor ministro doctor Miguel Cruchaga Tocornal.

(1) Entre el señor ministro doctor Cruchaga Tocornal y el señor decano de la facultad, se cambiaron las siguientes notas :

Señor decano :

Recordar una fecha tan gloriosa como la de septiembre de 1810, y no despertar en la memoria la figura de los hombres que tomaron á su cargo la instrucción de los países que se conquistaban un puesto entre las naciones libres, habria sido no darle todo el alcance que era natural reclamara la celebración del centenario de ella.

Así lo comprendió el señor decano, sin duda, y por eso preparó tan delicada solemnidad con la fiesta del 19 del corriente, para que tuviesen su genuina expresión los votos de gratitud que argentinos y chilenos nos sentíamos impulsados á ofrendar á los progenitores de la vida universitaria de la Argentina y Chile.

Bien de manifiesto quedó allí como fueron ellos comunes de las dos patrias, como sus esfuerzos y el caudal de su ciencia se derramaron aquí y allá y cómo concibieron que los dos países deberían vivir en fortificante consorcio, para bien político é intelectual de sus hijos.

Merecido era, pues, nuestro homenaje ; y fué auspiciosa y amable la gentileza del



El acto se llevó á cabo en el salón de grados de esta Facultad el día 19 de septiembre del mismo año, con asistencia del señor ministro de Instrucción pública, doctor Rómulo S. Naón; rector de la Universidad, doctor Eufemio Uballes; decano de la Facultad de derecho de la Universidad de La Plata doctor Rodolfo Rivala; intendente municipal, don Manuel Güiraldes; académicos, consejeros, profesores y alumnos.

señor decano para contribuir con tan soberbia manifestación á hacer más apretado el abrazo que se han dado Chile y Argentina, en estos significativos y gloriosos momentos.

Quiera el señor decano recibir, en nombre del Gobierno, de las Universidades chilenas y en el mio propio, la más calurosa expresión de gratitud.

Miguel Cruchaga Tocornal.

Al excelentísimo señor Ministro de Chile, doctor Miguel Cruchaga Tocornal.

He puesto en conocimiento del Consejo directivo de la Facultad la nota con que V. E. se sirvió enviarme, en nombre del Gobierno, de las Universidades chilenas y en el suyo propio, la más calurosa expresión de gratitud por la recepción que, con motivo de la celebración de la gloriosa fecha del 18 de septiembre, se resolvió dar en esta casa en homenaje á la nación hermana y á su dignísimo representante en Buenos Aires.

Fué el propósito del consejo asociarse á los festejos del centenario de Chile y recordar en hora tan oportuna y propicia las memorias ilustres de los universitarios que de uno y otro lado de los Andes colaboraron en las grandes obras de la independencia y de la organización interna, especialmente de aquéllos que, acogidos con cariñosa hospitalidad en la tierra de V. E. desarrollaron allí, bajo la acción del ambiente favorable y del estímulo constante, las altas facultades que aplicaron más tarde al progreso de nuestra Universidad, poniendo de manifiesto, según la frase feliz de V. E., « cómo fueron ellos comunes de las dos patrias, cómo sus esfuerzos y el caudal de su ciencia se derramaron aquí y allí y cómo concibieron que los dos países deberían vivir en fortificante consorcio, para bien político é intelectual de sus hijos ».

Y en el deseo de que los conceptuosos discursos pronunciados el 19 del corriente en nuestro salón de grados sean conocidos y apreciados por los universitarios de ambos países, el Consejo ha resuelto hacer de ellos una edición especial en folleto.

Muy grato á los amables conceptos que para mi contiene la nota que contesto, reitero á V. E. las seguridades de mi distinguida consideración y particular aprecio.

E. L. BIDAU.

Hilarión Larguía,
Secretario.



DISCURSO DEL DOCTOR ANTONIO DELLEPIANE (1)

Excelentísimo señor ministro de Chile,
Señor ministro de instrucción pública,
Señor rector,
Señor decano,
Señoras,
Señores:

Por segunda vez, en este año del centenario, la Facultad abre sus puertas y congrega en el salón de sus actos solemnes un público selecto de altos dignatarios, de profesores y de alumnos, para honrar, en la persona de su representante, á una predilecta entre las naciones amigas. No responde, señor ministro de Chile, esta actitud, á un vano prurito de ostentación y de ruido. Sabíamos, desde luego, que universitario eminente como sois, tanto como diplomático distinguido, ningún homenaje á vuestro país tendría una repercusión más honda en vuestro espíritu como éste, que, florecido por la radiante belleza de nuestras damas é iluminado con el suave encanto de su sonrisa, os rinde la élite intelectual de la República. Pero la ceremonia encierra, todavía, un sentido más alto, que justifica plenamente la decisión de nuestro consejo directivo. La Facultad, en cuyo nombre hablo, se ha impuesto la obligación de no permanecer confinada en la torre de marfil de la erudición pura y las especulaciones abstractas. No queremos el divorcio entre la universidad y la vida. No queremos que la institución se mantenga extraña al medio que la nutre, á la sociedad que le confía la flor de su juventud, las generaciones gobernantes del mañana, para que sean edu-

(1) En representación del Consejo directivo de la Facultad.



cadadas en el ideal de la libertad y en el culto sacrosanto de la patria. Aspiramos también á señalar rumbos, á formar ambiente, dado que el mejor educador es el medio. He ahí por qué, señor ministro, nos hemos creído obligados á ofreceros esta demostración de índole patriótica, sin dejar de ser universitaria, acaso más patriótica, por lo mismo que universitaria, en cuanto la universidad, el *alma mater*, la madre de las almas, es, ó debiera ser al menos, el más firme custodio y el foco más intenso de alma por excelencia, del alma de la patria.

Justificado el acto á que asistimos, conduzcamos nuestro pensamiento, con sinceridad y seriedad, á los faustos sucesos que lo motivan: 18 de septiembre, 25 de mayo. Y ante todo, ¿por qué no la coincidencia ó, al menos, la mayor proximidad de ambas fechas, siendo así que tanto la revolución chilena como la argentina eran, desde mucho antes, inminentes en el hecho, porque se habían operado en los espíritus? Simple cuestión de psicología de los pueblos, contesta un ilustrado publicista chileno: « Los hijos del Plata — escribe Vicuña Mackenna — más fogosos que sus camaradas de este lado de los Andes, anticiparon el día y vieron ya, libres y rebeldes, la luz de su inmortal Mayo en aquel año. » Convengamos, señores, en que la explicación, sin dejar de ser exacta, en cierto modo, es un tanto unilateral y simplicista, ya que las circunstancias de actores y situaciones y hasta la misma posición geográfica, más ó menos aisladora ó vinculadora, se mezclan siempre en los fenómenos sociales é influyen los acontecimientos históricos. Como quiera que sea, el 18 de septiembre, como el 25 de mayo, constituyen efemérides gloriosas en los fastos del género humano, y no tan sólo de Chile y la Argentina, porque jalonean etapas necesarias en el ascenso de la humanidad hacia las cumbres de la civilización. El 25 de mayo, como el 18 de septiembre, representan momentos sucesivos de un gran proceso civilizador, instituído genialmente por Lafayette, y por él, también, felizmente designado



con el título de era americana, de era de la declaración de los derechos del hombre, porque, á diferencia del reconocimiento de derechos arrancado en 1688 al monarca inglés por sus súbditos rebeldes, en calidad de meros privilegios de sus antecesores, los americanos del norte, primero, y después los del sur, esculpían esos derechos en el pórtico de sus constituciones, con el carácter de derechos naturales, esenciales é inalienables de toda humana criatura.

La historia ha dado plena confirmación al juicio de Lafayette, mostrando que la independencia de los Estados Unidos fué sólo el primer estallido del colosal incendio que se conoce con el nombre de revolución Francesa, en honor del pueblo generoso y magnánimo propagador de un movimiento que, en realidad, tuvo carácter universal. Europa, primero, y las colonias españolas de América en seguida, participaron de la gran conflagración. ¡Bendita conflagración, señores, generadora de males momentáneos, de ruinas humeantes y de escombros, pero precursora también de un fecundo período de labor reconstructivo del cual ha surgido, en el espacio de una centuria, un orden distinto de cosas, un nuevo edificio social más sólido, más armónico, más bello también que el derruido!

Vedlo, si no, en nuestras jóvenes repúblicas. Comparad en lo económico, en lo político, la sociedad colonial y las nacionalidades del presente. Podemos hacerlo sin espíritu agresivo, en calidad de filósofos de la historia. Podemos hacerlo, aun en presencia del digno embajador español, puesto que el período de las mutuas recriminaciones entre España y sus colonias emancipadas pasó ya para no volver jamás, y tanto las hijas mayores como la augusta madre patria comienzan á sentirse orgullosas, la una de haber engendrado vástagos tan ricos de juventud y hermosura, las otras del ilustre, del hidalgo abolengo de su estirpe.

Vedlo, decía. En lo económico, el pasado colonial fué un compendio de errores, de rutina, de incultura, material y moral-



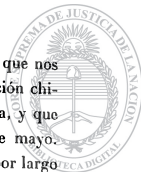
mente hablando. Los inmensos y feraces territorios de América, campo de una explotación primitiva, rudimentaria, no mucho más adelantada en su técnica y en sus productos que los de las civilizaciones indígenas abatidas por la espada tajante del conquistador, en cuyo pecho, blindado por la coraza, latía un corazón de temple tan recio como el acero toledano; una agricultura incipiente que arañaba apenas el suelo, á flor de tierra y en pequeñas extensiones, dejando las vastas praderas americanas sin otro cultivo que el de las plantas silvestres, sembradas por el viento ó por las aves del cielo, y sin otros ocupantes que los animales salvajes, que los ganados alzados, tan salvajes como aquéllos, que los perros cimarrones tornados en lobos, como únicos usufructuarios de los pastos y frutos naturales en la virgen floresta : tal es la fiel pintura de la economía colonial. Hoy el cuadro ha cambiado por completo, y, sin jactancioso alarde patriótico, podemos afirmar que la victoria se inclina á nuestro favor en esta lucha cuerpo á cuerpo con la naturaleza bruta, para transformarla en naturaleza civilizada. Hemos guerreado durante un siglo contra los enemigos naturales del hombre, la aridez, la fertilidad misma, tanto más dañosa, en ocasiones, cuanto más excesiva, las fieras, los parásitos, la distancia aisladora, el analfabetismo, los prejuicios, la indolencia, la pobreza sin ambiciones, y el resultado de esta lucha, nuestro herramientaje industrial, nuestra ingente y noble producción, la elevada cotización de nuestro crédito, proclaman, con la elocuencia irrefutable de los hechos, que, en lo económico, hemos dejado de ser un factor desdeñable, y que mientras nos llega la oportunidad de rendir un contingente artístico y científico valioso, nuestro aporte material, á lo menos, á la obra colectiva de la civilización, ha comenzado á pesar en los destinos del mundo.

En lo político, y malgrado deficiencias y lagunas, que la aspiración humana á lo perfecto quisiera ver colmadas de inmediato, el gobierno de la colonia, absoluto, exclusivo, intole-



rante, no resiste tampoco al cotejo con los actuales gobiernos americanos. Precisamente de la ineducación cívica, funesto legado del absolutismo colonial, de esta nuestra inexperiencia en el gobierno más difícil de todos, en el gobierno de sí mismo, han derivado nuestros desgraciados extravíos, nuestra confusión de la libertad con el desborde, con el derecho de ejercer una voluntad omnímoda y sin freno. Hemos tenido un doloroso calvario. Hemos pasado en esta *vía crucis* por las duras pruebas de la guerra civil sin cuartel, de la anarquía caótica, de la tiranía sangrienta y bárbara. Momentos hubo en que se llegó á dudar del porvenir y se buscó la salvación en el regreso al punto de partida; explicable, si no justificable apostasía, contra la cual se levantó indignada la protesta elocuente de Alberdí : « Aunque cansados de discordia, no queremos servidumbre, y pelearíamos mil años antes de volver á la esclavitud. No somos felices, muy bien; pero somos dueños de serlo; y alta dicha es la de no tener que esperar de ajena mano ni la felicidad ni el infortunio. » Y bien, señores: estas repúblicas de *South América*, escándalo un día de la Europa occidental, que, un tanto olvidada de sus propias convulsiones, contemplaba, entre sorprendida y risueña, el triste espectáculo de nuestros cuotidianos alzamientos, viendo como nos debatíamos en el desorden y oscilábamos, como un péndulo, entre la anarquía y el despotismo, esa misma Europa, trabajada ahora en sus entrañas por pavorosas fuerzas disolventes, considera ya con alguna mayor indulgencia estos tropiezos y caídas americanas, que, bien mirados, son condición inevitable del que intenta marchar hacia adelante, porque no se resigna y aviene á permanecer en el mismo sitio, amarrado por el grillete de tradiciones opresoras y respirando la atmósfera de injusticias asfixiantes.

Volviendo, después de esta ligera incursión á los dominios sociológicos, que espero se me perdone en gracia á mi patriotismo americano y á mi fe inquebrantable en los destinos históricos

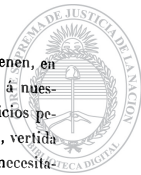


de nuestra América; volviendo, digo, al acontecimiento que nos reúne, es oportuno observar que la historia de la revolución chilena repite, punto por punto, los episodios de la nuestra, y que leerla es recorrer las páginas de oro de la epopeya de mayo. La irrupción napoleónica en la península fué la ocasión, por largo tiempo esperada, para tronzar cadenas y desatar ligaduras harto molestas y odiosas, así como el derrocamiento de Fernando y la constitución de juntas en la madre patria fué el oportuno pretexto para cohonestar la deposición de las autoridades españolas y la elección de los primeros gobiernos surgidos de la voluntad americana. Una característica, interesante de notar en esta circunstancia, presenta, sin embargo, la revolución chilena, y es la actuación prominente, en el movimiento inicial, de un grupo de patriotas oriundos de diversas regiones de América: el guatemalteco Irizarri, el peruano Egaña, el paraguayo Fretes y los argentinos Oro, Vega y Villegas. Á éstos se agregó después otro argentino benemérito, uno de esos héroes oscuros, y cuya acción en la historia suele pasar inadvertida, no obstante su innegable eficacia. Me refiero á don Gregorio Gómez, importante cooperador de los sucesos de septiembre, tan sólo por haber conducido á Chile, en calidad de emisario de la junta de Buenos Aires, la buena nueva de los acontecimientos de mayo, para lo cual tuvo que realizar la hazaña, no despreciable por cierto, de transponer la cordillera andina, cerrada ya por las nieves invernales, las que, si no hicieron desfallecer el ánimo de Gómez, fué, sin duda ninguna, porque el fuego patriótico de los hombres de la revolución era capaz de fundir hasta los ventisqueros. Gómez llegó, pues, á su destino, portador del microbio revolucionario, del que los chilenos no intentaron defenderse, que ántes bien corrieron á inocularse, como que andaban en busca de la dolencia, precipitando la constitución de la junta, la cual, no bien establecida, ofició á la nuestra en los términos siguientes: «Chile descansa en la sublime gloria de su



tranquilidad y se promete perpetuarla, cuando, estrechando sus relaciones con vuestra excelencia, pueda añadir, á los recursos con que se prepara contra cualquier invasión, las luces y auxilios de la generosa é inmortal Buenos Aires. » ¡Hermosa, sublime fraternidad de las horas inciertas y angustiosas, que debían consolidarse más tarde con la dulce ebriedad de la gloria conquistada por el heroísmo común, para estrechar vínculos y arraigar sentimientos que, si han podido resistir á toda causa de ruptura y han permanecido incólumes ante todo peligro de enfriamiento, es porque, fundados en dolores, esperanzas y alegrías compartidos en común, y en la ayuda generosa, prestada sin reserva, en los días negros del luto y de la aflicción, quedarán por siempre indestructibles!

Señores : Divergencias sobre deslinde de territorios — única manzana de la discordia entre los miembros de la familia americana — hicieron, no recuerdo cuándo, temer un choque sangriento, mejor diría una contienda fratricida, entre los pueblos de San Martín y O'Higgins. Creyóse, en un momento de verdadera obnubilación de la conciencia histórica, que una embrollada línea de divorcio de las aguas ó de las más altas cumbres andinas — línea que ninguna de las partes entendía, y que, según una confidencia de nuestro digno decano y erudito profesor de derecho internacional, doctor Bidau, el respetable árbitro, llamado para dirimir la cuestión, comprendió menos aun que los litigantes — creyóse, digo, que ese malhadado divorcio de las aguas ó de las cumbres pudieran ocasionar el divorcio de los corazones. Para disipar el alucinante fantasma de la guerra bastó una simple ráfaga de buen sentido público, suscitada por un núcleo de estadistas chilenos y argentinos, uno de los cuales honra este acto con su presencia : el doctor José A. Terry, negociador de los pactos del 28 de mayo, que sellaron, para siempre, la amistad fraternal de nuestros pueblos. Para ellos, señores, nuestra gratitud y nuestro aplauso.



Excelentísimo señor Ministro: Chile y la Argentina tienen, en América, una gran misión que cumplir. Después de dar á nuestros hermanos menores del continente, á costa de sacrificios pecunarios, prodigados sin tasa, y de nuestra propia sangre, verídica sin parsimonia, el beneficio inestimable de la libertad, necesitamos llevarles la luz de la civilización, con el estímulo de nuestros éxitos, con el ejemplo de nuestra conducta, ordenada, toda poseída del amor por la justicia, toda impregnada de esos idealismos generosos que conquistan á los pueblos la simpatía universal, asegurándoles después lugar honroso en la historia. Y como, para conseguirlo, debemos perseverar en esta actitud pacífica, que nos ha permitido solemnizar brillantemente, opulentos de riqueza, en plena primavera económica, cristianamente, también, en paz con todas las naciones y en paz con nuestras propias conciencias, los centenarios gloriosos del 25 de mayo y del 18 de septiembre, prestadme vuestra aquiescencia para coronar estas palabras con el himno á la paz del Antiguo, que ha llegado hasta nosotros en las formas aladas del verso : « Ceres, la rubia Ceres, ama la paz. Haced votos, ¡oh labradores! por conservar siempre el jefe que os gobierna y la paz de que gozáis ! ¡Ojalá en lo sucesivo no se vean brillar más que los escardillos, las duras azadas y la encorvada reja del arado, que son la riqueza de los campos! ¡Ojalá las armas se vean cubiertas de moho, y la espada, pegada á la vaina por largos años de paz, se resista á los esfuerzos del que quisiere sacarla ! »

DISCURSO DEL DOCTOR MIGUEL CRUCHAGA TOCORNAL

MINISTRO DE CHILE

Señores:

Se satisface en estos momentos la aspiración hondamente sentida por mí, desde mi llegada á este hospitalario país, de po-



nerme en contacto con la juventud universitaria de Buenos Aires y con el distinguido cuerpo de profesores de la Facultad de derecho. Quería comunicarme con los hombres que mañana dirigirán los destinos de esta progresista república y que sabrán, sin duda, conducirla por la senda que la llevará á su más rápido y más sólido engrandecimiento. Quería también vivir, siquiera por un momento, la vida universitaria de los ilustres profesores de esta casa, honra de la intelectualidad argentina, tan vigorosa en su producción literaria y científica como es fecunda y rica su cada día más portentosa producción material.

La Universidad de Buenos Aires, con su matrícula de cuatro mil quinientos alumnos, ha llegado á colocarse entre los institutos de enseñanza de mayor importancia mundial, así por la cantidad de educandos que recibe en sus aulas como por la calidad de la instrucción que ofrece y el grado de preparación para las luchas profesionales con que entrega á la juventud que de ellas sale.

Por esta doble circunstancia, por mis aficiones á la enseñanza universitaria y por la alta representación que esta institución inviste en la intensa vida nacional argentina, comprenderéis, señores profesores y alumnos, cuán grato será para mí asistir á esta solemne sesión académica con que la Facultad de derecho ha querido, tan gentilmente, asociarse á las festividades del centenario de la independencia de mi país.

En este recinto, con el motivo que nos congrega, y en las horas que corren de tan grata rememoración para el hombre americano, viene, sin el menor esfuerzo y como el fruto de la lógica más primaria, el recuerdo de los momentos en que, desligadas de la metrópoli, las jóvenes nacionalidades argentina y chilena se iniciaron en la constitución de su gobierno autónomo. Sin la experiencia de la vida independiente, que no habían conocido; sin la calma de espíritu, que no podría avenirse con la nueva situación producida, parecía imposible que estos pue-



blos iniciaran su vida preocupándose de la organización educacional.

Y sin embargo, comprendiendo los padres de nuestras patrias que éstas no pueden existir sin la instrucción que forma al hombre y la educación que perfila y moldea los caracteres, dando entre ambos origen al ciudadano, sería larga la serie de actos gubernamentales de la época que podrían citarse para demostrar cuánto empeño se puso por aquellos prohombres para dar vida á la enseñanza nacional y estimular al magisterio al cumplimiento de sus altas y difíciles funciones.

Los primeros esfuerzos son del mayor interés histórico; y por lo que respecta á vuestro país, es honroso comprobar que bastó sólo el transcurso de una década, á contar desde el inmortal 25 de mayo de 1810, para que de esos esfuerzos brotara la Universidad de Buenos Aires, solemnemente inaugurada en 1821.

Y desde ese mismo instante se estableció un activo intercambio intelectual entre las universidades de nuestros dos países. Las producciones de nuestros literatos eran leídas por los vuestros y la popularidad de vuestros autores se extendía á nuestro país.

La hermandad política que tuvo su origen en la comunidad de un mismo movimiento libertario se reproducía en la hermandad literaria y científica.

Examinar la obra de los constituyentes argentinos y de los constituyentes chilenos; tomar nota de los principios que consagraron en nuestras cartas fundamentales; marcar las etapas de su desarrollo; estudiar las costumbres de ambos países para denotar su influencia en las legislaciones respectivas; analizar las reformas que, en virtud de consejos de la experiencia, han venido introduciéndose hasta llegar á la fisonomía que hoy presentan; tal hubiera de ser la materia de mi discurso.

Pero, señores, para penetrar en las entrañas de vetas tan am-



plias y profundas; para extraer siquiera las más rutilantes chispas de oro nativo que la abrillantan, sería preciso, no sólo reteneros mucho tiempo, sino historiar la vida misma de ambos países.

Medid cuánto tendría que hacer para sólo contraerme á un rápido repaso de los publicistas y maestros de derecho argentinos que vivieron algunos años en Chile y señalar la influencia de su saber en la legislación de Chile.

Medid cuánta labor para anotar los rasgos manifiestos de la legislación de Chile en la Argentina.

Alberdi, cuyo nombre ha de pronunciarse en esta aula con religioso respeto, escribió en Chile, después de haber obtenido en la universidad de Santiago su título de abogado, sus más notables obras de contribución á la legislación argentina. Publicó varias y muy importantes también sobre la legislación de Chile.

Ocampo redactó el código de comercio que hasta hoy rige en Chile.

Vélez Sarsfield cita á cada paso, como fuente, el Código civil de Chile.

Sarmiento, Mitre y Gutiérrez, produjeron trabajos valiosísimos en mi país. Lastarria, Errázuriz y otros dejaron contribuciones en la Argentina.

Hubo siempre un contacto intelectual proficuo entre las eminencias de ambas naciones; y sería difícil, aun con la crónica en la mano, deslindar lo que á cada cual correspondió aportar en el terreno de la ciencia á la obra de su común formación intelectual.

Muchos textos de estudio, escritos por nuestros cultores de la ciencia, sirvieron para la enseñanza de generaciones argentinas.

El inmortal Sarmiento nos escribió su gran Silabario en el cual han aprendido á leer numerosas generaciones chilenas.

Nuestra literatura se reproducía en vuestros periódicos y tu-



vimos redactores argentinos en diversos de nuestros principales diarios.

Esta unidad de miras y de tendencias, manifestada desde los comienzos de nuestras nacionalidades, es lo que constituye la fuerza incontrastable del mutuo afecto. Nada hay que afiance más la solidaridad humana que la similitud de ideas y la armonía en el sentir y en el pensar.

El centenario de nuestra emancipación nos encuentra unidos y en abrazo estrecho, como debieron estar, en los expatriados argentinos que recibió Chile con tanto cariño en una época aciaga, amasados y confundidos los amores por la patria de sus cunas y por la patria de su ostracismo.

Nuestros pueblos han progresado en el largo camino del perfeccionamiento moral; y el mundo los contempla, con admiración y respeto, en sus manifestaciones de avance jurídico. Podríamos citar varias de estas manifestaciones, que son particularmente honrosas.

Un argentino es llamado á ocupar la curul augusta del magistrado, en el más alto tribunal del mundo, el que ha creado en su más sorprendente esfuerzo la civilización del siglo xx, en el tribunal de La Haya, ante el cual se someten por pueblos antiguos y modernos, fuertes y débiles, las diferencias que nacen de la propia actividad de sus progresos. Es gloria grande para la América del Sur que el ilustre Drago haya sido llamado por esos colosos que nombramos con respeto, Gran Bretaña y Estados Unidos, á fallar un litigio importantísimo, largos años entre ellos debatido.

Y en Chile, señores, por modo diferente, presentamos en estos momentos una manifestación del grado á que hemos alcanzado en nuestra marcha hacia el progreso jurídico. Me refiero á nuestra actualidad política y al movimiento de nuestros partidos en el servicio de la cosa pública.

Nuestro presidente, el dignísimo ciudadano y experto magis-



trado que ayer no más recorriera, ensordecido por las aclamaciones que le prodigaba este pueblo amigo y hermano, vuestra hermosa capital, cayó herido de muerte bajo el golpe de sus afanosas tareas. Transmitióse el mando, vosotros sabéis cómo, cual si fuera una función ordinaria de gobierno, en medio de una perfecta tranquilidad y sin el menor tropiezo en ninguno de los rodajes de la administración. Pasan unos pocos días, y cuando aun los crespones del duelo nacional enlutaban dolorosamente el país y en momentos en que empezaban las primeras escaramuzas de las fuerzas electorales, arrastradas de improviso á trabarse en el noble campo de una lucha libre, viril y noble, ábrese nuevamente la herida: el vicepresidente en ejercicio rendía también la vida, agobiado por el dolor de la muerte de su amigo el presidente Montt y abrumado por las tareas de gobierno, demasiado pesadas para su naturaleza quebrantada.

Y habéis visto, señores, el espectáculo que Chile ha ofrecido. En medio de tan críticas circunstancias no hubo un momento de duda, ni la más mínima vacilación: el señor Fernández Albano tuvo el sucesor designado por la carta fundamental.

Los conspicuos representantes de todas las naciones amigas han podido así observar, con complacencia que no han ocultado, esa hermosa fisonomía constitucional de Chile, que ha conservado su placidez, en medio de tan, al parecer, inquietante prueba, sin que se haya resentido en lo más mínimo su organización.

Ese respeto profundo por el derecho es lo que constituye, señores, la medula de las democracias y él se deriva de las lecciones que han fluído de los labios y de la pluma de los grandes maestros que dieron vida y supieron definir y precisar nuestros organismos.

Corresponde á las universidades sostener la tradición y aportar su contingente valiosísimo, el más importante de todos, para la formación del ciudadano; tarea ardua que requiere un espíritu de cabal consagración á la nobilísima empresa y que no puede



realizarse sino teniendo como norte la llama santa del patriotismo.

Los cien años de vida independiente que la Argentina y Chile llevan vividos han dado tiempo para que germinen, crezcan y aun ostenten en el dorado color de la madurez no pocas espigas, cuajadas de generosos granos, en el sembrado riquísimo de las instituciones libres que los gobiernan. Desgranar alguna de esas espigas ante vosotros dejaríame satisfecho, si pudiera hacerlo con el arte requerido y con las galas de un lenguaje digno de tan augusta sala y de tan esclarecido auditorio.

Grato fuera mostrar los progresos de nuestra legislación en toda la opulencia que los han desarrollado nuestros países, verdadera tierra de promisión de la democracia americana. Terminaríamos, sin duda, por un canto á la libertad, que es el fundamento de nuestra ley y la base de nuestro adelantamiento jurídico.

Es virtud de la libertad, señores, dar espacio, saturar de aire, imprimir energías y prestar calor á todas las ambiciones nobles, á todos los esfuerzos honrados, á todas las manifestaciones del saber humano. Tal fué el concepto que tuvieron los padres de nuestras patrias y tal la razón de ser de sus titánicos empujes y el secreto de sus homéricos triunfos.

Pero, ahondar el tema enunciado es trabajo difícil y requiere reposo.

Hoy no puedo tener ese reposo. Vosotros, maestros del derecho; vosotros, estudiantes universitarios, sabéis que el corazón tiene sus derechos propios que son inalienables y que reclaman su sitio; y sabéis que cuando se mueve á impulsos del amor patrio es soberano celosísimo de sus dominios.

Las manifestaciones que vengo recibiendo del pueblo argentino en homenaje á Chile me traen embargado. Las notas del himno de mi patria mezcladas á las notas del himno argentino resuenan dulcemente en mis oídos y se alojan en las más ín-



timas fibras de mi alma. En tales momentos no se acierta a pensar, señores, y sólo se sabe sentir.

Se ha aludido en el discurso elocuentísimo con que se ha ofrecido este acto á los pactos de mayo y á los argentinos ilustres que los prepararon y los defendieron. La obra del doctor José Antonio Terry, tan útil á la causa de la confraternidad chileno-argentina y desempeñada con tanto acierto, merecerá eterna recordación, y su nombre, como el del doctor Joaquín V. González, ministro de relaciones exteriores, que defendió brillantemente los pactos en el parlamento, son respetados y queridos en Chile. Ellos, como los chilenos ilustres que realizaron la gran tarea de quitar la venda que ofuscaba la vista, impedía reconocerse é imposibilitaba que uno y otro puebló se abrazaran como buenos hermanos, se han conquistado una página luminosa en la historia americana.

Señores: Ante este homenaje de la Facultad de derecho de Buenos Aires, el agradecimiento brota adentro con ímpetu que se desborda, y quedan fuerzas solamente para formular votos por la más completa consolidación de la amistad argentino-chilena y por la vinculación estrecha de las universidades y de las juventudes universitarias de ambos pueblos. Únanse los maestros, únanse los estudiantes y tendremos para siempre garantizada la unión de los dos pueblos.



DISCURSO DEL DOCTOR VICENTE G. GALLO (1)

Excelentísimo señor ministro de Chile,
Señor ministro de instrucción pública,
Señor rector,
Señor decano,
Señoras,
Señores :

A bordo de un buque de guerra, anclado en las aguas del Plata, con la bandera de su patria enarbolada, en hora inolvidablemente grata para los recuerdos y las inspiraciones del patriotismo argentino, el excelentísimo señor presidente de Chile, evocando los nombres gloriosos de San Martín y de O'Higgins, símbolo de esfuerzos y de triunfos en la epopeya revolucionaria, decía hace poco que « la unión de estas dos repúblicas, fundada por el genio de aquellos próceres y durante un siglo entero mantenida con sacrificios y con nobles y elevados sentimientos, era el tesoro de paz y de fraternidad que debemos á nuestra común independencia ».

Recojo el concepto en este momento, por la verdad histórica que entraña, para ampliarlo, y por la oportunidad que ofrece de vincular á este acto el nombre de don Pedro Montt, en justo homenaje al ciudadano eminente que fué en toda hora, por tradición de familia y por convencimiento personal, un amigo sincero de nuestro país y un apóstol valiente de la paz, de la paz como fundamento de la grandeza de estos pueblos, como ley suprema de su vida y bendición de la Providencia sobre sus des-

(1) En representación del cuerpo de profesores.



tinios, en la marcha ascensional y sin término hacia las cumbres cada vez más altas de la civilización!

Es cierto. Debemos á nuestra común independencia y al rudo batallar para conseguirla este tesoro de fraternidad, cuya riqueza ha podido apreciarse bien con motivo de las conmemoraciones de nuestros centenarios de mayo y de septiembre, en la efusión calurosa con que se han confundido nuestras naciones y en la espontaneidad instintiva con que han estallado los entusiasmos patrióticos de la multitud, refrendataria sincera y autorizada de la adhesión rendida en su nombre por la alta representación de los poderes constituidos.

Es cierto. Juntos, nuestros soldados atravesaron los Andes, cruzaron el Pacífico y libraron los mismos combates por la emancipación americana; su sangre, confundida, conquistó con heroísmo iguales laureles que con el mismo título podían ceñir la frente de un chileno que la cabeza de un argentino; la gloria fulguró en las espadas de San Martín y de O'Higgins como el sol en las amplias facetas contiguas de un puro y enorme brillante, patrimonio de la América libre, y en la peregrinación azarosa tras el anhelo que inspira y conforta, á través de las clarovidencias y de las incertidumbres, de las caídas y de los triunfos, jalones inevitables en la evolución de las colectividades humanas, la estrella de vuestra bandera y el sol de la nuestra han alumbrado perennemente el camino de dos pueblos, hermanos por la cuna en que nacieron, por el esfuerzo que aseguró su vida y por las tumbas en que reposan con honor las cenizas comunes de sus próceres!

*Pero la fraternidad fundada en el sacrificio de la sangre y en el brillo de las armas sería una explicación incompleta de esta demostración auspiciada por un instituto universitario, cuya misión, con ser patriótica, no consiste en disciplinar soldados para el ejército y en mantener despierto el culto por las glorias militares, sino en preparar ciudadanos para el gobierno, difundir



las ciencias y las letras, ilustrar las inteligencias, encender en los espíritus la luz de los principios directivos, marcar rumbos para la solución de los grandes problemas, formar el alma nacional de la patria, que es algo más que el territorio de fronteras inviolables, con la fuerza por escudo y garantía, porque es y debe ser una robusta unidad moral, generosa y expansiva, constituida de recuerdos y de ideas, de tradiciones y de esfuerzos, de afectos y de pensamientos, con la bandera como emblema y con el himno como inspiración en el concierto de la solidaridad universal!

Nuestras revoluciones emancipadoras fueron desde su origen democráticas y civiles. Entre sus promotores, primero, y sus directores más tarde, los universitarios figuraron en posiciones culminantes y con influencias decisivas, por el pensamiento y la ilustración. Muchas veces, arrastrados por el ardor patriótico ó bajo la presión del deber urgente, vistieron el uniforme y fueron generales improvisados. Pero no descuidaron nunca la tarea, con preferencia á su cargo, de constituir política é institucionalmente á estos pueblos, mediante la reforma de las costumbres y de las leyes y por la implantación de nuevas reglas y otras normas en todos los órdenes de la actividad, para definir con rasgos y resortes propios, con garantías y estímulos firmes, la soberanía de las jóvenes nacionalidades que surgían ante el mundo pletóricas de promesas y de esperanzas, con los prestigios excelsos de la epopeya revolucionaria.

Y en esa labor transcendental hubo también fraternidad, el consorcio de inteligencias disciplinadas en institutos semejantes, la vinculación de espíritus que se movían por inspiraciones y hacia objetivos idénticos, y la concordancia de anhelos que por encima de los Andes confundían sus augurios en votos uniformes: la independencia con relación al extranjero, y la democracia libremente organizada dentro de las propias fronteras.

Ella fué menos ruidosa y llamativa, aun en sus culminaciones



mayores; y por eso, sin duda, es también menos solemnizada en las expansiones de la muchedumbre. El fenómeno es lógico y explicable.

Las ideas no se imponen por la fuerza, cuyo predominio es siempre transitorio; evolucionan y triunfan por la propaganda y el convencimiento. Las inteligencias, al fraternizar, no producen el estruendo ni tienen la fulguración del rayo; esparcen, sin ruido, la claridad suave y propicia de las verdades creadoras que perduran; y el genio mismo, cuando se revela soberano en el orden civil, no hiere la imaginación impresionable de la multitud con la intensidad de las fuertes emociones.

En cambio, la batalla es enérgicamente evocadora. Tiene un poder de sugestión incomparable, casi mágico, por el vigor de los sentimientos que suscita y por su prolongación en el espacio y el tiempo. Simboliza la nacionalidad entera puesta en acción de sacrificio; es el cuadro grandioso de los héroes que se batan, de la riqueza pública comprometida, del territorio conquistado ó perdido, de las existencias que se apagan, de las esperanzas que se tronchan y de las glorias que nacen: es el choque relampagueante de los sables, el estruendo formidable de la artillería, la sangre vertida sin reparo, como riego fecundo para la tierra y bautismo eterno para la inmortalidad!

Por eso su recuerdo, y el de las hazañas á que dió lugar, conmueve, agita, subsiste con la vivacidad del primer día, transmitido á las sucesivas generaciones en la escuela, por las páginas del libro ilustrado, lo mismo que en la referencia sentida y anecdótica de la abuela analfabeta, que allá en algún rincón lejano, bajo el techo hospitalario de su rancho, cuenta á sus nietos, con orgullo, la proeza inapercibida de su hijo único, muerto por la patria!

Son los nobles prestigios de las armas, al servicio del honor y de los grandes intereses públicos. Lejos de abrigar celos á su respecto hay que enaltecerlos é intensificarlos en la conciencia



popular, definiéndolos en su significación dentro de la complejidad de toda vida colectiva, que se supone acción material es también fuerza moral en marcha; lejos de debilitar su culto hay que fortificarlo y difundirlo haciendo de él la base medular de la defensa de nuestras jóvenes nacionalidades contra la absorción del cosmopolitismo, por la lengua, las costumbres y las ideas del extranjero, amigo, civilizador, respetable y dignísimo, pero nunca señor de nuestros dominios ni árbitro de nuestros destinos!

Durante el período de la acción revolucionaria, los militares y los civiles, generales y doctores, confundieron sus esfuerzos; cada uno cumplió plenamente su deber, concurriendo á la labor solidaria impuesta por las circunstancias; y en el período posterior del desenvolvimiento de nuestros países hemos tenido la suerte común de que entre las discordias que los han agitado y de los infortunios que los han afligido no se ha contado la lucha del cuartel con la universidad.

Esa hermosa tradición, fuente también de fraternidad superior en los dominios del espíritu, mantenida á través de los años por el intercambio intelectual, fué ennoblecida por Chile en hora memorable y de especial recordación para esta casa.

En el lote de las pruebas á que la Providencia somete el vigor de los pueblos correspondió á la Argentina la prueba ruda de la tiranía; de ella triunfó con dignidad y una nueva generación completó la obra de los hombres de mayo, reparó sus agravios, le dió unidad definitiva, Constitución y leyes fundamentales ó inició el período de los gobiernos regulares. Es la generación de las cabezas más culminantes que sobre su suelo ha visto levantarse la República, después de la independencia, como escrutando en el firmamento el secreto de su porvenir y la fórmula de realizarlo.

Esa generación, señor ministro, fué la que, en gran parte, buscó y encontró en vuestra patria hospitalidad, trabajo decoroso,

posiciones ofrecidas sin menoscabo y desempeñadas con altura, hogares abiertos ampliamente y en cuyo seno halló consuelo y cariño la mujer argentina, cuya asociación gentil á este acto, si no tuviera tanto otro antecedente explicativo en la historia de la emancipación, estaría impuesta por el recuerdo de esas delicadas y finas atenciones que vinculan los espíritus por el sentimiento y atan las existencias para la eternidad.

En esa generación expatriada diste amparo, libertad y estímulos al pensamiento argentino, silencioso, sin garantías dentro de su patria, y forzado á buscar bajo bandera extraña, aunque hermana, la tierra propicia en que había de germinar, propagarse y alcanzar la plenitud de una robustez madura y fecunda, la florecencia magnífica del espíritu iluminado por el ideal y por el anhelo de la libertad!

En Chile, Alberdi, miembro honorario de esta casa, más tarde, concibió y editó *Las Bases*, históricas y fundamentales, monumento indestructible del derecho público americano; Sarmiento, el gran educador, entregó á la inmortalidad su *Facundo*, apasionado y combativo, pero genial; Gutiérrez, futuro gran rector de la universidad de Buenos Aires, fundó y organizó la escuela naval, escribió poesías y textos de matemáticas, en la exteriorización más compleja de una inteligencia que triunfaba en todos los terrenos; Mitre, joven, perfilaba ya en la propaganda periodística su alta figura de estadista equilibrado y sereno; Vicente Fidel López, otro rector universitario eminente, profesor ilustre, padre y abuelo de profesores de esta Facultad; Barros Pazos, futuro juez de nuestra gran corte; Tejedor y Rodríguez, codificadores del día siguiente; Frías, diplomático y legislador, y tantos otros, honraron sus convicciones y su patriotismo por el diario y el folleto, en la cátedra y la escena pública, en una conjunción auspiciosa de odio á la tiranía y de fe optimista en el poder de las ideas, el esfuerzo de los hombres y la justicia de Dios!

El pensamiento dió todas las notas, revistió las formas más





diversas y penetró fulgurante hasta en las esferas del genio. Era sin duda argentino por la fuente y por la visión inspiradora de la patria, inmediata y á la vez tan lejana; era chileno por la seguridad que lo protegía, por sus órganos de manifestación y por los estímulos que lo fomentaban; era americano por el anhelo revelado de radicar en las nuevas naciones apenas independizadas, el régimen de las instituciones democráticas y el imperio de la paz, vivida con honor, bajo la libertad; pero era sobre todo de amplia y fraternal solidaridad humana, por el empeño en hacer de este continente el vasto escenario de una civilización nueva, fundada sobre la riqueza pródiga de su suelo casi virgen y coronada por la cultura y el trabajo de todos los pueblos del mundo!

Señor: El decreto ereccional de la Universidad de Buenos Aires lleva á su pie la firma del general don Martín Rodríguez. El acto de su instalación fué grave y ceremonioso, con la solemnidad á que era naturalmente inclinado su ministro don Bernardino Rivadavia, cuyas iniciativas y previsiones marcan en la historia de nuestro país la honda huella del clarovidente é iluminado.

Sobre las tradiciones coloniales de la Universidad de San Felipe una ley de vuestro país organizó la Universidad de Chile, durante la presidencia de Bulnes, otro general, y con la colaboración de don Manuel Montt, otro estadista eminente de la América. La ceremonia de su inauguración, el 17 de septiembre de 1843, fué también grave y grandiosa; y su primer rector, don Andrés Bello, pudo decir con verdad que significaba «un homenaje solemne á la importancia de la cultura intelectual y la primera de las pompas que saludan el día glorioso de la patria, al aniversario de la libertad chilena».

Bajo la emoción de esos recuerdos, que nos presentan á nuestras universidades en situaciones semejantes, amparadas desde la cuna por el consorcio fecundo de las armas y del espíritu civil,

honremos, señor ministro, la gran epopeya; pero mientras nuestros pueblos y nuestros ejércitos, en la efusión vibrante de sus entusiasmos, evocan preferente é instintivamente la batalla y el héroe, el martirio y su laurel, honrémosla nosotros, los universitarios, los que enseñan, orientan y dirigen por la difusión de la alta cultura y del espíritu científico, por la imitación de las sobrias costumbres democráticas del pasado, de su desinterés, de su espíritu de sacrificio, de su austeridad en la vida privada, de su noble conducta en la vida pública, de su esforzada resignación en la adversidad y de su generosa tolerancia en el triunfo; por el culto de toda esa sólida grandeza moral que alumbra los momentos conmemorativos y las estatuas de los próceres de la Independencia, y llega hasta nosotros por encima de los hombres y de los sucesos, como un resplandor inextinguible de las virtudes, de los votos proféticos y de las inmoluciones que la constituyeron!





NOTA

Por un error involuntario he omitido en el prólogo hacer constar que los trabajos que contiene el presente volumen, han sido recopilados por el oficial mayor de la secretaría de la Facultad, señor Francisco Valzorio, quien ha prestado una eficaz ayuda.

J. A. GARCÍA.







ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	IX
--------------------	----

COLACIONES DE GRADOS

Juan Bautista Alberdi (1880)	3
José Manuel Estrada (1881)	33
Pedro Goyena (1882)	45
Amancio Alcorta (1884)	63
Antonio E. Malaver (1885)	71
Bernardo de Irigoyen (1886)	89
Manuel Obarrio (1887)	99
Juan José Montes de Oca (1888)	115
Leopoldo Basavilbaso (1889)	123
Luis Lagos García (1889)	127
Lucio V. López (1890)	131
Wenceslao Escalante (1891)	143
Juan Balestra (1891)	155
Carlos Pellegrini (1892)	165
Antonio Bermejo (1892)	173
Manuel Obarrio (1893)	187
Amancio Alcorta (1894)	191
Aristóbulo del Valle (1895)	193
Norberto Piñero (1896)	201
Juan A. Bibiloni (1897)	209
Baldomero Llerena (1898)	217
Juan Agustín García (1899)	229
Carlos Rodríguez Larreta (1900)	237
Ernesto J. Weigel Muñoz (1901)	243



Joaquín V. González (1902)	253
Manuel Augusto Montes de Oca (1903)	267
Ernesto Quesada (1906)	277
Francisco Canale (1907)	295
Eduardo L. Bidau (1908)	307
Antonio Dellepiane (1909)	319
Adolfo F. Orma (1910)	337

CONFERENCIAS Y RECEPCIONES

Juan M. Garro (1906)	347
Wenceslao Escalante (1907)	359
Wenceslao Escalante (1908)	377
Recepción del profesor Enrique Ferri (1908)	387
Wenceslao Escalante (1909)	405
Recepción del profesor Altamira (1909)	419
Recepción del doctor Carlos H. Sherrill (1909)	445
Conferencia del doctor Víctor M. Maurtúa (1909)	461
Wenceslao Escalante (1910)	473
Despedida del profesor Rafael Altamira (1909)	485
Recepción del H. Ferdinando Martini (1910)	493
Conferencia del doctor Alejandro Álvarez (1910)	509
Primera conferencia del profesor Enrique Ferri (1910)	519
Conferencia del señor Antonio Ramos Pedrueza	533
Conferencia del licenciado Luis Pérez Verdia (1910)	541
Conmemoración del centenario de Chile	541



